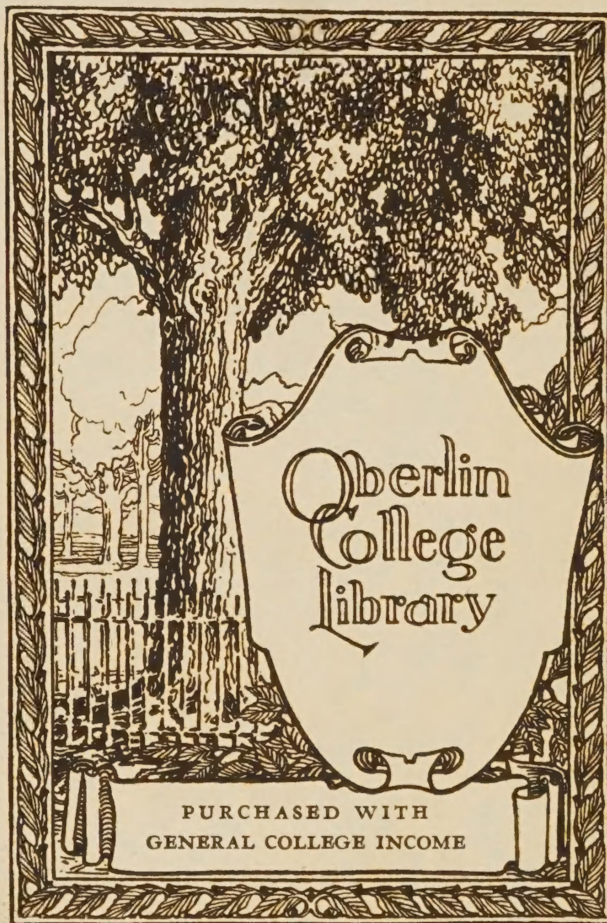

Oberlin
College
Library
PURCHASED WITH
GENERAL COLLEGE INCOME



Don Miguelito Capa-Rota

por

Manuel Fernandez y Gonzalez



·Felipe Gonzalez Rojas· Editor·

IMPRENTA Y CASA EDITORIAL DE FELIPE GONZÁLEZ ROJAS, SAN RAFAEL, 9.

CAPÍTULO PRIMERO

De lo que pasó en las bodas de Isidro y de Serafina, y de la manera imprevista cónque terminaron.

A la noche siguiente tuvieron lugar las bodas.

¡Entonces sí que estaba hermosa Serafina!

No se había vestido de blanco y con velo y corona de azahar como se acostumbra hoy; entonces las españolas, particularmente las señoras, que como tal se había casado Serafina, se casaban de rigurosa etiqueta, de negro, con mantilla y con riquísimas joyas, según que podían.

El hombre se casaba, en las clases inferiores, irremisiblemente con capa; en las más elevadas, de etiqueta, esto es, de casaca, pantalón colan, corbata blanca y clac.

En la vida se había vestido Isidro de esta manera; pero fué necesario y se vistió.

Serafina resplandecía.

El casamiento se había hecho en la iglesia: nadie había pensado se hiciese en la casa, porque todos, á excepción de

Caparrota y de Patrocinio, que no creían en nada, á tal punto los habían llevado sus crímenes, eran piadosos.

El padre Porciúncula, obtenida la licencia del cura propio del Salvador, parroquia de la desposada, había echado las bendiciones á los novios.

El casamiento se había hecho á la caida de la tarde, porque aunque el guardian de los capuchinos, en vista de las circunstancias, hubiera dado graciosamente licencia al padre Porciúncula para pasar la noche fuera del convento en la boda, el padre Porciúncula no había querido faltar en nada á la regla, que prescribía á los capuchinos estar en su convento á puestas del sol, salvo caso de necesidad.

El padre Porciúncula, á la vuelta de la iglesia á la casa, había permanecido allí muy poco tiempo; el suficiente para tomar parte en el chocolate que se sirvió á todos los convidados.

En aquellos tiempos se comía lo más tarde á las dos, y por consecuencia, entre la comida y la cena, que se hacía á las diez de la noche, se tomaba por la tarde chocolate.

Esto era indispensable, y chocolate se servía entre dos luces, no solo en las bodas, en los bateos y en los duelos, sino tambien en las visitas de confianza que se hacían por la tarde.

Concluido de tomar el chocolate, el padre Porciúncula se volvió á su convento.

—A pesar de todos los pesares,—dijo el alcalde de Guillena, que asistía á la boda vestido de maestrante de Sevilla,—tiene celos y se va.

El alcalde pensaba así porque él sentía un asomo como de celos y no cesaba de mirar á Serafina, que con su gar-

gantilla de perlas, sus arracadas de diamantes, su peinado alto, con su peineta de oro guarnecida de pedrería y sus preciosas manos cuajadas de sortijas, entre las cuales, en el dedo de corazón de la derecha lucía la muela de Isidro, y con su basquiña negra, su pañoleta de encaje y sus medias caladas de seda color de carne y sus zapatitos bajos con galgas, lucía sus magníficas formas, deslumbraba, daba las todas.

Los convidados eran numerosos

Por una parte, el padrinazgo de los marqueses de Casa-Vaquera había atraido gran parte del círculo de Sevilla, en el que había mujeres admirables y señoritos peligrosos; por otra el alcalde de Guillena se había traido la mitad del pueblo; gente rica y fina á su manera, solo que en el lujo de las lugareñas había algo de recargo que las diferenciaba de las sevillanas.

Por todas partes se veían plumas en los prendidos, diamantes, perlas, sedas, encajes, y todo esto brillaba y lucía á la luz de las tres arañas del inmenso salón, cargadas de velas, y de las cornucopias que aparecían de trecho en trecho sobre las paredes entapizadas de seda.

El pavimento de la sala estaba cubierto por una estera blanca valenciana, de junco, con pequeñas flores azules de trecho en trecho.

Esto daba cierta frescura al salón, y era un buen fondo que hacía resaltar tanta gala y tanta mujer hermosa.

Los balcones estaban abiertos y penetraba por ellos un fresco ambiente que hacía oscilar las luces.

Había allí algo de mágico.

En uno de los grandes gabinetes de los estremos del salon se había establecido una orquesta compuesta de la del teatro y de la capilla de la catedral.

Un gran piano de cola que en otro gabinete había, se armonizaba con la orquesta y producía un magnífico efecto.

Todos los demás salones y gabinetes de la casa estaban abiertos, y visible para todo el mundo la ostentosa alcoba nupcial.

El jardín estaba tambien iluminado y practicable por una ancha escalinata que partía del comedor, donde estaba servido en una inmensa mesa un rico y abundante ambigú.

Patrocinio no había olvidado nada, ni aunque corriese abundantemente la gran fuente de mármol del jardín.

No podía ser menos una boda apadrinada por los riquísimos marqueses de Casa-Vaquera.

Inútil es decir que asistían allí el alcalde mayor y Jacinta, así como las tres hijas de don Timorato.

El alcalde mayor llevaba un gran uniforme de maestrante de Sevilla, la encomienda de Calatrava colgada al cuello, consistente en una placa de rubís, muy peinados los cabellos canos, con un gran sombrero ornado de plumas y galoneado de plata, debajo del brazo, de calzón corto y media de seda, con su gran bastón de jurisdicción empuñado, y con dos grandes colgantes de brillantes recargados de dijes pendientes de cada bolsillo del chaleco, con corbata blanca y guirindola, alfiler de brillantes, puños de encajes rizados, y una riquísima sortija en la mano izquierda.

Jacintilla, sin reparar en nada, sin temor á Dios ni al diablo, no se separaba de él, ni metía la lengua en paladar, charlando á más y mejor con él.

El pobre alcalde mayor estaba sofocado y desvanecido y absorbido por la tremenda gitana, y dominado por el temor de que alguien la conociese; pero afortunadamente nadie conocía á la Jacintilla.

Llamaba extraordinariamente la atención por lo acentuado de su tipo, por lo exuberante de su hermosura; pero como estaba vestida rígidamente á lo gran dama, con gran lujo y con un gusto exquisito, como que había dirigido su atavío Patrocinio; á nadie, á pesar de los enérgicos rasgos de su fisonomía y de sus formas generales, se le ocurría fuese gitana.

Patrocinio estaba divina, mortal.

Si alguien podía disputarla el trono de reina de la fiesta era Rosario.

Ambas estaban vestidas con gran sencillez, pero con una extraordinaria elegancia.

Patrocinio no tenía más joyas que un hilo de gruesas perlas, del que pendía un medallón con el retrato de su marido, esmaltado; unas arracadas de diamantes, algunas sortijas y una peineta de oro con perlas del mismo tamaño que las del collar: vestía de negro.

Rosario llevaba una sencilla peineta de oro muy estrecha, apenas perceptible, pendientes con calabacillas de perlas, una estrecha cinta de terciopelo negro al cuello con una cruz de diamantes, algunas sortijas, una basquiña azul de raso con adornos negros, descotada, con bombillos en el nacimiento de los brazos, medias de seda caladas, color de carne, y zapatos de raso azules con adornos negros, como la basquiña.

Sus hermanas ostentaban la misma sencillez, y su madre vestía simplemente de negro.

Los dos únicos de la familia que parecían un tanto ridículos, eran: don Timorato, que como sabemos, sólo de Pascuas á Ramos se ponía su uniforme de maestre, con el cual estaba que embestía, é Isidro, que por primera vez en

su vida vestía de etiqueta, y aparecía como envarado, como embuchado.

No podía darse nada más elegante, ni más distinguido que Caparrota.

Vestía sencillamente de etiqueta, sin más joyas que un alfiler de diamantes sobre la tirilla de encaje de su camisa y los colgantes de sus relojes; en el costado izquierdo de su casaca negra mostraba la cruz de Calatrava.

Llevaba los cabellos rizados en pequeñas sortijas abultadas sobre la frente, lo que componia una cabeza perfectamente de la época, con las dos pequeñas patillas, espesas y sedosas y negrísimas, que no pasaban de la mitad de la mejilla.

Los ojos de todas las mujeres se iban á él, y particularmente Rosario necesitaba hacer poderosos esfuerzos para dominar su agitación.

Cada vez que se acercaba á ella Caparrota, su sangre hervía, su corazón latía con la fuerza de un martillo, sus ojos se nublaban; estaba enamorada hasta el frenesí, y sólo su fuerza de voluntad podía impedir un desbordamiento.

La hermosura de Patrocinio la atormentaba causándola unos celos horribles.

Hasta entonces á nadie había aborrecido Rosario.

Su padre, á la desecha, pareciendo ocuparse de todo, no quitaba ojo de ella; la adivinaba, la comprendía, leía en su alma, se irritaba, se le oprimía el corazón y decía por lo bajo con los dientes apretados y con acento rugiente:

—¡Peor para la otra!

Patrocinio se había apercibido; pero conservaba su admirable sangre fría.

Acudía á todas partes haciendo los honores de la casa.

Se multiplicaba, recibía á los convidados tardíos, acomodaba á las señoras, hablaba con éste y con el otro, reía, bromeaba y aun tenía elogios que parecían lo más naturales del mundo para Rosario cuando hablaba con ella.

En aquellos momentos Rosario se aturdía, se ruborizaba, balbuceaba algunas palabras, y Patrocinio decía:

—¡Oh, qué inocencia tan encantadora! ¡Qué niña! Tienen ustedes aquí un tesoro, señor don Timorato, señora mía.

—Gracias, muchas gracias,—decían á un tiempo don Timorato y su mujer, y aquel añadía por lo bajo:

—¡Peor para tí!

—Va á empezar el baile,—dijo Patrocinio;—es necesario, Miguel, seas pareja de esta señorita.

—¿Y qué dirá la novia?—exclamó con acento ligero Caparrota.—El primer minué de la novia es del padrino, como de la madrina el del novio.

—¡Ah! don Timorato no entiende de formas, don Timorato dice que él ha de romper el baile con la novia por encima de todas las costumbres.

—¿Pero usted sabe bailar, don Timorato? Quiero decir, ¿sabe usted bailar el minué?

—¿Qué más da el minué, que el jaleo, ó las corraleras, ó las manchegas, ó el fandango?—dijo don Timorato haciendo se mordiesen los labios para no reirse los que estaban alrededor.—Yo haré lo que vea hacer, y siempre quedará que yo he sido el primero que he bailado con la novia.

Isidro no puso muy buena cara, ni la alcaldesa tampoco.

Don Timorato se comía con los ojos á Serafina y Serafina enseñaba su blanca dentadura, sonriendo de una manera adorable á don Timorato; como que le debía su felicidad.

Pero la malicia nunca duerme, ni los celos son discretos, y los unos y los otros interpretaban muy mal estas espansivas y sencillas manifestaciones de cariño de don Timorato y Serafina.

— Sólo falta aquí don Pánfilo,—dijo una voz misteriosa detrás del grupo.

Serafina se extremeció y se puso pálida.

Don Timorato nubló el semblante, ardió en sus ojos una expresión de cólera y se puso más feo que de ordinario.

¿Quién había pronunciado aquellas siniestras palabras?

Tal vez ese duende maligno que se mete en todas partes; tal vez un agente del alcalde mayor, introducido entre los convidados.

La verdad era que el alcalde mayor, que formaba parte del grupo, no perdió, ni la palidez y el extremecimiento de horror de Serafina, ni el movimiento de disgusto y de cólera de don Timorato.

Aquello pasó; pero ya había caído para Serafina y para el alcalde una sombra fatídica sobre la boda.

Para ambos estaba en ella convidado el espectro de don Pánfilo.

Rompió la orquesta con el primer minué y todas las parejas entraron en baile.

El alcalde mayor tenía frente á sí á Jacintilla, su pareja. ¡Jacintilla bailando el minué, el baile de etiqueta, grave por excelencia!

Si se hubiera tratado del ole, se comprende; ¡pero el minué!

Y bien; Jacintilla le bailaba admirablemente, con toda la mesura, con todo el acompasamiento y toda la gravedad de una dama.

Esto simplemente por algunas lecciones de Patrocinio; lo que quiere decir que la Jacintilla poseía una gran cualidad de imitación.

Si alguno la hubiera sospechado gitana por su tipo, se hubiera desorientado al ver la distinción y la elegancia con que bailaba el minué.

Mucho más coartadas se encontraban las señoritas lugareñas, á excepción de Rosario, que como por un fenómeno magnético obedecía á las actitudes, á los movimientos de Caparrota, su pareja; apenas si ella había bailado alguna vez como por burla aquel baile aristocrático, que tanto se despegaba de la viveza andaluza.

La fiesta aparecía brillante, pero monótona.

La gravedad de nuestros abuelos arrojaba sobre todo un tinte sombrío: era mucha la tiesura y la seriedad de que se revestía en aquellos tiempos la altivez española.

Parecía como que las sonrisas francas, como que las palabras vivas, como que las palabras en voz alta, eran una muestra de mala educación.

Desde el momento en que se entraba en el terreno de la etiqueta y del cumplimiento, todo para ser aceptable debía ser afectado y sujeto á una forma invariable. Aquello sería para reventar en nuestros tiempos.

En aquellos estaba en las costumbres, en lo indispensable, y pasaba bien.

Concluido el minué, cada cual, con su cada cual del brazo, empezaron el tieso y grave paseo por los salones, y gran parte de los convidados invadieron el jardín.

Entre las parejas que al jardín habían bajado, iban Patrocinio é Isidro, don Timorato y Serafina, Caparrota y Rosario.

Cada cual de ellas echaron por distinta calle.

El jardín era inmenso, tupido; pero estaba iluminado de una manera conveniente.

Las espesuras, sin embargo, no dejan de ser espesuras porque estén iluminadas, ni las luces son testigos que hablan.

Maquinal ó intencionalmente, ó de las dos maneras á la par, Caparrota se llevó á lo más intrincado del jardín á Rosario.

—Estoy á punto de revolver el cielo y el infierno,—exclamó Caparrota con un acento terrible, acento que llegó hasta el fondo del alma de Rosario.—Yo no he amado hasta ahora; mírame, adorada mía, mírame por compasión; tus ojos me dan una vida que me hace morir de felicidad.

—¡No!—dijo Rosario con la mirada tenazmente fija en el suelo.

—¡Oh! ¡mírame ó no respondo de mí!—exclamó don Miguelito.

—¡Mata á tu mujer!—exclamó Rosario volviéndose de improviso y envolviendo en una mirada inmensa, satánica, terrible á don Miguelito.—¡Yo estoy loca, yo me estoy muriendo!

Don Miguelito rodeó la cintura de Rosario.

Esta se extremeció como una serpiente á quien se toca, rechazó violentamente á don Miguelito y dijo:

—¡Mata á tu mujer ó no vuelvas á mirarme á la cara!

Y emprendió una marcha rápida.

Caparrota agonizaba.

Aquellas palabras emanadas con una elocuencia terrible del fondo del alma de Rosario, hacían que la sangre se le arrebatase á la cabeza.

Siguió á Rosario, que avanzaba rápidamente hacia un lugar del jardín donde se oía rumor de algunas voces.

Rosario huía la soledad con don Miguelito.

—No demos escándalo,—dijo éste alcanzándola;—muramos; pero sin dar derecho á nadie para que nos murmure.

—Sentémonos aquí,—dijo Rosario, que había llegado á una enramada, delante de la cual había un banco, y tras la que se oía hablar á algunas personas.—Estoy muy agitada; necesito dominar mi agitación; sufro mucho, esto es horrible, no sé qué delito he cometido yo para sufrir este insoportable castigo.

—Ser hija de tu padre,—exclamó con acento solemne y profundo Caparrata,—como yo he cometido el delito de ser hijo del mío.

Rosario sabía que su padre había sido caballista; lo sabía todo el mundo en Guillena.

Se sabía además, que allá en otro tiempo había hecho alguna muerte; pero estas cosas no se extrañan entre las gentes de los pueblos de Andalucía: el más honrado puede verse en el compromiso de matar un hombre, y por consecuencia, en el de echarse al camino.

Pero un indulto y algunos años de una vida medio sí y medio no, lo cubre todo.

—La sangre trae la desgracia,—dijo don Miguelito

—Pues cuando la desgracia viene por la sangre,—dijo Rasario, con una energía que no hubiera sospechado en ella don Miguelito,—para conjurar esa desgracia, para no morir de desesperación, se sigue por la sangre; pero déjame, déjame; si continuamos hablando así, en vez de dominarme me irritaré más. ¡Oh, Dios mío, tú me has envenenado el alma, tú me has matado, yo estoy loca, yo no puedo sufrir esto!

—¿Y yo? ¿y yo? —exclamó don Miguelito. Tú eres mi demonio, no te ofendas Rosario, el divino Satanás de esta felicidad que siento, que es un infierno; pero cesemos, cesemos, yo también necesito dominarme, estamos rodeados de gentes. El domingo, el domingo, dentro de cuatro dias.

—¡El domingo! ¡no! ¡nunca!—exclamó Rosario; —¡no me encontrarás! ¡no, no y no! Olvida lo que te he dicho en un momento de locura, en un momento que no he podido contenerme; no, yo no quiero que mates á tu mujer, ¿qué culpa tiene ella? Olvídate de mí, yo me olvidaré de tí, no volveremos á vernos.

—¿Y qué importa? Para vernos no necesitamos estar el uno delante del otro; entrambos nos tenemos el uno al otro en el corazón, en la memoria, en el deseo, en el alma.

—Pues bien, muramos,—dijo Rosario,—muramos, puesto que Dios ha querido que nos conozcamos muy tarde.

—Hasta el domingo, Rosario.

—No, hasta la eternidad; y vámonos, vámonos, llévame junto á mi madre, no vuelvas á ser mi pareja; yo no sé, pero podría acometerme un nuevo arrebato de locura.

Y Rosario se levantó.

—¡Mía!—murmuró don Miguelito.—¿Quién como yo? ¡Rosario, Patrocinio, Milagros! ¡Ah, yo lo dominaré todo!

Y dió el brazo á Rosario.

Esta apenas si se había dominado.

En cuanto á Caparrota, pasada aquella tormenta de voluptuosidad, se había puesto sobre sí.

Atravesaron el jardín.

Don Miguelito llevó al salón principal á Rosario con su madre y con algunas otras señoras.

—¡Oh, qué agitada estás, hija mía!—la dijo su madre.

—Son las luces y el calor que me marean, señora,—dijo Rosario, que trataba á su madre con un gran respeto, porque era muy severa.

—¿El calor, eh?—añadió en voz baja su madre mirándola de una manera fija.—Se irá el huésped y nos comeremos el pavo. A tí es necesario arreglarte. ¡Qué vergüenza! ¡un hombre casado! No te he dado yo esos principios; en fin, ya nos veremos.

Rosario no contestó una sola palabra; pero se irritó. Para nada se necesita más prudencia y más tacto que para dirigir á los hijos, á las hijas especialmente.

Busquemos á otra de las parejas: á don Timorato y á Serafina.

—¡Ay, tío,—decía ésta,—yo no sé lo que me pasa! ¿Quién habrá sido el que nos ha nombrado tan cerca á aquél bribón de don Pánfilo?

—Calla, sobrina mía, calla; que yo no sé tampoco dónde estoy. ¡Jesucristo, qué sofocación, qué agonía! Tú estás que no te se puede resistir, mujer, de hermosa y de divina.

—¡Ay, tío, qué dice usted!—exclamó Serafina alarmada por el acento de don Timorato.

—Calla, mujer, calla, que dice bien tu padre; quiero decir, tu padre espiritual: que al más santo le acomete la tentación y tiene que pelear á brazo partido con el demonio.

—¡Ay, tío, no diga usted eso! Mire usted que me suelto, que me está usted apretando el brazo con el suyo, que hace usted daño.

—Pues mira, es sin pensar, hija mía, sin poderlo remediar. ¡Señor, Señor, que no valemos nada; que por más que hacemos propósitos firmes de mantenernos en la razón, unos ojos negros y una garganta de nieve nos vuelven locos!

—Mire usted, tío, que va usted á dar lugar á que yo tome una determinación,—exclamó sofocada Serafina;—que esto es ya demasiado.

—Esto es que si no hablo reviento, chiquilla; pero no tengas tú cuidado, que esto no pasa de conversación, mujer; esto es una racha que pasará, y sobre todo, con no volver más á Sevilla, hemos concluído, y con armarla con cualquier pretexto con Isidro, que tiene el genio fuerte, para que él no vaya nunca á Guillena, más concluído aún.

—Ni tanto ni tan poco, tío,—exclamó Serafina,—que al fin, aunque yo no consienta que usted me diga esas cosas que me dice, yo le quiero á usted bien, muy bien, y sentirío mucho no verle á usted.

—¿Ahora salimos con esas, muchacha?—exclamó don Timorato, á quien se le paró la sangre.

—Vamos, déjeme usted en paz.

—¿Y siendo yo tan viejo y tan feo?

—Pues mire usted, ni me parece usted viejo ni feo; le quiero á usted bien.

—¿Apostamos, entrañas, á que me quieres tú á mí más que á Isidro?

—¡Jesús!—exclamó asustada Serafina;—yo no he pensado en eso.

—Es que á veces sin pensar en las cosas se sienten.

—Tío, vámonos,—dijo Serafina,—usted me está diciendo unas cosas que no me las ha dicho á mí nadie, usted está loco. ¡Qué atrocidad, señor! ¡Jesús, Jesús, que hombre éste!

—Si yo quiero á mi sobrino más que tú, mujer; si á tí te quiero yo; mira si á tí te quiero yo... yo no se como decírtelo: como á mi alma y como á mi vida; pero limpiamente.

—Pues bueno, así le quiero yo á usted también, con toda mi alma, sin que por eso deje de querer á mi marido: por lo mismo, ¿por qué no hemos de volvernos á querer? No diga usted eso; yo estaría muy triste, y usted es muy bueno.

—Vaya, hija mía, al fin nos entendemos; eso es, tú eres mi hija y yo soy tu padre.

—Sí señor, sí; pero me mira usted de una manera que á Isidro no le gusta, se lo advierto á usted.

—A ver si yo le hago algo de verdad á Isidro.

—No, ni tanto ni tan calvo; Isidro está mal criado, y usted tiene la culpa, que le ha mimado y le ha consentido y es un tunantuelo, que me gusta mucho, sí señor; ¿á qué negarlo? y está enamorado de mí y es celoso; pero yo le compondré, yo le quitaré sus malas mañas y haré que no viva para otra cosa más que para mirarse en mis ojos. Pero vámonos, vámonos á donde hay gente, tio, que mire usted que aunque yo no he andado entre el mundo, no soy tan inocente como usted cree, y se que el mundo es malo. Pero Señor, ¿quién será el que ha nombrado á don Pánfilo junto á nosotros?

—Déjate, déjate ahora de don Pánfilo, exclamó don Timorato,—que estará ahora recibiendo tizonazos por sus méritos. ¡Bastante cosa se me da á mí de haberle hecho echar el alma por la boca!

—¿Conque fué usted, tio?—exclamó Serafina.

—En fin, se me escapó;—exclamó don Timorato.—¡Qué! ¡Si me tienes á mí sin sentido!

—Ya decíamos la señora Petrola y yo, ¿quién ha dejado aquí las botas y el sombrero de don Pánfilo? ¿Conque fué usted?

—Pues, me parece,—exclamó don Timorato.—Estaba

yo escondido en tu cama cuando se me echó encima aquel bribón. Yo no se lo que me dió que me encontré encima de él y pateándole. Cuando reparé en ello ya era tarde; aquel pillo se había marchado. Pues, mira, no lo hice á mal hacer; pero no tengas tú cuidado, que nadie puede probarme á mí eso. ¿Qué has hecho tú de las botas y del sombrero?

—Las quemó en el corral la señora Petrola.

—Pues entonces nada, la del humo.

Llgaban en aquel momento á la glorieta del jardín, donde estaba la fuente rodeada de bancos é iluminada á la veneciana.

En aquellos bancos había sentados convidados, y otros paseaban alrededor.

Busquemos la otra pareja: Isidro y Patrocinio.

—¿Sabe usted, señora, que hace mucho calor?—díjo Isidro, limpiándose el sudor que le corría por la frente, al entrar en el jardín:—y con este traje, á que no estoy acostumbrado, no me hallo, y me va á dar á mí algo.

—Dentro de poco se acabará esto,—dijo Patrocinio,—se irán los convidados y se quedará usted á sus anchas.

—Y no es eso solo,—dijo Isidro;—aquí hay para bufar por todos los lados, sin quitar lo de mi tio, que mira á mi mujer de una manera que no está decente; se le van á uno y se le vienen unas idea á la cabeza, y le dan á uno unos apretones de corazón... porque en fin, señora, mire usted, yo no quiero hablar, porque le tengo á usted miedo; pero aquí anda todo revuelto y nadie está contento con lo suyo.

—Vamos, el calor,—dijo Patrocinio;—usted no sabe lo que se dice.

—¿Que yo no se lo que me digo? Pues mire usted, á mí, aunque se lo lleve todo el diablo, cada uno tiene el alma en

su armario, y el diablo ha metido aquí la pata. ¡Vaya unas bodas! A mi tio le gusta más mi mnjer que la suya; á cierta persona le gusta más mi prima Rosario que su mujer, y á mí me gusta más que mi mujer la mujer de cierta persona.

—Repito que el calor le hace ver á usted las cosas del revés, Isidro; no sabe usted lo que se dice. ¡Rosarito! ¡una niña inocente! ¡lo más cándido del mudo!

—¿Sí, eh?—contestó Isidro.—Pues la niña cándida tiene como su padre unas entrañitas de lobo: que me lo cuenten á mí. ¿Ha repardo usted en mi prima, señora?

—Sí,—contestó Patrocinio;—es hermosísima, irresistible.

—Señora, yo estaba aleteando por ella en las ansias puras y ¡que si quieres! me daba cada sofión que me volvía loco. Yo la decía:—Que me muero, Rosario.—Y ella me contestaba:—¿Y á mí qué?—Y yo la decía:—¿Pero por qué no me quieres tú, que soy tu primo y todo se quedará en la familia?—Porque me das tres pataditas en la misma boca del estómago, hijo mio,—me decía.—¿Y por qué tengo yo mala sombra para tí?—Hombre,—me decía,—porque estás lleno de hermoso y eres tonto como una mujer, y no tienes formalidad, y no te gustan más que las tunanterías.—Pues mire usted, me puse malo de pasión de ánimo, de enamorado de ella, y los médicos conocieron de lo que me moría, porque yo se lo dije; y dijeron que me moría si no me casaba con ella; y ¿sabe usted lo que le dijo la niña á su padre?—Que se muera, que yo no me he de sacrificar porque á él se le ha puesto esa tontería en la cabeza, y para reventar yo, que reviente primero él.—¿Y sabe usted lo que me dijo mi tío, y eso que me quiere y que se desvive por mí?

Pues me dijo:—Oye tú, niño: tu prima Rosario dice que si la casan contigo, revienta. Tú dices que te mueres si no te casas con ella, ¿qué quieres que yo le haga? Yo te quiero mucho, pero quiero más á mi hija; y si ha de reventar ella, como ella dice, mejor es que revientes tú.—En fin, señora, que á mi me dió tal rabia de esto, que de la rabia se me quitó el amor y me curé, y no he reventado; y mire usted, señora, yo no puedo ver ni á mi prima, ni á mi tio, solo que a mi tio le tengo yo muchísimo respeto, porque mi tio es muy bruto, y ahí donde usted le ve que parece así á la buena de Dios, y tan amable y tan dulce, en montando en cólera, ciega, y lo que encuentra por delante se lo lleva, aunque sea un jabalí de diez años. Antes de ayer, porque le dije una cosa que no le gustó, me soltó un lapo que todavía me está doliendo, y me saltó una muela, que la tiene mi mujer en el dedo y mejor sería que la tuviese yo en la boca. Pero, aunque mi tio es un demonio, que no se chancee mi tio, porque como él me haya casado para sus fines, mire usted señora, que yo, sin decirle una palabra, le acecho donde nadie nos vea, y le meto un escopetazo por el cogote, y cruz y luz. ¡Qué, si usted no sabe las entrañitas que tiene mi tio! como mi prima, que no se ha enamorado hasta ahora, y va haber toritos y cañas; y que se guarde la mujer que le estorbe á mi prima, porque mi prima, así delicada y todo como parece, y tan hermosa y tan candorosa, y con los ojitos dulces, es una loba, y con la sangre negra; y con tres cerdas de jabalí en el corazón, como mi tio. En fin, bueno, aquí el que pierde soy yo; que yo creí que se me habia pasado un amor que se me había metido en el alma, y esta noche me ha vuelto de firme; y yo creí que me había enamorado de mi mujer, porque la primera vez que

la ví, la ví no se cómo, y ahora me enfada, porque me tiene deslumbrado otro sol; y para mí es el infierno y el tener paciencia y el ahorcarme de un pino.

—Vamos, usted no está bueno. Isidro,—dijo Patrocinio; —pero esto pasará, y usted volverá en sí y conocerá usted lo que vale su mujer; y que su tio es un buen sujeto, y su prima una excelente chica.

En este momento llegaban á la glorieta al mismo tiempo que desembocaban en ella don Timorato y Serafina.

Se encontraron al fin.

—Vaya, hombre,—dijo don Timorato,—dale el brazo á tu mujer, que está que no vive, buscándote por todas partes con los ojos como revendedor de yesca. ¿Quiere usted hacerme el honor de aceptar mi brazo, señora marquesa?

—Con mucho gusto, don Timorato,—dijo Patrocinio.

En aquel momento apareció don Miguelito y se notó una especie de tumulto entre los convidados.

—Venga ústed conmigo,—exclamó don Miguelito asiendo violentamente de un brazo á Isidro y llevándoselo.

Esto causó una viva sensación en todos los que lo vieron.

¿Qué era aquello?

A poco llegó el mayordomo de don Miguelito, que dirigía por aquella noche la nueva servidumbre de la casa.

—Señora, señora,—dijo;—el señor teniente alcalde mayor se ha presentado con algunos alguaciles, y viene á prender al señor don Isidro.

—¡Jesús!—exclamó Serafina.

—¿Y por qué?—exclamó don Timorato.—¿Quiere usted decirme por qué el teniente alcalde mayor viene á prender á mi sobrino, señor alcalde mayor?—añadió don Timorato, dirigiéndose á don Bartolomé, que acababa de llegar todo

apresurado, trayendo del brazo á su inseparable Jacintilla.

—No lo sé, no lo sé,—dijo el alcalde mayor;—yo no tengo nada que ver en eso; yo no ejerzo ahora jurisdicción; el teniente alcalde mayor me ha sustituído. Esto debe ser por el asunto del tesoro de Guillena. Dejen ustedes, dejen ustedes, yo voy á ver.

Don Miguelito se presentó entonces.

—Señores,—dijo,—nadie ha visto á don Isidro desde hace un momento; don Isidro se ha perdido.

¿Qué era lo que había hecho don Miguelito?

Había llevado á Isidro á las cocheras que daban á la callejuela; pero no podía abrir la puerta, porque era de suponer, que todas las salidas de la casa estuviesen guardadas por alguaciles.

Sin embargo, por unas escalerillas subió al desván de las cocheras; al desván, por una lucana á un tejado que estaba á poca altura sobre la calle.

Don Miguelito, asiéndose á la ventana con la mano, se inclinó á la calle y la examinó.

No había nadie.

—Váyase usted,—le dijo,—inmediatamente al meson de la cabeza del Rey don Pedro; preséntese usted á la posadera de mi parte, y dígale usted que le esconda.

Y apenas dichas estas palabras, don Miguelito empujó á Isidro que como el tejado estaba á poca altura, cayó sin hacerse daño y escapó.

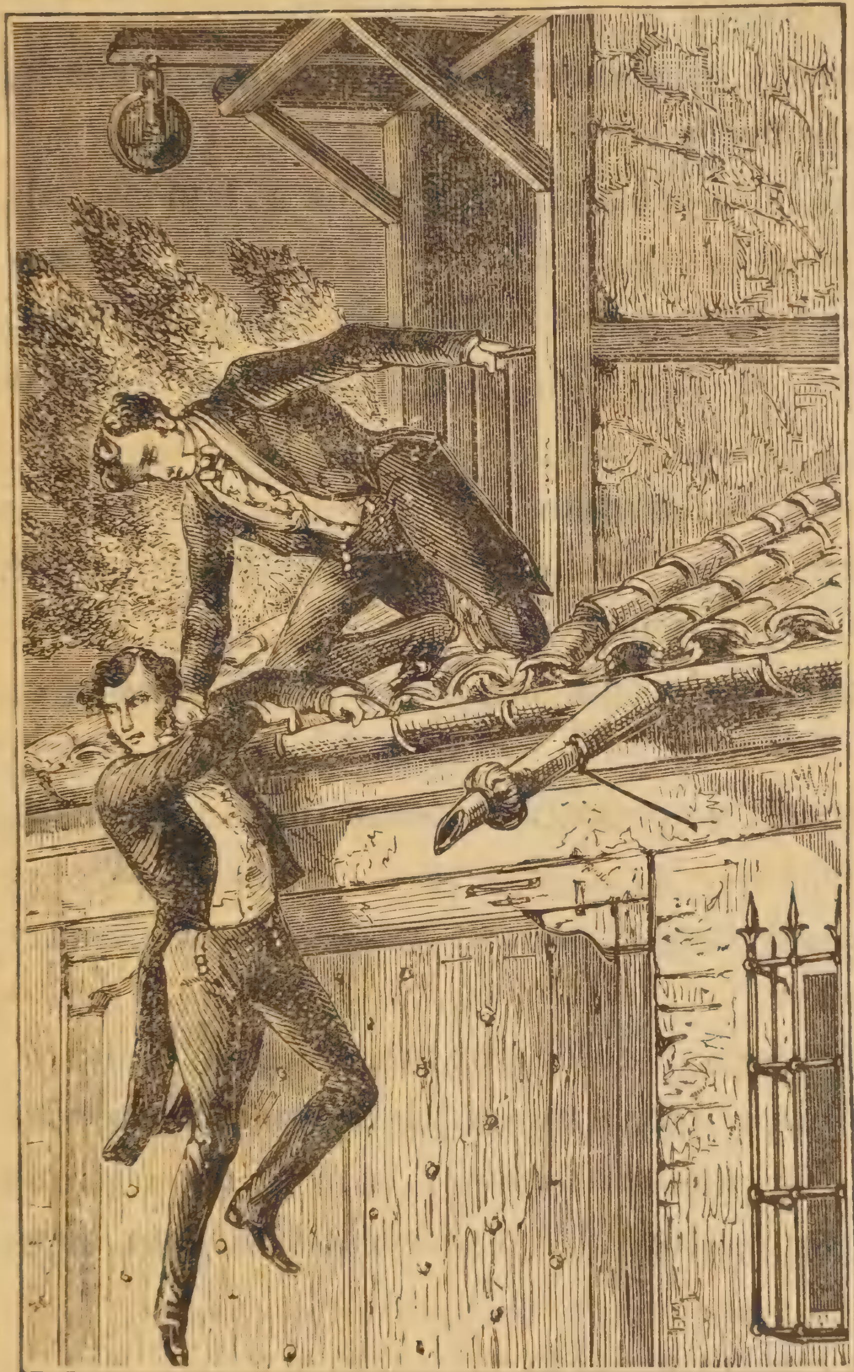
Don Miguelito se volvió al jardin.

Todo esto había pasado en muy pocos minutos.

Don Bartolomé, don Miguelito, Patrocinio, Rosario, el alcalde de Guillena y algunos de los convidados, fueron al encuentro del teniente alcalde mayor.

En cuanto al resto de los enamorados, andaban asustados, revueltos, porque no se dejaba salir á nadie de la casa.

—Señor alcalde mayor,—dijo el teniente alcalde á don Bartolomé; —continuando el proceso que usted dejó empezado, he encontrado nuevos méritos para ordenar la prisión de don Isidro del Fresno; yo siento mucho que esta prisión haya sido necesaria en las presentes circunstancias; pero el interés de la justicia me ha obligado, no sólo á ordenarla, sino á venir á cumplirla yo mismo. ¿Dónde está, pues, don Isidro del Fresno?



—Mi sobrino es de todo punto inocente,—dijo el alcalde de Guillena,—yo lo afirmo bajo mi palabra de honor y como alcalde que soy de dicho pueblo; las actuaciones del proceso lo demostrarán. Entretanto, señor alcalde mayor,

mi sobrino que ha sabido que se le venía á prender, ha escapado y no sabemos dónde estará.

Aunque nuestros lectores saben que don Bartolomé había sospechado y había estado á punto de avisar á su sustituto, no le había avisado.

Don Bartolomé se reservaba para tener más pruebas, para dar el golpe sobre seguro.

Tuvo lugar una situación difícil, porque el teniente alcalde mayor era severísimo, y no se satisfizo sino examinando uno por uno á los convidados, que fueron saliendo contentísimos de verse en la calle á medida que se les examinaba.

El escándalo era formidable.

Empezaba á correr la voz de que aquella había sido la boda de un cómplice de ladrones.

Pero nadie sospechaba de don Miguelito ni de Patrocinio.

Debían haber sido sorprendidos, como todos los demás, según el juicio público.

Se cumplía lo que dice el refrán: «cobra buena fama y échate á dormir».

Ni aun el teniente alcalde mayor sospechaba.

El único que sospechaba era don Bartolomé, y guardaba sus sospechas para comprobarlas, no menos resuelto que su sustituto á hacer justicia, si encontraba méritos para ello.

Pero como el descubrimiento y la captura del jefe de los invisibles, que probablemente era también el jefe de los caballistas tenía gran importancia, don Bartolomé se andaba con mucho pulso.

Se quedaron al fin solos con la justicia don Miguelito y

Patrocinio. Serafina estaba aturdida; don Timorato que involuntariamente se alegraba de la fuga de su sobrino, su mujer y sus hijas; Carlota que acompañaba á Serafina; el marqués de la Pampanera y Jacintilla, y los criados.

La casa se registró sin perdonar un rincón, sin que se encontrase al presunto reo, y se terminó el acto judicial con el embargo de los muebles de la casa, de cuyo embargo quedó como depositario don Miguelito.

Se suprimió el inventario por honor al marqués.

No se le consideró necesario.

Todo se terminó, en fin, á las once de la noche, y el teniente alcalde se retiró contrariado, porque no había podido pescar al fugitivo.

—¿Pero será desgracia la mía?—exclamó llorando Serafina;—lo que ha sucedido en la misma boda es un mal agüero: este casamiento no puede acabar bien. Sabe Dios las desgracias que nos esperan.

—Calla, tonta, calla,—dijo don Timorato,—que esto no es nada, y todo acabará bien; yo no sé por qué Isidro ha hecho la tontería de escaparse, porque él ni siquiera conoce á los ladrones, y porque el médico del pueblo declarará lo gravemente enfermo que ha estado, de resultas del miedo que pasó cuando le quisieron aserrar.

—Yo también le creo inocente,—dijo don Bartolomé,—y por eso sobreseí respecto á él.

—¿Y por qué no le habla usted á ese otro señor?—dijo Serafina.

—Yo no puedo meterme en esto,—dijo don Bartolomé;—es necesario dejar libre su curso á la justicia y no influir en manera alguna en sus determinaciones; yo soy de opinión, que si se sabe dónde está ese caballero, se le aconseje

se presente: así se acabará más pronto, porque la rebeldía á la justicia es ya casi una confesión de culpa, y siempre es un delito.

—¿Y quién sabe dónde está?—dijo el alcalde de Guillena;—y en fin, él resollará, y cuando resuelle se le aconsejará.

Don Miguelito, que sabía demasiado donde estaba, no dijo ni una sola palabra.

—Por mí,—dijo Serafina,—no se aflijan ustedes, señores, y aunque se han ido todos los convidados, y han hecho bien y se lo agradezco, permanezcan ustedes aquí.

—¿Pues qué hemos de hacer más que permanecer, á lo menos, mi familia y yo?—dijo el alcalde de Guillena. – Que no estaría bien, que teniendo casa en Sevilla mi sobrino, aunque esté embargada, nosotros fuéramos á incomodar casa de los marqueses.

—Ustedes no pueden incomodar nunca,—dijo Patrocinio.

—Mire usted, señora,—dijo don Timorato,—aquí estaba y está preparado todo para la familia; y ustedes no tienen preparada su casa de Sevilla para tanta gente: conque aquí nos quedamos; pero vamos á cenar, que esta no es cosa para tomarla tan á pecho que no se cene: mi sobrino es inocente, y esto se arreglará pronto.

Todos se excusaron.

Al fin, poco después, se fueron á su casa don Miguelito y Patrocinio con Jacintilla, y don Bartolomé á la suya solo, en su solo cabo.

Don Timorato, con su familia y con Carlota, se quedaron con Serafina.

CAPITULO II

De como don Miguelito lo provocaba todo abandonándose á sus pasiones.

Don Miguelito dejó en su casa á su mujer y á la Jacintilla, y se fué al mesón de la *Cabeza del rey don Pedro*, que estaba cerrado.

Pero inmediatamente que llamó abrieron.

La señora Margarita, que ya había tomado posesión de la posada, y que le esperaba, abrió por sí misma.

—¡Es decir, que si has venido,—exclamó con aquella vehemente acometibilidad de su amor;—es más que por mí, por ese otro que ha venido de parte tuya!

—Por las dos cosas; ya sabes tú, mujer, lo que yo te quiero; no puedes dudar de ello. ¿Dónde está ese?

—Escondido en mi cuarto; y temblando y renegando y diciendo unas cosas, que mira no se le puede sufrir.

—¿Estás contenta con el mesón, chiquilla?

—Vaya, es muy hermoso; en haciendo mejoras, que yo las haré, esto será un destiladero de plata.

—Me alegro que estés contenta, mujer. Vaya, llévame adonde está ese.

La señora Margarita llevó á su cuarto á don Miguelito. En él estaba Isidro vestido de caballero, con los cabellos rizados, y con una cara que daba á un tiempo compasión y risa el verle.

Tal aparecía de miserable y de ridículo á un tiempo.

—¿Usted ve lo que á mí me pasa?—exclamó poniéndose de pie de una manera violenta.

—Sí, sí, ya lo veo,—dijo don Miguelito;—¿qué quiere usted? desgracias y equivocaciones de esos jueces que en todas partes ven criminales.

—¡Hombre! ¡Pues me parece bien!—exclamó Isidro.—Pero no, no señor, no tiene el juez la culpa; quien tiene la culpa es mi tío: ¿en dónde se ha quedado mi tío?

—¿Dónde ha de haberse quedado su tío, sino en casa de usted con su familia?

—¡Que se ha quedado mi tío casa de mi mujer!—exclamó Isidro.—¿Y por qué no ha venido con usted mi tío? ¿Por qué no pasa, como debía, la noche con su sobrino?

—Hombre, su tío de usted no sabe donde usted está; yo no he tenido ocasión de hablarle, y no se debía cometer una imprudencia: hasta lo último ha habido mucha gente delante.

—Señor marqués vaya usted y tráigame usted á mi tío.

—Bien, hombre, bien; se lo traeré á usted.

—Pero es que enseguida,—dijo Isidro.

—Hombre, bien, no se sofoque usted; enseguida. Quédate con Dios, chiquilla, que yo vuelvo al instante con don Timorato. Oiga usted, que no vaya usted á decirle cuando

vea usted á mi mujer que yo le hablo á esta de tú, que usted es atroz.

—Hombre, quite usted allá, que yo no me meto en negocios de nadie, y por lo mismo no quiero que nadie se meta en los míos. Conque vaya usted, hombre vaya usted.

Don Miguelito salió.

Se fué á la calle de Placentines y llamó á la puerta de Serafina.

En aquellos momentos cenaba la familia.

Don Timorato había convencido á Serafina de que no había motivos para tanto como para quedarse sin cenar, y Serafina, haciendo honor á los consejos de su tío político, cenaba con el resto de la familia.

La que parecía tener menos apetito era Rosario.

Su madre estaba en áscuas.

De una parte veía que su marido se interesaba demasiado por Serafina, y que ésta estaba más tranquila y más alegre que lo que parecía debía estarlo una recién casada, cuyo marido se ve obligado á huir.

Veía además profundamente preocupada á su hija Rosario.

Don Miguelito, en cuanto entró en la casa, empezó por meterle dos onzas en la mano al portero.

—¿En qué hay que servir á vuecencia?—le dijo éste, que comprendió que aquellas dos onzas se le daban por algo.

—Dime tú,—le preguntó don Miguelito,—aunque todos sois nuevos en la casa, ¿has podido tú comprender si la doncella es muchacha apropósito para servirse de ella con confianza?

—Vaya, señor marqués; ¡la Tiburcia! Es una muchacha más lista que una ardilla, y que canta en la mano.

—Búscala y dila en secro, de mi parte, que yo la espero aquí en la portería; que se escurra sin que la vean.

Don Miguelito se metió en la portería, y el portero se fué á cumplir su comisión.

Algunos minutos después entró una muchacha muy viva.

—¿En qué hay que servir á vuecencia?—dijo sonriendo á don Miguelito.

—Toma estas dos onzas, chiquilla; y con mucho talento, y sin que te sienta la tierra, dile á esa señorita alta, morena, que tiene la cara larga y la garganta largo, morena...

—Sí, sí señor, la señorita Rosario, dijo Tiburcia.

—Eso es, niña; pronto te has enterado tú de las cosas. dile á la señorita Rosario que yo estaré en el jardín á la una en punto, y ayúdala si es necesario para que pueda bajar al jardín.

—Muy bien, señor, - dijo Tiburcia, - pero ¿cómo va á entrar vuecencia en el jardín?

—Por la cochera, donde tú estarás esperando con una llave que te dará Bonifacio.

El portero era un antiguo criado del marqués, pero no de los criados que estaban en sus secretos.

—Muy bien, señor,—dijo Tiburcia,—lo haré como vuecencia desea.

—Por supuesto tú, y tú también, un profundo secreto.

—Descuide vuecencia,—dijeron á un tiempo Bonifacio y Tiburcia.

—Ahora bien,—dijo don Miguelito,—¿se han acostado los señores?

—No señor, aestán cenndo.

—Vaya, pues me alegro,—dijo don Miguelito,—de que el disgusto no les haya quitado el apetito. Alúmbrame, Bo-

nifacio, y llévame al corredor, que aunque esta casa es mía yo no la conozco.

—¡Y vaya si es hermosa y grande la casa, y si puede haber en ella los tapujos que tanto le gustan á vuecencia! aquí se pierde uno.

Tiburcia se había ido.

Bonifacio encendió una vela de cera que estaba en una palmatoria, y guió á don Miguelito.

—Buen provecho,—dijo al entrar en el comedor.

—¡Ah!—exclamó don Timorato, que con su familia y con Serafina cenaba al extremo de la inmensa mesa donde había estado servido el ambigú,—¿se llama usted á la parte, compadre, y se viene usted solo?

—Hombre, no es eso,—dijo don Miguelito,—es que vengo de parte de Isidro, y ya está usted alzando, porque Isidro quiere que vaya usted.

—¿Sí? pues alzando, y tú tambien, Serafina, que es muy justo que tú vayas á donde está tu marido.

—Pues y ya lo creo,—dijo Serafina levantándose vivamente.

—Vamos, échate la mantilla, hija, y no tardes, que sabe Dios cuánto estará revinando allá ese maldito.

Tiburcia tomó una luz. Serafina se fué con Rosario y con Tiburcia, que había aparecido.

Iba sobreexcitada.

Al fin y al cabo era buena mujer, le gustaba Isidro y le suponía desesperado.

Al subir á la galería del patio, echó algo adelante.

—Señorita,—dijo rápidamente y en voz apenas perceptible, Tiburcia á Rosario,—el señor marqués me ha dicho que esté usted á la una en punto en el jardin.

—¡Ay, Dios mío! ¡que no! ¡que no! —exclamó Rosario.

—Cállese usted, señorita, que ya hablaremos; confíe usted en mí. Pero ¿á dónde va usted, señora?—añadió en voz alta dirigiéndose á Serafina.

—Es verdad, —dijo ésta,—todavía no sé andar por la casa, es tan grande.

Tiburcia se entró por una puerta, por la que la siguieron Serafina, á cada momento más sobreescitada; Rosario, más y más preocupada.

Tiburcia la echó un pañolon y la puso una mantilla.

Volvieron al corredor.

—Tía,—dijo Serafina dirigiéndose á la alcaldesa,—usted se queda por ama de la casa, pues como usted comprende, no podemos ir todos. Señora Petrola,—añadió dirigiéndose á su antigua criada, que había ascendido á las funciones de ama de gobierno,—usted acomodará á la señora y á la señorita.

—Vaya usted descuidada, señora, —dijo la señora Petrola.

—¡Ay, hija, qué trabacuentas estás!—exclamó la alcaldesa;—¡Jesús, dichosas bodas! anda, anda, hija, que esa es tu obligación, ir á donde está tu marido.

—Vaya, tía, pues ya se vé. Adios, niñas, que durmais bien. Vamos, tío.

Todas acompañaron hasta la puerta á don Timorato, á Serafina y á don Miguelito.

—Por supuesto,—dijo éste cuando estuvieron en la calle,—que esta es una imprudencia, porque el teniente alcalde mayor, no habiendo encontrado á Isidro, puede haber dejado espías. Pero en fin, aquel hombre está desesperado; y en último resultado, como se ha escapado de su casa, se escapará de la posada. si es necesario.

—¡Calla! ¿está en una posada mi marido?—dijo Serafina.

—Sí, en la posada donde acostumbran á venir su marido y su tío de usted, señora,—dijo don Miguelito,—sólo que la posadera es nueva; hoy ha tomado posesión de la posada.

—Calla ¿es el mesón de la Cabeza del rey don Pedro?—dijo don Timorato.—Pues ahí os pueden poner una buena cama y á mí otra; y antes de que amanezca, el señor marqués tendrá la bondad de enviarnos á la posada los caballos y el vestido corto de Isidro que se ha quedado en su casa, y yo me saldré con él de Sevilla, y me lo llevaré á Morón, donde tengo un grande amigo mío.

—Yo mismo vendré con el criado que traiga los caballos y las ropas,—dijo don Miguelito,—y traeré algo con que disfrazar á Isidro.

—Muchas gracias, señor marqués,—dijo Serafina,—no sabe usted lo que yo le agradezco lo que ha hecho y hace por nosotros.

—Deje usted hija, deje usted,—dijo don Miguelito,—que entre su tío de usted y yo, nos agarraremos al escribano del teniente alcalde mayor y lo arreglaremos todo, que todo se arregla en este mundo menos la muerte.

—¡Diablo de caballistas y de sierra, y qué rabo nos han traído! Bien es verdad que si no hubiera sido por la sierra y por los caballistas, yo no hubiera conocido á don Pánfilo, ni te hubiera conocido á tí, ni te hubieras casado con mi sobrino. Las cosas de este mundo son una cadena, y hay cadenas como desde aquí á Tarifa; y con unos eslabones... En fin, bueno; como usted dice muy bien, señor marqués, todo tiene remedio en este mundo. ¿Qué le hemos de hacer?

Poco después llegaron á la posada.

La señora Margarita que esperaba, abrió.

Don Miguelito recomendó á don Timorato y á Serafina, y se despidió desde la puerta.

—¿Y se va usted, señor marqués?—dijo don Timorato.

—Sí, sí, señor, Patrocinio está inquieta,—contestó don Miguelito.

—Pues entonces, señor marqués, hasta el amanecer: una horita antes, si á usted le parece.

Y estrechó fuertemente la mano de don Miguelito.

—Hasta una hora antes del amanecer,—dijo éste,—buenas noches, Serafina.

—Buenas noches, y muchas gracias con todo mi corazón,—dijo ésta.

—Peor para la otra,—murmuró para sí el alcalde de Guillena

Cuando don Miguelito dobló la esquina, daban las doce y media en el reloj de la Giralda.

—Suceda lo que quiera,—dijo don Miguelito,— esta me arrastra—yo que jamás he tenido miedo á nada ¿he de renunciar por miedo, á una felicidad desconocida? Yo creo que no he amado hasta ahora. Pero no, no es eso; es que todo lo nuevo me arrastra, todo lo difícil me empeña. Debía detenerme, pero no, no puedo. Y Rosario es peligrosa, terrible. Mata á tu mujer, me ha dicho en un momento de locura. ¡Ah! no, no; yo amo á Patrocinio. Al decirme á Rosario mátala, al suponer que yo podía matarla por otra, se me ha helado el corazón. Nuestro destino puede más que nosotros, nos arrastra. Pero ¿á qué detenerme ahora en recelos, cuando jamás me he detenido ante nada? Adelante, adelante: lo que ha de suceder, sucederá é inútilmente pretenderemos evitar se cumpla lo que debe cumplirse.

El fatalismo ha sido siempre la disculpa que han dado á su conciencia los grandes malvados.

El hombre rechaza por temor de sí mismo, por egoismo la responsabilidad de las malas acciones que comete.

Don Miguelito llegó á la callejuela á donde correspondía una puerta de la cochera de la casa de Serafina, y se pegó á la puerta.

No debía tardar en sonar la una de la noche.

En efecto, algunos minutos después sonó.

CAPITULO III

Hasta qué punto increible puede llegar la fuerza de alma de una mujer.

Apenas había dado la una de la noche, cuando por la parte de adentro del postigo sonaron tres golpes recatados, dados al parecer por una mano ligera.

Era, sin duda, Tiburcia, que cumplía fielmente su encargo.

Don Miguelito contestó con otros tres golpes.

Sonó el ruido de la llave en la cerradura, y poco después se abrió el postigo silenciosamente.

—Entre vuecencia,—dijo Tiburcia;—pero no puedo dar á vuecencia buenas noticias.

—¿Puede oirnos aquí alguien?

—No, no, señor,—dijo Tiburcia;—porque como en la casa no hay carruajes, están las cocheras desamparadas. Si yo he andado con recato para abrir el postigo, ha sido por los vecinos de la callejuela.

—Has hecho bien. ¿Y la señorita; se niega á bajar al jardín?

—Si, sí, señor: en primer lugar, que se resiste como un diablo; y en segundo lugar, que le tiene mucho miedo á su madre.

—Apuesto á que su madre se la ha llevado á dormir con ella.

—No, no, señor,—dijo Tiburcia;—á la señora y á su marido se les había puesto una habitación, y como la señora no sabe si su marido volverá, se ha recogido sola; las otras cuatro señoritas están en una sala que tiene dos alcobas, en una alcoba he acomodado yo á la señorita Rosario y á la señorita Carlota, y á las otras dos niñas en la otra alcoba: la señorita Carlota se ha dormido, y yo me he colado de puntillas y me he puesto á hablar con la señorita Rosario; pero dice que ya le ha dicho á vuecencia todo lo que tenía que decirle, y que se mantiene en ello más firme que nunca.

—Anda, anda, y dila que estoy esperando, y que si no baja al jardín, de desesperado que estoy, voy á hacer alguna cosa horrible.

—Bueno, yo se lo diré,—dijo Tiburcia;—pero mire vuecencia que me parece á mí que la señorita va á mantenerse en sus trece. ¡Es mucha hembra! ¡y qué hermosa y qué buen gusto que tiene vuecencia! Deme vuecencia la mano, que vuecencia no sabe el camino.

Tiburcia condujo á don Miguelito.

Nadie se había acordado con el trastorno que había habido en la casa, de apagar la iluminación del jardín; y como esta se había preparado para toda la noche, duraba aún.

Aquel jardín, iluminado en aquellas circunstancias, tenía no sabemos qué de siniestro, de fantástico, que impresionó á don Miguelito.

¿Era que las bodas duraban para él?

Don Miguelito fué á sentarse en la glorieta.

Su semblante aparecía terrible.

Le combatían sus pasiones con más violencia que nunca.

Luchaba con ellas.

Vacilaba aún.

Un misterioso instinto le decía que se empeñaba más y más en el camino de su perdición, y, sin embargo, no retrocedía.

Esperaba impaciente.

El ligero ruido que una ráfaga de viento causaba en las hojas de los árboles, le alteraba, porque se fingía oir el leve ruido de pasos que se acercaban.

Pero pasaba la ráfaga y volvía el profundo silencio.

Pasó media hora que marcó el reloj de la Giralda.

Nadie parecía.

La desesperación y la impaciencia de don Miguelito crecían.

De improviso dió un grito de júbilo.

Una forma hechicera, viniendo por su izquierda, había aparecido delante de él, había llegado sin hacer ruido.

Era Rosario.

Tiburcia no parecía por el mundo.

—Y bien, heme aquí,—dijo Rosario,—al fin he meditado que podrías considerarme cobarde, y he venido, arrostrándolo todo: mi madre puede venir á buscarme, concluyamos: vete: todo es inútil: nada hay de comun entre noso-

tros, porque nada entre nosotros puede existir, como no sea el dolor.

—Eso es ser cobarde,—dijo don Miguelito,—eso es someterse por debilidad á una horrible desgracia; eso, sobre todo, es no amar.

—¡Amar!—exclamó con acento de protesta Rosario:—quien no comprende el amor eres tú: la desgracia es únicamente para mí; tú acabarás por olvidarte de mí como te habrás olvidado de tantas otras.

—Yo no puedo olvidarte,—exclamó Caparrota,—yo me siento arrastrado hacia tí por un poder invencible, yo enloquezco, me irrito, veo en tí algo superior á que quiero llegar, quiero tener, algo desconocido, algo inmenso.

—Mentira: es que eres voluntarioso,—exclamó sencillamente Rosario;—es que estás acostumbrado á vencerlas á todas; pero á mí no me vencerás, no, si no es que me vuelvo loca; y oye: cuando tenga miedo de que voy á volverme loca, me mataré ó te mataré, no lo sé; todo antes que exponerme á que tú me desprecies, á que tú me abandones, á que tú me olvides.

—¡Ah! ¿Es decir,—exclamó don Miguelito,—que no es el temor de tu padre, ni tu repugnancia á perder tu honra lo que te hace resistir á mi amor?

—No; porque si yo supiera que venciendo mi resistencia continuabas amándome, no repararía en nada, ¡tanto te amo!

—Yo no te comprendo, Rosario; tú me has dicho: mata á tu mujer.

—En un momento de desesperación—exclamó Rosario;—porque mira: yo soy muy buena, muy buena, incapaz de matar una hormiga; pero cuando me irrito, cuando algo

que no puedo vencer se opone á mi voluntad, pierdo la razón, me vuelvo una fiera, y tú eres mi vida, mi Dios; yo creo que te quiero tanto porque eres un imposible para mí.

—Y si crees que cuando yo venza tu resistencia me olvidaré de tí, ¿por qué quieres casarte conmigo, y para que eso sea posible, me pides la muerte de mi mujer?

—No te la pido, no la quiero, no; eso ha sido en un momento de desesperación; porque mira, yo te he visto en la boda, tú eres celoso, te incomodaba, te impacientaba el que los hombres hablasen con tu mujer; tú los veías que se recreaban en su hermosura y esto te irritaba. ¡Ah! tú adoras á tu mujer, tú la amas, no amas á otra que á ella; lo que tú sientes por mí es un empeño.

—No, no; es un delirio, es... yo no puedo explicarte lo que es: yo me enajeno mirándote, me pareces una diosa; y luego, tu alma es como la mía, Rosario.

—Tú dices ahora eso,—contestó tristemente la joven;—luego te costaría trabajo el estar á mi lado. ¡Ah! tú no amas más que á tu mujer, y tienes razón; tu mujer es divina, nos hacía feas á todas las que estábamos en la boda. ¡Oh, qué mujer! Si yo fuera hombre, la adoraría como la adoras tú.

—No, no; si yo te hubiera conocido antes que á ella... Tú eres mucho más hermosa, Rosario; tú no te pareces á ninguna, yo no he visto ojos como los tuyos; tus ojos matan, porque abrasan y envenenan á un tiempo. Ten compasión de mí, Rosario.

—¡Pues bien, mátala!—exclamó Rosario, dejando ver una mirada feroz, terrible, y de una fuerza tal, que como si hubiera sido empujado por ella, don Miguelito retrocedió.

—¿Y podrías tú unirte tranquila,—dijo,—á un hombre que para ser tu marido hubiese matado á su mujer?

—Sí, porque tú la adoras,—exclamó Rosario;—y si tú la mataras por mí, era señal de que me adorabas más que á ella, y entonces yo... ¿Qué me importaba todo? Si no querías que fuese tu mujer, sería tu esclava; pero te lo repito: no, no, yo no viviré con una especie de felicidad mientras sepa que soy tu deseo, tu pensamiento, tu dificultad. Si tú me abandonaras, ¡oh! yo me moría de rabia, te mataría.

—Me estoy muriendo, Rosario, ¿no lo ves? Estoy trémulo, anonadado, dominado por tí, ¿puedes dudar de mi amor?

—Y bien,—dijo Rosario,—sea lo que fuere; yo no me humillo, yo no me degrado, yo no puedo partir el hombre de mi amor con nadie: Dios no me ha hecho á mí para ser la moza de nadie; no, jamás.

—¿Y no te extremeces, Rosario? ¿No temes que yo me olvide de todo?

—Sería una indignidad, que tú no cometerás; y luego, que tú no te satisfaces sino apoderándote de mi voluntad, doblegándome, venciéndome; tú quieres mi alma antes que todo, mi alma sumisa, mi alma esclava; no, Miguel, no, eso no puede ser.

—¿Que no puede ser?—exclamó don Miguelito, soltando una carcajada de loco.—¡Ah! tú serás mía; tú vencerás tu altivez, tú serás feliz sólo con que yo te mire.

—Te desprecio, Miguel,—contestó Rosario;—tú no puedes nada contra mí, no, lo estoy viendo; me amas, sí; has comprendido que tengo un puñal en la mano, como tenía una navaja el otro día aquí entre el pañuelo; pero en-

tonces tenía la punta hacia afuera y ahora la tiene hacia adentro, hacia mí; tú sabes que yo me heriría en el corazón antes que pudieses injuriarme, y no te atreves; me amas, sí, crees que te amo; me amas ¿y dices que me desprecias? Desprecio tus amenazas; pero no puedo dejar de amarte. Oye, Miguel, esto va á ser un martirio para los dos; puede ser que un día, no pudiendo resistir ese martirio, te hagas libre; entonces soy tuya; entretanto, así, vé siempre que quieras al pueblo, yo te esperaré cuando sepa que has de ir; te veré, hablaré contigo y, ¿quién sabe? Miguel á mí me basta con el amor de tu alma; tal vez tú te satisfagas con el amor del alma mía; puede ser que seamos muy felices, inmensamente felices con estos amores. Oye, Miguel, olvídate de las palabras duras que te he dicho; es que me irrito; yo te amo, te adoro, no sabes hasta qué extremo; yo no pienso más que en tí, no vivo más que para tí; pero adios, mi madre está recelosa, me ha reñido agriamente esta noche por tu causa y vamos á tener sermón yo no sé para cuánto tiempo. En fin, hijo mío, por un buen mozo todo se pasa con gusto.

—¡Cruel! ¡tirana! mónstruo! ¡fiera! —exclamó don Miguelito.—Tú te estás vengando de mí. Á veces me parece que me engañas, que no me amas, sino que tu soberbia se ha irritado porque, siendo yo casado, te he pretendido y te has propuesto castigarme.

—Nos castigamos los dos, Miguel,—dijo tristemente Rosario;—yo no miento jamás: yo te amo con toda mi alma y para toda mi vida; pero no hasta el punto de envilecerme; ¿por qué no he de decirte que te amo, que te adoro, que mi alma es tuya, si es verdad? Si sufres, yo sufro tambien por tu sufrimiento; yo no quisiera que tú sufrieses; pero ¿qué

hemos de hacerle, hijo? paciencia; cada criatura tiene la suerte que Dios le ha dado, y yo la tengo muy mala. Pero adios, no me detengo más; estoy temblando de miedo que mi madre despierte. En Guillena será otra cosa; en Guillena ya tomaré yo mis medidas; pero no vuelvas á empeñarte en que yo baje al jardin. Mira, Miguel, yo no puedo contenerme; digo que no, y el corazón me empuja, y por eso he bajado esta noche; si vienes mañana y te empeñas, bajaré también, si es que estamos aquí mañana; eso sería una imprudencia. Conque quedamos en que si mañana estamos aquí no te empeñarás.

—Probablemente estarás mañana en Guillena; en ese caso, iré á Guillena.

—No, no, mañana no; el domingo; para el domingo ya habré tomado yo mis medidas.

—¡Luz de mis ojos! me estás hablando dulce y tranquilamente, como si estuvieras en la mejor armonía conmigo.

—¡Ah, sí, vaya!—dijo Rosario.—Todo lo duro que había que decir, se ha dicho; ¿á qué continuar en las durezas? Yo estoy ya decidida, tú sabes á qué atenerte, me quieres y te quiero, ¿porqué no he de hablarte naturalmente, tal como yo soy cuando no estoy irritada; más aún, con toda la confianza de mi alma? Pero déjame ir, Miguel; mira que estoy en áscuas, que tú no querrás que mi madre me pegue, que se lo diga á mi padre, y que mi padre me encierre en un convento: entonces no nos veríamos. Conque á Dios, chiquillo, hasta el domingo á las doce de la noche en Guillena.

—Espera Rosario, espera por amor de Dios;—exclamó don Miguelito.

—No, no; adiós, hasta el domingo,—dijo Rosario.

Y escapó.

—¿Qué es esto, Señor?—exclamó don Miguelito, limpiándose con el pañuelo el sudor que le corría por el rostro. —¿Qué mujer es esta? ¿Es que está loca ó que me comprende, y puede más que yo? ¡Que mate á Patrocinio! ¡Bah! Yo no sé por qué digo yo esto, por qué me acuerdo de esto. Patrocinio, Milagros... No, no, ninguna de las dos, ni Rosario tampoco. ¡Ah! Esto es para darse al diablo. Patrocinio es celosa, está irritada; Milagros en un convento, ésta dominándome, aturdiéndome; y hubiera sido capaz de herirse. Vamos, yo me voy volviendo loco, como el alcalde mayor: me parece que me voy haciendo inútil. ¡Calla! ¿qué es esto? ¿eres tú?

Tiburcia había aparecido: hacía algunos momentos que contemplaba con extrañeza á don Miguelito, que hablaba solo, abstraído y sin reparar en ella.

—La señorita me envía, para que eche á vuecencia á la calle,—dijo Tiburcia;—y me ha dicho que no ha habido novedad, que se vaya vuecencia tranquilo. ¡Ay Jesús mío! Si yo le dijera á vuecencia, señor marqués...

Tiburcia iba ya camino de las cocheras.

Don Miguelito la seguía.

—Vamos, ¿y qué tienes tú que decirme?

—Si vuecencia me da palabra de callarse...

—¿Es algún secreto muy importante?

—¡Ya lo creo, señor! Porque yo no quiero que la señorita sepa que yo falto á lo que prometo.

—¿Y qué la has prometido?

—Callarme, y no decirle cierta cosa á vuecencia.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que tienes que decirme? acaba,—exclamó don Miguelito.

Estaban ya en la cochera.

—Pues señor marqués, la señorita no puede con su alma, se está muriendo por usted; ¡pero y de qué manera, señor! Yo la estaba esperando en la puerta del jardín; cuando llegó, no pudo más y se echó á llorar; ¡pero qué manera de llorar, señor marqués! á mí se me abrían las entrañas; yo creí que la iba á dar algo.—Yo no puedo más, Dios mío, decía; ese hombre me vuelve loca, ese hombre me va á matar.

—¡Ay, Tiburcia! toma, toma todo lo que tengo en el bolsillo; pero cuenta que esta no sea una bribonada tuya, no me engañes.

—Si es por eso, tome vuecencia su dinero, que yo no quiero que vuecencia crea que por interés yo le engaño.

—Guárdatelo, mujer, guárdatelo, y dime, dime...

—La señorita volvió sobre sí y me dijo: —Tú tienes que echar á la calle al marqués; cuidado con que le digas que me has visto llorar y lo que he dicho distraída ¿entiendes? Cuidado; mira que te puede pesar.—Con que, señor marqués, guárdeme vuecencia el secreto, que yo se lo he dicho á vuecencia para su gobierno.

—Descuida, mujer. Y dime, ¿continuó llorando la señorita?

—La señorita está muy agitada y temo se ponga mala; por lo mismo, señor marqués, voy á echar á vuecencia á la calle para cuidar de la señorita, y además, porque si tardo mucho va á sospechar.

—Sí, sí, adios,—dijo el marqués.

Y aquella infame bribona abrió el postigo.

Don Miguelito se alejó ébrio, enloquido, y se encaminó lentamente á su casa para tener tiempo de dominarse y que Patrocinio no adivinase en su semblante la tormenta de su alma.

CAPITULO IV

Lo que era Patrocinio para Caparrota.

Patrocinio recibió á don Miguelito como siempre, tranquila y solícita, como si ninguna queja hubiese tenido de su marido y, sin embargo, la devoraban y la irritaban los celos; su alma se iba ennegreciendo; el recuerdo de Rosario la era ya de todo punto odioso.

Rosario no estaba asegurada en un convento como Milagros.

A más de esto, Patrocinio había triunfado de Milagros, y en Rosario veía una rival terrible, que si no había vencido podía vencer.

Don Miguelito creía que dominaba su semblante y, sin embargo, Patrocinio adivinaba que estaba inquieto, perturbado, receloso.

—Dentro de poco tengo que volver á acabar con ese fastidioso asunto de Isidro,—dijo don Miguelito.—¡Buena

noche de bodas! ¡Noche toledana! ¡Cuándo descansaremos, señor!

—¡Bah! El cuento de siempre,—dijo Patrocinio;—parece que no te conoces, hombre; tú no puedes vivir sin la lucha; tú no puedes dominar tus instintos, y yo nada te digo, ¿para qué? Por mi consejo, ya nos hubiéramos ido muy lejos de aquí; el peligro se nos acerca más y más: la prisión de Isidro... Creo que hemos hecho un disparate con poner fuera de juego á don Bartolomé; él era ciego, y este otro ve mucho.

—¡Bah! ¿Y quieres prender á un hombre que no ha cometido delito alguno, á un hombre que no está en ninguno de los secretos de su tío, y por consecuencia en niguno de nuestros secretos?

—¿Quién sabe, quién sabe lo que puede resultar de aquí, Miguel?—exclamó Patrocinio;—pero no insisto: sé que no adelantaré nada; cada día te empeñas más y más. Adelante: yo te conocí perfectamente cuando empezabas á ser mi novio y te acepté sin condiciones, porque te amaba; te amaba como no ha amado una mujer, con un amor insensato, que ha arrostrado por todo, y con placer. Contigo me he unido para correr tu fortuna; por tí he matado á mi padre; te he ayudado hasta descender á lo indigno, porque te adoro, y porque para mí todo es menos que tú, y porque te adoro me estremezco.

—¡Hermosa mía!—exclamó don Miguelito, que á pesar de todo no podía librarse de la fascinación que sobre él ejercía Patrocinio.

—Vamos, Miguel,—dijo ésta rodeándole los brazos al cuello,—sálvate; me está dando el corazón que todo se va á descubrir. Con el dinero que tenemos, con ese tesoro en

pedrería que poseemos, podemos vivir con fausto en Inglaterra, en los Estados Unidos, lejos, muy lejos.

—Todo en vano, Patrocinio; yo sería, donde quiera que estuviese, lo que soy aquí; mi destino me arrastra. ¡Ah! Yo tengo algo de feroz, de terrible en el alma. ¡Cuántas veces me digo: es necesario que esto concluya, y cuántas, cuántas me parece un sueño horrible lo que ha pasado, lo que está pasando por mí; y sin embargo, vuelve á apoderarse de mí ese vértigo, esa locura de ferocidad, de avaricia, y no puedo contenerme! Sí, sí; yo sería en todas partes lo que soy aquí, porque llevaría á todas partes mis propensiones invencibles.

—Pues sea lo que Dios quiera,—dijo Patrocinio.

Y reclinó la cabeza en el hombro de su marido, y rompió á llorar.

—¡Oh, qué hermosura, señor! — exclamó el terrible Caparrota, recreando su mirada en la garganta de Patrocinio, que en aquella posición tenía una inflexión irresistible.

—¡Sí, sí, siempre el mismo!—dijo Patrocinio levantándose y con acento triste y desalentado.—Te hablo de peligros horribles, y esta desdichada hermosura que tú ves en mí te distrae. Yo rogaría á Dios, si pudiese escucharme, te volviese la razón, Miguel. ¡La hermosura, la hermosura! Esa es tu sed inextinguible; esa es una de las causas de tu perdición y de mi desesperación.

Patrocinio estuvo á punto de venderse.

—¿Y por qué no he de adorar tu hermosura,—dijo don Miguelito,—si eres deliciosa, Patrocinio de mi alma?

—¿Sí? Pues me alegro, puesto que mi hermosura te consuela y te distrae. Pues mira, Miguel, aunque me pareces

muy hermoso, no es por lo hermoso que me pareces el amor que te tengo.

—¿Y crees tú que si por desgracia una enfermedad destruyera tu hermosura, no te admiraría yo, Patrocinio?

—Cállate, zalamero; ¡buena pieza estás tú! En fin, tú tienes que ir otra vez á ese negocio, ¿no es verdad?

—Sí, mujer; hay que llevarles sus caballos al alcalde y al sobrino. ¡Ah! no te he dicho: la Serafinita se ha ido á pasar su noche de bodas con su Isidro á un mesón, y su Isidro tiene celos de su tío, y su tío rabia de su sobrino.

—¡Buenos perdidos estáis todos los hombres!—dijo Patrocinio;—pero cuando las mujeres son como vosotros, no tenéis palabras bastantes para despreciarlas. ¡Qué tiranía Señor! Pues mira, me alegraría de que entre el sobrino y el tío pasara algo grave, porque el tal alcalde me tiene con cuidado; yo quisiera que el diablo se llevase á todos los que están en nuestros secretos.

—¿Y para qué? Ellos callan por la cuenta que les tiene.

—Sí, pero á veces se enredan las cosas de tal manera que una imprudencia da al traste con todo.

—¿Y crees que yo soy imprudente, Patrocinio?

—Un poquito. Afortunadamente yo estoy al reparo; tengo la cabeza más fría que tú, y yo veré lo que tengo que hacer si cometes una imprudencia transcendental. Pero tengo sueño, hijo mío, y esta conversación á nada conduce; conque anda, anda á hacer lo que tienes que hacer, que yo te espero durmiendo muy ricamente.

—Y soñando conmigo, gitana.

—Eso, por supuesto, señorito; yo le tengo á usted siempre en la memoria y en el corazón, despierta y dormida.

—Pues adiós, chiquilla; antes del amanecnr estoy aquí.

—Adiós, hijo mío.

Don Miguelito salió murmurando:

—No es más hermosa que Patrocinio, ni tanto; no me ama tanto como Patrocinio me ama. ¿Y por qué yo la amo á ella como no he amado ni á Patrocinio, ni á Milagros, ni á Aurora, ni á ninguna? ¡Poder de Dios! La dificultad. No, no es más que eso. Es necesario que yo venza esta dificultad, que venza la de Milagros. Seguramente, vencidas estas dificultades, mi Patrocinio dominará completamente mi alma: ninguna como ella. Si no fuera mía Patrocinio, yo me volvería loco, yo no sé lo que haría. ¡Volverme loco! ¿No lo estoy ya? Y Patrocinio sufre, Patrocinío lo ha visto todo; nunca sus consejos y sus palabras han sido más transparentes. ¡Y qué delicadeza de alma la suya! ¡Qué dignidad! ¡Ni una palabra de celos!

Don Miguelito llamó á su cuarto, donde le esperaba su ayuda de cámara, y le mandó despertase á Piruétano y se fuese á acostar.

Piruétano se presentó poco después.

—Busca, —le dijo su amo, —el vestido de corto de don Isidro, sin que falte ninguna prenda, para llevárselo á don Isidro, apareja su caballo y el de su tío, llóvalos al jardín y ven á avisarme cuando todo esté.

—Muy bien, señor,—dijo Piruétano.

A los diez minutos volvió.

—Ya están los caballos en el jardín, señor; y aquí traigo el lío debajo del brazo.

—Ea, pues vamos,—dijo don Miguelito.

Un poco antes del amanecer, el tío y el sobrino salían liados en sus mantas por la puerta del Arenal, y don Mi-

guelito, que llevaba del brazo á Serafina, llegaba con ella á la puerta de su casa.

—Muchas gracias otra vez, don Miguel,—dijo Serafina.

—¡Ay! usted no sabe lo agradecida que le estoy. ¡Jesús! me ha salvado usted á mi Isidro.

—¡Bah! Eso no merece la pena, señora,—dijo don Miguelito.—Al medio día le echaré un perro al escribano y vendré á traerle á usted la razón y á Patrocinio, que se ha apasionado de usted.

—Y yo de ella,—dijo Serafina.—Conque adios; otra vez muchas gracias, y hasta luego.

Y Serafina entró en su casa.

Don Miguelito se volvió á la suya más aturdido y embrollado que antes.

Rosario continuaba abrasándole la memoria y el corazón.

CAPITULO V

De la situación fatal en que nuestros personajes se encontraban.

Pasaron algunos días, más de un mes; se estaba á fines del verano.

Todos los asuntos pendientes por el momento se habían arreglado.

Don Miguelito había echado uno de sus más hábiles agentes al escribano del teniente alcalde mayor y se había arreglado el negocio de Isidro de la misma manera que se había arreglado antes por medio de don Pánfilo.

El teniente alcalde mayor no encontró medio de hincar el diente á Isidro, ni lo había en realidad; pero tal andaba la justicia por aquellos tiempos en manos de los escribanos, que para que un inocente fuese considerado como tal, era necesario el dinero.

Se sobreseyó, pues, de nuevo respecto á Isidro, y de nuevo se sobreseyó respecto á las gentes del cortijo de don Miguelito, y de nuevo los pobres guardas, que no tenían

quien influyese en su favor, cargaron con una culpa que no tenían.

Pero quedaha en Isidro el delito de rebeldía á la justicia.

Permanecía ignorado en Morón casa del padre de Carlota; pero cuando fué á avisársele que se presentase, el padre de Carlota dijo que no tenía miedo alguno de entenderse con Isidro, por la sencilla razón de que hacía más de quince días que no sabía donde estaba, porque había desaparecido, y con una circunstancia agravante, de lo cual no había hecho caso en gracia á la buena y antigua amistad que le unía á don Timorato, y en gracia también á lo obligado y esperanzado que por el momento en don Timorato estaba.

Isidro le había robado un centenar de onzas.

Verdad es que si el padre de Carlota tenía aquel centenar de onzas era porque con Miguelito se las habia dado con muchas más á don Timorato para que las diese á su amigo, para tenerle propicio.

¿A dónde se había ido Isidro?

Se dió encargo por Caparrota á sus caballistas de que tomasen lenguas; no se tuvo noticia alguna de que Isidro se hubiese echado al camino; pero la policía particular, por decirlo así, de Caparrota en Sevilla, que era numerosa, dió noticias precisas acerca de Isidro.

Isidro estaba perfectamente oculto durante el día en el mesón de la Cabeza del rey don Pedro, amparado y protegido por la señora Margarita.

Don Miguelito había notado, en verdad, desde hacía quince días, que la Margarita no se mostraba tan exigente ni tan irritada porque él tardase más ó ménos en verla, lo

que había hecho decir á don Miguelito, que era muy experimentado.

—Hay moros en la costa; ésta me la pega. ¿Y qué importa? Mejor; siempre me quedarán medios para hacerla vomitar dónde están los otros tesoros del Fraile negro.

Y don Miguelito había hecho más raras sus visitas á la señora Margarita, muy ajeno, sin embargo, de que á ella no le hacían mella sus ausencias, porque tenía muy cerca, para que le indemnizase, á Isidro.

Había que estar con cuidado.

¿Porqué Isidro se había venido tan cerca de su mujer, y sin embargo, no se presentaba á ella?

Era muy fácil comprender la razón: Isidro estaba terriblemente celoso de su tío, y necesitaba, sin duda, saber á qué atenerse.

Serafina no se había movido de Sevilla.

Don Timorato había pensado en llevársela á Guillena; pero había tenido una ágria escena de celos con su mujer á propósito de Serafina, y don Timorato se abstuvo de llevársela á Guillena por no meter un infierno en su casa.

Respecto á Rosario, nada había dicho á su marido su madre, de miedo de que don Timorato la tomase por todo lo alto é hiciese alguna barbaridad con la muchacha.

Ella se creía bastante para corregir á su hija, dado caso de que aquella inclinación al marqués de Casa-Vaquera, que ella había sorprendido en Rosario, llegase á términos inconvenientes.

Rosario había sabido disimular y engañar á su madre hasta el punto de hacerla perder todo recelo, y así fué, que el domingo próximo, cuando don Miguelito llegó á Guillena

y se metió á la media noche en la casa del médico, se encontró esperándole á Rosario.

Aquellas citas se habían repetido: primero á los cuatro días, después un día sí y otro no.

Don Miguelito estaba completamente loco, y cubriéndose con pretextos, en que no creia Patrocinio, se pasaba frecuentemente las noches fuera de casa devorando el amor de Rosario, enloquecida tambien y con motivos ya para persuadirse de que no era una dificultad lo que don Miguelito amaba en ella.

¿Cómo ser severo con Rosario? ¿Cómo exigirla hubiese resistido enamorada y loca á un amor tal, tan avasallador, tan violento como el del hombre que la enamoraba?

Don Timorato, por su parte, andaba tambien terriblemente distraido y se pasaba en Sevilla la mayor parte del tiempo.

Su mujer se impacientaba, se iba poniendo hosca; pero don Timorato alegaba que tenía grandes negocios en Sevilla.

La verdad era que le atraía de una manera irresistible Serafina, y que le sentaba muy bien el alejamiento de su sobrino.

Cuando el padre de Carlota declaró que hacía quince días que Isidro había desaparecido de Morón y no sabía dónde estaba, don Timorato se alegró hasta el fondo del alma.

Serafina no se inquietaba gran cosa por la ausencia de su marido, y don Timorato comprendía que lentamente aquel amor extraño, que él llamaba amor paternal, y que prodigaba profusamente á Serafina, la iba impresionando de una manera poderosa, enamorándola.

Don Timorato acallaba más de día en día su conciencia.

Su locura por Serafina iba ganando terreno, y á duras penas si permanecía en su pueblo dos días.

Una fuerza irresistible le llevaba á Sevilla, y se pasaba el día entero al lado de Serafina, cada día más galante, cada día más apasionado, y por más que encubriese su solicitud con lo del amor paternal, Serafina se sofocaba: el alcalde era una pasión volcánica con la que estaba continuamente en contacto.

El alcalde había estado á punto de olvidarlo todo y de aposentarse de hecho casa de Serafina cuando iba á Sevilla; pero un resto de reflexión lo había impedido, y por las noches se recogía en el mesón de la *Cabeza del rey don Pedro*, en el cuarto que acostumbraba á parar, bien ajeno de que muy cerca de él, casi tabique por medio, estaba su sobrino, amparado por la señora Margarita, que había encontrado al fin que la convenía mejor un hombre separado de su mujer por el miedo de la justicia, y que vivía continuamente á su lado, que no el otro que iba á verla de tiempo en tiempo y deprisa.

Isidro se había guardado muy bien de manifestar á la señora Margarita los motivos por qué estaba en Sevilla, y como Isidro no salía de la posada sino algunas noches para tomar el aire, y siempre acompañado de ella, estaba tranquila.

Isidro no veía á su mujer; luego su mujer le importaba muy poco; así lo había dicho la señora Margarita, y ésta lo creía, porque veía que Isidro no se separaba de ella, y que parecía enamorado y contento.

La señora Margarita, á quien la experiencia había hecho prudente, esperaba á que pasase más tiempo para persuadirse de la buena fe, respecto á ella, de Isidro, y comu-

nicarle donde estaban los otros tesoros del Fraile Negro, ir con él á apoderarse de ellos é irse después á los quintos infiernos, dejando á Serafina, ni casada, ni viuda, ni doncella.

Isidro sabía que su tío venía con frecuencia á Sevilla y que paraba en la misma posada; pero sabía también que si bien no comía en la posada don Timorato, lo que significaba que comía casa de Serafina; en cuanto empezaba á oscurecer, don Timorato se metía en la posada y en su cuarto, y se acostaba, y al otro día muy temprano se marchaba á Guillena.

Isidro deducía, que cuando su tío no pasaba las noches fuera de la posada cuando estaba en Sevilla, no mediaba aún nada grave entre él y Serafina, podía él equivocarse muy bien y que su tío no experimentase por Serafina más que un afecto paternal.

Por otra parte, Isidro no se atrevía á salir de día para espiar á su tío; temía ser preso, y no quería salir solo de noche por no dar lugar á los celos de la señora Margarita, que podía comprometerle.

Se había propuesto también dejar correr los sucesos para saber á qué atenerse, y como cuando paraba en Sevilla don Timorato, pasaba la noche desde el oscurecer en la posada, no había para qué espiar.

Don Miguelito se guardó muy bien de decir á don Timorato dónde estaba su sobrino; dejaba correr los sucesos.

Don Timorato, distraído con aquella su extraña pasión por Serafina, descuidaba su casa, no pensaba en nada, y esto convenía extraordinariamente á Caparrota, porque favorecía sus entrevistas de amor con Rosario.

La alcaldesa, por su parte, estaba tan irritada con las

aventuras misteriosas de su marido, que la obligaban á ir con tanta frecuencia á Sevilla, que no cuidaba gran cosa de su familia.

Rosario no había tenido necesidad de tomar medidas de ningún género para asegurar el misterio de sus entrevistas con su idolatrado Caparrota; y el médico y su familia, como no les importaba, no cuidaban y no se apercibían.

A más de esto, Rosario tenía su aposento sobre el jardin y en comunicación con él.

Hacía ya algún tiempo que Rosario no esperaba ya en el huerto á Caparrota, sino que éste iba á buscarla á su aposento.

En todo caso, la puerta cerrada debía dar tiempo para que don Miguelito escapase por la ventana y por las tapias del huerto.

Rosario había sido vencida por su corazón, había llegado á ser la amante incondicional de Caparrota, á pesar de toda su fuerza de voluntad; pero su odio á Patrocinio crecía y toda la energia de su carácter se dividía entre su amor á Caparrota y su enemiga á Patrocinio.

Marchaban así las cosas, ocultas y fatales; don Miguelito esperando un acontecimiento probable; Rosario meditando el medio de deshacerse de aquel inconveniente que le impedía ser legítimamente de aquel hombre que era su alma entera; Isidro oculto, engañando á la señora Margarita y acechando á su tío; Serafina atosigándose más y más sin comprenderlo por don Timorato, y don Timorato luchando con las últimas resistencias de su conciencia.

CAPITULO VI

De como quien mal anda mal acaba.

Pero una noche, ya cerca de las doce, Isidro, que estaba en conversación con la señora Margarita, sintió que alguien bajaba por las escaleras, y en los pasos de aquel alguien reconoció á su tío.

Esto causó en Isidro una revolución horrible.

¿Para qué salía su tío á las doce de la noche? ¿Qué tenía que hacer en la calle á aquellas horas?

La puerta del mesón se habia abierto y había vuelto á cerrarse.

Don Timorato había salido.

Y en aquel punto, cansada de conversación, se había dormido la señora Margarita con ese profundísimo sueño de las personas de temperamento sanguíneo.

Isidro se vistió rápidamente, buscó su manta y su sombrero, cogió un retaco que la señora Margarita, que era mujer de pelo en pecho, tenía colgado de la pared para en

el caso necesario de una defensa, se le metió debajo de la manta, abrió silenciosamente la puerta del cuarto, buscó al mozo de paja y cebada, y le hizo le abriese la puerta del mesón.

Entonces, á la carrera, tomó el camino de la calle de Placentines, y á las dos ó tres calles, detuvo su marcha de improviso al revolver de una esquina.

Había visto á lo lejos un bulto, y en aquel bulto había reconocido á su tío.

Don Timorato iba camino de la calle de Placentines y marchaba de una manera insegura como si hubiera estado ébrio, y era que sus malos pensamientos causaban en él una especie de embriaguez.

Su pasión había llegado ya á ser una locura incontrastable.

Su conciencia había transigido por todo.

Serafina no le había autorizado para nada, á pesar de que se le iluminaba el semblante de alegría cuando le veía, y no podía mirarle á derechas sin ponerse encendida como un tomate, cosas todas que avivaban de una manera terrible la llama de la pasión de don Timorato, y le desconcertaban y le impulsaban y le iban poniendo en el caso de arrostrar por todo.

Aquel día Serafina le había preguntado con mucho menos interés por su sobrino, y aunque inocentemente, había estado para con él mucho más tentadora.

El alma es de todo punto independiente, y cuando se la coloca en una situación violenta, acaba por superarla y estallar.

Esto es lo que determina la locura.

El alma de don Timorato estalló rompiéndolo todo, sus

últimas consideraciones, sus últimos temores; es decir, que se volvió definitivamente loco.

Nos estamos ocupando de una historia de malhechores, de gente sin conciencia, débil para resistir la violencia de sus pasiones salvajes; no tienen pues, nada de extraño los horrores que van pasando por delante de la vista del lector en el discurso de este libro: ellos demuestran que cuando el hombre rompe los frenos del deber y se abandona sin resistencia á sus pasiones, se convierte en una bestia bravas en una especie de salvaje más temible que todas la, fieras.

Don Timorato se había olvidado de su mujer, de sus hijas, de lo que había amado á su sobrino; no obedecía más que á aquella pasión terrible que le había inspirado Serafina desde el momento en que la había visto: había luchado, había hecho cuanto le había sido posible para no caer en la tentación; había casado á su sobrino con Serafina, haciéndose la ilusión de que lo que sentía por ella no era otra cosa que un afecto paternal, y se había resuelto á no volverla á ver desde el momento en que la casase.

Si Isidro no hubiese sido preso, la situación se hubiera salvado; pero la fatalidad había intervenido y Serafina se había quedado sola.

Serafina se había engañado, seducida por la hermosura de Isidro, y no había reparado en que, á pesar de sus años y de su fealdad, la pasión volcánica, inmensa, terrible del alcalde de Guillena por ella, la había contaminado, la había predispuesto, se había incubado en su alma, y que este sentimiento había ido creciendo gradualmente.

Amaba ya á Serafina don Timorato, y aun no lo comprendía; se inquietaba cuando don Timorato tardaba en ir á verla,

y sentía el alma llena de una alegría infinita cuando le veía.

El recuerdo de Isidro había empalidecido de todo punto para ella; el del alcalde, insistente y tenaz, se le hacía cada momento más grato; pero si el apasionado alcalde hubiese formulado de una manera precisa la situación en que deseaba encontrarse con Serafina, ésta se hubiera sorprendido, se hubiera aterrado; hubiera sobrevenido una lucha, en la que hubiera sucumbido, á pesar de toda su fuerza de voluntad, como Rosario, más firme de voluntad que ella, había sucumbido en la lucha con su amor.

La mujer no es más que amor, y el amor en la mujer es la inmensidad.

Don Timorato había estado aquella tarde terrible: un color se le había ido, otro se le había venido, había vacilado, se había ido loco ya; encerrado en su cuarto de la posada, su locura había acabado de determinarse; y en fin, allá á la media noche dijo, levantándose de la silla donde había permanecido inmóvil durante cuatro horas:

—Sea lo que fuere, y aunque el diablo nos lleve.

Y salió, provocando el seguimiento de Isidro, y por eso, por el estado de su alma, don Timorato tenía al andar, la misma apariencia que hubiera tenido un ébrio.

¿Y qué es la embriaguez sino la excitación de los nervios por medio del alcohol? Una poderosa excitación nerviosa produce efectos semejantes á los de la embriaguez, con muy ligeras variantes, y así hemos visto muchas veces equivocarse al vulgo y creer borrachos á hombres que sólo estaban coléricos.

Isidro, que sabía demasiado quién era su tío, y que le temía hasta el punto de no atreverse á ponerse frente á frente de él, recató cuanto pudo sus pisadas; y tal era la so-

brexcitación del alcalde, que, aunque Isidro no se hubiera recatado, no le hubiera sentido.

El alcalde continuó, llegó á la calle de Placentfnes, dió la vuelta y ganó la callejuela á donde daban las cocheras y las tapias del jardín de la casa.

Isidro, con el alma más negra de momento en momento, le seguía.

Don Timorato reconoció la tapia, que no era muy alta, y que por consecuencia, á un hombre tal, tan fuerte y tan ágil como él, no podía servirle de inconveniente.

A poco que hubo reconocido, don Timorato encontró un lugar accesible y trepó á la tapia, permaneciendo en ella de pié para prepararse á saltar dentro.

Isidro no llevaba más armas que el retaco, ni más carga que la que el retaco tenía; se lo tiró, sin embargo, á la cara y apuntó con toda su alma.

Era necesario aprovechar el tiro y no perder tiempo, disparar rápidamente.

En el momento en que don Timorato se inclinó para poner su mano en el caballete y saltar al jardín, Isidro disparó y don Timorato cayó dentro.

Isidro se quedó inmóvil, aterrado, cubierto de sudor frío; á pesar de todo, y por un fenómeno del sentimiento, amaba á don Timorato, había sido su padre.

La pasión, los celos, la rabia, habían armado su mano, y en verdad, la falta de don Timorato merecía el castigo que había recibido.

Sin embargo de esto, Isidro sintió un dolor agudo, y como hemos dicho, permaneció inmóvil y cubierto de sudor frío inmediatamente después del asesinato.

Luego se apoderó de él el pánico y huyó, empuñando

con la mano convulsiva el arma que acababa de disparar.

Sin saber cómo ni por dónde había ido, se encontró llamando á la puerta de la posada.

Abrió el mozo, é Isidro entró desalentado y se metió en el cuarto de la señora Margarita.

Sólo entonces volvió al uso de su razón.

Se pasó la mano por la frente, permaneció como aturdido algunos segundos, y luego observó.

La señora Margarita dormía aún.

Pasó un nuevo vértigo por Isidro.

Luego se quitó el sombrero, el pañuelo de la cabeza, limpió cuidadosamente el espejuelo, la cazoleta, la piedra, todas las partes, en fin, de la llave, que habían quedado cubiertas por ese moho húmedo y blanquecino que produce un disparo en la llave de un arma de fuego, colgó el retaco, se desnudó y se acostó.

CAPITULO VII

De como el teniente alcalde mayor era más activo y más eficaz que el alcalde mayor.

Don Timorato no había sido definitivamente muerto del golpe, sino muy mal herido; la bala le había atravesado el cuello, junto á la yugular, y le había interesado; pero de una manera tal, que la efusión de la sangre no era tan rápida como hubiera sido necesario para causar la muerte inmediatísima.

—¡Ah, infame, infame!—exclamó don Timorato.—Ha sido él; sin duda él; no ha podido ser otro; hé aquí por qué había desaparecido de Morón; se había venido á acecharme. Y bien, bien; ha hecho bien, yo pretendía injuriarle en su honra, en su corazón; pero yo no quiero morir sin verla.

Y don Timorato, oprimiéndose, aunque inútilmente, la herida, se levantó y avanzó más rápidamente de lo que era de suponer en vista de su estado, sostenido por su extraordinaria y espantable fuerza de voluntad.

Recordaba, por la noche de las bodas, el camino que del jardín llevaba al salón principal, en uno de cuyos gabinetes estaba la alcoba nupcial.

Le iban faltando las fuerzas y acometiéndole ese vértigo que produce la efusión de la sangre.

A pesar de todo, se sostenía, y su rapidez era mayor porque conocía que le iban faltando las fuerzas.

El alma de don Timorato era un infierno en aquellos momentos.

Era bastante sereno, bastante valiente, bastante experimentado para no comprender que estaba herido de muerte.

Se efectuaba una reacción terrible en su conciencia.

Según sus ideas, ya hemos visto había reconocido el derecho que había tenido su sobrino para matarle.

Si él hubiera encontrado á un hombre escalando las tapias de su casa, hubiera hecho lo mismo.

Esta idea le trajo la de su Rosario.

Tal vez don Miguelito asaltaría, si no las había asaltado ya, cuando él faltase, las tapias de su huerto para abusar del amor de su hija, para deshonrarla, para hacerla infeliz.

Recuerdos terribles de ferocidad que había cometido, le acometían en aquel momento.

Y como no hay momento más fantástico que el de la agonía, en que parece que se tocan, que se ven, que se sienten seres que no existen, una cohorte de espectros lívidos y ensangrentados rodeaba á don Timorato, y en primer término veía á don Pánfilo, con las manos puestas sobre el cuello y los brazos oprimidos sobre el pecho; al Petaquero poniéndose las manos en el estómago: eran los dos que tenía más cercanos, los que veía más distintamente.

Don Timorato se sentía castigado por la Providencia.

El dolor, la desesperación, el miedo de Dios, le oprimían el corazón y le espantaban.

Aquella locura que él sentía por Serafina duraba aún, y no quería morir sin volverla á ver, y avanzaba moribundo, pudiendo apenas tenerse de pie, dejando un largo reguero de sangre por donde pasaba.

La casa estaba desierta, como no podia menos de ser á aquella hora, y don Timorato iba encontrando las puertas francas.

Sólo la del gabinete adonde correspondía la alcoba de Serafina estaba cerrada.

Don Timorato había podido llegar hasta allí, no sabemos cómo, por medio de qué extraña fuerza de voluntad, sobreponiéndose á lo imposible, como sostenido por un resultado magnético.

No pudiendo hacer otra cosa se dejó ir contra la puerta, y al mismo tiempo gritó:

—¡Serafina! ¡Serafina! ¡Ven!

Pero su voz era ronca y difícil.

Inmediatamente cayó.

Se habían agotado sus fuerzas.

El vértigo se apoderaba de él.

Serafina, que hacía tiempo dormía mal por la excitación de su alma, oyó un golpe en medio de su insomnio, y se extremeció, se incorporó, escuchó, y oyó otro golpe.

Don Timorato había dado con el puño cerrado á la puerta.

Su voz había llamado otra vez á Serafina, pero de una manera más ronca.

Serafina saltó del lecho, se echó un pañuelo sobre los

hombros, salió de la alcoba, se abalanzó á la puerta del gabinete, y con miedo, dominada por una atracción horrible, la abrió.

Nada vió.

El salón estaba á oscuras.

Don Timorato había llegado á tientas hasta aquella puerta, ó más bien, como sonámbulo.

El reflejo de la lámpara de noche de la alcoba no llegaba hasta allí.

—¡Serafina, Serafina!—exclamó, con la voz infinitamente más débil, don Timorato.

Por aquella vez le oyó perfectamente Serafina, le reconoció, se inclinó, encontró una mano, una de las callosas manos de don Timorato; pero resbaladiza, glutinosa, como que estaba mojada de sangre.

—Me han matado, hija mía,—dijo con gran fatiga,—me han matado cuando saltaba las tapias de tu jardín.

—¡Ah, no, no!—exclamó Serafina,—Dios no querrá.

Y empezó á dar gritos llamando, pidiendo socorro.

—No, grites, no,—dijo don Timorato;—cuando lleguen ya habré yo muerto. Acuérdate de mis últimas palabras, Serafina: ama á tu marido, sé honrada; dile á mi mujer, á mis hijas...

La voz de don Timorato se apagó.

Serafina, extremecida, en una situación imposible de expresar, redobló sus gritos.

La primera que acudió fué Tiburcia, medio desnuda, con una luz en la mano; despues la señora Petrola con otra luz.

Y como estas dos gritasen tambien, acudieron por fin Carlota, otra criada, el criado y el portero.

Don Timorato estaba inmóvil, con el semblante desencajado, horrible, aumentada hasta lo infinito su fealdad, con la mirada inmóvil, en que aparecía una expresión de desesperación.



Había sobrevenido entre Serafina y sus criados una confusión horrible.

Todos tenían miedo; todos creían que iba á aparecer alguien y á matarlos.

De improviso la señora Petrola se lanzó á un balcón, le abrió y gritó con todas sus fuerzas.

—¡Asesinos! ¡ladrones! ¡socorro!

El sereno que estaba en una esquina inmediata, al oir aquellas desesperadas voces en que vibraba un terror horrible, dió la alarma con su pito y acudió á la casa.

Se oyeron acá y allá pitidos de alarma, y cinco ó seis serenos llegaron.

La señora Petrola seguía gritando.

La parecía que la agarraban por detrás.

Entonces no se conocía en España la inviolabilidad del domicilio, que hace que no se pueda entrar en una casa sin un cúmulo de formalidades, aunque dentro haya la de Dios es Cristo.

Se creía buena y llanamente que lo primero es acudir al peligro.

Así es, que mientras uno de los serenos procuraba abrir con una llave maestra la puerta, otro, manejándose como pudo, sin perder su chuzo ni su farol, gateó por una reja del piso bajo, llegó al balcón, y por él entró en la sala.

La presencia de éste auxilio tranquilizó á todo el mundo.

—¿Dónde están los asesinos?—exclamó el sereno mirando ferozmente á todas partes, con el farol en la mano izquierda y el chuzo en la derecha:—yo no veo aquí más que un difunto.

—No sabemos,—exclamó la Tiburcia, que era la más serena;—la señora ha dado gritos, hemos acudido y nos hemos encontrado á la señora junto á su tío político don Timorato, muerto.

Y á este tiempo se había franqueado la puerta y habían sobrevenido dos serenos más.

—Hágame usted el favor de retirarse del difunto, señora,—dijo uno de los serenos que había llegado y que parecía más listo;—al cuerpo difunto del cadáver muerto violentamente, no puede tocarle nadie más que la justicia.

—Es mi tío, mi pobre tío,—exclamó llorando Serafina.

—Pues bien, señora, usted no puede tocar á su tío y además de esto, como todos los que se encuentran al lado

de los cuerpos difuntos de los cadáveres muertos violentamente, son sospechosos hasta que se averigua la verdad, todos ustedes están presos, y de aquí no sale nadie; y á ver, á un lado todo el mundo y á guardar las puertas de la sala hasta que venga el alcalde de barrio.

Todos menos Serafina se echaron á temblar, porque el dolor no la dejaba experimentar ninguna otra sensación.

Sin embargo, obedeció y fué á sentarse en el sofá.

Estaba descalza y se encogía para que la cubriese completamente el pañolón.

Las otras mujeres no estaban en mucho más decente estado, ni los hombres tampoco.

Como que todos, á los gritos, se habían lanzado desesperados de la cama, y habían acudido como les había cogido.

Tiburcia, que era siempre la más serena, hizo la observación de que todo el mundo necesitaba vestirse.

Pero el sereno hablador contestó:

—Todas las cosas que se encuentran alrededor del cuerpo difunto de un cadáver violento, deben permanecer como se estaba hasta que venga la justicia y determine. De aquí no se mueve nadie.

Y dió un tan violento golpe con el regatón de su chuzo en el pavimento, que rompió la estera y una baldosa.

—¿Está aquí toda la familia de la casa?—continuó el sereno.

—Sí señor, aquí, gracias á Dios, estamos todos,—contestó con desenfado y con descoco Tiburcia, que estaba encogida para que no se la viesen las piernas.

Se unían allí, como sucede tantas veces, lo terrible y lo ridículo.

Al fin sobrevino el alcalde de barrio con algunos veci-

nos, y empezaron á tomarse algunas determinaciones.

Se permitió á Tiburcia de una parte, y á un criado de otra, fuesen escoltados á buscar sus trajes.

Las mujeres por una parte, y los hombres por otra, fueron llevados á su gabinete después de reconocido, y se les encerró allí á fin de que se vistiesen y allí se les mantuvo presos.

Entre tanto se había registrado y reconocido la casa, y no se había encontrado otro ser viviente, á más de los encerrados, que el gato, que dormía tranquilamente, ajeno á todo aquello, sobre una silla en la cocina.

Pero se había reparado en el reguero de sangre que desde el cadáver seguía abundante atravesando toda la casa y el jardín hasta el pie de la tapia, estando en lo alto de la cual don Timorato habia sido herido.

Cuando el teniente alcalde mayor fué, se hizo cargo de esta circunstancia.

Indudablemente, el muerto había escalado la tapia.

¿Y cómo comprender este escalamiento, siendo el muerto tío político de Serafina. cerca de cuyo dormitorio se había encontrado el cadáver?

La deducción era muy fácil.

Cuando el teniente alcalde mayor tomó declaración á Serafina, intercaló esta pregunta:

—¿Don Timorato del Fresno, tío político de usted, señora, la ha dado á usted algún indicio de sentir por usted una pasión amorosa?

—¿Y qué había de hacer mi tío más que quererme con toda su alma?—contestó Serafina.

—Bien, bien, señora,—dijo el teniente alcalde mayor;—pero esa no era una razón para que su tío de usted escalase

como un salteador las tapias de su casa, y se viniese hasta su dormitorio de usted.

—¿Quién sabe por qué habrá entrado á estas horas en mi casa por las tapias del jardín mi tío? pero yo no puedo decir otra cosa sino que mi tío me quería con toda su alma.

—Dígame usted, señora,—preguntó el teniente alcalde mayor, que estaba en algunos antecedentes;—¿cuánto tiempo hace que conoció usted á su tío?

—Mire usted, no lo sé á punto fijo, un mes y algunos días.

—¿Y cuál fué la causa de que usted conociese á don Timorato? Diga usted la verdad, porque usted no tiene nada que temer.

—Mire usted, yo conocí á don Timorato, porque era amigo de un tal don Pánfilo, que murió desgraciadamente hace más de un mes, y que era mi administrador.

—¿Don Pánfilo Leznafría?

—Sí, señor, sí, don Pánfilo Leznafría,—dijo Serafina, poniéndose muy encendida.

—Yo no sé por dónde he entendido, señora,—dijo el teniente alcalde mayor,—que usted había estado á punto de casarse con ese don Pánfilo.

—Sí, sí,—dijo Serafina;—eso es verdad: se había tratado de eso, pero yo no tenía gran empeño; y como don Timorato trajo un día á su sobrino Isidro, á mi marido, y me pareció bien, y yo no tenía grandes compromisos con don Pánfilo, me casé con Isidro.

—¿De modo que este casamiento se hizo en muy poco tiempo?

—Sí, señor, en tres días.

—Su marido de usted huyó de la prisión que yo había

ordenado contra él la misma noche de las bodas: usted ha permanecido un mes sola en su casa.

—Sí, señor, sí.

—Y dígame usted, señora; ¿ha venido con mucha frecuencia durante el mes que, por su fuga, hace está separado de usted su marido, don Timorato?

—Sí, señor, sí ha venido un día sí y otro no.

—¿Se aposentaba don Timorato en su casa de usted?

—No, señor, no; eso hubiera estado muy mal mirado,—dijo Serafina;—mí tío se aposentaba en el meson de la Cabeza del rey don Pedro.

El teniente alcalde mayor suspendió la declaración.

Nada resultaba que justificase la prisión de Serafina, ni de Carlota, ni de los criados.

Si se hubiera tratado de una mujer méuos bella y ménos interesante, tal vez el teniente alcalde mayor, por prevención, hubiera preso á Serafina y á los criados. Pero resultaba la inocencia de todos.

Lo más que podía haber allí, era que Serafina hubiese autorizado los escalamientos, en alta hora, de su tío político.

Pero esto no era el delito que se perseguía; y á más, esto era lo que se proponía averiguar inmediatamente el te niente alcalde mayor.

Se condujo, pues, el cadáver al hospitál, y como no había que embargar, porque el embargo estaba hecho, se dejó libre la casa, y en ella á Serafina con Carlota y con sus criados.

El teniente alcalde mayor se fué en derechura al mesón de la Cabeza del rey don Pedro, tomó sus salidas é hizo abriesen.

Inmediatamente se arrojó al cuarto de la dueña del mesón.

Al oir esta ruido de justicia, saltó de la cama y aseguró la puerta por dentro.

El teniente alcalde mayor le intimó abriese.

—Perdone usía,—dijo la señora Margarita;—pero es necesario que yo me vista; en cuanto me vista abriré.

Pero tardaba demasiado en vestirse la señora Margarita, é impaciente ya el alcalde, la amenazó con que mandaría tirar la puerta abajo.

Para el teniente alcalde, en vista de la morosidad de la posadera, era indudable que allí había gato encerrado.

Se abrió al fin la puerta.

Lo primero que el teniente alcalde mayor vió al entrar en el aposento, fué el retaco que estaba colgado de la pared.

—A ver, don Sinforoso,—dijo el teniente alcalde mayor dirigiéndose á su escribano,—reconozca usted ese retaco.

—Este retaco lo tengo yo para defenderme,—exclamó la señora Margarita;—y si porque es retaco quería usía echarme una multa, hágase usía cuenta de que una escopeta es más difícil de manejar para una mujer que un retaco: yo soy viuda.

—Bien, bien, mujer,—dijo el teniente alcalde mayor;—no se trata ahora de multas ni de penas por armas prohibidas. Reconozca usted ese retaco, don Sinforoso.

—No hay que reconocer mucho,—dijo el escribano,—para decir que este retaco ha sido disparado recientemente.

—¿Cómo recientemente, si hace más de un mes que yo lo cargué? —dijo sencillamente, con el acento de la verdad, la señora Margarita.

Como sabemos, ella no se había apercibido ni de la salida, ni de la vuelta de Isidro.

—Pues este retaco está vacío,—dijo don Sinforoso,—y el cañón huele como un disparo reciente.

—Pues no lo entiendo,—dijo la señora Margarita, mirando ya con espanto á la justicia.

—¿Quién estaba aquí con usted en su cuarto?—dijo el teniente alcalde mayor.

—Conmigo nadie,—exclamó la señora Margarita;—mire usía lo que dice, que yo soy una viuda honrada.

—¿Y es de usted ese zapato cuya mitad asoma por debajo de la cama?—dijo el teniente alcalde mayor, refiriéndose á un zapato blanco y casi nuevo, de hombre, que debajo de la cama aparecía.

—Pues yo no sé, yo no sé cómo puede estar ahí ese zapato.

—Como está un individuo,—dijo don Siforoso, que había levantado la ropa y mirado debajo de la cama.

—¡Ay Dios mío! Pues yo no sabía eso,—exclamó toda aturdida la señora Margarita.

—Sí, sí, yo soy,—dijo saliendo de debajo de la cama,—don Isidro del Fresno, sobrino del alcalde de Guillena.

El rostro de Isidro estaba espantoso.

Se veía cogido y con la prueba hecha.

Sin embargo, meditó un tanto y se resolvió á negar.

—¿Qué hace usted aquí?—le preguntó el teniente alcalde mayor.

—Yo estaba aquí escondido.

—Ya lo hemos visto.

—Diré á usía, señor alcalde: escondido desde la noche en que se me quiso prender; pero puesto que se me ha descubierto, aquí me tiene usía.

—Se ha sobreseido acerca de usted en el proceso en que las apariencias le habían envuelto: por consecuencia, yo no tengo que prender á usted por ese delito.

—Muchas gracias, señor alcalde mayor,—dijo Isidro,—por la dignación que usía ha tenido de venir á anunciarme que podía ya salir de mi escondite: en cuanto á esta mujer, ninguna culpa tiene, pues ni siquiera sabía que yo estaba oculto en su casa.

—Déjese usted de descargar á nadie,—dijo el teniente alcalde mayor,—porque harto necesitado está usted de descargarse á sí mismo. ¿Usted sabe el paradero de su tío don Timorato del Fresno?

Isidro se inmutó.

—Creo haber oido decir que estaba en la posada,—respondió con dificultad y casi tartamudeando Isidro.

—¿Está verdaderamente en la posada don Timorato del Fresno?—pregunto el teniente alcalde mayor á la posadera.

—Sí, señor, sí, está en el cuarto que acostumbra á ocupar.

—Que vayan á llamarle de órden mía, y que se me presente enseguida,—dijo el teniente alcalde mayor.

—Señor,—dijo el mozo de paja y cebada,—el señor alcalde de Guillena salió antes de las doce de la noche y no ha vuelto todavía.

El teniente alcalde interrogó al mozo de paja y cebada.

Este declaró que la única noche que estando en el mesón, desde hacía un mes, había salido don Timorato á las doce de la noche, había sido aquella misma.

Lo mismo declararon los otros mozos.

La honra de Serafina estaba salvada; pero Isidro estaba perdido.

El teniente alcalde mayor apretó al mozo de paja y cebada, y éste, temiendo le sucediese algún desavío si no decía la verdad, declaró que inmediatamente después de don Isidro, había salido de la posada don Timorato, liado en una manta, y que á lo que á él le parecía, debajo de la manta llevaba un retaco.

No se necesita más prueba: había ya algun indicio.

El teniente alcalde mayor prendió á Isidro y se lo llevó á la cárcel, sin dejarse á la señora Margarita, porque no sabía hasta qué punto podía alcanzarla una responsabilidad en la muerte de don Timorato, y además por haber tenido escondido á un hombre perseguido por la justicia.

La posada y todo lo que había en ella perteneciente á la señora Margarita, fué embargada.

Al día siguiente se envió aviso al síndico de Guillena, por el teniente alcalde mayor, para que preparase á la familia del difunto, la diese la funesta noticia y la familia pudiese hacerse cargo del cadáver.

CAPITULO VIII

De como don Miguelito supo la muerte de don Timorato.

Al día siguiente muy temprano, don Miguelito se encontró con que uno de sus ayudas de cámara se le entraba todo presuroso en el cuarto.

—¿Qué es lo que sucede?—preguntó,—¿por qué te metes aquí sin avisar?

Don Miguelito, como los antiguos casados, no tenía lecho aparte.

—Es, señor, que ahí está doña Serafina hecha una Magdalena y acongojada y quiere ver á vuecencia.

—Bien, bien, dile que voy al momento.

—¿A que le ha sucedido alguna cosa negra á esa buena Serafina?—exclamó Patrocinio.

Y echó á vestirse con la misma precipitación que su marido.

Salieron á la sala, y en cuanto entraron, Serafina se arrojó en los brazos de Patrocinio.

—¡Ay, señora,—exclamó,—yo no sé lo que me sucede, yo estoy loca! Anoche...

Los sollozos cortaron la voz á Serafina.

—Pero, en fin, ¿qué sucedió anoche?—preguntó don Miguelito.

—Anoche dormía yo, no tan tranquila como hubiera querido, porque en fin, una recien casada que quiere á su marido y está separada de él, y sin saber dónde está, no puedo dormir tranquila; de improviso me despertó un ruido particular: llamaban á la puerta del gabinete donde está mi alcoba, y cuando abrí aquella puerta, ¡ay, doña Patrocinio! ¡ay don Miguelito! cuando abrí aquella puerta vi...

Los sollozos cortaron de nuevo la voz á Serafina.

—¿Pero qué es lo que vió usted, hija mía, qué es lo que vió usted?—preguntó don Miguelito.

—Vi á don Timorato tendido, con una herida en el cuello, de la que le salía mucha sangre, y espirando.

—¡Cómo!—exclamó don Miguelito;—¿don Timorato ha muerto?

Y había algo de espanto en la voz de Caparrota al decir estas palabras.

Se le ocurrió la idea de que Rosario podía creer que él había causado aquella muerte, y por entonces Rosario lo era todo para don Miguelito, su pasión, su delirio.

Cierto es que don Miguelito había dejado correr los acontecimientos, y no había revelado á don Timorato ni á Serafina el lugar donde Isidro se ocultaba; pero al sobrevenir las consecuencias en que don Miguelito había pensado por Rosario, sentía miedo; no comprendía cómo don Timorato había llegado herido de muerte hasta cerca de la alcoba de Serafina.

Isidro no debía ser el causante de aquella muerte.

Rosario podía creer que él, conocedor de que don Timorato entraba en altas horas casa de Serafina, había comprado á alguno de los criados para que le matase como á un ladrón.

—¿Pero quién ha podido matar dentro de su casa de usted á don Timorato?

—¡Ah! No, no le han matado dentro de mi casa,—dijo sollozando Serafina;—el rastro de sangre que había ido dejando don Timorato por donde había pasado llegaba hasta la tapia del jardín.

—¿Es decir que don Timoraio había asaltado su casa de usted?

—Sí señor, sí; el pobre don Timorato se había vuelto loco; y yo tengo la culpa, porque si desde el momento en que perdió el juicio, yo le hubiera cerrado la puerta, no hubiera pasado esa desgracia; ¿pero quién cerraba la puerta al tío de mi marido? Y luego que yo le quería; pero no como se le había puesto en la cabeza á don Timorato que le quisiese yo.

—Pues me parece á mí, Serafina, que á ser viudo don Timorato, se hubiera usted casado mucho más contenta con él que con su sobrino.

—No le digo á usted que no; pero ya que me he casado con Isidro, por obligación y por amor, yo no podía oir las solicitudes de su tío; yo no digo que no quisiera á don Timorato; pero yo quiero á mi marido y estoy enamorada de él.

—Lo que á usted la sucede, Serafina, es que no sabe lo que la pasa.

—De verdad que sí,—dijo Serafina,—y estoy desespera-

da. Mire usted, que yo quiero mucho á mi Isidro, porque al fin soy su mujer, y porque es muy buen mozo; pero don Timorato, tan feo y tan viejo, me mareaba, don Miguel, me mareaba se me iba allí á casa y se me estaba todo el día zumbándome á la oreja; pero ya ve usted si yo le hubiera dado alas, no hubiera tenido que meterse en mi casa como un ladrón. ¡Cuando le digo á usted que el pobre don Timorato estaba loco!

—¿Y usted no se figura quién puede haber sido el que ha matado á don Timorato?

—Mire usted, yo no quiero pensar en ello,—exclamó Serafina;—Isidro estaba muy celoso de su tío; pero Isidro no estaba en Sevilla; ¿cómo había de estar en Sevilla; sin ver á su mujer?

—Pero tampoco estaba en Morón, de donde ha desaparecido,—dijo don Miguelito.

—Es que yo no sabía que había desaparecido de Morón, —dijo Serafina.

A la verdad, nada de esto habían dicho á Serafina, ni don Miguelito ni don Timorato.

—Pues hija mía,—dijo Patrocinio,—si su marido de usted estaba celoso de su tío y había desaparecido de Morón sin que se supiese adonde había ido, es muy posible que, impulsado por sus celos, se haya venido á esconderse á Sevilla, que es un charco muy grande, y donde, á lo que parece, tenía muchos conocimientos, haya observado de noche su casa de usted, haya visto entrar por la tapia á su tío y haya disparado sobre él.

—Esto es lo probable,—dijo don Miguelito;—el autor del asesinato debe ser Isidro.

—¡Ay, no me lo diga usted por Dios, don Miguel;—ex-

clamó Serafina,—porque si eso es verdad y le cojen, le van á ahorcar!

—Isidro ha debido hacer fuego sobre su tío, cuando este estaba ya sobre la tapia; don Timorato ha caído dentro, y ha ido, apurando sus fnerzas, á morir donde usted le encontró.

—¡Qué hombres estos! —exclamó profundamente Patrocino,—¡Y que hasta tal punto lleguen por no tener valor, para vencer sus pasiones!

—La hermosura de Serafina disculpa al pobre don Timorato, y las circunstancia en que la conoció,—dijo don Miguelito.—Pero lo que importa averiguar es si Isidro ha sido el matador, y si está preso.

—¡Ay! sí; sí señor; averigüelo usted por Dios, don Miguelito, y si ha sido él y si está preso, haga usted lo que pueda

—Supongo que la justicia habrá estado en su casa de usted.

—Sí, sí señor, enseguida, y han tomado declaraciones á todo el mundo; no han podido sacar en limpio nada y se han ido, llevándose al pobre don Timorato.

—Pues esté usted tranquila, hija mía,—dijo don Miguelito, —que aunque Isidro haya sido el causante de esa muerte, aunque le hayan preso, que eso está por ver, no le ahorcarán, ni aun siquiera le echarán á presidio.

—¡Ay, Dios mío! Dios se lo pagará á usted.

—Voy, voy ahora mismo á vestirme, á salir y á dar los pasos que sean necesarios para averiguarlo todo.

—¡Ay! sí,—exclamó Serafina,—y cuando haya usted averiguado algo, hágame usted la caridad de ir á decírmelo; yo me voy; se ha quedado allí sola aquella pobre Carlota, que está también muy triste y muy desesperada.

Y Serafina se fué.

—¡Miguel, Miguel!—exclamó Patrocinio,—los sucesos van haciéndose superiores á nosotros; esto no acabará bien.

—¡Bah! Ni Serafina, ni Isidro saben nada; por este lado no hay cuidado alguno. Voy, voy á vestirme y á averiguar lo que haya.

Media hora después, don Miguelito salía y se encaminaba á casa del tío Carcañales.

CAPITULO IX

En que se relata la historia de los amores del escribano y don Sinforoso.

Le importaba á don Miguelito mucho más que á Serafina, averiguar si Isidro había sido el matador de don Timorato, y sobre todo, si estaba preso.

¿No podía ser que algún vecino, que hubiese sorprendido el escalamiento de don Timorato, del jardín de la casa de Serafina, hubiese hecho fuego sobre el alcalde creyendo tirar sobre un ladrón? Y si esto había sucedido, ¿cómo convencer él á Rosario de que no había sido el preparador de este asesinato, por librarse del terrible alcalde? ¿Cómo podía esperar que Rosario le amase, ó mejor dicho, no le aborreciese, si le creía el matador de su padre?

Don Miguelito entró en muy mala disposición de espíritu casa del tío Carcañales.

—A averiguarme en seguida,—dijo,—lo que ha sucedido esta noche en la casa de la calle de los Placentines, número 7.

—Pues por el aire, señor marqués,—dijo el tío Carcañales.

Y salió.

Volvió á poco.

—Ya he enviado yo un emisario,—dijo,—para que averigüe lo que haya.

Media hora después entró un alguacil de los del teniente alcalde mayor.

Este alguacil había pertenecido á la ronda del alcalde mayor y estaba en connivencia con algunos de los agentes del tío Carcañales.

El alguacil no vió á don Miguelito.

—Pues señor,—dijo,—traigo las razones que ha ido á pedirme Patasgordas: lo que ha sucedido en la calle de Placentines, en la casa número 7, es que avisaron al señor teniente alcalde mayor de que allí habían hecho una muerte. Era muy tarde, cerca de la una de la noche; yo fuí con el señor teniente alcalde mayor y encontramos allí un hombre muy viejo y muy feo, con cara de lobo, vestido como la gente rica del campo y muerto, con un tiro en el pescuezo que le había degollado; y resultó ser, que aquel difunto era el alcalde del pueblo de Guillena. Por las señales que se encontraron se vió que en la casa no se había hecho la muerte, y por lo mismo no se prendió á nadie; nos salimos, y enseguida nos fuimos con el señor teniente alcalde mayor al mesón de la Cabeza del rey don Pedro, y allí encontramos debajo de la cama de la posadera un buen mozo que era sobrino del difunto y marido de la dueña de la casa de la calle de Placentines; una buena moza, que me dieron á mí relampaguzas en los ojos cuando la ví; y por un retaco que allí se encontró, recientemente disparado, y por otros

varios indicios, se sacó en claro que aquel buen mozo, que se llama don Isidro, era el que había matado á su tío cuando su tío se metía por las tapias del jardín en la casa número 7 de la calle de Placentines. A estas horas el muerto está en el hospital para que le hagan la anatomía, y el matador en la cárcel de ciudad en un calabozo, muy á su guscon un par de calcetas de Vizcaya.

—Y dime tú, Trompetero,—preguntó el alguacil al tío Carcañales, que tenía ya instrucciones,—¿se puede *barbear* al escribano de la causa?

—Le diré á usted, tío Carcañales... Pero hombre, eche usted para acá una caña y una aceitunita, que con tanto como me ha hecho usted hablar se me ha secado la lengua.

—Pues por eso no quede,—hijo mío;—contestó el tío Carcañales.

—Y salió de la tienda y volvió á entrar á poco con una bandeja de cañas; esto es, con un cañaveral en una mano, y en la otra mano una media fuente con bocas y aceitunas.

—Vaya, muchas gracias, tío Carcañales,—dijo el Trompetero; tragándose una caña y poniéndose á chupar enseguida una boca.—Pues le diré á usted; á este escribano, á don Sinforoso, no le he cogido yo todavía el intríngulis como se lo había cogido á don Pánfilo. El parece muy serio, y que se va á comer lo niños crudos; pero sin intríngulis no hay nadie en este mundo, y yo le buscaré el intríngulis á don Sinforoso y vendré con la razón; y mire usted que yo vengo con la razón esta tarde, porque para buscar el intríngulis á un hombre pronto y bien, ninguno como yo; á no ser aquel maldito Oreja y Media, que se anda regodeando á su gusto por esos caminos de Dios. ¡Qué suerte tienen algunos hombres! Pero me parece á mí que como dure mucho

este teniente alcalde mayor, les va á pasar algo á los caballistas de Oreja y Media. ¡Es mucho hombre! No descansa ni reposa; pero dicen que el señor alcalde mayor no ha dejado el regimiento de Sevilla sino por un poco de tiempo porque está enfermo, y que volverá á tomarlo.

Don Miguelito, que escuchaba tras de una puerta inmediata, se sobresaltó.

El Trompetero, como de la ronda antes del alcalde mayor, debía estar informado; por consecuencia, don Bartolomé que se había retirado definitivamente, le engañaba.

No necesitaba tanto don Miguelito para ponerse en guardia.

¿Estaba en su quinta de los Prados, á pretesto de la belleza del sitio y de sus amores con la Jacintilla, el alcalde mayor solo para espiarle de cerca?

Como se ve, el alcalde mayor, en su celo por la justicia, se había puesto en peligro; se había hecho sospechoso y temible á Caparrota.

El trompetero se atracó de manzanilla, aceitunas y bocas, y con cuatro duros en una pieza que le dió el tío Carcañales, se fué prometiendo volver á la tarde con el intríngulis del escribano don Sinforoso.

Apenas se había ido el Trompetero, salió don Miguelito.

—No necesita usted decirme nada, tío Carcañales,—dijo; —lo he oido todo. Ea, con Dios y hasta la tarde, que vendré á ver si ese nos trae el intríngulis del escribano.

Y salió.

—Mala cara lleva; malo anda esto,—dijo el tío Carcañales, profundamente pensativo.—A ver si por las cosas del marqués danzamos todos.

Don Miguelito se fué á casa de Serafina y la manifestó

que era cierto: que Isidro había sido el matador de su tío y estaba preso; y volvió á asegurarla que Isidro, ni sería ahorcado ni echado á presidio.

Al salir don Miguelito se encontró en la galería del patio á Carlota.

—Pero, ¿y cuándo va usted á ver á mi padre?—exclamó la joven.—Yo quiero cuanto antes salir de esta situación; el horror me persigue donde quiera que voy. Ya ve usted lo que ha sucedido en esta casa anoche.

—Es que nosotros tenemos que hablar, y hablar á solas, —dijo don Miguelito,—así pues, hablaremos esta noche después de las doce por la reja de la sala baja, que es la tercera, á la derecha de la puerta.

—No sé si podré,—contestó Carlota.

—Válgase usted de Tiburcia.

—Pues bien, hasta las doce,—dijo Carlota.

El encuentro con Carlota había provocado en don Miguelito el recuerdo de Milagros.

—¡Oh! ¡esto es horrible!—dijo.—Adoro á Rosario, amo á Patrocinio, y no puedo prescindir de Milagros. ¿Qué es esto, empeño ó locura? Y debería tener juicio. Mi situación se va haciendo de día en día más comprometida; voy perdiendo el tino; no sé como acudir á todo. Sí, sí, es necesario concluir cuanto antes: introducir á Carlota en el convento de las dueñas del Espíritu-Santo, ponerme por medio de ella en inteligencia con Milagros. ¡Oh! Milagros no ha podido dejar de amarme; Milagros debe estar desesperada, resuelta á todo. ¡Oh que vida la mía! Y Margarita debe haber sido presa, sí, indudablemente: el Trompetero no ha dicho nada de esto; pero un alcalde, tan alcalde como el teniente alcalde mayor, no ha podido dejar de prender á una

mujer en cuyo aposento y debajo de su cama ha encontrado escondido un asesino. Margarita es un peligro y es necesario enmudecerla. Se perderá el conocimiento de los otros tesoros de ese don Julián; pero ¿para qué quiero más oro? Es necesario empezar á tener juicio. Por lo demás, la muerte de don Timorato á manos de su sobrino, ha respondido á mi proyecto, me quita un peso del corazón. Si don Timorato no sorprendió mis amores con su hija ha sido porque estaba ciego por Serafina, pero una casualidad podía habernos descubierto á Rosario y á mí, y yo no sé lo que hubiera sucedido entonces: ahora es distinto, se quedan mujeres solas y necesitadas de amparo. ¡Oh! Tengo ya recelo alguno á mi Rosario y he salvado á mi Patrocinio.

Don Miguelito se fué á su casa y contó á Patrocinio lo que sucedía.

—¿Y aún te obstinarás,—dijo Patrocinio,—en continuar en el peligro?

—Te repito que Isidro nada sabe, que nada sabe Serafina; lo que sucede, ni agrava, ni facilita nuestra situación; solamente se nos viene un compromiso encima; de seguro la familia de don Timorato se amparará de mí. La cosa es terrible para ella.

¡El tío muerto por el sobrino!

Patrocinio calló como siempre. No podía darse una abnegación mayor que la de su amor: y podía haber dicho á don Miguelito: No; quien ha matado á don Timorato no ha sido Isidro, has sido tú; tú has preparado una intriga, y has obtenido los resultados de esa intriga; tú sabías indudablemente donde estaba Isidro, y no se lo has revelado ni á su tío ni á su mujer: á mí misma nada me has dicho; necesitabas deshacerte de don Timorato por tus amores por su

hija, y te has deshecho de él; tu bella Rosario pensará lo mismo que pienso yo.

Pero como hemos visto, nada de esto dijo Patrocinio á Caparrota.

Este creía engañada á Patrocinio.

Patrocinio le conocía demasiado: sabía que nada conseguiría de él oponiéndosele, sino provocar escenas lamentables. Estaba segura de que no podía reducirle á la razón, y callaba.

Don Miguelito fué aquella tarde á casa del tio Carcañales.

El intríngulis que generalmente tienen todos los hombres es una mujer.

El Trompetero se había echado á olfatear, y en cuatro ó cinco horas había averiguado dónde, y muy secretamente, don Sinforoso, que era casado, tenía su entretenimiento; y un entretenimiento tal, que le traía loco, y celoso, y dado al diablo.

Don Miguelito supo las señas de la señora Agustina, entretenimiento de don Sinforoso, y sin perder tiempo, comisionó al tío Carcañales para que fuese á tentar el vado á la señora Agustina y viese el medio de ingerirle con ella.

Pues han de saber mis lectores, que la señora Agustina vivía en el barrio de San Bernardo, en la calle de los Tiros, y vivía allí, porque generalmente los toreros de Sevilla viven en el barrio de San Bernardo, y el marido de la señora Agustina era un tremendo picador de toros, que se llamaba Tormenta.

No conocía otra cosa el tío Carcañales; pero no había conocido nunca á su mujer, ni aun sabía cómo se llamaba.

Como todos los hombres tienen su intríngulis, el tío

Tormenta le tenía también; el intríngulis del tío Tormenta era muy común, muy general: le gustaban extraordinariamente tres cosas: las buenas mozas, el buen vino y las onzas de oro; pero el tío Tormenta tenía su género especial en cuanto á las buenas mozas: le gustaban las amas de cura, y á falta de ellas, las sacristanas.

La señora Agustina tenía también su intríngulis, mucho más común en las mujeres, que el intríngulis que su marido tenía.

La gustaba en primer lugar, que el tío Tormenta no se metiese en averiguar á dónde iba ni de dónde venia; le gustaba que el tío Tormenta la echara sobre el delantal para que lo guardase, ó más bien, para que lo gastase, el dinero que ganaba; pero acontecía que el tío Tormenta era celoso, y sobre si su mujer estuvo en casa de esta vecina ó la de la otra, si tardó en volver de misa, ó si estuvo mucho tiempo en el sermón, ó si se detuvo en abrir la puerta por la noche, dando tiempo á que algún prójimo escapase por el corral, le arrimaba cada paliza que la ponía á la muerte; y en cuanto á lo de entregarla el dinero que ganaba, era cosa de sueño ó imposible, porque gracias si el tío Tormenta daba mermadamente á su mujer lo necesario para poner la olla. Y acontecía, que como á la señora Agustina la gustaba vestir bien y gastar alhajas, á cada cosa que el tío Tormenta la veía encima, que él no la había comprado, porque era incapaz de comprársela, la daba un sobo que la ponía azul; y después de darla el sobo, la decía:

—Vaya, mujer, puedes seguir poniéndote á tu gusto esas prendas, porque ya las has ganado.

Pero cuando se trataba de alhajas, el tío Tormenta las decomisaba, y ó se las regalaba al ama del cura, ó á la sacris-

tana que tenía entre manos, ó las vendía y se las bebía y se las comía con sus amigos y sus amigas.

Hay que advertir que, á pesar de todo, y por encima de todo, la señora Agustina, sin duda porque su marido la meneaba casi cuotidianamente el bulto, le quería que rabiaba por él, y el tío Tormenta, sin duda porque su mujer le quemaba siempre la sangre, y le tenía celoso, y enfurruñado, á pesar de todas las amas de cura y de todas las sacristanas del mundo, estaba loco por la señora Agustina, y si celoso era él, más celosa era ella, y si él le rompía el alma á algun mocito del barrio que hacía guiños á su mujer, la señora Agustina, siempre espiando á su marido, y averiguándole los belenes, daba cada paliza al ama de cura ó á la sacristana, que la volvía loca.

Y así los dos esposos, con sus celos y sus belenes, traían alborotado y escandalizado el barrio de San Bernardo, aunque las gentes del tal barrio no se escandalizasen, ni se hayan escandalizado nunca, por cualquier cosa, y el alcalde andaba siempre á vueltas con el uno y con la otra, y metiendo por ocho días en la cárcel ya á la una, ya al otro, y sin poderlos meter por vereda.

Ahora bien, un año antes, don Sinforoso, que era muy aficionado á toros, venía un domingo por la mañana en un caballejo viejo y ruin de Santiponce. El jamelgo era un drope lleno de vejigas, de esparavanes y sobre huesos, flaco y enteco, que apenas si podía con su alma; y aconteció, que teniendo que evacuar en Sevilla algunos negocios don Sinforoso, antes de ir á los toros, de los cuales no quería perder ni la más pequeña parte, le era necesario que su rocinante hiciera un imposible, esto es, correr, y le compelió y atormentó de una manera tal á espolazo limpio, que el po-

bre animal, desesperado, ensayó un trote, logrando únicamente tropezar al primer paso, dar de bruces y quedarse tendido á larga en el suelo con su ginete, á un lado del camino.

Sabe Dios cuánto tiempo hubiera estado allí don Sinforoso, que había perdido los sentidos, de la caida, si por el solitario camino no acierta á pasar una calesa arrastrada por un valiente caballo y ocupada por una hembra de un empaque inmejorable, y lo más apetitoso del mundo, aunque ya no era una niña, dado que, aunque no con mucho exceso, pasaba de los treinta años.

Esta real hembra, que llevaba mantilla de felpon, peineta de plata sobredorada, gargantilla de perlas, gran pañolón bordado y la falda de seda de colores vivos llena de faralares, media de seda calada, zapatos de cordovan amarillos, y cuajadas de cintillos las manos, con sortijillas en el pelo, y un lunar junto á la nariz, en la mejilla izquierda, que era una tentación por lo gracioso y lo bien puesto, era ni más ni ménos que la señora Agustina, mujer del tío Tormenta.

—Oye, tú, Tronidos,—dijo la señora Agustina al calesero que iba jaleando el caballo para que no aflojase en el trote;—¿qué es eso que hay ahí al lado del camino?

—Pues ya lo ve usted, señora Agustina,—dijo Tronidos, refrenando su caballo, un matalote y un viejo.

—¡Ay, Tronidos, que me parece que ese hombre está desmayado!—dijo la señora Agustina.—¿Por qué no le hemos de socorrer? La caridad no ha reñido con nadie.

—Pues por mí, aunque usted le socorra...—dijo Tronidos.

Y paró la calesa, se apeó de la vara, y se fué á reconocer los dos bultos.

—Pues, señora Agustina,—dijo Tronidos,—al caballo no se le puede socorrer, porque se ha cansado de vivir y se ha muerto; pero lo que es al viejo es otra cosa, aunque á mí me parece que está si se va si se viene.

—Vaya, hombre, pues ponlo aquí en la calesa y vamos andando, y en el ventorrillo de la Quejumbrona se hará lo que se pueda por él.

—Es que yo solo no puedo con él, señora Agustina, porque aunque es viejo, es gordo, y un cuerpo así mortecino pesa doble.

La señora Agustina se levantó y saltó en limpio de la calesa al camino, como si en toda su vida hubiese hecho otra cosa, y se acercó dejando ver la gallardía de su persona y lo llamativo de sus andares.

—Mira,—dijo,—agárrale tú por los pies, que yo le agarraré aquí por debajo de los brazos.

—Calle usted, señora Agustina, espérese usted que este señor tiene aquí, así como un bulto debajo de la faja.

Y Tronidos metió los irreverentes dedos entre la faja, y sacó un bolsillo de red, con pasadores de oro, de seda verde, lleno y abultado, dejando ver entre sus mallas el brillo incitante del oro.

—Trae acá, hombre,—le dijo la señora Agustina, arrebatándole el bolsillo,—y déjate de tonterías, que tú no entiendes de esto. ¡Ahora estamos para que á tí te echen á presidio y á mi me metan en las Recogidas por habernos quedado con lo que no es nuestro.

Y ahuecándose el descote del vestido por la abertura del pañuelo, se metió entre los dos globos del pecho, que eran enormes, el abultado bolsillo.

—¡También es manía!—dijo Tronidos.—Yo no sé á qué

quiere usted ir fatigada con ese peso, cuando lo podía llevar yo.

—Ea, carga con el enfermo y déjate de retrónicas.

—Con eso me cargará usted á mí, señora Agustina,—dijo Tronidos.

—Y mira no te haga cargar con otra cosa si das lugar á que te se haga andar derecho.

Tronidos se aguantó.

La señora Agustina era una hembra de pelo en pecho y la tenía miedo.

Entre los dos pusieron con trabajo á don Sinforoso, que era muy pesado, en el pesebrón de la calesa, y luego le acomodaron en el asiento.

Don Sinforoso empezaba á dar señales de volver en sí.

—Anda, Tronidos,—dijo la señora Agustina;—quítale la albardilla y la brida al caballo, y ponlos en la zaga.

—Y si usted quiere pondremos al caballo también, señora Agustina.

—Mira no te ponga yo la mano en la jeta, tunante; anda y despacha, que se va haciendo tarde, y sabe Dios lo que nos entretendrá este señor.

Tronidos resopló, se pasó la mano por encima de las narices, miró de soslayo, como protestando, á la señora Agustina y silbando las corraleras, le quitó al caballo muerto la albardilla y la brida, las puso en la zaga, las sujetó, y saltando á la vara, porque ya la señora Agustina se había acomodado en la calesa y había empezado á socorrer, haciéndole aire con el abanico, á don Sinforoso, y chascando la tralla, gritó con un acento que revelaba su despecho y aun su rabia.

—¡Alza, *Pulío!* ¡á ver si te disparas y te estrellas y nos revientas á todos!

Y el pobre bicho sufrió un trallazo inmerecido que le hizo partir al galope.

Cinco minutos después, el caballo se detenía á la puerta de un ventorrillo, delante del cual había un hermoso parral.

Aquel era el ventorrillo de la Quejumbrona.

—A ver, tú, Inesilla,—dijo la señora Agustina, saltando de la calesa,—á ver si me ayudas á bajar á este señor, que al pobre le ha dado yo no sé qué en el camino, y yo le he recogido medio muerto.

Don Sinforoso había vuelto en sí; pero tan dolorido y tan asustado, creyendo que se había reventado, que de miedo no podía echar el resuello del cuerpo.

Le pusieron en el ventorrillo en una cama, y la señora Agustina, quitándose la mantilla y el pañuelo bordado, y arremangándose el brazo derecho, se puso á dar frotes con aguardiente al lastimado, allí donde lo había menester, y como antiguamente los vestidos eran descotados, tenía descubiertos la señora Agustina unos hombrazos y un pescuezo, que á otro cualquiera, por exorbitantes, le hubieran causado hastío; pero que sirvieron, sin duda por un fenómeno nervioso, para que el escribano, que cebaba en todas aquellas turgencias la vista y el alma, se mejorase.

Además de esto, la señora Agustina era muy graciosa, muy expresiva, con la boca pequeñita, que cuando se sonreía dejaba ver dos hoyitos en las mejillas, y una fresquísima dentadura blanca como marfil nuevo, y aquel lunar y aquellos ojos negros y chispeantes, y aquel pelo rizado con su raya al lado y de través, y aquella tunantería y aquel trasteo de lo fino, como que la señora Agustina tenía cerca del corazón el bolsillo lleno de onzas de oro, que Tronidos había sacado de entre la faja de don Sinforoso.

Este no quitaba ojo de la señora Agustina, y sobre todo, de la gruesa gargantilla de perlas con su relicario.

Sobre todo aquel lujo de carnes morenas, producía en el escribano ¡un efecto diabólico



—Yo lo siento mucho,—dijo la señora Agustina, después que hubo frotado y refrotado á don Sinforoso;—pero yo me tengo que ir: tengo que sacarle á mi marido una camisa bordada y la chaquetilla, y acabarle de limpiar la mona, que, todavía tiene unos visos de sangre de la corrida pasada.

Nuestros lectores deben saber lo que es la mona de un picador, y para los que no lo sepan, vamos á decirlo.

Se llama la mona, las botas y las musleras de hierro cubiertas de ante, con que los picadores defienden las piernas.

Fué una puñalada en mitad del corazón para don Sinforoso el conocimiento de que su Melisendra, que ya la había deputado por suya, en vista de la amabilidad con que le trataba y del interés que se tomaba por él y lo graciosamente que le sonreía, no fuese persona independiente y libre cuando más viuda y en disposición de hacer justiciar al mejor postor.

Era desgraciamente mujer de un hombre que gastaba mona, es decir, mujer de un torerazo y de á caballo, que suelen ser todos, y esto lo sabía bien don Sinforoso, hombres duros y de malas entrañas.

—Pues yo tampoco puedo detenerme, hija mía,—dijo don Sinforoso;—y á pesar del batacazo que me ha hecho dar el pobre estudiante, que en paz descanse, yo me siento con gávilos para ir á Sevilla, gracias á esas manecitas de oro que me han hecho mucho bien.

—Vaya, pues bueno,—dijo la señora Agustina, poniéndose su pañuelo bordado y echándose la mantilla.—Pues ande usted buen mozo, que todo lo que puede ser es que yo le lleve á usted á Sevilla, adonde usted diga, en la calesa. Ea, préndeme la mantilla, Inesilla, y que el señor te pague el gasto que se haya hecho, que yo, con la prisa me he dejado la faltriquera en casa.

—Pues mire usted, señora,—dijo don Sinforoso;—yo no sé como mi bolsillo, conociendo lo falta que usted estaba como es muy hombrecito de bien y muy bien criado y le gustan mucho las buenas mozas, se ha ido de mi faja á su pecho de usted, y ahí está mucho mejor.

Don Sinforoso había visto entre el pecho de la señora Agustina, á causa del descote, la punta de su bolsillo.

—Calle usted, señor, que como ese bolsillo no es mío yo

no podía disponer de él, que yo se lo tenía á usted aquí en depósito.

—Pues, comadre, págueme usted con lo que tiene usted á orilla del bolsillo, con el corazoncito, digo, y cabo de barra, fortunita; que por eso no he de ser yo más pobre ni más rico.

—Calle usted, hombre, que me ha matado usted,—dijo la señora Agustina, poniéndose pálida de contento y de sobresalto al verse dueña de tres ó cuatro libras de oro en onzas mejicanas, que no pesaba ménos el bolsillo,—que con esas palabras que acaba usted de decir me ha arrancado usted el pedacito de las entrañas que yo tengo más hondo y más sensible. Ea, venga usted acá, hombre, que le voy á dar á usted el brazo, que yo quiero ser el apoyo de su vejez de usted.

—¿Viejo, eh?—dijo don Sinforoso, con esa manía de los hombres de edad, que siempre se creen muchachos.—¡Viejecillo! ¡que si quieres!

—Es que yo no lo digo por lo presente; pero como esto no va á ser cosa de dos días, andandito andandito, y queriéndome siempre á mí, y queriéndole yo siempre á usted, como yo le cuidaré á usted mucho, á la fuerza llegará usted á viejo. No sea usted material, hombre. ¿Pues cómo había yo de llamarle á usted viejo por lo presente, si está usted hecho un pino de oro y gordito que da gusto? Vamos, deje usted, que yo acabaré de apretarle á usted la faja, buen mozo. Tome usted mi brazo y eche usted á andar, niño. Quédate con Dios, Inesilla; ya ajustaremos cuentas, que ahora no llevo cambiado.

—Vaya, eso no corre prisa,—dijo la ventorrillera.

La señora Agustina, llevando á remolque á don Sinfo-

roso, que no estaba en muy buen estado, á pesar de que quería hacerse el fuerte, salieron, se metieron en la calesa, y Tronidos que se había echado de muy mal humor en uno de los poyos que había á la puerta del ventorrillo, se apretó la faja, le soltó una mirada de reojo á la señora Agustina, saltó á la vara y arreó con rabia al caballo.

—¿Pero has visto tú, Pascualillo?—dijo la ventorrillera á su marido.—Todas las bribonas tienen suerte. ¡Y sin poca vergüenza que gasta la nena!

—Déjate de lo que no te importa, Inés,—dijo Pascualillo,—que lo que á mí me parece, es que tú tienes envidia, y ya sabes cómo yo las gasto.

Y se metió para adentro cantusando.

—Conque oiga usted, moza buena,—decía don Sinforoso á la señora Agustina, que le hacía aire con el abanico,—nosotros somos ya un cuerpo y dos almas.

—Vaya, hombre, gracias, porque de enamorado está usted tan turbado que se le trabuca á usted el *casquis*. Un cuerpo no, porque ya ve usted que eso no puede ser; pero un alma y dos cuerpos, eso sí; y el alma es usted solo, porque me ha robado usted toda el alma que yo tenía, bonito. ¡Ay qué remonísimo que es este hombre! y en qué mala hora me lo he encontrado yo para penar, cuando estaba yo tan ricamente y tan tranquila sin *fa* ni *fó*.

—¿Y por qué ha de penar usted por que yo la quiera y porque usted me quiera á mí?—dijo el escribano.

—¡Ay, que no sabe usted la fiera que Dios me ha dado por marido!—exclamó soltando un suspirazo la señora Agustina.—¿Usted ve estos cuatro trapos y estas cuatro alhajillas que yo llevo encima? Pues ha de saber usted que si mi marido me viera con ellas, me deslomaba y le hacía

á la fuerza á Dios que viniera á verme, que á mí mi marido me tiene con una mano atrás y otra adelante, medio en pelota, y sin zapatos, para que no pueda salir á la calle, de celoso que es el indino ¡y con un geniecito que gasta el alma mía! Mire usted, él no puede dar un paso sin llevar un garrote de nudos, y hasta con el garrote duerme por si le hace falta; y donde el pega un garrotazo... no se lo quiero contar á usted, porque se iba usted á poner malo. ¡Qué, si soy yo muy desgraciada! Estos trapitos y estas cositas son prestadas de una amiga mía de Triana, y cuando yo tengo que ir á alguna parte, como ahora, que he ido á Santiponce, escapada para estar en el casamiento de una sobrina de una comadre mía, que se ha casado esta mañana, me los da mi amiga la Escolástica.

—Pero mujer,—dijo don Sinforoso,—si su marido de usted es un celera tal como usted dice, ¿cómo es que se ha pasado usted la noche fuera de su casa?

—Calle usted, señor, que esto ha sido una casualidad, porque ha de saber usted que por una mala mirada que mi marido le echó al alcaldemayor en la corrida pasada, porque le multó á causa de que por lo bárbaro que es, se había salido de los medios de la plaza, le metió en la cárcel por quince días, y ahí tiene usted que yo he tenido un poquito de resuello.

—Pues entonces, si su marido de usted está en la cárcel por quince días,—dijo don Sinforoso,—¿cómo es que usted dice que va de prisa á su casa para aviarle á su marido el vestido de torear.

—Calle usted, hombre, que mi marido está preso sin perjuicio de los contratistas. De la cárcel lo sacarán dos alguaciles lo llevarán á la plaza para que toree, y en acabán-

dose la corrida, si no lo llevan al hospital por algún batacazo, los dos alguaciles le traerán á casa para que se desnude, y luego se lo llevarán á la cárcel para que cumpla su condena.

—Entonces, pedazo de gloria, en cuanto oscurezca esta noche voy yo por usted á donde usted me diga, y la correremos.

—Por esta noche, y por la buena vista, pase; la correremos, cariño; pero vea usted por qué yo me aflijo, porque me ha hecho usted tanto hoyo, que yo por mi gusto no me despegaría ni dos minutos. ¡Ay! Eso no puede ser; soy yo muy desgraciada y tengo que tener paciencia y reconmerme el corazón y morir por Dios, porque el mala sangre de mi marido me tiene puesto espías que se lo cuentan todo, y ya nos había caido la lotería á terno y ambo si mi marido llegara á oler algo. Vaya, hombre, yo no le quería decir á usted quién es mi marido, porque usted no se asustara; pero se lo voy á decir á usted para que no me eche usted la culpa si yo me resisto á que nos veamos mucho; mi marido es el picador Tormenta, y tiene fama.

Se le despegó la carne de los huesos á don Sinforoso, porque en efecto, el tío Tormenta era atroz, y él lo sabía bien, porque había actuado en más de un proceso contra el tío Tormenta, por palizas enormes.

El tío Tormenta no había dado nunca una puñalada ni un tiro; pero de cada paliza que daba ponía á un hombre entre dos luces.

—Vaya,—dijo,—pues ya se la armaremos por cualquier cosa al tío Tormenta y lo echaremos á presidio.

—¡Calle usted, hombre! Pues qué, ¿es usted juez?—dijo la señora Agustina.

—No señora, no soy juez; pero soy más que juez,—contestó don Sinforoso,—porque soy escribano.

—¡Ay! Pues guárdese usted muy bien de echar á presidio á mi marido,—dijo la señora Agustina un tanto asustada, porque adoraba al tío Tormenta.—Y no vaya usted á creer que yo digo eso porque le quiero, que eso no es verdad, sino porque yo sé que aunque le pusieran quince cadenas y le ataran del pescuezo á un poste, como á un mastín, se escapaba y se presentaba cuando menos lo pensáramos, y nos cogía en el garlito y nos mataba á los dos. ¡Jesús! Deje usted, hombre, deje usted, que todo se arreglará. Y usted déjese guiar, que en buenas manos está el pandero.

Entraban entonces por Triana.

Tronidos, que sabía á donde tenía que llevar á la señora Agustina, se paró en la calle de Sumideros, en el mesón de los Camarones.

Allí se apeó la Agustina, y entró, con más rumbo que una real de tres puentes en el puerto, en la posada, y de rondón se metió en la cocina.

—Espérese usted aquí, corazoncito,—dijo la señora Agustina,—y dentro de poco verá usted qué diferente salgo. Echate para adentro, Escolástica, hija mía.

La posadera se entró con la señora Agustina en un cuarto inmediato.

—Aquí no estamos bien,—dijo la señora Agustina;—vámonos más adentro.

Salieron por una puertecilla á un corredor, y por aquel corredor llegaron á un cuarto que daba al corral.

—Llama á tu Patahueca,—dijo la señora Agustina;—entre tanto yo empezaré á quitarme esto.

No tardó en llegar Patahueca, que era el marido de la

Escolástica un hombretón de seis pies, fachendón y perdonavidas, con unas patillazas que le alcanzaban á los hombros.

—A ver si cuenta usted lo que hay ahí, compadre.—dijo la señora Agustina, sacándose de entre el pecho el bolsillo, y poniéndolo sobre una mesa;—y á ver si cuenta usted sin ruído.

—¡Calle usted, comadre! ¿y dónde se ha encontrado usted esta mina?—dijo Patahueca, al que se le encandilaron los ojos.

—Es un *gachó* asustado con el que yo me he tropezado en el camino, desde Santiponce aquí; pero usted cuente y calle.

El tío Patahueca se puso á contar silenciosamente el dinero, y entre tanto, detrás de unas cortinas, ayudada por la Escolástica, la señora Agustina cambiaba de traje.

De cuando en cuando se le pasaba una onza de la mano á la faja al tío Patahueca, mientras contaba.

Resultaron ciento veinticinco onzas, sin contar otras veinticinco que había *transferido*, como se dice ahora por usar de una palabra decente, el tío Patahueca.

—Pues comadre,—dijo éste,—aquí hay cuarenta mil reales netos.

—¡Bendito sea Dios, y qué suerte que tienes, chiquilla!—dijo la Escolástica.

—Cállate, mujer, que á buen bocado buen grito,—dijo descontenta la señora Agustina;—no sabes tú el hueso que tengo yo que roer. ¿No has reparado tú en la facha que tiene el *gachó?*

—Quita allá, mujer, que donde hay hoyo se echa tierra; y lo que yo digo: á mala medicina mucha azúcar. Y debe ser muy rico ese señor; digo, cuando te ha dado los buenos

días con cuarenta mil reales; me parece á mí que antes de quince días lo has desnudado tú, y no puede salir á la calle de vergüenza.

—Pues si no fuera por eso, cualquier día aguantaba yo ese castigo. Me parece á mí que del rodeón que llevaba el *puró* iba á buscar las muelas á San Roque. Oiga usted, compare, póngame usted á mí un recibo de cuarenta mil reales, que somos mortales; y diga usted en el recibo, que no se los doy á usted prestados, sino en depósito.

—Sí señora, sí, comadre, la formalidad antes que todo; cuanto más amigos más claros; ya sabe usted que yo soy muy limpio é incapaz de quedarme con nada de nadie.

Y el tío Patahueca buscó un papel, extendió un recibo, y lo firmó, y lo entregó á la señora Agustina, que ya se había transformado.

Llevaba un pañuelo en la cabeza, unos pendientes de similor, un pañuelo de talle un poco descolorido, y un vestido de percal en muy mediano uso; las medias de seda caladas y los zapatitos de tafilete con moñas, habían sido sustituidos por unas gruesas medias de algodón y unos zapatos muy usados.

Sin embargo, estaba guapetona, y aun podía decirse que mejor con su desaliño, y más incitante.

Se guardó el recibo en el pecho y salió.

Cuando la vió don Sinforoso le pareció mucho mejor.

Ya hemos dicho que con su desaliño parecía mejor la señora Agustina; una hermosa garganta como está más adornada es con su hermosura misma.

—Vaya, hermanito,—dijo la señora Agustina, dejando ver una de sus seductoras sonrisas á don Sinforoso;—yo desde aquí me voy á pie á mi casa porque es necesario ha-

cer el *paripe,* ¿usted entiende? pero no nos hemos de separar así de cualquier manera. Ea, eche usted para acá de buen mostagán que usted tiene, compadre, y eche usted para todos por la buena vista y la buena amistad con mi niño.

Don Sinforoso se derretía porque creía de buena fe que la señora Agustina se había enamorado de él hasta las entretelas.

Patahueca llenó cuatro jarras de cristal, de aquellas que ya no se usan, que tenían flores grabadas y esmaltadas, y las llenó de un rico clarete amontillado.

—Pues salud y pesetas,—dijo el tío Patahueca,—y que se rompan ustedes con otros de terciopelo.

—Por la buena vista, amigos,—dijo la señora Escolástica.

—Porque no nos muramos nunca hasta que no queramos,—dijo la señora Agustina.

—Por sus ojos de usted y por su boquita, terron de azúcar,—dijo don Sinforoso.

Don Sinforoso estaba entre pícaros, y la polilla se le había metido en los huesos.

—Oiga usted,—dijo la señora Agustina,—en oscureciendo, que oscurezca, liadito en su capa de lamparilla, porque si se pone usted la *pañosa* se va usted á derretir, y yo no quiero que usted se derrita más que por mis ojos, se va usted á la Cestería, á la taberna del Mirlo, y allí pregunta usted por la comadre y nada más. Y con Dios y hasta la vista.

Y relampagueando una mirada homicida á don Sinforoso, la Agustina se fué llevándose el corazón del escribano entre el meneo irresistible de su falda.

Digamos de paso, como por vía de nota, que se llama-

ban capas de lamparilla, unas hechas de una tela de algodon, á manera de percal lustrina, que usaban nuestros abuelos en el verano, porque sabían ir sin capa; como que entonces se reparaba mucho en todo, y á cada paso nuestros abuelos necesitaban algo con que taparse las narices.

Don Sinforoso se despidió con grande muestra de amistad de sus improvisados amigos, los dueños de la posada de los Camarones, que le ofrecieron completamente su casa, y se metió en la calesa.

Tronidos, á quien le interesaba algo la señora Agustina, se montó en la vara, de peor humor que antes, y arreó al jaco.

—Hombre,—dijo al cabo de algunos minutos, volviendo la cabeza y mirando encarnizadamente á don Sinforoso,—yo no tendría conciencia ni temor de Dios si no le dijera á usted que al tropezarse con esa mala hembra ha tropezado usted con el lagarto de Jaen, que se lo va á tragar á usted con zapatos y todo, y no va á quedar de usted ni la sombra.

—Tú te callas y arreas, tunante,—dijo don Sinforoso.—¡Hombre, pues no faltaba más! ¡Habrá pillo! ¿Qué se le habrá figurado á este *charrán*, que Dios ha hecho la gloria para él? Mira no llame al primer alguacil que me encuentre y te meta en la cárcel con calesa y todo, bandolero.

—¿Y usted quién es para prenderme á mí ni para hacerme á mí nada? —dijo Tronidos, dando un frenazo al bicho y parándole en seco.—¡Para que no se lo cuente yo todo al tío Tormenta!

—Sabes tú que yo soy escribano,—dijo don Sinforoso,—y que me costará á mi bien poco buscarte el bulto y seguirte la vareta, y echarte á presidio para tu vida, desvergon-

zado. ¡Pues buenos están los caleseros, que el que más y el que ménos, cuando no está preso lo andan buscando!

—Calle usted, señor,—dijo sonriendo Tronidos, que esta no ha sido más que una broma, ¡Jesús, hombre! Que le haga á usted muy buen provecho. ¡Alza, *Pulío*, á ver si desempiedras la calle!

La verdad era, que aunque Tronidos, porque servía de balde á la señora Agustina, tenía sus motivos para interesarse por ella, entró en tierra de miedo cuando supo que don Sinforoso era de justicia; escondió las uñas, y de un solo trote le llevó á su casa.

—Ea, pues, quede usted con Dios, señor, y salud,—dijo Tronidos.

—Espérate, hombre,—que te voy á pagar,—contestó don Sinforoso.

—¡Cá! no señor, si yo ya estoy pagado,—dijo Tronidos.

—¿Cómo has de estar pagado, si el amigo no tenía dinero suelto?

—El amigo siempre tiene dinero suelto para mí, señor, —contestó Tronidos.

Y saltando á la vara, exclamó chascando la tralla:

—¡Alza, *Pulío*!

Y escapó.

Don Sinforonso había usado del calificativo amigo, refiriéndose á Agustina, porque había aparecido en la puerta al parar la calesa, doña Robustiana, su mujer, una hembra que hubiera podido llamarse una partícula adversativa del amor, si se la hubiera podido considerar como partícula.

Era una odre sin cincha, una especie de esfera con dos pequeñas patas y dos pequeños brazos, y una cabeza escondida entre los hombros.

—Oye, Sinforoso,—le dijo con acento acre y hombruno; —¿qué amigo es ese que te ha pagado la calesa?

—¿Quién ha de ser, sino don Serapio, que ha sido testigo de la escritura de venta del molino?

Como se ve, los cuarenta y ocho mil reales que se habían quedado entre las garras de la señora Agustina, eran el resultado de una finca vendida aquel día por don Sinforoso.

Se tranquilizó doña Robustiana.

Nada tenía de particular que don Serapio, uno de los grandes amigos de don Sinforoso hubiese pagado al calesero.

—Entra, hombre, entra, que me parece que tú no vienes bien.

—¿Qué he de venir, bien, mujer?—exclamó don Sinforoso,—Pero, ¡voto al chápiro! Ese canalla de calesero se ha llevado la albardilla y la brida del Estudiante, que venían á la zaga.

—Pues, ¿y por qué venían á la zaga de la calesa la albardilla y la brida del Estudiante?—preguntó doña Robustiana.

—Mujer, por lo mismo que yo no vengo bien, porque has de saber, que el pobre del Estudiante dió un tropezón de tal manera, que el pobre se mató, y don Serapio y yo tuvimos que aprovechar una calesa que venía de Santiponce.

—Hombre, ¿y por qué ha pagado la calesa don Serapio, si él no usó de la calesa?

—¿Y quién te ha dicho á tí, mujer, que no usó de la calesa don Serapio?

—Porque á don Serapio le he oido yo decir un millón de veces que las calesas le marean y que quería mejor ir en un burro.

—Es verdad, mujer; pero has de saber tú que al caballo de don Serapio le dió un torozón en Santiponce, y yo traía á las ancas á don Serapio, y por la misma razón, como el Estudiante ya no podía con sus huesos, por el exceso de carga, cayó y se mató, y del golpe nos estropeamos los dos de tal manera, que á pesar de que las calesas marean á don Serapio se alegró mucho de tener una calesa que le llevara los huesos molidos.

—¡Mire usted qué casualidad, que os encontrásteis una calesa cuando os hacía falta! En fin, bueno: ¿y has vendido bien el molino mío?

Don Sinforoso se sentía gravemente indispuesto.

Veía á donde iba á parar su mujer.

Tal flechazo le había dado la señora Agustina, tan imposible la había creído por el rico atavío que llevaba, que el hombre se había esforzado, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, para rendirla inmediatamente, la había soltado un metrallazo de oro, olvidado en aquel momento de embriaguez de que tenía quedar cuenta á su mujer, que era una arpía.

—Te diré, Robustiana,—dijo don Sinforoso, haciendo un esfuerzo para mantenerse sereno,—el precio no ha sido malo; el molino lo había yo comprado por veinticinco mil reales, valiéndome de la ocasión, tú me dijiste que no lo diera menos de treinta y cinco mil, y yo lo he vendido en cuarenta y ocho mil, ¿me parece que estarás contenta?

—Pues ya lo creo,—dijo la señora Robustiana,—pero ¿dónde está el dinero? Tú no le tienes encima, porque te se conocería el bulto aunque fuera en onzas de oro ¡Si se lo habrá llevado también el calesero?

Y la voz de doña Robustiana tenía ya acento de tormenta.

—Hombre,—exclamó don Sinforoso,—cuando se hacen unas ventas tan ventajosas no se toma dinero á tocateja: yo he tenido que vender el molino para que me den ese precio á plazos, porque en dinero contante de presente, no quería dárme más que treinta mil reales: y la verdad es que en treinta mil reales se ha vendido el molino, porque los otros dieciocho mil son los intereses.

—¡Sinforoso!—exclamó doña Robustiana, empezando á desencadenar la tempestad de su cólera contra su marido.

—Y bien, ¿qué?—dijo éste.

—Sinforoso, tú eres un bribón, un mal hombre, tú engañas á tu mujer.

—Y hago poco,—exclamó don Sinforoso cansado ya,—cuando no agarro á mi mujer y la tiro contra el suelo y la reviento como si fuera un pellejo de aceite; yo no puedo aguantar esto y es necesario que esto se acabe.

—Pues bueno, sí señor; el divorcio,—exclamó doña Robustiana,—usted le ha dado ese dinero á alguna buena moza.

—Yo se lo he dado á quien me ha dado la gana,—exclamó todo sofocado yéndose del seguro don Sinforoso.—¡Y decir que yo soy malo porque busco á una mujer como Dios ha hecho á las mujeres, cuando mi mujer se ha convertido en un cerdo cebado que para nada sirve más que para quemarme la sangre y para amargarme la vida y para apestarme la casa, le diré que miente, porque esta no es mujer, sino castigo y epidemia!

—¡Ay Dios mío! ¡favor! ¡socorro! ¡vecinos! ¡aquí de Dios y de los hombres, que mi marido me mata porque este mal hombre se ha vuelto loco!

Chilló de una manera doña Robustiana, y con una ex-

tensión tal y una tal claridad de bocalización, que la oyeron en diez casas á la redonda.

Adviértase que don Sinforoso, había gesticulado mucho, había manoteado mucho; pero no había tocado ni por asomo, ni teniendo intención de ello, á doña Robustiana.

—Vamos, señores, paso, paso,—dijo entre una tos perruna un viejezuelo con sombrero de tres picos, casaca, calzón corto y capa de lamparilla, á la antigua usanza, que acababa de meterse por la cancela, que había quedado abierta.

Aquel hombre cuya presencia aterró á don Sinforoso, como si hubiera visto de repente la cabeza de Medusa, era don Serapio.

—Sí, sí, venga usted ahora á poner paz,—exclamó creciendo en irritación doña Robustiana,—cuando usted es el cómplice de lo que causa esta guerra. Vamos, venía usted á hacerme pasar el embuste, ¿no es verdad? lo de la venta á plazos del molino.

—Pero, señora, si yo no venía más,—dijo don Serapio,—sino á que usted tuviera la bondad de hacerme ese remedio que usted tiene para la tos, que me estoy muriendo, como que acabo de levantarme de la cama.

Y don Serapio continuaba tosiendo á más y mejor.

—Oye tú, mal hombre, asesino,—dijo doña Robustiano;—déjate de hacerle guiños y gestos á don Serapio para que se calle. ¡Pobrecito! El sí que es un buen hombre y un buen marido. Anda, anda, dí ahora que este ha pagado la calesa, ¡hereje!

—Mire usted, don Serapio,—dijo don Sinforoso;—puesto que usted le gusta tanto á mi mujer, quédese usted con ella para que le dé la medicina que tanto le conviene, que

yo ahora mismo me voy de Sevilla y del mundo por no volverla á ver más. Esto no se puede resistir, y alguna vez se había de acabar: y bueno estoy yo por la caída del caballo. En fin, un día había de ser.

Don Serapio quiso soltar una buena razón para detener al escribano; pero no se lo permitió la tos, y el escribano salió hecho un basilisco y se lanzó á la calle.

—Pues señor,—dijo,—me alegro; me decido á tomar la posición de un tirano, y el día que esa otra reviente, mejor, me pongo un vestido colorado con cascabeles. ¡Y pensar que hace veinticinco años esa mujer era la mujer más hermosa de Sevilla! Naturaleza linfática, incorregible, que no ha sabido detenerse en una gordura aceptable. ¡Dios mío, Dios mío! Cuando uno compara esa pesada bola de carne con la otra, con mi adorada Agustina...

Y el escribano, á pesar de todo, sonrió.

—Es necesario, de todo punto necesario, indemnizarse. Agustina es robusta, ¡pero qué formas, Señor, qué formas! Si mi mujer se hubiera parado cuando tenía las formas así como Agustina; pero Señor, ha ido perdiendo paulatinamente las formas como si la hubieran soplado. ¡Válgame Dios, válgame Dios! Cuando se trata de un cerdo, cuanto más engorda, mejor; pero cuando se trata de una mujer que se convierte en cerdo cebado, á otro que la aguante; esto no se puede resistir.

Las gentes se paraban para mirar á don Sinforoso porque iba manoteando, gesticulando, avanzando rápidamente, á pesar de su costalada, y hablando recio.

Al fin se metió en un montañés.

—Aquí me zampo, Cascabullo,—dijo dirigiéndose á un hombre pequeño que estaba en el mostrador;—contra las

penas, vino: méteme allá dentro un cañaveral, y que me hagan una cama, hijo, porque estoy molido

—Lo que usted quiera, don Sinforoso,—contestó Cascabullo.

En fin, don Sinforoso se aforró bien por dentro hasta ponerse peneque, y se acostó, mandando le llamaran á la caida de la tarde.

—¿Pero no va usted á ir á los toros, don Sinforoso?—dijo escandalizado Cascabullo, porque sabía bien la ciega afición que á los toros tenía don Sinforoso.—Mire usted que los bichos son de Lesaca.

—Aunque fueran de *lemete*,—dijo don Sinforoso.—Bueno estoy yo para toros ni para que me saquen nada, como no sea que me saquen los demonios que se me han metido en el cuerpo.

—Vamos, se va á acabar el mundo,—dijo Cascabullo, viendo que don Sinforoso tenía algo que estimaba en más que los toros.

A la caida de la tarde, Cascabullo llamó á don Sinforoso.

Este había ya dormido la mona que había tomado por recurso, y se sentía menos dolorido.

Se vistió y dijo á Cascabullo, encontrándose sin dinero, y acordándose de que había prometido á la señora Agustina que la correrían aquella noche muy en grande:

—Dame una docena de onzas, chiquillo, que me he salido sin dinero.

—Por el aire y con mucho gusto,—dijo Cascabullo.

Y se metió adentro, y á poco salió con doce *farfallas* que entregó á don Sinforoso.

—Ea, pues, muchas gracias, Cascabullo,—dijo don Sin-

foroso;—y hasta luego, que puede ser que venga yo aquí con cierto cariño.

—No hay por qué dar las gracias, don Sinforoso; gloria molida que fuera y con azúcar y ajonjolí; venga usted cuando usted quiera y con quien usted quiera, que esta casa y las personitas que hay en ella, no las ha hecho Dios más que para servir á usted. Vaya usted con Dios y diversionarse.

Don Sinforoso se fué en derechura y de prisa á la Cestería, porque estaba anocheciendo, y se metió en la taberna del Mirlo, que la señora Agustina le había indicado.

—¿Ha venido la comadrita?—preguntó don Sinforoso á la tabernera.

—¿Será usted por ventura,—dijo ésta,—el señor del jaco?

—Sí, señora, sí, yo soy el del jaco difunto.

—Vaya, que tiene mucha gracia, buen mozo; pues oiga usted, la comadre ha pasado por aquí al salir de los toros, y me ha dicho que se espere usted, que ella va á mudarse adonde usted sabe. ¡Y vaya si tiene usted suerte! ¡para que la comadre con lo que sucede piense en nadie ni se acuerde de nadie!

—¿Pues qué le pasa á la comadre?—preguntó don Sinforoso.

—Hombre, pues qué, ¿usted no ha estado en los toros? Pues mire usted, tiene usted cara de gustarle la gente de cuernos. Calle usted, hombre, pues si ha sido la mejor corrida que han visto los nacidos. Válgame Dios, qué piés de bichos, y qué cabezas y qué sentido. Buen jaleo ha habido en la plaza; con solo que asomara un capote un chulo desde la barrera, allí tenía usted al toro. Calle usted, que en

cuanto salía un *abanto*, allí iba destripado y le daba la pataleta y no se volvía á levantar. Y mire usted, el tercer toro le quitó medio cachete al señor Paco, que cuando él vuelva á torear será cuando yo cante misa. Y lo que es al tío Tormenta, ¡María Santísima! el cuarto toro le ha tirado un derrote que le ha cogido la moña y se la ha hecho pedazos, y le ha llegado á los huesos, que se le veían por allí al tío Tormenta las entrañas. Calcule usted cómo estará la comadre, y si tiene mérito el que se acuerde de usted sucediéndola lo que la sucede; y gracias que como está preso porque se insolentó la otra corrida con el señor alcalde mayor, se le ha llevado al hospital á la sala de presos, y allí no puede entrar la comadre; que si no, por el qué dirán hubiera tenido que estarse junto al compadre. Allí ha gimoteado todo lo que ha querido en la enfermería de la plaza, y con esto ha cumplido con el mundo.

Pues aunque el cacho le hubiera llegado al tío Tormenta al corazon,—dijo don Sinforoso,—no se hubiera perdido nada. Vaya, con haber hecho yo una matanza con mi mujer, aunque todavía no es el tiempo de la matanza, se arreglaba todo.

—Calle, usted, señor,—dijo la tabernera,—que yo me he quedado bizca cuando he visto el milagro que sucede. ¿Cómo había yo de creer que la comadre había de mirar á ningún hombre estando tan malito el compadre, cuando la comadre no veía por más ojos que por los suyos y estaba despatarradita por él? Vamos, si no sabemos lo que queremos ni lo que no queremos. Mire usted, señor, cuídela usted mucho y mímela usted mucho, porque usted no sabe el milagro que usted ha hecho.

—Aquí estamos todos,—dijo entrando con más brío que

un escuadrón á la carga, la señora Agustina y compuesta de una manera que la de por la mañana no tenía comparación.

—¿Con que ha sabido usted la novedad, niño?—añadió con el desenfado mayor del mundo y acariciando á don Sinforoso con una mirada de sacatrapo, con lo cual se trajo el poco corazón que á don Sinforoso le quedaba.

—Lo sé, y me alegro por muchas razones,—dijo don Sinforoso; y la primera y principal, porque veo que á usted no se la da nada de que el diablo se lleve á ese hombre.

Se equivocaba don Sinforoso.

La señora Agustina estaba que se ahogaba por lo que le sucedía á su tío Tormenta; pero la avaricia, por el conocimiento que por la muestra tenía de que podía tragarse la hacienda de don Sinforoso la daba fuerzas y serenidad, y medios de ficción para aparecer contenta.

—Oiga usted, comadre,—dijo la señora Agustina;—la liebre y las perdices, y el bogavante, y las cosas que yo le dije á usted cuando pasé para ir á la corrida, las tendrá usted dispuestas.

—Y en estofado la lengua del toro que ha herido al tío Tormenta,—dijo la tabernera,—porque en cuanto yo ví aquello, dije: pues el mejor desagravio que mi comadre puede tomar de ese toro, es comerse su luegua con su amigo, y envié al Chaval al corral para que le trajera la lengua á la señora Mónica, que la ha estofado con pimienta y clavo, que se van ustedes á chupar los dedos.

—Ea, pues, adentro, chiquillo,—dijo la señora Agustina, metiéndose en los interiores de la taberna.

Así empezaron los amores del escribano don Sinforoso y de la señora Agustina, la Corralera.

Hubo mares como montañas.

Doña Robustiana se enteró, porque en sus celos hacía espiasen á su marido, y le dió, de cólera, un tal causón, que á los dos meses del conocimiento de don Sinforoso con la señora Agustina, reventó, dejando libre de su enorme peso á don Sinforoso.

Por el tiempo en que hemos presentado este nuevo personaje á nuestros lectores, acababa de quitarse el luto por su mujer y la señora Agustina había domesticado de tal manera á don Sinforoso, que hacía de él lo que quería; y le martirizaba hasta tal punto, que el pobre hombre estaba débil de la cabeza y del estómago, tocado del sentido y dando gritos.

Si continuaba sirviendo para escribano, era por la práctica.

No podía darse amor mayor ni más hambriento que el suyo.

Para ver, á escape y asustado, á la señora Agustina, tenía que esperar un siglo, porque Agustina decía que su marido había venteado la cosa y andaba medio loco, husmeando por todas partes, sin dejar de la mano el garrote, y que era menester tener prudencia.

Don Sinforoso, desesperado, decía que con darle *sarasas* como á los perros, la cosa estaba concluida.

Pero la señora Agustina decía que con lo que tenía, tenía bastante el tío Tormenta, y no había necesidad de cargarle más la mano.

En fin, con decir que en catorce ó quince meses don Sinforoso había visto una docena y media de veces á Agustina, está dicho cuanto había que decir.

Pero en esas pocas veces que se habían visto, la Agus-

tina había transferido á su dominio la mayor parte de la hacienda de don Sinforoso, como si aquella hacienda hubiera sido la hacienda pública.

¿Y para qué tenía ella que meterse en más honduras ni hacer una perrada decisiva á su tío Tormenta?

El tío Tormenta, por su parte, había dado una paliza por cada una de las vistas que había tenido con don Sinforoso la Agustina, sin contar con otras palizas intermedias por otras cuestiones.

Pero le soltaba siempre una media docena de onzas al tío Tormenta, y éste decía:

—Bien, mujer, estamos completos; ya lo has ganado, corriente y á otra.

Tales eran las noticias que más en globo había llevado el Trompetero al tío Carcañales, y que éste había trasmitido á don Miguelito.

—Pues bien,—dijo don Miguelito,—resulta que el escribano le tiene un miedo cerval al tío Tormenta.

—Así parece, y es muy natural, porque el señor Tormenta es muy bruto, y cuando se lía con un hombre se le figura que está castigando á un toro, y aprieta la mano que no hay quien le aguante.

—Pues coja usted veinticinco ó treinta onzas, tío Carcañales,—dijo don Miguelito,—y vaya usted á entenderse con el tío Tormenta: se necesita que don Sinforoso saque adelante á don Isidro, que tiene una causa muy fea; y cogiendo por miedo á don Sinforoso, nos saldrá más barato.

—Descuide usted, señor marqués;—dijo el tío Carcañales,—que ya pondremos á don Sinforoso al reloj.

Don Miguelito se fué.

Volvió á su casa, inventó un pretexto para Patrocinio, montó á caballo, y acompañado de Piruétano, á caballo también, tomó el camino de Guillena.

Moría de ansiedad por saber lo que en Guillena pasaba en la casa del alcalde.

CAPITULO X

De los medios de que se valió el tío Carcañales para servir á don Miguelito en lo referente á Isidro.

—Pues señor,—dijo el tío Carcañales poniéndose un sombrero y saliendo para ir á buscar al tío Tormenta,—veremos á ver como se le puede entrar á ese hombre para hablarle de su mujer, porque el tío Tormenta es un perdido desvergonzado, que dice que hay que quitar del altar á Santa Rita para poner á su mujer, de honrada y de buena que es. Y hay que decir que sí, y ponderar más que él las bondades de su mujer, si no se quiere que le pase á uno un trabajo; pero á Caparrota no se le puede decir que no á nada, porque se le figura que todo está llano como la palma de la mano. En fin, veremos, santa mejicana es una santa milagrosa.

El tío Carcañales se fué al barrio de San Bernardo, al parador de los Caños de Carmona, donde sabía él que el tío Tormenta iba la mayor parte de las noches á jugar al solo con sus amigos.

Le encontró, en efecto, muy engolfado en el juego.

—Buenas noches, caballeros,—dijo el tío Carcañales.

—Para servir á usted.

—Sobre usted vengo tío Tormenta.

—Pues no se haga usted muy pesado, tío Carcañales, porque á mí no me gusta mucho que digamos la carne momia.

—Si no fuera para una cosa buena, yo no le buscaría á usted, tío Tormenta.

—Ea, pues, déjeme usted que eche esta bola, que es de nueve, y en seguida soy con usted.

Echó su bola el tío Tormenta, la sacó, recogió el fondo, se levantó, dió las buenas noches á sus amigos, y dijo al tío Carcañales:

—Cuando usted guste, compadre.

—Pues andando,—dijo el tío Carcañales.

Y se salieron á la carretera, tomando, no hacia Sevilla, sino hacia la Cruz del Campo.

—Oiga usted, compadre,—le preguntó el tío Carcañales;—¿á usted se le daría algo de irse por derecho á un hombre como se iría usted á un toro?

—Mire usted, compadre, eso según y cómo, y con los motivos que haya, porque lo que es yo no he servido todavía para quitador, ni pienso servir para eso en toda mi vida.

—Hombre, de manera es que á usted no se le pide que se comprometa, sino que de un camino haga usted dos mandados.

—Hombre, ¿y qué dos mandados son esos?

—Hombre, un mandado lo hará usted por usted mismo, y al hacer usted ese mandado, hará usted el mandado que se desea.

– Pues hablar clarito, compadre, porque aunque yo tengo muy buena vista, no veo cuando está á oscuras.

—Hombre, pero usted ve y todo el mundo las vé tambien las buenas, buenísimas cualidades que tiene su mujer de usted.

—¿Y á qué santo sale aquí mi mujer, tío Carcañales,—dijo con un ligero acentillo no muy tranquilizador el tío Tormenta.

—La mujer de usted, que Dios la bendiga, que es una perla, no sale aquí, sino que si usted quiere, entra.

—¿Y donde tiene que entrar mi mujer, tío Carcañales,—dijo el torero;—acabe usted de reventar, que ya se me va descomponiendo á mí un poquito el cuerpo.

—Hombre, no se sofoque usted, compadre,—dijo el tío Carcañales,—que ya sabemos que su mujer de usted es una santa; pero por lo mismo que es santa, puede hacer una obra de caridad sin perjuicio de usted ni de nadie.

—Pues no siendo en perjuicio mío,—dijo el tío Tormenta,—puede hacer mi mujer todas las obras de caridad que crea necesita para ganar el cielo.

—Mire usted, compadre, de lo que se trata es de salvar á un pobre jóven que por haber matado á un tío suyo que quería deshonrarle, metiéndose como un ladrón en casa de su mujer, está en poder de la justicia; y como yo sé que por las trabacuentas que usted tiene, que cuando no está uste preso, le andan buscando, su mujer de usted anda siempre entre gentes de justicia arreglándole á usted sus negocios, he dicho: pués á la fuerza, ó el compadre Tormenta ó su mujer conocen á don Sinforoso, y saben lo que hay que hacer para trastornarle.

—Pues mire usted, compadre,—dijo el tío Tormenta,—

lo que yo hago cuando tengo que hacer algo con don Sinforoso, es ir á buscarle y darle los buenos días y basta. Pero oiga usted, vamos á otra cosa: ¿quién ha dicho á usted que la Agustina conoce á don Sinforoso?

—Hombre, á mí nadie; es que me lo figuro yo.

—Vaya, pues si usted se lo figura, es distinto, porque mire usted que hay cada mala lengua en este mundo, que un día voy á hacer yo una que va á ser sonada y se va á escribir sobre ella.

—Compadre, usted no tiene que hacer á causa de su mujer nada, que nadie escriba, porque á todo el mundo le consta lo virtuosa que es su mujer de usted, y lo que á usted le quiere.

—Tambien eso es verdad,—dijo el tío Tormenta.

—Pero por lo mismo que eso es así,—continuó el tío Çarcañales,—don Sinforoso anda que bebe los vientos por la señora Agustina.

—Poco á poco, compadre,—dijo el tío Tormenta,—pare usted la jaca, ¿quién le ha dicho á usted que don Sinforoso bebe los vientos por mi mujer?

—Hombre, no me agradezca usted lo que por usted he heche yo, pero se lo voy á decir á usted.

—Venga, compadre, vamos á ver lo que usted ha hecho por mí.

—Ha de saber usted que á don Sinforoso le gusta mucho la manzanilla fresca, y como la manzanilla más fresca que hay en Sevilla es la que yo tengo en mi casa, ya lo sabe usted bien, con mucha frecuencia va allí don Sinforoso, pero entra por la puerta del portal, de ocultis: pues señor, una noche que estaba don Sinforoso, en la trastienda chupándose unas cañitas, entró usted con unos amigos y tomó

usted unas cañas y unas aceitunitas en el mostrador. Cuando usted se fué, don Sinforoso me llamó y me dijo:

—¿Es que usted conoce al picador Tormenta?

—Pues vaya si lo conozco,—le dije;—como que es medio compadre mío.

—¿Y conoce usted á su mujer?

—¿Y usted qué le dijo, compadre?—exclamó con acento ambiguo el tío Tormenta.

—¿Pues qué le había de decir?—respondió éste,—sino que sí, que muchísimo y que era una real moza.

—Muchas gracias, compadre,—dijo el picador,—pero bien podía usted haberse dejado de esos dibujos cuando hablaba usted de mi mujer con ese escribano ó ese demonio.

—Hombre, yo estaba á verlas venir, compadre, porque por verlas venir nada se pierde.

—Pues no es menester muy buena vista para verlas venir, que de siete leguas estaba eso visto. Como usted tiene cara así de cualquier cosa, ¡pues! vea usted ahí porque se metía en esas informaciones con usted el escribano.

—¿Con que tengo yo cara de cualquier cosa?—contestó el tío Carcañales.—Pues muchas gracias. Lo que usted merecía, sería que yo le hubiera enseñado un montón de caras del rey doradas, á su mujer de usted, á ver si le parecía que yo tenía cara de cualquier cosa.

—Hombre, ¿y usted se las enseñó?—dijo el tío Tormeta, á quien importaba saber si su mujer poseía algunas peluconas, para darla tormento hasta que se las entregase.

—Hombre, ¿cómo quería usted que yo me fuera con esa salida de pavana á la señora Agustina, cuando sé lo delicada que es, y lo puesta en sus puntos? ¡Para que me hubiera tirado lo que hubiera tenido en la mano y me hubie-

ra dejado la cara más fea que lo que usted dice que la tengo! Yo le dije que sí á don Sinforoso y le saqué lo que pude; pero no le dije una palabra á la señora Agustina, y á don Sinforoso le dije que todo lo que se empeñase estaba demás y era ocioso, porque la señora Agustina era una mujer incapaz, ni aún de faltarle con el pensamiento á su marido ni por todo el oro del mundo, ni aunque la hicieran pedazos; de manera, que yo dejé bien puesto el aquel de la señora Agustina, yo me eché un remiendito con lo que don Sinforoso me dió.

—Vaya, pues ya que le costó á usted su trabajo, y á mi mujer no fué usted á incomodarla ni á sacarla los colores á la cara, que buen provecho le haga á usted, sino se lo ha hecho ya, lo que le sacó á usted ese señor.

—Pero oiga usted, compadre; estamos aquí perdiendo el tiempo hablando de lo que no importa; vámonos al asunto, y el asunto es sacar en palmas á don Isidro del mal lance en que se encuentra metido, y nadie puede sacarle mejor en palmas que el escribano de su causa, que es don Sinforoso; y mire usted, que por medio de su mujer de usted puede usted hacer de don Sinforoso lo que quiera.

—Como me vuelva usted á decir una razon semejante, compadre,—dijo deteniéndose el tío Tormenta,—de un garrotazo le salto á usted los sesos. ¿Usted sabe lo que se dice? ¿O se ha figurado usted que yo tengo cara de cualquier cosa? Modérese usted, compadre, no sea que se lleve el diablo la quisicosa de la amistad.

—Hombre, no sea usted fuguillas, compadre; usted no me entiende á mí, y ya es tarea tener que entenderse con usted, porque usted se arrebata, y aunque no es usted tonto, con las cosas que á usted se le figuran, se le trabuca á

usted el sentido. ¿Quién le dice á usted, que usted use ni abuse de la señora Agustina, que por su parte se pondría en veinte uñas? Lo que yo quiero decir es que, con el empeño que don Sinforoso tiene por la señora Agustina, se le puede trastear y hacer el negocio sin que la señora Agustina padezca en su buena reputación y fama ni en lo que monta el grueso de un cabello, y usted puede hacer fortuna y dejarse de torear, que ya está usted viejo y estropeado y un día de una costalada se queda usted despatarrado en medio de la plaza.

—Vamos, explíquese usted, compadre, explíquese usted, que eso de poder soltar la pica para no volverla á tomar ni por casualidad en todos los días de mi vida, no me parece mal.

—Pues francamente, mire usted: yo voy á don Sinforoso y le digo: señor mío, á la ocasión la pintan calva y hay que cojerla por un cabello; si usted no se aprovecha de lo que ahora le sucede á la señora Agustina, una coyuntura mejor que la que ahora se presenta, no se le va á presentar á usted en todo los días de su vida.

—¿Y qué coyuntura va usted á inventar, compadre? ¡Sabe usted que me parece usted un trapalón que ya!

—Hombre, no, señor; todo consiste en que es menester buscárselas, y con este negocio nos las podemos buscar usted y yo.

—Pero vamos á ver, hombre, vamos á ver qué coyuntura es esa que usted encuentra para que el escribano pueda ponerse en pretensiones de mi mujer.

—Pues mire usted, yo voy á decirle mañana al escribano que ustedes, su mujer y usted, están ustedes muy desavenidos por cuestiones de matrimonio que nada tienen que

ver con la honra de la señora Agustina; en fin, que la mar ha llegado al cielo, y que usted se ha afufado y se ha ido de su casa, y que ha dejado usted á su mujer rabiando y hecha un basilisco: el escribano me enviará alguna razón, así como cincuenta ó sesenta onzas.

—Entonces, compadre, no tiene usted necesidad de ir á buscar á mi mujer, sino que va usted á buscarme á mí al parador de los Caños.

—Hombre, pues por supuesto, ¡si yo no había pensado en decirle ni siquiera una palabra á su mujer de usted!

—Oiga usted, compadre, ¿y á qué hora, sobre poco más ó ménos, le habrá usted sacado esos cincuenta ó sesenta ojitos de buey á ese señor?

—Oiga usted, compadre, á las once del día estoy yo en el parador con las peluconas; pero si yo hago esto será menester que usted corresponda conmigo.

—Hombre, pues por supuesto, yo de cada diez onzas le dejaré á usted una.

—Pues no me parece mucho, compadre.

—¡Para el trabajo que á usted le cuesta, compadrito!... dijo el tío Tormenta.

—¡Pues no, que el trabajo que le cuesta á usted!...

—Hombre, al fin y al cabo, yo dejo que se traiga y se lleve el nombre de mi mujer.

—Pero tampoco su mujer de usted sabrá nada.

—Vamos á ver, vamos á ver: ¿y cómo va á ser eso?— dijo el tío Tormenta.

—Hombre, yo iré y le diré á don Sinforoso que gracias á la descompostura que yo he aprovechado, la señora Agustina no ha puesto tan mala cara como yo creía, que en fin, por vengarse de usted, ha tomado las sesenta mejicanas;

pero que se me figura á mí que todavía hay que echarle más lastre al barco.

—Hombre, no apriete usted tanto,—dijo el tío Tormenta ya con un tono muy diferente de voz,—no sea que el hombre se rechifle.

—Déjeme usted á mí, compadre,—dijo el tío Carcañales,—que yo sé bien cómo se templa una guitarra. ¡Pues bueno está don Sinforoso de enamorado de las perfecciones inauditas de la señora Agustina, para reparar en nada! Me planta otras sesenta bendiciones en la mano, como si usted lo viera.

—Compadre, ¿y como á qué hora le volverá á usted á dar cebo el escribano?

—Hombre, á las dos de la tarde estoy yo en el parador con la mosca.

—Pues á las dos de la tarde estoy yo esperándole á usted, compadre. Y luego, ¿qué va usted á hacer?—preguntó el tío Tormenta.

—Hombre, poca cosa, decirle á don Sinforoso, que aunque la señora Agustina es muy honrada y más dura que un pedernal, se ha enternecido al ver que él le da unas tales muestras de cariño, y que consiente en hablar con él en el corral; pero muy limpiamente.

—Pero hombre, compadre, usted no ha echado bien sus cuentas,—dijo el picador;—como mi mujer es incapaz de faltarme á mí en nada, aunque la tapen con oro molido, y luego después, como mi mujer no sabrá nada, ese hombre va á meterse en el corral y se va á encontrar que usted le ha engañado.

—¿Y qué necesidad tiene de entrar ese hombre en el corral, compadre?

—¡Con que no tiene ese hombre necesidad de meterse en el corral! —dijo el tío Tormenta.

—Hombre, lo que yo quería decir es que nosotros no tenemos necesidad de que entre ese hombre, y no entrando no puede saber si la señora Agustina ha faltado ó no á la cita la mujer; y para que no entre, usted estará allí en la callejuela, atisbando, detrás de la esquina, y cuando vea usted que se va á montar en la tapia por fuera para desmontarse por dentro, sale usted y le trinca usted por una pata y le asusta usted, le amenaza usted y le dice usted que le va usted á cortar el pescuezo; en fin, usted le aprieta bien las uñas y el hombre saldrá, como si lo viera, ofreciéndole á usted dinero, y usted dice que no y que lo que usted quiere es que se saque adelante á don Isidro de la causa, ¿usted entiende? y hágale usted creer al escribano que sino saca adelante á don Isidro, usted le mata; y el escribano es muy cobarde, y de miedo de lo que usted le puede hacer si él no hace de manera que don Isidro escape, hará todo lo que pueda, y si él hace todo lo que puede, don Isidro está del otro lado.

—¡Vaya! —dijo el tío Tormenta. —Pues vea usted ahí, compadre, como las gentes hablando se entienden; al principio había yo creido otra cosa, usted perdone; usted es un valiente sujeto, y aquello que yo le he dicho á usted, de que tiene usted cara de cualquier cosa, debe usted tomarlo como una broma hija de la buena amistad y del mucho querer que yo á usted le tengo, porque usted lo merece, compadre. Y mire usted, volvamos para el parador, porque todo lo que teníamos que hablar lo tenemos ya hablado, y mañana verá usted qué bien se arregla el negocio; pasado mañana, ó el otro, yo le diré á usted lo que haya en el particular.

Toda aquella conversación entre aquellos dos gitanos, había sido valor entendido para dejar bien puesto su nombre y su vanidad el tío Tormenta.

Pero apenas fué el tío Tormenta, después de haberse bebido con el tío Carcañales en el parador un par de azumbres de vino, se fué á su casa y dijo á su mujer, que había tardado en abrirle, mirándola de una manera imponente y aterradora al mismo tiempo:

—Mire usted, buena hembra, á mí me han buscado para que hagamos una obra de caridad; usted, aunque lo niegue, y por negarlo ha llevado usted algunas zurras, conoce al escribano don Sinforoso; pues ha de saber usted que es menester que usted se vaya mañana á buscar á don Sinforoso, y le diga usted, de su parte, que no le vuelve usted á mirar á la cara si no hace lo que pueda por un don Isidro que ha hecho anoche una muerte, y le dice usted, de mi parte, que lo que no he hecho con él hasta ahora, lo hago ahora, que es cortarle el pescuezo‘ que ya sé de las mañas de que me tengo que valer para que no me pidan cuenta de él si no saca en palmas á ese don Isidro.

—¿Y cuánto dinero te van á tí á dar por eso?—dijo la Agustina.

—Hombre, ya no lo sé todavía,—dijo el tío Tormenta, haciendo garabatusas en el suelo con la punta de su garrote, bastante grueso y lleno de nudos;—pero me han dicho que me darán lo bastante para que me quite del toreo, y ya ves tú que eso no será ahí cualquier cosa.

—Bueno, chiquillo, y si yo arreglo ese negocio, ¿me dás tú palabra de tenerme como has debido tú siempre á tú mujercita y quererla mucho, que tu mujercita no quiere á nadie más que á tí, perdido, y vivir con ella en paz y en

buena armonía como Dios manda, y sin ser celoso, que tú no tienes qué tener celos?

—Vaya, mujer sí, y pelillos á la mar, y no hay que hablar más de esto, y que se haga el negocio, que mira que le vamos á sacar mucho *loven* á ese carcamal, y luego á vivir en paz y en gracia de Dios.

—Pues por hecho el negocio, chavosito,—dijo la señora Agustina.

Acontecia que la Agustina habia estrujado de tal manera á don Sinforoso, que á éste no le quedaba ya más que su pluma de ave de rapiña, y aunque pasaba con ella para mantenerse, y para dar algo á la señora Agustina, este algo era insuficiente, y ya habian tenido el escribano y ella ágrias cuestiones, de resultas de las cuales empezaba á resentirse la salud de don Siuforoso.

La ocasión era oportuna, se podía poner precio á una reconciliación, y este precio debía ser la impunidad de Isidro, procurada por el escribano.

CAPITULO XI

De la carta, que en vez de Rosario, encontró don Miguelito en el aposento de Rosario.

Aquella misma noche, y con un pretexto que no satisfizo en manera alguna á Patrocinio, don Miguelito salió de Sevilla á caballo con Piruétano un poco antes de que se cerrasen las puertas.

Era ya tarde, porque don Miguelito había tenido necesidad de esperar al tío Carcañales para que le diese cuenta del resultado de sus negociaciones con el picador.

Había que apretar á los caballos hasta reventarlos para llegar á Guillena á la media noche

Don Miguelito no podia contar más que con hora y media para tres leguas largas, de aquellas de las que se dice que quien las señaló las midió durmiendo; pero tanto corrieron, que cuando llegaron y don Miguelito consultó su repetición, se encontró con que eran las doce en punto

Echó pié á tierra y se fué á escalar el jardín de la casa

del médico, donde permanecia aun la familia de don Timorato.

Don Miguelito iba lleno de ansiedad; debia haberse avisado ya á la familia, y no sabia si Rosario se habría puesto en la verdad, si habría comprendido que él había sido la causa indirecta de la muerte de su padre.

La impaciencia devoraba á Caparrota.

Escaló, en fin, la tapía, entró en el jardín, le atravesó y llegó á la ventana del aposento que ocupaba Rosario.

La ventana estaba abierta como Rosario acostumbraba á dejarla cuando tenía cita con don Miguelito, y cabalmente era de cita aquella noche.

Pero cuando empujó las hojas de la ventana, se encontró con que el aposento estaba á oscuras.

Caparrota sintió una especie de sobresalto.

Sin embargo, avanzó, palpó, lo reconoció todo y no encontró á Rosario, ni al llamarla en voz baja ésta le respondió.

Reconoció aun y encontró la puerta cerrada por dentro con el cerrojo.

Era, pues, evidente que Rosario habia salido por la ventana.

¿Estaria en el jardín?

Don Miguelito salió.

La noche era oscura y hacía dificilísimo encontrar en el extenso jardín, en que se habían dejado brotar las espesuras á su antojo, á una persona.

Don Miguelito, sin embargo, emprendió este registro. ¿Sería que en efecto, Rosario había sospechado de él, se había horrorizado, le había cobrado aborrecimiento, y suponiendo que don Miguelito al no encontrarla en su cuarto, la

buscaría por el jardín, se había emboscado con la intención de matarle de una manera segura cuando pasase junto á ella? ¿Era que no había querido matarle en su cuarto y prefería matarle en el jardín, para que no pudiesen hacerla á ella cargo de su muerte?

A pesar de esto y del peligro en que se suponía, don Miguelito la buscaba con ansia.

—Y bien, que me mate,—exclamaba,—¿qué me importa? Si había de perderla, mejor; yo no puedo vivir sin ella: es mi ilusión.

En aquellos momentos, el único amor, la única aspiración de don Miguelito, era Rosario; pero por más que buscó y rebuscó entre las espesuras, nada encontró ni oyó el más leve ruido.

¿Habrá podido más su amor que su ódio por el dolor de la muerte de su padre?—pensó don Miguelito. –¿Se habrá arrepentido de acecharme y se habrá vuelto á su cuarto?

Don Miguelito volvió á buscarla de nuevo.

La llamó en voz baja y no obtuvo contestación.

Volvió á palpar y nada halló.

Se irritó, se detuvo y pasó, en un movimiento de desesperación, las manos sobre la mesa.

Entonces sintió bajo su mano derecha una carta cerrada.

A don Miguelito se le heló la sangre.

Aquella carta era sin duda para él.

Rosario debía haber desaparecido; de otra manera, ¿para qué le había dejado aquella carta Rosario?

¿Pero cómo había huído? ¿sola? ¿acompañada? Y si había desaparecido acompañada, ¿con quién?

Don Miguelito necesitaba conocer el contenido de aquella carta.

Salió, pues, del cuarto, atravesó el jardín, salvó la tapia y se dirigió á la carrera á la arboleda, donde Piruétano le esperaba con el caballo.

—A caballo, Piruetano, á caballo,—dijo don Miguelito;—no podemos encender luz y yo necesito luz para leer una carta que me ha dejado la señorita Rosario. Tráeme, tráeme el caballo, y de un repelón nos plantaremos en la venta de la Esparraguera.

Piruétano, que era muy callado, sin contestar una sola palabra á su amo, le acercó el caballo, le tuvo el estribo, montó en seguida en el suyo y siguió á su amo que iba como un rayo rodeando el pueblo para ganar pronto la carretera.

Entraron al fin en ella, y cinco minutos después amo y criado refrenaban sus caballos cubiertos de sudor delante de la puerta de la venta, en la que á poco de haber llamado los recibieron.

Don Miguelito se encerró en su cuarto é inmediatamente abrió la carta, que en letra muy menuda contenía lo siguiente:

«Tú vendrás esta noche, no me encontrarás en mí aposento, me buscarás en el jardín y no me encontrarás tampoco; volverás á mí aposento, registrarás con más cuidado y encontrarás esta carta. Yo sé que antes de enterarte de su contenido vas á sufrir una agonía mil veces peor que mil muertes; tranquilízate, Miguel, yo te amo, yo estoy loca por tí, yo no vivo más que por tí y para tí; no quiero ni aun pensar que tú, de una manera indirecta y astuta, has sido el causante de la muerte de mi pobre padre; no te creo tan infame, y sobre todo, no quiero creerme la última y la

más infame de todas las hijas al verme enamorada de tí, creyéndote el asesino de mi padre. No, no, eso no puede ser, Miguel, yo no lo creo, yo no lo quiero creer; me parece imposible que tú hayas podido llegar á tanto. No, no, mi amor ha debido defender á mi padre de tí; mi padre ha sido víctima de su locura por esa funesta mujer. Esta mañana el síndico y después de mil rodeos, nos dió la noticia de que mi padre había sido encontrado muerto en casa de esa mujer y de que su asesino lo había sido el infame, el miserable Isidro.

»Calcula tú el efecto que esta noticia causaría en casa: mi madre se accidentó y permaneció sin sentido más de dos horas; yo me sentía morir, primero por la pérdida de mi padre, después por la mala, por la terrible sospecha de que tú hubieses puesto los medios indirectos para que ese crímen que me destroza el corazón hubiese tenido lugar. ¡Oh! perdóname, Miguel, yo no lo creo; pero resulta siempre que yo no tengo quien me proteja; que tú, satisfecho con haber triunfado de mi altivez, de todas las resistencias que había en mi alma contra un amor como el tuyo, me mantendrías en esta posición que yo no puedo soportar, porque me devoran los celos, porque yo sé que si me amas con toda tu alma, que si yo soy la que tú has amado más, amas también á tu mujer. Miguel, el haberte conocido yo, el haberte amado, el haberlo olvidado todo por tu amor, no es para mí una desgracia, sino para tu mujer. Tú nos has querido matarla y yo no puedo vivir sin tenerte completamente mío; yo la mataré. Por eso, y para acabar cuanto antes, Miguel, temerosa de que mi madre sospeche cuando recobre completamente su razón que yo he podido ser de una manera indirecta la causa de la muerte de mi padre y me encierre en

un convento, escapo, desaparezco, me pierdo. Espero que pronto, muy pronto podré presentarme á tí. Te digo esto para que sepas por qué he desaparecido; para que en cuanto á mí estés tranquilo en lo que respecta á mi amor por tí, aunque sé que al decirte la causa de mi desesperación protejerás cuanto te sea posible á tu mujer. Adiós Miguelito de mi alma, hasta la vista.

Tu Rosario.»

Esta carta no podía ser más terrible ni más apropósito para acabar de impresionar á Caparrota si éste no hubiera estado ya bastante impresionado por Rosario.

—La encontraré, la encontraré,—dijo,—antes de que puede llevar á cabo su horrible propósito, ¡Ah! no, no, yo la amo, la adoro, desfallezco por ella; pero no adoro menos á Patrocinio: si esta carta fuera de Patrocinio en vez de Rosario, yo sentiría la misma desesperación. ¡Oh! ¡calma! mejor, mucho mejor; yo la encontraré y al fin Rosario se habrá emancipado, no tendré necesidad de estas salidas nocturnas que irritan á Patrocinio, que están labrando en ella una desesperación, cuyos resultados yo no puedo calcular; yo no puedo amar, ni pueden satisfacer mi amor más que mujeres terribles y por esto son terribles las que amo, y por eso el amor de la una no puede destruir en mí el amor de la otra, porque todas ellas son una parte de mi sér una semejanza mía. Sí, todas, Milagros también. Paremos, paremos la fantasía; no nos volvamos locos; en las grandes situaciones es cuando más calma se necesita.

Caparrota no podía ya volver aquella noche á Sevilla; los caballos estaban demasiado fatigados y necesitaban algunas horas de descanso.

Don Miguelito se desnudó y se acostó en la mala cama que en el aposento había.

Tan sobrexcitado estaba, que su sobrexcitación le produjo una especie de sopor, sumido en el cual, permaneció hasta el amanecer.

Se vistió y mandó á Piruétano ensillase los caballos.

A las ocho de la mañana don Miguelito llegaba á su casa, y ¡cosa terrible! á pesar de lo doloroso de su alma, Patrocinio nada nuevo encontró en él.

CAPITULO XII

De las grandes cosas que pasaron durante algún tiempo, y de cómo don Miguelito se cubrió completamente, cortando á la justicia todo medio de descubrirle.

Aun no era el medio día, cuando avisaron á don Miguelito que una señora que se decía viuda del alcalde de Guillena necesitaba hablarle.

Don Miguelito se apresuró á ir al estrado, pero no fué solo; se llevó consigo á Patrocinio.

Doña Mercedes se arrojó llorando en los brazos de Patrocinio.

Iba completamente de luto.

—¿Habrá mujer en el mundo,—dijo,—á quien sucedan mayores desgracias que á mí?

—¡Oh, y quien había de pensar!...—dijo Patrocinio, llevándose á doña Mercedes al sofá y haciéndola sentar en él. Don Miguelito se convenció bien pronto de que doña Mercedes no abrigaba ódio ni cólera alguna contra él.

Doña Mercedes habia creido cortados en su principio aquellos amores á que había visto inclinada á su hija por don Miguelito; y como don Miguelito no había dejado ver muestra alguna de insistencia en aquellos amores, y su hija no habían vuelto á verse, y tenía otros indicios que vamos á conocer seguidamente, no tenía por qué mostrar ódio ni cólera á don Miguelito.

—¡Oh! ¡Esto es para desesperarse, para volverse loca!—exclamaba la pobre doña Mercedes, llorando á lágrima viva.—Y no es solo mi marido el que pierdo, señora, señor marqués, no; he perdido tambien á mi hija Rosario.

Patrocinió se inmutó.

Don Miguelito comprendió que Patrocinio creía que él había sido el raptor de Rosario.

—¿Pero qué es lo que usted dice de haber perdido tambien á su hija!—exclamó Patrocinio.

—¡Oh, esto es terrible!—dijo Caparrota.

—Sí, sí, muy terrible, desesperado, insufrible; esto me va á matar; mi marido no se ha llevado consigo la honra de la familia; pero Rosario nos ha deshonrado; la hipócrita, la malvada, ha desaparecido con un hombre.

Patrocinio se extremeció, y sus ojos no pudieron contener una expresión indescribible que aseguró más y más á Caparrota de que su mujer creía que él era el autor del rapto de Rosario. A su vez, Caparrota, al saber que Rosario había desaparecido con un hombre, se puso mortalmente pálido á impulso de los celos y de la cólera.

Pasó por él una especie de vértigo, del que se apercibió Patrocinio. Sin embargo, ambos esposos se dominaron.

—¿Quién, quien es el hombre con quien Rosario ha huido?

—¡Quién había de creerlo, señora!—exclamó doña Mercedes. Ha huido con Paco, el sobrino del médico.

Don Miguelito tuvo necesidad de todo su valor, de toda su sangre fría para no estallar.

En cuanto á Patrocinio, dejó ver una sonrisa de júbilo, de triunfo, de venganza satisfecha.

Rosario se vulgarizaba á los ojos de su marido, dejaba de ser la mujer excepcional, la mujer satánica, para convertirse en una muchachuela, olvidada ya de todo.

—¡Quién habia de creerlo!—exclamó doña Mercedes.

Y creció su llanto, y los sollozos ahogaron su palabra.

—Yo vengo á ampararme de ustedes,—dijo pasado lo acerbo de aquel acceso de dolor;—yo quiero ante todo encontrar á mi hija, y luego ver en la horca á ese infame Isidro.

Patrocinio y don Miguelito se dominaron cuanto pudieron, disimularon el estado violento de sus almas y acogieron á doña Mercedes enviando por sus otras niñas á la posada donde doña Mercedes las había dejado para ir á ver á don Miguelito y á Patrocinio.

Este, con el pretexto de ir á dar parte al teniente alcalde mayor de lo que sucedía para que diese la órden de que se buscase á Rosario, salió; necesitaba quedarse en libertad; le era imposible disimular el estado de su alma; sentía dentro de ella un infierno.

¿Era una mentira la carta de Rosario, para confiarle? Pero ¿cómo podía haber pensado Rosario en que su carta podía confiarle, cuando poco después de encontrarla; debía saber que ella había huído con un hombre?

¿Pero había huído con Paco, Rosario porque le amase? ¿No era posible que le hubiese seducido y le hubiese arrastrado consigo para que la acompañase y la sirviese? ¿Qué

era lo que pasaba en el alma de Rosario? ¿A qué podía atenerse don Miguelito?

Todo en su alma eran dudas y confusiones, y entonces comprendía que la mujer de su amor, la única que verdaderamente se había apoderado de su corazón, su ángel terrible, era Rosario.

Ella lo dominaba todo; por ella se sentía capaz de todo; por ella su impaciencia, su cólera, sus celos, su desesperación, eran los de un demonio.

Don Miguelito no se fué á buscar al teniente alcalde mayor; temía que en la situación en que se encontraba, dominado por la pasión, sin fuerzas para encubrir la ferocidad de su alma, el teniente alcalde mayor viese algo que le hiciese sospechar.

Se fué á su agente general, á su segundo, por decirlo así, al hombre que tanto y tan bien le había servido siempre, al tío Carcañales.

—Es menester,—le dijo,—correr inmediatamente órdenes á los de adentro y á los de afuera.

—¿Pero qué le sucede á usted, señor marqués?—dijo el tío Carcañales, que se echó á temblar al ver á don Miguelito.—Mire usted que está usted que es menester saludarle á usted desde siete leguas y echar á correr.

—Me han arrancado el corazón y las entrañas,—exclamó don Miguelito,—y yo no sé lo que voy á hacer.

Ni por las dificultades que había encontrado respecto á Patrocinio, ni por la entrada de Milagros en el convento había llegado Caparrota á un tal extremo de furor.

Verdad es que á la desaparición de Rosario, al dolor que le causaba esta desaparición se unian los celos, la vanidad humillada, la soberbia herida, la sublevación de todo cuanto

de enérgico y terrible existia en el alma de don Miguelito.

—Pues usted mande, capitán,—dijo el tío Carcañales, que viendo de tal manera á su terrible jefe, tenía el corazón metido en un puño.

—Espere usted, espere usted, tío Carcañales,—le dijo don Miguelito.—á que yo me domine y ponga en órden mis ideas.

Y Caparrota se puso á pasear de una manera nerviosa firme, extraña, de una parte á otra del aposento como una fiera en su jaula.

Su aliento se oía y tenía algo de lo vibrante del sordo rugido del león.

Esta excitación fué calmándose.

Al fin don Miguelito fué á sentarse de repente junto á una mesa, y dijo al tío Carcañales:

—Aguardiente. Contra esta cosa que le ahoga á uno el corazón, no hay más que aguardiente, y de lo fuerte.

El tío Carcañales salió murmurando:

—Se lo traeremos del más flojo, y aún así yo creo que en cuanto tome dos copaa, revienta. ¡Bueno está! ¿Qué le habrá sucedido? Esto se va poniendo malo; este hombre va perdiendo la cabeza.

El tío Carcañales volvió á entrar trayendo una botella de aguardiente y una sola copa en un pequeño plato de porcelana.

—No, no,—dijo don Miguelito;—lléveselo usted; me haría daño; acabaría de volverme loco.

—Ya lo decía yo eso,—dijo el tío Carcañales,—está usted yo no sé cómo. En fin, yo me estoy ahogando de verle á usted como está, porque se le quiere á usted, capitán; yo no sabía lo que le quería á usted.

—Gracias, tío Carcañales,—dijo don Miguelito.

El tío Carcañales se llevó la botella y la copa, y volvió al momento.

—¿Qué hay que hacer,—dijo el tío Carcañales,—para que usted se consuele, señor marqués? Hable usted, que yo tengo para servirle á usted el alma y la vida.

—Gracias, tío Carcañales,—dijo don Miguelito.—Deje usted, deje usted, que estoy yo aquí combinando.

Don Miguelito tenía la cabeza inclinada sobre el pecho.

El tío Carcañales estaba de pié, inmóvil, delante de él, apoyado en la mesa, dejando ver una expresión de reflexión, de atención, de incertidumbre.

—Tío Carcañales,—dijo don Miguelito;—las cosas se van apretando de manera, que esto va á dar un estallido, que va á suceder yo no sé lo qué, y me estoy viendo á caballo y en el camino. Todo lo que me sucede me está comprometiendo; no parece sino que el demonio se ha metido en mis cosas.

—Las mujeres,—dijo el tío Carcañales.

—¿Y qué quiere usted que yo le haga, si yo he nacido para querer á las mujeres?

—¿Y quién no ha nacido para eso?—dijo el tío Carcañales.—Pero usted, señor marqués, se atosiga, se vuelve usted loco por ellas.

—Porque yo doy con unas mujeres con las cuales no dá nadie, que no se parecen á las otras, que parece que las han hecho para mí.

—Dios los cría,—dijo el tío Carcañales,—y ellos se juntan.

—Sí, y luego viene el diablo y los separa. Pero vamos al negocio, y por partes,—añadió don Miguelito;—hay que

quitar estorbos de en medio, y uno de los grandes estorbos que yo tengo, mire usted por dónde diablos he venido yo á tenerle, es la capataza del cortijo Hondo, la Margarita. Ella ha sido presa con ese Isidro del diablo, estará incomunicada: mientras ella espere que se la saque para adelante, se callará; pero el día en que se vea comprometida hablará, y es necesario que no hable. Además de que es mucha cosa librar dos presos; esa mujer no me conviene; esa mujer puede comprometerme. Tío Carcañales, que le den un jicarazo á esa mujer.

—¿En seguida, capitán?

—Cuanto antes.

—Pues descuide usted, capitán, que mañana, ó pasado mañana, á más tardar, se la encuentra muerta.

—Bueno. Ahora, que se apriete al escribano para que no resulte nada contra don Isidro: nadie ha visto el asesinato; los indicios que hay de haberle cometido don Isidro, puede el escribano volverlos de negros blancos, que á pesar de la incomunicación, se avise á don Isidro de que permanezca negativo de que no confiese Isidro ni por Dios.

—Corriente capitán; todo eso se hará.

—Y ahora, tio Carcañales, órden á los de adentro y á los de afuera para que busquen por todas partes á la hija mayor del alcalde de Guillena, que se ha salido de su casa con un hombre; que donde la encuentren se apoderen de ella y maten al hombre que con ella va.

—¿Pero cómo es eso de ir un hombre con una mujer á quien usted quiere, capitán?—dijo el tio Carcañales con una sincera expresión de asombro, porque no comprendía que una mujer que quisiese á don Miguelito, pudiese querer á otro ni dejar por otro á don Miguelito.

—Pues vea usted ahí lo que yo digo,—exclamó Caparrota,—yo no lo entiendo; yo pondria, no las manos, sino el corazón en el fuego por esa mujer, y ya sabe usted, tío Carcañales, que yo no soy tonto.

—Calle usted, capitán,—dijo el tío Carcañales,—que con las mujeres el que más mira ménos ve.

—También eso es verdad,—dijo don Miguelito;—pero hay mujeres de mujeres; vamos, yo no puedo creer que Rosario me haya vendido á mí. En fin, bueno, yo ya estoy que no me puedo resistir, tío Carcañales, y me voy á correr por ahí á que me lleve el diablo. Ya sabe usted lo que hay que hacer: el jicarazo á la Margarita, procurar que por falta de pruebas suelten libre y sin costas á don Isidro, y sobre todo y sin perder un momento, que los muchachos de Sevilla y los de la sierra, revuelvan el mundo para encontrar á Rosario. Oiga usted, las señas son: una niña alta, muy airosa, morena, con los ojos negros y muy grandes, con la cara larga y la garganta larga y muy hermosa; tiene mucho pelo, muy negro y ondeado.

—Bueno, señor marqués, con esas señas basta; aunque esa señorita se haya vestido de hombre y se haya disfrazado y se haya pintado y haya hecho lo que haya hecho, tengo yo aquí media docena de galafates con una sombra de señas que se les dé de una persona, la encuentran, aunque se esconda dentro de un huevo; por donde pasa la pieza, capitán, deja el rastro.

—Pues bueno, á ver si pronto recibo yo noticias, esta tarde vendré.

Don Miguelito se salió del montañés y se fué hacia la puerta del Arenal, ganó la orilla del río y fué á meterse en una arboleda, donde se tendió sobre la yerba.

Necesitaba reflexionar, y sobre todo, dominar la tormenta que se agitaba en su alma y salía á su semblante.

Su situación iba haciéndose cada día más tirante y más ágria respecto á Patrocinio.

Don Miguelito veía próximo un rompimiento.

Patrocinio estaba celosa, irritada, y lo que acababa de suceder á causa de la visita de doña Margarita, había sido casi un principio de hostilidades; y Caparrota no quería romper con Patrocionio, Caparrota no quería que Patrocinio sufriese.

Verdaderamente, el alma de Caparrota era un alma extraña; pero ya lo hemos esplicado bastantemente.

El quería dominarlo todo y llegar hasta lo imposible; esto es, á anular las consecuencias lógicas y necesarias del desbordamiento de sus pasiones.

Esto no era posible: las consecuencias sobrevenían, y le envolvían, le irritaban, le desesperaban, le volvían loco.

Al, fin, después de dos ó tres horas, y gracias á la terrible fuerza de voluntad de don Miguelito, éste dominó la situación.

A falta de espejo, se miró en una charca de la alameda.

Estaba pálido; pero hacía ya de su semblante lo que quería.

Probó á sonreirse, y su sonrisa fué tal como si su alma hubiera estado tranquila.

Se puso en marcha entonces, volvió á Sevilla y se metió en el café del Romano.

Pidió ron, consideraba que ya podía tomar sin peligro este excitante, y bebió hasta que sintió ese principio de alegría que precede á la embriaguez.

Después de esto, ya en un estado artificial, en un estado

aceptable, y para probar el efecto que causaba, se fué casa de Serafina.

Ni Serafina ni Carlota hicieron ningún movimiento de extrañeza al verle, señal clara de que le veían como le habían visto siempre.

Don Miguelito aseguró á Serafina que según lo que había dicho el escribano, Isidro no había tenido parte alguna en el asesinato de su tío; se creía más bien que algún vecino, creyendo que se trataba de un ladrón, había hecho fuego sobre el alcalde.

Serafina necesitaba creer algo que la consolase; era de más cándida; por más que la hubiese fascinado con lo candente, con lo terrible de su amor, don Timorato, le gustaba su marido, y creyó la mentira de don Miguelito.

—¡Ay, quisiera Dios que eso fuera verdad—dijo Serafina.

—Verdad es,—dijo don Miguelito,—y tan clara, como es menester que sea clara una verdad para que la confiese un escribano.

—¿Y lo mio?—exclamó Carlota.

—Lo de usted, Carlotita, va bien, he avisado á su padre de usted y su padre de usted me ha contestado que uno de estos días vendrá á Sevilla.

—¡Ay, por Dios, que yo no quiero ver á mi padre!—dijo Carlota.

—Descuide usted, hija—dijo don Miguelito,—que cuando usted vea á su padre, todo estará arreglado; su padre de usted no la tendrá ni un mal modo, ni una mala palabra, y la llevará á usted al convento de las dueñas del Espíritu Santo.

Don Miguelito estaba seguro de que Carlota no podía

saber por nadie la desaparicion de Paco con Rosario, porque tal aborrecimiento había tomado la viuda de don Timorato, desde antes de ser viuda, á Serafina, que solo para matarla hubiera consentido en verla.

No era, pues, de temer que por aquel lado supiese Carlota la fuga de Paco con Rosario.

Don Miguelito, seguro ya de que tenía el aspecto de siempre, se volvió á su casa.

Ya estaban allí las dos niñas menores de don Timorato.

Patrocinio había obligado á doña Mercedes á que permaneciese en su casa.

—Usted,—la dijo,—no puede vivir en compañía de una familia, uno de cuyos indivíduos ha cometido la infamia de robarle á usted su hija. A más de esto, la permanencia en Guillena despues de la desgracia de su marido, debe serle á usted muy dolorosa. Estese usted en Sevilla á lo ménos mientras acaban de reconstruir su casa de usted.

—Si no estuvieran haciendo de nuevo mi casa,—dijo doña Mercedes,—sería señal de que no la habian quemado los caballistas, y no habían pretendido aserrar á ese malvado; á ese infame Isidro no le sucederia nada de lo que le sucede; porque mi marido no hubiera tenido que venir á ver á ningun escribano y no hubiera conocido á esa mujer que le ha perdido y á su sobrino también.

Entró entonces don Miguelito.

Patrocinio se asombró al ver que ningun vestigio quedaba en Caparrota de la tormenta que ella había visto pasar por su alma y alentó una esperanza.

—Vamos,—dijo para sí,—tal vez deba yo alegrarme de lo que ha sucedido.

Don Miguelito había sonreido al entrar, con amor, á su

Patrocinio, y la había dejado ver una mirada dulce, confiada, profunda, enamorada.

Aquella mirada era toda una satisfaccion, toda una esplicacion.

Patrocinio sonrió, y sonrió con toda su alma.

Verdad era que la sonrisa y la mirada de don Miguelito no habian sido mentira.

Ya sabemos que, á pesar de todo, don Miguelito amaba á su mujer y estaba enamorado de ella.

Si amaba con más empeño á Rosario y se sentía más enamorado de ella que de Patrocinio, era por las dificultades de que Rosario estaba rodeada; tal vez también, porque Rosario estaba más en armonía con la terrible alma de Caparrota; porque tal vez para él, su hermosura y su amor eran más candentes que los de Patrocinio.

Milagros aparecía también incitante y representando un grande empeño en el fondo del corazón de don Miguelito.

Esta multiplicidad del amor es muy vulgar en el hombre, y se encuentra también, aunque con ménos frecuencia, en la mujer; sobre todo, cuanto más impresionable es el hombre, más se encuentra en él y más terrible, esta multiplicidad del amor, ó es que el amor, como pasión única, no existe, y es solamente un culto, una idolatría por lo bello y por lo sensual, que se deja sentir siempre allí donde un nuevo ídolo representa lo sensual, lo bello, lo nuevo, envuelto en una dificultad.

—Pues, señora,—dijo don Miguelito dirigiéndose á doña Mercedes,—la traigo á usted noticias consoladoras; porque debe ser un consuelo para usted, ya que sufre una desgracia, no sufrir dos: el escribano acaba de decirme que nada resulta contra Isidro en la desgracia de su tío.

—¡Ay, qué dice usted, señor marqués!—exclamó la pobre viuda. —¡Si Dios lo quisiera! Del mal el ménos: ya que he experimentado esa pérdida, me alegraría de no tener que sufrir la otra, porque mire usted que mi Timorato y yo queríamos con toda nuestra alma á Isidro, y hubiera sido un horror que Isidro hubiera matado á su tío.

—Pues esté usted tranquila, señora, que eso, por fortuna, no es cierto.

—¡Pero, y mi hija, mi pobre hija!—exclamó rompiendo de nuevo en llanto doña Mercedes.

—Su hija de usted, señora, parecerá; el teniente alcalde mayor me ha dicho que va á revolver la tierra hasta que su hija de usted parezca, y como se la encontrará con el sobrino del médico, se la casará con él.

—Mire usted,—dijo doña Mercedes,—á mí no me gusta mucho esa boda: ya sabia yo que el tal Paco andaba que bebía los vientos por mi Rosario; verdad es que por mi Rosario se apasionaba todo el que la veía: pero ella no había hecho nunca caso de ese hombre, al ménos así la aparentaba. ¡Mire usted la hipócrita, y con lo que salimos ahora! ¡Qué! si á mí me decía: si no hubiera en el mundo más hombres que el sobrino del médico, antes de casarme con él me ahorcaba; calle usted, señor marqués, calle usted, que no se puede fiar en nadie.

Y la pobre viuda volvió á llorar.

—En fin,—añadió;—lo que se necesita es que mi hija parezca, y cuando parezca, la casaremos, ¿qué le hemos de hacer?

—Sí, sí, señora,—dijo don Miguelito;—á lo hecho, pecho; tal vez si Rosario ha demostrado desdén hacia Paco, ha sido por temor á usted; viendo que á usted Paco no la gustaba; usted era demasiado severa.

—Puede ser que sí, señor marqués,—dijo la viuda;—y ahora me pesa; pero, ¿quién lo había de pensar?

Patrocinio acabó por tranquilizarse.

El terrible Caparrota había acabado por dominarse de tal manera, por encubrirse de tal manera, que á pesar de todas las suspicacias y de toda la viveza de inteligencia de Patrocinio, la engañaba.

También es cierto que Patrocinio necesitaba ser engañada, y nos prestamos fácilmente á creer aquello en que necesitamos creer.

Don Miguelito fué aquella noche á ver al tío Carcañales.

—Señor marqués, señor marqués,—dijo éste en cuanto le vió;—noticias, y noticias gordas.

—¡Hombre! ¿Y qué noticias gordas me tiene usted que dar tío Carcañales?

—¡Pues friolera!—exclamó el tío Carcañales.—Acaban de traerme la noticia de que por debajo del molino de Alcalá de Guadaira, más abajo de la presa, al otro lado del río, se ha encontrado un hombre hecho pedazos á puñaladas.

—Hombre ¿y qué tengo yo que ver con eso, tío Carcañales?

—Nada, ¡una miseria!—contestó el tío Carcañales;—que ese hombre que se ha encontrado como ya he dicho á usted, es ni más ni menos que el sobrino del médico de Guillena, que le ha conocido uno de los nuestros que ha pasado por allí; y ha de saber usted que junto al muerto se ha encontrado un pañuelo de mujer y un papel escrito.

—¿Y no se sabe lo que dice en ese papel?—exclamó don Miguelito.

—Hombre, no señor, no se sabe; porque ese papel lo ha

recogido el alcalde de Alcalá de Guadaira y lo tendrá el escribano del teniente alcalde mayor, porque el muerto lo han traído de Sevilla.

—Pues es menester que se sepa lo que en ese papel dice.

—Deje usted, señor marqués, deje usted,—contestó el tío Carcañales,—que todo se andará y usted tendrá ese papel en la mano, y no ha de tardar mucho, puede ser que esta misma noche.

—¿Y de la mujer, no se sabe nada?

—No señor, no, nada se sabe de la mujer.

—Y diga usted, tío Carcañales, ¿se ha buscado bien? ¿Se ha visto si por alguna parte parecía una mujer muerta?

—No señor, no, no se ha encontrado rastro ni resquicio de más muerto en media legua alrededor.

—Es que podían haberlos matado á los dos,—dijo don Miguelito,—porque yo no entiendo que Rosario haya matado al hombre con quien se había fugado.

—¿Y qué sabe usted lo que puede haber sucedido, con qué intenciones puede haber ido con ese hombre esa moza, ni qué entrañas puede tener esa moza?

—Pues es necesario averiguar, saber,—dijo don Miguelito.—Yo estoy sin alma, desesperado, muerto.

—Un poquito de paciencia, señor marqués, que ya se lo digo á usted, todo se andará.

Pero por mucho que se anduvo, no logró saberse nada de Rosario.

Don Miguelito sí pudo tener la seguridad de que Rosario había sido la autora de la muerte de Paco.

El escribano había sido admirablemente manejado por el tío Tormenta, y obedeciendo á las instrucciones que se le dieron, no solo lo había preparado todo para que pudiera

sobreseerse respecto á Isidro, sino que había entregado á el tío Tormenta una copia del papel que se había encontrado junto al cadáver de Paco.

Aquella copia decía:

«Yo sé que cuando se encuentre el cadáver, junto al cual está este papel, tú querrás saber quien le ha muerto: he sido yo. La justicia no sabrá nunca quien es ese yo. Yo necesitaba á ese hombre para los primeros pasos en el camino que me había propuesto seguir; después de haberme servido de él, este hombre me era enojoso y aun peligroso. Ha caido; está tú tranquilo respecto á mí; por lo demás, todo lo que te anuncié estaba dispuesto á hacer, lo haré. Tú verás que no te engañabas cuando me decías que yo tenía el corazón más duro y más decidido que tú. Te lo repito: está tranquilo; yo no corro peligro alguno. Por más que hagas no me encontrarás hasta que yo haya cumplido todo lo que he prometido, y podamos estrecharnos sin inconveniente la mano.»

Este papel había sido indudablemente escrito por Rosario para don Miguelito.

El escribano había puesto esta nota al pie de la copia:

«La letra del original está visiblemente contrahecha, desfigurada, y no puede determinarse, ni hay perito que lo determine, si ese papel ha sido escrito por un hombre ó por una mujer. Consta, que del pueblo de Guillena han desaparecido á un tiempo doña María del Rosario del Fresno y don Francisco Santa María, sobrino del médico de Guillena; pero no se prueba en manera alguna que hayan huido juntos. El papel que se ha encontrado junto al cadáver parece indicarlo; pero ese papel ha sido sustituido ya, suprimien-

do en el que se ha contraecho todo lo que podía causar un indicio de que doña Rosario ha huido con el don Francisco. De las declaraciones que se han tomado en el pueblo, resulta, que si bien el don Francisco había hablado públicamente de sus solicitudes por doña Rosario, había hablado también de que le despreciaba, de que tenía perdida la esperanza, y todos en el pueblo han dicho que creerían más fácilmente que doña Rosario se hubiese escapado con el pregonero de la villa, que con el don Francisco Santa María, porque le tenía aborrecimiento. A más de esto, y como el tal don Francisco Santa María tenía fama en el pueblo de hombre valiente y duro, no parece posible haya sido muerto por una mujer; y á más, las heridas del cadáver representaban una mano fuerte y airada. Nada de esto conviene con los informes que se han tomado en Guillena acerca de la doña Rosario de quien todo el mundo declara era una niña delicada y de carácter dulce y simpático. Probablemente doña Rosario, atendiendo al arreglo que yo he hecho del papel que se encontró junto al cadáver, no será acusada del homicidio de don Francisco, ni aun se creerá que huyó con él. Yo espero que la persona desconocida para quien, no queriendo verse conmigo, he escrito este informe, comprenderá que no le conviene comprometerme si ha de continuar utilizando mis servicios, y que me devolverá este papel para que yo esté tranquilo.»

No podía hacer más don Sinforoso; lo que prueba lo sometido que lo había puesto á su voluntad la señora Agustina.

Don Miguelito devolvió el papel por medio del tío Carcañales y del tío Tormenta; pero Agustina, á quien el papel había ido á parar, dijo á don Sinforoso:

—Hijo mío, aunque este papel no está escrito de tu puño y letra, lo que dice es bastante para comprometerte; y aunque yo, solo por mis ojitos negros te tengo seguro, quiero tenerte más seguro todavía, porque cuanto más agarrados, mejor. Con que á ver si no andamos reacios y se despachan esos dos asuntos que sabes. El uno es muy fácil, porque en cuanto tú quieras avias á esa Mariquita, y lo de don Isidro consiste en tí. Con que á ver como, hijo mío, nos das pronto la noticia de que la Margarita no estorba, y á trabajar bien, á fin de que dentro de un par de meses don Isidro salga completamente libre y sin cargos de la cárcel.

—Vaya, mujer, tú me vas á perder,—dijo don Sinforoso —porque el teniente alcalde mayor no es tan confiado como lo es el señor alcalde mayor, y aunque el teniente alcalde mayor tiene de mí una gran idea, sabe también que no hay que fiar mucho en los escribanos.

—Eso de que tú te comprometes, niño mío,—dijo la señora Agustina,—cuéntaselo á tu abuela, que á mi no, que ya se yo que un escribano no se compromete nunca.

—Según y como, mujer; que no sería el primer escribano que ha ido á presidio ó á la horca.

—Esos son los tontos, que se debian echar á hermanos de la doctrina cristiana en vez de echarse á escribanos; pero tú eres un pillo que se pierde de vista, hijo, y á tí no te la da nadie.

—Pero me la estás dando tú.

—¿Yo? ¿Y estoy desoseída y muriéndome por tí, y llevando por tí cada día una paliza de mi marido? ¡Vaya un agradecimiento de hombre!

—¡Ya estais un buen par de piezas tu marido y tú!—dijo don Sinforoso.—Cada vez que me acuerdo de la manera que

tenía de meterme miedo ese bruto de tu marido, se me despega la carne de los huesos.

—Pero, en fin, ¿el hombre qué ha hecho? Hablar, y no más que hablar.

—Ya lo creo; cuando se obedece lo que á uno le mandan, no se pasa de las palabras. En fin, bueno; si tú me quisieras como dices, ya habríamos quitado de enmedio ese inconveniente, y como yo no tengo ya ninguno, nos hubiéramos casado.

—Quítate allá, hombre, que soy yo muy delicada de conciencia,—dijo la señora Agustina,—y si yo matara á mi marido para casarme contigo ni con nadie, no podría vivir ni dormir á gusto, porque se me figuraría que mi marido iba á venir de noche á tirarme de los piés.—¿Y á tí qué te importa?

—Lo que á mí me importa,—dijo don Sinforoso,—es que con mucho gusto mio, eso sí, me has dejado por puertas y ahora que estoy yo viendo que servís á una persona misteriosa y estoy sintiendo la corriente del rio de oro que os tragais á costa mia, no teneis la consideración de decir: Vaya, pobre, allá va eso.

—Hombre, otro hombre estaría loco solo con que yo le mirara como te miro á tí y con las buenas partidas que á tí te hago. ¿Para qué quieres tú el dinero, chiquillo? A la escribanía le sacas tú para vivir decentemente y no tienes quien te herede. ¡Para que yo te de dinero queriéndote con las entrañitas! ¿Pues no conoces tú que yo tengo que hacerme cargo de que no teniendo tú necesidad de tener dinero para vivir y para tener tu casa bien puesta, no quieres el dinero sino para alguna loba de quien te has enamorado y de la que no puedes hacer carrera mientras no la dores?

Hombre, sería yo una sirvergüenza y una *gila* si queriéndote como te quiero, te diese yo dinero para que te quisiera otra y me muriera yo de celos. No hijo mio, no, que así estoy yo más tranquila, y á tí te irá mejor. Y mira tú, á la pobreza la llaman santa, porque no hay vicio que no cueste el dinero, y el que es pobre no puede tener vicios; sobre todo, que yo me rio de esos que dicen que las mujeres los quieren solamente por su buena cara. Las mujeres que quieren á los perdidos son unas destrozonas que no las puede querer ningun hombre que tenga vergüenza. Quítate allá, hombre; las mujeres decentes, aunque quieran á un hombre con todo su corazón, necesitan, aunque no sea más que por amor propio, que el amor vaya revuelto con algo, porque el hombre que no hace sacrificios por una mujer no la estima ni le importa nada lo que aquella mujer sea. Déjate de tonterías, chiquillo, que tú estás mejor que quieres. Hombre, y si alguna vez lo necesitaras, como yo no soy tirana y te quiero con toda mi alma, no había de dejar que lo pasaras mal.

En fin, la señora Agustina y el tío Tormenta tenían completamente cogido á don Sinforoso; y como don Sinforoso era un escribano muy práctico y muy inteligente y gozaba de muy buena reputación, porque era un hipócrita, el teniente alcalde mayor, á pesar de todos sus fueros y de toda su severidad, confiaba en don Sinforoso tan ciegamente, como el alcalde mayor había confiado en don Pánfilo.

Sabido es, que siempre han existido las asociaciones de los criminales; asociación fraternal que constantemente ha hecho que el libre ayude con todas sus fuerzas al criminal preso.

Los que no tienen quien los ayude, son los criminales

por incidencia, que no pertenecen á ninguna asociación, que hau cometido al impulso de sus pasiones un delito.

Estos criminales, si son pobres, la pagan y sirven para mantener un aspecto de justicia, y si son ricos les cuesta mucho más trabajo arreglar sus negocios, porque les faltan los medios de que disponen los criminales asociados.

Hoy, la administración de justicia ha llegado á una situación conveniente y aceptable, pero en otros tiempos, cuando los procedimientos y los enjuiciamientos no sujetaban como ahora á los escribanos, el escribano lo era todo, y por eso se decía: al que tiene dinero no le ahorcan. Y no es esto decir que hoy no haya malos escribanos; los ha habido, los hay y los habrá; pero no puede desconocerse que esta clase ha ganado en moralidad de una manera extraordinaria en comparación con los escribanos de los tiempos de nuestra historia.

Sabido es, que en el proceso de los niños de Ecija, estaban complicados todos los escribanos los de Andalucía, y no solamento todos los escribanos, sino también muchos alcaldes mayores, y más aún, muchos personajes; de tal manera que cuando la Chancilleria de Granada tomó el pulso á aquel importantísimo proceso, se espantó y elevó una tal consulta secreta al rey, que el rey se vió obligado á mandar se quemase todo lo actuado y se indultase á los niños de Ecija temeroso del escándalo que hubiera causado la persecución del proceso.

Don Miguellto continuaba manejando su intriga desde la sombra.

Un día se encontró muerta, sin que los médicos pudiesen decir de qué enfermedad, á la señora Margarita.

El escribano la había mantenido incomunicada; nadie

había hablado con ella más que el calabocero, y ella que esperaba, había sido prudente y nada había dicho á aquella sola persona con quien hablaba; y como los médicos habían calificado de repentina la muerte de la señora Margarita, á causa de una congestión cerebral, se la enterró, y por aquella parte quedó cubierto el secreto de don Miguelito.

En cuanto á Isidro, don Sinforoso había aprovechado de tal manera el misterio de la muerte de don Timorato y la imprudencia de éste lanzándose á asaltar la casa de la mujer de su sobrino, que había vuelto lo negro blanco.

No había contra Isidro más indicios que el haber salido de la posada inmediatamente después de don Timorato, y el retaco que había demostrado un disparo reciente.

Como se había avisado á Isidro de que se mantuviese negativo, su confesión faltaba.

A más de esto, un día recibió misteriosamente dentro de un pan un papel en que se le inspiraba la declaración que había de prestar cuando se le preguntase en qué había empleado su tiempo la noche del crimen desde que salió de la posada hasta que volvió á ella, y por qué causa había disparado el retaco.

Al tenor de lo que se le había apuntado en aquel papel, que como se le indicaba en él, Isidro se había comido para hacerle desaparecer, declaró lo siguiente:

Que estando oculto porque se le perseguia por el asunto de los caballistas. salió aquella noche, como había salido otras, á hacer un poco de ejercicio y á respirar el aire libre: que por lo que pudiese acontecerle, á causa de lo alto de la hora, se había llevado consigo el retaco, y que yendo por la calle de los Gimios, le habían salido cuatro hombres que habían querido robarle, y contra los cuales había disparado;

que aquellos hombres habían huído, y que poco después había dado en el reloj de la catedral la una y media de la noche: que temeroso de que acudiesen los serenos al estruendo del disparo, había escapado y se había vuelto á la posada, sin saber hasta que se lo dijo la justicia para hacerle cargo de él, el asesinato de su tío.

Interrogados los serenos de los alrededores de la calle de los Gimios y algunos vecino de la misma calle, que estaban ya prevenidos, declararon todos contestes: que en efecto, como á la una y media de la noche que se les indicaba, habian oido un escopetazo y aun tres de les serenos de los calles adyacentes declararon que junto á ellos habia pasado, andando rápidamente, un hombre cuyas señas convenian con la estatura y el volúmen de Isidro, y con las señales de la manta y del sombrero que llevaba, y que estaban en poder de la justicia.

De tal manera forró y claveteó esto don Siforoso, y con tal habilidad influyó sobre el teniente alcalde mayor, que este sobreseyó en la causa respecto á Isidro, y le puso en libertad.

Y no solamente creyó el teniente alcalde mayor en la inocencia de Isidro, sino que creyeron también en ella Serafina y doña Mercedes, para las cuales fué este un gran consuelo.

Se estaba á fines de otoño.

Todo había vuelto al estado normal.

Serafina había acabado por olvidarse completamente de la fascinación violenta que había ejercido sobre ella don Timorato, y había ido cobrando de día en día más afición á su marido, y había acabado por apasionarse de él.

Isidro á su vez, había contraido una pasión semejante

por Serafina, y guardaba profundamente su secreto acerca de la muerte dada por él á su tío, y le guardaba sin violencia, y servia en la misma casa donde su tío había perecido, porque con arreglo á su educación y á su creencias, la conciencia de Isidro estaba tranquila.

El no había hecho otra cosa más que matar á un ladrón que había encontrado asaltando su propiedad, y el peor de los ladrones, un ladrón de honra, que al herir la honra, heria el corazón, el alma del robado.

Podía decirse que aquel matrimonio era feliz: ella, porque creía que su marido no había tenido parte alguna en la muerte de don Timorato; él, porque ya hemos dicho, no le remordía la conciencia por lo que había hecho, y porque además tenía hasta la saciedad la prueba, no solo de qüe su mujer no le había ofendido, sino de que le amaba.

Viniendo á don Miguelito y á Potrocinio, de tal manera había sabido el primero encubrir el estado de su alma, que Patrocinio le había creido curado de aquel que ella calificaba de capricho pasajero por Rosario.

Don Miguelito observaba la vida más metódica del mundo, y se desvivía por Patrocinio.

Caparrota no tenía que moverse para buscar á Rosario.

Si no la habían encontrado todos los agentes que tenía en campaña, él, que conocía el terreno, no hubiera obtenido mejor resultado.

Se reducía á estimular al tío Carcañales, que á su vez estimulaba á los muchachos tanto de Sevilla como de la sierra que no cesaban con sus investigaciones.

Pero parecía como si la tierra se hubiera tragado á Rosario sin dejar vestigio.

Don Miguelito estaba cada día más y más desesperado;

pero encubriendo su desesperación hasta el punto, como hemos dicho, de que Patrocinio no se apercibiese de ella.

Pero su pasión era más y más violenta por Rosario á medida que pasaba el tiempo.

Carlota había entrado en el convento de las dueñas del Espíritu-Santo, llevada por su padre con quien don Miguelito se había entendido.

Cuando entró en el convento Carlota, ignoraba la muerte del sobrino del médico.

Pero como quiera que Paco no le había interesado en gran manera, acabó por olvidarse de él.

Su padre, completamente á la disposición de don Miguelito, hacia fuese á visitar á Carlota todas las semanas un buen mozo, natural del Carpio, que estaba para un pleito en Sevilla, y que era primo de Carlota, á quien esta no conocía.

Acabó de sepultar en el olvido por su primo Eusebio á Paco, como por Paco se había consolado de la pérdida de Pablo.

Eusebio era un tunó que creía en el valor del dinero, y don Miguelito se había apoderado de él y era el medio de que don Miguelito se valía para que llevase á Carlota cartas que esta debía entregar á Milagros.

Apesar de Rosario, á pesar de Patrocinio, don Miguelito no se olvidaba de Milagros. Las quería á la tres.

Las tres eran su pasión, aunque esta pasión fuese más grave por aquellos que le tenían más empeñado.

Contra todo lo que don Miguelito esperaba, Milagros rechazó las primeras cartas suyas, y se pasaron bien dos meses sin que Milagros consintiese en leer ninguna de aquellas cartas.

—Es inútil,—decía Milagros á Carlota;—ese hombre ha muerto para mí; le quise bien; yo le hubiera dado hasta mi vida; estaba por él loca; pero yo no puedo perdonarle el que se haya casado con mi prima Patrocinio, ni á mi prima Patrocinio el que se haya casado con él. He comprendido que no me amaba, y yo que era una imbécil, y le desprecio, y desprecio á Patrocinio, menos aún, no me acuerdo de ellos, y una prueba es que he tomado el hábito de novicia, y dentro de algunos meses profesaré: he amado á un solo hombre, y este hombre me ha demostrado bien tristemente que ningún hombre merece que se le ame: el mejor esposo de la mujer es Jesucristo, á buen seguro que este divino esposo haga desgraciada á una mujer.

Carlota, aprovechando los momentos en que se encontraba sola, escribía con un lápiz, que se lo había llevado su primo Eusebio, en un papel que también su primo Eusebio, la había llevado, y le había dado á hurtadillas, estas respuestas de Milagros, que luego daba también á hurtadillas á Eusebio, y que éste cuando salía del convento, llevaba á don Miguelito, que le estaba esperando.

La conducta tenaz de Milagros, irritaba más y más á don Miguelito, y podía decirse que sentía por esta resistencia de Milagros un empeño y una desesperación iguales á los que le hacía experimentar su ignorancia absoluta del paradero de Rosario.

Carlota, que sabía que mientras no venciera ayudando en la manera que pudiese á don Miguelito, la resistencia de Milagros, no se casaría con su primo Eusebio, á quien don Miguelito había ofrecido una gran cantidad, hacía cuanto podía por convencer á Milagros.

Pero Milagros se mantenía firme, y aún llegó en ocasio-

nes á amenazar á Carlota con que se quejaría á la superiora de su insistencia en abogar con ella por los amores de un hombre casado.

Carlota, sin embargo, no se rendía, y continuaba trabajando en favor de don Miguelito de la manera que era posible.

En cuanto al alcalde mayor, seguía observando; pero nada descubría que pudiese robustecer sus sospechas de que don Miguelito fuese el jefe de los invisibles.

Don Miguelito se había cubierto completamente.

Había recogido todos los cabos sueltos, por los cuales hubiera podido llegar á descubrirle la justicia.

El alcalde mayor acabó por perder todo recelo, y por creer que todo no había sido más que una suspicacia suya.

Don Miguelito y Patrocinio continuaban siendo para él los amigos más sólitos del mundo, y le retenían en la quinta de los Prados, tan deliciosa para don Bartolomé, que podía decirse que era su Cápua.

Se le había hecho creer, en fin, que Jacintilla era una señorita robada por gitanos, y se le habían presentado unas pruebas contrahechas, que don Miguelito había creído verdaderas.

Tan hábilmente amañadas estaban.

Los padres atribuidos á la Jacintilla, eran un noble y honrado matrimonio que había residido en Murcia y en Murcia había muerto.

En efecto, á este matrimonie le habia sido robada una niña de tres años, que no había vuelto á parecer.

Los gitanos habían jurado y perjurado, pagados por don Miguelito, que aquella niña era en efecto hija de don Pedro Avecilla y de Saturnina Melgarejo; pero la identidad de la Jacintilla, después de tantos años, no podía probarse.

Estúvose el alcalde mayor á las pruebas que se le habían presentado, consideró á su amante como á la señorita doña Jacinta Avecilla, no pudo resistir por más tiempo el combate de la seductora gitana, que verdaderamente le queria y le embriagaba, y se casó con ella, haciéndola pasar de buena fé por doña Jacinta Avecilla, mediante su partida de bautismo, y que nadie podia contrariarle, porque nadie tenía interés en ello.

En el arzobispado no se metieron á averiguar historias.

Le bastó al arzobispo saber que su amigo don Bartolomé queria casarse; dió de buena fé, por supuesto que no queria casarse sino con una persona digna; y sobre los papeles que se presentaron y que nadie tuvo por falsos ni ilegítimos, ni el mismo don Bartolomé, se efectuó el casamiento y tuvieron lugar unas bodas celebradas en la quinta de los Prados, que dejaron memoria en Sevilla.

Por parte de Jacinta, no solamente estaba á cubierto don Miguelito, sino que para el día en que don Bartolomé recobrase su vara de alcalde mayor, tenía en ella una poderosa aliada.

Jacintilla estaba obligada á hacer todo lo que pudiese por don Miguelito, aunque don Miguelito la pidiese imposibles, para evitar que don Miguelito revelase, cuando se viese comprometido, no solo á don Bartolomé, sino á Sevilla entera, la verdad de la farsa que la había hecho esposa de don Bartolomé.

Por otra parte, Jacintilla era verdaderamente feliz con el exagerado amor de su viejo esposo, que á ella le parecia muy jóven.

Debía esta felicidad á don Miguelito y á Patrocinio, y

estaba profundamente agradecida á ellos, los amaba, estaba completamente de su parte.

Hasta tal punto había llegado la amistad de los dos matrimonios, que vivian en familia en la quinta de los Prados, Serafina é Isidro, y la viuda de don Timorato y sus dos niñas menores, que perdido todo recelo, vivian con ellos, visitaban con fecuencia á los dos matrimonios.

Aun el mismo padre Porciúncula que continuaba siendo el director espiritual de Serafina, con el aditamento de su marido, prolongaba á veces sus paseos hasta la quinta de los Prados, y se sentia muy á gusto entre aquellas nobles y buenas familias, á lo que él suponia.

Doña Mercedes, que no olvidaba ni podía olvidar á su Timorato, ni mucho ménos olvidarse de su hija Rosario, continuaba importunando al teniente alcalde mayor, ó mejor dicho, excitándole de una vehemente manera, á que buscase el asesino de su marido, para castigarle, y á su hija, para devolvérsela.

Pero el teniente alcalde mayor le contestaba con buenas palabras, y desesperado ya de los esfuerzos hasta entonces infructuosos de la justicia, no hacía nada.

Además, estaba muy preocupado con las graves cosas que sucedían, y ansioso de que llegase el término de la licencia del alcalde mayor, para que este volviese á encargarse del gobierno de Sevilla y de su provincia.

Hacía en verdad mucho tiempo que en Sevilla no ocurría nada más que lo vulgar, las puñaladas, las riñas y alguna que otra muerte los días de fiesta.

Aquellos misteriosos crímenes que habían aterrado á Sevilla habían cesado de todo punto.

Parecía como que los invisibles habían desaparecido.

Pero en cambio aquellos terribles caballistas seguían haciendo de las suyas con una osadía y una fortuna tales, que eran bastante para desesperar al teniente alcalde mayor.

Los migueletes, con las tropas que seguían en persecución suya no los encontraban jamás.

Los jefes de estos migueleies y de estas tropas decían siempre en sus partes al teniente alcalde mayor:

«Nos hemos puesto sobre la pista; hemos estado á punto de cojerlos, pero se nos han escapado sin saber cómo. Sin embargo esto no va mal. Esperamos sorprenderlos de un momento á otro y acabar de una vez.»

Pero nunca llegaba el momento de la sorpresa, y nadie se atrevía á vivir en el campo ni á ponerse en camino sin una respetable escolta.

Entre tanto, don Miguelito continuaba disfrutando en Sevilla una reputación sin tacha.

¿Quién había de creer que él había sido el jefe de los invisibles, y que cuando estos habían desaparecido, él continuaba siendo el jefe de los caballistas que eran el terror de los caminos reales.

Los caballistas se habían moderado también.

Ya no acometían las poblaciones pequeñas, ni aun las casas rurales.

Esto era una táctica.

Cuando los caballistas pesan sobre las poblaciones y sobre las habitaciones, ni pueden disponer de buenos confidentes, ni pueden esperar se les ampare por los habitantes de los pueblos y de los cortijos.

Así las cosas, Patrocinio, que creía ya salvado á don Miguelito, ó mejor dicho, curado de su empeño por Rosario y por Milagros, le decía:

—Tenemos mucha fortuna: lo hemos cubierto todo, y yo creo llegado el momento de que nos retiremos. Todos los muchachos que andan al camino se conocen ricos, y desean se haga el reparto y retirarse definitivamente. Nosotros tenemos medios bastantes para que en vista de la imposibilidad de acabar con ellos, el rey consienta en indultarlos. Esto costará algun dinero: ¿pero qué importa? Tenemos dinero sobrado. Necesario es, pues, dar á cada uno de ellos la parte que le corresponda, y obtener el indulto de tal manera, que alcance al jefe invisible, cualquiera que ese jefe sea. De manera que tú estarás cubierto, para en un caso, con un indulto, sin que nadie pueda ni aun sospechar que has sido indultado.

—Sí, sí,—decía don Miguelito, es necesario hacer eso, pero todavía no urge, y es una lástima dejar un negocio que produce tanto.

—Antes, tus caprichos,—decía despechada Patrocinio, —han estado á punto de perdernos. Hemos escapado milagrosamente de una y otra locura, y ahora tu avaricia nos mantiene en el peligro. No se para qué quieres más dineros no tenemos hijos, y por mucho que gastemos durante nuestra vida, no podemos acabar, no ya con nuestro capital, sino ni con nuestras rentas, á no ser que tiremos el dinero.

Don Miguelito salia de paso con una evasiva, y los caballistas continuaban infestando la tierra baja, ocupándose, más que de otra cosa. en buscar á Rosario, y Rosario no parecía.

Milagros, por otra parte, continuaba mostrándose inflexible para don Miguelito.

CAPITULO XIII

De cómo se puso Rosario en campaña.

Pero si los agentes de don Miguelito, ya de dentro, ya de fuera, no sabian el paradero de Rosario, nosotros lo sabemos, y vamos á descubrírselo á nuestros lectores.

Con esto llenaremos el gran espacio de tiempo que pasó sin que sucediese nada notable en Sevilla, sin que alterase la profunda paz en que don Miguelito se encontraba con Patrocinio y con sus amigos en la quinta de los Prados.

Para llegar hasta el lugar donde se encontraba Rosario, empecemos por el principio.

Como hemos dicho en su lugar, en la mañana del día siguiente á la noche en que tuvo lugar el asesinato de don Timorato, el síndico del pueblo de Guillena, recibió una comunicacion del teniente alcalde mayor, ordenándole participase la desgracia ocurrida á don Timorato, á su familia.

El síndico comunicó como pudo, y debemos decir, que

de la manera más torpe del mundo, esta tremenda justicia á la familia de don Timorato, y al saber Rosario de qué manera había muerto su padre, se sintió como herida por un rayo.

De improviso, su instinto terrible la dijo que el verdadero autor del crimen era don Miguelito.

Luego su razón, dominando el instinto, oyendo á su amor y á su corazón, estableció en ella una duda.

Era evidente que don Miguelito tenía un interés en la muerte de don Timorato para verse libre de un compromiso, atendido el tremendo carácter del alcalde, ó más bien para evitar, si éste se apercibía de los amores que mediaban entre ella y don Miguelito, en vez de tomarla con ellos, buscase un medio para dejar viudo á don Miguelito, y exigirle después un casamiento reparador.

Rosario no quería creer, se le hacía formidable y repugnante que don Miguelito hubiese llegado á tanto.

Y por otra parte, sentía que su pasión por don Miguelito la avasallaba.

En este estado de incertidumbre, que no podía ser más terrible, la enérgica Rosario tomó una decisión suprema.

Necesitaba ganar tiempo para poder juzgar con alguna precisión de si don Miguelito había tenido parte ó no en el asesinato de su padre, é irritada además por la posición que ocupaba, posición comprometida y difícil, y sobre todo, humillante para ella, viéndose privada del amparo de su padre, pensó en ampararse á sí misma, y en realizar aquel deseo que no la abandonaba; esto es, el de dejar libre á don Miguelito.

Ella tenía la seguridad de que en cuanto don Miguelito se viese libre, se uniría á ella; á lo menos así lo esperaba.

Todo consistía en hacer de manera que don Miguelito no pudiese ni aun sospechar que ella había sido la causante de la muerte de Patrocinio.

Rosario no podía decirle por el momento de que manera llegaría á este resultado; pero un secreto instinto la decía que llegaría á él.

Pero para esto era necesario que ella se emancipase, que tuviese una entera libertad de acción.

¿Y cómo esto?

Ella no tenía dinero ni conocía á nadie fuera del pueblo de Guillena, y con los de Guillena, á excepción de uno solo, no quería contar.

Este solo en quien en el primer momento se fijó el pensamiento de Rosario, fué su antiguo y desesperado adorador Paco.

A la noticia de la muerte de don Timorato, todos los del pueblo rodearon á la familia.

Rosario se aprovechó de aquella ocasión, y dijo á su desahuciado amante.

—Váyase usted al huerto, Paco, tengo que hablar con usted.

Paco vió el cielo abierto y no perdió un instante en ir á donde había ido á esperarle Rosario.

La encontró sentada en la misma piedra en que tantas veces había estado sentada junto á don Miguelito.

Rosario lloraba á lágrima viva.

—Vaya, hija,—exclamó Paco con la voz conmovida,—es muy natural que usted llore así; pero no vaya usted á atosigarse de tal manera que coja usted una mala enfermedad, que porque usted se muera no ha de resucitar el difunto, y serían dos desgracias.

—No, mi padre no resucitará desgraciadamente,—dijo Rosario;—pero yo sé que puedo vengarle.

—Entonces usted sabe que no ha sido Isidro el que ha matado á su padre de usted,—dijo don Paco.

—No, yo no sé nada,—contestó Rosario,—lo que sé es que puedo vengar á mi padre; pero para vengarle tengo que escaparme de mi casa y perderme de manera que nadie me encuentre, y yo no puedo irme sola. Usted dice que me quiere y ha llegado la hora de que sepamos si eso es verdad; si usted me quiere, véngase usted conmigo, acompáñeme usted.

—Es el caso, dijo Paco,—que yo no tengo dinero, y que sin dinero, no se puede hacer nada; pero aunque yo no tengo dinero, sé donde lo tiene mi tío que confía mucho en mí y que me quiere tanto que aunque cuando vean que me he ido eche de menos el dinero, no dirá á nadie que yo se lo he quitado; y más, que yéndose usted conmigo, se creerá que yo me he valido de alguna maña para robarla á usted y para obligarla á usted á que se case conmigo; y de esa manera á mi tío se le importará muy poco que yo le haya quitado, así, trescientas ó cuatrocientas onzas, porque tendrá la seguridad de que casándose usted conmigo, las cobrará.

—Yo me casaré con usted,—dijo Rosario,—según usted se porte conmigo. Pero mire usted que no tiene usted tiempo para pensarlo mucho, porque si esta noche no está usted dispuesto á acompañarme, me voy sola.

—Pues mire usted,—exclamó Paco,—esta noche nos iremos aunque sea por encima de todo, aunque tenga yo que hacer una barbaridad.

—Bueno,—dijo Rosario,—pues no hablemos más para

que no sospechen. Esté usted esta noche á las once junto á la tapia del huerto, por la parte de la higuera vieja, y yo acudiré, y nos iremos los dos juntos.



Rosario volvió entre todas las gentes que llenaban la casa, y se entregó delante de ellas á su dolor, que ciertamente no era fingido.

Luego, pretextando que se había puesto mala, se encerró en su cuarto, que como sabemos correspondía al jardín, y escribió la carta que don Miguelito encontró sobre la mesa, y que ya sabe el lector el efecto que le produjo.

Al oscurecer todo el mundo se había recogido, y Rosario esperó en un estado espantoso á que sonasen las once de la noche.

El tiempo que tardaron en sonar fué una eternidad para Rosario.

Al fin, cuando en la iglesia sonó el esquilón que marcaba las horas, verdadera campana de reloj de pueblo, cascada y mísera, salió de su cuarto y se fué al ángulo del huerto, junto á cuya tapia estaba la higuera.

Rosario tosió.

Otra tos recatada la contestó desde afuera.

Rosario trepó, como hubiera podido trepar por una escalera, por el tronco de la higuera, llegó á lo alto de la tapia, y saltó.

Paco la esperaba ya.

—¿Pero, qué es esto?—la preguntó.—Desde que usted, Rosarito, me participó su resolución, yo no sé lo que me sucede.

—Andemos, andemos,—dijo Rosario;—apartémonos cuanto antes de la casa; tengo miedo. Supongo que usted se habrá procurado dos caballos bien ligeros.

—No, señora, no,—dijo Paco;—uno solo; pero fuerte y bueno, que aguantará muy bien el peso de los dos, sin dejar por eso de andar de prisa.

—Bien, conformémonos con ese por ahora, puesto que no hay tiempo en el momento para otra cosa. ¿Y dónde está ese caballo?

—En la alameda.

—Rosario, que marchaba rápida, nerviosa, por un sendero, que cabalmente conducía á la alameda, á aquella misma alameda donde cuando había ido don Miguelito á Guillena se había quedado Piruétano esperando con los caballos, apresuró el paso.

Llegaron, penetraron en la alameda, desató Paco el caballo, y montaron en él.

—¿Y adónde vamos ahora?—dijo Paco.

—Supongo,—dijo Rosario,—que usted tendrá en el campo, y cerca de Sevilla, conocimientos en algún cortijo, en algún lugar donde yo pueda estar con seguridad oculta.

—Pues bien, vámonos al ventorrillo de los Molares, que está á media legua de Sevilla, á la orilla del Guadaira: yo no sé si con el rodeo que hay que dar, evitando la carretera y los caminos de herradura, podremos llegar al ventorrillo antes de amanecer.

—Ha debido usted procurar otro caballo; así iríamos más de prisa; ha debido usted tambien procurar un traje de hombre para mí.

—Pues bien, Rosarito, á media legua de aquí está el cortijo de Peña Horadada; yo la dejaré á usted á alguna distancia en lugar seguro, y como llevo aquí cien onzas, que por usted le he quitado á mi tío, compraré en el cortijo un caballo y veré de procurarle á usted un vestido de hombre.

—Y tambien armas,—dijo Rosario.

—¿Y para qué esas armas?—preguntó Paco.

—Para que se crea mejor en mi disfraz de hombre. ¿Qué hombre va á caballo y por un camino, sin armas, tal como está la tierra baja?

—Pero, usted, Rosarito, vestida de hombre, parecerá usted un niño.

—Pareceré un chico de diez y seis á diez y siete años. ¿y le parece á usted que hay algun hombre de alma en la campiña que á los diez y seis ó diez y siete años no usara ya armas y supiera defenderse?

—¿Y ese hermoso pelo que Dios le ha dado á usted, Rosarito?—dijo Paco.

—Por lo mismo, para que yo me lo corte, pedirá usted unas tijeras.

—Bueno, bien; pero ¡qué lástima! ¡un pelo tan hermoso!

—Déjese usted ahora de eso, que no estamos para ocuparnos de tonterías con lo que sucede, y luego, que ya crecerá.

—Pero, ¿quiere usted esplicarme, Rosarito, por qué ha tomado usted esta determinación?

—Porque necesito vengar á mi padre, y para ello estar libre, contestó Rosario.—No, no ha sido Isidro el que lo ha matado; Isidro ha sido el instrumento; el verdadero matador es otro.

—¿Usted lo sabe?

—Sí, señor, sí.

—¿Y qué hombre es ese?

—A usted no le importa nada.

—¿Era algun hombre que la quería á usted?

—Si eso fuera, le importaria á usted,—contestó Rosario; —porque si usted me sirve bien, yo me casaré con usted; pero para empezar á servirme bien, me va usted á hacer el favor de no hacerme ni una pregunta más, de dejarme con mi sentimiento; estoy que me ahogo, y me cuesta trabajo hablar.

En efecto, Rosario sufría de una manera inconcebible.

Una ráfaga de viento la había llevado las doce, tocadas por la campana del pueblo, del cual estaban ya á mucha distancia, atravesando los campos por un estrecho sendero.

A aquella hora, don Miguelito debía estar escalando la tapia.

Poco después entraría en su cuarto, la echaría de ménos, registraría, buscaría, encontraría la carta.

Rosario sentía la ansiedad de don Miguelito por su ansiedad misma, y á cada momento que pasaba, su ansiedad crecía.

Sentía, al mismo tiempo, no sabemos qué horror de sí misma; era probable que don Miguelito fuese el causante de la muerte de su padre.

Esta sola idea debía irritarla contra él y, sin embargo, con vergüenza de sí misma, lo repetimos, Rosario comprendía que aquella terrible prueba no había sobrevenido sino para que ella comprendiese con espanto hasta qué punto llegaba su amor por don Miguelito, hasta qué punto su amor se sobreponía en ella á todo; á todo, hasta lo horrible.

Una ansiosa esperanza la hacía pensar en que tal vez don Miguelito no tenía parte alguna en la muerte de su padre.

Buscaba en su imaginación razones y aún argucias para convencerse de ello.

Sin embargo, un funesto presentimiento la decía: él ha sido, él temía por su mujer, él ama á su mujer más que á ti, ha temido que vuestros amores fuesen sorprendidos por tu padre, y que tu padre en vez de matarte á tí, en vez de matarle á él, buscase un medio para asesinar de una manera segura y secreta á su mujer, para obligarle á casarse contigo.

Esta idea no se apartaba de Rosario, por más que quería desecharla, y la amargaba el alma.

—¡Oh!—decía para sí.—Si eso es cierto, ha sido una desgracia que él no haya comprendido que yo soy tan terrible como mi padre; que esa mujer está más en peligro á causa mía, que lo que hubiera estado á causa de mi padre. ¡Ah! él se ha engañado; él mentía cuando me decía: una de las razones por que más te adoro, es que Dios te ha hecho

como á mí: valiente, capaz de todo, terrible. ¡Ah! no; él no creía esto, él lo decía por adularme, porque me creía vanidosa como todas las mujeres, él no me ha comprendido. Pero, Dios mío, si no hubiese sido él, si ni aún siquiera hubiese pensado en esto... El hablaba de mi padre con cariño y aún con respeto; pero es un hipócrita; miente, miente de una manera tan perfecta, que no se conoce la mentira. ¡Oh! si yo hubiera tenido la seguridad de que no había sido él... Pero de todas maneras, yo no podía continuar en la situación humillante en que me había colocado mi pasión sobreponiéndose á mi altivez. Es necesario que sea mío, mío de una manera legítima, y yo haré que eso sea posible: este pobre diablo me servirá; y si no me sirve, si se equivoca, si pretende imponerme su voluntad, peor para él.

Y no acabaríamos nunca si hubiéramos de ir presentando todas las ideas que se agolpaban, que pasaban por la atribulada Rosario.

Iba transida de dolor; amaba tiernamente á su padre, y con delirio, con locura á don Miguelito.

La desgracia que había acontecido, la había cogido el corazón, el alma; la había hecho sentir un tormento infinito, y sin embargo, su terrible fuerza de voluntad la sostenía.

Paco iba tambien cabiloso y soltando de tiempo en tiempo un suspiro que parecía arrancársele de lo más hondo de las entrañas.

¿Por qué había tomado aquella extraña determinación Rosario? ¿Por qué habiéndole despreciado siempre se volvía entonces hacia él?

Esto era inexplicable.

¿Estaba Rosario desesperada? Solo por desesperación podía haber tomado aquella decisión extrema.

Paco era un tunante muy largo, y sabía que por nada se desesperan tanto las mujeres, como por un amor contrariado.

¿Amaba á alguien Rosario?

Paco, que era celoso, no se había percibido de nada: si Rosario amaba, no era ciertamente á ninguno de los del pueblo.

¿Quién podía ser, pues, si aquel hombre existía?

Paco era un mar de confusiones, y tanto más, cuanto que veia que, fugado ya con él Rosario, no se le presentaba muy amable.

¿Qué hacer? Roario estaba en su poder; pero era el caso, que Rosario dominaba hasta tal punto á Paco, que éste, á pesar de lo brabucón que era, la tenía miedo; le parecía Rosario una inmensidad; respecto á ella se sentía tamañito, hasta el terreno del valor.

—Me parece,—dijo Rosario viendo que iban á entrar en una arboleda,—que hemos andado ya más de media legua, y usted me ha dicho que el cortijo donde piensa usted comprar un caballo y la ropa de hombre con que he de disfrazarme, está á media legua del pueblo.

—Y no he mentido, Rosarito,—dijo Paco;—hágame usted más favor, yo no puedo engañar á usted; ese cortijo está al otro lado de esa arboleda; siguiendo ese arroyo que rodea por fuera la arboleda se llega á él; yo la he traído á usted por aquí, para que usted se quede escondida en la arboleda mientras yo voy por el caballo y por la ropa; no hay necesidad de que la vean á usted, que la conocen, porque ¿quién no conoce á una legua á la redonda de Guillena, y aun á más distancia, á la divina hija de don Timorato? Usted tiene mucha fama Rosarito.

—Bueno,—dijo Rosario;—pues metámonos en la arboleda, déjeme usted dentro de ella. y despache usted cuanto antes.

Poco después, Paco partia, dejando en la arboleda á Rosario.

Cuando ésta se vió sola, la acometió una especie de reacción; se arrepintió de lo que había hecho.

El dolor, que estaba segura sentiría don Miguelito por no encontrarla, se la hacía insoportable; pensando en él se le ablandaban las entrañas.

Hubo un momento en que pensó partir sola, desandar el camino, volverse á su casa, tal vez le encontraría aun allí buscándola.

Reflexionó además que habia sido demasiado audaz poniéndose en manos de un hombre locamente enamorado de ella, de un hombre capaz por ella de todo.

Sin embargo, volvía á rehacerse, á afirmarse en su propósito.

—No, no; suceda lo que quiera,—dijo,—él no me volverá á ver sino cuando sea viudo, él no me volverá á ver sino para ser mi marido. Si perezco en mi empresa ¿qué importa? Yo estoy desesperada.

Paco, entretanto, había llegado al cortijo, no muy tranquilo.

Temía, y ya hemos visto que temía con sazón, que Rosario se arrepintiese de lo que había hecho, y se volviese á su casa.

—Yo no he debido dejarla sola,—decía;—pero ella hace de mí lo que quiere; manda, y yo la obedezco; no faltaba más sino que cuando yo vuelva con el caballo no la encuentre. ¿Y como buscarla? Ella no es tonta y tomaría otro ca-

mino. Y saldría yo huído, eso sí; no podria volver al pueblo. ¿Cómo me presentaba yo á mi tío habiéndole robado doscientas onzas? Ahora, diciendo más adelante para lo que se las había robado, la cosa sería distinta; la Rosarito es rica, y con tal de que se case conmigo, mi tío pasaria por todo. Ella dice que si la sirvo bien se casará conmigo; pero yo creo que me engaña, que no me puede ver; me habla como á la fuerza; me parece que soy el simple de los simples. En fin, ya está hecho; y por último, ¿no la tengo en mi poder? ¿quién sabe?

Al llegar al fin de estos pensamientos, llegaba Paco á la puerta del cortijo, y llamaba á ella.

Tardaron en abrirle.

—Y bueno, señor Paco, —dijo un hombre, que por la voz parecía ya de edad, que era el que habia abierto,—¿qué es lo que le trae á usted por aquí?

—Desdichas tío Genaro, desdichas,—dijo Paco, que había atado su caballo á uno de los piés de la parra que se extendía sobre la puerta del cortijo.

—¿Pues qué desdichas le pasan á usted?

—Hombre, tío Genaro, anoche en Sevilla ha matado al alcalde, su sobrino.

—¡Hombre! ¿sí?—contestó el tío Genaro.—Ya se ve, como uno no va más que de higos á brevas al pueblo, no sabe uno las cosas que allí pasan sino cuando alguno del pueblo viene por aquí. ¿Y por qué ha matado don Isidro á su tio, si se querían el tío y el sobrino que cegaban?

—Hombre, yo no lo sé,—dijo un poco impaciente Paco;—lo que yo sé es que esta mañana el síndico vino á traerle esa jícara de chocolate á la mujer de don Timorato y á sus hijas, que están en casa de mi tío, porque se les quemó la

casa, ó se la quemaron; el síndico les leyó un papel que le había enviado el teniente alcalde mayor de Sevilla, y en el tal papel no decía porqué don Isidro había matado á su tío.

—¡Calle! ¿Y á usted qué le importa de eso,—dijo el tio Genaro,—para que diga usted que lo que trae por aquí son sus desdichas? ¿Le tocaba á usted algo el alcalde?

—Hombre, á mí no.

—¿Y tenía usted algo que ver con alguna de sus chicas?

—Tampoco, son muy presumidas las niñas, y yo no quiero casarme para tenerle que andar siempre á el bulto á mi mujer.

—Pues entonces, yo no sé por donde anda esa desdicha que usted dice.

—Le parece á usted, tío Genaro,—exclamó Paco,—que es poca desdicha tener que echarse al camino?

—Hombre, si usted se siente con alientos para ello y tiene usted vocación, señor Paco, yo no veo inconveniente, hace usted muy bien; nadie debe tener más oficio que aquel que más le gusta.

—Es que yo me echo al camino á la fuerza, porque un amigo y yo hemos hecho una haratadilla en el pueblo, ¿y sabe usted por qué? porque nos trabamos de disputa con Lamparones y el Lentejero, sobre si era verdad ó era mentira que don Isidro había matado á su tio, y en fin, yo no sé como ha sido la cosa; pero se fueron enredando las palabras, nos subimos á mayores, nos dimos cuatro zumbidos, y allá se ha quedado el Lentejero con todas las tripas al aire, y Lamparones con la lengua cortada, porque yo le tiré á la cara, tenia la boca abierta, le pesqué el carrillo, se lo rasgué y allá salió tambien la lengua, que la escupió.

—Pues mejor, señor Paco, con eso no podrá declarar; y usted y el amigo, ¿salieron *indenes?*

—Sin un arañazo; ya sabe usted que es mucho el poder que Dios me ha dado á mí,

—Vaya, hombre, pues del mal el ménos: malo es dar pero peor es recibir. ¿Y qué es lo que usted quiere, que lo tenga yo á usted escondido?

—No, señor, no; lo que yo quiero es que me venda usted, si usted quiere, la jaca pia de dos cuerpos que usted tiene, con su aparejo de alamares y una buena brida.

—Hombre, si me hubiera usted pedido las niñas de mis ojos, se las daría á usted con más gusto que la Monja. Calle usted, hombre, ¡si la Monja es una jaca que no merece Andalucía que ella la pise! Mire usted, le venderé á usted el Galápago.

—Quite usted allá, hombre, ¡como que mi amigo va á salir por los caminos caballero en un galápago! que galápago es y no caballo el tal armatoste. En fin, tio Genaro, donde hay hoyo se echa tierra; pida usted por la jaca, y que no se hable más, que yo no regatearé.

—Pues mire usted, ménos de cien doblones no se lleva usted la jaca, señor Paco; pero bien entendido, que en esto entrarán el aparejo y la brida, y las espuelas y una escopeta, y una canana bien guarnecida de cartuchos, y en fin, todos los avios.

—Pues no hay que decir más, tio Genaro, allá van diecinueve onzas, y los cuatro duros que sobran se los guarda usted de hadealas.

—Vaya, señor Paco, pues salud y buena suerte, —dijo el tío Genaro mirando con codicia un pesadísimo bolsillo lleno de onzas de oro, de donde había sacado Paco las die-

cinueve que le había dado; —voy á aparejar la Monja y á aguantarme el dolor de corazón que me está ya dando.

—Espere usted un poco, tío Genaro, que con la jaca no hay bastante, ni con las armas tampoco; es menester un buen vestido de corto, ¿usted entiende? Yo creo que un vestido de su chico de usted el mayorcito, de Periquín, sería bueno, porque mi amigo tiene así, sobre psóo más ó ménos, la estatura y las carnes de Periquin.

—Bueno, señor Paco, los calzones de punto azules, ¿no es verdad? la faja amarilla, la chupa y la chaquetilla franciscana, las botas negras bordadas, los zapatos blancos nuevos, media docena de pares de medias, tres ó cuatro camisas, un chaqueton y unas sajonas por encima, y una buena manta. porque ya las noches van siendo frescas.

—Pues por supuesto hombre, todo lo que se necesita; con todo hace usted un lio y lo pone usted sobre la jaca. Ahora dígame usted lo que le tengo que satisfacer por la ropa.

—Hombre,—dijo el tío Genaro,—así á *bultuntun* yo creo que no le pido á usted nada de más pidiéndole á usted cinco onzas.

—¿Qué ha de ser de más, hombre, qué ha de ser de más, tío Genaro? tome usted.

Y se las dió.

—Y despache usted, porque mi amigo me está esperando en el ventorrillo de la Adelfa. ¡Ah! y mire usted, tráihase usted para acá unas tijeras. así, medianejas.

—¿Apostamos, señor Paco, que ese amigo que usted dice es una buena moza que usted se lleva robada del pueblo, y que por esto y no por las *andróminas* que usted ha dicho se echa usted al camino.

—Vaya, bueno; ¿y qué más dá, tío Genaro? Puede ser que eso sea verdad.

—Pues salud para romperla con otra de oro,—dijo el tío Genaro;—y mire usted, le voy á dar á usted esto regalado: unas tijeras nuevecitas que compré yo para hacerles las cuartillas á las bestias, que cortan por el aire. ¿Pero por qué no se trae usted aquí á esa señora, y mi mujer la cortará el pelo?

—No puede ser, tío Genaro,—dijo Paco;—que esa es una cosa muy delicada.

—Pues mire usted, señor Paco, en las cosas delicadas yo no me meto. Voy á hacerle á usted su avío cuanto antes. Mire usted, allí en el vasar, en aquella limeta, hay aguardiente; entreténgase usted mientras vuelvo.

Y el tío Genaro se metió para adentro.

Paco estaba en áscuas con la tardanza; temía que Rosario tuviese tiempo para reflexionar.

En fin, aun no trascurrido un cuarto de hora, volvió el tio Genaro trayendo de la mano una magnífica jaca aparejada, con una escopeta enganchada en el aparejo, y sobre él un gran bulto hecho con una manta.

—Aquí está todo,—dijo el tío Genaro.—y aquí las tijeras. Mire usted, en el lío van una canana corrida bordada, que es un primor, un cuchillo y un par de pistolas. Cuidado con las pistolas y con la escopeta, señor Paco, que están cargadas.

—Vaya, muchas gracias, tío Genaro,—dijo Paco guardándose las tijeras en el bolsillo de la chaqueta y tomando de las riendas á la jaca.

—Que me la cuide usted bien, señor Paco,—exclamó el tío Genaro.—Bien puede usted decir que cuando yo le he

dado á usted eso, soy capaz de darle á usted las entrañas. Ya verá usted cuando llegue el caso lo que ese bicho es: en diciendo que ella se tiende á escape, ni el aire, señor Paco, ni el aire. ¡Válgame Dios! Llóvesela usted pronto, que yo no la vea, que me va á dar algo. Espresiones á la señora.

—Muchas gracias, tío Genaro; salud con la familia,— dijo Paco, que había desatado su caballo y había montado. —Ea, venga esa mano, quede usted con Dios y hasta la vista.

—Vaya usted con Dios, señor Paco; salud y buena fortuna.

Paco arrancó llevando de la mano á la Monja.

Iba al trote largo, rodeando por la arboleda, con el corazón apretado, sobresaltado, temiendo no encontrar á Rosario; pero se le inundó el alma de alegría cuando sintió que Rosario le llamaba.

Estaba en el dindel de la arboleda.

—Vaya, Rosarito, dijo Paco, echando pie á tierra,— aquí lo tiene usted todo; jaca, armas y ropa. Deje usted que yo quite el lío de la jaca, que dentro vienen dos pistolas cargadas. ¡Ah! aquí tiene usted las tijeras.

Rosario las tomó y con un movimiento de despecho se soltó la gruesa trenza de su rodete, una trenza enorme, larguísima; y la cortó por cuatro dedos más abajo de la atadura; luego se cortó los rizos, junto á las sienes, y todo este tesoro de cabellos lo arrojó al arroyo que corría junto á ella, á una especie de riachuelo.

—¿Qué es lo que usted ha hecho? exclamó Paco.

—¿Para qué le sirve eso á nadie?—dijo Rosario.

—Yo hubiera llevado esa trenza sobre mi corazón,— contestó Paco.

—Sobre su corazón no llevará nadie nada mío más que mi marido,—dijo Rosario;—cuando nos casemos tendremos lugar de que me crezca el pelo.

—Me parece á mí que eso no va á llegar nunca.

—Muchas gracias,—contestó Rosario, que había reflexionado y había comprendido que no debía tratar á Paco con dureza.—¿Con que es decir, hombre. que yo me he escapado con usted para no casarme con usted? Pues mire usted, sería cosa de que yo le matase á usted si usted no se quisiese casar conmigo.

—Lo que á mí me mataria, Rosario, sería el no casarme con usted. En fin, muchas gracias. Yo la serviré á usted hasta con mi vida, yo seré su esclavo de usted; lo que usted me mande lo haré, aunque me mande usted que me ahorque.

—Bueno, eso es lo que es menester,—dijo Rosario;—ayúdeme usted á vengar á mi padre y en cuanto le venguemos nos casamos.

—Dios quiera que sea pronto,—dijo Paco.—Oiga usted, diosa, ya he sacado yo la canana, las pistolas y el cuchillo. Ahora voy á llevar el lío detrás de esa enramadita para que usted se vista á su gusto.

Y se fué detrás de la enramada con el lio, y volvió á poco.

Rosario se fué detrás de la enramada y cambió de traje rápidamente.

Un cuarto de hora después de haber empezado, volvió, trayendo en un lío sus ropas de mujer.

—¿Y dónde nos llevamos esto?—dijo.—No quiero dejar señales mías; además, ahí va tambien la ropa blanca de hombre.

—Deje usted, corazón, que eso lo meto yo en mis alforjas, que son bien grandes. ¡Calla! Y en la jaca tambien hay alforjas, no había reparado yo. Pues mire usted, pondré en sus alforjas de usted la merienda, y la ropa la pondré en las mias; así, cuando quiera usted tomar un bocado, no tiene usted más que echar mano á la alforja. Pero deje usted que yo la mire, aunque está oscuro. ¡Vaya, pues, al reloj! Y diga usted; Rosarito, ¿se ha tapado usted bien con el pañuelo de la cabeza el pelo para que no se vean los trasquilones?

—Sí, señor: lo que me incomoda son los zapatos, que me están grandes, y he tenido que rasgar dos medias para rodeármelas al pié y que abulte.

—Pues, preciso, si tiene usted los pies más chiquirritines y más monos del mundo. Y diga usted, ¿ha sabido usted ponerse las espuelas?

—Hombre, sí, no es la primera vez que yo me visto de hombre y que me pongo espuelas. Con que vamos, á caballo, Paco, y á escape, para llegar antes del día á ese ventorrillo que usted dice.

Montaron.

—Eche usted adelante y guie usted, Paquito.

La voz de Rosario era ya serena y sonora; parecía la voz de una persona muy ajena de la situación dolorosa en que ella se encontraba.

Paco arrancó y Rosario le siguió.

Muy pronto se perdieron á lo lejos entre las sombras de la noche.

CAPITULO XIV

En que se vé que hay ermitas y ermitaños que no son lo que parecen, y resucitadas que no han muerto nunca.

Iban muy de prisa, á revienta caballo.

Era la una y media de la mañana, y á las cuatro debía ser de día claro.

Les quedaban dos horas y media para recorrer las cuatro leguas largas que hay de Guillena á Alcalá de Guadaira.

Era necesario procurar pasar todavía de noche por Sevilla, porque no disponía de otro puente que del de Triana; de otra manera hubiera sido necesario recurrir á cualquiera de las barcas establecidas sobre el Guadalquivir, y Rosario no quería ser vista para no dejar su rastro.

Pasaron, pues, entre Santiponce y Camas, y por fuera de Tomares llegaron á Triana, atravesaron el puente, costearon á Sevilla por delante de la Puerta de Jerez y por el callejón entre la fábrica de tabaco y el palacio de San Tel-

mo, se lanzaron á campo atraviesa, y poco después llegaron á un ventorrillo situado sobre el caminejo de Alcalá de Guadaira á Dos Hermanas.

Para esto tuvieron que vadear el Guadaira.

Es extraña la absoluta carencia de puentes sobre estos ríos, que son bastante considerables; se suplen por las grandes barcas que se encuentran allí, donde los caminos más concurridos cortan los ríos, lo cual es un atraso digno de la Edad Media, y un grande inconveniente para los trasportes.

La venta de los Molares estaba como á tres tiros de fusil de Alcalá de Guadaira, en línea con una presa ó azúa de un antiguo molino, que se encuentra al pie de la altura donde se alzan aún los restos del viejo castillo árabe de Alcalá.

La venta, de una manera extraña, estaba cerrada, porque estas ventas situadas sobre caminos concurridos, como lo es el que corre desde Alcalá de Guadaira por Dos Hermanas á Utrera, están siempre abiertas antes del día para dar el *peñascaró* (aguardiente) á los trajineros que emprenden muy de mañana la jornada.

—Aquí ha sucedido algo,—dijo Paco,—cuando no faltando más que media hora para el día, la puerta está cerrada aún; y es el caso que los jacos no pueden ya tirar de su alma; si no, les daríamos un repelón hasta Dos Hermanas, donde yo tengo conocimientos de confianza.

El crepúsculo había empezado ya, y se veia lo bastante para que Rosario pudiese notar el aspecto del ventorrillo.

Este no podía ser más franco.

El parral de delante de la puerta estaba caido, como si la venta hubiese estado abandonada, y un balconcillo que sobre el parral había, se veía desguarnecido.

—Pero usted me ha engañado, Paco,—exclamó con acento sombrío Rosario;—mal nos podíamos ocultar aquí, cuando este ventorrillo tiene todas las señales de estar abandonado. No, no es que no han abierto, bien abierto está, puesto que se han llevado las maderas de las puertas y de las ventanas, sin duda para utilizarlas en otra parte.

—Pues hace un mes, dos amigos y yo, que estuvimos en Alcalá de Guadaira,—contestó Paco,—y fuimos luego á Utrera, donde uno de los amigos tenía un negocio, el tío Singusto estaba en el ventorrillo de los Molares, con su sobrina y con su mujer, y nos dió de almorzar; por cierto que el almuerzo fué de magras y huevos, y yo no sabia que el tal ventorrillo hubiese sido abandonado: lo que yo sabía sí, era que se podía fiar en el tío Singusto, en su mujer y en su sobrina: aquí hubiera usted estado tan guardada como en un sagrario. En fin, Rosarito, yo he obrado de buena fé.

—No señor, no,—dijo Rosario;—aquí lo que hay es que usted y su tío se han puesto de acuerdo, porque yo no puedo creer que asi tan fácilmente le haya usted podido quitar á su tío, que es un miserable, doscientas onzas.

—Usted tiene la imaginación muy viva, Rosarito,—exclamó Paco.

—Lo que yo tengo,—contestó Rosario, cuya voz era á cada momento más opaca, más nerviosa, más amenazadora,—es que á mi no me la da nadie. ¿Usted entiende? Y lo que usted ha querido, ha sido traerme al rayar el día cerca de un pueblo, á un camino para que me vean, para que den con nosotros; para que nos prendan, para que yo de este modo me tenga que casar con usted.

—Lo que usted quiera, Rosarito,—exclamó sofocado Paco,—pero yo no he pensado en eso.

La sofocación de Paco, sin embargo, parecía, más que una sofocación de inocencia, una muestra de temor. El no se había puesto ciertamente de acuerdo con su tío; pero habia sí pensado en hacer de manera que apareciendo que él no había podido impedirlo, cuando buscasen necesariamente á Rosario por justicia, la justicia diese con ellos.

Paco se impacientaba, y sobre todo, no tenía seguridad en si á pesar de todo, Rosario se casaría con él.

Rosario estaba notando en la turbación de Paco su culpa. y sombrías intenciones se iban revolviendo en su cabeza.

—Esperemos, esperemos aun,—dijo para sí,—Dios quiera que este hombre no me comprometa á hacer algo negro. Oiga usted, Paco,—añadió alto;—aunque bien podía usted haberlo mirado antes, ¿qué le hemos de hacer? Vamos á ver si aunque sea matando á los jacos llegamos á buena hora á otra parte.

—Pues no tenemos más que irnos á Dos Hermanas, que aunque el camino es áspero, á mitad del camino y en medio de una arboleda, nos encontraremos con la ermita del Santo Cristo de la Salud, y el ermitaño que es un hipócrita, nos esconderá también como nos hubiera escondido el tío Singusto.

—Ea, pues pique usted,—exclamó Rosario.

Paco aguijó por la vertiente de la altura que hay que pasar para llegar á Dos Hermanas.

El crepúsculo se esclarecía rápidamente.

Sin embargo, el camino estaba de todo punto solitario.

Al llegar á lo alto de la colina, Paco torció á la izquierda y se metió por un sendero que se perdía entre una espesa arboleda.

—¡Ah, poder de Dios!—exclamó Rosario,—este hombre tiene mala intención; pero me teme: peor para él.

Y siguió, con el corazón tranquilo, dispuesta á todo, á Paco, que continuaba al trote.

Llegaron al fin á un claro de la arboleda, á una especie de pequeña pradera muy amena.

Los pájaros cantaban por todas partes saludando á la blanca aurora que ya dejaba ver de una manera dulce y poética los objetos.

En medio de esta pradera había una ermita cuya puerta de herradura y su forma particular, demostraban que en otro tiempo había sido uno de esos morabitos ó ermitas árabes de santón, que se encuentran por todas partes en Andalucía; pero se había añadido á la antigua construcción elegante, á pesar de su sencillez, una especie de casuco de piso bajo y superior.

Después de este casuco, continuaba la tapia de un corral, y dentro de este corral se oían cacarear gallinas.

Por lo visto el ermitaño se trataba bien.

Delante de la puerta de la ermita y á alguna distancia, había una especie de algibe árabe con una fuente.

Aquella fuente era sin duda un manantial vivo que dejaba caer su caño produciendo un ruido monstruoso sobre el algibe, del cual rebosaba el agua, saliendo por otro caño y formando un arroyo que se perdía entre la fresca yerba de la pradera.

Alrededor de la ermita había algunas hortalizas y algunos frutales, y á un lado y otro de la puerta se veían cuatro ó cinco viejísimas cruces de madera sobre montecillos cubiertos de musgo, que eran sin duda las sepulturas de los ermitaños anteriores al ermitaño existente.

La puerta de la ermita, así como la del casuco, y el balcón del piso superior de éste, estaban cerradas.

Por una rejilla abierta, perteneciente á la puerta de la ermita, se veía en el interior de ésta y al fondo, la luz de una lámpara.

Rosario echó pie á tierra, así como Paco, y llevando de la mano la jaca se acercó á la rejilla de la ermita y miró al interior.

La lámpara ardía delante de un altar sobre el cual descollaba un gran Crucifijo antiguo, negro y medroso, cuyo Cristo era casi de tamaño natural.

A un lado y otro de este Crucifijo se veían sobre la pared ennegrecida por el tiempo, una multitud de esos ex-votos que representan cada cual un milagro: ojos, piernas, brazos, cabezas de cera ó de plata, trenzas de pelo, muletas, todo en fin lo conocido por todas partes junto á las imágenes milagrosas.

Había además un medio ataud colgado de la pared junto á un ángulo.

Aquello era lúgubre, siniestro; medroso; aquello representaba, sin duda, el milagro de un muerto resucitado.

Esta decoración fúnebre, sombría, siniestra, aquel Cristo denegrido, con la cabeza inclinada sobre el pecho, iluminada de una manera fantástica por la luz de la lámpara, misteriosa, pavorosa, fantástica, la luz, gris aún, del día, que penetrando por una claraboya, luchaba con la lúz ya agonizante de la lámpara, influyeron de una manera terrible en la impresionable y exaltada imaginación de Rosario.

Se arrodilló, se persignó y murmuró con la mirada levantada y profunda fija en el Santo Cristo:

—¡Señor, Señor, yo temo que no oigas mi oración, por-

que yo tengo el alma ennegrecida por el dolor y la desgracia, porque mi corazón impuro y enloquecido no puede alzarse hasta Tí; pero Tú sabes, Señor, cuánto he sufrido y cuánto he combatido conmigo misma! ¡Ayúdame, Señor, sálvame; porque si estos malos pensamientos que tengo no me dejan, creeré que Tú me has dejado de tu mano! ¡Ten compasión de mí, Señor!

Pero Cristo no oyó sin duda á Rosario, porque al levantarse ésta, al volverse, al ver la ansiosa é inequívoca mirada que Paco fijaba en ella, una oleada de cólera subió de su corazón á su cabeza, y su pensamiento se ennegreció con una idea de muerte.

Había acabado de amanecer y se detallaban perfectamente los objetos.

Rosario con su excitación febril, con la languidez que habían impreso sobre su semblante el dolor, el cansancio, la vigilia, estaba irresistible.

Su hermosura se había sublimado.

El traje de hombre la caía admirablemente, y dejaba conocer la belleza de su forma.

Nadie, sin embargo, la hubiera tomado por mujer; la hubieran creido un joven de diez y seis á diez y ocho años, imberbe aún; pero serio, bravo, intencionado, sombrío.

Las manos eran las que, por su delicadeza y su pequeñez podían haberla denunciado; pero hay jóvenes que tienen las manos tan delicadas como una mujer.

Rosario llevaba muy bien el traje, con soltura, con gallardía, y su sombrero echado á los ojos, inclinado hácia la izquierda, sobre el pañuelo que la cubría la cabeza hasta las orejas, que se había cubierto Rosario haciendo caer de lo alto de la frente el pañuelo para anudarlo en

la nuca, ocultación que solo tenía por objeto que no se la viesen los agujeros de los pendientes; la manera de este sombrero, y de este pañuelo, repetimos, era completamente masculina.

A más de esto, Rosario era ancha y redonda de hombros, mórbida y desarrollada en sus extremidades, y aparecía fuerte y robusta.

Paco, embobado, dominado por tanta belleza, la miraba con un enloquecimiento tal, que debía prevenir mucho más contra él á Rosario.

Poco después de haberse levantado del umbral de la ermita la joven, se oyó rechinar el cerrojo de la puerta.

Se abrió ésta y apareció un ermitaño con hábito ceniciento.

—Dios os dé muy buenos días, hermanos,—dijo al reparar en los dos jóvenes, con un acento untuoso y místico.

—Vaya hermano Cebrián,—dijo Paco;—aquí estamos todos, y no hay que andarse con hipocresías que son buenas para otros, pero que aquí no hacen falta.

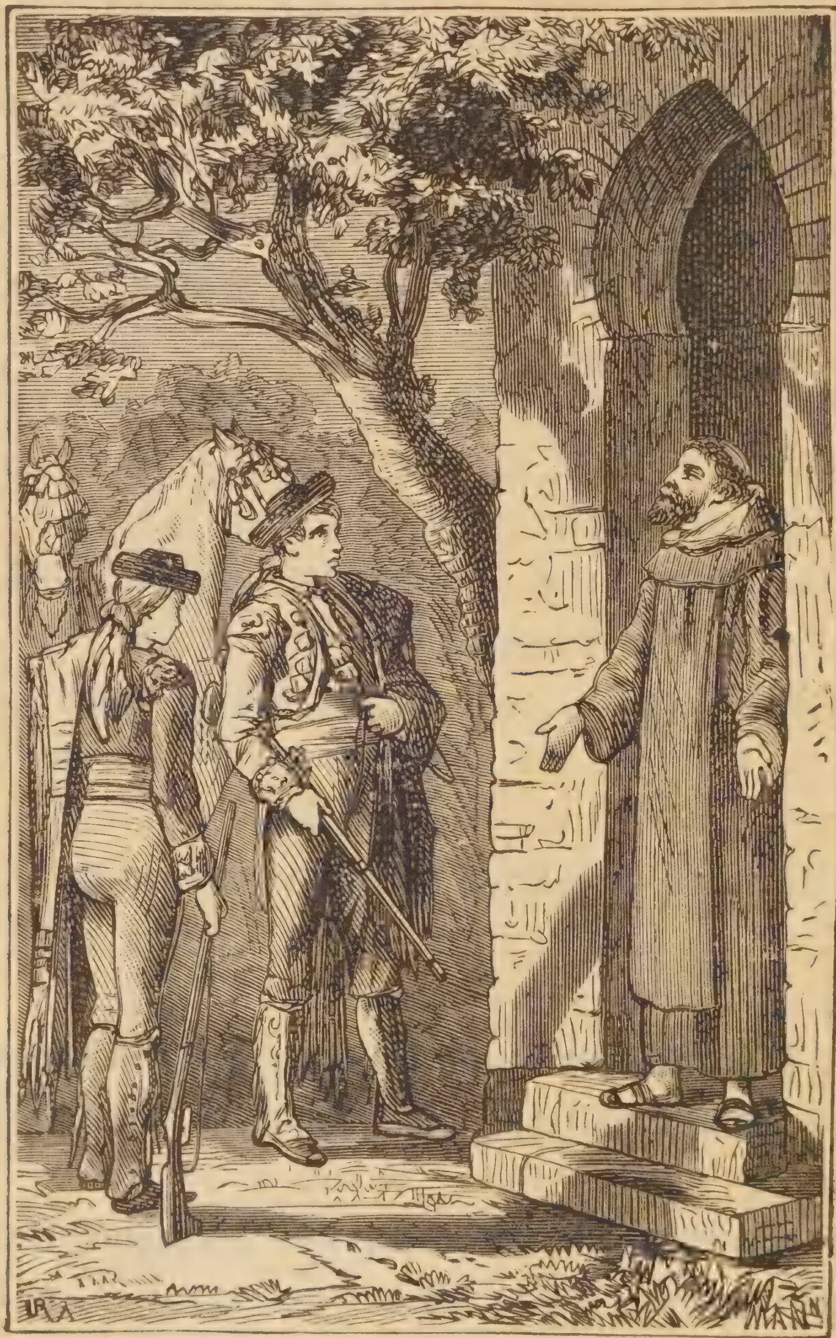
—¡Ah, señor Paquito!—exclamó el ermitaño irguiéndose y cambiando de aspecto y de tono.—¿Con que es usted? ¡Venga esa mano! ¡Tanto bueno por aquí!

—Sí, hermano Cebrián, sí; aquí venimos á que usted nos esconda por lo que sea, que aquí no queremos que nadie nos sirva de balde.

—Tanto da lo uno como lo otro,—dijo el hermano Cebrián;—cuando el buen mozo que yo amparo me deja una limosna para el santuario, yo se lo agradezco; cuando no me deja nada, es señal de que el pobre no tenía, y yo me he quedado tan completo como si me hubiera dejado este mundo y el otro. ¿Y quién es esta real hembra que trae usted, señor Pado?

Al hermano Cebrián no se le había despintado que aquel en la apariencia joven, era una mujer.

—Pues vaya,—dijo Paco;—ya que usted, hermano Cebrián, porque es usted un tunante que se pierde de vista, ha conocido usted que es una mujer, ¿á qué ocultarle á usted que es mi novia?



—Mire usted, señor Paco, — dijo el ermitaño, que miraba con desenfado y fijamente á Rosario; — un hombre, por joven y aniñado que sea, siempre tiene algo de nuez; pero una garganta tan limpia y tan redonda como esa, es siempre una garganta de mujer.

—Bueno, hermano Cebrián,—dijo Rosario;—á usted eso no le importa nada; Paquito y yo hemos tenido nuestros

motivos para que yo me salga de mi casa y me venga con él: tampoco le importan á usted nada esos motivos; lo que usted tiene que hacer, es darle un cuarto, si lo tiene, á Paquito, y á mí otro; porque no podemos tener un mismo cuarto sino cuando sea mi marido, que será pronto, si Dios quiere; pero entre tanto, es menester que vivamos muy escondidos.

—Pues aquí ni con hurones los encuentran á ustedes, señora,—dijo el hermano Cebrián;—pero métanse ustedes para adentro y dénme ustedes los caballos para que yo los esconda, que dentro de poco vendrá el cura de Dos Hermanas á decir á una familia del pueblo una misa aniversario por un milagro que hizo el año pasado el Santísimo Cristo de la Salud de una hija suya que resucitó; y por eso está ahí esa media caja en la ermita. Con que vamos, vamos para adentro; entren ustedes al cuarto de arriba mientras yo meto los caballos en cierta cuadra invisible, que yo tengo para estos casos.

Rosario y Paco entraron en la ermita, pasaron á la sacristía por una de las puertecillas que había á la derecha del altar, y de la sacristía por unas escaleras subieron al piso alto, que se componía de una sola pieza, en la cual había cuatro camastros, una mesa y tres sillas de madera.

—Pues no veo yo aquí,—dijo Rosario,—donde nos podamos ocultar.

—Eso ya lo sabe el hermano Cebrián, que es todo un buen mozo,—dijo Paco, con la voz ronca y el rostro fruncido, porque le tenía sumamente cuidadoso el aspecto que había tomado Rosario.

El ermitaño volvió á poco.

—A quien hay que esconder principalmente,—dijo,—es

á usted, señora: en cuanto al señor Paco, ya nos arreglaremos para que no le encuentren si le buscan. Venga usted conmigo y yo la pondré á usted en buen lugar.

Rosario siguió al ermitaño.

Nada hemos dicho acerca de la apariencia de éste.

Era un hombre alto, robusto, moreno, como de cuarenta y cinco años, de facciones regulares, motilon y con una gran barba negra.

Vestía, como hemos dicho, un hábito franciscano, ceniciento, y lucía unos magníficos piés y unas magníficas piernas, calzados por unas sandalias.

Este hombre sabía dar á su semblante un aspecto seráfico cuando le convenía.

Cuando no, aparecía desimpresionado, hombre de mundo y de trastienda, tunante y sereno, y dispuesto á todo.

El hermano Cebrián podía haber sido cualquier cosa antes de ser ermitaño, y continuar siéndolo todo aún después de haberse encerrado en una ermita en despoblado.

Estas ermitas ha sido y serán muy útiles para ciertas cosas, y muy provechosas para los que viven en ellas.

El hermano Cebrián y Rosario bajaron á la sacristía, y luego por una habitación inmediata entraron en el corral.

—Espérese usted aquí, señora, —dijo el hermano Cebrian,—que yo voy á traerle á usted la escalera para que suba.

El hermano Cebrián, subiendo con la facilidad que hubiera podido subir un mono por las asperezas de la pared al tejado, adelantó por éste que era ancho y largo hasta perderse detrás de una enorme chimenea.

A poco volvió á aparecer trayendo una escalera de mano que llevó hasta el borde del tejado, y colocó para que subiese Rosario.

Esta subió.

El hermano Cebrián retiró la escalera y llevó á Rosario hasta detrás de la chimenea.

Allí había una puerta que no podía verse por ninguna parte, porque estaba vuelta á la vertiente del tejado.

El hueco de la chimenea estaba partido en dos.

Por aquella parte se veía un agujero, una especie de buzón por el que podía bajar una persona, sirviéndole de escala unos agujeros que había á un lado y á otro.

Rosario bajó apoyándose en aquellos agujeros, y se encontró en un desvan, en el cual entraba la luz por una pequeña claraboya que había en el techo á teja vana.

En aquel desvan había una cama bastante cómoda, una mesa y dos sillas.

Este desvan correspondía sobre la sacristía, y tenía en el suelo de madera, algunas mirillas por donde podía verse lo que en la sacristía sucediera.

Por tres lados dejaba conocer la forma cónica la techumbre; pero el otro lado donde se apoyaba la cama, estaba cortado por un tabique de tablas.

En este tabique habia también alguna mirilla determinada por hendiduras, por las cuales se veía el aposento donde se habia quedado Paco.

Al reconocer el desván, Rosario miró á través de una de aquellas rendijas, y vió á Paco sentado en una silla en sentido inverso, apoyados los brazos en el respaldo de la silla, de frente á las rendijas por donde observaba Rosario, y con el semblante inmóvil y excesivamente expresivo.

La expresión de este semblante no podía ser más apropósito para poner en cuidado á Rosario y hacerla desconfiar de Paco.

Una decisión siniestra se pintaba en el semblante de éste.

No podía dudarse de que Paco premeditaba algo para colocar en una situación decisiva á Rosario.

El hermano Cebrián, antes de que Rosario descendiese, la habia prevenido procurase no causar absolutamente ruído.

El hermano Cebrián se había puesto en la verdadera situación.

Había comprendido que Rosario iba por necesidad con Paco y que desconfiaba de él.

Allí podía haber algo, el conocimiento de lo cual conviniese al hermano Cebrián.

Así fué que procuró que Paco no supiese donde estaba el escondite á donde había llevado á Rosario.

Una vez dentro del aposento volvió á prevenirla, poniéndose el dedo en la boca, guardara silencio; luego salió, y algunos minutos después Rosario, que no cesaba de mirar por la rendija el semblante de Paco, á cada momento más sombrío y más inquieto, le vió aparecer.

—Vamos,—dijo,—señor Paco, es menester no perder el tiempo; la señorita está ya en lugar seguro, y es necesario que usted lo esté también: no nos entretengamos que ya deben estar cerca el cura de Dos Hermanas y la familia y los vecinos del pueblo que con él vendrán á oir la misa de aniversario.

Paco se levantó sombrío, ceñudo, y siguió al hermano Cebrián.

Este le llevó al corral.

—¿Y dónde está la niña?—preguntó al ermitaño.

—La señorita no quiere que usted sepa adonde está, por-

que dice que usted está loco de enamorado y que desconfía de usted.

Rosario no había dicho nada de esto al hermano Cebrián.

—Ya decía yo,—dijo con la voz ronca,—que ella se valía de mí; y me alegro de que tan pronto haya tirado de la manta; porque así veremos lo que tenemos que hacer. Vamos ahora donde á usted le parezca hermano Cebrián, que después hablaremos, y si usted me ayuda no lo perderá usted.

—¿Pues por qué no he de ayudar yo á usted, señor Paco? —dijo el hermano Cebrián, mientras abría debajo de un sotechado tres largas compuertas que habían estado sin duda cubiertas por algunos haces de heno que se veían á un lado.

Por aquella compuerta se abría una rampa, apropósito para que pudiesen bajar caballos.

—¿Está aquí tambien ella?—dijo Paco.

—Sí, sí señor, contestó el ermitaño;—pero en una habitación aparte,—por aquí se entra en la cuadra, cuadra en que como usted ve, caben hasta veinte caballos, porque muchas veces no traen menos los contrabandistas ó los muchachos.

Entraban entonces en la cuadra subterránea, que era muy capaz.

—Mire usted,—dijo el hermano Cebrian señalando la extremidad derecha de la cuadra,—allí está la señorita; allí á la izquierda lo voy yo á aguardar á usted, allí encontrará usted una buena cama donde podrá usted descansar, y después de descansado pensará usted mejor en lo que tiene que hacer. Por supuesto que usted no va á estar aquí más que mientras dure la misa y se vayan los que ya esta-

rán llegando. Conque entre usted, señor Paco; mientras dicen la misa, que será larga porque será cantada, puede usted descansar, y luego yo vendré por usted.

Paco entró, y en el momento en que entró, el ermitaño cerró la puerta y echó el cerrojo; y no solamente esto, sino que aseguró la cerradura, dando una vuelta á la llave.

Paco se sintió preso.

Se volvió y llamó á la puerta.

Pero el ermitaño, en cuyo semblante había dejado ver una expresión satánica la luz del farol que había en la cuadra, salió sin hacer caso de los fuertes y repetidos golpes que el señor Paco daba á la puerta.

—Anda, anda,—dijo el hermano Cebrián, llama cuanto quieras, que así que estén echadas las compuertas y cubiertas con haces de heno, nadie te oirá.

El hermano Cebrián franqueó la rampa, cerró una tras otra las tres grandes compuertas, puso sobre ellas los haces de heno, subió al cuarto en que antes había estado Paco, llamó al tabique de tablas, y poco después dijo:

—¿Está usted sola señorita?

—Sí,—dijo Rosario,—¿y ese hombre?

—No tenga usted cuidado, señorita,—dijo el hermano Cebrián,—que ese hombre está bien seguro: descanse usted, que ha venido usted á buena parte, y todo lo que haya que arreglar se arreglará.

Rosario había ejercido una gran influencia, la influencia que nacía de su hermosura y de su enérgica manera particular, en el hermano Cebrián.

—Necesitamos hablar mucho,—dijo Rosario.

—Bueno, hablaremos todo lo que usted quiera, señorita,—contestó el ermitaño;—pero ahora no me es posible, ten-

go que acudir á mi obligación y seguir engañando al mundo; pero en cuanto se acabe la misa y se vayan, hablaremos todo cuanto usted quiera sin que nadie nos interrumpa. Ea, esté usted tranquila y hasta luego.

El hermano Cebrián bajó, arregló todo lo que era necesario en la sacristía, puso seis blandones en el altar, y esperó en la puerta de la ermita.

Poco después, el cura, el beneficiado, el sacristán y el acólito de la iglesia de Dos Hermanas, acompañados del sochantre, del piporro y de dos medios violines, y seguidos de una numerosa familia, y á caballo todas estas personas, cual en macho, cual en borrico, y en número de más de cuarenta, llegaron á la ermita.

Entre aquella gente venía una hermosa joven, aunque densamente pálida, que había sido el objeto del milagro, por aniversario del cual se iba á cantar aquella misa.

Era, en una palabra, la muerta resucitada que había dicho el hermano Cebrián.

A su lado, y contemplándola, venía un buen mozo, su marido, que había sido el causante de la muerte, y por consecuencia, de la resurrección milagrosa.

Todo había consistido en que la niña se había empeñado en querer á su novio, al que no querian los padres de la niña, porque les parecía otro mejor para ella.

La compelieron, la maltrataron, la aterraron y la obligaron á ir al altar con el otro á quien aborrecía.

Pero cuando el cura la dijo diera la mano á aquel hombre, la acometió una congoja tal, que cayó por tierra como muerta.

Acudió el médico y declaró que la niña había muerto de repente, que era cadáver, cuando en realidad sólo se trata-

ba de un accidente cataléptico; pero la catalepsia se confunde fácilmente con la muerte, y engañó á aquel médico de pueblo que certificó la defunción.

Se amortajó á aquella pobre criatura, se la coronó de flores, se la puso en una sala baja de su casa, sobre un túmulo blanco, en su caja blanca con listonería azul y clavos dorados, se la rodeó de blandones, y aquella noche tuvo lugar la fiesta del velatorio, esa extraña costumbre proveniente de la Edad Media y de los árabes que aún se conserva en Andalucía, y aun en muchas partes de Europa, aunque con diferente carácter.

Los árabes la llamaban la fiesta de las buenas Hadas, que traían de la eternidad al que nacía y á la eternidad devolvían al que moría.

Pero habiendo cesado el accidente, la joven se movió en su ataud, se alzó al fin, vió lo que la rodeaba, y lanzó un agudo grito de furor y de espanto.

No hay que decir que todos, hasta su madre y sus hermanos corrieron, y rodaron las guitarras, y se quedaron en la sala no sabemos cuántos abanicos y peinetas.

Todos salieron á perro el postre, con los cabellos erizados y cubiertos de sudor frío.

Entretanto, la pobre resucitada, no menos aterrada que los que huían, se salió como pudo del ataud, y aturdida, débil, vacilante, llegó hasta el portal de la casa, y allí volvió á caer desmayada, pero con un desmayo que no tenía en manera alguna la apariencia de la muerte.

Corrieron los convidados á sus casas, y la familia á casa del cura, para que éste acudiese con el hisopo y la sobrepelliz y la estola, y todo lo que fuese necesario, á ver lo que aquello era.

En fin, ya más alentados con el auxilio del cura, volvieron á la casa y encontraron á la pobre niña pálida y convulsa, y con los ojos espantados, entre sentada y echada, en el poyo del portal.

—En nombre de Dios te pido,—la dijo el cura,—me digas si estás muerta ó viva.

Y la roció con agua bendita.

—Sí, sí, señor cura; yo estoy viva y muy viva; pero muy asustada y muy malita.

Y la pobre criatura se echó á llorar.

Arremetió con ella, la pulsó, se puso pálido, vagaron sus ojos, y exclamó:

—¡Milagro! Ha resucitado.

—¡Milagro! ¡Milagro! dijeron todos;—y la noticia del milagro cundió enseguida por el pueblo, y todo el pueblo acudió, incluso los dos novios, el que los padres querían y no quería ella, y el que ella quería y no querían sus padres.

La muchacha no era lerda ni cobarde, y sin duda de que había resucitado, se aprovechó de la situación, y se arrojó á mentir en nombre de la eternidad.

—Yo he hablado con Dios,—dijo.—Y Su Divina Majestad me mató para que yo no me casase con Perico, y que me iba á resucitar para que me casase con Juanito; y me dijo: dile á tus padres que si no quieren condenarse, te casen al instante con Juanito, aunque pobre, porque yo te he criado á tí para Juanito y Juanito para tí.

Calculen nuestros lectores si se tardaría en el cumplimiento del divino decreto, y sobre todo, la felicidad de aquel Juanito, á quien Dios le remitía desde la eternidad la mujer que había criado para él.

Juanito se puso tan soberbio con aquel favor directo de

Dios, que no había quien le pudiera resistir, ni aun su misma mujer, hasta que ésta á los dos meses, le dijo un día:

—No seas tonto, Juanito, que la verdad es que cuando yo he estado muerta, no sé donde he estado ni lo que me ha sucedido, ni he hablado con Dios, ni con nadie, que esto fué un embuste que yo metí para que me casaran contigo, porque te quería y te quiero; pero no me quemes más la sangre diciéndome que Dios me ha hecho para tí y que yo no puedo siquiera resollar sin licencia tuya, ni me andes con celos, ni me quites que baile y me divierta, porque digo la verdad y te van á chiflar, y te van á volver loco, y te van á poner un mal nombre. Conque, cállate, hijo mío, y no seas simple, que si alguien manda aquí soy yo que he traído el dote.

Esta era la historia de la muerta resucitada, cuya media caja blanca estaba colgada en la ermita del Santo Cristo de la Salud.

CAPITULO XV

De como Rosario demostró el corazón que tenía inutilizando á un bandido

La misa duró dos horas largas, porque hubo, si no sermón, plática, y durante este tiempo, Rosario meditó mucho y se arrepintió de todo punto del paso impremeditado y temerario que había dado en los primeros momentos de su excitación.

Pero aquel paso no podía ya volverse atrás.

Había determinado una situación ineludible.

Por su parte, Paco se había desesperado encerrado en aquel incómodo y húmedo aposento, y temiendo que el hermano Cebrián, que era un bandido de chapa, no pensase en aprovecharse de la ocasión que á él se le había presentado.

Paco estaba que tiraba los treinta dineros, amenazando al cielo, y á la tierra, y jurándose á sí mismo, porque allí no había nadie que le oyese, que había de picar para albóndigas al hermano Cebrián.

Había sufrido, sin acabar de desesperarse, mientras de una manera vaga y perdida habían llegado á él los sonidos del piporro que habían tenido lugar durante la misa.

El hermano Cebrián debía estar ocupado.

A más de eso, era imprudente hacer lo que se había propuesto bacer para libertarse; esto es, valerse de las pistolas que tenía al cinto para forzar la puerta; los disparos podían ser oidos por la gente que había en la ermita y no le convenía á Paco que le descubriesen.

Pero cuando pasó ya mucho tiempo, cuando nada oyó por más que escuchó, cuando vió que no venía á sacarle el hermano Cebrián, se desenganchó una pistola, torció el remache de una de las armellas del cerrojo y disparó.

El cerrojo saltó, pero no se abrió la puerta.

Había quedado sujeto en la otra armella el cerrojo, y sin duda torcido.

El ruido del estampido llegó de una manera sorda al hermano Cebrián en el momento en que éste gateaba por la pared para subir al tejado y llegar al desván donde estaba Rosario.

El hermano Cebrián comprendió que Paco forzaba la puerta.

—Vaya, bueno,—dijo,—pues ya veremos como nos entendemos con ese mocito.

Y escapó rápidamente á la habitación que estaba inmediata á la sacristía, y de debajo de la tarima que le servía aparentemente de lecho, porque él no dormía nunca en ella, sacó un largo cuchillo de Albacete.

Un momento antes había resonado un segundo disparo.

—Mejor,—dijo el hermano Cebrián,—así no tiene ventaja sobre mí.

Y se arremangó el hábito y acudió al corral.

Al entrar en él, vió que los haces de heno que cubrían la compuesta de en medio se movían, que la compuerta se abría y saltaba al corral, furioso, Paco.

Al ver al hermano Cebrián con los hábitos arremangados, enseñando unas piernazas velludas que metían miedo, Paco comprendió que estaba completamente en el terreno de la fuerza, y se fué metiendo mano al cuchillo hacia el hermano Cebrián, y disparado por la cólera exclamando:

—Pues si por mí no llueve, agua Dios.

Y debía haber dicho sangre, porque muy pronto la sangre se vió.

El hermano Cebrián al verse acometido, había saltado atrás, alborotando á las gallinas, que empezaron un cacareo infernal; avanzó luego con la cabeza baja y resguardándose con el brazo izquierdo, paró un viaje de Paco, y le alcanzó, metiendo el brazo, en el costado izquierdo; pero de soslayo.

Paco dió al mismo tiempo un salto atrás y un rugido.

—¿Es que no tiene usted todavía bastante, señor Paco? —dijo el hermano Cebrián.

—Yo no tengo bastante hasta que te abra en canal, pillo, ladrón, canalla,—exclamó Paco;—ahora vamos á ver si los hipócritas se acaban.

Y volvió á acometer de una manera tal, y tan furioso al hermano Cebrián, que éste se puso en cuidado.

Vió que si no mataba, era muerto, y se valió de una mala arte.

Se agachó, cogió un puñado de tierra, se lo tiró á los ojos á Paco, é inmediatamente se arrojó sobre él y le dió

de puñaladas; pero con un furor y un ensañamiento que demostraban una ferocidad ingénita.

Paco cayó para no volver á levantarse más.

—¡Bah!—dijo el hermano Cebrián,—yo no pensaba hacer esto; pero más vale dar que tomar, cuando se trata de puñaladas. ¿Y qué hago yo ahora con esa señorita? A mí no me conviene meterme en honduras; se podría echar á perder mi negocio; ella es una moza de verdad, eso sí, toda una hembra; pero yo no sé qué tiene, que cuando me mira me hace bajar los ojos; y ese *gachó*, que no tenía nada de cobarde, la temía también. En fin, ya veremos.

—No tenemos nada que ver,—dijo una voz desde el ala del tejado.

Aquella era la voz de Rosario: había llegado hasta ella el ruido de los dos disparos, aunque vago y perdido, y se había alarmado; había pretendido salir al tejado y ver lo que era aquello, pero se encontró con que la puerta estaba cerrada.

Aquella puerta, sin embargo, no era tan fuerte como aquella que Paco se había visto obligado á forzar con las pistolas.

A Rosario la bastó con su cuchillo para desencajar la cerradura.

Inmediatamente estaba la especie de cañón cuadrado por donde se subía á la parte posterior de la chimenea.

La escalera de mano puesta en aquel cañón, sirvió para que Rosario subiese.

La puerta que daba salida al tejado, estaba cerrada también; pero con mucha más facilidad, Rosario corrió por medio de su cuchillo el fiador de la cerradura.

El tiempo que había invertido en estas operaciones, era

cabalmente el que había empleado el hermano Cebrián en matar á Paco.

Rosario había llegado junto al alero del tejado, á tiempo de oir las últimas palabras del soliloquio del hermano Cebrián á que había contestado.

—¡Ah, que estaba usted ahí, señorita!—dijo el hermano Cebrián.—En fin, si usted estimaba al señor Paco, yo le he matado, pero no he podido pasar por otro punto, porque si no le mato, me mata, y al defenderme.

—¿Y qué me importa á mí de eso?—dijo Rosario.—Puede ser que me haya usted ahorrado el trabajo de matarle.

—¡Vaya, y lo dice usted así, señorita, como si se tratara de freir un par de huevos!

—Si me hubiera visto obligada á defenderme, le hubiera matado, como mataré si me obligan á matar.

Y el semblante de Rosario, al decir estas palabras, tenía una expresión tal, y sus ojos una tal mirada, que el hermano Cebrián se preocupó y no sostuvo la mirada de Rosario.

Esta ganaba una ventaja.

—Vaya, pues suba usted, que yo le espero á usted en el desván,—dijo Rosario.

Y se volvió, ganó la parte posterior de la chimenea, descendió al desván y se sentó.

Poco después bajó el hermano Cebrián, miró con asombro á Rosario, que estaba perfectamente tranquila, y la dijo:

—Pues no sabía yo que había venido á mi casa una hembra tan templada.

—¿Qué quiere usted, así era mi padre y así soy yo: ¿qué le hace ser mujer ó ser hombre? La cuestión es tener el corazón en su sitio y estar curados de espanto.

—Por supuesto, señorita; pero, con licencia de usted, lo que hace falta, sobre todo, es que usted coma, porque me figuro que desde que salió usted de su casa hasta ahora, usted no ha comido.

—No tengo necesidad,—dijo Rosario,—y sobre todo, no pienso comer aquí.

—Pero, señorita, ¿usted cree que yo la voy á echar á usted algo en la comida?

—Más vale un por si acaso que un quién pensara,—dijo Rosario;—ni estoy cansada, ni tengo apetito, ni tengo sueño; y le advierto á usted que usted se va á estar ahí dándome conversación, es decir, respondiéndome á lo que yo le pregunte hasta que oscurezca, en que yo saldré de aquí, ¿usted entiende? Y si usted hace un movimiento, acerca su silla ó se levanta usted le dejo caer de un tiro.

—Y es usted capaz de hacerlo como lo dice; por supuesto que no hay motivo para ello, porque yo todo entero, señorita, estoy para servir á usted, y usted no sabe quien soy yo.

—Más vale un por si acaso que un quién pensara,—repitió Rosario;—por lo demás á mí se me figura que siempre no ha sido usted ermitaño, y que no ha tenido usted siempre ese santo hábito.

—Qué quiere usted, señorita, yo he tenido un poquito de todo; pero yo soy un pecador arrepentido, y de los arrepentidos quiere Dios. Y no vaya usted á creer que miento porque yo haya matado al señor Paco, que ya ve usted señorita, que aunque uno sea un santo, no ha de dejarse uno matar como si fuera una hormiguita; ese hombre ha roto de dos tiros, que usted habrá oído como los he oído yo, la puerta del encierro en que yo le metí, porque conocí que no traía buena intención con usted, y acudí cuando oí los

tiros y me encontré con que mi hombre había levantado la compuerta y se venía hacia mí como un basilisco y con la resuelta intención de matarme.

—Yo no me meto en eso,—exclamó siempre tranquila Rosario.—Cuando usted lo ha hecho, usted habrá sabido por qué lo ha hecho; ahora lo que tiene usted que decirme es si usted conoce cerca de aquí, ó lejos, con tal de que sea cerca de Sevilla, á alguna persona en cuya casa me pueda yo amparar.

—Vaya si conozco, señorita. ¿Pues quién no me conoce y á quién no conozco yo por los alrededores?

—Pues bien, es menester que en cerrando la noche me lleve usted adonde me tengan y cuiden de mí, que dinero no faltará, como que dispongo del que tiene consigo el difunto, que yo se lo entregué.

—Bueno, señorita,—dijo un poco mohino el hermano Cebrián, porque no le gustaba gran cosa el entregar el dinero que tenía sobre sí el muerto, y con el cual había ya contado,—será todo lo que usted quiera.

La verdad era que el hermano Cebrián había cobrado miedo á Rosario; la creía muy capaz de hacer fuego sobre él como se lo había amenazado.

—Vamos á otra cosa,—dijo Rosario;—yo necesito un hombre que fuera á Sevilla á tomar informes, pero un hombre de confianza que no me vendiera, porque el asunto de que se trata es más delicado de lo que parece.

—¿Pues qué hombre de más confianza que yo?—dijo el hermano Cebrián.—A más, que yo voy con mucha frecuencia á Sevilla á pedir limosna para el Santísimo Cristo de la Salud, que es muy milagroso, y tienen por él mucha devoción los sevillanos.

—Bueno, pues yo necesito que me traiga usted la razón de dónde para y qué hace el señor marqués de Casa-Vaquera, porque de él quiero yo ampararme en la desgracia que me sucede.

—¿El señor marqués de Casa-Vaquera?—dijo el hermano Cebrián,—¿se puede tener confianza con usted, señorita?

—¿Y por qué no,—contestó Rosario,—tiene usted alguna noticia que darme del marqués?

—¡Vaya si tengo, señorita! pero no me atrevo, porque al fin el señor marqués es un hombre temible.

—Usted puede decirme todo lo que quiera, seguro de que yo no le venderé á usted.

—Pues, señorita, allá va, y salga por donde saliere; esto le probará á usted que yo estimo á usted más que á mi persona, porque, de veras, mire usted que yo me expongo, que si el señor marqués sabe que yo me he berreado con usted, ya puedo yo encomendarme á Dios.

—Pues qué, ¿tan grave es la cosa que tiene usted que decirme?—exclamó con un vivo interés y poniéndose pálida Rosario.

—¿Qué si es grave? Calcule usted que el señor marqués de Casa-Vaquera tiene en Sevilla la fama de santo; ¡vaya! todo el mundo le cree un caballero de los más completos; pero usted, señorita, quiere al señor marqués, se lo estoy á usted conociendo en la cara, y puede ser, puede ser que sea por él por quien usted se ha salido con ese pobre que está ahí abajo en el corral, hecho pedazos.

—Bien, ¿y si eso fuera?—exclamó Rosario.

—Pero, señorita,—dijo con una marcada expresión de asombro el hermano Cebrián;—¿está usted dejada de la

mano de Dios? Pues qué, ¿no sabe usted que el señor marqués de Casa-Vaquera es casado?

—Pues para que sea viudo he salido yo de mi pueblo con ese mal hombre que ha matado usted, y que yo hubiera tenido que matar, porque llevaba mala intención.

—¡Jesucristo!—exclamó el hermano Cebrián.—¿Con que usted, señorita, las gasta así? ¿Con que ha querido burlarse de usted el señor marqués de Casa-Vaquera y usted se ha propuesto dejarle viudo y obligarle á que se case con usted?

—Yo soy el alma y la vida del marqués de Casa-Vaquera,—contestó Rosario.

—Pues entonces, no diga usted más, señorita, que para mí está usted ya consagrada y más segura que si la guardaran á usted todos los leones que Dios ha hecho. Cualquier día me expongo yo á que el capitan Caparrota supiese que yo me había atrevido á una prenda suya, él que lo sabe todo, hasta lo que pasa debajo de tierra.

—¿Qué dice usted de capitán Caparrota, hombre?—dijo Rosario.

Señora, el marqués y el capitán Caparrota son una misma cosa, y aquí donde usted me ve, yo soy uno de los infinitos que tienen por su capitán al señor marqués, y le aman y le reverencian, y le temen. Conque si usted es el alma y la vida del capitán, Caparrota, que lo creo muy bien porque usted lo merece, usted es mi capitana: ¡para que tenga usted que desconfiar de mí! Bueno, bien, yo no la digo á usted que confíe, pero de todos modos, que confiara usted ni que no, sabiendo yo lo que ya sé, es menester que yo la lleve á usted donde esté usted mejor que aquí, y eso va á ser en el cortijo de las Nogueras, que allí tengo yo una co-

madre que no ve más que por mis ojos y es muy buena hembra, y su marido todo un buen mozo, y gente de fiar y del oficio, |digo, que aunque el tío Talones no anda al camino con los de Oreja y Media, hace más estándose en su cortijo que si anduviera al camino.

—En fin, yo no entiendo bien nada de eso,—dijo Rosario, que estaba inquieta, vivamente inquieta;—explíquese usted.

—Pues voy á explicarme, porque veo que es usted una mujer muy formal y que usted me guardará el secreto, porque no tendría gracia que habiéndola á usted servido como la he servido, y estando dispuesto á servirla en todo lo que sea menester, aunque supiera que habían de desollarme vivo, usted diese lugar á que el capitán hiciese conmigo una judiada. Yo espero que usted guardará el secreto, y que usted no le dirá al marqués cuando le vea, que usted sabe que él es el capitán Caparrota.

—Capitán de caballistas, ¿no es verdad?—dijo Rosario. —¿Pero cuando anda el marqués al camino, como no sea de noche y en los alrededores de Sevilla, donde no se dice que haya caballistas?

—Mire usted, señorita,—dijo el hermano Cebrián;—el marqués no anda todavía al camino, pero puede suceder muy bien que ande alguna vez, y que esto no tarde mucho; y mire usted, señorita, aunque el marqués no anda al camino, los caballistas que le pegaron fuego á la casa del alcalde de Guillena y saquearon el pueblo, y que en el camino tienen un capitán que se llama Oreja y Media, que fué alguacil, dependen todos del señor marqués de Casa-Vaquera, que es el verdadero capitán, aunque no se mueva de Sevilla; y de todo lo que trabajan, él tiene su parte como capitán. Y no es esto solo. ¿Msted ha oído hablar de esos demonios de invi-

sibles, que han tenido metida en un puño á Sevilla? Pues mire usted, sin dejar de ser ermitaño del Santísimo Cristo de la Salud, yo he sido de esos invisibles y lo soy, solo que ahora los invisibles no trabajamos, porque no le conviene al señor marqués que se trabaje en Sevilla. Vamos, esto es una atrocidad; yo no sé lo que ha hecho usted conmigo, señorita, que me ha sacado usted del cuerpo lo que yo no le hubiera dicho á nadie, ni al confesor en la hora de mi muerte.

—Tú mientes,—dijo Rosario, echando vtolentamente mano á un pistolete y haciendo palidecer al bandido;-tú te has visto cogido por mí y has querido confiarme; tú eres un lobo, tú has dicho: salgamos de esta trampa en que estoy metido, porque esta mujer es capaz de soltarme un tiro, confiémosla, y después obliguémosla á permanecer aquí desarmada, hecha una esclava, y en último resultado, matémosla; todo se reduce á hacer una sepultura más grande para que quepan dos; eso sería desposarme por toda una eternidad y por ante la muerte con ese pobre diablo; pero te engañas,yo no confio en tí por el contrario, tú, queriendo confiarme, te has hecho mí esclavo; tú me servirás, y me servirás tanto, que serás mi espía para con tu capitán; y si llegas á decirle que mi conoces, que sabes donde estoy, si por tí me encuentra, yo le diré que por tí sé que él es capitán de ladrones.

—Vaya señorita, usted es muy recelosa,—dijo el hermano Cebrián que estaba aturdido y empezaba á cobrar miedo á Rosario.

—Más vale un por si acaso, que un quien pensara,—dijo ésta;—por lo mismo, mira, ya estás soltando el cuchillo con que has matado á ese y que tienes en la manga.

—Vaya señorita, ahí tiene usted,—dijo el hermano Cebrián sacándose el cuchillo de la manga y echándolo á los piés de Rosario.

Estaba ensangrentado hasta el puño; sin embargo, Rosario ni aun se extremeció á la vista de aquel arma tan terrible.

—Tú deberás tener en algun escondite más armas,—dijo Rosario;—pero no podrás usar de ellas, yo te lo aseguro; yo no te dejaré que te pongas fuera del alcance de mi pistola: y mira, ahora mismo nos vamos á ir á ese cortijo de las Nogueras que tú dices.

—Bueno, señorita, á mí me parece que como para ir desde aqui al cortijo de las Nogueras, que está hacia Alcalá de Guadaira, no hay más que una vereda, y aun así anda por ella muy poca gente y muy de tarde en tarde; nadie podrá ver á usted.

—¿Está muy lejos ese cortijo?

—Un cuarto de legua muy corto, un paseo.

—Ea, pues echa á andar,—dijo Rosario levantándose,—y mira, ten cuidado de no andar muy de prisa, porque si veo que te me quieres escapar te descerrajo.

Válgame Dios, y lo que es ser desconfiadas las personas!—dijo el hermano Cebrián á cada momento más aturdido y más dominado por Rosario.

A la verdad, el hermano Cebrián no se habia equivocado: había pretendido confiar á Rosario revelándola el secreto de Caparrota, pero el hermano Cebrián, como hemos visto, no había caido en el lazo y temblaba, comprendia que se había metido en un laberinto, temia que alguna vez Caparrota supiese por Rosario, que él la había dicho lo que Caparrota era.



Rosario saltó en limpio, se volvió entonces y dijo:
"Salta tú".

El hermano Cebrián había creido confiar aquel secreto á un cadáver ó á una esclava.

Se dirigió al cañon y subió.

Rosario iba inmediatamente detrás de él.

Cuando salieron al tejado, el hermano Cebrián dijo:

—Será necesario poner la escalera de mano para que usted baje.

—No por cierto,—dijo Rosario,—el tejado está bajo y yo no puedo saltar al suelo; no me sucederá nada anda, anda, llega al borde, pero no saltes yo voy á saltar primero.

—Vamos, no hay medio con usted,—dijo el hermano Cebrián que había contado con ganar ventaja en el salto y tener tiempo de sacar de debajo de su tarima una escopeta que siempre tenía allí cargada.

Rosario saltó en limpio, se volvió entonces y dijo:

· Salta tú.

El hermano Cebrián saltó.

—Ahora, fuera de la ermita.

El hermano Cebrián tomó hacia la salida, seguido siempre á corta distancia de Rosario.

Cuando estuvieron fuera, el ermitaño, que había cambiado la llave de la puerta, cerró y guardó la llave.

—Toma ahora el camino del cortijo de las Nogueras,—dijo Rosario, embozándose en su manta;—y mira, si haces un movimiento para ganar el tronco de un árbol ó para cojer una piedra; en fin, si no juegas limpio, á la primera señal te mato.

—¡Vaya una hembra, Señor, vaya una hembra!—exclamó el hermano Cebrián.—Preciso; Dios los cría y ellos se juntan.

— Echa, echa á andar, y de prisa,—dijo Rosario,—que quiero llegar cuanto antes al cortijo.

El hermano Cebrián se puso en marcha.

Rosario le seguía inmediatamente.

—Por el amor de Dios, señorita,—dijo el hermano Cebrián,—que no me pierda usted, que no le diga usted al señor marqués cuando le vea, nada de lo que yo le he dicho y yo la serviré á usted con toda mi alma. ¿No dice usted que usted quiere, que el señor marqués se quede viudo?

—Sí,—contestó con voz lúgubre Rosario.

—Pues bueno, yo la aseguro á usted, señorita, que sin que usted se comprometa en nada, el señor marqués será viudo; pero guárdeme usted el secreto.

—Te lo guardaré. Y dime, ¿los cortijeros de las Nogueras, son tambien cosa del marqués?

—Ya le dicho á usted que sí; ellos traen, y llevan, y avisan, y ayudan en lo que pueden, y por esto tienen su parte.

—Bueno, bien, pues calla y anda.

El hermano Cebrián no se atrevió á hablar ni una palabra más.

Un cuarto de hora después salían del sendero que se extendía entre la arboleda,

Como á tiro de fusil, en un repecho, descubrieron una gran casa de labor.

En aquel mismo momento, un ginete, que salía del cortijo, picó, y se lanzó al trote hacia el camino de Alcalá de Guadaira.

No había reparado ni en el hermano Cebrián, ni en Rosario.

—Que Dios me mate,—dijo el hermano Cebrián,—si aquel que se va no es un caballista que ha venido con algún aviso del marqués.

—Puede ser,—dijo Rosario,—que haya venido á avisar, que se tenga cuidado por si yo parezco por aquí.

—Puede ser muy bien, señorita;—pero en fin, eso lo vamos á ver bien pronto.

Poco después entraban en el cortijo de las Nogueras.

CAPITULO XIV

De como Rosario pudo y supo tomar una posición firme para legar á su proyecto

—Buenos días, tío Talones,—dijo al entrar el hermano Cebrián.—Para servir á usted señora Nicolasa; aquí traigo á este buen mozo, que se ve necesitado de estar á la sombra un poquillo de tiempo.

—Como que soy de los de Caparrota,—dijo Rosario.

Se echó á temblar el hermano Cebrián.

—Vaya, pues si es usted de los de Caparrota,—dijo el tío Talones, que era un hombre de unos cincuenta á cincuenta y cinco años, canoso y hosco y duro como un jabalí destápese usted la cara buen mozo, que aquí no tiene usted nada que temer.

Rosario se desembozó de la manta.

—¡Jesús!—exclamó la señora Nicolasa,—¡Pues si es usted todavía un mamón sin pelo de barba.

—Yo soy una mujer.—dijo Rosario:

—Pero una mujer que vale lo ménos por tres hombres, —dijo el hermano Cebrián.—En fin, nada, tienen ustedes delante á la capitana.

—Vaya,—dijo el tío Talones,—pues de verdad que tiene un gran gusto el señor marqués. Señora, usted está en su casa y puede usted disponer.

—Encerrémonos donde nadie pueda oirnos.

—Mire usted, señora,—dijo el tio Talones, que miraba con una gran insistencia á Rosario,—los muchachos están trabajando, y la niña mayor con los otros dos *chorres* han ido al pueblo; como no nos oigan las paredes, nadie puede oirnos.

—Diga usted, amigo,—preguntó Rosario.—¿Quién ha enviado á ese caballista que se ha ido un poquito antes de que nosotros llegamos?

—¿Quién le ha de haber enviado más que el señor marqués?—contestó el tío Talones, cuya insistente mirada continuaba examinando á Rosario.

—¿Ha venido á traerle á usted una órden del capitán Caparrota para que usted tenga cuidado de si vienen por aquí una mujer con un hombre?

—Sí; señora, que sí,—dijo el tío Talones.

—Y las señas que le ha dado á usted de esa mujer, ¿son las mias?

—Sí señora, todas; solo que, como yo no le veo á usted el pelo, no sé si lo tiene usted negro y rizado ó rubio y lácio.

—Vaya, pues mire usted,—dijo Rosario, quitándose el sombrero y arrancándose el pañuelo de la cabeza.

—Sí, señor, que sí,—dijo el tío Talones, empezando á mirar con mucho más respecto á Rosario.

—Oiga usted, ¿y le ha dicho á usted tambien que el hombre que me acompañaría era así, de veintiseis á veintiocho años, blanco, muy blanco, buen mozo, con los ojos azules y las patillas muy grandes, de color de oro?

—Vamos, señora, mi casa, mi alma, mi mujer, mis chiquillos, todo lo que yo soy es de usted, y puede usted hacer con ello todo lo que usted quiera. ¿Usted sabe lo que me ha dicho Juanete el de la Coscoja? Pues me ha dicho que dice el señor marqués que le va la vida y el alma y todo lo que le puede ir en que se encuentre á usted, y que se tenga mucho cuidado, y que si se la encuentra á usted se la coja, y que el que avise que la tiene á usted, ya puede contar con que el marqués le saque de pobre.

—Pues aqui estoy, amigo,—dijo Rosario;—pero usted se guardará muy bien de avisar que me tiene en su casa. Ustedes pueden cojerme, es verdad, porque, ¿qué puedo yo hacer sola, una pobre mujer contra dos hombres? Pero en cuanto yo vea á mi Miguel, le digo que ustedes son unos perdidos los dos, que le han vendido, y que me han dicho que él es Caparrota.

—Pues qué señora,—exclamó poniéndose pálido el tío Talones.—¿Usted no sabía que el señor marqués de Casa-Vaquera es el capitán Caparrota?

—Yo no lo sabía hasta que me lo ha dicho este tonto,—contestó Rosario.

—Hombre, era menester matarte, Cebrián,—dijo el tío Talones, lanzando una mirada de basilisco al otro.

—No hay para qué,—dijo Rosario,—porque yo me callaré; pero va á ser condición de que se me sirva ciegamente; en la inteligencia de que van ustedes á ganar mucho más sirviéndome, que si me entregaran al marqués.

— Pero, señora, ¿es que usted no quiere al señor marqués?—dijo la Nicolasa.

—¿Pues si yo no le quisiera,—exclamó Rosario,—estaría yo aquí, me habría yo escapado de mi casa?

—¿Y ese buen mozo que usted dice? Y usted perdone, señora, que yo me meta en estas honduras.

—Ese buen mozo me ha servido á mí, y cuando me ha servido ha muerto.

—¡Cáscaras!—exclamó la señora Nicolasa.

—Le ha matado Cebrián, porque se lo he mandado yo. ¿No es verdad, Cebrián?

—Sí, señorita, sí, ¿qué había yo de hacer más que servir á mi capitana, y obedecerla y ponerme á que me mataran por ella? Porque mire usted, tío Tolones, que el mozo era de los buenos, y si no le tiro un puñado de tierra á los ojos, allí se queda conmigo.

—Cállate, sin vergüenza,—dijo el tío Talones;—eso se hace y no se dice.

—Como si no tuviéramos nosotros confianza, tío Talones.

—¿Y dónde has matado á ese hombre? ¡No te hayas comprometido, Cebrián!

—Descuide usted, tío Talones, está allá en el corral de la ermita, y ahora mismo me voy á enterrarle en un rincón de la cuadra.

—A ese hombre no se le entierra,—dijo Rosario.

—¿Pues qué se va á hacer con él, señorita?—exclamó poniéndose mortalmente pálido Cebrián.

—Esta noche,—dijo Rosario,—se le lleva y se le pone en un lugar donde le encuentren, y junto á él se dejará lo que yo te dé, Cebrián, para que lo dejes á su lado.

—Bueno, señorita, bien; si me pillan con el muerto en

las manos y me prenden, tendré paciencia, y si me prenden, ya verá usted lo que es callar un hombre, que nosotros, señorita, no nos vendemos los unos á los otros, aunque nos lleven á la horca.

—Bueno, pues, vete y esconde el muerto y tapa la sangre, no sea que por una casualidad entre alguien.

—¿Y quién ha de entrar en el corral de mi ermita? Como no fuera algún reverendo de la órden, ó el padre provincial En fin, me voy; ¿tiene usted algo más que mandarme?

—Sí, mira; yo le entregué doscientas onzas, de esas doscientas onzas deben faltar lo que ha gastado en mi jaca, en mis armas y en mi ropa; tráete lo demás; y cuidado, que yo sé lo que se ha gastado.

—¡Vaya, señorita! entre la buena gente no se hacen esas cosas.

—Tráete además las alforjas del otro, unas que tienen ropa. Mira, las alhajas que el muerto tenía encima, te las dejo.

—Muchas gracias, señorita; partiremos, tío Talones.

—Hombre, yo no me había llamado á la parte,—dijo el tio Talones,—por respeto á la señorita, y porque yo sé bien que tú eres un hombre muy regular.

—Ea, pues, *picando*, Cebrián, y vuelve en seguida con el dinero y con la ropa.

Pues de aquí á luego, señorita.

Y Cebrián escapó.

—Estoy rendida, fatigada, medio muerta, no tengo apetito; pero estoy desfallecida,—dijo Rosario,—llévenme ustedes á donde descanse. Por supuesto, que esté yo en seguridad, y por el momento, yo no quiero más que una taza de caldo. Cuando haya descansado algo comeré más. Yo

confío en ustedes, y yo haré la fortuna de ustedes; pero sírvanme ustedes bien, soy muy desgraciada.

—En mi casa, señorita, está usted más segura que el cielo de ladrones. Llévala, llévala, Nicolasa á nuestro cuarto, y desnúdala. ¡Válgame Dios, que cosas pasan en el mundo!

Nicolasa se llevó á Rosario.

—Bueno, me parece bien,—dijo no de muy buen humor el tío Talones;—este es un lío, veremos como salimos de él.

A poco volvió Nicolasa.

—¡Ay, Cristóbal, el señor marqués tiene razón en estar loco por ella! ¡ya ves tú, cuando yo que soy mujer me he enamorado! ¡no sabes tú que hermosa es!

—Con eso, y con que por ella nos suceda un desavío,—dijo el tío Talones,—estamos al reloj y tenemos lo que nos hacía falta. En fin, bueno, veremos en qué acaban estas misas.

—Cállate, tú, hombre, que me parece á mí, por lo que le hemos oido decir al que ha venido á darnos las señas de esa señora, y mandándonos que cuidáramos por si la veíamos, y lo que esa señora es, que Caparrota debe estar loco por ella, y no hace más que lo que ella quiera, y que ella es el ama, y que en estando bien con ella, se está bien con todo el mundo; y no es sólo lo hermosa que es y los ojos que tiene: es el mirar que tiene, que abrasa, y su compostura, que mete miedo; porque mira que es seria; ¡Jesús, hombre! ¿y dónde se habrá encontrado el marqués á ese encanto?

—De verdad, que sí, mujer,—dijo el tío Talones;—que una cosa como ésta no se ve todos los días. ¿Pero no le llevas el caldo, mujer?

—No, me ha dicho que la deje un poquito descansar, que está rendida, despedazada, y parecía que la pobre estaba

reventando por llorar. Mira, chiquillo, á mí se me ha puesto en la cabeza que hemos salido de pobres.

—Tú, mujer,—dijo el tío Talones, rascándose la extremidad de la oreja izquierda,—ves el bollo y no ves el coscorrón; según lo que el otro ha venido á decirnos de parte del marqués, el marqués está penande, y en las últimas, por esa real hembra, y según lo que ella ha hecho, y como está esa gloria, se está muriendo á chorros por el marqués. Todo eso está muy bien; pero esa criaturita, con el genio que tiene, que no más que con mirarla se le conoce, debe de estar celosa hasta las ansias, y no me parece á mí que la niña se para en nada y me da á mí el olor de que cuando ella no quiere que el marqués la encuentre por ahora, es porque piensa en algo negro, lo cual nada tendría de particular que fuese el quitar de en medio á doña Patrocinio. Todo esto estaría muy bien si el marqués no quisiera tanto como quiere á su mujer. Como con la mano se haría el negocio; pero hay que atenerse luego á las resultas.

—¡Toma!—dijo Nicolasa.—Si el negocio se hacía bien, el marqués se alegraría mucho de verse libre y en disposición de casarse con la señorita.

—¡Aunque parece!... El marqués ciega por su mujer.

—Hombre, ¿y cómo puede ser que ciegue por su mujer y ciegue también por ésta?

—Tú no sabes lo que es el marqués, Colasa, ni los belenes que el marqués ha tenido en este mundo, que si lo supieras, te daría miedo. ¿Pues no anduvo también detrás de tí?

—Sí, hombre,—dijo la Nicolasa, poniéndose muy encendida; pero yo le envié con mil de á caballo.

—Punto y aparte,—dijo el tío Talones,—que agua pa-

sada no muele molino; pero ya sabes tú que el marqués tantas vé tantas quiere, y que en costándole trabajo una mujer, no repara en nada y hace los imposibles. En fin, yo sé lo que me digo, y la verdad es que la señorita, que sabe mucho, nos tiene cogidos; porque si le dice al marqués que nosotros la hemos dicho lo que el marqués es, ya nos podemos contar almas del otro mundo.

—En fin, bueno,—dijo Nicolasa;—por lo pronto hay que tener paciencia y verlas venir; pero me parece á mí que no es para mal para lo que ha venido la señorita, sino para mucho bien para nosotros; y deja, deja que voy á ver si descansa.

Poco después llegó Cebrián y entregó al tío Talones para que las entregara á Rosario en un bolsillo de seda enorme, ciento setenta y seis onzas.

—Lo demás hasta doscientas, que son veinticuatro onzas—dijo Cebrián,—se habrán gastado en la jaca y en los vestidos.

—¿Y no te has tragado tú ninguna, muchacho?

—Que se me vuelva rejalgar,—contestó Cebrián,—que no me atrevo yo con esa moza; usted no sabe lo que esa moza es, tío Talones que si me descuido me pega un tiro.

—Ya, ya, ¡valiente pendón estás tú! ¡haberle dicho á la señorita lo que era ó lo que no era el marqués!

—Hombre, si yo no sé lo que tiene esa mujer, que sin poderlo yo remediar, y palabra á palabra, con más saber que Briján, me hizo decir lo que quiso, como que yo creí que la tenía segura, hombre; que estaba hablando con una muerta, ó por lo ménos, que la podía tener allí escondida sin que se enterara nadie, siete mil domingos.

—Ya, ya; pues la verdad es que por tus tonterías la se-

ñorita nos tiene cogidos por las orejas, y puede hacer de nosotros lo que le de la gana.

—¿Y qué se pierde, si esa buena hembra la tiene en sus entrañitas el marqués? Usted verá, tío Talones, como nos vamos á alegrar mucho de haberla servido; y no hay más que servirla á ciegas, que en sirviéndola, en consiguiendo ella lo que ella quiere, ella nos sacará para adelante.

—¿Y qué es lo que ella quiere, *chavó*?

—¿Y qué sé yo lo que ella quiere?—contostó Cebrián;—pero ella debe de querer algo.

—Tú lo sabes, Cebrián, ella te lo ha dicho á tí; y no está fino que tú me andes á mí con secretos, que ya sabes que yo soy un pozo.

—Pues mire usted, tío Talones, por lo mismo que sé que usted es prudente, voy á decirle á usted lo que quiere esa alegría de Dios. Pues lo que ella quiere, es que el marqués se quede viudo para poderse casar con él.

—¡Si tendré yo olfato!—dijo pensativo el tío Talones.—Ya me había á mí dado eso en la nariz. En fin, bueno; pero tú te aguantas, Cebrián.

—¿Y qué es lo que me aguanto yo?—contestó Cebrián.

—Hombre, la señorita te dijo que te dejaba las alhajas que tuviera encima el difunto.

—Es verdad,—dijo Cebrián.

—¿Y qué se ha tratado?

—Que partiríamos.

—¿Y dónde está lo que hay que partir?

—Lo que hay que partir está aquí,—dijo sacando del cujón de su manga un pañuelo de yerbas que contenía algo, Cebrián; y acercándose á la mesa desenvolvió el pañuelo y aparecieron un reloj de oro, repetición, con una gruesa y

larga cadena de oro; una sortija con una gruesa esmeralda, de las que servían para sujetar al cuello el pañuelo, porque tenía un pasador, y otra sortija de mano con un buen diamante, una petaca de plata y unos avíos de encender de plata también.

—¿Y la botonadura?—dijo el tío Talones.

—Mire usted,—dijo Cebrián,—la botonadura era de plata de filigrana pesa muy poco, no he querido entretenerme.

—Vaya, bueno,—dijo el tío Talones,—eso ya se verá cuando vayamos á recojer el muerto.

—¿Si creerá usted que yo le engaño, tío Talones?

—Otras cosas habría más negras que la pez. En fin, bueno; pero como tú eres fraile, no puedes usar ni la cadena ni las sortijas; á más de eso, que sería una imprudencia. Mira, yo me quedo con eso para llevárselo á don Cucufate, y de lo que don Cucufate dé por ello, yo te daré á tí religiosamente la mitad.

Don Cucufate era un platero remendon, que así y todo, había hecho algunos millones, comprando á bajo precio alhajas robadas.

—Pues mire usted, si usted le da en menos de doscientos doblones esas tres prendas á don Cucufate, hará usted muy mal, porque la cadena sola del reloj pesa una libra, hombre, y estas sortijas son muy buenas.

—Descuida tú, Cebrián:—dijo el tío Talones,—que yo no me dejo robar; y en fin, para quitarnos de cuentas, ¿quieres ahora mismo sesenta doblones por tu parte?

—Vaya, hombre, pues bueno,—dijo Cebrián:—entre nosotros, ¿á qué andarnos con miserias, ni regateos?

Salió entonces Nicolasa.

—La señorita duerme,—dijo;—pero durmiendo y todo, llora.

—Mira, chiquilla,—dijo el tío Talones,—sácate para acá once onzas y cuarta.

- ¿Y para qué?—dijo Nicolasa.

—Para que te guardes eso en un rincón del arca.

Y la dió las alhajas.

Nicolasa no disputó más; de una ojeada había visto que las alhajas valían cuatro veces más que el dinero que le había dicho su marido.

En todo sucede lo mismo: al pez chico se lo come el pez grande, el ladrón grande explota y roba al ladrón chico.

A pesar de esto, Cebrián se volvió muy contento con sus once onzas y cuarto á la ermita.

Pasaron algunas horas.

Llegó la tarde.

Rosario se levantó y comió algo; enseguida pidió recado de escribir.

Fué menester ir al pueblo por un cuadernillo de papel.

Rosario escribió la carta que se encontró, como hemos dicho, junto al cadáver de Paco.

Cuando la hubo escrito, dijo al tío Talones:

—Tome usted, y este pañuelo; váyase usted á la ermita, y cuando oscurezca, saque usted con Cebrián el muerto y llévenle ustedes á un sitio donde le encuentren mañana por la mañana, junto al muerto, ponen ustedes esta carta y este pañuelo.

—¿Y nada más, señorita?—dijo el tío Talones.

—Nada más: los caballos en que hemos venido, con sus aparejos y las escopetas, se los dejo á ustedes para que los vendan.

—Muchas gracias, señorita.

—Pero que no quede rastro de mí.

—Descuide usted, señorita, que con usted no dará nadie, porque á usted no la han visto los mozos, ni la verán, que tengo yo arriba una cámara donde estará usted muy á su gusto; y cuando quiera usted salir, de día, ó de noche, y á la hora que usted quiera, yo la sacaré á usted sin que nadie la conozca.

—Corriente, tío Talones, ya hablaremos; ahora al avío.

El tío Talones se fué, y Rosario se recogió de nuevo; pero ya en la cámara que en el cortijo tenian para amparar á la buena gente, y que había preparado la Nicolasa.

El tío Talones se fué á la ermita paso á paso, y llegó á ella entre ocho y nueve de la noche.

—¿Ha habido alguna novedad?—preguntó á Cebrián.

—Ninguna, hombre; ahí ha estado el muerto muy á gusto esperando á ver lo que hacen de él.

—Pues á ver, chiquillo, si te quitas los hábitos y coges la escopeta, y en seguida terciamos en un caballo el bulto y nos le llevamos á dejarlo donde las gentes lo vean mañana por la mañana.

—¿Pero tiene pesqui la señorita?—dijo Cebrián,—Vamos, si no le mato yo, le mata ella. ¡Vaya unas entrañitas, Señor! ¿Usted sabe por qué ella no ha querido que yo entiere al muerto aquí en la cuadra, y nos manda le pongamos donde le vean cuando Dios amanezca?

—Hombre eso está muy claro,—dijo el tío Talones;—¿Crees tú que yo soy algún mamón que se chupa el dedo? Como el marqués sabia que su alma se ha ido con un hombre, y con el hombre con quien se ha ido, ella quiere que el marqués sepa que no se ha ido con aquel hombre sino

para que la sirva, y que cuando le ha servido le ha matado, para que su querido marqués no tenga celos. ¡Para que el capitán no esté aleteando por esa moza!

—Pues por lo mismo le digo yo á usted que el día que se muera doña Patrocinio, aunque la quiere mucho el marqués, se consolará, porque podrá casarse con la señorita; debe estar loco por ella. dos más iguales...

—Si hubieras tú visto lo apretado del recado que me trajo el de la Coscoja, dirías mejor que el marqués está sin sentido por la señorita.

—Pues mire usted, ya me alegro de lo que ha sucedido, tio Talones; á mí la moza me llenó el ojo, y por eso encerré al otro, y por eso más que por otra cosa le maté; yo creía que me podía manejar con ella; pero, ¡que si quieres! no sabe usted la niña que es; yo le digo á usted que me he nacido hoy; pero más vale así, porque la cosa va bien y usted verá, puede ser que muy pronto, los buenos resultados.

A todo esto, Cebrián se había quitado el hábito y le había cambiado por un vestido corto de campo.

—¿Y á dónde llevamos ese atún, tío Talones?—dijo Cebrián acabando de vestirse.

—Mira, nos lo llevaremos junto al molino de Alcalá de Guadaira, á este lado de la azúa, que como el rio es ancho y la azúa hace ruido, y la noche es oscura, no hay cuidado; nos iremos por la arboleda y nadie nos verá por el camino. Por si acaso, y para ir con más silencio, ponle unos zapatos al caballo. A propósito, la señorita nos deja los bichos con aparejos y escopetas, para que nos utilicemos de ellos.

—¿Sabe usted, tío Talones, que la señorita es rumbosa? Cuando le digo á usted que de esta hecha salimos ricos.

—O vamos á la horca.

—De manera, que si por miedo á los pájaros no se sembrara el trigo... Conque vamos, tío Talones, bajemos á la cuadra, allí tengo yo zapatos, no digo para un caballo, sino para quince; y si viera usted que par de bichos son los que han traído, particularmente la jaquita de la señora: una alhaja, y con cuatro años y medio, quemada, vale cien doblones. El caballo va á cerrar; pero es un bicho de mucho hueso, enjuto, de siete dedos, que un caballista da por él lo que no tiene. Conque andando.

Cebrián había encendido un farol.

Salieron al corral.

En medio de él permanecía el cadáver, ensangrentado, horrible; aparecía espantoso.

Sin embargo, el tío Talones le contempló tranquilamente, mientras le alumbraba el semblante con el farol Cebrián.

—No hay duda ninguna,—dijo;—las mismas señas: blanco, buen mozo, bonito, de veintiseis á veintiocho años, con las patillas grandes y rubias; es ella, es ella, la mujer que busca con fatigas el capitán.

—Mire usted ahora, y verá que yo no le engañaba á usted, tío Talones, que la botonadura de la chupa y de la chaqueta y de los calzones, es de filigrana de plata.

—Vaya, es verdad,—dijo el tío Talones;—eres un hombre de bien; vamos por el caballo.

Cebrián abrió las puertas, bajaron á la cuadra y dijo al tio Talones:

—Vea usted que bendición de Dios son estos bichos.

—Ya, ya,—dijo el tío Talones,—treinta doblones te se dan por tu parte.

—Bueno, tío Talones, entre nosotros ¿á qué es andar con miserias ni regateos?

—Mira, mañana á la noche vendrá por ellos el Espiritao, y traerá los treinta doblones.

—Corriente. Vamos, deje usted, que voy á aparejar el caballo y á ponerle los zapatos.

—De veras que es un buen bicho,—dijo el tio Talones,—y la jaca una perla. De buena gana me quedaría yo con ella; pero no hay que andarse con imprudencias, y á más que el bicho es de divisa.

—Pues mire usted, para la faena me parece mejor el caballo,—dijo Cebrián mientras aparejaba,—porque es duro y curtido y está enseñado, y lo que es este bicho se sube como una araña por un enlucido. Vamos, quieto, chiquito. Deje usted, tío Talones, que voy á cubrirle, y ya estamos andando.

Un momento después el jaco estaba en el corral junto al cadáver.

—¿Usted ve si el bicho es maestro y está acostumbrado? —dijo Cebrián.—Todos los bichos se alborotan cuando se les pone junto á un muerto, éste está como si tal cosa, ni olfatea siquiera. Vamos, ayúdeme usted á terciar ese costalejo.

El muerto fué atravesado sobre el caballo y cubierto con la manta que había llevado.

Cebrián cerró las puertas, abrió luego la puerta del corral, apagó el farol, le dejó junto á la puerta, y habiendo sacado el caballo de la brida el tío Talones, cerró la puerta Cebrián y tomaron el camino de la azúa de Guadaira, junto á Alcalá, á buen paso y sin hablar una sola palabra.

Apenas si se oía el ruido que producía al deslizarse rápidamente aquel grupo.

La noche era muy oscura y entre los árboles nada se veía; pero tenían tal tacto del terreno Cebrián y el tío Talones, que avanzaban sin impedimento sobre el sendero.

Los zapatos apagaban completamente los pasos del caballo.

Además, las herraduras de suela de estos zapatos, estaban al revés.

En ménos de una hora llegaron á la azúa, y les favorecía, no solo el ruido de la corriente, sino tambien un gran ventarron que se había levantado y zumbaba por los árboles de la ribera, y en las torres del castillo de Guadaira.

Además, las seis piedras del molino trabajaban.

Echaron el muerto abajo del caballo, y le dejaron en una actitud que parecía ser la de la caida, á causa de la muerte.

El tío Talones sacó entonces la carta y el pañuelo que le había dado Rosario y lo colocó junto al muerto poniéndoles encima una piedra para que el viento no se lo llevase.

En cuanto á la manta, la recojió Cebrián; ¿para qué perderla?

Apenas hecha la operación se alejaron.

El desventurado Paco se quedó tomando el fresco á orillas del río.

Nadie se había apercibido de nada; aquello no lo había visto más que quien lo vé todo: Dios.

Ya sabemos como al día siguiente se encontró el cadáver de Paco, y pudo sentirse aliviado por lo ménos de sus celos don Miguelito.

CAPITULO XVII

En que se siguen contando las desventuras de Rosario.

Como hemos dicho, despues de los acontecimientos anteriores pasaron algunos meses de calma.

¿Qué era de Rosario que no se dejaba sentir ni parecia por el mundo?

La pasión de don Miguelito crecía, era desbordaba, no tenía ni pensamiento ni alma ni voluntad más que para Rosario.

Apuraba un tormento infinito, y este tormento se aumentaba por la necesidad que tenía de engañar á Patrocinio.

La verdad era que á fuerza de voluntad y de dominio sobre sí misma, Patrocinio estaba engañada y tranquila, porque veía que su marido no daba muestras de acordarse de Milagros, puesto que en el convento de las dueñas del Espíritu-Santo no había habido ningnna otra novedad.

Consistía esto en que don Miguelito, impresionado ya

completamente por Rosario, había como desistido de Milagros

En cuanto á Rosario, Patrocinio suponía que se había perdido completamente; que á causa de su imprudencia la había sucedido alguna desgracia.

¿Cómo comprender, se existía, sino había sido encubierta su muerte por algun crímen misterioso, que don Miguelito no había podido dar con ella, á pesar de sus poderosos medios?

La justicia había sido tambien impotente y había acabado por hacer oidos de mercader á las contínuas excitaciciones de la madre.

Patrocinio había puesto en juego entretanto sus propios recursos, y tampoco había podido descubrir nada.

Indudablemente, Rosario había desaparecido; habia sido víctima de un crímen y se había ocultado su cadáver.

Esto era lo que pensaba Patrocinio.

Y como don Miguelito, por cálculo y por temperamento, la trataba con el encendido amor de los principios de sus amores, había llegado á estar tranquila.

No podía decir lo mismo el alcalde mayor, que continuaba viviendo en la quinta de los Prados.

Patrocinio se veía obligada á terciar en las reyertas que á cada paso tenían lugar entre don Bartolomé y Jacintilla.

Esta había cambiado mucho

Andaba profundamente distraida, aparecía inquieta, empalidecía, enflaquecía, y prevaliéndose del dominio absoluto que tenía sobre su marido, entraba y salía cuando quería, y se pasaba los dias enteros en Sevilla.

Don Bartolomé estaba celoso, irritado, dado á los diablos.

Necesitaba espiar á su mujer, pero él no podía hacerlo por sí mismo; y por delicadeza, por vergüenza, no se atrevía á dar su brazo á torcer ni á demostrar á nadie que desconfiaba de su mujer.

Patrocinio veía que Jacintilla no andaba muy derecha.

Pero no quería entrometerse en estos negocios, que eran delicados: y como el alcalde mayor no se confiaba á ella, ella dejaba correr las cosas.

Si se hubiera observado á Jacintilla se hubiera visto que se iba á la calle del Rosario, cerca de la parroquia del Salvador, á una casa en que vivian juntas cuatro beatas, que formaban una especie de cofradía que se ocupaba en hacer cuestaciones para los Santos Lugares, obra piadosa, que lo hubiera sido mucho más, si lo que aquellas buenas beatas obtenian por sus cuestaciones se hubiera dedicado á socorrer á los pobres y no á los frailes franciscanos.

Jacintilla le sacaba contínuamente dinero á don Bartolomé para los Santos Lugares, hasta el punto que estaba ya cargado con los Santos Lugares don Bartolomé.

Pero la casa de las beatas no era otra cosa que un pasadizo para la Jacintilla.

Las beatas la servian de pantalla.

En cuanto entraba en la casa y soltaba los *conquibus*, que para los Santos Lugares la daba su marido, bajaba al sótano de la casa y por aquel sótano y por una mina, llegaba á otra casa de la callejuela de la Cuesta, y allí, por una reja de un jardín que daba á la callejuela, que era muy escusada, se pasaba las horas muertas hablando con un buen mozo.

Muchas veces este buen mozo la decía:

—Métete para dentro, chiquilla, que viene gente y te

pueden pescar en el garlito que no sabemos si tu marido te anda buscando el bulto.

Se cuidaba, pues, de que fuera imposible descubrir los amores de la Jacintilla.

¿Y qué amores eran aquellos que tenían de por medio una reja, cuando se trataba de una mujer casada?

Dejemos á la Jacintilla con sus amores, con aquellos amores que la ponian cada día más pálida y más flaca, y volvámonos al cortijo de las Nogueras.

En el cuarto del tío Talones y de Nicolasa, había un grande y viejo armario colocado en un rincon, armario donde se guardaban cubiertos y loza, y todo aquello que estimaba más Nicolasa.

Aquel armario era una puerta.

Una vez abierto, se encontraba una estrecha escalera de madera, y al fin de ella una cámara á teja vana; pero muy enlucida, y muy limpia, y muy bien embaldosada, que recibia la luz de dos pequeñas lucanas, que abiertas en una accidentacion del tejado, no se veian por fuera.

En aquella cámara habia un buen lecho, sillas de paja y nogal, una mesa, y sobre la mesa algunos libros.

Estos libros no existian allí antes de que Rosario habitase en aquella cámara.

Pero Rosario, que había sufrido una enfermedad de más de un mes, una terrible fiebre nerviosa que había soportado sin que la cuidase nadie más que el tío Talones, que como gran parte de los campasinos, era algo curandero, cuando se repuso, mandó al tío Talones la llevase de Sevilla libros piadosos, de los cuales le dió una nota.

Rosario comprendía que lo que habia hecho era enorme.

Se espantaba de ello.

Peleaba con su conciencia y recurria á la religion para que la fortaleciese.

Pero la lectura de libros piadosos y toda su fuerza de voluntad eran inútiles.

Su pasión por don Miguelito en vez de atenuarse, crecia; llegaba hasta la exasperación.

La lucha de la conciencia de Rosario contra su amor era de día en día más débil.

Al fin, Rosario sucumbió á la fuerza incontrastable de su amor por Caparrota.

Habian pasado dos meses desde la fuga de Rosario de su casa; uno de ellos lo había pasado Rosario en el lecho, y el otro sin salir de aquella cámara; sino algunas noches ocultamente con Nicolasa, para hacer algun ejercicio y respirar el aire libre.

Los hijos de tío Talones y los mozos sabían que en el cortijo había un escondido.

Pero esto no era raro, y el no saber quien fuese el escondido, no les inquietaba gran cosa.

Estaban acostumbrados á esto.

A los dos meses de su estancia en el cortijo, no pudiendo ya defenderse de su pasión Rosario, dijo al tío Talones:

—Yo necesito ir y venir á Sevilla, y tener en Sevilla casa.

—Como usted quiera, señora,—contestó el tío Talones; —pero si usted no quiere que el capitán dé con usted, no haga usted eso. Mire usted que el capitán es muy listo y le sirve mucha gente, y que cada uno de los que le sirven es un tunante, que no hay alguacil que se le iguale para esto de dar con una persona, aunque se disfrace como se disfrace.

—Yo me disfrazaré,—dijo Rosario,—y andaré entre todos esos tunantes, y no solamente no me roconocerán, sino que me respetarán y me tendrán miedo. Mire usted, yo quiero en Sevilla una casita pequeña, una casita en que yo pueda vivir con una tía mia; usted me buscará esa tía.

—No tentemos al diablo, señorita,—dijo el tío Talones, —que si metemos á mucha gente en el secreto, este secreto puede resollar por alguna parte.

—Sea lo que quiera,—dijo Rosario,—todo lo que puede resultar es que dé conmigo antes de que yo quiera que me encuentre el marqués: entonces yo veró por qué otro camino tiro.

—Bueno, señorita; con tal de que yo no pague las costas, vamos andando.

—Yo no puedo resistir más tiempo así,—dijo Rosario, —las noticias que trae Cebrián me desesperan.

Cebrián había sido comisionado para observar á don Miguelito, lo que era fácil, porque Cebrián iba, como hemos dicho, bajo su apariencia de donado franciscano, ermitaño, á mendigar á Sevilla para el milagroso Cristo de la Salud, de Dos Hermanas.

Como donado franciscano, se metía para mendigar en todas partes, malas y buenas, porque como siervo de Dios, llevaba la gracia de Dios consigo y no podía contaminarse; Cebrián, despues de haber dado una vuelta por Sevilla, solía meterse en una taberna del barrio de San Roque, donde no concurria más que gente buena, es decir, lo peor de cada casa, y donde el mejor no bajaba de ladrón.

Toda esta gente pertenecía á la planta baja de los invisibles, y por ellos tenía noticias Cebrián del marqués.

El marqués continuaba trabajando con los de afuera; es

decir, enviándoles espías y avisos para que saliesen al camino, cuando en camino se ponía alguien con intereses que merecian la pena de quedarse con ellos.

Dentro de Sevilla, la sociedad había dejado de hacer negocios en grande, esto es, ruidos; pero continuaban los robos de capas y de bolsillos y de relojes, por la noche; y los tomadores del dos, que entonces no tenían este nombre, es decir, los rateros, seguian despabilando con una gran limpieza á las puertas de las iglesias, y de los toros, y de los teatros, relojes y faltriqueras.

Pero esto no causaba escándalo, porque era lo acostumbrado, lo normal, y los alguaciles y demás sabuesos de justicia descansaban, porque las raterías no merecian la pena de que se incomodasen para coger á los rateros.

Estas raterías, como hemos dicho, tenían acostumbrado á todo el mundo, y no producian otro resultado sino que el que una vez había sido robado, no volvía á meterse en bulla sin llevar empuñado el reloj ó la faltriquera; y aun así, alguno recibía un golpe en el codo, en el hueso de la alegría por una parte, abrian la mano, y en tanto, por la otra le hacían noche el reloj ó el bolsillo.

Otras veces, uno de estos precavidos, por una ligera disputa nacida de una palabra, sufría una bofetada, se armaba una cachetina, y despues de la cachetina, el pobre diablo se encontraba con que había sido robado.

Los ciegos y los mendigos, hacian *tapia* á los ladrones, en las puertas de las iglesias.

Buenas mozas se llevaban entre dos luces á golosos á callejones escusados; donde el *gancho* se perdía y de improviso el enamorado se encontraba con un hombre de bien, marido ó hermano de la perseguida, que daba al goloso una

paliza; y para indemnizarse, se llevaba hasta la capa y el sombrero.

Pero todo esto, lo repetimos era *pecata minuta*.

Sevilla estaba tranquila.

La dirección de los invisibles recibía todas las noches los objetos robados, y nombraba los servicios para el día siguiente.

La buena gente ganaba bien, bebía, sonreía y vestía y trabajaba poco.

Aquella taberna del barrio de San Roque en Sevilla, era lo que fué en Paris hace cuarenta años la Nueva Polonia, situada en los terrenos sin construcciones, accidentados y súcios, que ahora ocupa la magnífica calle de Roma, el punto de cita y de reunión de todos los bribones. de todo lo *choros*, de todos los corredores de mala especie, de todas las inmundicias.

Por aquellos buenos cofrades, sabía Cebrián que don Miguelito estaba tranquilo, y alegre, y muy en buena armonía con la señora marquesa, llevándola á todas partes, y pareciendo cada día, más enamorado de ella.

Con estas noticias se desesperaba Rosario.

¿La había olvidado Caparrota?

Esto era imposible.

Rosario no lo podía creer.

Era que Caparrota disimulaba; porque ¿cómo se comprendia esta aparente tranquilidad, si se quiere, esta felicidad ostensible de don Miguelito. cuando al mismo tiempo don Miguelito seguía excitando á sus agentes y con terribles amenazas, para que buscasen á Rosario, ó le llevasen á lo ménos noticias de ella?

Cuando Rosario se decidió á arrostrar por todo, aho-

gaba completamente la voz de su conciencia, llamó á Cebrián y le dijo:

—Es necsario que vayas á la misma casa del marqués, que veas por tí mismo lo que allí pasa, y qué persona tiene en su servidumbre ó consigo el marqués.

Esto era hacer trabajar ya muy en corto y de una manera peligrosa á Cebrián.

Sin embargo, como Cebrián, por una parte estaba cogido, y por otra esperaba mucho de los servicios que hiciese á Rosario, se conformó; y como la quinta de los Prados estaba al otro lado del Guadaira, antes de la afluencia de este rio con el Guadalquivir, no habia desde la ermita á la quinta más que una mitad de camino que el que había desde la ermita á Sevilla.

Se llegaba muy bien andando á buen paso en una hora; es decir, que Rosario estaba escondida á hora y cuarto de distancía de la morada habitual de don Miguelito desde hacia algun tiempo.

Allá se fué Cebrián un día á las ocho de la mañana, para llegar á la quinta cuando los señores estuviesen almorzando.

De las gentes que había en la quinta, nadie conocía á Cebrián, sino como el ermitaño del Cristo de la Salud de Dos Hermanas, más que don Miguelito, que conocía á todos sus asociados, ó mejor dicho á todos sus súbditos altos y bajos, tanto de Sevilla, como de fuera de ella.

Los donados de San Francisco se introducian como el flato, y á poco que fueran blandos los criados, ó descuidados, allá se iban al interior de una casa, ni más ni ménos que si hubiera sido suya.

En efecto, cuando Cebrián llegó, estaban almorzando

Patrocinio, Jacinta, doña Mercedes y sus dos hijas, que habían ido á pasar algunos días en la quinta, don Miguelito y don Bartolomé.

Cebrián encontró la verja entreabierta, se metió por ella sin tocar la campana, se entró en la casa, y guiado por el ruido que los cubiertos hacían en los platos, se coló en el comedor, que estaba en el piso bajo, con las alforjas al hombro, motilón y sonriendo de una manera estúpida.

El marqués le vió y se sobresaltó lijeramente.

Por fortuna Patrocinio estaba distraida.

Caparrota creyó que Cebrián le llevaba alguna noticia, y que para dársela en mejor sitio, su presentación no era otra cosa que una indicación.

Cebrián, sin alterar la estúpida expresion de sus ojos, y manteniendo siempre su sonrisa de bobo, había examinado profundamente á todas las personas que acompañaban á don Miguelito.

—¡Hola!—exclamó éste;—aquí tenemos á un pedazo de San Francisco: diga, diga, hermano, ¿qué tal por el convento?

—Yo no estoy en un convento, señor marqués, que Dios guarde á vuecencia y le dé mucha salud, muchas bendiciones para sí y toda su noble familia, que yo estoy sirviendo la ermita del Santísimo Cristo de la Salud y Dos Hermanas, y por allí todo va bien, y el Santísimo Cristo sigue haciendo milagros, y yo dije esta mañana: pues cáspita, caspiteja, hace lo ménos seis meses que yo no voy por la quinta de los Prados, á que el señor marqués contribuya con algo para el culto del Santísimo Cristo de la Salud.

—Bien hecho, hermano,—dijo el marqués;—llégese acá.

Cebrián se acercó.

—Tome esa onza y no deje pasar tanto tiempo para venir

á pedir á casa: venga, siquiera cada mes ó cada quince días.

—Nuestro seráfico padre San Francisco rogará á Dios para que dé á vuecencia cien siglos de felicidades por cada maravedí de esta onza, y Dios le pagará con creces su piedad á vuecencia y á su noble familia.

—Vaya, vaya á la cocina, hermano,—dijo el marqués,—y que le den de comer y de beber.

—Nuestro seráfico padre de San Francisco acompañará perpétuamente á vuecencia para que no le pase ningun trabajo.

Y Cebrián produjo, haciendo un mohín con la voz, una especie de pimporrazo extraño y ridículo y gutural, y dió dos castañetas con los dos dedos, hizo una pirueta y se fué, porque los sinvergüenzas de los donados de San Francisco tenían mucho de bufones, y de bufones á lo estúpido.

Nadie, ni la misma Patrocinio, vió en aquello más que una cosa muy común, porque donados semejantes iban allí con mucha frecuencia como iban á todas partes.

Las órdenes mendigantes eran una polilla social, y las más ricas de todas las órdenes religiosas.

Don Miguelito no hizo novedad alguna aquel día.

Cebrián, que tenía buen diente, se llenó en la cocina de comida y de bebida, se marchó á la ermita, echó la onza en el cepo; que cada quince días venían á abrir el guardián y el tesorero de franciscanos de Dos Hermanas, y por la noche, á la hora en que todos debían estar recogidos en el cortijo, se fué á él y llamó quedo á la ventana que correspondía al cuarto del tío Talones y de su mujer.

Se le esperaba, porque se sabía que aquel día había ido á la quinta, y la ventana se abrió al momento.

—Soy yo,—dijo Cebrián,—tío Talones; dígale usted á la señorita que baje, que la tengo que decir.

—Espere usted,—contestó el tío Talones.

Poco después apareció en la ventana Rosario, que esperaba también, y saltando fuera de la ventana, se llevó á Cebrián al pie de unos árboles y se sentó en un poyo que allí había.

—¿Qué noticias me traes?—le preguntó.

—Por lo tocante al marqués, muy buenas, señorita.

—Habla, habla,—dijo Rosario con ansiedad.

—Pues, señor,—dijo Cebrián,—cuando el marqués me vió se alteró y se puso pálido, y es sin duda que como yo no tengo costumbre de ir á la quinta de los Prados, cuando el marqués me ha visto ha creido que yo había tropezado con usted y que le llevaba noticias de usted.

—¿No sabes nada más seguro?

—No señora, porque el marqués no ha creido prudente, sin duda, el hablarme en su misma casa, pero me buscará él mismo; y apostaría cualquier cosa buena á que el marqués va á buscarme mañana.

—¡Ay, Cebrián!—exclamó poderosamente conmovida Rosario,—yo quiero ver al marqués.

—Pues mire usted, señorita,—dijo Cebrián,—con que se pase usted mañana todo el día en el escondite de la ermita, tengo yo casi la seguridad de que verá usted al señor marqués y le oirá usted, y podrá usted saber por lo que vea y oiga si el marqués la quiere á usted como usted desea, porque yo meteré al marqués en la sacristía.

—Pues entonces es menester que yo me vaya contigo esta noche.

—Eso es lo mejor; tanbien puede estar usted allí como aquí.

—Y díme, Cebrián, ¿está tan hermosa como antes la marquesa?

—Sí señora, sí; ¿por qué la he de engañar yo á usted? La marquesa está hermosísima, y gorda y lucida, y contenta y alegre; pero nunca tan hermosa como usted, y mire usted que se lo digo á usted sin adulación, que ¿para qué la he de adular yo á usted?

—¡Ah! pues si esa mujer está contenta, es feliz,—dijo con un marcado acento de odio, Rosario:—eso es que él la ama.

—O que el señor marqués, que es muy hondo, disimula, para quitarse de disgustos en la familia.

—Y dí tú, Cebrián, ¿están solos en la quinta el marqués y la marquesa?

—No señora, señorita, y siento lo que la voy á decir á usted, porque la voy á dar á usted un disgusto; pero, en fin, yo no puedo engañarla á usted: allí estaban su madre de usted y sus dos hermanas.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó Rosario;—pero ¿cómo sabes tú que estaban allí mi madre y mis hermanitas, si tú no las conoces?

—Calle usted, yo he conocido que aquella señora era la madre de las dos niñas; y he conocido que las dos niñas eran sus hermanas de usted, porque aunque la mayor, que es así como de catorce ó quince años, y es blanca y rubia, ni con mucho no es tan hermosa como usted, tiene la misma manera de mirar de usted. Vamos, y la chiquita, aunque tampoco vale ni la sombra de lo que usted vale, se la parece á usted mucho.

—¿Cómo están, como están?—exclamó Rosario:—¿qué has podido juzgar, Cebrián?

—La señora está muy triste y muy pálida, y se conoce que pena mucho, y las niñas metiditas en sí.

—¡Madre mia! ¡hermanos de mi alma!—exclamó Rosario.

Y se echó á llorar.

—Vamos, señorita,—dijo Cebrián;—anímese usted, que al fin esto acabará bien.

—No, no,—exclamó Rosario,—esto no puede acabar sino muy mal. Y di tú: ¿había alguna persona más allí? ¿Estaba allí un señor, ya anciano, con una joven morena que parece gitana?

—Esa joven, señorita, es la mujer del señor alcalde mayor; pues qué, ¿usted cree que yo no conozco al señor marqués de la Pampanera? ¡Para que se me despinte á mí, y por una tontería que yo hice; nada, porque le dí un par de palos á un alguacil, me tuvo un año en la cárcel y dos en presidio: el señor marqués de la Pampanera se ha casado con esa chiquilla que usted dice que parece gitana, y que lo es; como si no conociéramos aquí á Jacintilla, la cantadora del Herrumblar! No sé que bola le habrán hecho que trague al alcalde mayor; pero la verdad es que el alcalde mayor se ha casado con la Jacintilla, y que está muy contento, y ella parece muy contenta también, porque en el tiempo que yo he estado allí, no han hecho el uno y el otro más que comerse con los ojos.

—De manera que si á mí se me pusiese hacerle el amor á esa muchacha no adelantaría gran cosa.

—Ay, señorita, que eso sería una imprudencia. Mire usted que la Jacintilla es muy larga, y que es de la compañía del marqués, y que sin duda por eso la ha casado con el alcalde mayor el marqués; y no vayamos á hacer una; yo

no lo digo por mí, sino por si echa usted á perder su propósito.

—Ya pensaré en eso,—dijo Rosario,—por ahora, lo que más deseo es que llegue el día de mañana por ver si va á buscarte el marqués.

—Pues entonces, si usted quiere, nos iremos.

—Sí, vámonos; voy á avisar al tío Talones.

Poco después, Rosario se encaminaba con Cebrián á la ermita.

CAPITULO XVIII

De cómo Rosario cambió de nuevo de piel, y de tal manera, que era imposible conocerla.

En efecto, como á las doce del día siguiente, Rosario, que ya estaba desesperada, sintió los pasos de un jaco que se acercaba á la ermita, que se detuvo á la puerta de ella.

—Cebrián,—dijo una voz enérgica, vibrante, dominadora que estremeció á Rosario.

Era la voz de don Miguelito.

—Mete adentro el caballo,—añadió el marqués cuando apareció Cebrián.

Instantáneamente Rosario oyó las espuelas del marqués sobre el pavimento de la ermita.

—Metase vuecencia en la sacristía,—dijo Cebrián.

—No, no, mejor es en el cuarto de arriba.

El cuarto á que se refería don Miguelito, era aquel en que había estado un momento Paco.

El ir allí el marqués favorecía á Rosario, porque por las rendijas del tabique, podía ver y oir mejor á don Miguelito.

Este no tardó en aparecer, y se puso á pasear, agitado de un lado al otro del cuarto.

En su semblante había sufrimiento, desolación, cólera, ansiedad.

Rosario moría de amor, conociendo por la expresión de don Miguelito, que ella era la causa de su inquietud, de su despecho, de su desesperación.

Tentaciones tuvo de golpear en el tabique, de llamarle, de salir de allí, de ir á encontrarle al otro aposento.

—No, no,—dijo,—eso sería echarlo todo á perder: pero ¿á qué había yo deshonrado á mi familia, á qué había yo de haber hecho tan desgraciada á mi madre? Pero, Dios mío, yo no voy á poder estar aquí: no voy á poder contener las lágrimas, se me aprieta el corazón. Si me oyera llorar...

Rosario que siguió devorando con los ojos á través de las rendijillas á don Miguelito, hizo un poderoso esfuerzo y se entregó al llanto.

Apareció Cebrián.

—¿Y cómo tanto bueno por acá, señor marqués?—dijo.

—Hombre, ¿te parece que habiendo tú ido á mi casa, cuando sabes que yo tengo mandado que ninguno de los míos vaya á mi casa, sino cuando yo le llame, no he de haberme figurado que tú habías ido para algo muy importante? Pero me he equivocado por desgracia: en vano he alentado una esperanza: si tú hubieras encontrado á mi Rosario, mi Rosario de mi alma, ya me lo hubieras dicho.

—Vaya, señor marqués,—dijo Cebrián poniéndose pálido y asustándose por la mirada feroz que veía en los ojos de Caparrota,—no haga vuecencia conmigo una atrocidad, porque si yo he ido, ha sido porque he descubierto...

—¿Y qué has descubierto tú,— le dijo con voz reconcentrada y amenazadora el marqués.

—He descubierto, que en casa del conde de Labajos han entrado venticinco mil pesos ayer.

—¡Bruto!—exclamó don Miguelito,—¿y para eso, para que yo creyese que me buscabas para darme noticia de la prenda que yo estimo más que todos los tesoros del mundo, has ido á mi casa? Vamos, está de Dios que yo no tenga para servirme más que animales. Yo no sé como no te hago pedazos.

Y el marqués cruzó con su látigo de montar, la cara de Cebrián.

Este permaneció inmóvil y humilde como un perro cuando le pega su amo.

A don Miguelito le obligaba esta sumisión, y más cuando partía de un hombre tan bravío, de un bandido tal, y tan sin miedo como Cebrián.

—Dale gracias á Dios,—dijo Caparrota,—que hay que tomarlo esto, como se toman las cosas de un tonto que no sabe lo que se hace. Pero en fin, me has hecho mucho daño, porque he contraído una esperanza que se me ha desvanecido. Esto es grande, terrible: ¿dónde se ha metido, dónde se ha escondido Rosario, que no parece ni muerta ni viva? yo no puedo más; yo voy á reventar de rabia y de desesperación; yo no puedo vivir sin ella.

Y don Miguelito se paseaba de una manera nerviosa y terrible, y hablaba consigo mismo.

—Cebrián; un millón, dos millones, tres millones, toda mi fortuna para ti, ó para el que encuentre á Rosario.

Rosario sintió que no podía resistir más.

Se deslizó rápidamente, ganó el cañón, salió al tejado,

y una vez allí rompió á llorar de una manera terrible.

Allí no podía oirla don Miguelito.

Se acongojó y se desmayó.

Don Miguelito permaneció allí muy poco tiempo después de haber huido Rosario de su acechadero.

Salió, montó á caballo y se alejó al galope.

—Pues señor no hemos escapado de mala,—dijo Cebrián cuando vió desaparecer á don Miguelito.—Si la señorita Rosario se empeña en que yo siga sirviéndola de este modo, perdido por uno perdido por mil y quinientos, yo se lo cuento todo al marqués, y luego aunque el marqués me mate porque le he dicho á la señorita lo que él es. Pero, vamos, vamos á sacar á esa pobre, que á la fuerza ha pasado un mal rato.

Y Cebrián salió al corral, subió al tejado, y al revolver la chimenerea se le heló la sangre.

Vió tendida é inmóvil á Rosario, y la duda de si estaba muerta ó desmayada le había aterrado.

Pero se tranquilizó muy pronto.

Rosario no pasaba de estar desmayada, y empezaba á volver en sí.

Aquella aventura costó á Rosario otros quince días de fiebres nerviosas, y estuvo más en peligro que la vez anterior.

Cuando se restableció y se miró al espejo, se alegró.

Estaba desfigurada, pálida, flaca.

Su semblante había tomado una contracción que no había tenido nunca y que la desfiguraba; una contracción sombría.

Su alma se había ennegrecido ya de todo punto.

Había arrostrado el crimen á todo trance.

Patrocinio debía morir, no tan sólo porque Caparrota pudiese casarse con ella, sino porque Caparrota, que á pesar de todo la amaba, la perdiese.

Los celos y la rabia de Rosario eran lúgubres, horribles, y esta era la causa de la contracción sombría que había modificado su semblante.

Esta contracción la hacía aparecer de más edad, y la hacía aparecer más blanca su densa palidez.

—¡Ah! con poco más que yo me desfigure podré hablar con él sin que me conoza,—exclamó.—Y todavía, todavía quedaré un joven bastante bello para poder enamorar á esa gitana. Tío Talones,—dijo al día siguiente al capataz,—es menester que me vaya usted buscando mi tía; decididamente me voy á Sevilla, y como yo pienso vivir de una manera modesta, con el dinero que tengo puedo tirar mucho tiempo.

—Y como usted tiene todo el dinero que yo tengo, señorita, que ya ajustaremos cuentas después, usted puede vivir como quiera, y hasta en grande y con coche.

—Me conviene vivir modestamente,—dijo Rosario;—sobre todo, lo que importa es que usted busque una mujer de mucha confianza.

—Mire usted, mi hermana, que aquí no la conocen; pero para eso tengo yo que hacer un viajecillo á tierra de Córdoba, porque mi hermana vive en una pequeña hacienda que tiene cerca de Cabra.

—Bien, yo necesito también prepararme. Oiga usted, usted conocerá de sobra algún joven que tenga la misma estatura y así las carnes que yo.

—¡Yaya! Sí, señora.

—Pues mire usted, es necesario que á ese joven le haga

un sastre un traje completo de hombre, de señorito, así entre dos luces, ni rico ni pobre, y mientras se hace, usted se puede ir á buscar á su hermana.

—Bueno, pues mañana me voy á Sevilla y encargo la ropa, y pasado mañana me marcho á Cabra.

A los ocho días el tío Talones volvió trayendo consigo á una mujer como de cincuenta años y de apariencia decente, una labradora.

Era su hermana Vicenta.

Había hablado largamente con ella, y Vicenta había aceptado la comisión que se le daba.

El tío Talones había sabido escitar su codicia.

Para el tío Talones, el negocio de Rosario era negocio de un tesoro, y así lo había hecho comprender á su hermana.

—Tío Talones,—le dijo Rosario,—cuando usted vaya por la ropa á Sevilla, que ha de ser enseguida, tráigase usted algunos pares de patillas postizas, pero tan bien hechas, que no se conozcan.

—¿Y de qué color, señorita?

—Rubias.

—Pero si usted es pelinegra.

—Es que se traerá usted también dos ó tres pelucas rubias.

—Bueno,—dijo el tío Talones,—todo eso está muy bien, iré por la ropa, por las patillas y por las pelucas, y me llevaré conmigo á mi hermana y la buscaré casa. ¿Y dónde quiere usted la casa, señorita?

—Fuera de Sevilla, en uno de los barrios que dan al río.

—Pues entonces, en la Cestería ó en el Rastro; pero mire usted que son dos malos barrios, señorita, de gente

cruda, y que allí se encuentra más pronto una quimera que un peso duro.

—Como yo no pienso meterme con nadie,—dijo Rosario,—me importa muy poco todo eso.

—Bueno,—contestó el tío Talones,—yo lo decía por lo que pudiera convenir. Conque, Vicenta, hija, voy á aparejar para tí y á ponerle unas amugas á un macho más manso que una paloma, y á aparejar el jaco, y con veinte onzas que me lleve hay de sobra para pagar la ropa, y la peluca, y las patillas, y comprar los muebles que sea menester, porque la casa no será muy grande. En fin, yo creo que estaremos aquí pasado mañana á la noche, ó á más tardar, al otro día.

En efecto, dos días después, por la noche volvió solo el tío Talones, trayendo en una maleta las ropas de hombre, y las pelucas, y las patillas que le había encargado Rosario.

Su hermana Vicenta se había quedado allá, establecida en una casa pequeña, pero bonita y alegre, que el tío Talones había tomado en el barrio de la Cestería, en la calle de la Galera, cerca de la esquina que dá á la calle del Usillo, y al lado del mesón de los Huevos, un gran mesón muy concurrido.

Las tapias del huerto de esta casa daban al espacio descubierto entonces hasta el río, y en que ahora se levantan unos almacenes.

El puente de Barcas estaba cerca.

—Aquello,—dijo el tío Talones, —es una tacita de plata; y tuvimos suerte; en cuanto llegamos ayer por la mañana, nos encontramos con que esa casa tenía cédulas; preguntamos en el mesón de los Huevos, que está al lado, y allí nos dieron las llaves y nos dijeron el precio: tres pesos y medio

al mes; muy barato, y con unas comodidades, que ya verá usted. Tiene habitaciones de verano en el piso bajo, y un patio muy hermoso; habitaciones de invierno muy buenas, traspatio con lavadero y un huerto muy cuco: la casa no es muy grande: pero para una viuda con su hijo y con una criada basta y sobra: la tomamos en seguida y se llamó á los blanqueadores; cuando usted llegue, señorita, estará blanca como una paloma, por dentro y por fuera; se han comprado los muebles necesarios, y ya verá usted como están ustedes muy decentemente. La posadera, que es muy buena mujer, le ha dejado á mi hermana para que la sirva, una de las mozas de la posada, que es una gran chicarrona, y muy lista, y que parece muy limpia. En fin, usted se lo encontrará todo dispuesto, y si usted quiere, mañana por la mañana la llevo yo á usted á Sevilla, disfrazada ya, y la dejo á usted en su casa como si viniera usted de Cabra.

—Pues perfectamente,—dijo Rosario;—ahora falta ver como me pongo yo esas patillas de manera que no se conozcan.

—La cosa viene bien hecha, señorita,—dijo el tío Talones,—porque conozco yo un peluquero, un buen mozo, que con lo que más dinero gana es haciendo postizos para la gente buena que tiene que disfrazarse. Vamos, y si quiere usted ir mañana á Sevilla disfrazada ya, es menester que se pegue usted las patillas para que pegen bien durante toda la noche, y cuando estén bien pegadas, ya puede usted tirar de ellas, que antes saldrá la piel que salga un solo pelo; va usted á ver, aquí en esta caja vienen tres pares de patillas, todas del mismo color, rubias, y mire usted qué ricas y qué sedosas; mire usted por el lado por donde se han de pegar, parecen un cepillo muy espeso. ¿Usted ve este bote? Pues aquí

está el unto; una cola, señorita, que pega los imposibles. Vamos, le voy á poner á usted un par, y va usted á aprender á pegárselas bien, que mi hermana, como mi cuñado tenía algunas veces necesidad de disfrazarse, sabe pegar muy bien estas cosas. ¿Usted ve? Se unta así, no mucho, en cuanto se mojen las puntitas de los dedos. Vamos, esta ya está untada y se la voy á pegar á usted.

Rosario presentó la mejilla izquierda, y en ella pegó la patilla el tío Talones.

Hizo la misma operación en la mejilla derecha.

—Ahora,—dijo,—se ata usted un pañuelo á la cabeza, de manera que coja las patillas, y á usted no la importe que se aplasten. Cuando estén pegadas, bien pegadas, que ya lo estarán mañana por la mañana, se mete usted un peine para que salga el tejido con que están unidos los pelos, y se peina usted bien luego las patillas, y se quedan así, como si fueran naturales; puede usted lavarse con agua fria, sin cuidado ninguno, y cuando sea menester deshechar las patillas, que duren ocho ó diez días lo menos, para ponerse otras, se lava usted con agua caliente, y á las tres ó cuatro veces que con agua caliente se empape usted las patillas, se despegarán y puede usted ponerse otras; cuando á usted la hagan falta patillas me avisa usted, que yo iré por ellas; lo mismo que cuando sea menester peinar y arreglar las pelucas.

—¡Oh! esto es muy incómodo,—dijo Rosario.

—En fin, ¿qué se ha de hacer, señorita? Ya se acostumbrará usted. Y oiga usted, no es eso sólo; es menester que usted se unte con esto otro que viene en este bote el labio de arriba y la barba, y con que se unte usted esto, parecerá que está usted recién afoitada; en fin, Cabañitas, que así

se llama el peluquero, sabe muy bien su obligación, y lo que es las pelucas, yo respondo de ellas; quien conozca que son pelucas, ya tendrá ojos. Mire usted, señorita, tengo la seguridad de que, vestida de hombre, con las patillas y la peluca, puede usted presentarse al mismo señor marqués, y si la conoce á usted, pierdo yo la cabeza.

—Lo veremos,—dijo Rosario.—Cuando mañana yo me haya disfrazado perfectamente y mirado al espejo, sabré si puedo estar tranquila ó no.

—¡Pues no ha de poder usted estar tranquila, señorita? —dijo el tío Talones.—Cuando se lo digo yo á usted... En fin, vamos á cenar y á recogernos, que manaña nos tenemos que levantar temprano para entrar por la mañanita en Sevilla.

Al día siguiente, antes del amanecer, el tío Talones llamó á Rosario, y la Nicolasa subió á vestirla.

La maleta había sido llevada por la noche al cuarto de Rosario.

Esta encontró en ella un equipo completo de hombre.

Había á más una capa azul con vueltas de terciopelo

Rosario empezó por quitarse el pañuelo que oprimia las patillas y ver si era cierto lo que la había dicho el tío Talones.

En efecto, en cuanto se metió el peine, la especie de crepé que servía para unir las puntas de los pelos de manera que pareciesen un cepillo, se deshizo.

Rosario siguió peinándose las patillas sin que ni un solo pelo saliese en el peine; estaban pegadas de una manera tenaz.

Luego se puso una peluca y se miró á un espejo.

Dió un grito de satisfacción.

Con su palidez, con su enflaquecimiento, con aquellas patillas, con aquella peluca, parecía un joven como de veinticinco á veintiseis años, y estaba de tal manera trocada, que era imposible reconocerla.

Se pintó el labio superior y la barba hasta por debajo de las patillas con una especie de blanquete ligeramente azulado. y cuando aquello se secó, quedó como un hombre de barba muy espesa, que ha sido recientemente afeitado.

No podía darse cosa más perfecta.

Rosario aparecía un joven hermosísimo.

Las muchachas del barrio de la Cestería debían sufrir mucho.

Rosario se puso una camisa, pañuelo de la India al cuello, sujeto por una sortija, un chaleco de terciopelo, una chaqueta de paño larga, como las que llevaban los de la ciudad, faja de estambre encarnada, calzones bombachos, botines negros y zapatos blancos, pañuelo en la cabeza, sombrero de catite, y sobre todo esto, la capa.

—Vaya, pues ahora cuélguese usted esa cadena al cuello y métase usted en el bolsillo ese reloj, señorita, que no quiero yo que el hijo de mi hermana vaya como un cualquiera sin reloj. Y no vaya usted á creer que este es el reloj de aquel que se murió, que yo no la comprometería á usted, que este reloj lo he comprado yo nuevecito á un relojero de la calle de Francos, y la cadena es tambien nueva, de oro portugués, y pesa nueve onzas; y esto se lo regalo yo á usted, señorita, para que tenga usted memoria de mí.

—Vaya, muchas gracias, tío Talones.

—Mire usted, señorita, ahora métase usted este bolsillo en la faja; yo me entregué de él con ciento setenta y seis

onzas, y se lo entrego á usted con ciento cincuenta y seis; las veinte que faltan son las que se han gastado en los muebles y todo lo demás. Las onzas son las mismas; las onzas no tienen señas, todas se parecen; pero el bolsillo y los pasadores son nuevos. Ahora métase usted en la faja esa navaja de Albacete, que siempre es bueno llevar una uñita; y estos dos pistoletes de Vizcaya se los engancha usted en el cinto; son de dos cañones, como usted ve, y muy buenos. Ahora tome usted el pasaporte desde Córdoba; este pasaporte lo ha sacado mi sobrino Vicente. De manera que usted, señorita, se llama ahora Vicente Canoso, y con este pasaporte el alcalde de barrio le dará á usted una carta de seguridad y le empadronará á usted, y listos. Conque vamos á almorzar, señorita, y á caballo y á Sevilla, y entre ocho y nueve de la mañana estamos allí.

En efecto, al dar las nueve en la Giralda, Rosario, ginete en un buen caballo, llegaba sola á la casa número 15 de la calle de la Galera, situada junto al meson de los Huevos.

El tío Talones la había acompañado hasta cerca de San Telmo, y la había dado las señas para que por fuera de muros pudiese llegar al barrio de la Cestería, y á la casa de su supuesta madre.

CAPÍTULO XIX

—

De lo que hizo Rosario en su primera excursion en Sevilla.

Cuando llamó á la puerta, abrió una mocetona de unos admirables bigotes, blanca y rubia, como de diez y ocho á veinte años, y á todas luces muchacha del pueblo.

Era la moza que el mesonero de los Huevos había cedido á la nueva vecina.

La muchacha, al ver aquel buen mozo que estaba á la puerta con el caballo de la brida, y terciada con mucha gracia la capa, se sofocó y se la encandilaron los ojos.

Tan buen mozo aparecía Rosario.

—¡Calla!—dijo,—¿será usted por ventura el señorito?

—¿Vive aquí mi madre?—preguntó Rosario.

—¡Vaya! sí señor, usted es; su mamá de usted es doña Vicenta ¿no es verdad?

—Que sí,—dijo Rosario, que ahuecaba la voz para darla más cuerpo, pero sin que su voz apareciese afectada.

—Señora, señora,—dijo entrando para adentro la muchacha,—aquí está el señorito.

Y volvió á salir al portal.

—¿Y tú cómo te llamas, chiquilla?—dijo Rosario tomándola la cara.

—Yo me llamo Gertrudis,—dijo la muchacha poniéndose vivamente encendida;—pero para saber como yo me llamo, no es menester que me tome usted la cara, señorito.

—Es que eres tú muy retehermosa, muchacha,—dijo Rosario.

En aquel momento apareció Vicenta, que abrazó y besó con efusión á Rosario, como una madre puede abrazar y abraza á un hijo de quien ha estado separada algún tiempo.

Entre tanto, Gortrudis había quitado la escopeta y la maleta y las alforjas de encima del aparejo, y había metido estos objetos dentro.

—El caballo me lo llevaré al mesón, ¿no es verdad?—dijo;—porque, aunque aquí hay cuadra, no tenemos mozo.

—Pues por supuesto. mujer,—dijo Rosario;—mientras esté yo en Sevilla, en el mesón me cuidarán el caballo; á más, que el mesón está ahí al lado y todavía nos saldrá más barato que en casa.

Gertrudis se llevó el caballo.

Vicenta subió con Rosario.

—Es imposible,—dijo,—que nadie crea que es usted una mujer, señorita; imposible de todo punto; y yo me alegraría de que mi hijo fuese como usted, aunque no es mal mozo, Dios me lo conserve. Vamos, el almuerzo está preparado. Yo he dicho que le esperaba á usted.

—He almorzado en el certijo, y bien,—dijo Rosario;—

todo lo bien que yo puedo almorzar, porque me siento enferma.

—Vamos, valor, señorita, valor; ya me lo ha contado todo mi hermano, y nosotros la ayudaremos á usted, y todo se arreglará, porque Dios querrá.

—Dios no puede querer lo que yo quiero,—dijo Rosario; —pero silencio, que siento los pasos de esa muchacha.

Gertrudis se presentó con la maleta, con las alforjas y la escopeta.

¿Dónde pongo esto?—preguntó.

—¿Dónde lo has de poner, mujer,—dijo Vicenta,—sino en el cuarto del señorito?

—Ten cuidado con la escopeta, Gertrudis,—dijo Rosario, —que está cargada, y yo sentiría mucho te pegases un tiro.

—Vaya, muchas gracias, señorito,—dijo alejándose Gertrudis, y poniéndose vivamente encendida.

Eran extraños tal pudor, tal virginidad en una moza de mesón, en un individuo de la familia de las maritornes; pero de todo hay en el mundo

La muchacha volvió á poco; parecia como que la gustaba ver al señorito Vicente.

—¿Pongo la mesa para el almuerzo, señora?—dijo.

—Ponla, pero con un solo cubierto, porque el señorito ha almorzado ya.

—¡Qué lástima! —dijo Gertrudis.—Y yo que había puesto tanto cuidado en las criadillas con tomate!

—Eso es,—dijo Vicenta,—¡como si yo no tuviera boca!

—Sí, sí señora,—dijo Gertrudis;—pero seria mucho mejor que no hubiera almorzado el señorito en otra parte.

—Anda, anda, chiquilla,—dijo Rosario,—que ya tendremos tiempo para conocer tus habilidades.

Gertrudis se fué.

Rosario acompañó, mientras almorzaba, á su madre fingida.

—Vaya, señorito,—dijo Gertrudis;—de esta compota de manzana va usted á probar, que la compota cabe en cualquier rinconcillo.

Rosario no quiso desairar á la pobre chica, que le servía de prueba para asegurarse de que su disfraz era perfecto, y comió la compota, que en efecto era excelente.

—Vamos, madre,—dijo Rosario,—yo voy á presentar mi pasaporte al alcalde de barrio, á que me empadrone y me de la carta de seguridad. ¿Dónde vive el alcalde?

—Yo no lo sé, hijo, contestó Vicenta,—porque mi pasaporte lo llevó ésta.

—Bueno,—dijo Gertrudis;—yo tambien llevaré al señorito.

—Pues andando chiquilla,—dijo Rosario.

Y tomó la capa y el sombrero, y siguió á Gertrudis, que se puso un pañuelo en la cabeza.

Gertrudis la llevó al extremo de la calle de los Muñoces.

Por el camino había tenido el breve diálogo siguiente:

—¿Sabes, pichona,—dijo Rosario,—que ir contigo, es ir comprometido?

—Vaya, señorito, déjeme usted en paz,—dijo la muchacha poniéndose séria,—que usted no se ha de casar conmigo, y yo tengo novio.

—Bastante se me da á mí de tu novio.

—¡Pues vaya!—dijo Gertrudis;—si antes llega usted, antes, me tira usted el *acetrazo*. Usted sí que es un compromiso.

A este tiempo llegaban casa del alcalde de barrio.

Gertrudis llamó, los recibieron, aquel funcionario examinó el pasaporte, le refrendó, le guardó, empadronó á don Vicente Canoso, y le dió la carta de seguridad.

Don Vicente Canoso podia ir ya por todas partes por Sevilla, sin temor de que la justicia se metiese con él.

Rosario se ofreció cortesmente, así como su supuesta madre, al alcalde de barrio, que aceptó con mucho gusto el ofrecimiento, porque se le hizo de todo punto simpático el joven don Vicente; y Rosario y Gertrudis salieron.

Había más abajo de la casa del comisario una taberna, y de ella salía el ruido de las voces de gente alegre.

Rosario estaba impaciente por probarse, y dijo á Gertrudis:

—Chiquilla, yo te voy á convidar.

—¡A mí, señorito,—contestó sonriendo y con encogimiento Gertrudis;—¿y á qué me va usted á convidar?

—A una cañita y á una aceitunita.

—¡Ahí, y eso está lleno de gente perdida? Quite usted allá.

—¡Qué te importa á tí, yendo conmigo?

—Pues no faltaba más,—dijo Gertrudis,—que apenas llegado le diera usted á la señora el disgusto de coger un compromiso; usted no sabe lo que son esos tunantes, y yendo conmigo, que todos me conocen en el barrio y todos me tienen ganas.

—Vaya, pase usted, buena moza, y la compañía,—dijo uno de los que estaban dentro, que había reparado en Gertrudis y en Rosario; no lo piense usted tanto para entrar, que no se va usted á caer en ningún pozo, ni el mocito que viene con usted.

—¿Cuánto le dan á usted, si usted gusta,—dijo Rosario

encarándose con aquel tunante,—por ser portero de taberna? Ea, quite usted de ahí, que para entrar yo con esta moza en cualquier parte no necesito yo licencia de nadie.

Y al decir estas palabras, se fué hacia aquel tuno de una manera tal, con tal expresión que el otro retrocedió.

—Vaya, hombre, usted perdone,—dijo,—que nadie ha querido ofenderle á usted.

—¿Qué es eso, Chicharro,—dijo desde adentro una voz despreciativa?

—Nada,—dijo Chicharro,—uno que viene con Gertrudis la del mesón de de los Huevos, que cree que yo le he ofendido, y eso no es verdad.

—Buenos días, caballeros,—dijo entrando Rosario.

—Buenos días, amigos,—contestaron todos.

Los había puesto en respeto la manera decidida y serena de Rosario.

Esta convidó á Gertrudis; y con un buenos días, caballeros, se salió con ella sin que nadie se permitiese ni una sola palabra.

—Pues sin poder que tiene usted, señorito, ¡Jesús mío! y estaban ahí el Enterrador y Baldosita, que se traga el mundo. ¡Ay! de miedo que tenía no le he tomado el gusto á la manzanilla.

—Pues vamos á tomarnos otra caña, Gertrudis.

—¡Qué! no señor, señorito, ya basta; con lo que usted ha hecho ya no se mete con usted ningún mozo del barrio.

—Tanto me da,—dijo Rosario.

—¡Jesús, qué señorito!—exclamó Gertrudis.

—Despide al novio, muchacha,—dijo Rosario.

—Pues que sí, y que la tome por donde quiera,—dijo Gertrudis,—que la verdad, estaría de Dios, pero me ha

matado usted á mí, señorito. Ahora lo que falta es que espante usted al Tiznao, para que no quiera pegarme cuando le despida.

—¿Y has tenido tú valor, siendo tan remonísima, para querer á un tiznado?

—Calle usted, señorito, que el no es tiznado, que es más blanco que la nieve, sino que se lo llaman porque á su madre la llamaban la Tiznada.

—Pues mira,—dijo Rosario;—el Tiznado se aguantará por la buena, porque si no se agüanta, quien le tizna soy yo.

—¡Ay madrecita mía! ¿Y quién le ha traído á usted, señorito?—dijo Gertrudis, y miró de una manera ansiosa y enamorada á Rosario.

Llegaron á la casa.

—¿Vas á descansar, hijo mío?—le preguntó Vicenta.

—¿Y cómo he de haberme cansado en dos leguas á caballo, después de haber estado durmiendo desde el oscurecer hasta el amanecer de un tirón. Voy á dar una vuelta por Sevilla, y á la hora de comer estaré aqui.

—Que no se nos vaya usted á perder, señorito,—dijo Gertrudis;—mire usted que hay aquí cada culebra que canta el credo.

—Bastante te importa á tí eso,—dijo Vicenta.

—Pues no me ha de importar, si el señorito es mi señorito?

—Anda, anda á la cocina, Gertrudis, y déjate de tonteríos,—dijo Vicenta.

Rssario salió: necesitaba estar en libertad; tenía el corazón oprimido; estaba ya en campaña, y la ansiedad la devoraba

Tenia necesidad de movimiento, de distracción, y Se-

villa para ella no era una novedad, porque había ido muchas veces con su padre.

Queria además saber si su Miguelito estaba de asiento en la quinta de los Prados, ó si iba y venia á su casa de Sevilla.

Rosario sabía por el tio Talones, que Caparrota vivia en la calle de Vizcainos, en la casa mejor y más grande, frente al café del Romano.

Pero Rosario no conocia á Sevilla; y en Sevilla, por su grande extensión y lo revuelto de sus estrechas calles, particularmente en aquel tiempo, era muy facil el perderse como en un laberinto.

Rosario echó mano á un esportillero, y le dijo:

—Llévame al café del Romano.

La calle de los Vizcainos no está lejos de la puerta del Arenal, y en algunos minutos el esportillero llevó á Rosario al café del Romano.

Rosario dió al muchacho dos reales de la plata menuda del cambio de una onza que le habían dado en la taberna, donde nos olvidamos de decir que el sonido de una onza sobre el mostrador causó una especie de espasmo.

Rosario se metió en el café, y fué á sentarse junto á una mesa que estaba delante de una ventana, por la que se veía el portal de la casa de don Miguelito.

El enorme portero, animal de cuarenta y cinco á cincuenta años, con su gran levitón y su gorra de librea, estaba á la puerta.

Juanón, que así se llamaba, fumaba tranquilamente, con una gran posesión de sí mismo.

Se acercó un mozo, y Rosario pidió un refresco.

—Hágame usted el favor—dijo al mozo,—de ir y decirle al portero de la casa de enfrente, que yo deseo hablarle.

—Muy bien, señorito,—dijo el mozo.

Y salió.

—Juanón,—dijo al portero,—ahí en el café está un buen mozo, tan buen mozo como yo; no he visto otro en todos los días de mi vida, que dice que quiere hablar contigo. Apuesto á que viene por la marquesa; pero, ¿y á tí qué?

—Pues eso digo yo,—contestó Juanón;—¿y á mí qué? se toma lo que dan y no se hace lo que encargan. Pues á fé, á fé, que no he quemado yo cartas que me han dado para la señora. Vamos á ver con lo que se descuelga ese buen mozo.

Y se entró en el café.

El mozo le indicó á Rosario.

Juanón se acercó.

—Para servir á usted, señorito,—dijo Juanón, á quien se le llenó el ojo al ver á Rosario, porque dijo:—Mucho será que éste no le haga un mal tercio al amo. ¡Vaya un prójimo!

—¿No adivinas tú para lo que te llamo yo?—preguntó Rosario.

Juanón sonrió de una manera estúpida.

Esta era una evasiva como otra cualquiera.

Juanón no quería soltar prenda.

—Oye tú,—dijo Rosario;—yo necesito que tú le hagas á tu amo una mala partida.

—Tantas cosas pueden ser una mala partida,—contestó Juanón;—que como usted no se explique, yo no puedo entenderlo á usted.

—Me estoy muriendo por la morena,—dijo Rosario.

—Pues mire usted, en la casa hay yo no sé cuantas morenas; pero bien es verdad que sólo siendo esa morena que usted dice la señora marquesa, puedo yo hacerle una mala partida al señor marqués.

—Pues te equivocas,—dijo Rosario;—porque sin ser la marquesa de Casa-Vaquera la morena que á mí me tiene sin alma, haciendo tú que yo me entienda con esa morena, le haces una mala partida á tu amo.

—Pues no sé, señorito, no sé.

—Es una morena á quien tu amo quiere.

—Pues no sé, señorito, no sé.

—Sí, hombre, sí; esa morena es la mujer del alcalde mayor, que hace un siglo vive en la quinta de los Prados con tu amo.

¿Doña Jacinta?—exclamó el portero.—Usted se equivoca, señorito; mi amo no hace caso de doña Jacinta.

—Bueno, eso á tí no te importa, —dijo Rosario;—lo que te importa es ganarte unos cuantos pesos. Allá va esa ochentina, pero no te vuelvo á dar ni un ochavo más, porque tú tienes cara de camastron, y no quiero romperte el alma porque me andes trasteando, sino cuando yo vea que me has servido.

—Vaya, pues venga la carta, señorito, que le aseguro á usted que la ha de recibír doña Jacinta. Si la carta fuera para la señora marquesa, francamente, la tomaría y el dinero que usted me diera; pero me guardaría muy bien de darle la carta, porque para que le suceda á uno una desdicha siempre hay tiempo; pero del alcalde mayor se me da á mí ménos que de una mosca. ¿Pero usted sabe, señorito que doña Jacinta está loca enamorada del señor alcalde mayor.

—¿Enamorada de ese vegestorio?—dijo Rosario.

—Pues ahí verá usted, señorito. Hay cosas que se ven y no se creen; y es la verdad que cuando una mujer no quiere hasta las entretelas á un hombre, no se lo come con los ojos como se come doña Jacinta con los ojos á su marido.

—Mira, siéntate en aquella mesa y pide lo que quieras, —dijo Rosario; - que yo voy á escribir la carta.

Y llamó al mozo y pidió recado de escribir.

Juanon se sentó en otra mesa y pidió una copa de rom.

Rosario escribió:

«Prodigio humano. ángel bajado del cielo para enamorar á la tierra; un desventurado agoniza por tí, respóndele una sola palabra, aunque sea un desden.—Vicente Canoso.»

Rosario había desfigurado completamente su letra.

Cerró la carta y la sobreescribió de la manera siguiente:

«A la excelentísima señora marquesa de la Pampanera.»

Rosario sabía que don Bartolomé era marqués de la Pampanera: pero no sabía que era marqués viudo.

Hizo seña á Juanón de que se acercase.

Este se acercó.

—¿Dónde está doña Jacinta?—le preguntó.

En la quinta de los Prados,—contestó Juanón.

—¿Y el marqués, tu amo?

—Poco antes de que usted me llamara llegó y está en casa, pero dentro de poco se irá, porque en casa para ahora muy poco, aunque viene todos los días: se está tres ó cuatro horas fuera, y luego, vuelve, toma el caballo y se marcha á la quinta.

—¡Y cuando recibirá mi morena esta carta?—dijo Rosario.

—Hoy mismo, porque hay la coyuntura de que Lola, una de las doncellas de su excelencia, ha venido por ropa blanca y se vuelve á la quinta; pero Lola querrá algo también; ¡y si viera usted que reterebuena moza es la Lola!

—Echamela para acá, hombre; y toma otro par de pesos; yo me entenderé con ella.

—¡Eso es, y pierdo yo el negocio!

—Lo ganas. Anda, anda, échame para acá esa perla.

—Veremos si quiere venir; en fin, yo haré lo posible para meterla en varas. Por supuesto, que en cuanto usted la vea, se le va á olvidar á usted la señora alcaldesa.

—Pues mejor,—dijo Rosario.—Vamos á ver la verdad.

Juanón se fué contentísimo con los seis duros que había pescado, y no pasaron diez minutos hasta que entró una joven verdaderamente hermosa, se acercó á Rosario y la dijo:

—Usted dirá lo que quiera, amiguito, pero Juanón me ha hablado de no sé qué negocio que usted tiene ó quiere tener en la quinta de los Prados.

—Siéntate, niña hermosa,—contestó Rosario,—y no mientas: lo que Juanón te ha dicho es que un buen mozo te esperaba aquí, *avillando* mucho *parne* y siendo más bonito todavía que una onza de oro, y á ti te han picado á una el interés y la curiosidad.

—¡Pues me gusta el desenfado!—dijo Lola, que era redicha y orgullosa, como toda doncella de casa grande, bonita y favorecida por su señora.

—¡Si sabré yo, Lola, que me vas á servir tú á mí de cabeza!

—Hombre, tanto se puede usted empeñar,—dijo Lola,—que se salga usted con la suya. Se entiende, si en ello no hay perjuicio.

—Todo el perjuicio que puede haber es para tu novio y para el alcalde mayor,—dijo Rosario.

—¡Hombre! ¡Pues me gusta! A pares,—exclamó Lola.

—¿Y qué más dá? ¿Crees tú que con una rueda sola anda un carro, ni que un buen mozo como yo puede estar con-

tento si no tiene para llevar colgadas de cada brazo una buena moza?

—Y otra agarrada á la capa,—dijo Lola,—y otra encima del sombrero, y otra que vaya por delante tirándole de la faja.

—Eso sería demasiado lío,—contestó Rosario;—lo que tú tienes que hacer es llevarle esa carta á la morena y hacerle bien las entrañas, y conseguir que la morena quiera hablar conmigo, y si tú haces eso, nosotros nos arreglaremos y nos arreglaremos bien, y nos comeremos por el pie al alcalde mayor.

—¡Ah, ya!—exclamó Lola.

—Pues por supuesto, hija, ¿para qué había yo de haber pensado en la gitana del alcalde mayor, sino para volverla loca y que le sacase al alcalde mayor hasta los redaños y me los diese á mí?

—Hombre, pues Juanón dice que usted ha sacado un bolsillo de media legua de largo, lleno de onzas de oro.

—¿Y eso qué le hace? Ese trigo es para sembrar y para que produzca más trigo, ciento por uno, ó mil por uno si se puede. Andame tú á labrar la tierra, y los dos partiremos la cosecha, y verás tú qué bien nos va; y por lo demás, chiquilla, no tengas tú cuidado ninguno; y ya estás despidiendo al novio si lo tienes, que yo no consiento que la mujer que tiene tratos conmigo hable con nadie, ni eso está fino ni decente.

—Tiene usted razon,—dijo Lola,—ni á mí tampoco me gusta eso, que no soy ninguna perdida, y llega usted á tiempo, porque la plaza está vacante; pues aquí donde usted me ve, yo soy una señorita, hija de muy buenos padres, y como me ven sirviendo, las personas decentes que á mí

podian gustarme, quieren gollerías que á mí no me convienen; y los que se casarian conmigo son lacayotes y ayudas de cámara indignos de mí; y vea usted ahí porque yo me estoy con el padre quieto y no quiero á nadie.

—Pero á mí me vas tú queriedo ya un poquito, ¿no es verdad?

—No digo que no,—contestó Lola;—por lo ménos me gusta usted mucho, ¿á qué negarlo? pero es menester que yo me convenza de que es un *paripé* lo que usted quiere tener con la alcaldesa, solo para sacarle las entrañas á su marido.

—Ya te convencerás tú de eso, si logramos que la morena entre en calores conmigo, y ya verás que disgustada está, y como se pone flaca y amarilla, y no podrás tener duda de que está enamorada y mal correspondida.

—Bueno, otra cosa,—dijo Lola,—no vaya usted á creer que porque yo le ayude y sea su novia de usted voy á ser su moza, que yo estoy criada en muy buenos pañales y no quiero darle disgustos á la pobrecita de mi madre, y el que venga á mí ha de venir con una casaca en la mano y bordada de oro.

—Pues, por supuesto, mujer, por supuesto,—dijo Rosario,—la casaca la tengo yo para tí, y el alcalde mayor nos la bordará

—Vaya, corriente,—dijo Lola,—me parece á mí que ya le quiero á usted más de un poquito, y se hará todo lo posible; pero haría usted muy bien en seguir mis consejos, porque yo conozco el terreno que piso y sé que ni con una carta ni con cien cartas, aunque estén escritas de ángeles, se consigue nada. A doña Jacinta hay que buscarle el bulto, no de frente, sino trasteándola, porque ha de saber usted

que no es mentira, que está enamorada de su viejo como si fuera el chiquillo más hermoso del mundo; pero para todo hay remedio. ¿Quiere usted venir á donde yo le lleve?

—Contigo voy yo aunque sea al infierno,—contestó Rosario.

—Pues mire usted, nos vamos á ir á la plaza de San Francisco, que allí vive un pintor, que por una onza, y de aquí á mañana, le hará á usted un retrato en miniatura que dará las todas.

—¿Y de qué conoces tú á ese pintor, chiquilla?

—¡Pues no es usted cosa de celoso que digamos!—exclamó Lola.

—Tú te has hecho un retrato para dárselo á alguien, y ese alguien debe ser una persona que haya podido gastarse una onza, porque no tienes tú cara de gastarte una onza en un retrato.

—Yo no me he retratado todavía, mozo bueno,—dijo Lola; —á no ser que usted me pague el retrato para tener el gusto de tenerlo, yo no me retrataré; y ha de saber usted que yo conozco á ese pintor; porque días pasados fué el cumple años del alcalde mayor, y su mujer, para hacerle un regalo, pensó retratarse secretamente y doña Patrocinio la trajo á Sevilla, casa de ese pintor, y yo vine con mi ama, y por eso lo sé, y mi ama se retrató. Con que aunque á mí me gusta que los hombres sean celosos, porque el hombre que no es celoso no quiere, dejémonos por ahora de celos, que no hay motivo, y eche usted á andar, y vámonos casa del pintor, que yo estoy de prisa, y dentro de poco tengo que volverme á la quinta.

A la ida á casa del pintor, Rosario metió en un montañés á Lola, y la convidó.

Cuando llegaron á casa del pintor, podia decirse que Lola iba ya con la cabeza perdida de enamorada.

Cuando salieron volvió á convidarla en otro montañés, y Lola se metió casa de sus amos, ya medio loca, ó loca del todo por su Vicentito.



Roaario fué á casa de su supuesta madre, porque ya era la una, y comió.

En cuanto comió se fué casa del pintor, y estuvo sirviéndole de modelo dos horas.

El pintor se comprometió á entregarle concluído al otro día el retrato, y con una plantilla que dió á Rosario, ésta se fué casa de un platero á buscar un medallón rico para el retrato.

Lola había convenido con Rosario que al otro día por la tarde le esperaría cerca de la quinta de los Prados.

CAPITULO XX

Trabajos de zapa

Al día siguiente, Rosario tuvo un buen retrato en marfil y en miniatura; le llevó casa del platero, donde había encontrado un medallón á su gusto, y éste puso el retrato en el medallón.

Aquel medallón era muy rico, esmaltado, con una Virgen de la Concepción en la una tapa y una Virgen del Carmen en la otra, orlado de perlas y pendiente de un hilo de gruesas perlas, con su broche.

Era un precioso y elegantísimo regalo, que hizo una sangria considerable en el bolsillo de Rosario, como que costó veinticinco onzas.

Armado con el estuche que contenía la joya, Rosario se fué á comer.

Al ir á entrar en su casa, salió de la puerta del mesón un buen mozo, agitanado, se la puso delante, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, meneando la cabeza y echán-

dose el sombrero atrás, *se rascó,* es decir, metió mano al bisturí.

Era el enamorado de Gertrudis, á quien ésta habia despedido.

Rosario, rápida como el pensamiento, no metió mano á su vez, sino que levantó la mano y se fué para aquel buen mozo.

Tal cara y tales ojos se le habían puesto á Rosario, que el buen mozo quitó la mano de su bolsillo, y dando dos pasos atrás, dijo:

—Hombre, pare usted la jaca, y no vaya usted á hacer algo por lo que no tenga remedio el que nosotros nos matemos; usted perdone, que cualqüiera se equivoca, y yo me he equivocado, que creí que era usted otra persona; con que quede usted con Dios, y salud.

Y echándose de nuevo el sombrero á los ojos, volvió la espalda y echó á andar.

¡Mira el pendon!—dijo Gertrudis, que estaba en una ventana.—¡Y qué haya yo querido á ese trasto! Vaya señorito, entre usted, que voy á abrir.

El guapo continuó su retirada, impasible como si nada hubiera oido.

—¡Ay, señorito,—dijo Gertrudis al abrir la puerta, qué valiente que es usted! ¡Quién le habrá traido á usted para que yo me muera?

—Anda niñita, anda,—dijo Rosario,—y sirve la sopa, que en cuanto coma, voy yo á dar un poseo á caballo.

—Pues deje usted, señorito, que en un momento voy yo al meson para que aparejen el bicho y no tenga usted que esperar.

En cuanto comió, Rosario se fué al meson de los Huevos,

y en cuanto entró y le vieron, un mozo le trajo el caballo.

Rosario montó á caballo, tomó hácia los Prados, atravesó el Guadaira, ganó la parte porterior de la quinta, y avanzó entre los árboles por la orilla del rio.

A poco se le presentó Lola muy compuesta, y con tantas flores en la cabeza, que parecia un jardin; pero colocadas de tal manera en sus profusos cabellos negros, que parecia muy bien.

Rosario echó pié á tierra, ató su caballo á un árbol y dijo á Lola:

—Ven aca, diosa de mi alma, vamos á meternos más adentro, que tengo que decirte, y no quiero que nos vean.

Lola estaba agitada, encendida, devoraba con los ojos á Rosario.

Se conocia que estaba y de todo punto enamorada de él.

Asidos de las manos, llegaron á un lugar espeso.

—Vamos,—dijo Rosario,—bájate el pañuelo y descúbrete bien la garganta, que voy á ponerte un collar que te traigo, corazon mio.

—¡Calla! ¿Me trae usted un collar?—dijo sonriendo, satisfecha Lola—¿Y el retrato? Aprecio yo más el retrato que el collar.

—El retrato está en el collar, cariño,—exclamó Rosario, dejando ver una sonrisa tentadora, irresistible, y una mirada de fuego á la pobre Lola, que tembló.—Mira.

Y sacó el estuche, y le abrió.

—Dios mio,—dijo Lola poniéndose pálida de emoción,—ese es un regalo para una duquesa, y yo no tengo ropa para ponérmela con el collar.

—Tú tendrás todo lo que quieras, niña mia.

—Pero ese no es su retrato de usted, esa es una Purísima.

—Vamos, estará por el otro lado.

—Pues tampoco: esta es una vírgen del Cármen.

—Abre esa tapa,—dijo Rosario.

Lola la abrió.

Debajo del cristal, sobre un fondo de raso azul, había un rizo de cabellos rubios que Rosario había cortado de una de las pelucas.

—Tampoco,—dijo Lola; yo estimo mucho este rizo, ¿pero y el retrato?

—Abre la otra tapa.

—¡Ay, qué bien!—exclamó Lola cuando le hubo abierto; —si está usted hablando, señor; muchas gracias, hijo mio. ¡Ay, Jesús, que yo creí que me había usted matado del todo! Pero todavía me quedaba una poquita de vida y me la ha quitado usted.

—Cierra el medallon,—dijo Rosario,—y déjame, que yo mismo te quiero poner el collar.

Lola abrió el pañuelo, y presentó su bonita garganta á Rosario.

Esta le puso el collar.

Lola sintió como fuego alrededor de su garganta.

—¡Ay, que me ha echado usted la cadena de esclava, niño mio!—dijo Lela.

—Yo me alegro muchp, chiquilla, porque el que tú me quieras me hace feliz; pero que el querer no haga que no des pié con bola, que ya sabes lo que hay que hacer, niñita, bonita mia; sobre todo, es menester hacerle una sangría suelta al alcalde mayor.

—¡Ay, Vicentito mio,—exclamó Lola,—que me cuesta ya trabajo el enseñarle tu retrato á la alcaldesa!

—Tú no tienes que enseñarlo, corazon.

—¡Ay! me alegro mucho,—dijo Lola;—de veras, Vicente mio, á nosotras no nos hace falta mucho para vivir; yo soy económica y hacendosa, ¿para qué queremos más riquezas que el amor que nos tenemos?

—Déjate tú, tonta, que el amor es muy bueno,—dijo Rosario;—pero con dinero es mucho mejor.

—¡Jesús! pero de celos se puede una morir,—dijo Lola, —y si una se muere ¿para qué quiere el dinero.

Rosario vió en el violento amor que en tan poco tiempo había causado en Lola, que tenía una dificultad; pero al mismo tiempo se alegró, porque encontró muy posible el que, á pesar del amor que Jacinta tenía al alcalde mayor se enamorase de ella tan mortalmente como se había enamorado Lola.

—Tú no tienes que morirte de celos por nada, ni por nadie,—dijo Rosario,—tanto más, que viendo la morena, que tú tienes al cuello mi retrato, conocerá que nos queremos, y tú quedas encima y no hay por que te aflijas.

—Pues qué, usted quiere que yo vuelva con el collar puesto, y qué me lo vean los amos?

—Pues claro está, chiquilla.

—¿Y qué van á decir los amos?

—¿Qué han de decir? Qne tú, porque lo mereces, tienes un novio decente que te hace bonitos regalos.

—Bonitos, riquísimos: esto debe haber costado un dineral.

—Más mereces tú, niña mia.

—¡Ay lo que yo le quiero á usted!

—Pues tu querer vale para mí todos los tesoros del mundo. Pero ten presente lo que te he dicho, corazoncillo: el amor solo es muy bueno, pero el amor con muchísimo dinero, es

muchísimo mejor. No tengas celos, trasteas tú á la morena, y todos los millones del alcalde mayor nos los tragamos y vivimos como duques.

—Pero si á mí no me hace falta sino el que usted me quiera,—dijo Lola.

—Pero yo quiero ser rico,—contestó Rosario;—y yo, como no me ayudes á ser rico, no cuentes con mi cariño, porque no me vuelves á ver.

—¡Ay! eso no; yo haré todo lo que usted quiera.

—Pues mira, chiquilla lo que vas á hacer es irte ahora mismo á la quinta con el collar puesto, y aprovechar la primera ocasión que tengas para presentarte á tu ama.

—¡Toma! enseguida,—dijo Lola,—¡si su excelencia no puede pasar sin mí!

—Bueno; como te ha de preguntar, la dices que yo soy tu novio, don Vicente Canoso, labrador de Cabra, que yo te quiero mucho, y que pienso casarme contigo, y que te he hecho ese regalo.

—Bueno, bien,—dijo como de mala gana Lola, porque hasta había llegado á tener celos de su ama.

¿Para qué sino queria su Vicentito que doña Patrocinio viera el retrato?

En fin, Lola se separó á duras penas y pesarosa de Rosario, y se volvió á la quinta, quedando citada con Rosario para el otro dia por la tarde en el mismo sitio.

Rosario montó á caballo y se volvió á Sevilla.

CAPITULO XXI

Primeros resultados.

Lola entró, en cuanto volvió de la quinta, en el gabinete de su ama.

Era la caida de la tarde.

—Con Patrocinio estaban Jacinta, doña Mercedes y sus dos niñas.

Don Bartolomé y Caparreta se paseaban por el jardín.

Habían visto cruzar por un ángulo á Lola; pero esto nada tenía de extraño.

—¿Me ha llamado usted, señora?—preguntó Lola á su ama acercándose á ella.

—No, mujer,—contestó Patrocinio,—no te he necesitado para nada.

—Es que yo había salido un poco á la orilla del río y podía ser que entretanto vuencencia me hubiera necesitado.

—¿Y qué tienes tú que hacer á la orilla del río Lola?—

dijo Patrocinio;—sobre todo, ¿qué collar es ese que traes?

—Es que yo no quiero tener secretos para vuecencia, porque vuecencia es muy buena conmigo,—dijo Lola,—y sobre todo, que vuecencia me aconsejará; y como lo que tengo que decir á vuecencia no tiene nada de particular, no me importa decírselo á vuecencia delante de esta señora: es que me ha salido un novio.

—Mira, Lola, desconfía de novios que empiecen haciendo regalos de ese género, esa es una bonita alhaja, una alhaja de precio.

—Como que mi novio es una persona muy decente y rico, y no crea usted, señora, que tiene mala intención, porque lo primero que me ha dicho es que se casará conmigo.

—Trae, trae ese collar, Lola,—dijo Patrocinio.

Lola se descolgó el collar y se lo entregó á su ama.

—Esta alhaja,—dijo Patrocinio,—vale de ocho á diez mil reales, y se conoce que esa persona tiene muy buen gusto; no puede darse nada más elegante. Es necesario que yo vea y hable á esa persona: tú eres una niña, Lola, y yo tengo obligación de cuidar de tí.

—El no rehuye eso, señora; por eso comprenderá vuecencia que viene con buen fin.

—¿Y vas tú á verle á la orilla del río?

—Sí señora,—dijo Lola.

—Eso no está bien hecho, mujer; si alguien te ve puede pensar mal de ti.

—Es que yo no me separo cuatro pasos de la quinta; y luego es muy bueno.

—¿Es joven?

—Sí señora, muy joven y muy buen mozo; pero vuecen-

cia le puede ver ahora mismo, porque dentro del medallón está su retrato.

—Vamos, vamos, en grande,—dijo Patrocinio riendo;—cambio de retratos, porque tú le habrás dado el tuyo?

—No señora, porque yo no le tengo me le tengo que hacer.

Patrocinio había abierto una de las tapas.

Pero había sido aquella bajo la cual estaban los cabellos.

—¡Cabellos y todo!—dijo Patrocinio;—y son rubios. Veamos, veamos la otra tapa.

Y la abrió.

—¡Ah! buen mozo, de veras,—añadió;—pero mira, Lola, este hombre tiene la mirada dura; este hombre tiene mala sangre; no te fies de él; tú no sabes de donde puede haber salido este hombre. Yo no quisiera ofenderle, pero me parece que este hombre anda más por el camino que por poblado.

—¡Qué! no señora: es un propietaria cordobés, de Cabra, don Vicente Canoso.

—¿Y por qué un caballiata no ha de ser propietario?—dijo Patrocinio mirando fijamente á Lola.

—A ver, á ver,—exclamó Jacinta acercándose.

Doña Mercedes se había acercado también y miraba la miniatura.

Tan trastrocada estaba Rosario en aquel retrato, que ni su propia madre la conoció.

Lola miraba con interés á las tres que se ocupaban en la contemplación del retrato.

La mirada de Patrocinio era tranquila; la de doña Mercedes indiferente y distraida; pero en la de Jacintilla había

un no se qué de extraño: como de asombrado, de conmovido.

El retrato le había hecho un impresión profunda, á pesar de su amor por su viejo marido.

—Vamos, vamos,—dijo Patrocinio, cerrando el medallón y dando el collar á Lola;—guarda eso y no te lo pongas hasta que te cases, si es que te casas; y si no debes casarte es necesario devolver esa alhaja: yo me alegraré mucho que te haya salido una buena proporción, Lola, porque te quiero; es necesario que yo vea á ese hombre y le hable.

—Pues mire usted, señora, mañana vendrá por la tarde.

—Bueno, pues mañana á la tarde estaré yo en la glorieta del jardín; le haces entrar.

—Muy bien, señora.

—Vete y guarda eso donde nadie lo vea.

Lola se fué.

Pasaron dos horas.

Había cerrado la noche.

Lola estaba apoyada en la barandilla de un balcón del comedor de invierno que daba al jardín.

Sintió que la ponían una mano en un hombro.

Se volvió y vió á Jacintilla.

—Pues no hace tanto calor,—dijo ésta,—para estar tomando el fresco á estas horas; por el contrario, el frío va apretando.

—Es que se me arde la cabeza, señorita,—dijo Lola;—y para ver si me aliviaba he abierto el balcón y me he asomado.

—Vaya, tu novio te trae á mal traer.

—¿Quién, yo?—dijo Lola;—yo no tengo novio.

—Vaya, mujer, ¿pues y el collar, y el retrato, y lo que le has dicho á tu ama?

—Lo que yo tengo, señorita, es que como una es pobre, el dinero la marea á una, y por el dinaro se mete una en unos líos que no sabe una como salir de ellos: yo tenía que decirla á usted una cosa y no me atrevía, y por eso se me arde la cabeza.

—Pero esplícate, mujer,—exclamó Jacinta.

—¿Qué le ha parecido á usted, señorita, el retrato de don Vicente?

—¿A mí? ¿y qué tiene que parecerme á mí el retrato de nadie?—exclamó Jacintilla.

—Vamos, señorita, que miraba usted el retrato con muchísimo interés: no tenga usted cuidado y confie usted en mí, que yo soy un pozo.

—Vamos, pues bien, ese retrato es muy hermoso; ¡tiene un no se qué!

—Pues mire usted, señorita, todo ese buen mozo,—dijo Lola,—se está muriendo por usted y está desesperado, y me ha dicho que si usted no le quiere se va á matar, y me ha ofrecido el oro y el moro porque la convenza á usted, y me ha dado ese retrato para que usted le conozca, y todo lo que yo he dicho es mentira, que don Vicente no es mi novio ni lo piensa; pero haremos el papel y engañaremos á medio mundo, para que si usted tiene lástima de él, pueda usted verle con más seguridad.

—Cállate, Lola, cállate, que tú eres el demonio,—dijo Jacintilla,—y te has equivocado: dile á ese señor, que no, que no piense en eso, que yo lo siento mucho; pero que quiero á mi marido y no pienso en faltarle en nada, ni aun con el pensamiento.

—Bueno, señorita, se lo diré; pero ese pobre joven se va á desesperar y va hacer alguna atrocidad consigo mismo.

—Que haga lo que quiera,—dijo Jacintilla con impaciencia,—no me hables más de eso. Ea, métete dentro y cierra el balcón que entra frio.

Jacintilla se alejó de muy mal humor.

Llevaba ya la primera toma del veneno en el alma.

La inquietaba el recuerdo del buen mozo de las patillas rubias.

Pero se sentía incapaz de faltarle á su Bartolomé, mejor dicho, ni aun pensaba en ello.

Sucedía lo que debía suceder.

Jacintilla amaba á su marido.

Le parecía su marido muy bien; pero aparecía de improviso un sér que sin que ella se lo explicase la fascinaba.

Don Bartolomé tenía la terrible contra de los años.

Jacintilla había amado y amaba su alma, y por su alma le parecía don Bartolomé joven y hermoso.

Pero esto era una fascinación.

En el retrate había visto Jacintilla, en la expresión, en la mirada, un alma de fuego, y luego una gran juventud y una gran hermosura; el amor completo.

Jacinta, pues, se sentía preocupada.

Quería desechar el recuerdo que había impreso en ella aquel retrato tantador, y no podía.

Pasó inquieta la noche.

Por la mañana Lola la dijo:

—Usted ha dormido mal, señora, tiene usted ojeras.

—Vaya, déjame en paz,—contestó Jacinta.

—¡Pobrecito! ¡Se va á morir!—dijo Lola;—¡y tan buen

mozo! ¡Si usted le viera, señora! ¿qué tiene que ver el retrato con lo que él es?

—Lola, que me dejes en paz,—dijo Jacinta de muy mal humor;—te prohibo que me hables más de eso porque si sigues así, se lo cuento todo á tu ama.

—¡Pobre joven! —exclamó Lola.

Jacinta se fué.

Durante todo aquel día estuvo inquieta y triste, y tuvo que sufrir á don Bartolomé, que se desvivía creyendo que estaba mala.

Y no se engañaba.

La enfermedad del alma de Jacintilla crecía; y la desesperaba, porque decía:

—Si yo quiero á mi Bartolome, ¿por qué no puedo olvidarme de ese hombre? ¿por qué una tentación se me va y otra se me viene de darle una cita para conocerle?

Por la tarde, Lola se acercó á Jacinta, y haciendo que hacía, permaneció algún tiempo al lado de ella.

Jacinta no se iba.

—Vamos, señorita,—dijo acercándose más á ella,—¿me deja usted que me atreva?

—¿Y á qué te has de atrever?—contestó Jacinta.

—Mire usted, dentro de poco tengo yo que ir á la orilla del río, donde me estará esperando don Vicente: ¿quiere usted que le diga que á usted no le ha parecido mal?

—No, no le digas eso; de ninguna manera,—exclamó Jacinta que estaba ya mucha más domesticada:—dile que te he dicho que no, que no puede ser, que se olvide de mí.

—Diga usted, señorita, aunque no sea más que por curiosidad, ¿no quiere usted verle?

—¡Vaya! ¡Pues me gusta!—dijo Jacinta,—sería menester darle una cita.

—No, señora, no,—dijo Lola;—usted puede verle sin citarle, porque ya sabe usted que él va á entrar en el jardín á hablar con la señora; y como la señora estará en la glorieta, por entre los laureles le puede usted ver y le puede usted oir, sin que ni él ni la señora se aperciban de que usted le ve y le oye.

—Bueno, pero guárdame el secreto, Lola.

—Descuide usted, señorita, que yo soy un pozo; ni á él mismo se lo diré.

—Pues por supuesto, mujer, que yo no quiero que él cobre esperanzas.

—Pues me voy á verle, que ya me estará esperando,—dijo Lola.

Y se fué.

Jacinta se quedó mucho más inquieta y dudando de si iría á ponerse en acecho para conocer á don Vícente.

Lola se fué á decir á Patrocinio que iba á ir á donde la esperaba su novio, y á llevarle al jardín.

—Ve y no te entretengas,—la contestó Patrocinio.

Un momento después, con la buena intención de proteger á su doncella, Patrocinio estaba en la glorieta, cubierta de laureles, del jardín.

Jacintilla bajó al jardín á su vez, y deslizándose por entre las espesuras, fué á ponerse en acecho junto á la glorieta.

Vió que Patrocinio estaba allí sola y tranquila.

Entre tanto Lola había llegado al lugar donde la tarde antes había hablado con Rosario.

La encontró allí.

—¿Ha esperado usted mucho, Vicente?—le preguntó.

—Muy poco,—contestó Rosario,—pero ese poquito me ha parecido una eternidad.

—Jesús, yo me estoy muriendo,—dijo Lola,— y tengo unos celos que no me caben en el cuerpo, y me desesperan; yo no sé cómo puedo disimularlos.

—No tengas tú celos, niña de mis entrañas,—dijo Rosario,—que no tienes por qué tenerlos. Pero vamos á ver: ¿qué ha sucedído? cuéntame.

Lola hizo una relación exacta á Rosario.

Esta tuvo que hacer un poderoso esfuerzo para dominar la alteración que le causó el saber que iba á hablar á solas con Patrocinio en el jardín.

—Vamos, ande usted, y no se entretenga usted,—dijo suspirando Lola,—lo que hay que hacer, hacerlo: la señora me ha dicho que no tarde mucho.

—Pues vamos, hija, vamos, á mí también me cuesta trabajo. Pero en fin, así estaremos más seguros: se creerá que somos novios y tendremos más libertad y más medios para llegar á nuestro fin.

Y siguió Lola.

La situación en que Rosario se encontraba era suprema.

Iba á encontrarse frente á frente de la mujer que aborrecía, y cuya vida le estorbaba.

¿Tendría valor para contenerse?

¿Sucedería si ella representaba bien su papel de hombre, que Patrocinio se enamorase de ella?

No lo creía.

Ella enamorada hasta el delirio por Caparrota, no podía comprender que una mujer á quien amaba Caparrota pudiese amar á otro hombre.

¿Debía ella aprovechar la ocasión y acabar con Patrocinio?

Esto no podía ser.

Había que buscar un medio indirecto, seguro, preparar la ocasión, hacer de manera que Caparrota no pudiese ni aun sospechar que había sido la causante de la muerte de Patrocinio.

Era necesario, pues, para aquella peligrosa entrevista, un gran valor y una gran serenidad.

Todo esto lo pensó Rosario en el breve espacio que tardó en llegar con Lola á la glorieta donde esperaba Patrocinio.

Iba ya perfectamente serena.

Se quitó el sombrero y saludó cortesmente á Patrocinio, como pudiera haberlo hecho un hombre bien educado.

El fingido don Vicente. se hizo completamente simpático á primera vista á Patrocinio.

—Vamos, déjanos solos: tu no puedes oir, Lola, lo que yo hablo con este señor,—dijo Patrocinio.

Lola salió.

La Jacintilla miraba con toda su alma á Rosario por entre el follaje de los laureles que cubrían el pabellón, y empezaba á sentir una especie de vértigo.

—¡Ay, madrecita mía,—exclamó,—y qué penitas se pasan en el mundo! ¡Y yo que creía que quería á mi Bartolomé todo lo que yo podía querer!

—Esto está demasiado fresco,—dijo Patrocinio, con una completa naturalidad,—y tenemos que hablar mucho menos de lo que yo creia. Concluiremos, pues, pronto.

—Cuanto antes, señora, puesto que está usted incómoda.

—Y usted lo está tambien,—dijo Patrocinio;—lo cierto es que aquí hay humedad, y no he querido recibirle á usted

dentro por evitar deducciones de los criados. Ese regalo de algún valor que ha hecho usted á Lola, me inquietó, porque la estimo mucho; pero á primera vista me ha parecido usted un hombre de honor, y no tengo que decirle á usted otra cosa, sino que espero que usted no dará lugar á que yo vea que me he engañado. Lola sirve; pero es hija de buenos padres, está bien educada, es honrada y pura y bastante bella para que yo comprenda el amor que ha causado en usted.

—Señora, yo siento por ella un verdadero amor del alma,—dijo Rosario;—y si tratándonos comprendo que puedo hacerla feliz, y ella puede hacerme feliz á mí, tendré el honor de pedir á vuecencia su mano.

—Bien, bien,—dijo Patrocinio, levantándose;—yo me alegraré mucho de que ella sea feliz por usted, y usted feliz por ella. Creo que usted no cometerá imprudencias, y que para tratarla se valdrá usted de buenos medios; pero nada de citas á la orilla del río, porque si estas citas continuan, yo no podré conservar en mi servicio á Lola. Lola saldrá cuando quiera con el ama de gobierno. y al lado del ama de gobierno podrá usted tratarla. Inútil es decirle á usted que nosotros dotamos convenientemente á Lola, porque eso debe usted suponerlo, y cuando llegue el caso apadrinaremos la boda.

—Muchas gracias, señora,—dijo Rosario;—me confieso obligadísimo á vuecencia, y procuraré no dar lugar á que vuecencia piense mal de mí. Beso los piés á vuecencia.

—Lola,—dijo Patrocinio, yendo á la entrada del cenador —guía á este caballero hasta el postigo. Adios, que usted lo pase bien.

—Para servir á vuecencia, y con toda mi alma, señora, —contestó Rosario.

Patrocinio se fué.

—Esta noche á las doce,—dijo rápidamente Lola, —estaré yo en la reja de la tapia del jardín que está junto al postigo.

Y enseguida se puso en marcha para guiar á Rosario.

Cuando llegaron al postigo se despidierou de buena manera, temiendo ser observados.

Rosario salió y Lola cerró el postigo.

La Jacintilla se había escurrido de su acechadero, inmediatamente después de haber desaparecido Patrocinio.

Iba ya completamente trastornada y más inquieta, más vaciladte y más combatida por la tentación que cuando había ido á ponerse en acecho.

—¡María Santísima!—decía,—¡que *gachó!* ¡que bendición de Dios! ¡qué hermoso! Los quereres de ese hombre, deben ser la gloria. ¡Jesús Dios mío! ¿Y que me voy yo á hacer ahora? Si esto sigue así y va creciendo, dentro de tres días me espanta á mí mi Bartolomé y no voy á poder resistirle ¡pobrecillo! ¡él que es tan bueno, que me adora! Vamos, es menester quitarse esto de la cabeza, y que ese mocito se vaya á paseo, por que si no, ¿adónde vamos á parar?

Jacintilla se metió en la casa y procuró dominarse.

Era necesario que su Bartolomé no se apercibiese de nada.

Demasiado atragantado estaba el pobre con ver á su Jacinta pálida y ojerosa y creyéndola enferma.

El diablo en forma de Rosario suplantada en hombre, había metido allí la pata.

Para don Bartolomé empezaban ya los primeros amargos tragos de la luna de hiel.

Su Jacinta se le descomponía.

Empezaba á alejársele.

Si él hubiera podido sospechar esto, no sabemos lo que le hubiera acontecido.

Jacinta era de una naturaleza enérgica, y las perturbaciones de estas naturalezas sobrevienen al principio de las situaciones graves, en los momentos de lucha.

Pero cuando la lucha ha cesado, la perturbación cesa también.

La Jacintilla empezaba á transigir, no con su conciencia porque no la tenía, sino con aquel brusco cambio de sentimiento que ella no se explicaba.

De su perturbabión no la quedaba otra cosa que las ojeras.

Lola, que no era tonta, se apercibió con no sabemos que despecho, de que Jacinta, valiéndose de una frase vulgar, entraba en varas.

La inquietaba esto extraordinariamente.

Jacinta era muy hermosa, lo que constuía en ella una rival terrible, y no se fiaba mucho de las protestas de su Vicentito.

Tal vez, y sin tal vez, Vicentito la engañaba y no la hacía el amor sino porque ella le sirviese en sus amores con Jacin ta.

Pero no había medio.

Era necesario aceptar la situación tal como se presentaba.

Además de esto, Lola había cobrado algo que podía llamarse miedo por don Vicente.

Y luego ¿por qué no creer que don Vicente era un tuno muy largo, y que el único objeto que tenía era chuparle á Jacinta por el amor gran parte de la inmensa fortuna de don Bartolomé, y que al poner los medios para esto, y al conocerla á ella, de ella se hubiese enamorado?

¿Para qué necesitaba don Vicente enamorarla, si no la quería, cuando podía servirse de ella pagándola?

No hay mujer en la cual, el amor propio, no sea una pasión dominante, y el amor propio; hacía creer á Lola que ella era mucho más hermosa que Jacinta.

Además, ella aun no había querido á nadie, y esta circunstancia debía ser muy grata para don Vicente.

Aquella noche Lola, se puso en el mismo balcon que la noche anterior.

—¿Te duele esta noche tambien la cabeza?—dijo á poco junto á ella Jacintilla.

—No, señora, no,—dijo Lola,—es que yo la esperaba á usted.

—¿Cómo qué me esperabas?

—Sí, señora; yo creo que usted tendrá curiosidad por saber lo que me ha dicho don Vicente.

—¿Pero no le has dicho tú á ese hombre que no?—contestó Jacintilla.

—Sí, señora que se lo he dicho.

—¿Y que ha dicho él.

—¿Qué ha de haber dicho, más que ponerse muy triste y darse á los diablos? Pero como los enamorados, son testadaros, señorita, me ha dicho que le diga á usted que no sea usted cruel, y que siquiera consienta usted en que él la hable á usted una vez en toda su vida.

—¡Pero si esto es imposible!—contestó Jacintilla.—

¿Cómo le voy á hablar yo? Y además yo no quiero, no puedo separarme de mi Bartolomé.

—Pues mire usted, señorita, dice que para que usted no tenga nada que perder ni la pueda usted ver nadie, él vendrá esta noche á las doce para si usted quiere hablar con él por la primera reja que está junto al postigo del jardín.

—Vamos, ese hombre está loco; vuelve á decirle que no, y que haga lo que quiera, y métete dentro y cierra el balcon, que hace frío.

Jacintilla se fué, al parecer irritada.

—Pues señor,—dijo Lola, cerrando el balcon,—esto va bien. Con tal de que el otro no esté enamorado de ella y me esté á mí engañando...

Un poco antes de las doce; Lola se escurrió silenciosamente de su cuarto.

Bajó al jardín y se fué impaciente, palpitante, enamorada, á la reja situada á la dereha del postigo.

Después del saludo y de las primeras ternezas, Rosario preguntó á Lola:

—¿Y cómo vamos de nuestro negocio?

—Vaya, muy bien,—exclamó Lola;—la señorita Jacinta me parece que se ha enamorado de usted, pero no vaya usted á enamorarse de ella, porque eso no me tiene á mí cuenta, y soy capaz de tirar de la manta.

—Descuida, mujer, descuida,—dijo Rosario,—que me has cogido de tal manera el corazón, que no me has dejado ni una pizca para nadie. Pero ¿por qué no ha bajado esta noche?

—¿Y cómo quería usted que bajara? Ella tendrá que componerse para dársela á su marido, que es muy celoso. En fin, veremos si mañana puede bajar, y sino, ya se buscará

otro medio. Algunas veces, en vez de salir yo para ver á usted acompañada del ama de gobierno, saldré con la señorita Jacinta: ¿y qué mejor ocasión?

Después de esto permanecieron hablando una hora Rosario y Lola, y de tal manera se mostró apasionada y zalamera Rosario, que Lola se volvió á su cuarto medio muerta, y no pudo dormir en toda la noche.

CAPÍTULO XXII

De lo que hablaron dos mujeres pelando la pava

Quien hubiera observado á Jacinta al día siguiente, hubiera visto que, procurando que no la viesen, andaba por entre las espesuras del jardín inclinándose de tiempo en tiempo para cortar un tallo de yerba, que guardaba inmediamente en el bolsillo.

Al momento se metió en su tocador, se encerró y se puso á estrujar como podía en una taza y con una cuchara las yerbas que había cojido.

Cuando las tuvo bien machacadas, no sabemos á costa de cuanta paciencia, las estrujó fuertemente, valiéndose de un pañuelo, donde las retorció y obtuvo una cantidad de líquido verdoso, equivalente lo que podía caber en medio cascaron de nuez mediana.

Puso aquel extracto en un botecito y guardó el botecito en el pecho.

Hizo desaparecer los vestigios de aquella especie de operación que había hecho, y se bajó al jardín, donde estaba cosiendo al sol en una galería, Lola.

No podía oirlas nadie.

—Vaya,—dijo Lola,—¿sabe usted que me va usted tomando cariño, señorita Jacinta, y que esto me da valor para seguir siendo abogada de pobres?

—Me iré si empiezas de nuevo,—dijo Jacinta.

—Pues mire usted, señorita,—dijo Lola,—á su cargo de usted irá lo que suceda, porque ese pobre señor me ha dicho, que si usted no baja esta noche á la reja se va usted á despertar del ruído del tiro que él se va á pegar junto á la misma reja.

—¿Y crees tú que será capaz de hacer eso?—dijo Jacintilla, que solo necesitaba un pretexto para ceder.

—¿Que si lo creo? Yo quisiera que le hubiera usted oido anoche: el hombre está loco, desesperado, y me daba una lástima que me partía el corazón: yo hubiera querido poder consolarle, porque aquello no se podía resistir. Vamos, sea usted buena, señorita; baje usted esta noche; mire usted que si usted no baja, á ese pobre le va á suceder alguna desgracia.

—Bien, bueno,—dijo Jacinta;—bajaré para desengañarle, porque esto no puede continuar así.

—Pues bueno, váyase usted, señorita, no sea que sospechen porque nos vean hablar á solas y en secreto.

Jacinta se fué ya mucho más tranquila porque se había decidido.

Ni aun ojeras tenía ya.

Don Bartolomé volvió á vivir.

La palidez y las ojeras de su mujer le habían tenido agonizando.

Pasó la tarde: llegó la noche.

Don Bartolomé, antes de acostarse, tomaba una gran taza de té con leche.

Aquella noche la Jacintilla le sirvió la taza.

—Niña,—la dijo don Bartolomé cuando la hubo bebido; —cuida otra vez de hacer el té por tí misma, porque aquí no estamos en nuestra casa y no podemos poner faltas; pero este té está recocido; sabía así como húmedo, y aun estaba un poco amargoso.

—Pues no, no, hijo mío,—dijo la Jacintilla;—yo misma he echado el té en la tetera.

—Vamos, pues sería mi boca; la bilis; ya se ve; ¡he sufrido tanto con verte pálida y triste! ¡Me parecía que no me querías ya!

Esto fué una advertencia para Jacintilla que extremó sus mimos y sus monadas para con su viejo marido.

A poco don Bartolomé se durmió profundamente.

No eran, ni aun con mucho, las doce de la noche.

La Jacintilla cuando vió que su marido estaba profundamente dormido y que el reloj del dormitorio marcaba las doce ménos diez minutos, apagó la luz y para bajar al jardín, en vez de atravesar la casa, se deslizó por el balcón á la reja que habia debajo.

La gitana era una ardilla.

Atravesó rápidamente el jardín y se acercó á la reja indicada.

Allí estaba ya Lola; pero no había abierto la reja.

Se oía fuera un tosido leve; pero impaciente.

—Vamos, gracias á Dios, señorita,—dijo Lola,—no me ha costado poco trabajo el reducirla á usted á que tenga usted compasión de ese pobre.

—Sí, sí; pero no voy á estar más que un momento,—dijo Jacintilla.

—Estese usted lo que quiera, que yo voy á abrir la reja.

Y sobre la palabra la abrió.

—Vamos, deme usted las gracias, señor don Vicente,—dijo;—aquí tiene usted á la señora: yo voy á ponerme de guardia, no sea que nos sorprendan cuando yo tosa récio es que hay moros en la costa.

Lola se retiró.

Jacinta se acercó estremecida á la reja.

—Oiga usted,—dijo á Rosario,—he venido porque no podía pasar por otro punto: ¿usted sabe? y yo no quiero andar con hipocresías: le quiero á usted; pero esto, hijo mío, es un disparate: mi marido es una persona que no merece que yo le engañe: y á más de eso, que yo no podría engañarle mucho tiempo porque es muy celoso, y en la luz del sol ve bultos.

—Pues que vea todos los bultos que quiera, hermosa mía,—dijo Rosario;—pero yo no puedo vivir sin usted; usted no sabe lo que yo he penado y he sufrido ya por usted, corazón, y si usted no se decide, lo que es yo palmo.

—Es que yo no quiero que usted palme, hombre, ni yo tampoco quiero palmar: tranquilícese usted, que la cosa no es para tanto y deje usted, que con el tiempo viene el tiento, y lo que no es hoy tal vez sea mañana.

—Eso es escapárseme, hija mía,—dijo Rosario,—eso es que usted tiene buen corazón, lo que haría que yo me enamorara más de usted, si fuera posible que yo me enamorase más, y quiere usted darme la entretenida.

—Mire usted, de verdad,—dijo Jacinta,—yo no sé todavía si le quiero á usted ó no le quiero de veras: deje usted

que pase tiempo, porque yo se lo confieso á usted, haré todo lo posible para que se me quite esta tontería que tengo en la cabeza. Y mire usted, si yo averiguo al fin que le quiero á usted, yo no soy para engañar á un hombre y atormentar á otro, porque no; y mientras mi marido no se muera cuente usted con que no me quiere usted ni yo le quiero.

—¿Pues quien piensa en otra cosa? Pues qué, ¿cree usted señora, que yo puedo sufrir el que una mujer que yo quiera sea de otro hombre? El alcalde mayor es ya muy viejo: el día menos pensado le da la pataleta y se queda usted muy ricamente viuda.

—Calle usted, hombre, no me diga usted eso,—contestó Jacintilla,—que aunque me ha hecho usted hoyo sin saber yo cómo ni por qué, le tengo mucho querer á mi marido, un querer entrañable, y no quiero pensar en que se va á morir, porque yo quisiera que fuera eterno.

—Pues aunque reventara por un lado ese vejestorio, ¿qué le haría?

—Vamos, hombre, usted va á dar lugar á que yo me marche y no le vuelva á usted á mirar á la cara.

—¿Qué se ha de ir usted, cristianita, si usted está que no vive y aleteando por mí?—dijo Rosario.

—Pero señor, ¿por qué serán tan presumidos los hombres?

—Pues no estoy yo viendo que no puede usted respirar, mujer, y que tiene usted la voz turbada y que parece quo no sabe usted lo que se dice? Como si uno no supiera lo que es el querer de una mujer; y yo que he desesperado á tantas que se han muerto por mí: usted hará lo que yo le mande, gitana, y á los dos nos vendrá muy bien, porque yo no le he de mandar á usted más que lo mismito que usted quiera; y deme usted esa mano, gloria, para que nos

juremos eterno amor, amor hasta la muerte y hasta la eternidad.

—Tome usted, hombre, no le vaya á usted á dar algo,—dijo Jacinta.

Y enseguida añadió:

—¡Ay, madrecita mía, y qué mano tiene este hombre, que parece la mano de una mujer.

—Es que Dios me ha hecho á mí las manos muy bonitas, niña, y que me las cuido mucho.

—Ya, ya se conoce.

—Y usted las tiene que parecen de seda,—dijo Rosario; —¡ay, qué manos tan ricas!

Y besó de una manera apasionada la mano de Jacintilla.

—¡Ay, Jesús!—exclamó esta.

—¿Se ha quemado usted, hermana?

—Yo no sé lo que me pasa,—dijo Jacinta,—usted me va á perder á mí.

—Pues, mejor, porque perdernos el uno por el otro es ganarnos,—dijo Rosario.

—Pero mire usted, hombre, que para vernos tenemos que valernos de mañas, y que no lo entienda nadie, y si es menester, ni la misma Lola.

—Pues usted dirá, cariño,—contestó Rosario;—con tal de que yo tenga libertad de verla á usted y de hablarla largamente.

—Eso no podrá ser más que muy de tarde en tarde,—dijo Jacinta,—á no ser que encontremos un medio, como ya le he dicho á usted, para vernos fuera de la casa. Yo no puedo darle á mi marido todas las noches en el té lo que le he dado esta noche para que duerma, ¡ay no, no señor, pobrecito! ¡le podía costar la vida!

De tal manera se había impresionado Jacinta por Rosario, que no quería tener para ella secretos, y entregada ya, la confiaba que había adormecido á su marido.

—¿Conque usted ha hecho eso; gloria?—exclamó Rosario.

—¡Ay, sí señor! ¡estaba usted tan pesado, hombre...! y luego, como le habia dicho usted á la Lola que me iba usted á despertar del zambombazo de un tiro que se iba usted á tirar, yo dije: ese diablo de hombre es capaz de hacerlo como lo dice; es menester quitárselo de la cabeza, yo no quiero que se mate, ¡pobrecito! ¡Jesús, y qué miedo pasaría yo por la noche si un hombre se matara por mí! ¿Y qué había que hacer, válgame Dios? ¿Cómo bajaba yo si mi marido no se dormia con un sueño tan grande que no lo pudiera despertar ni la trompeta del juicio final? usted tiene la culpa, porque ahora, mi pobre marido va á andar unos días como atontado, que no sabe usted lo que puede el zumo de la yerba que yo le he dado á mi marido: con otro tanto más se muere.

—¿Y qué yerba es esa, cariño! preguntó llena de curiosidad Rosario.

—Calle usted, que yo no sé como se llama; los gitanos la llamamos la modorrera. ¡Ay Dios mío, que ya se me escapó! y eso que yo no quería que usted supiese era gitana.

—¿Y por qué, hija mia? ¿Pues y eso qué le hace? Miel sobre ojuelas, ¿con que es usted *gachí*, corazón! Pues á fé, á fé, que no tenía yo ganas de tener quereres con una chavosita. ¡Válgame Dios, señora á mí me va á dar algo! ¡Jesús mio, y qué morenilla tan rica!

—¡Y qué no es zalamero y dulce que digamos el niño! —contestó derritiéndose la Jacintilla.

—¡Ay, prodigio, que lo que yo la digo á usted se me sale

de las entretelas del alma! ¿Y por qué se ha de espantar usted de lo apasionado que yo por usted ustoy, cuando usted tiene el ejemplo de que el señor alcalde mayor, con todos sur tûfos, se ha casado con usted sin mirar si era usted ó no era usted gitana?

—¡Ay, Jesús, que mi marido cree que yo no soy gitana! Que le hemos engañado entre el marqués, la marquesa y yo y le hemos contado un cuento y él se lo ha creido, y se le han presentado unos papeles mojados y él se lo ha creido, y el hombre, como si hubieran sido tan verdaderos, como el librito de los cuatro Evangelios, de cabeza, hijo mio, de cabeza, y tardándole el tiempo, que á cada minuto que pasaba, el hombre se queria ahorcar.

—Vamos,—dijo Rosario;—y usted se casó con él por ser marquesa y tener mucho dinero.

—Pues mire usted, á nadie le amarga un dulce,—dijo Jacintilla;—pero no fué por eso por lo que yo me casé con él; aunque no hubiera tenido un cuarto me hubiera casado también.

—Vamos, usted se casó de lástima.

—No, señor, que aunque yo soy caritativa, y si he tenido dos, le he dado uno á un pobre que me he encontrado, yo sé muy bien que la caridad bien ordenada empieza por uno mismo, y no me hubiera yo sacrificado porque á otro no se lo llevaran los *mengues* me casé con él porque sí, porque lo quería, porque estaba loca por él.

—¡Hombre! ¿por un *puró*?—exclamó Rosario.

—Tanto como *puró* no, hijo mío; usted no le conoce, porque si usted le conociera, vería usted que es un viejo aseadito, y vale más que muchos muchachos.

—¡Vaya si conozco yo á don Bartolomé!—dijo Rosario.

—Y él me conoce á mí también; y mire u'ted, si él no me hubiera conocido, yo no hubiera conocido á usted, porque ha de saber usted, que cuando yo la conocí á usted, para morirme de repente en cuanto la ví, fué en las bodas de Isidro, el de Guillena, con la Serafina.

—¡Ay! Pues yo no me acuerdo de haberle visto á usted allí.

—Es que allí había mucha gente, hermanita; y luego, yo me puse tan malo de veritas, de haberla visto á usted, que me tuve que salir, ir á mi casa, acostarme y llamar al médico.

—¡Ay, y qué fuerte le da á usted, hijo mío!—dijo Jacintilla.

—Pues no que á usted... y se está usted muriendo por mí.

—Vaya, hombre, no pondere usted, que no es para tanto,—dijo Jacintilla, picándose un poco, porque al fin era mujer.

—A mí no me venga usted con esas, niña,—dijo Rosario,—que yo sé bien como me quiere á mí una mujer y como no me quiere, que estoy yo muy acostumbrado á ser querido, y por muy reales hembras ¿usted entiende? y tengo el gusto muy delicado, y si usted supiera como tengo yo el gusto, estaría usted reventando de satisfacción, porque mire usted que para que yo me enamore, es menester que una mujer sea una diosa.

—Calle usted, hombre, calle usted, y no sea usted fanfarrón, porque mire usted que puede usted haber dado con la horma de su zapato.

—Ya es después, niña: usted ya está como tiene que estar para toda su vida. ¡Vaya! ¿si lo sabré yo? Sería usted la

primera que no se hubiera muerto por mí. Calle usted, mujer, que eso no puede ser.

—¡Jesús, qué hombre! ¡yo me sofoco!

—¿A qué se ha casado usted con ese vejestorio, Señor?—exclamó Rosario.

—Pues mire usted, cuando usted me conoció todavía estaba yo soltera.

—¡Qué lástima, Señor! -dijo Rosario; -Mire usted como se enredan las cosas: ya se ve, si yo, del susto y de la sofocación que cogí cuando la ví á usted, estuve un mes en la cama si me voy, si no me voy.

—Hombre, no sea usted ponderativo,—dijo la Jacintilla,—que las cosas están buenas en su punto, y si usted sigue así, voy yo á creer que está usted de *guasa* y vamos á acabar con la poca amistad que tenemos. ¡Pues me gusta, hombre! ¿Qué se le ha figurado á usted? Si á usted todas las mujeres á quienes les ha dicho usted, ojos negros tienes, le han querido y se han vuelto locas por usted, yo sin decirle á ningún hombre nada, y sin querer á ningún hombre, y sin que me den lástima, los he visto morirse á chorros por mí; y si no, ahí está usted, que no más que de verme ha estado usted seis meses malo y medio muerto del susto.

—No tanto; criaturita; pero lo que sí le digo á usted, es que si usted no baja á la reja, ó si bajando usted á la reja, me dice ueted que usted no me quiere, yo me liquido, me paso á la otra banda, me voy, que yo no hubiera podido vivir de desesperado. ¡Y pensar que esta real hembra, este pedazo de cielo, esta maravilla del mundo, ha querido y quiere todavía á un vejete como don Bartolomé!

—Calle usted, hombre, que yo soy muy sensible,—dijo Jacintilla,—y don Bartolomé tiene tanto pico como usted,

ó más, y se le ponen los ojos de enamorado hombre, que no se puede resistir.

—¿Qué tiene don Bartolomé la lengüecita que yo tengo? —dijo Rosario;—¿Cuánto apuesta usted á que no?

—Hombre, es verdad, dice usted muy bien; porque usted me está haciendo pasar á mí, de zalamero y de meloso, lo que no me ha hecho pasar mi marido. ¡Ay; madrecita de mi alma! Y que estoy viendo que otro tanto como se me va usted entrado en el alma, otro tanto se me va saliendo del alma mi marido, y si se me sale del todo, Dios mío, ¿qué voy yo á hacer? ¿cómo me voy yo á gobernar? ¿qué fortunita va á ser la mía? ¿cómo me voy yo á poder vivir con un hombre á quien no quiera? ¡Ay, Señor, y que me parece que eso ha sucedido ya! Oiga usted, ¿quiere usted que hagamos una cosa?

—¿Y qué cosa quiere usted que hagamos, bendición?

—Oiga usted, las cosas no hay que hacerlas así súbitamente, porque como usted conoce, las cosas muy súbitas salen mal.

—Según y cómo; hay cosas súbitas que salen muy bien; y cosas muy pensadas que salen muy mal; pero usted dirá, cariño.

—Oiga usted, vamos á esperarnos á ver si esto es verdad: si á usted le dura el querer que usted dice que me tiene, y si á mí me dura el querer que usted me ha pegado.

—¿Qué si me dura á mí?—exclamó Rosario;—Hombre, pues si á mí me dijeran que se me va á acabar el amor que tengo en el alma, que lo que quiero con ansias y con fatiguitas de muerte, lo iba yo á olvidar, y que cada día, cada horá, cada minuto, cada momento que pasara no iba á estar más loco y más desesperado por mi amor, mire usted voy

á decir una atrocidad; pero creeria que no había Dios.

—¡Jesús, no diga usted eso, hombre, que me está usted asustando? ¡Jesús mio! ¿Cómo puedo yo creer que por mí haya pillado usted un querer tan apretado? Hombre, pues si á mí me parece que no hay mujer en el mundo á quien se pueda querer tanto.

—Calle usted, que usted no sabe todavía lo que es amor, morena; cuando usted lo sepa, como yo lo sé, llamará usted á Dios á voces, si alguna vez esta usted comprometido como yo, usted verá lo que es bueno.

—¿Y usted en qué está usted comprometido?

—Hombre, en que usted eche las entrañas de enamorada de mí,—dijo Rosario;—porque en que usted se enamore hasta cegar por mí, me va la felicidad.

—Pues, hijo mío, hace ya un ratillo, y no corto, que tengo en los ojos relampaguzas y el corazón que no me cabe en el pecho. ¡Calle usted, hombre, calle usted, que yo cuando le he conocido á usted, también, aunque no he tenido que hacer cama, me he puesto mala, y siento que me voy poniendo peor. Sí, señor, que sí, que es usted muy retebonito y con unos ojos que no se pueden resistir.

—Pues entonces, diga usted, señora, lo que tenemos que hacer cuando estemos seguros de que no nos podemos querer más, porque me parece que esa seguridad la tenemos ya.

—Pues mire usted, la verdad; yo no quiero faltarle á mi marido y vivir con él; que no; que yo no soy mujer de eso, que me moriría de vergüenza; y mire usted, sáqueme usted de aquí y vámonos donde nadie pueda dar con nosotros, á una cabañita en un monte, y allí estaremos como dos tortolitos en su nido. Oiga usted, niño mío, ¿y usted es rico?

—¡Qué he de ser yo rico, bonita, si mis desgracias me han traído á una pobreza que usted no sabe.

—Hombre, no diga usted eso, ¿conque es usted pobre y le ha regalado usted á la Lola un collar que vale ocho ó diez mil reales? Por supuesto, que yo debía estar enojadísima con usted y no creerle á usted una palabra de lo que usted dice, porque cuando un hombre le regala á una mujer un collar que vale ocho mil reales, es porque está loco por ella.

—Pero, criatura de Dios, ¿usted no conoce que yo he gastado esos ocho mil reales por usted, cariño, y todos los regalos que yo le he dado á la Lola, para que me sirva? ¿Usted sabe que ni á tiros quería la Lola decirle á usted los recados que yo para usted le daba, y que yo no sabía qué hacer para que usted me conociera? Porque yo tenía confianza de que en conociéndome se había usted de enamorar de mí, y por eso, y no más que por eso, me retraté; y para que usted cayera en curiosidad y preguntara y viera mi retrato, mandé hacer ese collar y dije á Lola que se lo pusiera; de modo que esos ocho mil reales me los he gastado yo por usted; y mire usted, cuando un hombre está en su tierra, que se gaste uno ó medio, no tiene ciencia; pero cuando un hombre anda por los espacios imaginarios, con poco lastre, y alija ese lastre, ese hombre tiene mérito; y mire usted si me quedan tres ó cuatro mil reales, después de lo que he gastado en el collar y en Lola, es todo lo del mundo.

—Pues no se aflija usted, hombre, no se aflija usted,—dijo Jacinta;—que si usted no tiene más que tres mil reales, yo tengo muchos miles de duros que son de usted, porque la mujer que le entrega á un hombre el corazón, ¿cómo no le ha de entregar también lo que tiene, si mucho, mu-

cho; si poco, poco? Oiga usted, niño mío, bandéese usted como pueda con esos tres mil reales y por lo que le den á usted por esas cuatro sortijas, que ahí van.

—Dios te bendiga, morenita, y qué rica eres, mujer,—dijo Rosario tomando las sortijas y guardándoselas.

—Oiga usted, niño, ninguna de esas sortijas valen ménos de cuatro mil reales, son las que yo llevo de diario, ¿usted sabe? Con eso, aunque sea usted un maniroto, ya puede usted vivir bien algun tiempo; digo, sino le tira usted de la oreja á Jorge, que entonces en dos tallas ó en un cané á nueve, se puede usted quedar como el gallo de Moron.

—Quite usted, hija, que yo no juego más que al querer con las mujeres, y no fumo, ni bebo, ni me reuno con amigos, y con estos tres mil reales que me quedan tengo yo muy á gusto para vivir decentemente cuatro meses, y estas sortijitas que usted me ha dado las voy á colgar de un cordoncito y á ponérmelas en el corazón.

—¡Ay, niño, que me ha acabado usted de matar con decirme que es tan hombrecito de bien! porque así, cuando nos juntemos, no tendrá usted más juego que yo, ni más vino, ni más tabaco que yo, ni más amigos que yo. ¡Jesús, qué fatiga! A la fuerza, hombre, usted me ha dado á mí algun bebedizo por medio de esa maldita Lola.

—¡Qué más bebedizos que haber visto mi retrato y haberme visto luego hablando con la marquesa: porque, á la fuerza, usted me estaría *filando* desde detrás de alguna espesurita.

—¡Que sí, y que sí, que es verdad!—contestó Jacinta.—Y oiga usted, mocito, cuando usted vió á la marquesa, ¿no se le quitó á usted un poquillo el mareo que usted tenía por mí? Mire usted que la marquesa es hermosa con ganas.

—Calle usted, niña mía, que la marquesa no sirve ni para descalzarla á usted.

—¡Ay! no diga usted eso, que á todo hay quien gane, y la marquesa es un prodigio. Mire usted, yo no he visto otra mujer que sea más hermosa que la marquesa, sino una que usted vería tambien en la boda de Serafina, porque allí estaba. ¡Ay, qué niña, señor, qué lucero, qué sol, qué cosa! Yo no me hartaba de mirarla, y yo decía: ¡dichoso el hombre á quien tú quieras, mujer! pero no, desventurado por que al que tú mires con amor, le matas.

—¿Y quién era esa divinidad, hija mía?

—¿Quién había de ser? la niña mayor del pobre alcalde de Guillena, que mataron meses pasados, la Rosarito. ¡Qué, si en mi vida he visto yo una cosa como aquella! ¡y pensar que esa criatura que se ha caido del cielo se ha escapado de su casa con un hombre, y aquel hombre amaneció al día siguiente muerto á puñaladas y no saberse lo que ha sido de esa infelíz! Mire usted, yo tengo un sentimiento: como si lo viera, algunos pícaros de esos que andan por los alrededores de Sevilla ratereando, se los encontrarían, le matarían á él á traición, y despues, sabe Dios lo que sería de la pobre; puede ser que esté enterrada, sabe Dios donde, porque si viera usted lo que se la ha buscado y los celos que ha tenido la Patrocinio de ella. Porque al principio, la Patrocinio creyó que con quien se había ido había sido con su marido, que el muchacho con quien se largó del pueblo no había servido más que de pantalla, y que luego lo había matado para deshacerse de él; pero como después ha visto la marquesa que su marido estaba más cariñoso y más enamorado de ella que nunca, se le quitó la aprensión.

—¡Pero, hombre!—dijo Rosario.—¿Y cómo ha podido

creer la marquesa que su marido llegara hasta el punto de matar á un hombre que le había servido para sacar su cariño de su casa? Pues qué, ¿el marqués de Casa-Vaquera es algún asesino?

—Calle usted, hombre, calle usted,—dijo la Jacintilla; que no sabemos quién es nadie, y en lo que parece más llano hay montañas. En fin, no quiero hablar, porque las cosas del marqués maldito lo que nos interesan; pero si viera usted que yo tengo al marqués cogido por las orejas... No nos hace falta, porque mi marido es rico; pero si no lo fuera, todo lo que el marqués tiene se lo sacaba yo con decirle dos palabras. Conque vamos á lo que nos importa á nosotros: mire usted, yo no puedo volver á bajar aquí sin volver á darle la *modorrera* á mi marido, ¡pobrecito! es muy bueno y sería yo una desgraciada. A las dos ó tres veces que tomara la *madorrera*, torcía la cabeza como un pajarito y se moría. ¡Ay, Jesús mío! eso no. Oiga usted, yo buscaré un lugar seguro donde nos veamos y donde yo pueda darle á usted lo que le vaya sacando á mi marido suavemente. Quiere decir, que como usted pasa para la Patrocinio por novio de Lola, le puede ver á usted, según le ha dicho la marquesa, cuando quiera, siempre que vaya con el ama de gobierno; algunas veces, en vez de ir con ella el ama de gobierno, iré yo y hablaremos, y cuando haya encontrado el sitio donde nos podamos ver sin que nadie se entere, yo se lo diré á usted. Conque un poquito de paciencia, y adiós, hijo mío, que ya debía haberme ido hace un siglo, que aunque mi marido duerme, y duerme bien, yo le tengo miedo á la Patrocinio, no sea que haya olido algo, ó se despierte por cualquier cosa, me necesite y me eche de menos... En fin, que estoy que no me llega la camisa al cuerpo.

—¡Jesús! —dijo Rosario,—que temo que cuando usted se vaya me va usted á arrancar el alma.

—Pues, hijo mío, es preciso; ya tendremos tiempo de hablar largo y tendido.

—¡Ay, por Dios, un ratito más!—dijo Rosario.

—¡Dios mío, este hombre me va á perder á mí!—exclamó Jacintilla.—Vaya, suélteme usted la mano y déjeme usted ir, y luego, hijo, que tiene usted frío, que tiene usted las manos como dos granizos.

La verdad era que Rosario se sentía mal desde el momento en que había comprendido que la gitana conocía los secretos de don Miguelito. Tal vez era uno de sus instrumentos; tal vez para que le sirviese había engañado al alcalde mayor y le había casado con ella.

Una mujer tan impresionable como la Jacintilla, era un peligro para Caparrota, y habia que asegurar á aquella mujer.

La angustia que sentía Rosario, la habia destemplado, y la frialdad de sus manos era el efecto de su destemplanza. Tenia arrebatada la sangre á la cabeza, y la costaba esfuerzos inauditos el sostener el papel de amante enloquecido que estaba representando con Jacintilla.

Además hacia frio, un frio que se iba haciendo agudo.

—Vaya,—dijo Rosario,—de verdad que hace frio,—y no por mí, por usted, separémonos.

—Todo se pasa por un buen mozo,—dijo Jacintilla;—y mire usted, yo ni me acordaba del frio; pero usted es muy delicado, niñito, y yo no quiero que se ponga usted malo. Ea, quédese usted con Dios, que si yo me traigo su alma de usted, usted se lleva la mia. No piense usted más que en mí, que yo no pensaré más que en usted; y oiga usted,

mañana al medio día, esté usted en los Prados, á la orilla del rio, que yo saldré con Lola.

—Pues hasta mañana, corazón.

—Hasta mañana, niñito.

Jacintilla cerró la ventana, y Rosario se alejó.

—¡Dios mio, Dios mio!—dijo.—Miguel es imprudente, Miguel se ha valido de demasiadas personas, Miguel está en peligro, y es necesario salvarle; sí, es necesario acabar; y acabar pronto y bien; yo arrancaré á Miguel de esta tierra maldita, y me lo llevaré donde no haya peligro para él.

Rosario llegó adonde estaban su caballo, le desató, montó en él, tomó al trote la carretera, y una hora despues entró en el barrio de la Cestería y en su casa.

Gertrudis, que acudió á abrir, tenía la cara más apretada del mundo.

—¡Vaya unas horas que tiene usted de recogerse, señorito! ¡Sabe Dios de donde vendrá usted! ¡Para que una le crea á usted, vaya! A la mujer que se fia de un hombre debian abrirla en canal.

—Cállate tú, mujer, que he ido á saber cuando vienen los reyes magos. Pues qué, ¿no sabes tú que yo soy contrabandista, muchacha?

—De algun par de ojos negros.

—Anda, anda, cállate y acuéstate; á quién voy yo á querer, queriéndome tú?

—¿Y no va usted á cenar, señorito? Mire usted que le tengo á usted guardada una perdiz estofada, que se va usted á chupar los dedos.

—Si mujer, sí, cenaremos; por que es menester mantener la vida.

Rosario no queria abandonarse, y haciendo un esfuerzo, cenó; ó más bien, almorzó, porque cuando se sentaba á la mesa daban la cuatro de la mañana.

Sostuvo la charla con Gertudis, y luego se recogió con su dolor y su inquietud.

CAPITULO XXIII

De la mala manera como acabó el alcalde mayor, y de cómo la fatalidad estrechaba más y más á don Miguelito.

Al día siguiente Rosario se levantó muy tarde, almorzó y mandó á Gertrudis fuese al mesón y mandase aparejar su caballo.

—Pero Señor,—decía Gertrudis yendo al mesón,—la señora tiene muy mal criado á su sobrino y no se mete en sus cosas, y el sobrinito trae una vida ¡que ya! siempre en la calle, parece que se le viene la casa encima. Pues me río yo de lo que don Vicente dice que yo le gusto y apenas habla conmigo. ¡Ay! es menester que yo me quite esto de la cabeza. Vamos, más valía que el ama no se hubiera acordado de venir á Sevilla, ó se hubiera ido á vivir á otro barrio. Oye tú, Perro chino,—dijo entrando en la posada,—á ver si aparejas por el aire el caballo del señorito.

—Pues no has echado tú mucho viento, muchacha,—dijo el mozo de la posada.

—Porque se puede,—dijo Gertrudis.

—Anda, anda, fíate de los señoritos,—dijo Perro chino, que ellos te darán el pago.

—Como si tuvieras tú algo que ver en eso, pendón,—contestó Gertrudis.—¡Mire usted el bruto!

Perro chino se metió en la cuadra, en tanto que Gertrudis se metía en la cocina y esperaba el caballo, charlando con su antigua ama.

Al fin, Perro chino volvió con el caballo.

—Vaya, no dirá usted que nos hemos tardado, señora, —dijo Perro chino,—que aquí no queremos ponerla á usted mal con su señorito.

—Mira no te ponga yo á tí la mano en la jeta, charrán, —dijo Gertrudis.—Ea, quede usted con Dios, señora, y hasta otra vez.

—Anda con Dios, hija, y mucho juicio; mira que los señoritos suelen apearse por las orejas.

—Quite usted, señora, que esas son habladurías de ese animal,—dijo Gertrudis, saliendo con el caballo.

En la puerta de la casa estaba esperando ya Rosario, montó á caballo y se alejó al trote.

—A la fuerza; él tiene por ahí fuera alguna mujer,—exclamó Gertrudis.

Y se metió en la casa triste y pensativa.

Rosario llegó al lugar de la cita y tuvo que esperar muy poco.

Empavesadas y de tiros largos aparecieron la Jacintilla y Lola.

—¿Ha esperado usted mucho?—dijo con afan Jacintilla.

—¡Qué! no señora, alma mia, que acabo yo de llegar; y aunque hubiera yo esperado, por usted esperaria eternidades.

—Muchas gracias; pero eso no quita el que yo sienta muchísimo hacerle á usted espera. Cuidado, Lola, que no vayas tú á cometer ninguna imprudencia, y no vayas tú á dar á entender á nadie como don Vicente y yo nos tratamos. En fin, tú tienes la culpa, y cállate y no te irá mal, mujer.

—Vaya, señorita,—dijo Lola,—si yo estoy muy contenta con que usted se haya colocado bien.

Jacinta se asió del brazo de Rosario.

Entonces se le abrió la mantilla, que había tenido cruzada sobre el pecho, y Rosario vió que Jacinta llevaba el hilo de perlas con el medallón que había regalado á Lola.

—¡Ay muchas gracias, niña, usted me ha matado con ponerse ese collar.

—Sí, sí señor,—dijo Jacintilla;—yo se lo queria comprar á Lola me dijo que ella no tenía que venderme un collar que se habia comprado para mí.

—Y es de verdad,—dijo Lola;—el retrato de un hombre no le debe tener más que la mujer que le quiere.

Rosario percibió no se qué sutil intención en estas palabras.

—Eso no le hace, yo no le he pagado el collar á Lola; pero le he regalado un aderezo de coral con diamantes, que es muy bonito y que le sienta muy bien, porque ella es muy guapa y muy blanca. Vaya, mujer, ábrete la mantilla, que te vea don Vicente el collar, las arracadas y el broche.

—Vaya, pues, mire usted,—dijo Lola.

En efecto, el aderezo era admirable: de coral rosa con incrustaciones de diamantes: valia, por lo ménos, un doble que el collar que llevaba Jacinta.

Era uno de los bellos regalos que el pobre don Bartolomé había hecho á su mujer.

Así pasa la gloria del mundo. ¿Quién puede fiaa en el instable corazón de las mujeres impresionrbles?

Jacinta estuvo paseando á orillas del rio con Rosario, más de dos horas.

Lola se quedaba con mucha frecuencia atrás.

Jacinta tuvo ocasión de dar dos cartuchos de onzas á Rosario.

No podian repetir aquellas entrevístas con mucha frecuencia, y quedaron citados para de allí á ocho días.

Rosario se volvió á Sevilla.

Al verle que entraba á las tres de la tarde, Gertrudis dijo:

—Vaya, hoy no ha tardado mucho.

Rosario comió sola, su fingida tia habia comido á la hora de costumbre, y no se inquietaba en la más mínimo, con escándalo de Gertrudis por el desarreglo de su sobrino,

Cuando Rosario se metió en su cuarto, Gertrudis le oyó contar dinero.

—Vaya,—dijo sintiendo un cierto consuelo,—pues ya sé yo á dónde va el señorito: á jugar á algún ventorrillo ó algún cortijo, porque en Sevilla persiguen mucho las casas de juego.

Jacinta había dado á Rosario cien onzas.

—¿Y qué hago yo con esto,—dijo Rosario;—me repugna; pero es necesario disimular, engañar á esa mujer; y ella es capaz de robar hasta el alma á su marido por mí. ¡Este fatal atractivo mío, este atractivo que tan caro me cuesta! ¡Válgame Dios! Si yo hubiera sido fea, él no me hubiera mirado como me miró; no se hubiera enamorado de mí, mi pobre padre viviría, y yo no estaría comprometida y desesperada. ¡Oh, Dios mío, le amo, le amo más cada día! ¿Y por qué? ¿Para qué? Para que mi amor me ho-

rrorice. Cada día creo con más insistencia que él ha sido el causante de la muerte de mi padre, y le amo á despecho mío, soy una miserable, una infame.

Como se ve, toda la farsa que se había hecho, no había podido engañar á Rosario; se había puesto en libertad á Isidro; se había achacado la muerte de don Timorato á algún vecino que había creído tirar sobre un ladrón.

Sin embargo, para Rosario, Isidro era el asesino incitado por don Miguelito.

A pesar de esto, su amor por don Miguelito la devoraba.

Don Miguelito había dicho bien. Dios ó el infierno había hecho que las tres mujeres que de tal manera habían empeñado su alma, tuvieran un alma semejante á la suya.

Rosario, durante dos días, observó una vida metódica.

—Vamos,—decía Gertrudis,—ha dado un picotazo y se ha dejado del juego. Ha hecho bien.

Pero al mediar el tercer día, Rosario la dijo:

—Mi caballo, Gertrudis.

—Vamos, va á verle las patas á la sota. Si gana, hace bien.

A poco de haber llegado Rosario á los Prados, se le presentó Lola, acompañada del ama de gobierno, que era una vieja indigesta, que no se separaba un momento de Lola.

La conversación, por lo tanto, era monótona y sin interés.

—¡Ah!—dijo de repente Lola;—¡el señorito!

—¿Quién?—preguntó Rosario.

—¿Quién ha de ser? el señor marqués.

Rosario se sintió morir, pero se reprimió.

El marqués había aparecido á caballo, saliendo por un sendero de entre los árboles.

—¡Ah!—dijo deteniéndose al llegar junto á ellos,—buenas tardes. ¿Con que este amigo es tu novio?

—Sí, sí, señor,—dijo Rosario, quitándose el sombrero de la manera más natural;—la señora marquesa permite á Lola hable conmigo.

—Vaya, vaya, pues me alegro,—contestó don Miguelito; —se lleva usted una excelente muchacha; ya me ha hablado de ello la marquesa, y nosotros tendremos mucho gusto en ser padrinos; puesto que esto es una cosa formal, cuando usted quiera pueda entrar en casa.

—Muchas gracias, señor marqués,—dijo Rosario;—me aprovecharé del ofrecimiento de usía.

Don Miguelito pasó creyendo haber hablado con el novio de Lola.

Rosario estaba pálida y un tanto temblorosa.

—Yo no sé por qué ha de haberse usted asustado del encuentro con el señor,—dijo Lola;—el señor es muy bueno.

—¡Qué quiere usted, hija mía! Yo no estoy acostumbrado á hablar con esta clase de personas y me turbo, y se me figura que me van á comer; cada cual tiene sus debilidades y sus caprichos.

Después de esto, volvió la conversación insignificante, porque delante del ama de gobierno no podían hablar nada que de interés fuese.

La vieja iba violentada; se le figuraba que su ama la obligaba á hacer un mal papel; así es que abrevió cuanto pudo el paseo.

Rosario se volvió verdaderamente enferma á Sevilla, y hubo de meterse en la cama.

La impresión que la había causado el encuentro con don Miguelito había sido terrible.

—Vamos,—dijo Gertrudis,—eso es que ha perdido; yo no sé á qué juega.

Pero de allí á cuatro días, Rosario se encontró más fuerte, en disposición de poder ir á los Prados.

Era el día de su cita con Jacintilla.

Cuando ésta la vió, se puso verdaderamente en cuidado.

Por más que quería disimular Rosario, aparecía triste, y una gran palidez cubría su semblante.

Por más que pudiese hablar de amores con su don Vicente, Jacintilla tenía que detenerse respecto á ciertos puntos por la presencia de Lola, que aquel día no se separaba tanto como se había separado en la cita anterior.

Así y todo, Jacinta, aprovechando una ocasión, dió otros dos cartuchos de onzas á Rosario.

—Mire usted,—le dijo,—yo ya he arreglado la manera de que nos veamos en Sevilla; mañana á estas horas vaya usted á la calle del Rosario, verá usted en ella la tapia de un jardín, y en ella un postigo, y junto al postigo una reja; por aquella reja hablaré con usted sin que nadie nos estorbe ni nadie nos oiga.

En efecto al día siguiente Rosario encontró á las doce, esperándola ya en la reja á Jacinta.

Era en la casa de las cuatro beatas hipócritas, con las cuales había introducido la vieja ama de gobierno á Jacintilla por una casualidad.

Jacinta ansiaba ir á Sevilla, porque en Sevilla veía á Rosario, ó á su don Vicente, aunque no le hablase; pero para ir con frecuencia á Sevilla necesitaba un pretexto.

Jacintilla, que se había puesto pálida y había enflaquecido algo, tenía asustado al alcalde mayor y lleno de una inquietud misteriosa.

El alma tiene un instinto íntimo que la alarma, pero que no se explica; nos sentimos inquietos sin saber por qué, y sin darnos la razón de la causa, empezamos á desconfiar de aquello en que más confiábamos.

Por más que Jacinta continuaba siendo tierna y apasionada, en la apariencia, del alcalde mayor, éste notaba una variación grave en Jacinta.

—¿Qué tienes tú?—la decía:—yo encuentro algo en tí que no puedo explicarme.

—Pues qué, queridito mío, - decía Jacinta,—¿no soy yo para tí la misma de siempre, tu niñita que te adora?

- Sí, mujer, sí,—decía el alcalde mayor; —pero yo no sé, yo no sé, tú estás pálida, tú enflaqueces, tú tienes algo. ¿Qué es lo que tú tienes, corazón mío?

—Vaya,—decía la Jacintilla sonriendo, pero tan de corazón y la frescura de otras veces,—es que á mí me sienta mal el invierno.

Pero el alcalde mayor no se convencía, y seguía erre que erre pretendiendo averiguar lo que tenía Jacintilla.

Esta no sabía ya qué decir.

—¿Sabes tú?—dijo un día á don Bartolomé; — es que he tenido un sueño.

— ¿Y qué es lo que tú has soñado, hija mía?

—¡Jesús!—dijo Jacintilla.—se me ha aparecido en sueños la Vírgen.

—¿Cómo, cómo?—exclamó el alcalde mayor que era muy creyente, y que no encontraba en manera alguna violenta una aparición celeste.—Pues ese es un insigne favor de Dios.

— ¡Ay, Bartolomé!—dijo la sacrílega muchacha,—que tú no sabes el palucón que me ha echado á mí la Santísima Vírgen María.

—¿Cómo, cómo, qué?—exclamó vivamente interesado el alcalde mayor.

—Pues me ha dicho que tú y yo estamos en pecado mortal y que no tenemos esperanza de salvar nuestras almas si no enmendamos nuestra vida.»

—¿Pues y qué hacemos nosotros de malo, con perdón sea dicho?—exclamó el alcalde mayor.

—Que no pensamos más que en nosotros mismos, que para nosotros no hay más mundo que nosotros, que nos pasamos el tiempo mirándonos y queriéndonos, y que este es un pecado muy grande.

—Pues mira,—exclamó el alcalde mayor, más y más serio de momento en momento,—me parece que sí; porque el amor que nos tenemos pasa ya de los límites del amor humano y llega á la *delectación morosa* y á la idolatría.

—Os habéis olvidado,—me ha dicho la Virgen,—de que hay pobres en el mundo, hospitales y asilos de caridad; vosotros malgastáis las riquezas que tenéis en cosas vanas y pecaminosas; no conocéis la caridad, y el que no conoce la caridad pierde su alma.

—Pues ve tú ahí, Jacinta, ve tú ahí,—dijo el alcalde mayor,—que yo tenía dentro de mí algo que me inquietaba, y ese algo era eso. Mira, hija mía, gastemos, demos á los pobres y á los establecimientos de beneficencia, desarmemos á fuerza de caridad la cólera del Señor.

La Jacintilla tenía ya un pretexto para ir contínuamente á Sevilla y para saquear á su marido.

Desde aquel punto empezaron sus excursiones á Sevilla.

El ama de gobierno que era una beata recalcitrante, la acompañaba.

Jacintilla iba de esta cofradía á la otra, del hospital á

la casa de expósitos al refugio, de beata en beata, dejando por todas partes dinero; pero si daba cinco apartaba veinte, y aquellos veinte iban á parar á Rosario.

Un día la recomendaron á las cuatro beatas de la calle del Rosario, diciéndola que ellas eran lo más apropósito para ejercitar las obras de caridad de Jacinta y su marido.

Jacinta, que era muy larga, y tan larga que cortaba un pelo en el aire, en cuanto vió á aquellas cuatro hembras, comprendió que eran cuatro bribonas consagradas á una inmensa explotación de la caridad de los tontos, y capaces de todo.

La Jacintilla supo elcminarse un día del ama de gobierno, que no la dejaba á sol ni á sombra, enviándola con una fuerte limosna á la cárcel para los presos pobres.

En cuanto se vió sola con las cuatro beatas, las acometió de frente sin ambajes de ningún género, las llenó las manos de oro y las puso completamente á su disposición, diciéndolas lo que quería.

Las beatas no se espantaron por tan poca cosa, y cuando Jacintilla se volvió con doña Pura, que así se llamaba el ama de gobierno, á los Prados, se llevó consigo á las cuatro beatas.

—¿Qué diablo de familia es esta?—dijo Patrocinio, cuando vió aquellas tocas y aquellas camándulas, y sobre todo, aquellos semblantes afilados é histéricos.—A la fuerza, Jacintilla trae alguna diablura entre manos.

Pero como Jacintilla era socia de Caparrota, Patrocinio dejó correr aquello por no indisponerse con la gitana y producir una situación que pudiera ser peligrosa.

Acogió, pues, perfectamente á las cuatro beatas, y aun las dió dinero para obras de caridad.

—Dí tú, Patrocinio,—la dijo Caparrota,—¿qué invasión es esta que se nos ha metido en casa? Por una parte ese chico, ese don Vicente; por otra, esas cuatro estantiguas; don Vicente entra aquí á pretexto de su noviajo con Lola, y esas cuatro arpías á pretexto de piedad y de caridad, y me parece á mí que la Jacinta y las cuatro beatas y el don Vicente, son retamas de un mismo hacecillo; ellos se entienden, Patrocinio, y estamos aquí haciendo el oso, y un oso verde, don Bartolomé, tú y yo, y Lola.

—¿Y qué quieres, Miguel?—dijo Patrocinio;—la Jacintilla conoce las ventajas que tiene sobre nosotros y abusa; pero, ¿y qué más dá? con hacernos los tontos se salva la dignidad. Nosotros no podemos ponernos frente á frente de la Jacintilla; tú no quieres creerme y te obstinas en permanecer aquí; hay, pues, que sufrir las consecuencias.

—Yo no me obstino en permanecer en Sevilla sin razón,—dijo don Miguelito;—no hay peligro alguno; mientras yo esté aquí todo está dominado, porque la gente me teme, pero el día en que yo desaparezca será distinto; empezarán los rumores contra mí, y de rumor en rumor, y apercibiéndose la justicia, llegaría un momento en que se descubriría todo. Cierto es que estando en Inglaterra ó en los Estados-Unidos, nos encontraríamos á salvo; pero es necesario también mantener á salvo la reputación: yo he conservado mi nombre públicamente sin mancha, y me dolería mucho que llegase á saberse lo que yo he sido.

—Me dice el corazón que acabaremos por perdernos,—dijo Patrocinio.

Don Miguelito no quería abandonar de ninguna manera á Sevilla sin concluir dos de sus negocios más serios: el encuentro de Rosario y el rapto del convento, de Milagros.

Patrocinio tuvo que transigir como siempre.

Las beatas se apoderaron con suma facilidad del ánimo del alcalde mayor, y no era ya doña Pura la que acompañaba á Jacintilla, sino una ú otra de las cuatro beatas, que iban por ella á la quinta y se la llevaban á Sevilla.

Todo esto había pasado en muy poco tiempo.

Jacinta podía hartarse ya de hablar sin cuidado alguno con Rosario por la reja del jardín de la casa de las beatas, que daba á la solitaria callejuela de la Cuesta.

Al principio sólo hablaban de día; pero muy pronto, á pretexto de los ejercicios de Santa Agueda, de ésta ó de la otra cosa piadosa, Jacintiila acabó por pasarse las semanas enteras casa de las beatas, sin inquietud alguna de parte del alcalde mayor, que creía que de esta manera su mujer ganaba para él y para ella el cielo.

Los maridos estúpidos y confiados han abundado siempre y así anda el mundo.

Multiplicad las adúlteras, y obtendréis una generación de canallas.

Y, sin embargo, no había adulterio, porque no podía haberle; Rosario se veía negra; la pasión de Jacintilla se desbordaba.

Rosario decía siempre:

—Yo no puedo partir completamente mi vida con una mujer que pertenece á otro.

Estas palabras, siempre repetidas, iban envenenando el alma de Jacintilla, y acreciendo en ella el aborrecimiento que había reemplazado á su candente amor por don Bartolomé.

Entrando en la casa con frecuencia, como novio de Lola, Rosario había acabado por sorprender que el alcalde mayor vigilaba á don Miguelito.

Este era un gravísimo peligro, del que había necesidad de libertar á don Miguelito y urgía, porque se iba terminando el plazo de la licencia del alcalde mayor.

Para Rosario era casi indudable que el alcalde mayor tenía algo más que sospechas acerca de don Miguelito; por lo demás, tan perfecto era el disfraz, y tan acabado el fingimiento de Rosario, que á pesar de que iba con frecuencia á la quinta, y de que había adquirido en ella confianza, don Miguelito no la había reconocido, ni aún había sospechado fuese una mujer.

Don Miguelito solo había llegado á decirse:

—Yo he visto á este chico en alguna parte.

Y como don Miguelito no había estado nunca en Córdoba, y don Vicente decía que nunca hasta entonces había estado en Sevilla, don Miguelitó acabó por decir:

—Vaya, es que se parece, ó á mí se me figura, que se parece á alguna persona de que no me acuerdo.

Rosario sufría un infierno.

A causa de la confianza con que entraba en la quinta, veía el cariño, el amor con que don Miguelito trataba á Patrocinio, cariño y amor que no eran fingidos.

Rosario se explicaba esto por la múltiple actividad del alma de don Miguelito; pero veía al mismo tiempo en la mirada y en el semblante de don Miguelito algo que veía también Patrocinio, es decir, una tristeza íntima, misteriosa.

¿Por quién podía ser aquella tristeza más que por ella?

Era necesario concluir.

Los proyectos de Rosario se habían modificado en la manera como sucede siempre que se pone en práctica un gran proyecto.

Rosario había pretendido apoderarse del alma de Jacintilla, para que ella fuese la que matase, ó por lo ménos, el medio de matar á Patrocinio.

Después, puesto en ejecución el proyecto, Rosario vió que este proyecto se ensanchaba, que había también necesidad de deshacerse del alcalde mayor, y por último de Jacinta.

Rosario era una especie de Troppman; el gran criminal, el menospreciador de la vida humana, el que destruye á sangre fría los obstáculos que se oponen á su paso, ha existido siempre más ó ménos acabado, más ó ménos terrible, según que han sido mayores ó menores su inteligencia, su astucia y sus medios.

Rosario no se espantaba de sus atroces proyectos; por el contrario estaba impaciente; necesitaba remover los obstáculos que la separaban de don Miguelito.

Había empezado el año de mil ochocientos diez y siete, y faltaban pocos días para que se cumpliese la licencia del alcalde mayor.

Era, pues, necesario concluir.

A Jacintilla la era muy duro duplicar aquella dósis de zumo de modorrera, como ella llamaba á la planta ponzoñosa de que se había servido para adormecer á don Bartolomé la noche de su primera entrevista con Rosario; pero Jacintilla estaba ya en un estado de exasperación tal, que al fin consintió, cediendo á las insinuaciones de Rosario.

Aquí podríamos escribir un largo capítulo acerca de las vacilaciones, de la revolución del alma, cuando Jacintilla se puso en los términos de cometer su crimen.

Había aborrecido al pobre don Bartolomé; pero tenía en su conciencia la injusticia de aquel aborrecimiento; y la

causaba un horror infinito la necesidad en que se veía de destruir á su marido para ser feliz con su amor; pero tal era la locura de Jacintilla, que al fin cerró los ojos á todo, y afrontó el crimen.

Una noche el pobre alcalde mayor notó que su té con leche era más nauseabundo y amargo que aquella otra vez.

Sin embargo, por no descontentar á su Jacinta haciéndola una observación sobre esto, apuró el brevaje mortal.

A los pocos minutos se durmió con un sueño del cual no debía despertar.

Allá, muy avanzada la noche, cerca de la madrugada, Patrocinio y don Miguelito, que tenían su cuarto cerca de el del alcalde mayor, despertaron sobresaltados por unos agudos gritos de mujer.

Era la Jacintilla que gritaba:

—¡Ay, mi marido de mi alma, que se me ha muerto! ¡Ay, María Santísima, y qué va á ser de mí!

Y las exclamaciones por este estilo no cesaban.

Acudieron don Miguelito y Patrocinio, y encontraron á Jacintilla sentada en el suelo, mesándose los cabellos, dando alaridos, y en la cama al alcalde mayor muerto.

—Vamos,—dijo Patrocinio,—ha salido de lo fino; si yo hubiera sabido que en esto iban á acabar tus amores con ese don Vicente, á buen seguro que no os hubiera tenido en mi casa á tu marido y á tí; esto es un compromiso. Grita, hija, grita, pero no exageres mucho, porque las gentes no son tan tontas como tú crees.

Jacintilla no contestó una sola palabra; pero moderó sus manifestaciones de dolor, quitándolas su exageración.

—No sé como no te mato,—dijo Caparrota.

—Sí, sí,—dijo Jacintilla;—¡buenos estábamos! El *gachó*

había sospechado y había acabado por ver claro; buena manera de agradecerme lo que yo he hecho por ustedes y por mí. Sabe Dios lo que hubiera sido de todos; porque ese hombre era atroz.

—Puede ser que tengas razón, chiquilla,—dijo don Miguelito.—En fin, á lo hecho pecho; adelante; esto se cubrirá. Pero concluyamos, que es necesario llamar á los criados, y no todos son de confianza.

Esto demostraba que á más de Piruétano, don Miguelito tenía en su servidumbre inmediata algunos de sus bandidos.

Se llamaron médicos, y éstos, ó no conocieron el envenenamiento, ó no quisieron meterse en honduras; certificaron lisa y llanamente la defunción, y el alcalde mayor fué enterrado con gran pompa en una capilla de la iglesia de franciscanos de la Orden Tercera, donde su familia tenía enterramiento perpétuo.

A los tres días se presentó un escribano, y dijo á Jacintilla:

—Señora, debo decir á usía que el señor alcalde mayor, que santa gloria haya, habia otorgado secretamente testamento en favor de úsía, instituyéndola su heredera universal.

Jacinta, en quien se había efectuado una cierta reacción de la conciencia, se echó á llorar de una manera desconsolada.

—¿Para qué quiero yo eso,—exclamó,—si yo me voy á morir también?

¿Cómo creer, en vista de tales muestras, ni aun sospechar en Jacinta la culpabilidad de la muerte de su marido?

—Esa muchacha es admirable,—dijo don Miguelito cuan-

do se hubo ido el escribano, y estaba solo con Patrocinio.

—Sí, sí, tan admirable,—dijo Patrocinio,—que hay que tener mucho cuidado con ella; sobre todo, no debemos dejarla que se separe de nosotros, y lo mejor sería...

—No, no,—dijo don Miguelito,—esos recursos extremos son siempre peligrosos; esperemos, esperemos, aún no hay motivo para desconfiar.

—A esa mujer la ciega su amor por Vicente,—exclamó Patrocinio;—puede cometer alguna imprudencia.

—Esperemos, esperemos aún,—dijo don Miguelito;—á ella no la conviene aparecer lo que es respecto á Vicente; ella callará porque la conviene callar; dentro de un año ó antes se casará, y nos habremos libertado de ella.

—¡Tan enérgico para unas cosas y tan vacilante para otras!—exclamó Patrocinio;—Dios quiera que no nos arrepintamos.

El torbellino del crimen continuaba envolviendo á Patrocinio y á don Miguelito, y arrastrándoles fatalmente á una situación extrema.

La Providencia es terrible, destruye el mal por el mismo mal.

Todas estas gentes que han ido cayendo sucesivamente en el discurso de nuestra historia, habían merecido su miserable fin, y se habían devorado las unas á las otras.

Hay en el océano de la vida corrientes ocultas que espantarían si se las viese, por los mónstruos que arrastran.

CAPITULO XXIV

De como se cumplió una justicia de Dios.

Rosario había visto representarse ya el final del segundo acto del drama de su vida.

En él había sucumbido el alcalde mayor: en el del primer acto había sucumbido su padre.

Era necesario continuar, llegar al desenlace final; esto es, á su presentacion y á su union con don Miguelito.

La Providencia se encargaría de hacer el epílogo.

Jacintilla creyó ya determinada su prueba, llegado el momento de la felicidad de su amor.

Se encontró, sin embargo, con que su don Vicente se enfriaba respecto á ella de una manera visible, y que iba con mucha más frecuencia á la quinta de los Prados, mientras que la entretenía con pretextos fútiles.

Jacintilla se puso en observacion.

Lola estaba avispada tambien.

Rosario había logrado engañar completamente á Lola,

hacerla creer que la adoraba y que si corría el tiempo con Jacintilla, era por adquirir una gran fortuna.

Lola se inquietó extraordinariamente cuando vió viuda á Jacinta; pero con asombro suyo, reparó muy pronto en que Jacinta estaba descontenta.

Al fin, Jacinta acabó por confiarla que don Vicente era un tuno que despues de haberla sacado muchos miles de duros, cuando la veía viuda y libre, empezaba á recoger velas.

¿Y sabes tú por qué es esto?—añadió Jacintilla—Pues te lo voy á decir; porque no te ha querido á tí ni me ha querido á mí, porque á tí te ha engañado para introducirse conmigo, y á mí para introducirse con la marquesa.

En efecto, no sólo se mostraba más obsequioso con Patrocinio don Vicente, y al par mucho más servicial con don Miguelíto, sino que Patrocinio empezaba á parecer triste y preocupada.

Un día que hacía un hermoso sol había salido á pasear al jardín y se había sentado en el cenador de laureles, sintió de improviso que alguien la asía una mano é inmediatamente un beso ardiente en aquella mano.

Se alzó sorprendida y se encontró con Rosario.

La mirada de Rosario la aturdió.

Sintió la mágia de aquella mirada infinita.

La mujer que habia dominado á Caparrota, dominaba á Patrocinio.

Patrocinio se sobresaltó.

Se asombró de sí misma.

¿Qué era lo que experimentaba?

La mirada, la figura de Vicente la fascinaban.

¿Qué era de su amor?

¿Cómo su pasión por don Miguelito no la defendía de aquel hombre?

—Todo, todo por ti,—dijo Rosario con una pasión inmensa;—por ti son todos mis sufrimientos, toda mi desesperación; por tí todo lo que he mentido; por tí el largo y doloroso camino que he recorrido; por tí en quien estriba todo lo que yo necesito para ser feliz.

—¡Oh! Jamás,—exclamó Patrocinio.—No: imposible; váyase usted, váyase usted, no vuelva usted á aparecer por aquí: no provoquemos á Dios ni á Satanás, porque si yo me sintiese vacilar en mi amor, si yo pudiera considerarme indigna de mí misma, lo que sucedería sería horrible. Yo disculpo á usted, Vicente; pero váyase usted.

—Volveré, Patrocinio, volveré cuando deba volver; pero tú eres mi esperanza, y yo no abandono esa esperanza, á la que lo he sacrificado todo.

Y Rosario se fué.

—¿Qué es esto, Dios mío?—exclamó Patrocinio.—¿Qué luz es esta, terrible, que acaba de iluminar mi alma? ¡Oh! Yo he sido atraída por ese hombre desde el momento en que le he visto. ¡Oh! Sí, sí; ahora lo comprendo; yo he sentido un despecho misterioso porque ese hombre amaba á otra. Y yo amo á Miguel, yo amo á Miguel como el primer día; más aún, ahora le amo más que nunca. ¿Y qué es lo que yo siento por ese hombre que me deja el corazón desgarrado? ¡Ah! Fortaleza y valor; esta no es más que una fascinación que no comprendo; que pase, que pase esa fascinación; que se vaya, sí, que se vaya.

Patrocinio guardó profundamente el secreto de aquella perturbación de su alma.

Cuando volvió á casa, Rosario ya no estaba allí.

Patrocinio creyó haber dominado aquella especie de vértigo, que cuando volviese Vicente, preparada ya, avisada, Vicente se convenciera de que aquello había sido una fascinación pasajera.

Al día siguiente Rosario no pareció por la quinta.

Patrocinio se preocupó y se aterró de nuevo.

La fascinación no había pasado; por el contrario, había crecido.

Rosario luchaba con ventaja.

Don Miguelito era, como hombre, bello; pero no llegaba, ni con mucho, á la tentadora, á la incitante, á la irresistible belleza de Rosario.

Y como Rosario estaba exasperada por su amor, como su pasión había llegado á lo infinito del delirio, como su odio, su enemiga contra Patrocinio era á muerte, Patrocinio no podía olvidar aquella mirada inmensa que se había filtrado por sus ojos en su alma, que la había dejado ver lo que no había visto hasta entonces, un abismo insondable, misterioso, terrible, en cuyo fondo no veía lo que se ocultaba.

Al día siguiente tampoco fué Rosario, y Patrocinio se sintió más y más perturbada.

—Es extraño,—dijo cándidamente Caparrota;—ese buen Vicente debe estar enfermo: es necesario enviar á informarse. Si no, ¿cómo habría él dejado de venir á ver á su Jacinta?

Esto lo decía Caparrota á Patrocinio.

Caparrota era al fin marido; y no es esto decir que la generalidad de los maridos pasen por esas situaciones; hay de todo en el mundo.

El más inteligente, el más terrible, el que mejor conoce

el mundo, es aquel á quien ellas engañan mejor, porque estos son los maridos más confiados, como que creen que no puede engañarlos nadie.

Esta situación ridícula de un marido que envía bonachonamente un recado al amante de su mujer para informarse si está malo, y por esto ha faltado algunos días, es lo más común del mundo.

¡Cuántas veces el marido, y un marido bravo y terrible, que llegaría hasta lo espantoso si se sintiera engañado, ha ayudado al amante para la conquista de su mujer!

Patrocinio veía esta situación, quería evitarla y no podía.

Para evitarla tenía que decir á don Miguelito.

—No ha venido porque yo le he expulsado, porque se ha atrevido á mí.

Una fuerza incontrastable, misteriosa, coartaba á Patrocinio, y la irritaba, la lastimaba.

Ella no quería, no podía querer que su Miguel hiciese este papel ridículo, y sin embargo, Piruétano montó á caballo, se fué á casa de don Vicente y preguntó.

Rosario lo había previsto esto y se había metido en la cama cuando volvió de los Prados. Y no sin razón, porque se había excitado de tal manera en aquella breve y terrible escena con Patrocinio, que se había puesto mala.

Veía acercarse el buen desenlace de sus proyectos.

Jacintilla debía sentir celos.

Patrocinio era mujer muerta.

Cuando llegamos al término feliz de un deseo en que hemos cifrado nuestra felicidad, el tiempo que precede á la realización de aquel deseo, por corto que sea, es terrible, á veces mata.

Tal y tan exasperada puede ser la pasión, que esta máquina, tan fuerte á veces y tan débil otras, que se llama organismo humano, se rompa.

No había llegado á este extremo Rosario, se había indispuesto.

Sufría una poderosa excitación nerviosa.

Piruétano llevó á los Prados la noticta de que en efecto, don Vicente estaba malo, y en los comentarios, añadió:

—Y debe ser una enfermedad de cuidado, porque su tía está muy inquieta, y la criada, que es una chiquilla muy bonita, muy retebonita, está que la ahogan con un cabello.

—Vamos, será necesario ir á ver á ese pobre Vicente,—dijo don Miguelito;—pero que no se asuste á nadie, que puede ser que en todo esto haya exageración.

Estas palabras de don Miguelito demostraban que Rosario había sabido hacérsele simpático.

—¡Qué vergüenza!—decía para sí Patrocinio.—¡Á qué punto hemos llegado!

Y al mismo tiempo sentía una penosa opresión en el alma.

Rosario, por su parte, decía:

—¡Qué mujeres! Yo no le hubiera hecho pasar por una situación tan ridícula. ¡Ah! ¡Y él ama á esa mujer! Mejor, mejor: cuando el misterio se haya aclarado, cuando Miguel sepa que yo era el don Vicente que hizo vacilar á su mujer, comprenderá que su mujer no merecía ser amada. ¡Oh! Pero me duele, me duele que él haga este papel. Y luego se dirá que sirven para nada la tunantería y el valor. El hombre es ciego: no ve más que aquello que le dejan ver, ó por mejor decir, aquello que toca con sus manos.

Y nosotros decimos: la comedia humana, en que van al par la risa y el llanto, lo ridículo y lo terrible, la farsa y la tragedia dándose la mano; la multiplicidad, lo infinito de las combinaciones y de los resultados, lo incomprensible, lo necesario, lo lógico, dominándolo todo, engañando siempre por lo imprevisto, por lo desconocido, la inteligencia y la razón.

Rosario esperaba al día siguiente la visita de don Miguelito.

Le recibió levantada ya, cuidando su disfraz más que nunca.

—¡Ah! vamos,—exclamó don Miguelito al entrar;—nos había usted puesto en cuidado, don Vicente. ¿Y cómo va ese valor?

—Bien, muy bien, señor marqués; muchas gracias,—contestó Rosario;—ello no fué más que un vértigo que me acometió el último día que estuve allá; me turbó un poco la cabeza y me dieron unas calenturillas; pero ha pasado del todo y me siento como si tal cosa. En prueba de ello, si usted quiere, nos iremos por Sevilla á echar una cana al aire.

—Para cuando tengamos ganas, don Vicente, que ya tardará.

—Es un decir.

—Pues vamos andando,—dijo don Miguelito;—comeremos en el León de Oro, que dan muy bien de comer, y luego nos iremos á tomar el café al del Romano.

Salieron.

Rosario estuvo admirable, requebrando á las muchachas que encontraba al paso, fumando como un holandés, y hablando con la licencia y energía de un carretero; sobrepujando, en fin, á don Miguelito.

—¡Diablo de muchacho!—decía éste, que la echaba de hombre grave respecto á don Vicente;—á usted es menester echarle una calza, pollo; que se lo digo á la Jacinta.

—¿Pues qué tengo yo que ver con la Jacinta; señor marqués?—dijo Rosario.

—¡Ya, ya está usted bueno! yo no sé qué diablos va usted á hacer con la Lola, porque la Lola está que se muere por usted.

—Calle usted, ya las arreglaremos á las dos.

—Eso es, libertino: la una la querida, la otra la mujer. Pues mire usted, que no lo huela Patrocinio, porque si lo huele, le va á usted á echar á perder el negocio; Patrocinio es muy recta.

—Como que usted no se la pegará á la marquesa,—dijo Rosario.

—¡Ay, no señor, no puedo!—contestó suspirando don Miguelito;—yo tengo aquí dentro del alma algo que me la recome. En fin, dicen que penas comunicadas se alivian, y entre hombres... Anda por esos mundos una mujer, no se sabe dónde, ¡qué mujer, Dios mío! ¡qué diosa!

—Vamos, no diga usted eso, don Miguel; ¿qué más diosa que la que usted tiene?

—¡Ay, si conociera usted á la otra, don Vicente! En fin, paciencia, ó reventar: hágase usted cuenta que yo no le he dicho nada, porque yo no acostumbro á decir mis cosas, ni me gusta oir las de los demás. En fin, esto le probará á usted que yo le trato con confianza.

—Muchas gracias, don Miguelito,—dijo Rosario;—y, usando de la misma confianza, ¿usted cree que se puede querer á dos mujeres á un tiempo?

—¡Vaya si lo creo! Cuentémelo usted á mí. Mire usted,

don Miguelito: yo estoy enamorado, muerto por Lola, y estoy muerto y enamorado por Jacinta, y no sé cuál de las dos escoger; por eso no me he casado todavía con Lola, y le estoy dando lugar al negocio.

—¿Pero usted se entiende con Jacinta?

—¡Vaya! sí señor, una buena hembra, ¿no es verdad?

—Del todo.

—Pero no vaya usted á entrar en ganas, marqués, no sea que tengamos un disgusto.

—Quite usted allá, hombre,—dijo don Miguelito,—que ya tengo yo bastante con lo que tengo encima: con mi Rosario me basta á mí para no tener otro pensamiento, ni otro deseo, ni otra vida, ni otra alma.

—¿Y la marquesa?

—Pues vea usted ahí lo que yo no entiendo, que á pesar de que me estoy muriendo por la otra, de que la otra es lo más grande que ha habido para mí en el mundo, quiero á mi mujer, y me gusta mi mujer.

—Vamos, y aunque usted perdone, señor marqués, porque me meta yo en muchas honduras, yo sé por qué le hago á usted esta pregunta: si le dijeran á usted: no puedes tener más que una de las dos, tu mujer ó la otra, ¿qué diría usted?

—Me hace usted una pregunta grave, y le voy á responder á usted en confianza, don Vicente: antes que todo lo que hay, antes que todo lo que usted se puede figurar, Rosario, aunque se me rompiera el alma por Patrocinio; pero esto, como si se lo hubiera dicho á una piedra, don Vicente, ¿usted entiende?

—Pues por supuesto, señor marqués: yo soy un pozo.

—Usted extrañará,—dijo don Miguelito,—que yo que soy un hombre muy serio, me haya metido con usted en este

género de conversación; pero mire usted, el que se ahoga, aprovecha un momento para respirar, y quejarse con un amigo de las desgracias que uno sufre, es un consuelo. Usted no sabe de qué manera me ha cogido á mí el alma mi Rosario. Vamos, si le digo yo á usted que aquello no es como las otras mujeres; si aquello es una sensitiva, un volcán; la gloria de Dios no puede ser mejor. ¡Y pensar que puede ser que esté yo sufriendo por un alma del otro mundo! ¡Mire usted que no parece por ninguna parte! La noche que yo entré en su cuarto y no la encontré, vamos, yo no sé, porque no hay palabras con qué decir lo que á mí me sucedió. Usted es un buen muchacho, don Vicente: usted se interesa por mis cosas; se ha puesto usted triste, y se le han saltado á usted las lágrimas. Vamos, hablemos de otra cosa, que yo también tengo las lágrimas en los ojos, y eso no me gusta.

—Sí, mejor será,—dijo Rosario. —Mire usted, vámonos detrás de aquellas dos chicas; son cigarreras. Mire usted qué andar tienen: ¡vaya un rumbo! Mire usted, las camelamos, y nos las llevamos á la fonda.

—Quite usted allá, hombre, que yo no puedo hacer eso; pues ¿qué dirían en Sevilla si vieran al marqués de Casa-Vaquera hablando por la calle y metido en calores con una muchacha de la fábrica? A más de que, yo no estoy para nada; yo tengo el alma negra, y me alegro de este ratito con usted, porque al fin me distraigo algo.

Llegaron á la fonda, y Rosario le apretó en los vinos á Caparrota.

Este se hizo mucho más explícito.

Rosario sufrió lo inexplicable.

Estuvo mil veces á punto de venderse.

Había visto á su Miguel trasportarse hablando de ella, desesperarse, y le había visto, en fin, llorar como un niño.

Rosario había llevado hasta lo milagroso su fuerza de voluntad.

Hubiera sido una imprudencia descubrirse; hubiera sido inutilizar todo aquel trabajo que venía soportando. Añádase á esto la fatiga material de la voz para desfigurarla, para hacerla aparecer masculina, y el dominio sobre el semblante, sobre la mirada, sobre los menores accidentes.

Un pequeño descuido podía ser una revelación completa para don Miguelito.

Urgía acabar, separarse de él.

A Rosario le iba faltando el valor.

Al fin se concluyó la comida y se fueron al café de Romano.

Por último, antes del oscurecer se despidieron á la puerta de la casa de Rosario, y don Miguelito se volvió á la quinta.

—Pues Señor,—dijo á Patrocinio y á Jacinta,—todo ello no ha sido nada, un vértigo que le acometió á don Vicente el último día que estuvo aquí; pero ya está bueno, tan bueno que hemos comido como dos lobos en el Leon de Oro, y luego nos hemos ido al café del Romano y nos hemos atracado de café y rom. ¡Y que el niño no es de la cáscara amarga, que digamos! vosotras no le conoceis; aquí está hecho un santito; allí, ¡válgame Dios! quería irse detrás de todas las hembras, y echaba tacos y juraba como un carretero. Nada, nada, un buen mozo en toda la extension de la palabra.

Patrocinio sufría de una manera imponderable con el relato de Caparrota.

Disimulaba cuanto podía; pero Jacinta, que estaba alerta y que tenía como toda mujer el instinto de los celos, veía claro lo que pasaba en el alma de Patrocinio.

La situacion se condesaba.

—Pues mañana vendrá ese buen mozo,—dijo don Miguelito;—conque á decirle á Lola que no pase cuidado por su novio, que está mejor que ella.

En efecto, al día siguiente Rosario se presentó en la quinta.

Estuvo como siempre; pero con una intención profunda habló con Patrocinio de una manera tan indiferente como si entre ellas no existiese secreto alguno.

Patrocinio conoció la intención y se irritó.

Don Vicente excitaba su vanidad.

Era necesario ponerse á su misma altura.

Pero si lo consiguió en la apariencia Patrocinio, á despecho suyo, no lo consiguió en el fondo.

Don Vicente continuaba influyendo de una manera poderosa sobre ella.

Patrocinio palidecía, enflaquecía, enlaguidecía y el alma de Jacinta se envenenaba, se ennegrecía.

Para ella era indudable que Patrocinio estaba apasionada de don Vicente.

Se engañaba en esto Jacinta.

No había pasion por Rosario en el alma de Patrocinio.

Lo que había era lucha, una lucha terrible que producía aquel enlanguidecimiento; aquella situacion dolorosa, que podía calificarse como una enfermedad.

Pero para la celosa Jacinta aquello era amor.

Conocía bien á Patrocinio y se creía en peligro.

Patrocinio había conocido su amor por don Vicente.

Se lo había acusado la misma noche de la muerte del alcalde mayor.

Jacinta se decidió, pues.

Había necesidad de deshacerse á todo trance de Patrocinio; pero de una manera tal, que no la comprometiese á ella.

La cólera de don Miguelito debía ser infinita, terrible, si llegaba á percibirse de que su Patrocinio había sido víctima de un asesinato.

¿Y cómo hacerlo?

Usar del mismo medio de que se había valido para matar á don Bartolomé, sería descubrirse.

Don Miguelito no podía ménos de reparar en esta circunstancia.

¿Qué hacer, pues?

Pero en todas partes hay asesinos, particularmente en en Sevilla, que es una gran ciudad llena más que otras de gente perdida.

Pero, ¿cómo fiarse de nadie?

Era preferible un veneno.

¿Y cómo obternerlo?

Ella no conocía más que aquella yerba que llamaba la modorrera, y ya hemos dicho que creía peligroso usar de ella.

Jacinta pensó en valerse de sus cuatro beatas.

Las creía á propósito para todo, con tal de que se las pagase bien, y no era ciertamente dinero lo que faltaba á Jacinta.

La primera beata con quien habló, entró inmediatamente en el negocio, y la procuró un veneno, que había de acabar la vida por un enlanguidecimiento, por una tísis

aguda que marcharía rápidamente; pero pasando por todos los sístomas, por todas las gradaciones.

La cuestión era dar aquel veneno á Patrocinio.

Pero esta cuestión se hizo fácil.

A Patrocinio la gustaban mucho unas pastillas de menta, que por aquellos tiempos estaban muy de moda y se hacian admirables.

Jacinta se procuró de estas pastillas envenenadas.

No tenía necesidad más que dar por espacio de ocho dias de estas pastillas, y una sola, á la persona á quien se quisiese envenenar.

El veneno fué dado con mucha facilidad.

No se había hecho novedad alguna.

El regalo de pastillas era antiguo entre ellas.

Se cumplía aquel adagio: *no vive más el leal que lo que quiere el traidor.*

Continuaban entretanto las cosas del mismo modo; don Miguelito, confiado por una parte, creyéndose más seguro que nunca por la muerte del alcalde mayor, y por otra sufriendo una desesperación infinita, ocultándola, soportándola, por la desaparicion de Rosario: Lola celosa de Jacinta, pero contenida; Jacinta cada día más enamorada de su Vicente, y sin celos ya, porque tenía la seguridad de que Patrocinio era mujer muerta; Rosario nada sabía de la situación en que se encontraba Patrocinio.

Pero muy pronto los primeros síntomas de la enfermedad, ó mejor dicho, del envenenamiento de Patrocinio, la inundaron de una alegria horrible.

Patrocinio tenía ya la palidez, la demacración y la lucidez de la mirada, esa lucidez calenturienta que arde en la mirada de los tísicos.

Ella misma se sentía mal, y muy mal, y lo creía un resultado de la lucha interna que contenía.

Se había convencido ya de que amaba á Vicente, de que la arrastraba su amor.

Pero ¡cosa extraña! no había menguado en nada su amor, su pasión por don Miguelito.

Para Patrocinio esto era extraño, incomprensible, y la explicaba su estado de enfermedad.

Rosario continuaba teniendo para con ella una conducta cruel.

La trataba de una manera sencilla y natural, como si no hubiese tenido lugar la escena del jardín.

Patrocinio se sentía tratada de una manera terrible, y su dolor, su desesperación, abrían en ella más y más la puerta del remordimiento.

Ella había robado á Milagros su amor, y había causado su desgracia.

Ella por su amor lo había arrostrado todo, había producido el escándalo huyendo con don Miguelito, y este escándalo le había matado á su padre.

Después se había hecho cómplice de los crímenes de su marido.

Había renegado por él de todo, de Dios, de su corazón, de su familia, de su conciencia, del mundo, de cuanto puede renegar una criatura.

Patrocinio, veía, pues, en su enfermedad, que consideraba mortal, porque sólo ella sabía cuán enferma estaba, un castigo de Dios, y se resignaba á aquel castigo.

Se volvió á la religión y al deber; pero tarde, muy tarde ya.

Y ¡cosa extraña! ella, que había desconfiado de Jacinta,

ni aun sospechaba que Jacinta fuese la causa de la dolorosa situación en que se encontraba.

Tan natural, dada la situación, le parecía su enfermedad.

Don Miguelito estaba desesperado.

Los médicos habían acabado al fin por desengañarle, por decirle que no había medio en lo humano, y que el fin estaba próximo.

Don Miguelito disimulaba su dolor para no aterrar á Patrocinio.

Pero esto era inútil.

Patrocinio conocía demasiado que se extinguía rápidamente.

Cada día se sentía más débil.

Cada día respiraba con mayor dificultad.

Era como una lámpara que va agotando su aceite y enlanguideciendo, empalideciendo su luz, á medida que le agota.

Era una mañana de Febrero, una hermosa mañana.

Patrocinio estaba sentada al sol en la galería del jardín.

Don Miguelito, ansioso, porque veía en cuán desesperada situación se encontraba Patrocinio, y disimulando difícilmente su ansiedad, estaba junto á ella.

—Dame el brazo, Miguel,—le dijo Patrocinio;—quiero dar un paseo por el jardín.

Miguel la dió el brazo.

Ella le encaminó hacia la glorieta de los laureles.

Una vez allí, se sentó en el mismo banco donde estaba sentada el día que de improviso sintió que la cogían una mano y se la besaban y vió levantarse delante de sí á Rosario.

Parecía como que el destino había llevado allí á Patrocinio, y aunque tal vez Patrocinio había querido ir allí para morir en el lugar donde había cometido su primera falta contra Miguelito; esto es, la de oir sin indignarse ni romper por todo, la declaración de amor de un hombre.

—Miguel,—dijo Patrocinio,—la voluntad de los moribundos es sagrada, y mucho más la de los moribundos que han llegado hasta el borde de la tumba, amándonos.

—¿Y quién piensa en eso, Patrocinio?—exclamó disimulando mal su terror Caparrota.

—Es inútil que nos hagamos ilusiones,—dijo Patrocinio;—yo me siento morir; más aún, creo que esta es la última conversación que tengo contigo, y que esta conversación no será larga: yo debería llamar á un sacerdote, pero no me atrevo á una confesión que podría ponerte en peligro yo no me fío de nada cuando se trata de tí: Dios ve mi arrepentimiento; Dios tendrá misericordia de mí, porque Dios sabe por qué no recurro yo en estos supremos momentos á la religion. Ya ves, Miguel, Dios me castiga; Dios me ha enviado una enfermedad terrible en la fuerza de mi juventud y cuando sea feliz amándote: Miguel, vuélvete á Dios; yo no sé qué aconsejarte; tus crímenes son terribles, Miguel, y yo temo que no haya perdón para tí sino pasas por la espiación. ¡Oh, Miguel, Miguel de mi alma! arrepiéntete, vuelve en tí, entrega á los pobres esas riquezas que has obtenido por el crímen; y conságrate á la soledad, á la penitencia y al dolor: prométemelo, Miguel, para que yo muera tranquila.

—¡Oh! tú no morirás, Patrocinio, no morirás, no; yo no veo ese peligro; los médicos me han dicho que vas mucho mejor.

—Bien, no importa, Miguel; prométeme hacer lo que yo te pido en mis últimos momentos.

—¡Oh, sí, sí!—exclamó Miguel: si yo te perdiera... yo también tengo miedo, Patrocinio, yo también creo que Dios nos castiga.

—Pues bien, que muera ó no, prométeme que te volverás á Dios: si yo no muero, yo me volveré á Dios.

—Te lo prometo, te lo juro por mi alma.

—¡Ah!—exclamó Patrocinio.—Dios te fortalezca para cumplir tus promesas. Pero no, no, Miguel, no me basta tu juramento por tu alma; tú estimas en muy poco tu alma: júramelo por mi eternidad.

Don Miguelito se extremeció.

Habia algo de sobrenatural; algo de la tumba, algo de más allá de la tumba, de la eternidad, en la expresión, en la mirada, en el acento de Patrocinio.

Se comprendía que ésta hacía un supremo esfuerzo, un esfuerzo inaudito para sostenerse en la vida.

—Sí, sí,—exclamó don Miguelito,—yo te juro cumplir tu última voluntad, por tu alma, por tu eternidad.

—¡Oh, gracias, Dios mío!—exclamó Patrocinio.—El es capaz de perderlo todo; pero no es capaz de perder mi alma, Señor.

Y Patrocinio extendió los brazos y se arrojó al cuello de Caparrota.

Éste sintió un beso frío, débil, pero infinito, la última exhalación del alma de Patrocinio.

Patrocinio había vacilado un momento por el que creía otro hombre; pero había muerto entre los brazos de Caparrota, y completamente suya.

CAPÍTULO XXV

—

Dos criaturas horribles.

Pero don Miguelito blasfemó al ver entre sus brazos el cadáver de Patrocinio.

—¡Ah! No hay Dios,—dijo;—si hubiera Dios, yo le provocaría hasta obligarle á venir á que yo me vengara de él. ¡Mi Patrocinio! ¡Muerta! ¡Infierno! ¿Arrepentirme yo? ¡No! ¡Sangre, lágrimas, desolación, muerte á todo!

—¡Ah, por fin!—dijo á sus espaldas una voz que le extremeció.

Era la voz de Rosario.

Se volvió y vió á don Vicente.

—¿Quién estaba con usted?—exclamó don Miguelito olvidado de todo, hasta del miserable cadáver que retenía en sus brazos.

—Nadie,—contestó Rosario con la voz que usaba para sostener su disfraz.

—He creído oir detrás de mí la voz de mi Rosario; de mi angel ó de mi demonio,—exclamó don Miguelito, des-

esperado, trémulo, tembloroso, espantados los ojos, erizado de horror el cabello.—¡Ah! Ha debido ser una ilusión de mi dolor.

—¡Á qué acordarse de otra mujer, —dijo conmovida Rosario,—cuando se tiene entre los brazos el cadáver de la esposa?



—¡Oh! Es que Rosario es mi eternidad; yo me horrorizo de mí mismo; pero á mi despecho, esa voz que he creído oir hace un momento se sobrepone en mí á todo.

—Dejemos, dejemos ahora eso; no escarnezcamos la muerte y la desventura: ella debía morir y ha muerto á fuerza del remordimiento.

—¡Que debía morir!

—Sí, debía morir: el remordimiento mata.

—¡Cómo! ¿Usted sabe?...

—Silencio: rindamos los últimos deberes á esta desgraciada: voy á llamar dos criados.

Y Rosario se alejó lenta y fatídica.

—¡Ah! El crimen produce el crimen,—exclamó;—yo me he abierto el camino para mi felicidad; pero mi felicidad será una felicidad maldita. ¿Qué importa? Él es mi alma: algún tiempo de delirio con él sobre la tierra, y después una eternidad de penas. ¿Qué me importa todo, si me siento amada como no ha sido amada otra mujer?

Rosario llegó á la casa y los llamó á todos.

Nada más repugnante que los extremos de dolor de Jacintilla.

El cadáver fué llevado á la casa y colocado en su lecho, mientras se avisaba á la parroquia del pueblo, mientras se disponía todo.

Don Miguelito aparecía mudo, terrible.

Junto á él, no menos muda, no menos terrible, se veía á Rosario.

Jacinta parecía desesperada.

El dolor de los demás era de todo punto sincero.

Pasó la noche.

Llegó el día siguiente, y el cadáver fué conducido á Sevilla, para colocarle, después de un ostentoso funeral, en el enterramiento que tenían en la iglesia del Salvador los marqueses de Casa-Vaquera.

Don Miguelito se había quedado en la quinta con Jacinta y con Rosario, y aparecía más sombrío, más feroz que el día anterior.

Rosario se mostraba también más silenciosa y más sombría.

—¡Ah! ¡Y cómo se conoce que la amabas!—dijo Jacintilla con acento rugiente;—yo no me había engañado; pero no se ama á los muertos, no; los muertos se pudren en su sepultura.

Rosario no contestó á Jacinta.

Se metió en el aposento de Miguelito y le dijo.

—Yo no puedo dejar á usted así, venga usted conmigo.

—¿Y adónde,—exclamó don Miguelito.

—¿Adónde si no á mi casa?—contestó Rosario;—aquí se le aviva á usted el dolor. ¿Y para qué son los amigos? Venga usted: yo se lo suplico.

Don Miguelito se dejó arrastrar.

Montaron á caballo y se trasladaron á la casa de Rosario.

—¿Pero aquí no hay nadie? —dijo don Miguelito.

—Mi tía y la muchacha han ido por algunos días á Cabra á sus negocios.

En efecto, Rosario, que veía acercarse la catástrofe de Patrocinio se había desembarazado de doña Vicenta y de Gertrudis.

Don Miguelito, cuando vió que nadie había en la casa, llevó por sí mismo los caballos al mesón.

Volvió.

Rosario había desaparecido.

Había dejado la puerta de en medio abierta.

Don Miguelito supuso, que prevaliéndose de la confianza que con él tenía don Vicente, había tomado la delantera.

Cerró la puerta, y como había estado una vez en la casa, le bastaba para no desconocer el camino, aunque tardase mucho tiempo en volver á ella, cualidad de buen ladrón,

subió al piso principal y se fué en derechura al cuarto de Rosario; pero encontró la puerta cerrada.

—Espere usted, espere usted un momento,—dijo Rosario que le había sentido llegar;—estaba incómodo, y me estoy mudando.

Era la voz de don Vicente, solo que era algo trémula, como si don Vicente hubiera estado ajitado por una gran emoción.

Nada tenía esto de extraño dada la situación.

Poco antes debía haberse enterrado en la iglesia del Salvador á Patrocinio.

Don Miguelito continuaba desencajado y descompuesto.

Patrocinio le despedazba el alma, y sin embargo, seguía resonando en su alma aquella voz de Rosario, que había oído un momento, cuando tenía entre los brazos el cadáver de Patrocinio.

Estos dos sentimientos, no luchaban, coexistían en don Miguelito; pero la emoción que le causaba el recuerdo de Rosario predominaba el otro sentimiento de dolor.

Estaba en la sala.

Se sentó en el canapé, en uno de aquellos canapés con colchoncillo y almohadoncillo que eran muy comunes.

A poco de haberse sentado, oyó dentro del cuarto de Rosario, un ruido semejante al que produce una persona que se lava la cara con insistencia.

Aquel ruido duró cinco ó seis minutos.

Pasaron otros cinco ó seis minutos.

De improviso don Miguelito sintió pasos, pasos de mujer, que se acercaron rápidamente á él.

Levantó la cabeza y lanzó un grito, uno de esos gritos inmensos que parten del alma.

Tenía delante de sí á Rosario, hermosísima, divina, trasfigurada, vestida con una elegancia infinita; pero de luto riguroso, lo que realzaba su hermosura.

No se la notaba lo cortado de los cabellos.

Tenía su abultado peinado de otros tiempos.

Esto consistía en que se había provisto de una admirable peluca negra.

Rosario miraba de una manera inmensa á don Miguelito que estaba inmóvil, pálido, mudo, lanzando toda su alma por sus ojos y anegándola en el alma de Rosario.

—¡Oh! ¿qué es esto, Dios mío?—exclamó don Miguelito; —¡yo voy á morir!

—No, tú no morirás, porque yo soy tuya, porque yo soy tu vida, porque yo no he vivido nunca con tanta fuerza como ahora.

—¿Quién te ha traido? ¿De dónde sales? ¿dónde has estado todo este tiempo?

—¿Qué te importa?—dijo Rosario.—Yo salgo de la eternidad: tanto da, tú no sabrás nunca dónde he estado yo, ni qué ha sido de mí.

—¡Oh! ¡Te conocía sin duda Vicente! Tú has vivido sin duda con Vicente; Vicente te introdujo en el jardín de la quinta para que vieras morir á Patrocinio.

—Sí,—dijo Rosario;—Vicente era mi mayor amigo; una criatura excelente para mí. ¡Pero, Dios mío, tú tienes celos, Miguel; me lo dicen tus ojos! ¡tú crees que una mujer que haya vivido algún tiempo al lado del hermosísimo Vicente, no ha podido dejar de amarle! ¡Ah, Miguel, tú desconfías de todo!—Y luego añadió con la voz afectada, como cuando representaba á Vicente:—usted, señor marqués, no cree en nada.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó el marqués.

—Si no basta esto, mira.

Y se arrancó la peluca.

—¿Para qué había yo de haberme cortado los cabellos? Si no te basta aún, ven.



Y Rosario dió la vuelta, entró en su cuarto por una puerta de escape, por la misma que había salido después de haber tomado su traje de mujer.

—Mira lo que queda de Vicente,-dijo:—sus ropas, su peluca. Ven, ven acá, mira en la jofaina, ahí están las patillas de Vicente.

—¡Dios mío! ¿Y cómo no adorarte?—exclamó don Miguelito.

Y el desencajamiento de su semblante se fué modificando, fué desapareciendo.

Contemplaba extasiado, arrobado, trémulo de amor y de algría á Rosario; de alegría, á pesar de la reciente muerte de Patrocinio.

Rosario lo dominaba en el todo.

Podía decirse que Rosario era la mujer que había nacido para él.

Parecía que desde la muerte de Patrocinio, hasta aquel momento, había pasado un siglo.

—Vámonos, vámonos de aquí, —dijo Rosario, abriendo la puerta de su cuarto, que correspondía á la sala y acomodándose la peluca.—Voy á ponerme una mantilla, á abandonar esta casa para no volver jamás á ella. Llévame donde yo pueda ocultarme.

—¡Oh!—exclamó don Miguelito;—para eso tienes que quedarte aquí algún tiempo, y desconfío, temo que desaparezcas otra vez.

—¡Ah! No, no, ya eres viudo Miguel.

Miguel se extremeció.

—¡Ah! Es muy justo que la llores,—dijo Rosario.—Mira, yo me he puesto luto por ella. ¡Pobre desventurada! Pero ella no te merecía, no, Miguel; Miguel, ten valor para oir las palabras que voy á decirte: Patrocinio ha muerto de amor por otro hombre; yo no moriré de esa manera.

—¡Ah! -exclamó don Miguelito.—¿Qué hombre era ese?

Y sus ojos ardían; la cólera brillaba en ellos.

La idea de haber sido engañado, de haber sido burlado, de que existía un hombre que podía despreciarle, desarrollaba en él un furor de demonio.

—Miguel,—dijo Rosario; - tú has sido, como la mayor parte de los maridos; tú has ido á visitar al amante de tu mujer enfermo, le has encontrado completamente restable-

cido, y te has ido á comer y beber con él, tratándole con una completa confianza.

—¡Cómo! ¿Tú?—exclamó don Miguelito.

—Sí, yo, el bello don Vicente. Acuérdate; yo te había dicho: «me has deshonrado, me debes una reparación, has desgarrado mi alm, mata á tu mujer». Tú te horrorizabas; tú retrocedías; pues bien, yo juré matarla, y la he matado de amor Bien muerta está, Miguel; tú la hubieras matado si la hubieras visto en los brazos de otro hombre. ¿Y por qué no ha estado en los brazos de un hombre? Porque el hombre no existía. No tengo que insistir más en la culpa de Patrocinio; dejemos en paz á los muertos; pero no merece que la llores. Te lo repito: la mujer nacida para tí soy yo: yo soy tu alma y tu vida; yo no puedo faltarte á tí, porque me despedazaría á mí misma el corazón, porque no hay en el mundo quien pueda lanzarte del corazón de tu Rosario, que todo te lo perdona; de tu Rosario, que todo lo olvida por tí, que te adora, que ha estado agonizando por tí seis meses, sufriendo lo infinito de lo horrible.

—¡Oh! ¡engañado! ¡vendido!—exclamó don Miguelito.

—Pero engañado, vendido á causa mía. ¡Oh y como gozaba yo cuando Patrocinio, aprovechando los momentos en que tú no la veías, me miraba ansiosa con sus grandes ojos negros! ¡Cuán inmensa era la alegría que inundaba mi alma cuando veía agonizando por mí á la mujer que era un obstáculo á mi felicidad, cuando la consideraba indigna de tí!

—Y dime, dime, Rosario,—exclamó don Miguelito, que parecía dominado por una idea fija;—¿hay alguien que sepa eso?

—Hay una persona que ha sospechado; pero de una manera muy débil, una mujer loca de amor por mí.

—¿Jacinta?

—Sí, Jacinta. Enmudece á esa mujer, Miguel; ella me ha revelado todo lo que tú eres; esa mujer puede perderte.

—¡Oh! ¡la enmudeceré!

—Después, Miguel, vive tranquilo; y para que tu tranquilidad y la mia sea mayor, dejemos á España.

—¡Oh, sí, la dejaremos y cuanto antes!—exclamó don Miguelito.

Rosario lograba lo que no había logrado Patrocinio; esto es, que don Miguelito, aunque fuese por el momento, se olvidase de Milagros, de aquel otro afán irritado de su corazón, de aquella otra dificultad que aun no había vencido.

El desencajamiento del semblante de Caparrota había desaparecido al fin por completo; sólo dejaba ver una poderosa sobrexcitación.

Rosario le embriagaba, le aniquilaba, le enloquecía, le transportaba al eden.

—¡Oh, amor mío, amor mío!—exclamó don Miguelito·—¡alma de mi alma, vida de mi vida! yo no puedo dudar de que tú me has perdonado; de que me amas sobre todo; hoy me pareces más hermosa, infinitamente más hermosa, y aun tengo miedo; vuelvo á tenerte y temo que desaparezcas otra vez. ¡Oh, que felicidad tan inmensa, Dios mío! Jamás he sido tan feliz.

—Mira, Miguel,—dijo Rosario,—va oscureciendo, por la calle pasa muy poca gente; voy á ponerme la mantilla, espera un momento.

—¡Oh, no, Dios mío, yo voy contigo!—exclamó don Miguelito

—Tonto,—exclamó Rosario,—yo no tengo ya motivo

alguno para desaparecer, porque creo que tú no me darás motivo para ello.

—¡Ah! no, no, porque nos casaremos, y para casarnos pronto, nos iremos al extranjero, donde no extrañen que yo no he respetado el luto por esa mujer.

Si Patrocinio, salida de su tumba, hubiera oído que su Miguel la llamaba *esa mujer*, se hubiera vuelto á su tumba, desesperada, condenada.

Rosario era implacable; no había querido quedase en el corazón de Caparrota para Patrocinio, nada más que ira.

—No, nosotros no podemos casarnos sino en el extranjero, Miguel. ¿Te olvidas que yo soy responsable ante la justicia de la muerte de aquel pobre diablo de Paco? ¡Ah, el miserable! Creyó que yo era una mujer como otra cualquiera. ¡Ah, infame! Yo le dí de puñaladas; y se defendía y era bravo; ¿pero qué importaba? Yo defendía tu amor, tu corazón, tu Rosario no ha nacido más que para tí, mi amor me dió fuerzas.

—¡Diosa! ¡inmensidad!—exclamó don Miguelito.

—Miguel, que oscurece, vámonos; decididamente voy á ponerme la mantilla.

Rosario tomó una mantilla que estaba sobre la cómoda de su cuarto.

Don Miguelito buscó su sombrero.

—Quítate las espuelas, niño,—le dijo Rosario;—y veamos á donde vas á llevarme; es necesario que no me vea nadie.

Don Miguelito se quitó las espuelas.

—Espera,—dijo Rosario,—voy á ver si pasa mucha gente por la calle.

Y abrió el balcón.

Era ya muy de noche y no pasaba un alma.

Tampoco había nadie en la puerta del mesón; porque hacía frio.

— Salgamos,—dijo Rosario.

Salieron.

Rosario cerró la puerta de enmedio.

—Asómate á la puerta,—dijo Rosario;—y mira si pasa alguien.

—Nadie,—dijo don Miguelito, asomándose á la puerta de la calle.

—Pues bien; torzamos rápidamente la esquina,—dijo Rosario.

Y salió, se escurrió hácia la izquierda, se alejó rápidamente, y poco despues los dos amantes, asida ella al brazo de él, entraban por la puerta del Arenal y avanzaban por la calle de la mar.

Como sabemos, en la calle de la Mar, á poca distancia de la puerta del Arenal, estaba el montañés del tío Carcañales.

Don Miguelito se metió en él con Rosario, no por la puerta de la calle, sino por la puerta que daba al portal.

El tío Carcañales acudió en persona, con bastante precipitación, porque había oido un llamamiento particular.

Don Miguelito se metió con Rosario, que llevaba echado el velo de la mantilla, en la habitacion más interior.

—¡Vaya una hembra!—dijo para sí el tío Carcañales, juzgando por la gallardía y por el aspecto general de Rosario.—Para este diablo de marqués se ha hecho el mundo.

—Tío Carcañales,—dijo don Miguelito,—aquí tiene usted á mi mujer.

—¿A su mujer de usted?...—dijo el tío Carcañales.

Y se detuvo temeroso de cometer una imprudencia.

—Hable usted, hable usted sin miedo, tío Carcañales,—dijo don Miguelito,—la otra no le puede oir á usted, se la ha llevado el diablo.

—¡Cómo, señor marqués! ¡Qué lástima!

—Si vuelve usted á decir eso, tío Carcañales, va usted á acompañarla; yo no tengo, ni he tenido, ni puedo tener, ni tendré nunca más mujer que esta señora; usted no la ve ahora la cara, ¿no es verdad? pues no se la verá usted nunca.

—Pero, señor, ¿cuándo ha muerto la marquesa?—exclamó el tío Carcañales,—¡me ha dejado usted hecho un estropajo, señor marqués!

—Ayer al mediodía me hizo el favor de largarse,—dijo don Miguelito, que no mentía, que sentía todo el desprecio y todo el furor de un marido engañado.

—Dejemos en paz á los muertos,—dijo Rosario.

—Sí, sí, señor marqués, por mucho que nos hayan ofendido los muertos, y yo creo que la señora no ha ofendido á usted, porque era incapaz de ello, cuando se mueren hay que perdonarlos y rezarlos un Padre-Nuestro y un Ave-María.

Y el tío Carcañales se puso á rezar entre dientes.

—Enseguida, tío Carcañales,—dijo don Miguelito,—cena para la marquesa y para mí, y de lo mejor que haya en la casa y andando.

El tío Carcañales salió apurado, diciendo para sí:

—Vamos, este hombre se ha vuelto loco, este hombre nos va á perder. ¡Por vida de las mujeres! ¿Y qué tal será esta niña que ha logrado que se olvide de la otra, cuando estaba que disparataba por ella? ¡Y habrá sido capaz de despa-

charla! Vamos, este hombre es demasiado, esto va más allá de lo imaginable. No, pues yo no le vuelvo á hablar ni una palabra más de la difunta, que siempre hay tiempo de morir de mala muerte, y con Caparrota no hay que chancearse. ¿Y qué tal será la nueva marquesa? ¿Y á tí qué, Carcañales? olla que no te has de comer déjala cocer.

Entre tanto, el tío Carcañales había puesto en una cesta un servicio de mesa completo, y volvió con él y con él cubrió una mesa redonda que había en el centro del cuarto, que era pequeño y no tenía más luz que la de la puerta.

Esta puerta podía cubrirse por dentro con una tupida cortina.

—Sirva usted todo lo que tenga usted que servir, fiambre, tío Carcañales,—dijo don Miguelito.

—Pues traeré bocas, y percebes y pescadillas, y jamón en dulce, y una gallina asada, y aceitunas, y cornisones y salchichón, y almíbar, y frutas secas, y queso; eso es todo lo que tengo de fiambre.

—Y sobra, tío Carcañales; pero á servirlo en seguida. Ponga usted lo que no quepa en esta mesa, en aquella otra que está en aquel rincón.

—Pues por supuesto, señor marqués;—yo lo dejaré todo corriente, y me largaré por la sombra.

El tío Carcañales salió y trajo todo lo que había dicho, en dos ó tres viajes.

—Ea, pues con Dios, y buen apetito,—dijo el tío Carcañales.

—Espere usted,—dijo don Miguelito,—que tiene usted que ir á un recado.

—¿Y adónde, señor marqués?

—A mí casa. Pídale usted á Atanasio la llave del postigo del jardín y vuelva usted enseguida.

—Muy bien, señor marqués.

El tío Carcañales salió.

Don Miguelito cerró por dentro con llave la puerta, y corrió la cortina.

—Vamos, ya puedes quitarte la mantilla y el pañuelo, vida mía,—dijo don Miguelito, que aparecía ya completamente sereno como si nada hubiera acontecido, y alegre y satisfecho de una manera infinita.

—Ese es uno de tus ladrones,—dijo Rosario quitándose la mantilla y el pañuelo de los hombros, y quedando descotada.

—Rosario, entre nosotros no se llaman las cosas por su nombre; se dice los muchachos, los confidentes, los amigos.

—¿Y qué más da? Las cosas son siempre lo que son. ¿Qué me importa á mí de todo eso, sino por el peligro en que te pones delante de la justicia? ¿Tú tienes el vicio del robo y del exterminio. ¿Y á mí qué, si tú me has vuelto loca, si tú no has de robarme mi felicidad, ni has de matarme?

—Mira, niña, estos percebes están muy frescos.

Y aquellos dos seres espantosos se pusieron á cenar con muy buen apetito.

—Pero dime, Rosario,—la preguntó don Miguelito—¿dónde te has ocultado todo este tiempo?

—Indulto para los que te han engañado, Caparrota; te han engañado por mí; yo he estado oculta en el cortijo de Dos Hermanas, y su aperador el tío Talones, es el que me ha procurado mi disfraz, un disfraz admirable, como has visto.

—¡Oh, sí! Pero yo no comprendo,—dijo don Miguelito,—como Vicente no se parecía á Rosario, ni Rosario se parece á Vicente.

—El traje, las patillas, el color, la voz; y luego, que yo cuidaba de dar á mi semblante una expresión viril.

—Esto es admirable, Rosario; me asombras; más aún, me causas miedo, me dominas: puedes hacer de mí lo que quieras.

—Es que yo no quiero hacer nada de tí más que mi felicidad.

—Y ve tú ahí, á mí me parece, - dijo don Miguelito,— que yo soy poco para tí, que no te merezco.

—Tú eres para mí lo inmenso, lo desconocido, lo que no hay palabras para ponderarlo. ¡Ay, Miguel, te amo tanto, que no puedo resistir mi amor! Miguel, Miguel, vámonos cuanto antes de España; yo quiero ser tu mujer; créeme, no me acomodo ya á ocupar el bajo lugar de una querida, por muy amada que sea, y en España no nos podemos casar.

—¡Eh! Yo arreglaré eso de Paco; es más, lo tengo ya arreglado; los escribanos son míos; la justicia no te ha hecho responsable de la muerte de Paco; por el contrario, te se ha buscado por la justicia, creyéndote violentada, secuestrada, tal vez muerta. ¡Oh! ¡No sabes cuánto he sufrido yo! En fin, acuérdate de lo que hablamos el día que comimos en la fonda del León de Oro. Así, pues, nada impide el que nos casemos; yo no sé por qué quieres ocultarte.

—Vamos, la alegría de haberme encontrado te entorpece la razón, Miguel; yo te lo agradezco, me alegro de ello, eso me prueba cuánto es tu amor por mí; pero reflexiona: en buen hora que yo no sea responsable ante la justicia de la muerte de Paco; pero todo el mundo sabe que yo me escapé con un hombre; yo estoy deshonrada.

—No me digas eso por Dios, Rosario,—exclamó don Miguelito.

—¡Oh! Todo, todo te lo diré: deshonrada y devorada por el remordimiento.

—¡Remordimiento por quererme!

—¿Qué has hecho tú de mi padre, Miguel? ¡Ah! Si has de dejar de comer, si has de entristecerte, no sigo. Mira, yo como y bebo; yo estoy maldita, yo me he condenado por tí, yo no puedo esperar misericordia de Dios; yo he hecho más, mucho más de lo que tú has hecho, aunque te hayas teñido en sangre hasta por encima de los cabellos.

—Yo no he matado nunca por mi mano,—exclamó don Miguelito.

—Sí, siempre has tenido quien mate por tí. ¡Ah! Pues mira, es un placer matar por sí mismo; yo lo comprendo: despedazar á un ser odiado, ¡oh, qué felicidad!

—¡Ah, Rosario, Rosario mía! Tú eres superior á mí, tú eres mi señora, ¿qué importa todo? Casémonos, Rosario, aquí en España; quiero que me envidien.

—Y que yo me avergüence, que yo vea desierta mi casa. ¿Cómo tus nobles conocimientos podrían perdonarte tu unión con una mujer que se ha escapado con un hombre que ha amanecido muerto al otro día, y que ha andado por ahí perdida? Yo soy capaz de todo por tí, hasta de lo más horrible; pero no me siento capaz de la vergüenza; es necesario aparecer sin mancha, casi santos, aunque seamos en secreto demonios: la hipocresía es una conveniencia. Pero come, Miguel, come, no te entristezcas. ¿Qué importa todo? Tú para mí, y yo paro tí; un amor como el nuestro no conoce padres, ni hermanos, ni semejantes; nada.

—Has omitido algo, Rosario,—dijo don Miguelito.

—¡Ah! Es que yo adoro á mi hijo, porque es hijo tuyo, —exclamó Rosario.

—¡Oh, Dios mío! ¿Eso más?—exclamó don Miguelito;—¡Ah! Yo nunca he tenido hijos, sufría por esto. ¡Y tú, tú! ¡Oh, sí! ¡Tú eres mi esposa, la esposa de mi alma!

—Come, Miguel, come,—dijo Rosario;—si yo no me sintiera madre ¿por qué había de querer ser tu mujer? ¿Qué me importaba, si tenía tu alma, tu ser entero? ¡Pero nuestro hijo, nuestro amor, nuestra desgracia! ¡Oh, Dios mío! ¡Si hereda la maldición de sus padres!...

—¡Calla, no digas eso!—dijo don Miguelito.

—¡Oh! Es necesario cesar en el horror, Miguel,—dijo Rosario;—hacer desde hoy tanto bien como mal hemos hecho. Por el alma de nuestro hijo, Miguel. Mira, mira, él es la causa de mi remordimiento; únicamente cuando pienso en él no estoy loca. Miguel, yo no era mala, no lo soy; pero he recibido de mi padre un alma tan terrible, unas pasiones espantosas; la contrariedad de cualquiera de esas pasiones, me llevaría á lo incalculable. Miguel, cortemos nuestro pasado, procuremos desarmar la cólera de Dios, convirtámonos en dos séres completamente distintos y olvidémonos de lo pasado.

—El crimen no se borra del alma,—exclamó don Miguelito,—¿por qué no te conocí yo cuando era inocente? ¡Ah! Nosotros no podemos gozar más que de una felicidad del infierno, felicidad inmensa sobre la tierra; pero luego... ¡Sí, sí, hay Dios! ¡Un Dios inexorable en su justicia! ¡Bah! Yo estoy verdaderamente loco; yo no no he pensado nunca de ese modo.

—Tal vez ahora estás cuerdo por la primera vez de tu vida. En fin, Miguel, lo que yo he querido decirte es que hagamos predominar en nosotros la parte de bien que Dios ha puesto en nuestras almas. ¿Y qué culpa tenemos si he-

mos heredado una maldición? Mi padre parecia muy bueno, y lo era cuando nada se le oponía; una mezcla de bien y de mal; pero había hecho cosas horribles: antes de su indulto estuvo pregonada su cabeza. ¡Oh! ¡Y mira cómo ha muerto! ¡de una manera espantosa! La providencia de Dios, Miguel. Por eso me aterro, me espanto; por eso te ruego, que por el alma de nuestro hijo hagamos desde hoy tanto bien como mal hemos hecho arrastrados por nuestras pasiones.

—¿Y qué mal has hecho tú,—exclamó don Miguelito,—que pueda compararse á lo que yo he hecho á sangre fría?

—Lo que yo he hecho es mucho más grave que todo lo que tú has hecho: tú no has amado al asesino de tu padre, tú no has matado el alma y el cuerpo de una mujer.

—¡Matado!—exclamó don Miguelito.

—Sí, matado,—exclamó Rosario;—deja á la desdichada dormir en paz; yo la odiaba, pero mi odio ha cesado en la tumba. Si te he dicho que ha renegado de tí, que se ha enamorado de mí creyéndome hombre, ha sido porque necesitaba matar en tí su recuerdo. ¡Ah! Yo debo tener algo de satánico: he necesitado valerme de dos mujeres, y las he enloquecido, he necesitado fascinar á Patrocinio y la he fascinado; hasta la pobre criada que teníamos en casa estaba loca por mí.

—¡Oh! Estabas irresistible, Rosario; aparentabas un hombre como yo no he visto otro. Y yo no tenía celos, yo no creía que Patrocinio pudiese amar á otro hombre aunque hubiese sido un angel descendido del cielo.

—Patrocinio me miraba con indiferencia mientras yo la miré de una manera indiferente; Patrocino estaba muy lejos de ser una mujer lijera; pero cuando yo la sorprendí

un día en el cenador del jardín, me acerqué á ella sin que ella me sintiese, la besé una mano, me miró y la envolví en una mirada terrible, desde entonces, Miguel, no fué ya tuya Patrocinio.

—¡Ah! ¡Tú la mataste de desesperación, de amor!

—No, Miguel, no; esa muerte hubiera sido mucho más lenta.

—¡Cómo!—exclamó don Miguelito.

—Un envenenamiento.

—¡Tú!

—¡Y bien!—dijo Rosario;—¿si hubiera sido yo?

—Dejemos en paz los muertos,—dijo Miguel.

—Pues bien, yo he sido: pero de una manera indirecta, como tú, de una manera indirecta, tambien mataste á mi padre.

—Dejemos, dejemos en paz á los muertos, Rosario; ¿pero quién ha sido la mano?

—Jacinta.

—¡Oh!—exclamó exhalando un rugido don Miguelito.

—Enmudécela, esterminala.

—¡Oh sí, sí! ¡necesito vengarme de ella, la miserable!

—Bien, Miguel, bien, esto me indica que perdonas á la pobre Patrocinio, que sientes por su muerte sed de venganza. Toma, hiere.

Y dió por el puño uno de los cuchillos de la mesa á don Miguelito.

—¡Jamás!—exclamó éste.—Contra tí yo nada puedo, nada quiero; fuera de tí nada amo.

—¡Ah, Miguel Miguel! se puede por medio de una intriga hacer que una rival beba un veneno, que produzca en ella la tísis, una tísis, que engañe á todo el mundo; pero

no se puede matar nada en tu corazón; no basta que Patrocinio haya matado en su corazón tu amor; tú eres terrible; te empeñan las dificultades; tú serás siempre el mismo; tú te perderás; pero no te entristezcas; yo te amo tal cual eres; no puedo amarte ni más ni ménos; nos perderemos juntos. ¡Ah, nuestro pobre hijo!

—No, no, Rosario de mi alma, no,—exclamó don Miguelito,—yo haré todo lo que me mandes, yo no tendré más voluntad que la tuya, yo seré tu esclavo; yo te reconozco infinitamente superior á mí, inmensamente inconcebible, y si yo pudiera tener miedo te lo tendría. Aquel Paco era bravo, y tú frente á frente...

—No, Miguel, no, yo no puedo mentir; yo no maté á Paco.

—¿Quién, pues?

—El ermitaño de Santo Cristo de la Salud, de Dos Hermanas.

—¡Ah!—exclamó don Miguelito.—¿Fuiste tú quién le envió á mi quinta?

—Yo, sí; necesitaba noticias.

—¡Ah, infame!—exclamó don Miguelito, dando un puñetazo sobre la mesa.

—Te he pedido el indulto de los que me han ayudado, Miguel.

—¡Ah! Bien, muy bien,—dijo don Miguelito;—el esclavo obedece á su señora, y la obedece con placer.

—Es más,—dijo Rosario;—yo cumplo mis palabras, bien lo sabes; y si ellos me han servido, ha sido porque les he ofrecido hacerles una fortuna. Yo estoy desheredada, no tengo sobre qué caerme muerta y es necesario que yo cumpla mi palabra, Miguel; que el tío Talones encuentre

en su cortijo diez mil duros, y otros diez mil duros en su ermita el hermano Cebrián.

—Mañana,—dijo don Miguelito.

—Gracias, Miguel. Se que eres avaro y que te cuesta un inmenso sacrificio el desprenderte de dinero, y que por adquirirlo eres capaz de todo; muchas gracias, Miguel. Oye ahora: mañana partimos de Sevilla y no nos detenemos hasta salir de España.

—Partiremos mañana,—dijo don Miguelito.

En aquel momento llamaron á la puerta de un modo particular.

—Ese hombre con la llave de tu casa,—dijo Rosario;—espera que me encubra.

Rosario se puso el pañolón y la mantilla, y se echó el velo.

Don Miguelito descorrió la cortina y abrió la puerta.

—La llave, señor marqués; —dijo el tío Carcañales.

—Gracias; alumbre usted, tío Carcañales,—dijo don Miguelito;—nos vamos.

El tío Carcañales tomó una de las bujías que estaban sobre la mesa, y llevó hasta la puerta de la tienda á don Miguelito y á Rosario.

La puerta se había cerrado hacía algún tiempo.

Eran ya más de las ánimas.

—Espere usted, tío Carcañales,—dijo don Miguelito, antes de que el gitano abriese;—mañana irá usted á mi casa para que yo le entregue veinte mil duros; luego enviará usted de mi parte al tío Talones diez mil, y al hermano Cebrián otros diez mil.

—Muy bien, señor marqués.

—Buenas noches, tío Carcañales.

—Buenas noches señores míos, y muchas felicidades;—dijo el tío Carcañales, que había abierto la puerta.

Poco tiempo después, Rosario y don Miguelito entraban por el postigo del jardín que daba á la calle de los Gimios; y se encerraba con Rosario don Miguelito en aquella habitación secreta que había ocupado su madre y después su primera mujer, Aurorilla.

CAPITULO XXVI

De cómo siempre queda un rastro, por el cual puede encaminarse la justicia.

Aquella misma noche, apenas se habian ido de la casa del barrio de la Cestería don Miguelito y Rosario. cuando pasó un sereno y vió la puerta abierta y el portal sin luz

Esto estaba probibido por las ordenanzas.

El sereno llamó para imponer una multa; pero no le contestó nadie.

Alarmado por esta circunstancia, llamó una vez, y otra, y otra, con insistencia.

Viendo que no obtenía contestación, temiendo que en aquella casa hubiese sucedido una desgracia, se asomó á la puerta y dió la alarma con su pito.

Al sonido de alarma, acudieron tres ó cuatro serenos, y el posadero y los mozos de la posada.

—¿Qué es lo que sucede tío Cubillo?—dijo el posadero, que era el que había llegado primero al sereno que había dado la alarma.

—¿Qué ha de suceder, tío Lagarto?—que he llamado aquí á casa de don Vicente, porque me encontré la puerta abierta, y no responde nadie.

—Pues mire usted, tio Cubillo, esta tardecita vino don Vicente con el señor marqués de Casa-Vaquera (allí también conocían al marqués aunque el marqués no supiese esto). Hace tres días, doña Vicenta y la Gertrudis, se fueron, yo creo que al reino de Córdoba, y don Vicente se quedó solo; puede ser que el hombre se haya ido por ahí de *jarana* con el marqués y se le olvidara cerrar la puerta de afuera.

Ya á este tiempo habían llegado los otros serenos.

Se volvió á llamar, y como no se obtuviese contestación, uno de los serenos fué á avisar al alcalde de barrio.

Sobrevino éste, y se llamó de nuevo.

Se llamó por tres veces, y en vista de lo insistente del silencio, se envió por un cerrajero para que abriese la puerta.

El cerrajero abrió con una ganzúa.

Se registró la casa y se encontró: primeramente, sobre la cómoda, una peluca rubia, rizada, ropas de hombre y una capa, que reconoció el posadero por ser las que usaba don Vicente; en la jofaina muchos pelos largos, pelos de patilla, pelos rubios; á más en el cajón de la mesa, una caja en que había dos pares de patilllas postizas y unos botes con mejunges.

—Pues señor,—dijo el posadero,—don Vicente no era don Vicente: podía ser lo que quisiera. Ya me había dado á mí en la naríz un cierto olorcillo de hembra; pero yo decía: ¡bah! no puede ser una hembra con esas patillazas. Vamos andando, no sabemos nada, ni vemos nada, ni conocemos nada; y luego, como la Gertrudis, que vivía en la

casa, estaba enamorada como una loca de don Vicente, y todos creíamos que era su moza, vaya usted á ver, señor. Esto tiene gracia.

—¿Y dice usted,—preguntó el alcalde de barrio,—que el señor marqués de Casa-Vaquera vino con don Vicente esta tarde?

—¡Vaya si vino! Como que él mismo trajo á la posada los dos caballos.

El alcalde de barrio no preguntó más.

Acabó de registrar la casa, echó las llaves á todas las puertas, dejó un sereno de guardia á la puerta de la casa con la orden de prender á todo el que á la casa llegase, y se fué á dar parte de lo que sucedía al teniente alcalde mayor.

Éste escuchó con una profunda atención al alcalde de barrio.

Después de haberle oído, y sin decir una sola palabra, se puso su sombrero y su capa, tomó su vara, y con su escribano, esto es, con don Sinforoso, con el alcalde de barrio y con su ronda, se trasladó á la casa en cuestión y la reconoció.

El escribano libró testimonio de lo que se había encontrado.

Se embargó, con la intervención de dos vecinos, de los cuales uno era el posadero, el mobiliario de la casa.

Se sellaron las puertas, y luego el teniente alcalde mayor pasó al mesón y tomó declaración al posadero y á todos los que habían visto que el marqués de Casa-Vaquera había llevado al mesón los caballos.

Los declarantes afirmaron que, en efecto, como á las cuatro de la tarde, el marqués había llevado por sí mismo

los caballos al mesón, que en otras ocasiones llevaba el de don Vicente á la posada Gertrudis, y que tres días antes Gertrudis se había ido con su ama al reino de Córdoba; pero no se sabía á qué pueblo.

El teniente alcalde mayor despidió al alcalde de barrio y tomó con su escribano y su ronda el camino de la casa del marqués.

—¿No le parece á usted lo que sucede muy extraño, don Sinforoso?—dijo el teniente alcalde mayor.

—En efecto, muy extraño parece, y más tratándose de una persona de tan buena reputación como el señor marqués de Casa-Vaquera. Aquí debe haber algún misterio.

El escribano tomaba posición para tener libertad de hacer lo que conviniese.

—Verdaderamente, aquí hay misterio y no muy favorable, en la apariencia, para el marqués, á pesar de la buena reputación de que goza. Hoy se ha enterrado á su mujer y nos encontramos con que esta tarde ha venido con una mujer disfrazada de hombre á esa casa; y después, según los vestigios que han quedado en ella, se la ha llevado, dejado ya por ella el disfraz. Esto es violento y repugnante; y toda la buena reputación del señor marqués no es bastante para impedir que, respecto á lo que sucede, haga averiguaciones la justicia.

—Yo creo que esto debe pertenecer completamente á la vida privada,—dijo don Sinforoso;—y á mí me parece conveniente se citase mañana al marqués y se le pidiesen explicaciones.

—Aquí puede haber algo grave,—dijo el teniente alcalde mayor;—y no podemos ni debemos, por consideraciones y morosidades, dar lugar quizá á que un crimen quede impune.

Don Sinforoso no insistió; había hecho ya bastante.

La Agustina le tenía completamente de parte del marqués de Casa-Vaquera y había cometido éste la imprudencia de visitar á la Agustina, porque el tío Carcañales se la había ponderado como buena moza.

La Agustina había olido al marqués y se había propuesto explotarle.

Para ello procuraba tener de su parte, y lo conseguía á don Sinferoso.

Decía, y decía muy bien, el tío Carcañales, que las mujeres habían de ser la perdición de Caparrota.

El alcalde mayor llegó á la casa del marqués; pero no llegó á la puerta principal sino cuando hubo dejado guardia en el postigo de la calle de los Gimios.

Hizo que franqueasen la puerta en nombre del rey.

Pero ante el alcalde mayor, como si dijéramos asistente de Sevilla, á quien representaba el teniente alcalde mayor, no había fueros privativos.

El asistente de Sevilla era una autoridad enorme, una representación absoluta del rey en todo lo referente á lo político, lo administrativo, lo civil y lo militar.

Así es, que don Miguelito no pudo alegar ningún fuero contra el teniente alcalde mayor; y no pudiendo hacer esto, no cometió el disparate de evadirse.

Recibió, pues al teniente alcalde mayor

Por el desaliño que se notaba en el traje de don Miguelito, el teniente alcalde mayor comprendió que acababa de levantarse. Eran las once de la noche poco más ó menos.

El alcalde mayor expuso á don Miguelito, de muy buena manera y con una gran cortesía, el motivo de su presentación en su casa y con aparato de justicia.

—Señor teniente alcalde mayor, —dijo don Miguelito; —hay situaciones que pertenecen completamente á la vida privada.

—Es cierto, —dijo el teniente alcalde mayor; —pero hay acciones de la vida privada que ofenden las buenas costumbres, y que por lo tanto, están bajo el dominio de las leyes, Usted sabe demasiado que los amancebamientos no están permitidos por el escándalo que causan. En fin, sobre esto pasaría yo la mano; todos tenemos debilidades; pero yo no sé lo que debajo de esto puede haber, y mi obligación es investigar. Hace dos meses murió de repente en su casa de usted el señor alcalde mayor.

—Desgracia que yo sentí infinito, —dijo don Miguelito, —y que a usted le favorece porque probablemente subirá usted á alcalde mayor.

- No quisiera subir por una tal desgracia, contestó el teniente alcalde mayor, que era muy severo. —Continuemos. Ayer murió su esposa de usted.

—Desgracia que yo deploraré siempre, —dijo don Miguelito.

—Sin embargo, apenas enterrada la señora marquesa, se le encuentra á usted en Sevilla, acompañando á una mujer disfrazada de hombre, que ha dejado su disfraz y ha desaparecido con usted, ¿qué mujer ó qué señora es esa?

—Esa señora es la señorita doña María del Rosario del Fresno, contestó siempre imperturbable don Miguelito.

—¿La hija del alcalde de Guiliena don Timorato del Fresno, á quien se ha buscado en vano?

—Sí, señor, —contestó don Miguelito, —y vea usted como desaparece eso que usted llama mis malas costumbres, ayer mismo, poco después de la muerte de mi querida esposa, se

me presentó una persona á quien yo creí un joven; pero aquel joven me reveló inmediatamente que era doña Rosario, la que robada por un hombre, había estado oculta y disfrazada, temiendo se creyese que no había sido robada, sino que había huido voluntariamente, que unos salteadores la habían librado de aquel hombre matándole; que ella había podido escapar, que se había refugiado en un cortijo, y que allí la habían amparado y la habían procurado el disfraz que llevaba; que no podía resistir más su situación, y que se amparaba de mí para que yo la presentase á su familia. Yo no podía tener en mi quinta, llena de luto, á doña Rosario; por consecuencia, y como la situación en que doña Rosario estaba era perentoria, la traje á Sevilla. En la casa en que ella había vivido en Sevilla cambió de traje, y por más seguridad y más decencia la traje yo á mi casa y aquí está.

—Señor marqués,—dijo el teniente alcalde mayor,—nada de lo que usted declara me satisface; necesito que esa señora comparezca ante mí.

—Perfectamente, señor teniente alcalde mayor,—dijo don Miguelito;—permítame usted que vaya á avisarla.

—¡Ah! no, no, no puedo permitírselo á usted, señor marques, usted está ya preso y no puede hablar con nadie.

El teniente alcalde mayor llegaba tarde.

Don Miguelito no era hombre que se descuidaba.

Antes de presentarse al teniente alcalde mayor, había dicho á Piruétano:

—Ven acá, Angelillo, ponte detrás de una puerta y oye lo que yo hable con el teniente alcalde mayor, y si el teniente alcalde mayor se mete en honduras, te llevas por la otra casa y por la comunicación secreta á doña Rosario, te

haces abrir á fuerza de oro la puerta de Jeréz, te marchas á la quinta, con los muchachos que hay allí, agarras á la Jacinta y con doña Rosario, te las llevas á la sierra, y te quedas con las señoras y con Oreja y Media. Que no te olvides de llevarte también á Lola y al ama de gobierno; que os que se queden allí, cuando les tomen declaración, digan que doña Jacinta y Lola y el ama de gobierno se vinieron á Sevilla para el entierro de la señora, y si les preguntan si han conocido á un tal don Vicente, que digan que no le han visto en toda su vida.

Estas instrucciones fueron dadas rápidamente; pero Piruétano no perdió ni una sola palabra.

Cuando su amo entró en la habitación donde estaba el teniente alcalde mayor, se puso en acecho, y cuando vió el giro que la conversación tomaba, se fué al aposento de Rosario, que estaba vestida y sobresaltada.

—Sígame usted, señorita,—la dijo,—sin perder un momento; en dando cuatro pasos estará usted segura.

—¿Pero qué sucede, Dios mío?—exclamó Rosario.

—No podemos perder ni un solo momento, señorita, sígame usted,—dijo Piruétano.

Rosario le siguió.

En el fondo de un corredor, Piruétano abrió una puerta secreta.

Estaban ya en la otra casa que en *illo tempore* había comprado y unido á su casa solar el padre del marqués.

Aquella casa estaba montada y vivía en ella el administrador de don Miguelito, uno de sus cómplices.

Allí, por lo que pudiera suceder había algunos caballos.

Piruétano despertó á don Segismundo, le puso en antecedentes de una manera rápida, y le pidió cincuenta onzas.

Rosario esperaba aterrada, ansiosa en la sala.

Piruétano ensilló dos caballos, uno de ellos con una silla de montar, de señora.

Piruétano no quería, para ir más de prisa, sobre cargar su caballo con el peso de Rosario.

Muy pronto Rosario y Piruétano tomaban al trote por las calles de Sevilla hacia la puerta de Jerez.

Piruétano, al llegar á la puerta se adelantó, sobornó al guarda del resguardo con media docena de onzas, y la puerta de Jerez se le franqueó.

Tomaron á galope tendido hacia la quinta, llegando á ella en poco más de una hora.

Las órdenes de Caparrota fueron extrictamente cumplidas, y aún esplanadas por el inteligeute y activo Piruétano.

Lola, Jacinta y el ama de gobierno, fueron cogidas cada una por uno de aquellos calafates, que las pusieron cada cual sobre su caballo.

Los de la quinta quedaban bien instruidos.

Inmediatamente, Piruétano con las cuatro mujeres y los tres hombres, tomó el camino de la sierra.

CAPITULO XXVII

Un teniente alcalde mayor humillando á la jnsticia para hacerse más eficaz

En vano el teniente alcalde mayor había buscado á Rosario por toda la casa.

—¡Esto es burlar á la justicia!—dijo irritado el teniente alcalde mayor.

—Esto, señor teniente alcalde mayor,—dijo severo y altivo don Miguelito,—es evitar que un celo indiscreto comprometa nuestra reputación. Yo he procurado transigir en la conversación particular que he tenido con usted; pero ya no transijo, por el contrario, representaré en queja al rey pidiéndole justicia contra el atropello que usted se ha permitido.

—Usted ha declarado, señor marqués,—dijo el teniente alcalde mayor apoyando con fuerza su bastón de justicia sobre la alfombra.

—Yo he hablado con usted á solas,—dijo don Miguelito, y por mucha autoridad que usted sea, yo negaré lo que us-

ted afirma bajo mi palabra de honor, y sobre esto, no demandaré á usted de injuria y calumnia, sino que le emplazaré á usted para el terreno de los caballeros.

Por severo que fuese el teniente alcalde mayor, era un golilla, y no le gustaba mucho tener un lance con don Miguelito.

Había entrevisto en él algo muy grave; pero para actuar sobre lo grave que había entrevisto, no tenía aún asidero alguno.

—Yo tengo las declaraciones de los vecinos de la callejuela de la Cuesta, del barrio de la Cestería, por las que se prueba que usted llegó esta tarde á dicha casa con don Vicente Canoso, y que usted mismo dejó los caballos en la posada.

—Eso no prueba sino que yo conocía á don Vicente.

—Don Vicente Canoso ha desaparecido, dejando indicios de que no era un hombre, sino una mujer.

—Yo nada tengo que ver con eso. Don Vicente Canoso está empadronado en el barrio y como ha engañado á el alcalde de barrio y á los vecinos, haciéndose pasar por hombre, ha podido engañarme á mí también.

—Usted debía venir de alguna parte con don Vicente.

—Yo diré,—contestó don Miguelito,—que me lo encontré, que venía á visitarme, en el camino, cuando yo, no pudiendo sufrir mi permanencia en un lugar donde acababa de sufrir la irreparable pérdida de mi esposa, me trasladaba á Sevilla, triste, desesperado, solo en mi solo cabo; si las gentes de la posada declaran en verdad, dirán qué semblante tenía yo cuando en la posada entré; iba pálido, descompuesto, desencajado, con las lágrimas en los ojos. En mi quinta no encontrará usted indicio alguno, señor teniente

alcalde mayor; yo me defiendo; yo tenía una antigua pasión, y la tengo, por doña Rosario; yo sabía donde doña Rosario estaba; me ahogaba el dolor porque no embargaba la pasión que yo por doña Rosario tengo para la gran estimación que sentía por mi pobre mujer; yo vine á buscar consuelo en la mujer que amaba, que amo y que me ama. Estas son las cosas del corazón, señor teniente alcalde mayor, yo no hago más que defender á doña Rosario, y defenderme á mí mismo de un escándalo. Si usted quiere meterme en el escándalo, en buen hora; yo le consideraré á usted como mi enemigo; de todo lo que usted actúe, no resultará otra cosa que lo que ya he dicho, un escándalo, y aunque tuviera que gastar en Madrid la mitad de mi fortuna, ó mi fortuna entera, la gastaría para echarle á usted abajo de esa autoridad, con la cual puede usted escudarse para no batirse conmigo, y en el momento en que usted no sea más que un particular, ¡oh! entonces, entonces le ofenderé á usted gravemente en público, le obligaré á usted á que se bata conmigo y le mataré.

El teniente alcalde mayor comprendió que era necesario correr el tiempo; se le había ganado por la mano; se le había desarmado, y convenía confiar al sospechoso marqués.

—Yo debería ofenderme gravemente,—le dijo;—pero considero que es usted joven y que tiene usted el carácter muy vivo; si usted se hubiera reducido á hacerme las aclaraciones que me ha hecho de una manera más comedida, nos hubiéramos excusado esta agria y desagradable escena; yo hubiera visto que se trataba sólo de una cosa íntima, como lo veo ahora, y me hubiera despedido buenamente de usted, como me despido.

—Gracias, muchas gracias, señor teniente alcalde ma-

yor, usted dice bien; soy impetuoso y me acaloro fácilmente. Usted me ha hablado con una extremada severidad.

—He cumplido con mi deber, señor marqués. Convenido. yo retiro todo lo que hayan podido tener de áspero y de mal sonante mis palabras, y ya me doy por satisfecho, señor marqués; me alegro infinito que en esto no haya habido más que apariencias.

—Tan no ha habido más que apariencias,—dijo don Miguelito,—que inmediatamente voy á casarme en secreto con doña Rosario, y el día que se cumpla el luto, publicaré mi casamiento. Hay graves compromisos de honor que me obligan á más de obligarme mi corazón. Yo estimaba á mi mujer; pero no la amaba. En fin, estas son historias que provienen de lo impresionable de mi alma.

—Ya que estamos en el buen terreno, señor marqués,—dijo el teniente alcalde mayor,—permítame usted que como hombre maduro le haga una advertencia. Yo no dudo de la dignidad de esa señorita; pero esa señorita ha dado un gravísimo escándalo, huyendo de su casa con un hombre que no era usted, y que apareció muerto cuarenta y ocho horas después; esa señorita desapareció el mismo día en que tuvo la noticia de la muerte de su padre, muerte misteriosa que no se ha explicado bien.

El teniente alcalde mayor, aunque sin dejarlo conocer, observaba profundamente á don Miguelito.

Éste se había conmovido, aunque muy ligeramente.

—La muerte de su padre fué para Rosario una inmensa desgracia,—dijo don Miguelito.—En cuanto al hombre que la acompañaba, de quien se había valido para salir de su casa, fué otra desgracia de que tuvo él la culpa. La justicia se ha ocupado de esa muerte y ha exculpado completa-

mente á doña Rosario: doña Rosario huyó de su casa apenas supo la muerte de su padre, porque temió que su madre, que había sospechado nuestros amores, viéndose sola y viuda, y sin fuerzas tal vez para reprimirla la encerrase en un convento. Lo que parece más oscuro se convierte en lo más sencillo y más natural cuando se explica; y si yo me metiera en referir á usted toda la historia, no encontraría usted en ella sino lo más sencillo y más natural del mundo; yo sé bien que se murmurará cuando yo me case con doña Rosario; pero también se murmuró cuando me casé con Patrocinio. Patrocinio había huido conmigo, su padre había muerto; pues bien, todo el muudo aceptó á Patrocinio, porque á la belleza y al oro se les admite en todas partes. Aunque joven, conozco demasiado el mundo en que vivo y le desprecio. Y cuente no me case dentro de quince días públicamente de lo cual tengo grandes tentaciones, y no salga para eso de Sevilla, como quería Rosario.

—Pues, señor marqués, si tiene usted las tentaciones, lo hará. Tiene usted razón, el mundo en que vivimos es despreciable; la murmuración que se atreve á todo y todo lo mancha, se detiene y calla ante el oro, ¿por qué sacrificarse á la opinión de un mundo tal? Hará usted muy bien, y si necesita usted que mi autorida facilite alguna dificultad que pueda presentarse, cuente usted con ella.

El teniente alcalde mayor engañó á don Miguelito.

Este creyó que el teniente alcalde mayor se vendía, cuando en realidad no hacía otra cosa que tomar posicion, una posición terrible, inferirse en la confianza de don Miguelito, y como don Miguelito estaba acostumbrado á arreglarlo todo con la justicia por medio del dinero, y tenía una deplorable idea de todos los ministros de justicia altos

y bajos, se confió: todo se reducía á hacer un sacrificio.

—Me alegro de que acabemos por entendernos,—dijo don Miguelito,—y usted verá muy pronto hasta donde llega mi agradecimiento.

—¡Oh! las personas que valen se entienden fácilmente,—dijo el teniente alcalde mayor;—ahora, permítame usted que me retire.

—Buenas noches, señor teniente alcalde mayor,—dijo don Miguelito;—usted puede disponer completamente de mí.

Y acompañó hasta la misma puerta de la calle al teniente alcalde mayor, que se retiró.

—Nada, nada,—dijo el teniente alcalde mayor á don Sinforoso, del que desconfiaba ya,—una aventura de ese diablo de marqués de Casa-Vaquera, ¡el hipócrita! ¡un libertino del diablo! pero eso sí, amable como él solo, insinuante, tuno, que no hay más que pedir.

—¡Oh! Es muy buen sugeto el señor marqués de Casa-Vaquera,—dijo don Sinforoso.

Y luego murmuró para sí:

—Á la fuerza el teniente alcalde mayor lleva en el bolsillo un diamante que vale lo menos medio millón de reales. Yo he creído cogido al marqués; es necesario insinuarse con su excelencia, porque á todos nos gusta lo bueno y es menester que haya para todos.

Al siguiente día recibió el teniente alcalde mayor dos magníficos potros cartugeños.

Las monturas solas valían un dineral.

El teniente alcalde mayor era muy aficionado á caballos.

Los aceptó; era necesario continuar confiando á don Miguelito, y confiarle más y más.

El teniente alcalde mayor no fué á hacer investigacion alguna á la quinta de los Prados; lo creyó inútil, había pensado en que tal vez un crímen había determinado la muerte de Patrocinio.

—Pero ¿y si no era así? ¿y si se daba un golpe en vago, avisando por él á don Miguelito, y determinando su fuga de España?

El teniente alcalde mayor había cogido aquellas palabras: «Rosario no quiere que nos casemos sino fuera de Sevilla.»

Podía decirse que si la justicia no estaba sobre la pista, estaba en acecho.

CAPITULO XXVIII

El correveidile de don Miguelito.

Al día siguiente, poco después de haber enviado los caballos al teniente alcalde mayor, don Miguelito, cuando iba á montar á caballo para volverse á la quinta y enviar á escape un emisario á Piruétano para que se volviese con Rosario le anunciaron á Eusebio, aquel primo de Carlota que era su novio, comprado por don Miguelito y el cual servía de intermediario para con Milagros.

—Señor marqués,—le dijo en cuanto le vió,—¿sabe usted que estoy tronado?

—¿Y cuándo no es páscua?—dijo don Miguelito, que al verle había sentido una emoción de alegría, poniendo mala cara porque Eusebio, prevaliéndose de las circunstancias, le saqueaba haciéndole pagar caros sus servicios que hasta entonces se habían estrellado contra la firmeza de Milagros.

—Cuando usted sepa lo que traigo para usted señor marqués ¡ay cuando usted lo sepa! va usted á aflojar todos los

cordones de la bolsa y me va usted á sacar de pobre. Mire usted, debo dos meses á la pupilera, y he tenido ya con ella cuatro ó cinco agarradas que no son para dichas y menos para sufridas.

—Vamos, vamos al negocio,—dijo don Miguelito.

—Pues el negocio es, que ayer por la tarde estuvo en el convento una señora marquesa de qué sé yo cuantos, á ver á una monja. Mire usted, me lo ha dicho todo Carlota, y yo he perdido la carta de Carlota, porque me he equivocado con otro papel, y la carta de Carlota ha tenido mal fin.

—Vamos andando,—dijo don Miguelito.

—Usted perdone señor marqués, pero las cosas son las cosas, y la verdad es la verdad: la carta se perdió malamente, pero yo me la sé de memoria. Pues ha de saber usted que esa señora fué diciendo al convento que se había muerto doña Patrocinio, y que la habían enterrado aquel mismo día: yo le doy á usted el pésame señor marqués, lástima de señora.

—Adelante, adelante,—dijo don Miguelito.

—Señor marqués, deme usted un cigarro, que hace dos dias que no fumo porque estoy *in albis*.

—Tome usted y siga usted,—dijo don Miguelito, sacando la petaca y dándole un magnífico habano.

—Pues Señor,—dijo Eusebio, acercándose á la chimenea y poniéndose en cuclillas para tomar un ascua y encender un cigarro,—ha de saber usted, señor marqués, que cuando la Milagritos supo que su prima se había muerto y que acababan de enterrarla, dió un grito que lo oyeron en el consistorio supremo, la dió un patatús y estuvo dos horas sin sentido; ¿querrá usted creer de qué, señor marqués?—añadió Eusebio con los tenazas en la mano, arrimando el ascua

al cigarro é inflando y desinflando los carrillos,—pues aquel patatús que por poco la envía á la otra banda, fué de alegría.

Ya á esto había encendido su cigarro, soltó el ascua y las tenazas, se enderezó y siguió chupando con delicia y dando con la uña al claro del cigarro.

—Hombre, acabe usted,—dijo don Miguelito, que estaba muy sobrexcitado,—que me está usted sacando las tripas á torno.

—Deje usted al machito que descanse, señor marqués. Oiga usted, señor marqués, ¿por qué no manda usted traer una botella de manzanilla de aquella tan rica que usted tiene, porque como anoche no me quiso dar de cenar la pupilera, ni de almorzar esta mañana, estoy con el estómago ido?

—No hay manzanila ni gracia de Dios: acabe usted y así se marchará usted pronto con lastre para almorzar y reventar.

—Nada, señor marqués, que, cuando la Carlota tuvo dos dedos de luz para hablar á solas con la Milagritos, se la arrojó al cuello, se echó á llorar y la dijo entre sollozos y lágrimas y apretamientos de corazón: ¡Ay, Carlota, y qué feliz soy, que ya se ha muerto esa mujer! Mira, mira, escríbele á Miguel, díle que si yo estaba con él tan tirana no era porque no le quería, sino porque estaba casado con la otra. En fin, Carlota, que quería que usted tuviese el consuelo de que la que le escribiese fuese la misma Milagritos, la dió un plieguecillo de papel, el lápiz y una oblea, y la Milagritos se metió en un rincon, guardándole la espalda Carlota, y escribió esta carta. Yo creo que el rincón donde se metió no huele bien, pero en fin, cuando una mujer tiene que asegurarse con un cerrojito, no se para en malos olores.

—Pero hombre, ¿y la carta? -exclamó don Miguelito.

—Tome usted, señor marqués.

—Hombre, por aquí debía usted haber empezado,—dijo don Miguelito, arrebatándole la carta;—no sé como no le mato á usted.

Don Miguelito se fué al hueco de un balcón, y leyó lo siguiente:

«Miguel: Tú dices que me amas, tú has puesto junto á mí una persona que no deja de decirme que tú estás loco por mí y arrepentido de lo que habías hecho; ya eres libre; tú sabes lo que debes hacer para que crea en tu amor tu pobre, —*Milagros.*»

Se le venía encima otro compromiso, otra trabacuenta á don Miguelito.

Estaba en la misma situación de cuando se fugó con él Patrocinio.

Entonces había dudado; pero respecto á la situación del presente, no dudaba.

Rosario antes que todo.

Pero, ¿cómo renunciar á Milagros?

Poseedor ya de Rosario, vencida aquella dificultad, facilitado todo, el alma tremenda de don Miguelito se volvía al empeño que le quedaba.

Imposible; no se podía salir de Sevilla y de España como había pensado.

Teniendo á sus pies, como quien dice, la tumba de Patrocinio, y en sus brazos á Rosario, don Miguelito se volvía encandescido de amor y de ansiedad á Milagros.

Esto era tremendo.

Don Miguelito sufría la monomanía de la sensualidad. No podía considerarse de otra manera.

Y si no se había empeñado por más mujeres, era porque no había encontrado mujeres capaces de impresionarle, fuera de las tres que venían á ser casi por completo la historia de su vida.

Todos sus demás amores habían sido pasajeras aventuras, mujeres fácilmente obtenidas y fácilmente olvidadas, y de las cuales, la sola que había dejado un leve recuerdo á don Miguelito, había sido Aurorilla.

Don Miguelito abrió su pupitre, y escribió lo siguiente:

«Alma mía, gracias, con todo mi corazón, por la felicidad que te debo. Sí, yo sé lo que debo hacer, y voy á hacerlo. Dentro de algunos días, porque ahora no parecería bien, te pediré á tu padre. Entre tanto, vida de mi vida, es necesario que nos escribamos; yo tengo ansia de tu amor; yo he vivido muriendo desde que entraste en el convento. Perdóname, ella me fascinó, me comprometió: no hablemos más de esto; pero escribámonos, escribámonos, que mañana reciba yo una adorada carta tuya,—MIGUEL.»

Cerró Caparrota esta carta, y la dió con una onza á Eusebio.

—Pues me dá usted bastante con esto, señor marqués,—dijo Eusebio,—lo que es para comprar una soga para ahorcarse ya hay. Mire usted, le debo dos meses á la pupilera, ya son treinta duros, debo en el estanquillo, al zapatero, al sastre, al montañés. Mire usted, señor marqués, yo tengo que andar por los tejados, porque en cuanto ando dos pasos por la calle, se me agarra un alano y tengo que andar con él á sopapos para quitármelo de encima: no tengo casa ni hogar, ni tía, ni comadre, ni perrito que me ladre; y si esto dura no más de tres días, las doy, señor marqués, las doy, y se queda usted sin un amigo leal que traiga y que

lleve las cartas de la señorita Milagros, de usted. Mire usted, aunque sea á cuenta del dote de Carlota, déme usted usted seis ú ocho mil realejos para que yo me redondee y me despelote, y eche alientos.

—Tres ó cuatro dotes de Carlota se ha comido usted ya, hombre, y como si lo viera, con el dinero que yo le dé á usted se va usted á la *timba*, y mañana estamos lo mismo. En fin, tome usted dos mil reales y que esa carta la reciba hoy mismo la Milagritos.

—¿No se podía usted alargar á tres mil reales, señor marqués? ¿Qué más le dá á usted, señor?

—Ni un ochavo más.

—¿Ni siquiera los dos mil quinientos, señor marqués? Vaya que eso para usted no es nada.

—Que no, no machaque usted porque todo es inútil.

—¿Ni siquiera una docena de cigarros, señor marqués?

—Coja usted ese cajón y llévueselo usted, no he visto un hombre más sin vergüenza jamás.

—Pues si yo tuviera vergüenza, señor marqués, no me casaría yo con la Carlota, que para mí es una colilla de cigarro que usted ha tirado, ni andaría yo en estos tratos.

—¡Cómo! ¡Qué!—exclamó don Miguelito agarrándole por las dos orejas.—¿Qué es eso que usted dice de que la pobre Carlota es una colilla de cigarro, perdido?

—¡Hombre, señor marqués; pero mis orejas no tienen la culpa, que no lo han comido ni lo han bebido!

—¡Bah! Pues no es usted quien se casa con Carlota.

—Pues no llevo la carta.

—Pues suelta usted los dos mil reales.

—Tampoco eso.

—Pues me suelta usted el alma por el gaznate.

Y don Miguelito le echó mano al pescuezo.

—Vaya, si señor, pues llevaré la carta, señor marqués, suelte usted.

—Oiga usted, por cada carta que usted me traiga de Milagros, una onza y una docena de cigarros, ni más, ni ménos. Pero eso de que usted se case con una colilla de cigarro, hombre, eso no; usted no merece eso que llama usted colilla de cigarro. Vaya usted con Dios.

—Palabra, señor marqués; todo eso que usted dice está muy bien; pero si usted sale esta tarde déjele usted al ayuda de cámara la onceja y la docenita, porque yo le traigo á usted esta tarde una carta, y mañana dos cartas lo ménos, y pasado mañana tres: y ya conoce usted que yo ganaré bien mi dinero porque para esa maniobra voy á necesitar piernas de hierro.

—Corriente, vengan cartas que allá irán onzas y docenas.

—Pues hasta la tarde, señor marqués.

—Vaya usted con Dios, perdido.

Eusebio salió.

—Y bien, la otra al morir,—me dijo: sé bueno; la otra al encontrarme me ha dicho: corta tu vida anterior; seamos buenos en lo que podamos. ¿Cómo casar á la pobre Carlota con ese canalla?

El marqués montó enseguida á caballo y se fué á la quinde los Prados.

Entretanto, el canalla en cuestión, trotaba hacia el convento de las dueñas del Espíritu Santo.

La habitación del demandadero tenía una puertecilla á la calle, á la derecha de la portería.

Por aquella puertecilla se metió.

—Hola, tío Crisóstomo,—dijo. —¿Ha almorzado usted ya?

—Anda, anda; ¿dónde está ya el almuerzo? ¡Pues si voy á comer!

—Perdone usted, pero el que no ha almorzado cree que nadie ha almorzado tampoco. Pues vámonos á comer ahí, á la esquina, á casa de Petate.

—¡Hombre, á comer á casa de Petate!—exclamó el andadero, abriendo tanto ojo.

—Sí señor, sí; á comer á casa de Petate,—dijo Eusebio; —eche usted á andar.

El andadero se quitó su gorro azul, se puso su viejo sombrero de copa alta, y su capilla recortada, porque como persona casi eclesiástica, no podía usar sombrero tendido y capa torera, se quitó las gafas, las metió en su caja de hoja de lata, y salió conmovido por la perspectiva de una comida casa de Petate, echando la llave á la puerta.

—Insigne y preclaro Petate,—dijo Eusebio, entrando en una tienda de montañés.—Al momento una sopa hervida de pescado, con los hígados y las huevas; luego un pavo, y si no hay un pavo, dos gallinas gordas.

—Pare usted la jaca, don Eusebibio,—dijo el tío Petate; —á pagar primero lo que se debe.

El andadero se inquietó.

—Vaya, hombre, no sea usted grosero, tío Petate; ¿y si se atreve usted de tal manera á una persona tan distinguida como yo? Si se le debe á usted, habrá sido por olvido.

—Pues ¡entonces, lo menos quince días se ha dejado usted la memoria en casa,—dijo el tío Petate;—me debe usted catorce duros y quince reales.

—Tome usted, hombre, y hártese usted,—le dijo Eusebio.

El tío Petate vió la onza como aquel que no esperaba verla, de tal procedencia, la echó en el cajón y dió los veinticinco reales de la vuelta á Eusebio.

—Con que la sopa, el pavo ó las gallinas, unas almejitas, un bogabante, y lo demás que á usted le parezca, tío Petate.

—¿Y cree usted que todo eso se lo voy yo á dar á usted por veinticinco reales?—dijo el tío Petate.

—Hombre, tome usted, á ver si con eso hay bastante, y no sea usted bárbaro y no me comprometa usted más:

Y le dió otra onza.

El tío Petate la echó en el cajón.

—Así se hace; á Segura le llevan preso, cuanto más amigos más claridad. Así está bien: ahora yo le debo á usted comida y bebida, por lo que montan diez y seis pesos fuertes.

—¿Y quién se come todo eso?—exclamó el tío Crisóstomo, todo aturdido de ver que una vez iba á comer mejor que el rey.

—Ande, ande usted,—dijo el tío Petate,—que todavía no ha visto usted á este buen mozo tragarse cañitas y chuparse bocas: la mar, un pozo, compadre. Vamos, entren ustedes adentro, que los voy á servir á ustedes donde se sirve á las personas decentes.

Los llevó á un cuartito muy alegre que daba á un patio jardín, donde había una sola mesa.

—Pero, ¿usted está loco ó ha encontrado alguna mina, don Eusebio?—dijo el tío Crisóstomo.

—Usted calle, y coma, y beba cuando lo traigan, y déjeme usted de letanías, tío Crisóstomo: yo no le he convidado á usted todavía á pesar de lo bien que me ha servido, y cuando llega el caso de convidarle á usted es menester hacerlo por todo lo alto; vaya un cigarro.

—¡Jesús!—exclamó el tío Crisóstomo,—y es lástima que yo no lo gaste; pero vaya, vaya, que no faltará quien se lo fume: pues á fe que no se va á poner muy contenta mi comadre la Longaniza cuando yo le dé esta bendición de Dios, digo, esta tranca, ¡válgame Dios! ¿y cuanto vale esto?

—¿Este cigarro con su piquito dorado y dos dedos de gordo? Vaya, hombre, este cigarro y estos otros que tengo aquí en este cajón valen lo menos medio duro cada uno.

—¡Que vale medio duro cada cigarro! ¡pues para que se fume la Longaniza! ¡que se fume el dedo ó las narices! El padre vicario que es muy fumador y que se muere por el buen tabaco, me da lo menos seis reales.

—Pues, tío Crisóstomo, por cada carta que le dé á usted para mí la señorita Carlota, le suelto á usted un cigarro.

—Corriente, usted descuide: todo puede ser buscar pretextillos para entrar y salir en el convento.

Anteriormente sólo le daba al tío Crisóstomo dos reales, y andaba más listo que Cardona.

Sobrevino la comida, que fué excelente, y se atracaron.

El tío Crisóstomo se convenció de que dos hombres, sin cometer un grande exceso, podían gastar en comer y beber una sola vez en un montañés, una onza.

A los postres, el tío Crisóstomo dijo:

—Espérese usted aquí, don Eusebio, que dentro de un cuarto de hora estoy yo aquí con la carta de la señorita Carlota.

—¡Ay, Dios mío!—dijo Eusebio,—si Dios quisiera que yo encontrara en su casa al marqués, todavía le llevaba esta tarde otras dos cartas. ¡Qué! La administración de correos no va á tener nada que ver comparada con el convento del Espíritu Santo.

En efecto, media hora después tuvo una nueva carta y escapó con ella á casa del marqués.

No estaba allí.

Pero un ayuda de cámara recibió la carta y dió á Eusebio una onza y una docena de cigarros.

—Oiga usted, amigo, ¿y cómo á qué hora volverá el señor marqués?

—Es probable que el señor marqués no vuelva, porque se ha ido á la quinta de los Prados y pasará allí la noche.

—Oiga usted, ¿y cuánto está de Sevilla la quinta de los Prados?

—A caballo, y apretando un poco,—dijo el ayuda de cámar,—se llega en una hora.

—Oiga usted, ¿y yendo dos hombres en el caballo?

—Hombre, ¿y á qué han de ir dos hombres en el caballo? —dijo el ayuda de cámara.

—Le diré á usted,—contestó Eusebio;—esa carta urge mucho, muchísimo; es muy importante; hay que llevarla inmediatamente á vuecencia.

—Ya lo sé, y ahora mismo voy yo á montar á caballo para llevársela.

—Pues me tiene usted que llevar á mí también, porque urge la contestación.

- Hombre, pues dígame usted dónde se la traigo yo la contestación á Sevilla: ¡á qué cargar un bicho!

—También es verdad. Oiga usted, ahora son las dos, ¿á qué hora piensa usted llegar á la quinta?

—Yo me planto allí en tres cuartos de hora.

—Bueno, un cuarto de hora mientras el señor marqués recibe la carta y la contesta, otros tres cuartos de hora en volver: pongamos dos horas, á las cuatro me tiene usted á

mí fijo como el reloj en la calle del Espíritu Santo, en el montañés del tío Petate y no lo perderá usted, porque pasaremos allí un buen rato.

—Esté usted por si acaso á las tres y media,—dijo el ayude de cámara.

—Corriente, amigo. ¡Ah! Pero dígale usted al señor marqués que le le deje á usted la oncita y la docenita para cuando yo entregue lo correspondiente; y de la docenita, la mitad será para usted, además de algunas cañitas y algunos camaroncillos, porque yo me hago cargo de todo, y es necesario que todo el mundo viva. Pero no se detenga usted, hombre, la cosa urge.

—Vaya usted, vaya usted, y no tenga cuidado, que entre tres y media y cuatro menos cuarto, estoy yo en casa del tío Petate.

—Pues hasta luego, compadre.

—Con Dios, amigo.

Eusebio se fué con la mano en la cadera, dando aire á la capa, tirado para adelante, y atreviéndose con medio mundo, y aun con el mundo entero.

—¡Vaya un sinvergüenza!—dijo el ayuda de cámara;—pero, en fin, el amo me ha encargado mucho que lleve al instante esta carta.

Y montó á caballo, y en cuanto salió de Sevilla, por la que fué al trote largo, le metió un repelón.

Estaba ya en la quinta, cuando en el reloj de ésta dieron las tres menos cuarto.

Había invertido en el trayecto unos treinta y cinco minutos.

Don Miguelito había ya enviado emisarios para que se volviese Rosario.

Abrió con impaciencia la segunda carta de Milagros.

«Gracias, Miguel, gracias,—le decía Milagros;—me parece que nazco hoy, pero tengo miedo: mi padre está muy irritado contra tí; es necesario que le hables, que le desarmes, que le persuadas: yo no puedo hablarle; esto es hacerle conocer que nos entendemos, y le irritaríamos: Dios quiera que mi padre se ablande; pero si no se ablanda, no temas nada: mientras tú me ames yo no profesaré. Yo quisiera escribirte más, mucho más, porque mientras escribo me parece que estoy hablando contigo; pero tengo miedo; estamos muy vigiladas, y hay que inventar mil artimañas para que Crisóstomo pueda darme tus cartas y recibir las mías. Adiós, Miguel de mi corazón.—Tu Milagros.»

El ayuda de cámara salió de la quinta con esta carta y otro caballo antes de las tres.

Á las tres y media paraba en la puerta del tío Petate y echaba pie á tierra.

Eusebio se precipitó á recibirle.

—Hombre,—le dijo,—ó la quinta está ahí detrás de la puerta ó es usted un águila. ¿Trae usted ese mandadito?

—Sí señor, hombre, completo,—dijo el ayuda de cámara.

—Pues entre usted, compadre. Tío Petate, que salga el muchacho á tener el caballo, y meta usted dentro unas cañitas y unas bocas, y unos camaroncillos.

Se metieron adentro, y el ayuda de cámara entregó á Eusebio la carta de don Miguelito.

—Hombre, ¿y lo otro?—exclamó.

—Cuando traiga usted la contestación que de aquí no me meneo.

—Vamos á ajustar la cuenta, compadre; pero no, espérese usted, no perdamos tiempo, vuelvo enseguida.

Y escapó y se metió en el cuarto del andadero.

—Tome usted este cigarro y esta carta, tío Crisóstomo, —le dijo Eusebio, y si antes de las cuatro ha traído usted la contestación se gana usted otro cigarro y dos reales.

—Pues la traigo, —dijo el tío Crisóstomo.

Y salió y se metió en el convento.

Eusebió se volvió á casa del tío Petate, murmurando por el camino:

—Lo que decía yo: ni la administración de correos; lo malo será que el marqués, que es miserable, se *rechifle* y baje el porte; y peor todavía si pescan á las niñas ó al tío Crisóstomo y se cierra el conducto: eso sería una desgracia.

Y se entró en el montañés.

—Oiga usted, compadre, —dijo el ayuda de cámara; —¿si á las cuatro tiene usted otra carta á qué hora trae usted la contestación?

—A las cinco.

—Compadre, ¿y no podría usted escatimar algunos minutillos, porque el convento lo cierran á las cinco y media, y era menester tener otra carta para cuando cerraran el convento.

—Hombre, se hará lo que se pueda.

—Pues coma usted y beba usted, compadre, pero no mucho, no sea que no se pueda usted tener á caballo y se quede usted atocinado en el camino, que yo no quiero que á usted le pase nada malo.

—Descuide usted que ya tendré yo buen cuidado de que no me pase.

A las cuatro menos cuarto el tío Crisóstomo entró triunfante con una carta en la mano, y con el sombrero echado atrás, pues estaba un poco peneque de resultas de la comida.

—Lo prometido es deuda. Ahí tiene usted la media peseta,—dijo;—tome usted, compadre, y salga usted picando que ganamos un cuarto de hora, y usted no sabe lo que en este negocio vale el tiempo, pero no vaya usted á irse sin dejarme este recadito.

—A las cinco menos cuarto estoy yo aquí,—dijo el ayuda de cámara dando á Eusebio una onza y una docena de cigarros liados en un papel de estraza.

—Pues entonces, compadre, vuelve usted hoy todavía á la quinta con otra carta: que no se le olvide á usted traer la *flima*. ¿Con que le espero á usted aquí á las cinco?

—Sí señor, á las cinco estoy yo aquí.

En efecto, á las cinco volvió el ayuda de cámara con otra carta.

—¿Trae usted también el mandadito, compadre,—dijo.

—No señor, porque el marqués dice, que basta por hoy de correo; mañana será otro día, y que todos los días tampoco puede ser esto, porque sería exponerse con tanta repetición á que hubiera una sorpresa.

—¿Exponerse, eh? Hable usted, tío Crisóstomo. ¿Usted cree que le pueden cojer con una carta del señor, aunque entre usted diez veces al día con una carta en el convento? Hable usted, hombre, que á usted también le tiene cuenta.

—¿Quién yo? Setenta mil cartas meto yo en un día en el convento y no me cojen una, ni sospechan, porque tengo yo muy bien montado el servicio.

—Hombre, pero pueden atrapar á la señorita,—dijo el ayuda de cámara.

—En metiéndose ella en el *jardinillo* y en echando el cerrojo, cualquiera la atrapa,—dijo el tío Crisóstomo.

—¿Usted lo oye, compadre? ¿No es una lástima?

—Yo digo lo que el amo me ha dicho.

—Bueno, pues cuando usted vuelva mañana con la contestación, dígale usted al señor marqués que no hay cuidado ninguno; que me use, que me use.

—Se lo diré,—dijo con su eterna calma, el ayuda de cámara, que era un camastrón un ladrón redoblado de los de más confianza de don Miguelito.

—Ea, pues como esta carta no corre prisa porque la contestación no se ha de tener hasta mañana, vamos á comer y beber.

—No me opongo,—dijo el ayuda de cámara, porque no he comido, y con los cuatro trotes me ha entrado un hambre, que á la Giralda me la comería por el pie.

—A ver aquí, tío Petate,—dijo Eusebio,—lo mejor que haya en la casa. Pero, compadre, á condición de que convenza usted á su amo de que tenga más correspondencia con la señorita Milagros.

—Pues por supuesto, hombre,—dijo el ayuda de cámara.

Se comió y bebió largamente, y á pesar de que hacía tres horas se habían atracado Eusebio y el tío Crisóstomo, se portaron bien; tenían hambre atrasada.

A los postres Eusebio, que quería seducir al ayuda de cámara le dijo:

—Compadre, como no está ahí su amo de usted tiene usted libertad: ¿quiere usted que nos vayamos á correrla?

—En llevando yo el caballo á casa, puede usted contar conmigo hasta mañana, dijo el ayuda de cámara.

—Hombre, el muchacho llevará el caballo,—dijo Eusebio.

—Un caballo de mi amo, no se lo entrego yo ni á mi madre: espérese usted aquí.

Y se fué.

Volvió á la media hora.

—¿Y qué necesidad tenemos,—dijo,—de salir de aquí para correrla? Lo que á mí más me gusta es una manita al juego: ¿quiere usted ganarse ó perderse mano á mano conmigo al cané una docenita de onzas?

—Que sí,—dijo Eusebio.

El tío Crisóstomo se había ido á cumplir con su obligacion, llevándose la carta de don Miguelito, un cigarro y dos reales más.

—Tío Petate,—dijo Eusebio;—eche usted para acá una baraja.

El tío Petate trajo la baraja; pero al ponerla sobre la mesa, dijo:

—Ante todo, cepos quedos: páguemo usted antes el gasto.

—¡Pues no faltaba más!—dijo Eusebio;—usted me está precipitando á mí, tío Petate: pues qué ¿usted cree que yo voy á perder?

—Cuestión acabada,—dijo el ayuda de cámara:—el que gane paga el gasto.

—Eso es distinto,—dijo el tío Petate.

Y se fué.

Media hora despues, y á puro cané de nueve, Eusebio no tenía un cuarto.

—Pues, señor, bueno,—dijo;—mande usted traer otras cañitas, compadre: no hemos echado mal día.

—Me parece, amigo,—dijo el ayuda de cámara,—que yo no he puesto sobre la mesa onzas de plomo: á quien Dios se la da...

—Tiene usted razon, hombre; yo no digo nada, mañana

será otro día. A las ocho de la mañana venga usted aquí.

—Vendré,—dijo el ayuda de cámara;—vengan esas cañas, un cañaveral, tío Petate, y una fuente de bocas.

Tomó sus últimos tristísimos tragos Eusebio y se fué á casa.

Por poco si se queda en la calle, porque la pupilera, á causa de lo que le debía no le quería recibir.

CAPITULO XXIX

Del nuevo trato que don Miguelito hizo con su trae y lleva.

A las ocho de la mañana del día siguiente, Eusebio estaba ya en la tienda del tío Petate, sin un cuarto y con un hambre que no veía.

El tío Petate le recibió muy bien; pero puso muy mala cara cuando Eusebio le dijo le diese de almorzar al fiado.

—De ninguna manera,—dijo el tío Petate;—yo no tengo mi establecimiento para servir á nadie de balde.

—Pero hombre,—exclamó Eusebio,—sabe usted que yo soy un hombre rico por estas veinticuatro horas, porque tengo un belen entre las manos que me produce tres ó cuatro onzas diarias.

—¿Y qué sé yo,—dijo el tío Petate,—si ese belen sigue ó no sigue? Y á más de eso, que usted es muy capaz, si yo le fio á usted dos pesetas, de largarse á otra parte á hacer el gasto por no pagarme.

—Hombre, ¿no le he debido yo á usted en otra ocasión?

—Sí señor, ¿y qué?

—Que se le ha pagado á usted.

—Hombre, aquello fué un milagro, y no hay que fiarse en los milagros todos los días.

—Estoy esperando una carta que me vale una onza y una docena de cigarros.

—¿Sí? Pues mire usted, cabalmente por eso no le fío á usted, porque yo me he enterado ya del negocio; y cuando el andadero de las monjas no ha venido ya con la carta es porque no la tiene, y si el otro buen mozo no ha venido ya por la otra carta para llevársele á su amo, es porque su amo le ha dicho que no le lleve más cartas; como si lo viera. ¿Cómo quiere usted que yo le fíe al aire? Yo tengo mucha vista, cristiano.

—Pues tiene usted muy poca,—dijo Eusebio,—porque mire usted, ahí está el tío Crisóstomo con la carta.

En efecto, el andadero de las monjas acababa de entrar, y traía una carta en la mano.

—Y mire usted, mire usted si tiene buena vista; ahí está tambien el buen mozo que usted decía que no vendría porque le había mandado su amo que no recibiera más cartas. ¡Andandito, y está el señor marqués loco por la niña! Si no, dígalo usted, camarada.

—Sí, que sí,—dijo el ayuda de cámara.—Cuando mi amo recibe una carta de la señorita, se pone pálido y se le encandilan los ojos.

—¿Y qué hace usted, señor mío,—dijo el tío Crisóstomo,—que no me da usted mi cigarro y mis dos reales, cuando yo he cumplido ya con mi obligación, trayendo á usted la contestación de la carta que me dió ayer tarde.

—Deje usted, tío Crisóstomo,—dijo Eusebio,—que toda-

vía no tengo yo ni los dos reales ni el cigarro. Oiga usted, compadre,—añadió dirigiéndose al ayuda de cámara;—tome usted la carta, llevésela usted á su amo, y deme usted el recadito.

—Muy justo,—dijo el ayuda de cámara;—tome usted su onza y su docena de cigarros.

—Gracias, compadre.

—Vamos, ¿qué les traigo á ustedes de almorzar?—dijo el tío Petate.

—¿Se le debe á usted algo, camarada?—preguntó Eusebio.

—No señor,—contestó el tío Petate,—usted á mí no me debe nada.

—Ni pienso deberle á usted en todos los días de mi vida; y puesto que usted ha tenido la avilantez de decir que si usted á mí me fiara yo no le pagaría á usted la deuda y me iría á hacer el gasto á otra parte, sin deberle á usted, me voy á hacer el gasto á otra parte. El que quiera beber que se venga conmigo, que yo no vuelvo á entrar en esta taberna.

—Hombre, con usted no se puede tener una broma,—dijo el tío Petate, que había contado ya con quedarse con una gran parte de la onza.

—Quite usted allá, compadre,—dijo Eusebio,—que usted se ha engañado, que la onza que me ha dado este amigo es falsa.

Y salió llevándose consigo al ayuda de cámara y al tío Crisóstomo.

—Vámonos al montañés del tío Piñón, que está en la otra esquina,—dijo Eusebio;—el tío Piñón es un hombre muy regular, como que hace un siglo que le debo un duro, he

pasado mil veces por la puerta de su casa, y me ha visto, y no me ha dicho una palabra; como que sabe que yo soy un hombre de bien, y que si no le he pagado ya es porque esos pequeños picos se me olvidan; cuando tengo dinero no me acuerdo, y cuando me acuerdo no tengo dinero. Con que ahora, que teniendo dinero me acuerdo, á salir de la deuda.

—¿Sabe usted, compadre,—dijo el ayuda de cámara,—que me parece á mí que está usted entrampado con toda Sevilla?

—¡Qué, hombre! piquillos insignificantes,—dijo Eusebio;—pero ahí está el señor marqués de Casa-Vaquera que me sacará á mí de penas.

—Pues mire usted, ¿sabe usted lo que me ha dicho el señor marqués?—dijo el ayuda de cámara,—que los portes de las cartas son muy caros para tanta carta como usted procura; que á él no le desagrada tener cuantas cartas pueda de la señorita; pero que no está fino ni en el orden, que usted por ser correo se lleve mil ó dos mil reales diarios, ¿y sabe usted lo que me ha dicho el señor marqués? Que no tiene necesidad ninguna de que usted continúe sirviéndole.

—Oiga usted, compadre,—dijo Eusebio,—usted es un pendón.

—Si me vuelve usted á llamar á mí pendón,—dijo el ayuda de cámara, que era uno de los buenos mozos de don Miguelito,—le tiendo á usted la mano y no queda ni fundación de usted, so trasto.

—Hombre, no hay necesidad de subirse tan á mayores,—dijo Eusebio, asustado por la mala cara que había puesto el ayuda de cámara,—porque yo no he querido ofenderle á usted, sino decirle á usted que lo que usted hace no lo hace ninguna persona regular, porque yo me he confiado en us-

ted y usted se ha enterado del tojemaneje que yo traigo para enviar las cartas y recibir las respuestas, y usted ha dicho: eso me lo puedo hacer yo, porque de la misma manera que usted se entiende con el tío Crisóstomo, puedo yo entenderme con él, y chuparme toda la melona y salir del paso con darle al desdichado del tío Crisóstomo, dos reales y un cigarro.

A este tiempo los interlocutores estaban ya á la puerta del montañés del tío Piñón.

—¿Y por qué,—dijo el tío Crisóstomo,—se me han de dar á mí dos reales y un cigarro, cuando se toma una onza y una docena de cigarros, y yo soy la parte inteligente é importante del negocio?

—¿Usted tambien se subleva, tio Crisóstomo?—exclamó Eusebio,—¿pues no le dá á usted el capellán seis reales por cada cigarro?

—No señor; que no ha querido darme más que una peseta.

—Bueno, pues ya ha salido usted por cerca de veinticuatro reales, ¿qué más quiere usted, hombre? ¿quiere usted que le traigan aquí para que usted se las trague, las minas del Perú?

—Pues mire usted, don Eusebio,—dijo el tío Crisóstomo,—usted no sabe las penas que á mí me cuesta cada carta y el recibir la contestación, y me expongo á que las madres me cojan y me despidan y me metan en la cárcel, que todo podría suceder. Y mire usted, si usted no me da á mí la mitad de lo que le da el señor marqués, yo me estoy con el padre quieto, y á ver como usted se gobierna para que la señorita reciba las cartas.

—No hay que hablar de eso,—dijo el ayuda de cáma-

ra,—porque ya he dicho que al marqués no le hace falta que este amigo le sirva, porque no.

—Pues mire usted, compadre,—dijo Eusebio,—ahora mismo le voy á escribir á la superiora, manifestándola lo que pasa para que registre á la Milagritos y la encuentre las cartas que tiene del marqués, y á mí, que se lo lleve todo el demonio, que yo, para que usted lo entienda, no me dejo desposeer de lo que es mío.

—Pues mire usted, camarada,—dijo el ayuda de cámara,—ó se contenta usted con dos duros y dos cigarros por carta, ó está usted demás; y si usted arma alguna en el convento, le agarro á usted y le hago rebanaditas; ¿usted entiende? sin quitar que bien sabe usted que no se puede jugar con el marqués, porque el que peque con él la paga.

—También eso es verdad,—dijo Eusebio, que estaba en tierra de medio;—pero hombre, dígale usted al señor marqués que eso es muy poco, porque si supiera que todos los días va á haber cuatro ó cinco cartas, vaya, pase; pero á lo primero las cosas entran con furia, luego después viene la calma; porque algunos días habrá una cartita ó dos diarias; pero luego después habrá una carta de dos á dos días, cada tres días, y ya ve usted, entonces ¿qué me queda á mí? Porque el tío Crisóstomo se subleva también, y estoy viendo que va á abusar. Conque dígale usted á su amo que suba la tara, y que se ponga en razón; al fin y al cabo yo le he servido bien.

—Yo le he dicho á usted lo que el amo me ha dicho, ahora yo le diré al amo lo que usted me dice y traeré la razón.

—Hombre, —dijo Eusebio,—¿y ayer, sabía usted eso?

—¡Vaya si lo sabía!

—¿Y por qué no me lo dijo usted, hombre? ¿porqué no me lo dijo usted? Entonces yo no me hubiera puesto á jugar con usted, para que vea usted si se ha portado usted mal conmigo; como que usted dijo, si á este hombre le suelto yo el recado, juega con prudencia, y usted se ha esperado á desbalijarme para darme luego el susto ¡Cuando digo yo que es menester estimarle á usted mucho para no incomodarse!

—¡Calla! amiguito,—dijo el Piñón que salía entonces á la puerta y vió á Eusebio,—dichosos los ojos que ven á usted; yo creía que se había usted muerto.

—¿Cómo había usted de haber creido eso, compadre,—dijo Eusebio,—si he pasado treinta mil veces por aquí estando usted á la puerta y le he saludado á usted con mucho cariño?

—Eso es verdad, compadre,—dijo el Piñón,—porque cuando pasa por delante de mí un peso duro que es mio le echo en seguida mano. Conque vaya entre usted á pagarme lo que me deba, y si usted no quiere pagarlo salgo y le tomo á usted la capa, y me quedo con ella hasta que usted me pague.

—¿Pero estará loco este hombre?—dijo Eusebio.—¿Si me faltarán á mí veinte reales para que nadie tenga que avergonzarme? Ea, adentro, que le voy á pagar al Piñón los veinte reales que le debo, por inadvertencia; porque todo fué que un día me salí distraido sin pagar el gasto. ¡Vaya usted á ver si eso no le pasa á cualquiera, y si hay motivo por eso para decirle á un hombre decente que se le va á quitar la capa para hacerse prenda!

—Mire usted, compadre, cuanto más amigos más claros,—dijo Piñón,—vengan los veinte reales, y en pagando us-

ted adelantado, se le servirá usted lo que usted quiera, con mucho gusto y fina voluntad.

Se entraron dentro.

—Pues cóbrese usted,—dijo Eusebio,—tirando la onza sobre el mostrador.

El Piñón se apoderó de ella la miró, la remiró y aun la pesó temiendo que fuera falsa ó estuviese falta, y luego dió quince duros á Eusebio.

—Vaya,—dijo,—diga usted ahora lo que quiere, y á pagar.

—Pues yo no gasto más de dos duros,—dijo Eusebio,—que los tiempos no prometen y yo necesito almorzar bien.

Yo tampoco he almorzado,—dijo el tío Crisóstomo.

—Pues compadre,—cómase usted un cigarro, y verá usted qué buen estómago se le pone, que yo no le vuelvo á usted á convidar, tío Crisóstomo, porque es usted un ingrato. Al señor, sí, porque es una persona de mucho respeto. Con que ande usted, Piñón, almuerzo para este buen mozo y para mí; y lo que sobre de esos dos duros que le entrego á usted, de manzanilla.

—Lo que es usted, tío Crisóstomo, ya puede largarse á su cuchitril.

—Bueno, bien, perfectamente,—dijo el tío Crisóstomo, al que se le saltaron las lágrimas;—vuelva usted á ocuparme á mí, que voy á obedecer al momento. ¡Yo, que soy el alma del negocio! ¡Qué ingratitud, y sobre todo, qué crueldad!

—Vaya, don Eusebio,—dijo el ayuda de cámara,—suelte usted otro peso duro, y que almuerce el tío Crisóstomo, que también es hijo de Dios, y á arreglar este negocio, que más vale una buena composición que un buen pleito.

—Lo hago por servir á usted, amigo,—dijo Eusebio,—que lo que es yo estoy irritadísimo contra este hombre, y si no fuera porque me estoy conteniendo, sabe Dios lo que yo hubiera hecho ya con él.

—Pelillos á la mar, compadre,—dijo el ayuda de cámara;—suelte usted ese peso fuerte, y vámonos para adentro, y no nos entretengamos, que el amo me está esperando, y que tengo yo que almorzar de prisa, y montar á caballo para llevarle lo que usted sabe.

Soltó Eusebio otro duro sobre el mostrador, y los tres se metieron en la trastienda, donde á poco el Piñón les sirvió un buen almuerzo.

—Pues en plata, compadre,—dijo el ayuda de cámara á Eusebio,—voy á decirle á usted de verdad lo que el amo me dijo ayer tarde: mira, Benito, cuando don Eusebio te entregue la contestación de esta carta, le das esto, porque ya está convenido; pero esto es muy caro; dile que se le pagará á su pupilera lo que la debe y dos ó tres meses adelantados.

—Pues compadre, á mi pupilera le debo yo diez mil reales,—saltó Eusebio.

—Usted no le debe nada,—exclamó Benito.—Porque he esperado á su pupilera de usted cuando iba usted á la plaza, he pagado quinientos veintisiete reales que la debía, y luego he dado treinta y seis duros por tres meses adelantados, á razón de dos pesetas diarias, que es lo que usted paga.

—Me partió usted por la mitad, hombre,—dijo Eusebio;—y si yo hubiera sabido, hubiera esperado á que doña Policarpa hubiera vuelto á la casa y me hubiera dado de almorzar, porque por lo que veo, los tiempos requieren una

grande economía. Oiga usted, ¿y cree el señor marqués que yo le voy á servir y estarme callado solamente por la casa y la comida, y esto por tres meses? Que se le quite eso al señor marqués de la cabeza.

—El señor marqués me ha dicho que todos los días se vaya usted á su casa; el portero le entregará á usted dos duros; pero tiene usted que estar á disposición del señor marqués para el trae y lleva del convento.

—Vaya, bueno,—dijo Eusebio,—hay que conformarse con las cosas cuando no tienen otro remedio, y en esto han venido á parar los ofrecimientos de casarme con la Carlotita y de darle un buen dote; andando, pero mire usted que yo no cargo con la pejiguera del tío Crisóstomo, que yo no le doy al tío Crisóstomo ni dos reales.

—Al tío Crisóstomo se le darán otros dos duros diarios; pero es menester que sirva bien, no sólo en lo de las cartas, sino también en todo lo que se ofrezca.

—¡Dios mío, dos duros!—exclamó el tío Crisóstomo, á quien se le espantaron los ojos.—Pues dígale usted al señor marqués que mil años viva, y que disponga de mí como quiera, que yo le serviré de cabeza. Y diga usted, ¿tengo yo que ir también todos los días á que me dé los dos duros al portero de su excelencia?

—No señor, no, usted es hombre de buena conducta, y no hoy que darle á usted el dinero al día; aunque se le pague adelantado servirá bien.

—¡Pues ya lo creo, con toda mi alma! ¡Qué felicidad, señor! ¡Vaya si es una buena persona el señor marqués!

—Pues ahí tiene usted esas dos onzas,—dijo Benito;—sobran dos duros, pero cabo de barra.

—Que Dios se lo pague al señor marqués, don Benito,

dijo el tío Crisóstomo metiéndose precipitadamente en el bolsillo las dos onzas.

—¡Es decir,—exclamó Eusebio,—que á mí se me pone al igual y en peor condición que á éste alma de cántaro!

—¡Usted no tiene que insultarme á mí,—dijo el tío Crisóstomo,—porque como se me llegue á mí á subir el humimillo á las narices, le planto á usted una botella en la cara, truhan abrasador!

—¿Usted á mí?—exclamó Eusebio, cogiendo un plato.

—Usted se está quieto, don Eusebio,—dijo Benito;—usted se calla, tío Crisóstomo, á acabar de comernos este jamón en paz y en gracia de Dios, y lo dicho, dicho.

—Basta que usted intervenga, señor Benito,—dijo Eusebio,—para que yo perdone á este botana. En fin, si tiene usted algo más que decir, dígalo usted.

—Nada, lo que tengo que decir, es que el amo no quiere se vea mucho junto al convento de las dueñas del Espíritu Santo los criados de su casa. Por consiguiente, don Eusebio llevará á la portería las cartas de la señorita Milagros, y recibirá usted en la portería las cartas del señor marqués, y usted acudirá á la portería á la hora que se le diga; y con esto no tengo más que decir, porque lo he hecho todo.

—Con que yo no sirvo más,—dijo Eusebio,—que para ser un trae y lleva. ¡Hombre, es necesario tener la buena pasta que yo tengo para consentir en esto! En fin, bueno, dígale usted al señor marqués, que sí, ¿qué le hemos de hacer? paciencia; pero vengan los dos duros de hoy.

—Ahí van,—dijo Benito.

Y los echó sobre la mesa.

—Ahora yo me voy. Oiga usted, son las nueve, á las once y media estoy yo de vuelta: esté usted á las once y

media en la porteria de la casa de mi amo. Ea, con Dios, y hasta la vista.

—Yo me voy también,— dijo el tío Crisóstomo, pegándose á Benito, porque tenía miedo á Eusebio.

—Ea, pues vayan ustedes con Dios,—dijo Eusebio,— que yo me voy á beber todavía unas cañitas para pasar el susto.

El tío Crisóstomo y Benito salieron.

Eusebio se quedó renegando consigo mismo y dando vueltas á su imaginación para encontrar un medio de explotar á don Miguelito.

CAPÍTULO XXX

Los proyectos y las preocupaciones de don Miguelito.

Benito se plantó en tres cuartos de hora en la quinta, y encontró á su amo que acababa de levantarse.

—¿Traes una nueva carta?

—Sí, señor, —contestó Benito.

—¿Y le has leido bien la cartilla á ese sinvergüenza?

—Sí, señor,—dijo Benito, dando la carta al marqués.

—¿Y se ha convenido en todo?

—Sí, señor, quiso subírseme á la parra; pero yo le eché abajo y me lo dejé tamañito.

El marqués leyó la carta, que decía así:

«Me estás volviendo loca, Miguel; cada carta tuya que recibo me abrasa más y más el corazón. ¡Cuánto te amo, y cuán felices vamos á ser! Yo espero que mi padre, si tu sabes contentarle, no te negará mi mano; pero es necesario esperar todavia algún tiempo. Si recientemente viudo, fueras á mi padre con esa petición, mi padre se irritaría. Yo

sé lo que vas á decirme; que estás impaciente; pero Miguel de mi alma, es necesario procurar que por impaciencia no lo echemos todo á perder. Oye, Miguel, cada carta tuya es para mí una alegría, una cosa tan grande, que yo no puedo explicártela; pero es necesario ser prudentes. Ya la madre portera ha reparado en que el andadero entra y sale sin motivo, con ligeros pretextos, y es menester no dar lugar á que nos veamos privados de comunicarnos, y tal vez el que todo se eche á perder. Así, pues, no me escribas más que una vez todos los días; no sabes además el trabajo que me cuesta contestarte, y los sustos que pasamos Carlota y yo. A propósito de Carlota, se ha enterado por tu última de lo sinvergüenza que es su primo, y de la recomendación que tú la haces de que le envíe á paseo, y está tan conforme, porque dice que con tu protección y la mía, no la ha de faltar una buena boda y con un hombre que sea de su gusto. Cuando nosotros nos casemos, se vendrá con nosotros. La pobre chica no puede hacer más, y me dice que te diga que está muy agradecida á tí, y yo te digo que nosotros somos los que debemos estar agradecidos á ella, porque sin ella, no sé cómo nos habíamos de componer para entendernos. Voy á aprovechar el papel que me queda para decirte una cosa. Tengo celos; ¿celos de qué? yo no lo sé pero los tengo; me parece imposible que no haya una mujer que te quiera y que sea tan hermosa que pueda perjudicarme. Yo te conozo, Miguel; tú eres, tantas ves tantas quieres. Por Dios no me sacrifiques otra vez, mira que sólo faltan tres meses para mi profesión y es menester que en esos tres meses se arregle todo.—Tu *Milagros*.

—¡Ah! ¡celos! ¡celos!—exclamó don Miguelito.—¿Qué instinto es ese misterioso que habla el alma de las criatu-

ras y las dice la verdad? ¡Ah! yo no sé qué hacer de mi corazón; Rosario debe llegar de un momento á otro, Rosario es mi grande amor, yo no puedo prescindir de casarme con ella, y cuanto antes. Un casamiento secreto ¿qué me importa? Podrá traslucirse, ¿y qué se me da á mí del mundo? Además, es necesario, de todo punto necesario, que ella esté contenta, que sea verdaderamente feliz, y ella no puede ser verdaderamente feliz sin volver á ver á su madre, á sus hermanas. Y no puedo presentarme á su familia sino cuando sea ya mi mujer; por lo tanto, el casamiento urge. Si, sí, cuanto antes. En cuanto al padre de Milagros, tengo la seguridad de que me negará su mano: le escribiré en vez de presentarme á él; mo contestará indefectiblemente y de tal manera, que Milagros se convencerá de que su casamiento es imposible, mientras su padre viva. Se irritará, se desesperará, y entonces, consentirá en que yo la saque del convento y la sacaré, sí, aunque sea necesario llevar á cabo una de mis mayores hazañas. Milagros sesá mi querida, y donde jamás Milagros sepa que estoy casado. Las cosas no pueden presentárseme mejor, y una vez obtenidos mis dos grandes empeños, me retiraré, y saldré de España. ¿Qué me importará entonces que se descubra mi vida y que mis bienes sean confiscados, si mi gran fortuna está en oro y pedrería y puedo llevármela conmigo? Adelante, adelante, soy feliz y no sé por qué siento las vagas preocupaciones que me acometen de algun tiempo á esta parte. Y ¡Patrocinio! Patrocinio, vuelve otra vez á apoderarse de mi alma. ¡Imposible, horrendo! Yo no puedo sacarla de la tumba en que la ha metido el asesinato. ¡Oh! ¡la Providencia! Ella era culpable, si, tan culpable como yo; ella ha caido y yo adoro la mano que la ha hecho caer. Es verdad, estamos

iguales Rosario y yo. ¿No he sido yo el que movió la mano que mató á su padre? No sé como doy en estas debilidades; yo me siento vacilar, no soy el qüe era· me achico de día en día voy teniendo miedo y esto es terrible. ¡Bah! fuera estas preocupaciones y adelante.

Don Miguelito contestó á Milagros de una manera apasionada, manifestándola que aun cuando era para él un gran sacrificio no recibir más que una sola carta suya al dia, reconocía la fuerza de las razones de Milagros y se rendía á ellas.

Añadía que pasados algunos días, pediría su mano á su padre.

Don Migueliio entregó esta carta á Benito que partió con ella.

CAPITULO XXXI

En que se trata de los preparativos del tercer casamiento de don Miguelito

La gente de campaña, por decirlo así, de don Miguelito, esto es, Oreja y Media y los otros, andaban por la sierra de Cazalla, y de cuando en cuando se echaban sobre los caminos reales, y desbalijaban á todo el que encontraban, cometiendo todo género de iniquidades.

No eran como los casi recién retirados Niños de Ecija, ni como lo fué después José María; no tenian nada de generosos, era una verdadera canalla, que llevaban el terror, el asesinato y la infamia por donde quiera que iban.

El Piruétano había ido á buscarlos, llevándose consigo á Rosario, á la Jacintilla y á la Lola.

Rosario llevaba su traje de mujer.

La Jacintilla la había reconocido como Lola, y se había asombrado de que Rosario estuviese en poder de don Miguelito; pera no había reconocido en ella, como tampoco Lola, á su don Vicente.

Que Rosario era la dueña de don Miguelito y de todo lo que a don Miguelito pertenecía, estaba fuera de toda duda; pero, ¿por qué don Miguelito había tomado la determinación de enviar á la sierra sin saberse á qué á la Jacintilla y á la Lola?

Estas habían apelado humildemente á Rosario; tenían miedo

—Pues qué,—las dijo Rosario,—¿creeis vosotras que mi marido puede fiarse de vosotras? (Rosario llamaba ya su marido á su don Miguelito). Vosotras sois capaces de todo y es menester poneros donde no podais hablar; por un buen mozo has matado, tú, Jacinta, á tu marido y á la Patrocinio, y por ese buen mozo hubieras sido capaz de vender á un hombre á quien todo lo debes. Tú, Lola, estabas también loca por ese hombre, le habíais dicho todo cuanto sabíais, habíais comprometido al marqués, afortunadamente el marqués lo sabe todo, y ese buen mozo no hablará ya, ni vosotras hablareis tampoco.

—¿Pues qué han hecho con don Vicente?—exclamó sin poderse contener la Jacintilla.

—A don Vicente se le ha enfriado la lengua y está muy á su gusto y muy tendido á la larga,—contestó Rosario; —en fin, que pasó, por tonto, por quererse meter en lo que no le importaba; y á vosotras por no hacer lo que con él se ha hecho se os quita de enmedio para poneros en sitio donde no podais hacer daño.

Jacintilla y la Lola se aterraron, se les amargó el alma, se desesperaron, se volvieron locas.

El hombre á quien adoraban había muerto, y ellas mismas temian se las reservase la misma suerte.

Por la tarde habían pasado por Cantillana, y habían tomado por la ribera de Galapagar.

Rosario iba delante con Piruétano; las otras dos, llorosas, desesperadas, iban á alguna distancia.

Al llegar á la ribera de Cuesna, á la caida de la tarde, y como cuatro leguas de Cazalla de la Sierra, se echó encima, de repente, un ginete.

Piruétano y los que le acompañaban, que iban fuera de camino para evitar encuentros, se volvieron recelosos, dispuestos á defenderse; pero se encontraron con el que venía era el Remojado el emisario que había enviado don Miguelito para alcanzar á Rosario.

Remojado la dió una carta que don Miguelito le había entregado para ella.

Aquella carta decia lo siguiente:

«Rosario do mi alma, vuélvete en el momento; te espero con impaciencia; todo está arreglado con el teniente alcalde mayor: es más, podemos contar con él como si fuera uno de los nuestros. No te detengas aunque te canses; yo no estoy tranquilo hasta que estés á mí lado. Deja que Piruétano siga con las otras; él lleva instrucciones acerca de lo que ha de hacer con ellas, y vuélvete al momento con el Remojado. Como te habrá encontrado á las cuatro de la tarde cerca de los Palacios, puedes descansar en los Palacios hasta las seis, y enseguida ponerte en camino y llegar á la quinta á la una ó las dos de la mañana. Ven cuanto antes, luz de mi alma, que yo no puedo vivir sin tí.»

—Sí, sí,—dijo Rosario,—es necesario que yo vaya, me parece que él ya no tiene la cabeza tan segura como en otro tiempo; y es menester guiarle, no abandonarle, tranqnilizarle, sostenerle, obligarle á que abandone esta tierra, donde está en peligro.

Rosario encargó á Piruétano continuase su camino hácia



Remojado le dió una carta que don Miguelito le había entregado para ella.

la sierra de Cazalla con Jacinta y con Lola, y cumpliese el encargo que se le había dado respecto á ellas, y sin despedirse de ellas, se volvió con el Remojado, y sin detenerse en Palacios, continuó su camino.

—¿Cuánto hay de aquí á la quinta?—preguntó Rosario al Remojado.

—Diez leguas, señora,—contestó el Remojado.

—¿Cuántas veces tendremos que mudar de caballos para llegar á la media noche á la quinta?

—Si mudamos caballos en Cantillana y luego en Algaba, podemos llegar á las once de la noche.

Rosario llevaba en el cinto cien onzas.

Al Remojado, por lo que pudiera suceder, le había dado don Miguelito otras cien onzas; todo le parecía poco para Rosario.

—Pero, señora. dijo el Remojado,—es necesario ser un ginete duro para poder hacerse esas diez leguas en siete horas.

—¿Y no se pudieran hacer todavía en ménos?

—De manera, señora, que yendo en posta, sin detenernos más que á mudar los caballos, podemos llegar entre nueve y diez de la noche.

—Pues yo soy fuerte y me atrevo,—dijo Rosario.

—Ea, pues entonces, al galope, señorita.

En poco más de dos horas, esto es, á las seis y cuarto de la tarde, llegaron á Cantillana, pero no entraron en el pueblo.

El Remojado tomó en un cortijo otros dos caballos pagando lo que quisieron por el cambio, y siguieron al galope por la derecha del Guadalquivir, hácia Algaba, á la que llegaron á las ocho menos cuarto.

Allí, en otro cortijo porque evitaban cuidadosamente las poblaciones, mudaron de nuevo los caballos, y á las nueve y media, llegaban á la verja de la quinta, y tiraban de la cuerda de la campana.

Todos estaban acostados.

Don Miguelito no esperaba hasta el día siguiente, ó á lo ménos, hasta la madrugada á Rosario; estaba aburrido y se había metido en la cama.

Oyó la campana, y dijo para sí:

—Vamos, esto es que Benito trae otra nueva carta de Milagros.

Pero se sorprendió cuando á poco oyó en el corredor á que correspondía la puerta de su cuarto, las fuertes pisadas de una buena moza.

La puerta se abrió, y Rosario se arrojó en los brazos de don Miguelito.

—¿Cómo es esto?—exclamó don Miguelito con un delirante acento de alegría;—yo no te esperaba tan pronto.

—Es que á mí, para volver á tu lado me nacen alas, Miguel,—exclamó Rosario,—me atraes, no puedo vivir sin tí. ¡Ah! no volveremos á separarnos; estas pocas horas que despues de haberte encontrado he pasado separada de tí han sido para mí más largas y más dolorosas que los seis meses que he andado perdida: me parecía que no iba á volverte á ver. Y dime, ¿tienes tú confianza en el teniente alcalde mayor?

—Sí, mujer, sí; este no es el otro; don Bartolomé era riquísimo y muy caballero; el dinero no servía de nada á él, y este otro pobre diablo no tiene más que su sueldo y una poquilla hacienda, y le sabe muy bien el dinero: es mio; esta mañana le he enviado dos potros cartujeños con unas

monturas, y las ha tomado y me ha dado las gracias; pero ¿habrás sido capaz, mujer, de no detenerte ni aun para comer? ¿Dónde os encontró y á qué hora el Remojado?

—A las cuatro de la tarde y á diez leguas de aquí, en la ribera de Cuesna.

—Vaya, pues debes estar hecha pedazos, hija mía.

—No lo creas, Miguel, porque hemos venido al galope sostenido, ya sabes tú el galope cansa muy poco al ginete.

—Ni para trapos habrán quedado los bichos,—dijo don Miguelito;—te quiero, creo que más que por nada, porque eres tan atroz y tan fuerte como yo. Anda y que se lleve el diablo á los caballos, aunque eran muy buenos.

—Esos caballos se recogerán,—dijo Rosario,—porque los hemos dejado en Cantillana, hemos mudado de caballos dos veces, y si hubiera habido más lugares en que remudarlos, los hubiéramos remudado más para venir más pronto. ¡Qué! si me parecía que no iba á volverte á ver.

—Pero bien,—dijo don Miguelito,—tú tienes necesidad de alimento y yo también, porque con el disgusto de no tenerte aquí, yo he comido mal y no he cenado.

Don Miguelito se había vestido.

Algunos criados se habían levantado.

Pasaron al comedor y cenaron alegremente.

Parecía como que Milagros no se había fatigado absolutamente.

De sobre mesa, cuando se quedaron solos, don Miguelito dijo á Rosario:

—Estamos perfectamente redondeados: todo lo que podía comprometernos ha desaparecido; á esas dos mozas las despacharán en el momento que lleguen á donde están los otros.

—Jacinta, bien,—dijo Rosario,—es una infame, ha matado á su marido y á tu mujer, y no hay que tener lástima de ella; pero, ¿y esa pobre Lola?

—Nosotros no podemos detenernos en lástimas, Rosario, —dijo don Miguelito.—Todo lo que nos rodea es terrible, y tenemos que velar por nuestra seguridad, Lola es tan peligrosa como Jacinta; la desaparición de don Vicente Canoso la ha irritado tanto ó más que á Jacinta; es seguro que Lola, como Jacinta, me atribuirían la desaparición de ese don Vicente, que se ha deshecho en humo, y ya sabes tú lo que es una mujer apasionada: ¿qué no hubieras tú hecho por vengarme del hombre que me hubiera matado?

—¡Ah! Lo imposible, lo infinito.—exclamó Rosario.

—Pues bien Lola tiene el alma puesta en su sitio, no lo sabes tú muy bien, y Lola es un peligro; que perezca: nuestra següridad y nuestro amor lo primero. Nosotros no tenemos conciencia, Rosario; la conciencia es la aprensión de los débiles, y dado caso que tuviéramos conciencia, tan cargada está ya, que un poco más no puede aumentar la carga. ¿Ves tú si yo digo bien que no tenemos conciencia, Rosario mía? Estamos hablando de sangre, y me estás mirando enamorada, sin pensar en nada más que en mí.

—¡Pues no que tú!—dijo Rosario, bajando los ojos.

—Nosotros, y no más que nosotros,—dijo don Miguelito;—¿qué importan tu padre y mi mujer? ¡Oh! Mírame, Rosario. Sí, sí, eso es; no te has turbado con esos recuerdos; que descansen en paz, nos estorbaban; el uno para el otro, y nada más.

—Pues te engañas, Miguel,—dijo Rosario.—Ni tú puedes echar de tí el recuerdo de tu mujer y el de mi padre, ni yo tampoco; sentimos algo que nos oprime el corazón;

todo consiste en que nosotros nos anteponemos el uno al otro á todo, y que nos embriagamos en nuestro amor para olvidar nuestras desdichas. No, yo no me olvido de nada, ni puedo olvidarme de mi madre y de mis hermanitas. Oye, Miguel, ya que tengo la alegría de tu amor, la felicidad de no volver á separarme de tí, de ser tu mujer, dame el contento de que yo pueda abrazar á mi madre y á mis hermanas.

—Pero eso no puede ser,—dijo don Miguelito,—hasta que nos hayamos casado.

—¡Dios mío, esperar un año!—exclamó Rosario.—¿Crees tú que yo no amo á mi familia? ¡Ay! Cuando yo estaba disfrazada veía á mi madre y á mis hermanitas, tristes; pensando en mí, se me desgarraba el corazón, porque no podía decirlas: aquí teneis á vuestra Rosario. ¡Qué caro me cuestas, Miguel, qué caro! Pero aunque me costases más caro, me parecería poco. Es mucha la felicidad que yo tengo por ser tuya; no puedes tú imaginártelo, no puedo ser más felíz, y sin embargo, me hace falta consolar á mi madre y á mis hermanas.

—Pues, hija mia, quince dias se pasan pronto.

—Pues qué, ¿hemos de estar casados dentro de quince dias?

—Sí, mujer, sí nos casaremos y permaneceremos en la quinta sin dar parte de nuestro casamiento á nadie. De manera que para tu madre y para tus hermanos, que asistirán á la boda, estaremos muy bien casados, y los demás no lo sabrán porque los citados que yo tengo aquí son todos buena gente, gente de confianza, y no dirán ni una sola palabra. El teniente alcalde mayor arreglará el casamiento, se ha hecho muy amigo mio y haremos las bodas en Guillena:

¡le tengo yo tanto cariño á aquel cuartito donde nos veíamos!

—¡Oh, Dios mio, Dios mio! yo voy á volverme loca,— exclamó Rosario;—¿pero qué le vamos á decir á mi madre?

—¿Qué le hemos de decir á tu madre, sino que el sobrino del médico te hizo una traición; que tú, agonizando de dolor por la muerte de tu padre; te metiste en tu cuarto; que tenias mucha sed y bebiste agua que habia en tu cuarto en en una jarra; que aquella agua tenia muy mal sabor; que te entró un sueño muy pesado; y que cuando despertaste te encontraste con que era de día y con que estabas en una arboleda al lado de Paco; que entonces comprendiste que Paco había echado en la jarra del agua que estaba en tu cuarto algo para aletargarte, y ¡que te había sacado de tu casa aletargada, que tú engañaste á Paco haciéndole creer que le querías, para que Paco te respetase, y que al dia siguiente, encontrándoos junto al Guadaira, sobrevinieron unos gitanos, que se trabaron de palabras con Paco y le mataron; que tú te fuiste con aquellos gitanos, y temerosa de que te prendieran porque los gitanos te hicieron escribir á la fuerza un papel para dejarlo junto al muerto; y que pareciera que tú le habías matado, temiste te acusaran de la muerte de Paco; que aquellos gitanos no te querían más que para ganar dinero contigo, haciéndote cantar y bailar el ole, y que así te han tenido por el reino de Granada, y luego por el reino de Córdoba, y que despues se bajaron á Sevilla, y que tú aprovechaste la ocasión de estar cerca de mi quinta para escaparte y ampararte de mí? Tu madre creerá esa historia ó no la creerá, pero como Paco apareció muerto, es muy posible que la crea; es muy posible también que

crea que tú has estado en mi poder y que solo te presentas cuando mi mujer ha muerto, cuando has podido casarte conmigo. En fin, como á tu madre lo que la importa es tenerte, y te encontrará honrada por tu casamiento conmigo, no se entrometerá en más y se satisfará.

—Una mentira más,—dijo Rosario—adelante, pues; pero ya que el casamiento va á hacerse, bueno sería que escribieras mañana á mi madre, y que mi madre viniese sola; debes llamarla diciéndola que se trata de un asunto de gran importancia. Ella vendrá enseguida; cuando venga la preparas, y así que la tengas preparada me presentaré yo. Conque sí, Miguelito mío, ¿no es verdad? Mañana por la mañanita muy temprano le escribirás tú á mi madre para que venga en el mismo día; quiero salir cuanto antes de este ahogo.

—Sí, alma mía, sí,—dijo don Miguelito,—yo no quiero más que lo que tú quieres; mañana á la tarde estará aquí tu madre.

—¡Ay, cuánto te quiero. Miguel de mi alma!

Cuando al día siguiente fué Benito á ver á su amo con la última carta de Milagros, dormía aún, por fortuna, profundamente rendida de fatiga Rosario, y no pudo apercibirse de la llegada de Benito.

Don Miguelito tuvo ocasión y tiempo para contestar á Milagros y para dar á Benito instrucciones.

Benito debía usar de gran reserva cuando fuese á la quinta con una carta de Milagros; todo, en fin, se preparó para que Rosario no pudiera apercibirse.

Por la mañana muy temprano, don Miguelito envió á Pirnétano á Guillena, con la siguiente carta para doña Mercedes:

«Señora, envio á usted con el dador un caballo con hamugas. Dispénseme usted si yo mismo no voy á verla; cuando usted venga sabrá usted las razones que me lo han impedido. Tengo que hablarla á usted de cosas muy importantes; pero es necesario que venga usted sola y enseguida. Siempre de usted, etc.—El Marqués de Casa-Vaquera.

CAPITULO XXXII

De como fueron los extraños desposorios de don Miguelito y de Rosario.

A las nueve de la mañana Piruétano se presentó en Guillena á doña Mercedes, y le entregó la carta de don Miguelito.

En cuanto doña Mercedes la leyó, se puso mala, y sin detenerse ni un momento, montó en el caballo con hamugas que había llevado Piruétano, y le siguió á la quinta de los Prados.

¿Qué podía ser la cosa importantísima de que decía don Miguelito tenía que hablarla, sino era el que Rosario hubiese parecido?

Esta fué la primera idea que se le ocurrió á la pobre madre, y en la cual se fijó su deseo.

El trayecto desde Guillena á la quinta se hizo extraordinariamente largo y penoso para doña Mercedes.

Creía que al llegar á la quinta su hija se la arrojaría en los brazos; pero encontró solo á don Miguelito.

Rosario estaba encerrada en el mismo aposento en que habían ocupado cuando habían estado en la quinta su madre y sus hermanas.

—¿Para qué es para lo que usted me necesita con tanta urgencia?—exclamó de una manera impetuosa doña Mercedes, que tenía el génio violento.

— Señora,—dijo don Miguelito,—tengo que darle á usted una buena noticia: me caso.

—¿Qué se casa usted?—exclamó con extrañeza y con disgusto, no pudiendo comprender lo que don Miguelito le decía, doña Mercedes.

—Sí, sí, señora,—dijo don Miguelito,—me caso porque no puedo pasar por otro punto; es una cuestión de honor y de necesidad á un tiempo para mi corazón.

—¡Pero, Señor,—exclamó doña Mercedes,—yo no sé en qué tiempo vivimos, yo no entiendo el mundo en que estamos! Aún está caliente el cadáver de la pobre doña Patrocinio, á la que parecía usted amar tanto, y ya piensa usted en casarse.

—Este es un asunto de honor y de corazón,—dijo don Miguelito.

—Pues no lo entiendo,—dijo doña Mercedes.

—Señora,—dijo don Miguelito, tenemos que entrar en cuestiones que la tocan á usted muy de cerca. Usted creyó sorprender entre su hija Rosario y yo un grande afecto, hasta el punto de que hizo usted severas observaciones sobre ello á Rosario.

El semblante de doña Mercedes se nubló.

—¿Por qué me habla usted de mi hija,—exclamó,—y de una manera semejante? ¿Acaso ha parecido mi hija?

—No, no, señora,—dijo don Miguelito,—pero el alcalde

mayor me ha avisado, de que tiene algunos indicios, y yo voy á ver al teniente alcalde mayor y á ayudarle con todas mis fuerzas á fin de ver si podemos por último encontrar á la pobre Rosario.

—¿Y para esto no más me ha llamado usted, alentando una esperanza mía, para desvanecerla después?—dijo de una manera dolorosa y gravemente enojada doña Mercedes.

—Escúcheme usted, señora, y escúcheme con calma,—dijo don Miguelito.

—Bien, bien; hable usted: una vez puesta en el burro, vengan los azotes, pero le suplico á usted que no me martirice, ó que me martirice lo menos posible.

—Espero toda la indulgencia y toda la amistad de usted, señora, porque voy á abrirla á usted mi corazón.

—Sí, si va usted á decirme lo que ninguna madre puede oir sin irritarse, porque en fin, no hay una madre que pueda escuchar con calma de la boca de un hombre que siendo casado se ha enamorado de su hija.

—Señora. el amor no es una de esas cosas que pueden tomarse ó dejarse á voluntad; el amor viene de lo alto, y se nos impone sin dejarnos medio alguno de defensa; el amor es una suspensión de la voluntad, un sentimiento que nos arrastra hacia el ser que nos le ha inspirado, que se sobrepone á todo lo que á nosotros había, y que nos hace suyo; ese es el verdadero amor, la pasión, la enfermedad, la locura, y harto he hecho yo con sobreponerme á la poderosa á la incontrastable propensión de mi alma, de mi ser entero hacia Rosario, y respetarla, porque entre ella y yo no podía existir entonces un amor legítimo: pero le aseguro á usted, señora, que por lo mismo que yo no podía satisfacer esa necesidad imperiosa de mi alma, he sido la más desgra-

ciada de las criaturas: las circunstancias que impedían la legitimidad de mi amor han cesado por desgracia; y digo por desgracia, porque yo no puedo menos de dolerme de la muerte de una esposa á quien tanto he amado y que tan buena fué para mí. Yo no sé, señora, pero á pesar del dolor que me ha causado la muerte de mi mujer, yo he alentado una ardiente esperanza.

—¡Oh, Dios mio, Dios mío!—exclamó doña Mercedes.—Usted es incomprensible.

—Usted, señora que conoce á su hija Rosario; usted que sabe cuánto vale, usted que tanto la adora, debe ser la abogada de mi causa; yo no comprendo otra cosa sino que que tengo el alma llena del amor de Rosario; que sacrificaría por ella todo cuanto me fuera posible sacrificar, que mi unión con ella sería una felicidad, en la que no me atrevo á creer.

—Pero, en fin, ¿dónde está mi hija? -exclamó doña Mercedes.

—Le he dicho á usted que se tienen indicios; y que si yo le he llamado á usted ha sido para preparla con tiempo y para pedirla la mano de su hija para cuando. como lo espero, parezca.

—¡La mano de mi hija!—exclamó doña Mercedes?—pero ¿usted cree que mi hija le ama? pues qué, ¿no sabe usted que mi hija huyó con Paco, el sobrino del médico?

—Pero también sé,—dijo don Miguelito,—que dos dias despues amaneció muerto, junto á un molino de Alcalá de Guadaira, Paco: yo tengo fe en la virtud y en la honra de Rosario, y para cubrir lo que el mundo pueda decir cuando parezca, yo la doy mi nombre y mi honor; y todo el mundo, señora, creerá en la honra de Rosario cuando se vea que yo

me he casado con ella, porque los que me conocen saben demasiado que el marqués de Casa-Vaquera no se casaría con una mujer que no estuviese pura como un rayo del sol.

—¿Y por qué me pide usted su mano, don Miguel,—dijo doña Mercedes,—cuando sabe usted que en la triste situación en que mi hija se encuentra, yo no puedo negársela á usted? Es, pues, una petición inútil, como no sea que usted no haya llevado otro objeto que el de prepararme. Don Miguel, si usted sabe dónde está mi hija, lléveme usted al momento á verla; tenga usted compasión de una pobre madre que no vive sino agonizando desde el momento en que perdió á un tiempo su marido y la hija que más amaba. ¡Ah! Mi pobre marido no puede volvérmelo nadie; pero si usted puede volverme mi hija, démela usted, cuanto antes mejor; estoy perfectamente prrparada.

—Pues bien, señora,—dijo don Miguelito;—Rosario se me ha presentado ayer de improviso, escapada de unos gitanos que la han tenido todo este tiempo consigo.

—¡Dónde está, dónde está!—exclamó con violencia doña Mercedes, temblando toda y pálida como una muerta.

En aquel momento, Rosario, que estaba escuchando, se lanzó en el gabinete y se arrojó en los brazos de su madre.

Venía completamente vestida de gitana, y de gitana con gran lujo.

A don Miguelito no le había costado trabajo procurarla aquel traje.

Era uno los de Jacintilla, qne habían quedado en la quinta.

Cuando pasó la primera efusión, doña Mercedes separó de sí á su hija, la miró con extrañeza, y exclamó:

—¡Oh, qué hermosa, Dios mío, qué hermosa; y qué bien te sienta ese traje de gitana, hija mía!

—Es el único que tengo, mamá,—dijo Rosario;—el que tenía puesto cuando me he escapado de los gitanos.

—Pero; ¿qué es eso? ¿qué historia es esa?—exclamó doña Mercedes.—¿Qué gitanos son esos?

Rosario contó á seguida á su madre la historia que había inventado don Miguelito, y que ella ornamentó y relató de tal manera, que la pobre doña Mercedes creyó en aquella invención.

Con tal naturalidad, con tal apariencia de verdad había relatado aquel cuento Rosario.

—¡Ah!—exclamó llorando doña Mercedes;—y tú, hija mia, te has visto obligada á trabajar como una saltimbanquis para dar ganancia á esos infames.

—Era un trabajo de cierto género, mamá,—dijo Rosario. —Figúrese usted que ellos me decian: aguántate tú, morena, porque si hablas, ó si intentas escaparte, como la justicia cree que tú has hecho una muerte, te entregamos á la justicia, y lo vas á pasar mal. Eran cuatreros y chalanes; me llevaban á todas las ferias muy engalanada, y los señoritos de todos los pueblos se empeñaban en que la gitanilla cantara y bailara, y el gitano que era cabeza del aduar, se insinuaba hábilmente y les sacaba en grande el dinero.

Yo no sabía qué hacerme.

Yo no tenía recursos, y los engañaba y les hacía creer qua estaba muy contenta con ellos, esperando á que se confiasen y me trajesen cerca de Sevilla.

En fin, después de haber andado como ya he dicho á usted, por el reino de Granada y por el de Córdoba, vinieron

á Mairena, desde que me escapé como ya he dicho con un gitanillo que se había enamorado de mí.

—¡Válgame Dios! Y que á tal punto te pusiera ese infame Paco,—exclamó doña Mercedes.

Era demasiado crédula; sobre todo, quería creer.

A más de eso, Rosario estaba en un estado de maternidad, que se disimulaba ya difícilmente.

—Enseguida te vas á venir conmigo,—dijo doña Mercedes.

—¡Y qué dirán en el pueblo, mamá?—contestó Rosario. —Medítelo usted bien; yo no quiero ir al pueblo sino para casarme.

—¿Pero tú amas al marqués, hija mía?

—¡Que si le amo, Dios mío!—exclamó Rosario,—¿pues por quién he sufrido y sufro por la muerte de mi padre y por mi separación de usted y de mis hermanas? ¡Qué si le amo! No lo sabe usted bien, madre mía: si yo no me casara con Miguel, moriría.

—La verdad entera,—dijo doña Mercedes;—¿amabas tú ya á don Miguel cuando murió su padre?

—¡Oh, sí, madre mía, le amo desde que le ví! Después mi amor ha llegado hasta la locura. Madre, madre,—añadió poniéndose de rodillas,—perdóneme usted; pero al fin ha de saberlo usted, sería imposible ocultarlo; yo he sido esposa de Miguel antes de que Miguel fuese viudo.

—¡Ah, infame!—exclamó doña Mercedes.

—Máteme usted,—dijo Rosario, en tanto que don Miguelito se interponía;—pero yo me volví loca.

—¿Y huíste con él valiéndote de Paco?—exclamó doña Mercedes.

—No, madre mía, no; Miguel ha vivido desesperado y

sin saber lo que había sido de mí; todo lo que he dicho á usted, es verdad: Paco me aletargó y me robó.

—Pero, señora,—exclamó don Miguelito,—un casamiento salva todo.

—Un casamiento para el cual ha sido necesaria la muerte de su mujer de usted,—exclamó doña Mercedes.

—¿Y usted cree, señora, que yo he pedido á Dios ponga tísica á mi mujer, y que Dios me lo ha concedido? Esta ha sido una desgracia que yo no he podido evitar, una casualidad dolorosa y á la par afortunada, aunque me pese decirlo, porque puedo reparar las consecuencias de un momento de locura y de olvido: aquí no hay más que una culpa de amor, y las culpas del amor caben perdonarse por todos los que tienen corazón, sobre todo, cuando sobreviene la reparación de la culpa.

—Sea lo que Dios quiera,—dijo doña Mercedes;—yo no puedo dejar de amar á mi hija, ni puedo menos de querer verla honrada. Pero cuanto antes, cuanto antes, don Miguel. Solamente que será necesario que ese casamiento permanezca secreto.

—No, no por cierto,—exclamó don Miguelito;—un casamiento secreto no cubriría el honor de Rosario, y yo no puedo vivir por más tiempo sin repararla en su honor; digan lo que quieran; no es el primer viudo que se casa al poco tiempo de la muerte de su mujer. Hay á veces circunstancias imprescindibles que lo justifican todo: donde se conoce á Rosario es en su pueblo; pues bien, en su pueblo la verán mi mujer. En cuanto á mis conocimientos de Sevilla, yo no les daré parte de mi casamiento; no lo sabrán, y si lo saben, transigirán como transigieron con mi casamiento con Patrocinio, inmediatamente después de la muerte de su padre.

—Pero su historia de usted es horrenda,—dijo doña Mercedes, ya mucho más conforme, porque veía que su hija hacía un gran casamiento, y que ella y don Miguelito se adoraban.

Pero nada más lejos de doña Mercedes en creer en lo que verdaderamente era don Miguelito.

Le tenía por un cumplido caballero, por el hombre del mundo.

Estaba engañada como todos los qne conocían de fama pública al marqués de Casa-Vaquera.

—Pues bien,—añadió doña Mercedes;—yo me quedo aquí desde ahora con mi hija.

—Pues por supuesto, señora,—dijo don Miguelito.

—Usted, señor marqués,—añadió doña Mercedes,—me va usted á hacer el favor de ir hoy mismo al pueblo y de traerse mis otras dos niñas; no quiero estar separada de ellas no sea que algún otro Paco me aletargue y me robe la mayorcita.

—Y cree usted que yo soy completamente de fiar, señora?—respondió sonriendo don Miguelito.

—Yo creo, y en esto no me engaño,—dijo doña Mercedes,—que para usted no hay más mujer en el mundo que mi Rosario.

—Puede usted jurarlo sobre su alma, señora,—dijo don Miguelito.

En resumen, Caparrota montó á caballo, y con dos criados se trasladó al pueblo de Guillena, llevando una carta de Mercedes, y aquella noche volvió á la quinta con las dos niñas.

Al día siguiente, don Miguelito se fué á Sevilla muy temprano

Escribió á Milagros uua carta apasionada, y recibió la contestación.

Al medio día se fué á ver al teniente alcalde mayor, al que encontró propicio á servirle.

Había que prescindir de la real licencia, que como título de Castilla y grande de España, debía pedir don Miguelito al rey para contraer su nuevo enlace.

El teniente alcalde mayor influyó con el arzobispo, y éste libró el mandamiento cerrado en razón á haber de por medio el honor de una joven.

El alcalde mayor continuaba doblegándose, observando; pero nada veía que confirmase sus sospechas, y empezaba á perder su prevención.

Don Miguelito le engañaba, como engañaba á todo el mundo.

Tenía el don de persuadir, de convencer, y se hacía estimar con suma facilidad.

No fué necesario el transcurso de quince días.

Á los seis días de la llegada de doña Mercedes á la quinta, todo estaba dispuesto, hasta la canastilla de boda.

Al pueblo de Guillena le esperaba una sorpresa.

Tres ó cuatro días antes de lo que relatamos se había ya sorprendido el pueblo al ver que iban á la casa de doña Mercedes, que había ya acabado de construirse, un rico y numeroso mueblaje de Sevilla, y lo que era más extraño, alfombras, tapicerías, arañas, grandes espejos; cosas, en fin, que no se habían visto nunca en el pueblo, y que llamaban la atención de una manera estupenda.

Se rompía el luto con aquel lujo, y, sobre todo, ¿para qué quería aquel lujo la viuda de don Timorato?

Sorprendió además, que en la tarde del octavo día, des-

pués de la partida de doña Mercedes y de sus dos hijas menores, llegasen y se aposentasen en su casa unos veinte músicos armados de violines y de instrumentos de metal y de madera.

Se les había acomodade á todos en una sala baja que daba al huerto.

Habían llegado además dos doncellas y dos criados, y en un carro dos cajas voluminosas.

El pueblo estaba que reventaba de curiosidad.

Se les preguntaba á los vecinos, y los vecinos decían que el señor teniente alcalde mayor los había buscado, los había ajustado y los había enviado con una carta para un criado de don Timorato, que se había quedado en el pueblo frente de la casa.

Se preguntaba al tío Cachucho, que así se llamaba este criado, y el viejo Cachucho decía que él no sabía más sino lo que su ama le había escrito, esto es, que recibiese los muebles y todo lo demás, y los mueblistas y tapiceros que irían, que aposentase á los músicos, y á dos criadas y á dos criados.

En verdad, el tío Cachucho no sabía otra cosa, y él mismo andaba alargando la gaita, y venteaba á ver si el aire le daba una explicacion de lo que pasaba.

Al fin, en la noche del mismo día en que llegaron los músicos, ya muy tarde, y cuando el pueblo estaba sumido en el más profundo silencio y en la soledad más absoluta, llegaron Rosario, su madre, sus hermanas, don Miguelito, el teniente alcalde mayor con dos alguaciles, y todos los criados de la quinta.

Toda esa gente se metió en silencio en la casa.

Casa cuya puerta abrió al tercer llamamiento el tío

Cachucho, asombrándose al ver á la señorita Rosario.

Iba de luto rigoroso y con el luto, más hermosa aún.

—¿Pero qué es esto, señor?—exclamó delirante de alegría el tío Cachucho.

—Esto es, que te callas, viejo,—contestó Rosario, que estaba verdaderamente alegre,—y á ver si se meten dentro esas dos grandes cestas que vienen en un macho; que se levante todo el mundo, pero sin ruido, y los animales á la cuadra.

Entraron todos, y se fueron colocando como pudieron.

Las doncellas y los criados, se apoderaron de las cestas, en las cuales venia preparada desde la quinta una cena.

Las bodas empezaban á la sordina.

Al tío Cachucho se le encerró por medída preventiva, porque se le conoció en la cara que tenía unos grandes pujos de salirse é ir á dar la alarma al pueblo.

Entretanto la cocinera y las criadas, que habían ido de la quinta, habían encendido las hornillas y lo habían preparado todo.

La mesa se había cubierto.

Eran las diez de la noche.

No había que perder tiempo.

El mismo don Miguelito salió y se fué á casa del cura.

Cuando llamó y le preguntaron, dijo:

—Vengo por el señor cura para que acuda á auxiliar á un moribundo.

—¿Y quién es ese moribundo?—preguntó el sacristan.

—Es doña Mercedes, que se ha puesto muy mala en mi quinta de los Prados y ha querido venir á morir al pueblo.

—¿Y usted quién es?—preguntó el sacristan.

—Dígale usted al señor cura,—contestó don Miguelito,

—que aquí está el marqués de Casa-Vaquera, y esto basta.

El cura conocía al marqués por haberle visto en el pueblo con don Timorato, y se apresuró á recibirle.

—Se trata de un negocio muy importante,—dijo don Miguelito,—y es necesario que ustad me sirva.

—Al momento, señor marqués, al momento y con mucho gusto,—dijo el cura pidiendo al sacristán un manteo y su sombrero;—con mucho gusto, digo, si no se trata de auxiliar, como me ha dicho el sacristán, á doña Mercedes.

—Afortunadamente,—dijo el marqués,—ese es un pretexto de que yo me he valido para que el sacristán no me anduvieae con dificultades. Doña Mercedes, gracias á Dios, está muy sana y muy buena.

—Ya lo oyes tú, Trampantojos, que no vayas tú á decir por el pueblo que doña Mercedes ha venido muriéndose.

—¿Y para qué lo ha dicho el señor marqués?

—Quítate de ahí, animal. Vamos, señor marqués, cuando usted guste.

El cura se trasladó con don Miguelito á la casa de doña Mercedes.

Cuando llegó, don Miguelito le llevó al comedor.

Estaba brillantemente amueblado y ornamentado con un gusto exquisito.

En cuanto á la mesa, no podía darse nada más bello y más ricamente servido.

—Pero, ¿qué es esto, señor?—exclamó el cura.

—Esto es, señor, que yo no me he muerto,—contestó avanzando Rosario; esto es que yo me caso, y para eso se le ha llamado á usted, señor cura.

—Pues no entiendo, no entiendo esto,—exclamó el eclesiástico, que estaba como aturdido.

—Señor cura,—dijo Rosario, como es de mi deber, para casarme como Dios manda, lo sabrá usted todo, y de una manera doble, porque él también se lo revelará á usted.

—Pero, ¿con quién se va usted á casar, Rosario?—exclamó el cura, á cada momento más asombrado.

—Con el marqués de Casa-Vaquera, aquí presente,—dijo Rosario.

—Pero, ¿cómo se va á hacer este casamiento?—dijo poniéndose en guardia el cura, que era muy celoso.

—En virtud de este mandamiento cerrado de su excelencia el señor cardenal arzobispo de Sevilla.

El cura abrió el pliego, y leyó el mandamiento.

—¡Ah! esto es distinto,—dijo.—¿Y cuando se van á celebrar los desposorios?

—Mañana á las ocho de la mañana,—dijo don Miguelito.

—Y entonces, ¿para que esa cena?—dijo el cura.

—Son las diez y media, señor cura, —dijo don Miguelito;—en una hora bien podremos haber cenado, de modo que media hora después empezaremos el ayuno.

—¡Ah! es verdad,—dijo el cura.—Vamos, estoy aturdido: ¡qué cosa tan imprevista, Señor!

—Presento á usted, señor cura,—dijo don Miguelito,—al señor teniente alcalde mayor de Sevilla, que dentro de poco será alcalde mayor, porque yo apoyaré con mis relaciones en la córte su pretensión: ha querido ser nuestro padrino; nuestra madrina lo será doña Mercedes.

—¡Pero Señor, con el luto, con el luto!—exclamó el cura, después de haber saludado cumplidamente al teniente alcalde mayor.

—El luto cesa hoy por la boda,—dijo don Miguelito;—

sería de mal agüero ir á casarse de luto: los difuntos nos lo perdonarán.

—Nada, nada; cuando su excelencia lo manda, bien mandado estará,—dijo el cura.

—Vamos, señores, vamos á la mesa,—dijo don Miguelito.

Las personas que se sentaron á cenar, eran: doña Mercedes, sus tres hijas, don Miguelito, el teniente alcalde mayor y el cura.

La cena era suculenta, admirable.

—Señores,—dijo don Miguelito,—mi esposa y yo tomaremos algo; pero los demás, no hay por qué se limiten á un tiempo dado.

—¡Ah! Yo también tengo que acabar á buena hora,—dijo el cura.

Y se atracaba, porque era gastrónomo.

Y á un plato esquisito, sucedía otro plato más esquisito aún.

Por más que hizo el cura por llevar la conversación á un terreno que le permitiese descubrir algo, nada consiguió.

Se guardaba la mayor reserva.

No se entraba en la cuestión del tiempo, durante el cual había estado perdida Rosario.

Al fin, antes de las doce de la noche, la cena había terminado.

—Señor cura,—dijo entonces don Miguelito, que parecía ser el director de la escena,—voy á acompañarle á usted á su casa; le suplico que guarde secreto acerca de esto, porque tenemos el capricho de sorprender al pueblo; suplico á usted que la iglesia se cuelgue y se aparate con todo el lujo posible.

—Se hará, se hará todo lo que haya que hacer,—dijo el cura.—Vaya, queden ustedes con Dios. Rosarito, á prepararse bien, hija mía, á hacer un buen examen de conciencia. Mire usted que para recibir el sacramento del matrimonio es necesario llevar el alma muy limpia, á fin de que sobrevenga la gracia del Señor, sin la cual el matrimonio es una desdicha.

—Descuide usted, padre cura,—dijo Rosario,—que á más de que ya tengo hecho examen de conciencia, continuaré en él.

El cura amonestó asimismo antes de meterse en su casa á don Miguelito para que se preparase bien.

—¡Ah! Descuide usted, padre cura,—dijo don Miguelito; mi examen de conciencia está ya hecho.

—Más vale así, más vale así, señor marqués; pero no importa, insista usted, y sobre todo, aún estamos á tiempo; yo encuentro un no se qué de extraño en todo esto.

—Señor cura,—dijo don Miguelito,—mi casamiento con Rosario es imprescindible y urgente. Usted se convencerá de ello cuando nos escuche en el tribunal de la penitencia.

—Nada, nada,—dijo el cura;—cuando su eminencia lo manda, no hay que dudar de que está bien mandado. Buenas noches, señor marqués.

El cura se retiró.

Poco despues todos estaban recogidos en la casa.

Inútil es decir que Rosario y don Miguelito no se metieron á hacer exámen de conciencia.

Se habían rebelado contra ella y contra Dios.

Ellos no podían decir la verdad; ellos lo arrostraban todo, hasta la pérdida de su alma, porque ambos creian en Dios.

No podía darse un amor más terrible, más siniestro, más lúgubre.

Al amanecer toda la casa estaba en movimiento en el interior.

En cuanto al exterior aparecía cerrada.

Don Miguelito y Rosario se vestían de boda.

Doña Mercedes llorando dejaba su luto, y hacía lo dejasen sus hijas menores, que estaban asombradas las pobrecillas.

El teniente alcalde mayor se ponía su mejor casaca, su mejor chupa, sus mejores calzones y sus medias con los cuchillos bordados.

Era un señor que vestía todavía á la antigua, con un retraso lo menos de cincuenta años.

Pero cuando se trataba de los actos de ceremonia no había quien le sacase de esto.

A las ocho de la mañana las gentes del pueblo se agolpaban á la puerta de la iglesia y se estrujaban para mirar por la rejilla, porque la puerta estaba completamente cerrada.

Desde la rejilla, el que lograba arrimar las narices á ella, veía que estaba colgada de damasco rojo como en los días de gran solemnidad, y que el sacristán, la sacristana, el acólito, el sochantre, y aun el organista, andaban con la escalera poniendo cornucopias, arandelas y espejuelos.

¿Qué era lo que iba á suceder?

¿Qué acontecimiento se iba á solemnizar?

El pueblo estaba que no vivía.

Y sobre todo, creció el interés general cuando se vió que aparecía el primo del sacristán con dos mozos, trayendo dos machos que venían cargados de juncias y que iban

extendiendo aquella juncia desde la puerta de la iglesia, hasta la casa del difunto don Timorato.

A las ocho en punto ya todo aquel trayecto estaba cubierto de juncias y de todas las flores que se habían podido haber en aquella estación.

Al dar las ocho se abrió la puerta de la casa del difunto alcalde, y al mismo tiempo la puerta de la iglesia.

Entonces el pueblo supo de lo que se trataba.

Vieron á Rosario vestida de boda junto al marqués de Casa-Vaquera, ostentosamente vestido con su uniforme de grande de España, lo que nunca se había visto en el pueblo. A la derecha del novio iba el teniente alcalde mayor, con su casaca bordada en seda de colores.

A la izquierda de la novia como madrina, su madre vestida de gala, lo que escandalizó á los del pueblo, que estaban ya bastante asombrados con la aparición inesperada de Rosario.

¿Por qué se quitaba un luto que aun no había cumplido?

A esto se da más importancia que en ninguna parte en los pueblos.

Indudablemente, en vista de la boda, Rosario se había escapado con aquel señor y había estado con él seis meses.

Gran principio de murmuración.

El nuevo alcalde hizo un gesto.

El síndico y las síndicas, los regidores y las regidoras, el boticario y la boticaria, el médico y la médica, el fiel de fechos y la fielesa, el albeitar y la albeitaresa, todas las demás personas importantes del pueblo, inclusos sus adlateres cogidos de improviso arremetieron á las arcas y se vistieron á escape, habiendo viejo hacendado que se puso la peluca al revés.

En fin, tanta prisa se dieron, que acudieron muy á tiempo, porque el cura y el beneficiado se ocupaban en confesar á los dos novios.

La oristocrácia del pueblo, que había avanzado hacia la cabeza de la iglesia, observaba á la desecha los semblantes de los dos eclesiásticos, para deducir por sus contracciones y por sus gestos, si las confesiones eran ágrias.

Pero los dos sacerdotes tenían los semblantes tranquilos, lo cual desconcertaba á los observadores, porque sabían bien por experiencia propia, que el cura y el beneficiado eran muy severos.

Terminó al fin la confesión de los novios, que fueron á arrodillarse en los cogines que estaban delante del altar.

Poco después empezó la misa de los desposorios y de las velacíones, y la bendición de Dios cayó sobre aquellos dos séres malditos, por más que su apariencia fuera de todo punto simpática.

Se llenaba una vana formula y nada más.

Ambos cometían un horrendo sacrilegio.

A las dos, la ceremonia religiosa, que había sido magnífica, porque había acompañado la misa una orquesta completa, estaba terminada.

Entonces los padrinos satisfacieron á la aristocracia del pueblo, diciéndoles que se había tenido el capricho de sorprenderlos; pero se había contado con ellos, y los convidaron á la boda.

CAPÍTULO XXXIII

—

De cómo don Miguelito hacia todo lo que era necesario para engañar á Rosario, y permanecia en Sevilla

En el almuerzo, la misma Rosario refirió por tercera vez la novela que había inventado don Miguelito.

El segundo relato lo había escuchado en la confesión y había creido en él.

Todos escuchaban asombrados y con un vivísimo interés.

El cura hizo, sin faltar á los deberes de su sagrado ministerio, alusiones harto claras á la pureza y á la virtud de Rosario, y el mismo teniente alcalde mayor aseguró que á la justicia la constaba era verdad lo que la marquesa de Casa-Vaquera acababa de referir.

Pero había un punto negro.

¿Cómo era que el marqués se casaba á los ocho días de muerta su mujer?

De esto no se hablaba; pero todos pensaban en ello.

En la mayor parte de las cuestiones graves hay cabos sueltos, graves también, que no pueden cogerse.

Don Miguelito podía haber dicho: yo he dado mi nombre á Rosario para cubrirla de la maledicencia, para que nadie pueda creer que yo podía casarme con una mujer que no fuera digna de mí; pero se le hubiera podido contestar: Si usted amaba á Rosario antes de ser viudo y Rosario le amaba á usted, Rosario cometía una falta grave; si no existía tal amor, ¿cómo es que usted ha querido casarse con ella y ella ha consentido en casarse con usted casi inmediatamente después de la muerte de la marquesa?

Por consecuencia se dejaba al aire este cabo suelto.

La verdad era que el matrimonio lo cubría todo, y que si los maldicientes tenían motivo para cebarse tenían también motivos para envidiar: ellas á Rosario, porque se había casado con Caparrota; ellos á Caparrota porque se había casado con Rosario.

La fiesta de bodas se redujo á aquel almuerzo, concluido el cual, todos se retiraron.

Rosario se quitó el traje de desposada y volvió á ponerse el luto, así como también su familia y Caparrota.

Por la noche se recogieron muy temprano.

—¡Oh! —exclamó Caparrota;—yo hubiera preferido que nuestro cuarto fuese aquel de la casa del médico.

—Sin embargo,—dijo Rosario,—el que tenemos aquí se parece mucho á aquel, y como aquel, da también al jardín. El incendio de la casa, por fortuna, no alcanzó á los árboles, y el jardín está como estaba antes. Mi padre le cuidaba mucho: los árboles son muy viejos, muy altos, muy frondosos, y es lástima que sea invierno; ahora están despojados, y ni aun podemos salir al jardín, porque hace frío.

—Oye tú, Rosario,—dijo Caparrota,—¿tiene postigo el jardín?

—Sí,—contestó Rosario;—un postigo por el que puede entrar y salir un hombre á caballo.

—Pues ese postigo nos viene perfectamente, hija mía, porque los dos tenemos que hacer algunas escursiones secretas sin que nadie se aperciba.

—¿Y adónde?—exclamó cuidadosa Rosario.—¿Anda por aquí cerca tu gente?

—No, vida mía, no,—contestó Caparrota; pero cerca del pueblo hay un barranco, y en ese barranco una cueva, á la cual tenemos necesidad de ir. ¿Adónde da el postigo del jardín?

—A una callejuela muy excusada,—dijo Rosario,—que está formada únicamente por tapias de huertos; por ambos extremos de esta callejuela se sale á otras callejuelas, excusadas también, que dan al campo.

—¡Oh! Pues mañana á la noche lo prepararemos todo, y en algunas noches trasladaremos á este aposento y colocaremos en ese armario algo que hay en la cueva del barranco; de aquí lo llevaremos poco á poco á nuestra casa de Sevilla.

Nuestros lectores saben á lo que se refería don Miguelito: al tesoro de don Julián, el Fraile Negro, aumentado por los cuantiosos robos que había hecho al salir á campaña la cuadrilla de Caparrota.

En efecto, á la noche siguiente, á la media noche, don Miguelito y Rosario, provistos de una linterna, cuando todo dormía en la casa y en el pueblo, salieron por el postigo del jardín, recorrieron una estrecha y sucia callejuela, torcieron por otra y empezaron á marchar por el campo.

Llegaron al fin al barranco y á la cueva.

Don Miguelito conocía el resorte de la puerta que conducía á la segunda cueva, y no queriendo abrir la linterna, por si acaso pasaba alguien, aunque esto no fuese de esperar á aquellas horas, buscó á tientas el resorte y abrió.

Pasaron Rosario y él.

Sólo cuando estuvieron dentro y don Miguelito hubo cerrado por dentro el resorte que tocaba la puerta y éste se cerró, don Miguelito abrió la linterna.

Estaban en una grande excavación.

—¡Calla!—dijo Rosario.—Pues aquí era, á no dudarlo, donde mi padre encerraba á los que secuestraba cuando andaba al oficio.

—¿Cómo sabes tú eso, Rosario?—la preguntó don Miguelito.—¿Tenía contigo tales confianzas tu padre?

—No; pero entonces era yo muy pequeña, dormía en la misma alcoba que mis padres, y á veces me desvelaba de noche y los oía hablar en voz baja. Yo tengo muy buena memoria; me acuerdo que mi padre decía una noche á mi madre:

»—Ya ha pasado el término que se había señalado á la familia de don Fulano, y todavía no han puesto en el lugar indicado los diez mil duros; pero á bien que la cueva es grande y secreta, y no ha de decir á nadie que allí se ha quedado encerrado don Fulano.

No me acuerdo del nombre de aquel hombre; de lo que me acuerdo, sí, es de que mi madre intercedió por el secuestrado.

»—No tentemos á Dios,—dijo mi madre;—por más que la cueva esté muy segura, y que no se pueda reparar en la puerta secreta, cualquier casualidad puede hacer que el escondite se descubra y que se encuentre un muerto.

»—No se encuentra lo que se mete debajo de tierra,—dijo mi padre.

»—Hombre, por Dios,—dijo mi madre,—¿por qué ha de pagar don Fulano el desamor de su familia, que no ha querido dar por su rescate el dinero que se le ha pedido? Véndale los ojos, que se le lleven los muchachos lejos, y que allí le suelten.

»—Eso no puede ser,—dijo mi padre;—primero porque si después de haber pedido diez mil duros por su libertad, se le suelta sin que los hayan dado, cuando se coja otro no habrá medio de hacer que sus parientes den nada por él.

»—¡Eh! No, no todos son tan crueles,—dijo mi madre.

»—No puede ser, Mercedes,—dijo mi padre,—y yo estoy ya indultado y no tengo necesidad de andar á salto de mata para evitar que la justicia me castigue; y yo, creyendo que don Fulano no era tan bravo, me entré solo á pedirle me diera otra carta, repitiendo la petición. Los muchachos habían tenido lástima de él y le habían dejado sin atar, y en cuanto yo entré, se arrojó sobre mí y me quitó la careta y me conoció: me ví negro para sujetarle; ya ves tú, que habiéndome conocido don Fulano no puede vivir, si no es que tú quieres que yo vuelva á verme aperreado y perdido.

Mi madre se calló.

»—No te importe de eso,—la dijo mi padre,—porque el tal don Fulano ha hecho muchas cosas malas en este mundo; así las pagará todas; mañana á la noche me iré yo solo con un azadón y la tierra tapará al muerto. Además que yo le enterraré en aquella punta estrecha que hace la cueva.»

—¿Y tú no te extremeciste, Rosario, de escuchar esas cosas?



Lit. Felipe González Rojas - Editor

—Si se cava allí en aquel rincón reentrante, se encontrará un esqueleto.

—No, porque yo sabía lo que era y lo que había sido mi padre: me dormí tranquilamente. Mira, Miguel, de seguro, si se caba allí en aquel rincón, se encontrará un esqueleto.

—¿Con que tu padre las gastaba de esa manera?—dijo don Miguelito.

—Sí; pero mira tú también de qué manera tan desastrosa ha muerto; por eso yo también tengo miedo, Miguel; por eso quiero que cuanto antes nos vayamos de España, para vivir tranquilos.

—¿Pues para qué vengo yo aquí sino para eso?—dijo don Miguelito.—Tú no has reparado en lo que hay aquí, Rosario.

—Sí,—dijo Rosario,—allí hay muchos fardos de arpillera.

—Pues, hija mía, fardo de esos contiene una porción de barras de oro; cada dos de esos fardos son una buena carga de un macho. Esta noche trasladaremos seis ú ocho de esos fardos; yo he mandado á Piruétano que esté en la otra cueva después de la media noche, con dos machos; voy á ver si ha llegado.

Don Miguelito puso la linterna de manera que su reflejo no pudiera verse desde afuera al abrir la puerta, la abrió y silbó levemente.

—Sí, sí señor,—dijo desde afuera la voz de Piruétano,—aquí estoy.

—Vamos,—dijo el marqués,—entra, ayúdame y carguemos los machos. De aquí al pueblo bien pueden llevar tres fardos, ¿no te parece?

—Sí, sí señor,—dijo Piruétano que conocía, como sabemos, aquellos fardos.

Entre los dos cargaron los dos machos.

Media hora después entraban por el postigo del jardín, Rosario, don Miguelito y Piruétano, llevando los dos machos arreatados.

Los machos llevaban zapatos para que sus pisadas no sonasen.

Entre Piruétano y don Miguelito llevaron á la ventana del aposento de los esposos, que daba sobre el jardín, los seis fardos.

Piruétano se retiró con los mulos, y Rosario cerró el postigo.

Entró por la ventana del aposento y la cerró.

Solo entonces abrió su linterna don Miguelito y encendió con ella los dos mecheros del velón, que estaba sobre una mesa.

En seguida Rosario y don Miguelito se pusieron á deshacer los fardos y á trasladar las barras de oro al armario.

—¡Dios mío, Dios mío!—exclamó la joven;—esto es enorme; yo no sabía que el oro pudiese causar una tal embriaguez.

—Rosario, el oro lo es todo; con el oro se obtiene todo.

—Sí, todo, menos lo que pertenece al corazón,—dijo Rosario:—por todo el oro del mundo nadie lograría que yo le amase como te amo á tí.

Y entretanto, los dos esposos colocaban las barras en el armario.

Don Miguelito robaba á sus ladrones, que, confiados en su palabra, le habían dejado en depósito la parte que les correspondía.

En otras cuatro noches, y haciendo en cada una de ellas dos ó más viajes, fueron trasladados al armario todos los valores que había en la cueva.

Si aquel aposento no hubiera estado en el piso bajo, el suelo cuadrado no hubiera podido sostener el armario.

Ya no había prisa; lo que el armario contenia debía ser trasladado poco á poco á Sevilla, al depósito que contenía en su casa don Miguelito.

Una vez sacado el tesoro de la cueva, don Miguelito y Rosario se fueron á Sevilla.

La primera noche, don Miguelito dijo á Rosario:

—Ven, sígueme.

Y la llevó al aposento secreto donde tenía su hornillo de fundición.

—Mira,—la dijo,—aquí fundo yo y hago lingotes el oro y la plata de las pedrerías desmontadas y de los vasos sagrados.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Rosario.—¿Y has fundido aquí mucha plata y mucho oro?

—¡Oh! Incalculable; poseo unos cien millones de reales, Rosario; esto sin contar mis haciendas, que son muy pingües. Ven, ven, hija mía.

Y por otra comunicación secreta llegó á unas escaleras y por las escaleras á un sótano.

En aquel sótano había una multitud de barriles.

—Estos más grandes y más numerosos,—dijo don Miguelito,—son de plata; estos más pequeños, de oro; y estos, más pequeños aún, y que no son, como ves, más que tres, de perlas y pedrería. Estos tres barriles valen más ellos solos que todos los otros. ¡Oh! No sabes tú que sinnúmero de aderezos y sortijas y de alhajas de todo género, contenían la pedrería que aquí hay. Mira, Rosario, esto deslumbra.

Don Miguelito metió la mano en un barril y mostró un puñado de brillantes á Rosario, que estaba pálida.

Todo aquello estaba á cargo de Caparrota; todo aquello le comprometía, y ella le hubiera querido mejor pobre y libre de todo compromiso.

—Oye, Rosario,—la dijo don Miguelito.—Con los más hermosos de estos diamantes voy á mandarte hacer algunos aderezos para cuando se termine el luto.

—Aderezos que yo no luciré sino fuera de España y por darte gusto, Miguel,—dijo Rosario;—pero es necesario que cuanto antes partamos.

—¿Y cómo?—dijo don Miguelito.—Es necesario traer poco á poco del pueblo lo que hemos dejado en el armario; no hemos de abandonarlo; y ya ves tú que para que no se sospeche en el pueblo, no podemos traer en el coche más que lo que podamos sostener sobre nosotros mismos sin que sea reparable.

Don Miguelito había sacado inmediatamente el tesoro de la cueva para tener un pretexto que alegar á Rosario para no partir al momento.

Rosario era ya suya, y era necesario que lo fuese también Milagros.

Rosario no sospechó; creyó en la avaricia de don Miguelito, pero no en su infidelidad.

Rosario creía que, amado don Miguelito por ella, no podía amar á otra mujer, y estaba tranquila.

—Más aún,—dijo don Miguelito;—es necesario acuñar todo ese oro y toda esa plata, fundir las alhajas de iglesia que hemos sacado de la cueva.

—¿Y cómo vas á acuñar esa plata y ese oro?—exclamó Rosario, palideciendo de nuevo.—¿Cometerías la imprudencia de enviar oro y plata en tal cantidad á la casa de la moneda?

—No, hija mía, no,—contestó don Miguelito;—yo me he hecho platero y monedero por necesidad. Ven, ven acá. Continuemos. ¿Ves ese pozo?

—Sí.

—Pues bien; por ese pozo, que es muy profundo, se llega á otro sótano de alguna extensión, donde hay un volante de mucha potencia, y todo lo necesario para la fabricación de la moneda. Yo no necesito ayudarme de nadie; yo hago todas las operaciones.

—Pero eso debe ser muy largo, Miguel; ¡tú solo acuñar tanto!

—¡Ah! No lo creas; tengo máquinas á propósito que he hecho venir de Inglaterra; á fuerza de oro me he procurado algunos troqueles mejicanos de los antiguos, de tiempo de Cárlos III. Sin más andar,—dijo don Miguelito, echándose mano á un bolsillo de su chaleco,—mira esta onza, una magnífica onza mejicana de oro de ley; esta onza la he acuñado yo.

—¡Oh, admirable!—dijo Rosario.—Una onza legítima.

—Como que son legítimos los troqueles; casi todo el dinero con que yo he pagado las deudas de mi padre para desempeñar mi hacienda, ha sido en onzas semejantes á esta, y acuñadas por mí, sin que nadie me haya ayudado en la más leve faena.

—Y cuanto tiempo tardarás en toda esa operación, Miguel?—dijo Rosario.

—Tres meses cuando más, hija mía; dentro de tres meses yo entregaré á un agente de una casa de banca de Holanda todo mi tesoro acuñado, y él me dará un resguardo para que esa casa me pague en Holanda. Aquí no se podrían hacer giros tan considerables, porque no hay transacciones

bastantes, y porque además se sospecharía. Tres meses se pasan pronto, Rosario; dentro de tres meses partiremos.

—Dios quiera que no cometamos una imprudencia, Miguel.

—¿Y por qué no ser ricos, enormemente ricos en el extranjero? Supón que un día estando nosotros fuera de España, la justicia llegase á descubrir mis asuntos porque sorprendiese á algunos de los míos, que sobreviniese un enorme proceso y que mis bienes embargados fuesen vendidos para indemnizar á aquellos á quienes yo he quitado lo que tengo, ¿de qué viviríamos entonces, Rosario? Yo no me acomodaría á sufrir la miseria, y mucho menos á que la sufrieses tú. Te lo repito: tres meses se pasan pronto, dentro de tres meses, yo te lo aseguro, aquí no habrá nada más que unas máquinas abandonadas y algunos barriles vacíos, y habremos partido para Holanda, llevándonos más de cien millones de reales, es decir, cinco millones de renta anuales. Entonces yo te juro no vivir más que por tí y para tí.

—Dios quiera que llegue pronto ese día,—exclamó Rosario.

—Llegará, porque yo trabajaré bien,—dijo don Miguelito;—y emplearé las noches, y al cabo de tres meses todo estará terminado.

Don Miguelito necesitaba tambien tener las noche libres, y tenía la seguridad de que si no se procuraba un pretexto, Rosario había de ser mucho más exigente de lo que lo había sido Patrocinio.

Había engañado á Rosario en cuanto á lo de la acuñacion; en el fondo del pozo, nada había más que arena.

Don Miguelito no había pensado jamás en acuñar dinero;

tenía medios sobrados para convertir sus barras de oro en moneda contante y para obtener giros sobre el extranjero; pero aquella acuñacion le servía de pretexto.

Rosario le creyó, porque creía todo lo que la decía don Miguelito como un artículo de fé.

El amor que Rosario sentía por don Miguelito la cegaba.

CAPITULO XXXIV

Una enamorada de don Miguelito, y tal vez la más peligrosa.

Al otro día de su llegada á Sevilla, don Miguelito llamó á su ayuda de cámara, el encargado de entenderse con Eusebio para el negocio de las cartas que don Miguelito enviaba al convento y las que Milagros enviaba á don Miguelito.

—Ya no puede ser,—dijo don Miguelito,—que don Eusebio venga á la portería á esperar mis cartas y á traer las de la señorita Milagros. La señora está en casa y podría apercibirse de algo; es pues, necesario que tú busques otro lugar donde don Eusebio se vea contigo.

—En cuanto á eso, descuide vuecencia, que es cosa de poco momento,—contestó el ayuda de cámara.

—Toma esta carta y dásela: la contestación me la das cuando no haya cuidado ninguno.

—Descuide vuecencia.

—Ea, pues andando.

La carta que llevaba el ayuda de cámara contenía lo siguiente:

«Adorada mía: Tú extrañarás el que hayan pasado seis días sin escribirte; pero un asunto de grande importancia sobrevenido de improviso, me ha tenido seis días fuera de Sevilla y no he tenido medio desde fuera para poder hacer recibieses cartas mías. Libre ya de ese negocio, permaneceré en Sevilla. Bien sé que dentro de tres meses debe tener lugar tu profesión; por lo mismo, en cuanto pasen quince días, escribiré á Jerez, á tu padre, pidiéndole tu mano. Tales razones le alegaré, que yo espero no se niegue á concederme lo que ha de ser nuestra felicidad Entre tanto, yo vivo muriendo. No puedo apartarte de mi memoria, y ansío volverte á ver como el que se ha quedado ciego ansía volver á ver la luz. No sabes cuanto te amo, cuanto sufro, cuán desesperado estoy, cuanto llenas mi pensamiento despierto, y mis sueños cuando duermo: me parece imposible que voy á tenerte: y te tendré, sí, ¡oh! te tendré, porque soy capaz por tí hasta de lo imposible. Ansío ver á lo menos una adorada carta tuya; yo buscaría un disfraz, un medio para introducirme en el convento; pero no me atrevo; ya sabes lo que aconteció la vez que me arrojé á penetrar con un disfraz y por medio de una intriga; por poco no se pierde todo. Ten fe y confianza en mi amor; esto no puede durar mucho.—Tu Miguel.

Milagros contestó á esta carta de una manera apasionada y desesperada, hasta tal punto, que don Miguelito creyó que cuando viniese la negativa del padre de Milagros y él se la enviase, Milagros rompería por todo, y se prestaría á ser arrebatada del convento.

Así pasaron quince días, escribiendo cada uno de ellos

una carta, don Miguelito á Milagros, y contestando Milagros á don Miguelito.

Por de contado que don Miguelito mantenía secreto su casamiento con Rosario; es decir, no había dado parte de él á ninguno de sus conocimientos.

Rosario no salía más que de noche con don Miguelito, y aun así, por el postigo del jardín que daba á la calle de los Jimios.

Los criados estaban prevenidos, y no se sabía en toda Sevilla una palabra acerca del segundo casamiento de don Miguelito.

Rosario se prestaba á este misterio.

Para tres meses que debía tardar únicamente, según ella creía, porque creía á don Miguelito, su partida de España, no quería sufrir los desdenes de la aristocracia sevillana, que indudablemente hubieran sobrevenido si el casamiento se hubiera publicado.

Don Miguelito y Rosario habían hecho en aquellos quince días algunos viajes á Guillena en coche.

Como estaba cerca, iban por la mañana muy temprano y se volvían por la noche, trayéndose siempre una gran cantidad de oro.

Don Miguelito dejaba por la noche una carta al ayuda de cámara para Milagros, y cuando volvía el ayuda de cámara le entregaba indefectiblemente la contestación.

Si Rosario y don Miguelito salían alguna noche á dar una vuelta por Sevilla, volvían mucho antes de las doce, cenaban, y después de la cena, con el pretexto de ir á la acuñación de su moneda, don Miguelito se separaba de Rosario hasta el amanecer.

¿Qué hacía don Miguelito si no acuñaba?

Dirigir las operaciones de su gente en Sevilla para el ratereo, que era muy productivo, y recibir noticias de la gente de afuera y enviar las órdenes.

Don Miguelito era incansable; no quería separarse del oficio, porque el oficio producía bien.

Podía decirse que á más de ser avaro, tenía el vicio del robo.

Además de esto, teniendo la seguridad de que el padre de Milagros había de contestar negativamente á su pretensión, lo preparaba todo para cuando Milagros, desesperada, consintiese en que él la arrebatase del convento.

Era necesario preparar un plan, madurarle, hacerle perfecto.

Don Miguelito no quería en manera alguna penetrar en el convento; era, pues, necesario valerse de buena gente, de la de primera tijera, valiente, resuelta, inteligente, capaz de todo.

El tío Carcañales estaba encargado de buscar algunos tunantes para llevar á efecto el rapto cuando fuese necesario.

Se necesitaba además el plano del convento, y esto era una cuestión delicada.

¿Cómo procurárselo no pudiendo entrar en él? ¿Ni cómo intentar con fortuna el rapto de Milagros sin conocer el convento?

Se pensó en el tío Crisóstomo, el andadero; pero era necesario trabajarle, corromperle, volverle loco, porque una cosa era quo el tío Crisóstomo consintiese en ser el correo de cartas amorosas para una novicia, y otra que se prestase á introducir en el convento á nadie, ó á dar medios para que nadie pudiese introducirse.

El tío Carcañales se encargó de tentar el vado al tío Crisóstomo, y don Eusebio recibió la orden de llevar un día al tío Crisóstomo á beber y á comer al montañés del tío Carcañales.

De tal manera encariñó el tío Carcañales al tío Crisóstomo, que á los cuatro días el andadero no dejaba la ida por la venida. Por supuesto, desde el punto en que se cerraba el convento, esto es, desde las cinco y media de la tarde, porque durante el día, desde las siete de la mañana, el tío Crisóstomo pertenecía exclusivamente á las monjas, que no le dejaban parar un momento.

Muy pronto el tío Crisóstomo empezó á pervertirse, á estarse fuera de su cuchitril hasta las doce y la una de la noche.

En buenas manos había dado. El tío Carcañales le daba de comer y de beber de lo mejor, y le hacía ver gitanas y castellanas, que al pobre viejo le reverdecian la sangre y le volvian loco.

Aquel era un desórden contínuo, y el tío Crisóstomo aparecía traspillado, ojeroso, y casi casi no se podía tener de pié.

Aquellos magníficos cigarros, por los cuales el capellan de las monjas daba una peseta, abundaban.

Cuando le dejaba el tío Carcañales le tomaba don Eusebio, y si el tío Carcañales le desordenaba como dos, don Eusebio le desordenaba como doscientos.

Aquello era mortal para el pobre viejo, y se le iba volviendo visiblemente la cabeza. Pero el tío Carcañales y don Eusebio no se atrevian á hacerle la proposición grave.

El tío Crisóstomo era honrado á su manera.

Ya hemos dicho que él transigia con traer y llevar car-

tas para una novicia, porque decía: estas son simplezas; mientras no quieran que entren en el convento más que cartas, todo va bien.

El tío Crisóstomo era además inteligente, y como las monjas del Espíritu Santo eran muy ricas, si se le hubiera pedido sin más ni más el plano del convento ó la introducción en él de noche de uno ó algunos hombres, hubiera creido que se trataba de un robo: hasta tal punto no se podía contar todavía con el tío Crisóstomo, era necesario madurarle; pero el tío Carcañales y don Eusebio, no adelantaban cosa, ni el vino, ni los ojos de los gitanas servian de mucho más.

El tío Crisóstomo blasonaba siempre de que él era incapaz de faltarle á las buenas madres del Espíritu Santo, que le habían criado, como él decía, porque el tío Crisóstomo había nacido sesenta años antes en aquel aposento que ocupaba aun, donde su padre había nacido; y donde había muerto, así como su madre.

El convento de las dueñas del Espíritu Santo venía á ser la pátria del tío Crisóstomo. ¿Y cómo vender á su pátria?

Procurar que una novicia ricibiese cartas, era segun decía el tío Crisóstomo, servir á Dios, porque Dios, según decía él, quiere que todas sus esposas tengan vocación y nada mejor para probar lo verdadero de la vocación de una novicia, que rodearla de todas las tentaciones del mundo, puesto que si triunfa de ellas su vocación es perfecta; pero si al tío Crisóstomo le hubieran dicho procurase dar una carta á una monja, aunque la monja hubiese consentido en ello, el tío Crisóstomo se hubiera horrorizado y no hubiera habido cosa en el mundo que le hubiera obligado á una tal enormidad.

Ya se había tentado directamente el vado sobre esto al tío Crisóstomo acerca de una monja hermosísima que se llamaba la madre Piedad; no se habían aventurado nada más que indirectas, y el tío Crisóstomo se había puesto de uñas.

Así es, pues, que se tenía por casi imposible que el tío Crisóstomo consintiese en hacer lo que don Miguelito necesitaba hiciese; pero se le iba preparando; se resolvía y se ocupaba continuamente el alma del tío Crisóstomo.

El mismo don Miguelito le había abordado; pero había visto lo mismo que el tío Carcañales: una casi imposbilidad.

Don Miguelito pensó entonces en valerse de la Agustina, á quien seguía visitando desde poco tiempo después de su casamiento.

La Agustina le servía para emplear en gran parte el tiempo de las noches que Rosario creía consagraba don Miguelito á la acuñación de su oro, que era mucho.

La dirección de su banda ó de sus bandas, la de dentro y la de fuera, no ocupaba á don Miguelito más que una media hora cada noche; después se veía obligado á fastidiarse, porque don Miguelito estaba hastiado de jaleos.

Si había pretendido acostumbrar á Rosario á que pasase separado de ellas las noches, desde las doce hasta el amanecer, era porque tenía por seguro que sus negocios le obligarían alguna vez á pasar la noche fuera.

Tenía miedo á Rosario, y por otra parte la había asegurado que él se había retirado de todos sus negocios.

Rosario no podía cogerle en mentira, porque Rosario, pretendía espiarle, debía encontrarse con puertas cerradas, y el temor de ponerse en ridículo por los criados, debía impedirla también el meterse en investigaciones.

Además, y por si esto sobrevenía, Rosario estaba espiada por Piruétano, uno de los servidores más leales de don Miguelito; pero Rosario no era celosa, y se quedaba tranquila creyendo que don Miguelito se ocupaba únicamente, cuando estaba separada de ella, en la acuñación de su oro.

Tenía, pues, don Miguelito uua completa libertad nocturna; pero como no tenía en que emplear aquella libertad y se fastidiaba, á la segunda noche que se fastidió, pensó en Agustina, y dijo al tío Carcañales:

—A ver si le dice usted á la Agustina que mañana á la noche, á las doce, necesito que esté aquí.

Don Miguelito era el libertino de siempre, el hombre incorregible.

Enamorado hasta las entrañas de Rosario, su esclavo en cuerpo y en alma, no prescindía de Milagros, y empeñado por Milagros, la enérgica y abultada hermosura de la Agustina le era grata.

Agustina se alegró mucho de esto; pero fué necesario cubrir las apariencias, respecto al tío Tormenta, el marido más originalmente complaciente que podía darse.

Lo que sobre todo procuraba el tío Tormenta era mantener de una manera aparente su respetabilidad ante su mujer; pero se dejaba conducir, y no á ciegas, sino con los ojos bien abiertos, siempre que se guardasen las formas.

Aún no había acabado de recibir el recado de don Miguelito la Agustina, á quien se la había abierto el alma, porque á más de que don Miguelito era espléndido con ella, se había enamorado de él, cuando dijo á su marido, que iba á comer:

—No tienes vergüenza si no le rompes el alma al Petimetre.

—¿Pues qué ha hecho el Petimetre?—dijo el tío Tormenta poniendo cara de *requiem*.

—Nada, friolera, se ha entrado aquí como Pedro por su casa, sin ningunos respetos; y si no me pongo seria, me da una embestida.

—Pues espérate tú,—dijo el tío Tormenta,—que no va á tardar diez minutos el Petimetre en saber lo que es bueno. Pero comamos, que nada tiene que ver lo uno con lo otro; y además, que yendo bien comido y bien bebido, tendré más fuerza.

El tío Tormenta comió de la manera más tranquila del mundo, y con muy buen apetito. Enseguida se apretó la faja, echó un cigarro, lo encendió, se puso la capa y el sombrero, tomó su garrote, y dijo á Agustina:

—Descuida tú, mujer, que desde aquí hasta que se muera, si no es que se muere esta tarde, el Petimetre no se va á atrever ni á pasar siquiera por la calle.

El tío Tormenta se fué á una taberna inmediata murmurando:

—A la fuerza mi mujer necesita que á mí me metan en la cárcel; cuando ella lo necesita será para algo bueno. En saliendo de la cárcel la registraremos el arca, y siempre encontraremos algo. Vamos, ¿y cómo se habría atrevido el Petimetre á decir, ojos negros tienes, á mi mujer? Pero eso no le hace; como si hubiera sido.

Y el tío Tormenta se entró en la taberna.

—¿Está ahí el Petimetre?—preguntó al tabernero.

—Sí,—dijo éste,—ahí dentro está con unos amigos echando una mano.

El tío Tormenta se metió para adentro y no paró hasta que llegó al corral.

En el corral, sobre una manta, estaban jugando al cané diez ó doce hombres.

El que tiraba el cané era un muchacho como de veinticuatro á veinticinco años, grande y fornido.

Aquel era el Petimetre, y tenía trazas de ser muy hombre.

—Pues allá va un cané de nueve,—dijo el tío Tormenta arrojándose de improviso sobre el Petimetre, que estaba como los otros sentado en el suelo, y le cogió de un garrotazo desde el cogote hasta la rabadilla, de resultas de lo cual se armó inmediatamente un belen que no era para contado, sino para visto.

El Petimetre, en cuanto sintió aquella advertencia, que le había hecho hacer un movimiento de inclinación completamente á disgusto suyo, saltó sobre sus jarretes, metió mano, y se vino para el tío Tormenta.

—¿Y usted por qué me ha pegado á mí?—exclamó.—Ahora va usted á ver lo que es bueno.

—Pero el tío Tormenta la emprendió á garrotazos, no sólo con el Petimetre, sino con tres de sus amigos, que se habían puesto de una manera enérgica de su parte.

En cuanto á los otros, habían escapado; pero procurando llevarse entre las uñas algún cuarto de los que había sobre la manta.

Los naipes habían quedado esparcidos acá y allá.

Los cuatro pícaros acometían con las peores intenciones del mundo al tío Tormenta; pero este era una especie de Roldán, y no cesaba, esto es, su garrote estaba siempre, ya sobre éste, ya sobre el otro de sus acometedores, haciéndoles sacar el pecho hacia adelante, y dar traspieses, y danzar de lo lindo.

Y gracias á que el tío Tormenta, que sabía que estaba trabajando en beneficio de su mujer, lo que debía de redundar algo en beneficio suyo, no les tiraba á la cabeza, ni á los brazos, ni á las piernas, lo cual hubiera sido grave, porque hubiera producido muerte ó fractura, sino que con una ligereza, una agilidad y un tacto admirable les cogía los lomos y allí descargaba, no apretando, sin embargo, mucho la mano, porque si el bruto del tío Tormenta hubiera apretado todo su unto de muñeca, á los cuatro garrotazos no hubiera habido más que cuatro hombres reventados en tierra.

Podía decirse que el tío Tormenta se divertía.

Entre tanto, y desde el momento en que se había armado la culebra, el tabernero y la tabernera, y los que en la taberna había, habían dado á gritar y á llamar á voces á la justicia, alborotando el barrio.

Sobrevinieron amigos de la una y de la otra parte antes de que la justicia viniese, creció la pelea, cundió el escándalo, en fin, ¡la mar!

Y á todo esto, sin saberse por qué tenía lugar aquella desazón.

Acudió al fin el alcalde de barrio con algunos vecinos honrados, puso paz como pudo y se llevó á la cárcel al tío Tormenta y á otros seis ó siete.

—Vaya,—dijo el tío Tormenta cuando iba hacia el *estaribel*,—ya está complacida mi mujer.

—¡Pobrecillo!—dijo la Agustina cuando supo que á su marido le habían enchiquerado;—no sabe el pobre qué hacerse para darme gusto.

Aquella noche á las once se puso á peinarse, á lavarse, á hermosearse, sacó el fondo del arca, y á las doce entraba

en el montañés del tio Carcañales con más brío, y más trapos, y más aquel que un navío de tres puentes en el puerto de Cádiz.

Don Miguelito la esperaba.

La Agustina con el buen trato que había podido darse con el mejoramiento de sus negocios, se había puesto que no cabía en el pellejo, y relucía, y parecía muchísimo mejor.

Era una buena moza en toda la extensión de la palabra, con todo el lujo y toda la voluptuosidad de unas magníficas turgencias, llevando con mucho rumbo y mucha gracia sus sedas, sus blondas, sus faralares y sus alhajas.

—¡Jesucristo, y qué bendición!—exclamó el tío Carcañales;—se va usted poniendo de manera, comadre, que si sigue usted así, va á llegar un día en que en viéndola á usted se va uno á morir de repente. Vaya, entre usted adentro, niña, que ahí está el amo.

—Será su amo de usted,—dijo la Agustina,—porque yo no tengo más que criados. ¿entiende usted? Vaya, métase usted para adentro un cañaveral, que traigo sed.

Y se entró adentro.

—Vaya, buenas noches, niño,—dijo en cuanto vió al marqués,—¿sabes tú que ya está arreglado el negocio, chiquillo?

—¿Sí, mujer? ¿Pues qué negocio había que arreglar?

—¡Toma! guardar á mi marido un poquito, y ya está en la cárcel, porque si no, ¿cómo me había yo de arreglar para venir á buscarte de noche, corazón? Y ahora que es invierno, que no hay aquello de que él se vaya á torear por entre semana á los pueblos.

—¡Ay! Déjame que respire, Corralera, —dijo don Migue-

lito,—que en cuanto te he visto me has quitado el resuello.

—¡Mire usted el pendón!—exclamó la Agustina.—¿Y á qué mentira usted, hombre, si yo no sé lo que sería menester para quitarle á usted el resuello? Vaya, déjame en paz y no me mezas á mí, que tú eres un perdido y no te interesas por nadie

A tal grado de confianza habían llegado la Agustina y don Miguelito.

—Pues si yo no me interesara por tí, mujer, ¿á qué había de haberte dicho que vinieras á verme? Ya sabes tú que donde yo doy una patadita sale una moza que descompone la partida, más hermosa que un sol y muriéndose por mí.

—¿Como yo? Vaya, que te se quite á tí eso de la cabeza, *chaval.* Hombre, y no mientas, pues si te se están bailando los ojos.

—Entonces, ¿en qué quedamos? Tú te lo dices todo.

—Es que, la verdad,—dijo quitándose la mantilla la Agustina,—es que cuando te veo me mareo, y que cuando no te veo tengo ansias.

—¡Pues no faltaba más,—dijo don Miguelito,—sino que tú te hubieras enamorado de mí, chiquilla!

—Pues no lo digas dos veces, que sí que es verdad; que sin poder yo valerme, me has ido cogiendo, hasta que me has cogido del todo. Y mira que no es por el dinero que me das ni por las alhajas que me regalas, que aunque eso es bueno, lo otro es mejor. Ea, y vamos á beber, que antes de verte y con el sólo pensamiento de que venia á verte, me he puesto mala y tengo la boca amarga. ¡Ay, y qué poquitos se pueden alabar de haber puesto así á la Corralera! ¡Poquitos! Ninguno.

—¡Hombre! ¿Pues y Tormenta?

—Le he querido bien, sí señor, le he querido muy bien: ¿pero qué comparación hay? Ya ves tú, cuando se me ha puesto á mí en la cabeza ser marquesa, el querer que me habrá quedado á mí para Tormenta.

—¿Qué es lo que estás tú ahí diciendo, muchacha?—dijo don Miguelito.

La Agustina se inclinó hácia él le miró con sus grandes ojos negros, ardientes y adormecidos bajo la sombra de sus largas y espesas pestañas, y le dijo:

—¿Pues no te has quedado tú viudo, *chavó*?

Y al decir estas palabras, la Agustina estaba pálida, la temblaban las mejillas, sus ojos ardian de una manera amenazadora y enamorada á la par, y había en su boca algo de lo voraz y de lo espumoso de la de una fiera hambrienta.

Pero era aquello una hembra incitante, una hembra hechicera, una hembra de pasión; era el destino de don Miguelito enamorar de una manera mortal.

—Estaríamos bien,—dijo don Miguelito, ¡el marqués de Casa-Vaquera, casado en segundas nupcias con la viuda del tío Tormenta!

—Hombre, no seas material,—dijo Agustina,—que yo sé bien que no puede ser eso, porque en fin, porque no, pero en no teniendo tú más mujer que yo, yo soy la marquesa ¿qué más da?

—Para eso, chiquilla, sería menester que tú no tuvieses más hombre que yo, y eso no es verdad, ni lo será en mucho tiempo, porque Tormenta amenaza con vivir todavía un siglo.

—¿Y para qué es esto?—dijo la Agustina haciendo el ademan y el movimiento del que da una puñalada.

—Quítate allá muchacha,—dijo don Miguelito;—que le maté Dios que le ha criado.

—Hombre, pues me gusta,—dijo la Corralera,—no faltaba más sino que ahora te las vinieses echando de nuevas conmigo. ¡Cómo que no se yo que tú eres un buen mozo, *chavó*! ¿Si creerás tú que yo no tenga nariz?

—Y aunque eso fuera,—dijo sin alterarse don Miguelito. —crees tú que yo me iba á meter por tí en un compromiso inútil?

—De suerte, que cuando un hombre quiere á una mujer tiene celos, y si no tiene celos no la quiere, sin poner el que un hombre que quiere á una mujer, procura que esta mujer viva á gusto, y yo no puedo vivir á gusto viviendo con un hombre á quien no quiero desde que te quiero á tí. Mira que te lo digo de verdad, Miguelito, que, ya te ha caido que hacer si tú no me contentas á mí; porque mira, que yo, ni temo ni debo, que yo soy una vaca brava, hijo, y ya ves tú, á pesar de que mi marido es buen picador, no ha podido aplomarme al castigo, y se ha entregado el hombre, y si alguna vez me da una paliza, y eso era antes, era porque yo se lo consentía, porque tenía razón: pero desde que yo te quiero á tí, se ha acabado eso de que á mí me pegue, porque yo no me dejo pegar más que del hombre á quien quiero, y como no quiero á nadie más que á tí, nadie más que tú me puede pegar.

—Vaya, chiquilla, pues me alegro,—dijo don Miguelito corriendo el tiempo, porque veía que Agustina era peligrosa,—tú no me habías dicho eso hasta ahora.

—Porque eras casado hombre, porque eras casado, y porque desde que enviudaste esta es la primera vez que te hablo. ¿Conque sí? Conque despacharemos á Tormenta, ¿no es verdad? ¿Para qué se quieren estorbos?

—Vamos, mujer, que te se ponen unas cosas en la cabe-

za, que hay que tener mucha paciencia para no incomodarse. ¡Cuidado si es menester tener alma para decirle á un hombre, mata á mi marido!

—Yo no te digo que lo mates tú, ni mucho menos, yo no quiero que tú te comprometas; para eso me comprometería yo; pero mándale matar, hijo, que estoy segura de que á tí no te ha de faltar uno que sepa hacerlo.

Y la insistente mirada de Agustina era sombría, amenazadora y enamorada á la par.

—Válgame Dios, y qué alma tienes, mujer,—dijo don Miguelito.

—Á mí me ha hecho Dios para ser la prenda de un buen mozo, porque si no, no estoy á gusto. ¿Sabes tú por qué yo le hablé á Tormenta á pesar de que es viejo y feo, y por qué luego me casé con él? Porque era el hombre más valiente de Sevilla; pero á todo hay quien gane, y cuando yo te conocí á tí, sin haberte visto hacer nada, ni haberte oído decir que harías nada, he dicho para mí: «Este hombre es el hombre más valiente del mundo.» Y luego, cariño, como eres tan bonito, y tan zalamero, y tan tunante, ahí tienes tú, me has pegado fuego y no hay bomberos que valgan, y como tú no lo remedies, el fuego se va á comunicar en Sevilla; porque en sabiendo que yo sepa, hermanito, que tú miras á una mujer, ¡ay, madre mía del Carmen! En el cielo se va á oir el estrépito.

—Vaya, pues, bueno,—dijo don Miguelito, no se hable más, que eso que usted quiere, eso será; pero con reserva, fortunita, porque yo tengo muy buena reputación, y ya que tú me quieres, debes procurar que esa reputación no me falte, ¿entiendes tú?

—Sí que entiendo, y por mi parte descuida, que á mí no

me hace falta que me vean contigo, ni que me lleves colgada de la levita; con que tú me quieras con las ansias que yo te quiero á tí, y con que yo te vea todas las noches como ahora, estamos al corriente; pero no te olvides del pasaporte de Tormenta; mira tú que Tormenta no es de fiar, y que lo más que estará en la cárcel por lo que ha hecho hoy será quince días; como que no ha sido más que una paliza y á tunantes. ¡Ay, válgame Dios, Miguel, que sólo tú me podias haber metido esta tristeza en el corazon! ¡pero qué tristeza tan rica! vamos, yo no daría esta tristeza por todas las alegrias del mundo. Y qué alfiler tan bonito traes, chiquillo, ¿me lo das?

—Ya sabes tú que todo lo que tengo es tuyo; el alma, la vida, el corazón y el dinero. Toma, mujer, toma; y yo siento mucho que no sea mejor.

Sin embargo, el alfiler era de gran precio.

Agustina se lo puso en el cruce del pañuelo, y sonrió con toda su alma á don Miguelito.

—Oye, niño,—le dijo,—que no vayas tú á creer porque siempre te estoy pidiendo, que es que yo no te quiero más que por lo que me das, porque dime tú, hombre, ¿á quién le ha de pedir una mujer más que al hombre que la quiere?

—Pues por supuesto, chiquilla, y más que á mí me gusta que las mujeres vayan bien puestas y lleven alhajas. Con que no hay que hablar más, estamos de acuerdo: todas las noches desde las doce hasta el amanecer aquí.

—Y dí tú, corazón, ¿qué tienes tú que hacer antes de las doce de la noche?

—Mis negocios, en los que no tienes tú que meterte, porque yo no dejo que ninguna mujer se meta en los negocios míos; y esto te lo digo de una vez para siempre, y espero

que no me darás lugar á que te lo diga de otro modo, porque mira que yo no soy el tío Tormenta, y que yo no te tenderé la mano, porque ningún hombre bien nacido le pega á una mujer; para pegarle con razón á una mujer, es menester que esta mujer sea despreciable, y cuando una mujer es despreciable, lo mejor que se hace con ella es dejarla, que esto de una paliza hoy y hacer las paces, y otra paliza mañana y volver á hacer las paces, y llevarse así toda la vida entre paces y palizas, es de canallas, y yo no me he encanallado todavía, ni pienso encanallarme.

—Ya, tú no necesitas encanallarte, porque dispones de la canalla, Miguelito.

Y volvió á relucir la mirada sombría é intencionada, y al mismo tiempo amante en los ojos de la Agustina.

—¿Te ha contado alguien algún cuento de mí?—preguntó don Miguelito.

—Yo no necesito que nadie me cuente cuentos,—dijo Agustina,—porque me los cuento yo sola, y el cuento tuyo que yo me he contado es un cuento muy largo.

—Habla más bajo, Agustinilla,—dijo el marqués.

—Aquí no hay nadie que oiga, en un caso,—dijo Agustina,—más que el tío Carcañales, y el tío Carcañales sabe todo lo que tiene que saber. ¿Y qué más cuento que el estar tú tan metido con el tío Carcañales? Pues qué, ¿no sabemos aquí que el tío Carcañales es un ladrón y de los finos, y que si se necesita despachar á alguien, en andando el unto, el tio Carcañales sabe lo que hay que hacer para despacharle? ¿Y no he visto yo que el tío Carcañales te trata á tí como si fueras su capitán? Pues hombre, era menester estar ciega para no verlo. ¿Y crees tú que yo no sé que diciéndote esto me expongo? Pues mira, hijo mío, haz lo

que te diere la gana: si tú me quieres y crees lo que yo te quiero, te fiarás de mí, y si no me quieres harás que me despabilen para que yo no te estorbe ni te comprometa. ¿Y para qué quiero yo vivir si no me quieres tú?

Y volvió á arder aquella extraña mirada en los ojos de Agustina.

—Vaya, uno más en la compañía,—dijo don Miguelito.

—Uno más, no; la capitana, hermoso; y gracias, porque al fin te has declarado, hombre. ¡Ay, lo que te quiero, que se me van las entrañas detrás de tí, y á ningún hombre he querido como te quiero á tí!

—¡Ay, qué capitana tan rica!—dijo don Miguelito;—¡Y sin poder, que digamos!

—Con que yo soy la capitana, ¿no es verdad?—dijo la Corralera.

—Pues, por supuesto mujer, ¿dónde voy yo á buscar una compañera como tú, si me tienes á mí loco? Ya ves tú, apenas se ha muerto mi mujer, y ya te he buscado.

—Muchas gracias, chiquillo, no has hecho más que lo que yo merezco. ¿Con que yo soy la capitana?

—Yo no digo las cosas más que una vez.

—Pues á ser capitana. Porque, digo, á mí me parece que la capitana manda tanto como el capitán y el capitán tanto como la capitana.

—Pues por supuesto, mujer.

—Vamos á ver la verdad. Oiga usted, compadre, venga usted acá.

Apareció á poco el tío Carcañales restregándose los ojos.

—¿A qué vendrá eso,—dijo la Agustina,—si usted lo ha estado oyendo todo, hombre?

—¿Yo, señora Agustina, comadre? ¡Pues buena fama tengo yo con usted!

—Oiga usted, compadre, en cuanto mi marido salga de la cárcel, le envía usted al cementerio, con un recadito mío de que no le dejen salir, y que le cuiden bien.

—Comadre, mire usted que yo no conozco á nadie en el cementerio.

—Pues busque usted quien conozca y lo mismo da.

—Bueno, comadre, se hará todo lo posible.

—Pues no era más que eso, compadre; y ha de saber usted que á mí no me gusta mandar las cosas más que una vez. Con que bébase usted esa cañita á mi salud y váyase usted con Dios, que éste y yo tenemos que hablar.

El tío Carcañales se bebió la caña y salió murmurando:

—El marqués está dejado de la mano de Dios: las mujeres lo van á perder; y ésta... y que se ha enamorado de él, que sí; ya nos ha caido lo que nos hacía falta. Dios nos ampare; casi estaba por hacer la procesión del niño perdido. En fin, ya veremos; pero es menester andar con cuidado.

—Me alegro, chiquilla,—dijo don Miguelito,—de que tú hayas tenido tanto *pesqui* y me hayas visto; porque yo estoy muy á gusto contigo; porque sí, porque á más de ser una retereal hembra, tienes el corazón como á mí me gusta; y para que veas que yo obro contigo de buena fé, voy á decirte una cosa. Mira, es menester que me engañes y me vuelvas loco á un pobre diablo, con el cual no hay quien pueda; pero yo estoy seguro de que tu podrás con él; es menester que me lo marees, que me lo perviertas, porque si vieras, en esto va muchísimo dinero, más de lo que tú puedes figurarte; pero no se puede hacer nada, porque ese dinero está en un convento, ¿entiendes tú?

—¿Y qué convento es ese?—dijo la Agustina.

—Ese convento es el de las Dueñas del Espíritu Santo.

—De verdad que sí,—dijo Agustina;—que he oido yo decir que las monjas del Espíritu Santo tienen en su convento el oro á talegos.

—Pues bien,—dijo don Miguelito;—es necesario que esos talegos se nos vengan, y como no se han de venir solos y será necesario entrar por ellos, hay que tener el plano del convento, ¿entiendes tú? y ese plano no nos lo puede dar más que uno que entre en el convento, y ese uno es el tío Crisóstomo, el andadero, y es menester que tú te quedes con él. Agustina, y que le encarriles y que le saques el plano; que te metas, en fin, en la compañía, que eso á tí no te será difícil.

—¡Vaya!—Seria el primer hombre á quien no hubiera yo vuelto loco cuando me ha dado la gana,—dijo la Agustina.

—Mira que se trata de un viejo petaco y enmojado que en toda su vida ha querido á ninguna mujer.

—Aunque fuera un santo de yeso, hombre,—dijo la Agustina;—en queriendo yo...

—Pues eso vamos á verlo mañana mismo,—dijo don Miguelito;—tú ahora no tienes quien te impida entrar y salir, conque estudia tu plan y á ponerle por obra. No hay que habler más de eso; mañana tú me traerás la razon. ¡Ay, niña mía! ahora no quiero yo más que mirarme en tus ojos.

Don Miguelito salió del montañés al amanecer; pero la Agustina no salió hasta las nueve de la mañana, y bien almorzada, y bien peinada y bien compuesta.

No volvió á su casa, sino que se fué en derechura al convento de las Dueñas del Espíritu Santo.

Qué la importaba á ella que la envidiosas vecinas le dijeran á Tormenta, ó pensaran decirle, que mientras él había estado preso, ella apenas había parado en su casa?

La Agustina tenía la certidumbre de que al salir de la cárcel el tío Tormenta, no faltaría quien se enredase con él y le enviase al cementerio con un recadito para que le pusieran en buen sitio.

CAPÍTULO XXXV

Una Eva y un Adán de nueva especie.

El tío Crisóstomo había pasado muy mala noche.

Antes de que la Agustina fuese casa del tío Carcañales, el tío Crisóstomo se había atracado en ella de bogabante y de bocas y de manzanilla, y había cogido una borrachera y una indigestión, todo á un tiempo.

El pobre hombre parecía en las últimas.

La Agustina se metió en derechura en su cuchitril.

Al verla el tío Crisóstomo se sintió como reanimado.

Ya sabemos que la Agustina era muy incitante y muy simpática, y además iba muy bien puesta.

—¿En qué es en lo que hay que servir á usted, señora?

—Nada, hombre, nada,—dijo la Agustina;—es que pasaba por ahí, iba de prisa á un negocio, se me ha torcido un pie y me ha dado un dolor que no puedo tenerme; he visto esta puerta abierta y aquí me he metido.

—Vaya, pues ha hecho usted muy bien, señora,—repuso el tío Crisóstomo.

—Muchas gracias,—dijo la Agustina; pero yo quisiera que me hiciera usted un favor, porque este dolor me está matando.

—¿Y qué favor quiere usted que yo le haga, señora?—contestó el tío Crisóstomo, que miraba con delicia, tal vez por la primera vez en su vida, á una mujer.

—Pues vaya usted á la botica,—dijo la Agustina,—y tráigase usted dos reales ó una peseta de aguardiente alcanforado, á ver si con eso se pasa.

Y dió una onza al tío Crisóstomo, que abrió tanto ojo.

La Agustina, desde que había entrado en relaciones con don Miguelito, era mujer que no salía á la calle sin una docena de onzas en la faltriquera.

El tío Crisóstomo se fué á la botica inmediata, cerrando la puerta y echando la llave, porque no quería si sobrevenía alguien, viese en su cuarto una tan buena hembra.

Cuando volvió, se encontró con que la Agustina se había apoderado de su cama, y se quejaba dolorosamente.

Apenas entró el tío Crisóstomo, la Agustina se incorporó con trabajo, como quien se lastima al hacer un movimiento.

Se puso luego de pié, vacilando, y dijo al tío Crisóstomo:

—Vaya, hombre, sea usted más político y más amable; como no está usted acostumbrado más que á tratar monjas, no sabe usted cómo debe tratarse á las mujeres.

—¿Y qué quiere usted que yo haga, señora?—exclamó aturdido el tío Crisóstomo, que no quitaba ojo, y un ojo asombrado de la Agutina.

—Hombre, venga usted á que yo me agarre á usted para ir á sentarme á aquella silla y cuidar de mi pié.

—Pues si no puedo yo sostenerme á mí mismo,—exclamó el tío Crisóstomo;—si he pasado la noche más mala que pasa cristiano, una noche de perros; en fin, señora, agárrese usted; todo lo que puede ser, es que nos caigamos los dos.

La Agustina se agarró al tío Crísóstomo, pero cuidando de no hacerse muy pesada, porque comprendió que el tío Crisóstomo no podía tirar de su alma.

Llegaron así á una silla.

Se sentó en ella la Agustina, é inmediatamente se puso á descalzarse.

Cuando el tío Crisóstomo vió aquel pié tan blanco como el mármol, y tan bonito como el de una estátua griega, le dió tres saltos el corazón.

Esta cogía á Adán por el pié.

—Parece mentira que le duela á usted esa bendición de Dios,—dijo el tío Crisóstomo, que al fin era andaluz.

—¡Eh! ¿Qué?—dijo la Agustina con un acento ambíguo.

—Nada, señora,—continuó el tío Crisóstomo balbuceando;—que yo no he visto hasta ahora una cosa como esa.

—¿Usted tendrá una bayetita?

—Señora, yo tengo una almilla de bayeta encarnada; no puedo hacer más que hacerla pedazos para servir á usted.

—Vaya, pues ande usted, hombre, que esto me duele mucho.

Y seguía con su pié desnudo, y parte de su magnífica pierna, dejándola ver del tío Crisóstomo, que no sabía apartar los ojos.

Era un alma inocente que empezaba á pervertirse.

En buenas manos le había puesto don Miguelito.

El tío Crisóstomo abrió su arca, sacó su almilla, tomó unas tijeras y cortó el pedazo más grande que pudo.

—Ahora,—dijo la Agustina,—empape usten ese pedazo de bayeta en el aguardiente alcanforado; y démelo usted enseguida.

El tío Crisóstomo obedeció.

La Agustina se envolvió el pié con la bayeta.

—Ahora hace falta,—dijo,—una cintita para atarse esto.

—Señora, yo no tengo cinta.

—Pues vaya usted á la tienda por un par de varas; cinta ancha, ¿entiende usted?

—Sí, señora.

El tío Crisóstomo salió, y volvió á poco con la cinta.

La Agustina sè sujetó con ella la bayeta.

—Y diga usted, señora,—preguntó un poco asustado el tío Crisóstomo;—cómo vo usted á irse así, porque con la bayeta no le cabe á usted el zapato.

—Ni yo puedo andar, hombre; es menester que enseguida se vaya usted á alquilar un coche.

El tío Crisóstomo, que estaba temblando de que vieran en su casa á aquella buena moza y se lo dijeran á las monjas, salió cerrando la puerta, y como no podía correr y urgía concluir, se metió en una tienda de comestibles, y le dijo al mancebo:

—Sotilla, anda á escape, hijo, á donde tú sepas que hay un coche de alquiler, y traételo para que lleve á su casa á una señora que se ha puesto mala y está en mi cuarto.

El muchacho salió á escape.

—¿Conque esas tenemos ahora, tío Crisóstomo?—dijo la tendera;—¿conque usted tiene en su casa señoras enfermas?

—Calle usted, señora Brígida, que yo no sé quien es; se me ha metido allí de improviso: ¡y si viera usted que hermosa mujer es!

—Vamos, tío Crisóstomo, no sea usted malo; no vayan á enterarse las madres y le cueste á usted caro.

—Pues qué,—dijo el tío Crisóstomo,—¿no se pueden hacer obras de caridad?

—Según sean, tío Crisóstomo, según sean,—dijo la tendera.—Buena cosa me tenía usted guardada yo que le cría á usted un santo.

—Hombre, yo no soy un santo ni mucho menos, señora Brígida; pero soy un hombre de bien y temeroso de Dios como el que más, y por las mujeres bien sabe usted que yo no peco; ahora si se trata de una gotita y de un buen bocado, es diferente. Con esto no se ofende á Dios.

Y así continuaron, la tendera embromando al tio Crisóstomo, y el tío Crisóstomo defendiéndose con la inocencia de un niño. hasta que sobrevino Sotilla montado junto al mayoral, en la delantera de un coche de colleras.

Estos eran los únicos carruajes de alquiler que entonces había.

—¿Y en cuánto has ajustado el coche, Sotilla?—dijo el tío Crisóstomo.

—En tres duros,—contestó Sotilla.

—¡En tres duros, hombre! ¡pero tú estas loco! ¡si ese coche no tiene que servir más que para llevar una señora á su casa!

—Pues mire usted, dicen que ménos de tres duros no se engancha un coche.

—No, no señora,—dijo el mayoral asomando á la puerta,—un coche no se engancha por ménos de tres duros, ya sea para un cuarto de hora, ya para todo el día, porque calcule usted que van á alquilar el coche para todo el día, y no se puede alquilar por haberse alquilado por un cuarto de hora y se pierde la proporción.

—Vaya, hombre, bien,—dijo el tío Crisóstomo,—pues no había yo caído en eso: tome usted los tres duros y vamos andando.

—¿Y la propina, nostramo?—dijo el mayoral.

—Señora Brígida,—dijo el tío Crisóstomo,—échele usted una copa de aguardiente á este mocito.

—Vamos andando,—dijo el mayoral,—menos da una piedra.

Se bebió su copa de aguardiente, salió y montó en la delantera.

—Vaya, monte usted aquí, hombre,—dijo.

—Cá, no señor; yo no entro donde no me corresponde,—dijo el tío Crisóstomo;—venga usted detrás de mí.

Y el tío Crisóstomo echó á andar hacia el convento.

El coche iba á su paso, es decir, á paso de tortuga.

Llegó el tío Crisóstomo, abrió, y encontró á la Agustina quejándose á más y mejor.

—Yo estoy peor, mucho peor,—decía;—y esto me rabia; esto me va á dar que sentir.

—Pues mire usted, señora,—dijo el tio Crisóstomo;—en su casa estará usted mejor que en ninguna parte; y como ya está ahí el coche, le voy á usted á dar la cuenta para que se vaya usted cuanto antes, porque cuanto antes se aliviará usted.

—¡Vaya un hombre fino que me ha salido á mí esta mañana!—dijo la Agustina.

—Mire usted, señora,—contestó el tío Crisóstomo,—yo lo siento mucho, pero mi cuarto es tan delicado como el de una monja; y si las madres se enteran de que ha habido aquí una mujer, y una mujer tan hermosa como usted, voy á tener una desazón. Conque tome usted la cuenta. Mire

usted, dos reales y medio del aguardiente y de la cinta, y sesenta reales del coche.

—Déjese usted ahora de cuentas, hombre; métase usted esa media y ese zapatito en el bolsillo.

—¿Y á qué me he de meter yo eso en el bolsillo?—exclamó asombrado el tío Crisóstomo.

—Hombre porque me va usted á acompañar á mi casa. ¿Pues no ve usted como estoy, rabiando de dolor, y que me puede pasar cualquier cosa por el camino, darme un soponcio, por ejemplo? ¿Y qué había yo de hacer si no tenía quien cuidase de mí?

—Yo, señora, no puedo dejar el convento.

—Calle usted, hombre, que en el coche llegaremos pronto á mi casa, y así que lleguemos á mi casa, será distinto.

—¿Dónde vive usted, señora?

—En el barrio de San Bernardo.

—¡Anda, anda! ¡Una legua!

—Ande usted, hombre, no sea usted pesado, así acabaremos más pronto; guarde usted el zapato y la media, y deme usted la mano para que yo me pueda levantar.

—Todo sea por Dios,—exclamó el tío Crisóstomo:—en fin, con tal de que yo no tenga un disgusto...

Y guardó la media de seda y la liga bordada y el zapatito con galgas en un bolsillo de su chaqueta; y como pudo, ayudó á que se levantase á la Agustina, la llevó hasta el coche; la metieron en él el tío Crisóstomo y el mayoral, y el tío Crisóstomo cerró la puerta y volvió al coche y se zambulló en él á la desesperada, como quien ejecuta un grande atrevimiento.

—¿Y adónde vamos, señora?—dijo el mayoral.

La Agustina le dió las señas de su casa, y la pesada

máquina avanzó al trote con dos viejas mulas, ensordeciendo la calle con el estruendo de las campanillas y de las pesadas ruedas.

Cuande llegaron á casa de la Agustina, el mayoral dijo:

—Ea, pues queden ustedes con Dios, y salud y hasta la vista.

—¿Que es lo que está usted diciendo, hombre?—exclamó el tío Crisóstomo;—¿pues no se ha pagado el coche para todo el dia? Espérese usted, que no tengo yo necesidad de volver á pie al convento y echar tres horas y rendirme.

—Usted perdone, amigo,—contestó el mayoral,—que yo creí que usted se quedaba con la señora.

—Pues no señor, no me quedo, y que no vaya usted á irse en cuanto yo entre, pues como usted se vaya, le pongo á usted por justicia.

—¡Ni que fuéramos negritos!—dijo el mayoral.

La Agustina, que seguía apoyada mientras esta conversación, en el tío Crisóstomo, que se blandeaba, se metió con él en su casa.

—Vaya bueno,—dijo una de las vecinas que habían acudido al ruido del coche, no sabía yo que la Corralera había quedado para eso: buena manera de sentir el encierro del marido; esa mujer va á acabar mal.

Y las vecinas continuaron murmurando juntamente con el mayoral, que se había ido á hacer corro con ellas.

Entre tanto, la Agustina continuaba impresionando al pobre tío Crisóstomo, que no sabía ya á dónde tenía la cabeza.

Se había quitado la mantilla y el pañuelo, y se había quedado descotada.

Al tío Crisóstomo se le iba un sudor y se le venía otro.

Eva iba triunfando de Adán.

—Vaya, señora,—dijo el tío Crisóstomo,—sacando de su chaqueta un pañuelo de yerbas, donde tenía liado el cambio de la onza,—voy á darle á usted la cuenta.

—Déjese usted de cuentas, hombre,—dijo la señora Agustina,—guárdese usted lo que ha sobrado.

—Pero es que sobran doce duros y diez y siete reales y medio.

—Y eso que le hace, hombre, guárdeselos usted, que no acostumbro yo á que se me sirva de balde, y mucho menos, cuando me gustan como usted me gusta las personas que me sirven.

—Vaya, señora, pues muchas gracias,—dijo el tío Crisóstomo, que se había puesto encendido como un tomate;—pero eso de gustarle un viejo como yo....

—Cállese usted, hombre, cállese usted, que usted no sabe en lo que consiste el que á una mujer le guste un hombre: deje usted ahí las ligas, las medias y el zapato, y váyase usted, no vaya usted á tener un disgusto en el convento, que yo no quiero que le pase á usted nada malo por mí.

—Vaya, pues muchas gracias, señora,—dijo el tío Crisóstomo,—y agradecido hasta el alma.

—Oiga usted, amigo,—le dijo la Corralera,—¿á qué hora cierran el convento por la noche?

—Á las cinco y media.

—Bueno, pues dígame usted ahora dónde le espero yo á usted á las seis.

—¿Que dónde me espera usted á las seis, señora?—exclamó espantado el tío Crisóstomo.

—Vaya, hombre, sí, porque si yo no volviera á verlo á usted me daría algo; sea usted amable, hombre.

—¡Ay, señora, señora, que me va usted á perder á mí!

—¿Es que no quiere usted volver á verme, cristianito?

—¿Pues no he de querer volver á verla á usted, señora? ¡vaya! pues si me parece á mí que no la voy á olvidar á usted en todos los días de mi vida.

—Oiga usted, esta tarde á las seis estaré yo allí cerca del convento, en el montañés que hay en la esquina, á la derecha.

—Vamos, casa del tío Petate,—dijo el tío Crisóstomo.

—Yo no sé cómo se llama el montañés, pero he visto que allí hay un montañés. Conque hasta las seis. Yo estaré dentro, más allá de la trastienda.

—Y diga usted, señora, ¿para las seis de la tarde estará usted buena? ¿Podrá usted ir?—dijo maquinalmente, obedeciendo á su deseo el tío Crisóstomo, que temía que por la torcedura del pie no pudiese la Corralera asistir á la cita.

—Calle usted, hombre, que si no puedo ir á pie iré en coche, y si no encuentro coche me llevarán en brazos; en fin, que yo no faltaré; pero no se detenga usted, hijo mío, no vaya usted á tener un disgusto.

—Aunque lo tuviera, señora, por usted cualquier cosa, —dijo el tío Crisóstomo.—Con que quede usted con Dios, y hasta la noche.

—Hasta la noche, hijo mío.

El tío Crisóstomo salió asustado de sí mismo.

La Agustina se quedó murmurando:

—¡Válgame Dios, y qué cosas hace una mujer por el hombre á quien quiere, y sobre todo por el *parne!* Este mochuelo de viejo es cien veces peor que don Sinforoso: y ¡vaya si el alma mía me dará á mí el plano del convento! y hasta las entrañas, si yo quiero.

Y la Corralera se quitó la bayeta del pie, se lavó, se echó de nuevo, se puso el pañuelo y la mantilla, se salió á la calle despreciando á las vecinas, que estaban todavía en corros, y se fué á visitar comadres.

Se la caía la casa encima, y necesitaba distraer su impaciencia hasta que llegase la hora de volver á ver á don Miguelito.

CAPITULO XXXVI

De como si es bueno emborrachar á un hombre para usar de él, puede ser también muy malo.

A las diez de la noche, el tío Crisóstomo llamó á la puerta del montañés del tío Carcañales, que ya estaba cerrada.

El tío Carcañales abrió.

—Perdone usted,—le dijo el tío Crisóstomo,—si le he incomodado haciéndole abrir la puerta; he estado muy ocupado hasta ahora.

—Usted no me incomoda á mí, compadre,—dijo el tío Carcañales,—porque es usted un valiente sujeto, y me gusta usted mucho.

—Más vale así,—dijo el tío Crisóstomo;—ahora me quiere todo el mundo, y antes no me podía ver nadie, ni aun las monjas; esas no, ¡pobrecitas! esas me han tratado siempre bien.

—Vamos, entre usted y tomará usted una cañita y unas

aceitunitas, compadre,—dijo el tío Carcañales; ¿trae usted algo?

—Sí, señor, una carta de la señorita Milagros. Vamos, no merece la madre que yo la engañe de esta manera.

El tío Carcañales envió al momento al muchacho á la tienda por la carta.

—Y vamos, ¿qué es lo que á usted le pasa, compadre?—dijo poniendo sobre la mesa una bandeja con una docena de cañas y un plato con aceitunas.

—Oiga usted, tío Carcañales; ¿usted cree que el demonio puede tomar la figura de una mujer?

—¿Pues no lo he de creer compadre? Si creo más, si creo que todas las mujeres tienen los demonios metidos en el cuerpo.

—¡Ay, tío Carcañales! que yo no he conocido nunca á ninguna mujer como la que se me ha venido encima. Oiga usted, tío Carcañales, ¿usted cree que una mujer más hermosa que el sol y con más alma que todas las cosas, se puede enamorar de mí?

—¿Pues no lo he de creer, compadre, si yo, que soy sobre poco más ó ménos, un *pureta* como usted, estoy de buenas mozas hasta por encima de los pocos pelos que me quedan?

—Ya; pero eso es porque usted las obsequia, compadre.

—Oiga usted, en la vida me he gastado yo dinero con ninguna mujer más que con mi mujer; y eso es porque hay que calzarla y vestirla, porque si no, la calzaría y la vestiría el cura de la parroquia, y se tendría uno que aguantar por la buena.

—Ya, compadre; pero usted las da de comer y de beber hasta que se lo tientan, y oro es lo que oro vale. Pero en

vez de darle yo á esa moza, esa moza me da á mí; y si no, oiga usted cómo grillea.

Y el tío Crisóstomo se golpeó en el bolsillo del chaleco, haciendo sonar los duros que en él tenía.

—Pues eso es mejor, compadre,—dijo el tío Carcañales, que estaba en antecedentes y ponía lo que estaba de su parte para volver loco al tío Crisóstomo.

—Y usted no sabe; esta mañana se entró en mi casa porque se la torció un pie, y yo no sé lo que esa mujer vió en mí, que se enamoró. Si señor, no tengo duda de ello, se enamoró, y yo estoy que no veo ni sé lo que me pasa, porque esta es la primera vez que se enamora de mí una mujer. Mire usted cuándo se ha enamorado, á qué hora, cuando valgo ménos que una oblea. ¡Qué! hombre, si nadie sabe lo que son las mujeres.

—Compadre, á ellas les da la ventolera por cualquier cosa, y en dándoles la ventolera, el diablo que pueda con ellas. Además, que usted es un hombre como otro cualquiera.

—¿Qué soy un hombre como otro cualquiera, tío Carcañales?—dijo el tío Crisóstomo.—¡Si estoy agonizando! Y después de lo que me ha pasado esta noche; esta mañana pase; pero esta noche, usted no sabe qué ojos, qué manera de sonreirse, qué cosas, y que me ha convidado y se ha gastado conmigo cinco ó seis duros.

—¿Conque es rica?

—Yo creo que sí, tío Carcañales; á mí me parece que debe ser una carnicera de esas del barrio de San Bernardo, de las que apalean las onzas.

—Pues ¿á qué quiere usted más viña, tío Crisóstomo?

—Calle usted, hombre, calle usted, que esto me va á

costar á mí la vida; y si no mire usted la tos que me ha entrado, una tos perruna; yo no había querido nunca á ninguna mujer, y no sabía yo lo que yo era para querer. Calle usted, hombre, calle usted, que estoy asustado; dentro de cinco días me entierran.

—Hombre, pues no se nos vaya usted á morir tan pronto, que todavía hace usted falta en el mundo. Será necesario conocer á esa moza y decirla que lo trate á usted con más blandura, porque sería una lástima que á usted le sucediese una desgracia.

—Usted la conocerá, hombre, usted la conocerá, porque como yo necesito que usted me aconseje, porque yo en estas cosas de querer soy un niño, y para aconsejarme bien es preciso que usted la conozca, yo le he dicho que en vez de esperarme mañana casa del tio Petate, me espere aquí. Además, que yo no quiero estar con ella tan cerca del convento; no sea que por manos del pecado me vea algún vecino y le diga á las madres que yo estoy á deshora en un montañés con una buena moza.

—Pues compadre, usted puede disponer como quiera de mi casa,—dijo el tío Carcañales.

—Muchas gracias, amigo,—dijo el tío Crisóstomo;—cada dia estoy más agradecido del bien que usted me hace; pero mire usted, yo no puedo con mi alma y me voy á acostar.

—Sí, sí, vaya usted á dormir el susto, compadre,—dijo el tío Carcañales;—y cuando mañana conozcamos á esa moza, se le aconsejará á usted lealmente.

El tío Crisóstomo se fué á su tabuco, no así como quiera, sino verdaderamente enfermo.

La Corralera era mucha mujer, no ya para él, sino

para cualquier buen mozo, y le había tratado de lo lindo, le había envenenado el alma.

Había empezado á volverse loco.

Don Miguelito contaba con un gran instrumento en la Corralera.

Ésta trabajaba bien á aquel pobre demonio, como que se le había llenado el ojo con los talegos de onzas de las monjas del Espíritu Santo, de que don Miguelito le había hablado.

Además de que adoraba á don Miguelito, se creía adorada por él, y era capaz por él hasta de lo inconcebible.

Á las once llamaron de nuevo á la puerta del tío Carcañales.

Abrió éste y se encontró con Agustina.

—Sé que vengo temprano,—dijo,—y que Miguelito no vendrá hasta las doce ó doce y media; pero no me gusta andar ya tan tarde por la calle, y luego, que no sé qué hacerme esperando á una hora en que no se puede estar en ninguna parte.

—¿Quiere usted que entre tanto le sirva á usted algo, señora?

—No, hombre, no, porque para servir á Miguelito he estado mareando desde las seis hasta las diez á ese diablo de Sabandija de andadero, y no sé cuántas cosas he tomado.

—Sí, sí, ya ha estado él aquí,—dijo el tío Carcañales;—y me lo ha contado todo, y está asustado el hombre. ¡Válgame Dios! si no fuera por el respeto que la tengo á usted, porque al fin es usted nuestra capitana, yo la diría á usted una cosa.

—Pare usted la jaca, que ya sé lo que usted me quiere decir; ni tantos ni tan calvos, hombre; mucha ración de

vista, mucho palique, mirada va y mirada viene, y una sonrisa detrás de otra, y el hombre muriéndose. Cállese usted, hombre, que todos ustedes son iguales, los jóvenes y los viejos; como les guste á ustedes una mujer, y ella sea un poco larga, por tunante que sea el hombre, se ha quedado con él, lo vuelve tarumba y hace de él lo que quiere.

—Y tres menos cuartillo, señora,—dijo el tío Carcañales,—que obras son amores y no buenas razones, y el trasteo dura hasta que el bicho aprende y se va al bulto.

—Hombre, también eso es verdad; pero también es verdad que según es el bicho, así se le trastea, á no ser que se trate de un mal diestro.

—Vaya, señora; ¿y á usted la parece que va marchando el negocio?

—Ya lo creo, tío Carcañales; dentro de cuatro días á lo más, tenemos el plano del convento.

—Dios lo haga, señora,—dijo el tío Carcañales,—porque crea usted que hace mucha falta tener ese plano.

A las doce llegó don Miguelito, que se mostró tan complaciente y tan enamorado con la Agustina como si no hubiese querido á otra mujer en el mundo.

Rosario le creía siempre ocupado en la acuñación de moneda; no tenía motivo para desconfiar.

Don Miguelito aparecía trasportado por ella á una felicidad que era un éxtasis.

Rosario se encontraba en la misma situación respecto á don Miguelito; vivía soñando; para nada necesitaba el trato de las gentes; vivía oculta en la casa de don Miguelito, y sin embargo, aquella casa era para ella un edén.

Don Miguelito siguió mareando, enloqueciendo á la Corralera, y la Corralera tomó tan por su cuenta al tío Cri-

sóstomo, que á los cuatro días nadie le habría conocido; era otro hombre, se había pervertido completamente, estaba loco, y se creía joven y hermoso y fuerte, solamente porque se creía amado de una mujer, que para él era la más hermosa del mundo.

A la quinta noche de trasteo la Corralera le dijo·

—Mira tú, Crisostomillo, vamos á hablar de una cosa muy importante; tan importante, que si no se logra, ya puedes estar echando á andar, y olvidarme como si no me hubieras conocido.

—Como que vas tú á poder vivir sin tu Crisóstomo,—contestó el andadero, que estaba como siempre que iba á ver á la Agustina.

Esta, á los cinco minutos le ponía á medios pelos, al cuarto de hora á pelos enteros, á la media hora *barlú*; es decir, memo, tonto, con una embriaguez pesada, que le hacia ver las casas al revés, como que cuando se acercaba con algo el tío Carcañales, le parecia á Crisóstomo que el tío Carcañales andaba por el techo con la cabeza para abajo.

—Yo lo sentiré mucho el perderte, hijo mío,—dijo la Agustina,—porque el tiempo que estoy sin verte me sofoco, me dan fatigas y ánsias; pero no podré pasar por otro punto.

—¿Y qué es lo que hay que hacer, hermosa?—preguntó el tío Crisóstomo.—¿Qué es lo que yo no haré por tí? aunque fuera arrancarme el corazón. Pero me estás haciendo penar, cruel.

—Pues para que te se acaben las penas, hijo mío, es menester que hagas lo que yo te diga,—dijo la Agustina.

—Pues vamos á ver que es lo que hay que hacer, prenda mia.

—Pues mira, es menester que tú saques el plano del convento.

—¿El plano del convento? ¿Y qué es el plano del convento?

—¡Qué! ¿no sabes tú lo que es el plano de un convento ó de una casa? Pues es poner en un papel marcadas todas sus habitaciones.

—Pues no lo entiendo,—dijo el tio Crisóstomo.

—Vamos á ver, hombre, vamos á ver si lo entiendes. Tío Carcañales.

—Señora.

—Traiga usted un papel y un lápiz.

—Bueno,—dijo el tío Carcañales cuando recibió la órden,—ya estamos en la cosa.

Y llevó el papel y el lápiz.

—Mira,—dijo la Corralera,—lo que yo te voy á dibujar aquí son los suelos de las habitaciones, ¿entiendes tú?

—Si señor, sí que entiendo,—dijo el tío Crisóstomo.

La verdad era que no había entendido una palabra.

—Mira,—dijo la Corralera,—yo he estado en la portería; la portería es cuadrada, ¿no es verdad?

—Si señor que es cuadrada,—dijo el tío Crisóstomo.

La Corralera marcó un cuadrado en el papel.

—Vamos á ver,—dijo,—esto que yo señalo aquí en este lado, es la puerta que da á la calle; enfrente de la puerta, á la derecha, está el torno; aquí, ¿no es verdad?

—Sí, que sí—dijo el tío Crisóstomo.

—A este otro lado hay una escalerita de seis ó siete escalones con barandilla; mira, ¿es esto?

—Es verdad.

—En lo alto de esta escalerilla hay una puerta.

—Si señor, la puerta de los confesonarios; por ahí entran los confesores, y los confesonarios tienen además otra puerta á la calle á la derecha de la portería.

—Vamos, será esto,—dijo la Corralera marcando un pasadizo á la derecha del cuadrado.

—Eso es,—dijo el tío Crisóstomo;—sólo que hay otra escalera tambien de siete escalones.

—Bueno,—dijo la Corralera,—vamos á ver: ¿los confesonarios están en una habitacion?

—Sí, mujer; mira, es una habitacion que tiene unas tres varas de ancha; en la pared de enfrente á la puerta hay unas puertas que se tocan la una á la otra; cada puerta de esas es un confesonario.

—¿Y cuanto tiene de hondo cada una de esas puertas; quiero decir, lo que hay detrás de esas puertas.

—Así como una vara,—dijo el tío Crisóstomo; en cuanto cabe un sillon que está junto á un ventanillo que tiene una hoja de lata con agujeros.

—Bueno, hombre. ¿Y al otro lado?

—Al otro lado es lo mismo: otros cinco cuartitos muy chiquitines, con otras cinco puertas.

—Vamos, es esto, después una habitacion como la anterior; una cosa así, ¿no es verdad?

—Sí, mujer, mira, enfrente de las puertas de los cuartos donde se meten las monjas para confesar, hay un altar con una imágen muy hermosa de Nuestra Señora del Cármen y un retablo muy bueno.

—Eso no nos importa,—dijo la Corralera:—¿Dónde es la puerta por donde entran las monjas?

—Mira, aquí.

—¿Y á donde da esa puerta?

—A una crujía ancha que por un lado da á la sala de recibo que está más allá de la primera portería y por otra al cláustro.

—Bueno; supongamos que esta es la crujía.

—Si señora, eso es.

—Que éste es el cláustro.

—Sí señor, eso es; vaya, mujer, si parece que has estado tú en el convento.

—No, no he estado, porque no sé en qué parte están las escaleras.

—Pues mira, es muy sencillo; en saliendo tú de la crujía donde está la puerta de los confesonarios y en llegando al cláustro, tuerces á la izquierda y te encuentras frente por frente de las escaleras.

—Vamos, las escaleras estan aquí,—dijo la Corralera; pues supongamos que subimos estas escaleras, y que llegamos al cláustro alto: ¿dónde está la celda de la madre Purificación?

—Pues mira, en subiendo las escaleras, tiras á la izquierda y llegas á lo último de ese lado del claustro y te encuentras una puerta; esa es la puerta del coro: dejas esa puerta y tuerces á la derecha y cuentas una, dos, tres puertas; esa es la celda de la madre Purificacion.

La Corralera iba marcando á medida que le iba indicando el tío Crisóstomo; eso es, iba haciendo el plano ó la parte de plano que necesitaba del convento.

—Bueno,—dijo la Corralera,—esta es la puerta de la celda de la madre Purificación, que contando con la del coro, es la cuarta.

—Sí señor, eso es.

—¿Qué hay después de esta puerta?

—Un recibimiento, con una mesa á cada lado, con urnas que tienen imágenes.

—Eso no nos importa. El recibimiento es así, cuadrado, ¿no es verdad?

—Sí señor, cuadrado.

—Vamos á ver cuántas puertas hay en este recibimiento.

—Mira, aquí en el rincón, á la izquierda, una; esta es la puerta de la cocina.

—Bueno, vamos á otra cosa; ¿dónde hay otra puerta?

—Hay otra aquí á la derecha, que es la del cuarto de las doncellas.

—¿Cuántas doncellas son?

—Tres, porque la madre Purificación es rica; una para la cocina, otra para cuidar la ropa blanca, y otra para la limpieza.

—Aquí, al frente de la puerta por donde se entra, habrá otra puerta.

—Sí, mujer, la puerta de la sala, de una sala muy grande, muy bien puesta, con muchas imágenes y muchos cuadros y muchos primores, y con tres balcones muy grandes que dan sobre la huerta.

—Bueno; es esto, ¿no es verdad?

—Sí, mujer, sí.

—Vamos á ver, ¿qué puertas hay en esta sala?

—Mira; en entrando, en la misma pared donde está la puerta por donde se entra, hay dos puertas; la de la izquierda es la puerta del comedor, que tiene rejas al claustro alto y que tiene otra puerta, por la que se comunica con la cocina.

—Bueno en esta misma pared hay otra puerta á la derecha, ¿no es verdad?

—Sí, mujer.

—¿Y á dónde da esta puerta?

—A un cuarto donde la madre Purificación tiene la ropa blanco y los dulces, y yo no sé cuántas cosas más.

—Bueno, corriente,—dijo Agustina.—¿Y á las dos puntas del salón, qué hay?

—¡Toma! dos puertas muy grandes de cristales con cortinas blancas lisas.

—¿Y á dónde dan estas dos puertas?

—Mira, á dos dormitorios muy grandes, que tiene cada uno un balcón que da á la huerta.

—Vamos, es esto,—dijo la Corralera.

—Sí señor, eso es.

—Y dime tú ¿quién duerme en el dormitorio de la derecha?

—La madre Purificación

—¿Y en el de la izquierda?

—¡Ay! En el de la izquierda una novicia que me parece á mí qne no va á profesar: la señorita Milagros y una educanda: la señorita Carlota.

—Eso no nos importa,—dijo la Corralera, á quien se había guardado muy bien de decir Caparrota que á quien buscaba era no el dinero de las monjas, sino á Milagros.

—Y dime tú, ¿no hay en esta celda más habitaciones?

—Sí, mujer, sí; hay una habitación más, que es un cuartito, al que se entra por una puerta que hay en el dormitorio de la madre Purificación. ¡Ay, si tú supieras lo que hay en aquel cuartito, mujer!

—¿Pues qué hay en ese cuartito?

—Nada, friolera, un arca de hierro con cada talego de onzas de oro... Como la madre Purificación es la tesorera

del convento, y allí hay también un estante con unos librotes muy grandes, que son los libros de cuentas... Ya, ya hay para gastar coche y darse buena vida con lo que hay allí, porque los monjas del Espíritu Santo son tan ricas que no saben lo que tienen.

—Bueno, bien, pues muchas gracias, Crisostomillo,—dijo la Corralera, doblando el papel y guardándolo en el pecho.

Tenía ya el plano, todo lo que necesitaba, se podía seguir perfectamente el camino hasta el lugar donde estaba la caja del convento.

Lo repetimos, la Corralera no creía que se trataba de otra cosa.

La puerta de los confesonarios, que daba á la calle, se podía abrir fácilmeate por medio de una ganzúa, porque aquella puerta no podía cerrarse por dentro.

Después, era también muy fácil abrir un agujero, por el que cupiera una persona por cualquiera de los confesonarios.

Una vez hecho esto, se estaba dentro del convento.

—¿Sabes qúe tengo sueño, cariño?—dijo la Corralera,—¿y que me voy á mi casa?

—Mujer, todavía no han dado las ánimas,—dijo el tío Crisóstomo, á quien parecía siempre corto el tiempo que pasaba al lado de la Corralera.

—¿Qué quieres, hijo? Me he levantado esta mañana muy temprano, porque he tenido que ir á ver á mi marido en la cárcel, que me ha encargado que vaya á ver al escribano, y luego, como tu amor me tiene desvelada, he dormido muy poco. Conque á beber otra cañita, y hasta mañana, hijo mío.

—Como tú quieras, mujer; pero yo me estoy ahogando, y no pienso más sino en que tienes marido, que saldrá al fin de la cárcel, y cuando salga no nos podremos ver con la facilidad que ahora.

—Cállate, tonto,—dijo la Corralera,—que ya arreglaré yo eso. A más, que mi marido está enfermo del pecho de tanta divina caida como ha dado en el redondel, y ya escupe sangre, y el mejor día se muere. ¡Ay! Dios quiera que se muera pronto para que nos podamos casar, que mientras no nos casemos, hijo, no hay que pensar más que en querernos muy limpiamente; porque yo soy una mujer honrada. Ea, y quédate con Dios, tormento, y hasta mañana á las seis en este mismo sitio.

—¿No quieres que yo te acompañe, mujer?

—No, hombre, no; que como tú no puedes con el querer que tienes encima, para mover una pata tienes que pedir licencia á la otra, y llegaríamos á las tres de la mañana, y como te cansarías, mañana á estas horas no habías tú llegado al convento. Conque adiós: estate quieto, hombre, y bébete á mi salud otra media docenita de pares.

—Vaya, pues si se ha de ir usted, señora Agustina,—dijo el tío Carcañales,—eche usted á andar, que yo voy á cerrar ya.

—Pues andando,—dijo la Agustina,—Adiós, pimpollo, que sueñes esta noche conmigo, hijo.

—Que no me olvides tú, hermosa,—dijo el tío Crisóstomo.

La Agustina salió; pero en vez de tomar la calle adelante, se metió por el portal de la casa, y otra vez en el montañés y en una habitación distinta de aquella en que se dabía quedado el tío Crisóstomo, por la puerta que daba al portal.

—Vaya, tío Crisóstomo,—dijo el tío Carcañales,—no beba usted más, hombre, que ha comido usted mucho y está usted *piripi*, y le va á dar á usted un cólico como aquella noche de marras. Váyase usted á acostar y es mucho mejor.

—Pues dice usted bien, tío Carcañales,—dijo, trabucándosele ya las palabras, el tío Crisóstomo.—La cabeza se me va para atrás, y para adelante, y para la derecha, y para la izquierda, que no parece sino que tengo en ella plomo.

—Pues si bebe usted más se le va á poner á usted más pesada, y no va usted á poder volver á su casa.

—Tiene usted razón, tío Carcañales. Vaya, écheme usted á la calle, que por lo que veo, todavía puedo tenerme de pie.

El tío Crisóstomo salió y el tío Carcañales cerró la puerta; pero apenas el tío Crisóstomo había dado veinte pasos, cuando vaciló, resbaló y cayó cuan largo era, y no se levantó.

Le habia cogido la borrachera de firme, de tal modo, que no sintió el golpe, y apenas estuvo tendido, se durmió tan ricamente como si hubiera estado en un colchón de plumas.

Entre tanto, el tío Carcañales se había metido en el interior de su casa, y abriendo la puerta, decía á la Agustina:

—Vaya, venga usted acá, señora, que ese palomino atontado se ha ido ya. Me apostaría cualquier cosa á que se ha encontrado la cama antes de llegar á su casa, y que por mucho que estire la pierna, no encontrará el fin de la sábana. Vamos, el pobre diablo iba incapaz.

—Pero incapaz y todo, ha servido para lo que se le necesitaba, y muy ricamente, porque mañana no se acuerda de lo que ha hecho esta noche.

—Pero á usted se la pasó una cosa, señora Agustina,—dijo el tío Carcañales;—usted ha encontrado la entrada hasta los talegos, pero no ha buscado usted la salida.

—La salida ya se sabe cuál es,—dijo la Agustina:—la salida es por la huerta. Se escala la tapia por un lugar convenido, donde estén esperando algunos hombres. Si se fuera á entrar por la huerta, entonces sería necesario saber cuáles eran los balcones de la celda de la madre Purificación; pero como se saldrá por los balcones á la huerta, y allí habrá gente esperando y con las escalas dispuestas, no hay que pensar en más. ¿No es verdad, tío Carcañales, que para ser esta la primera vez que yo hago estas cosas, no lo he hecho mal? Será menester mucha torpeza para que equivoquen el camino.

—Eche usted, eche usted para acá, mi capitana,—dijo el tío Carcañales,—que no hay cosa que á mí más me recree que un plano que sirve para llegar á un cuartito donde hay una caja de hierro llena de talegos de onzas de oro. ¡Qué bendición, Señor! Vamos, vamos á ver si yo me he enterado, porque yo estaba oyendo allí desde detrás de la puerta.

La Corralera se sacó del seno, llena de satisfacción, su obra, y la desplegó sobre la mesa.

—Y esto ha salido barato,—dijo la Agustina.—Mire usted, una onza que yo gasté hace seis días, cuatro ó cinco duros en convidar á ese vejestorio casa del tío Petate, y lo que aquí hemos comido y bebido cinco noches.

—Eso no hay que ponerlo en cuenta,—dijo el tío Carcañales,—porque eso es de la casa y otros lo pagan.

—Entonces, - dijo la Corralera,—este plano no ha costado más que veitindós duros.

—Barato ha sido.

—Y mi paciencia en *jonjabar* á ese avechucho.

—Deje usted, mi capitana, que con la paciencia se alcanza el cielo, y cuando usted toque los taleguitos de onzas de oro de las Dueñas del Espíritu-Santo, se le olvidará á usted el poco trabajo que esto la ha costado. Pero vamos á ver, vamos á enterarnos. Sabe usted que el plano está muy retebien hecho y muy claro. Vamos á ver, esta es la puerta de los confesonarios, que da á la calle, clarito; deme usted el lápiz. Mire usted, esta línea de puntos que yo voy á hacer, es el camino que tienen que seguir los que entren. ¿Usted ve? se llega al primer confesonario: lo que parte de este confesonario para que el confesor esté de esta parte y la monja que confiesa de esta otra, debe ser un tabique sencillo; se quita la hojalata y el marquito de la ventana, y con la facilidad del mundo, y sin ruido; se abre un agujero por el que quepa una persona. Oiga usted; luego se sigue por aquí, se llega al claustro, se suben las escaleras, se tuerce á la izquierda, y luego á la derecha, y nos metemos por la cuarta puerta, contando con la del coro, que también hay que señalarla; porque conviene hacer la cosa cuando las monjas estén en el coro, y habrá que guardar la puerta, para que las monjas no puedan salir si sienten algo: nos metemos por la cuarta puerta y señalamos la puerta del cuarto de las doncellas, que es esta, por si se entran á otra hora y hay que ponerle el atraque á las doncellas, nos salimos, y continuamos nuestro camino metiéndonos en la sala.

Torcemos á la derecha llegamos al dormitorio de la monja, la atracamos en silencio ó la ahogamos, y en segui-

da destripamos con mucho primor el cofre de hierro, y vamos descolgando á la gente que estará en la huerta, los talegos; en seguida escapamos por el sitio de la tapia que se determine. Nada, nada, al reloj; esto está muy bien hecho, y no es menester nada más sino buscar la ocasión, el día y la hora. Yo por mí lo dejaría para el Jueves Santo, que ya está encima, mientras las tinieblas; que estará la comunidad y todas las señoras de piso y todas las criadas en el convento.

—Me parece bien, tío Carcañales; usted lo entiende; con tal de que no se metan en eso ni don Miguelito ni usted.

—Calle usted, que don Miguelito nunca se ha metido en estas cosas, que lo que ha hecho ha sido planearlo, y yo nunca he hecho otra cosa que buscar la gente para la ejecución. Vamos, yo no sé por qué esta noche me tarda más que venga el capitán. Va á tener una gran satisfacción, y de seguro que á usted la regala algo bueno, y se le dobla el cariño que á usted la tiene, aunque parece que no puede ser más, porque ya es pasión, delirio. Como que no me deja de la mano sobre que yo tenga preparados un par de pícaros para que en cuanto el tío Tormenta salga de la cárcel le armen una camorra y le maten.

—Tío Carcañales,—me decía esta mañana,—yo no había pensado nunca en casarme con la Agustina, porque me parecía una atrocidad; no por nada, sino por lo que podrían decir mis relaciones. Y mire usted, ya me importa poco lo que digan ó lo que no digan de mis relaciones, cuando me case con ella; yo no puedo pasar por otro punto; con que así á ver si se quitan de en medio los inconvenientes.

—¡Ay mi Miguel de mi alma!—dijo la Agustina.—¡Así le quiero yo tanto! Y es que se nos ha pegado al uno y al

otro el cariño que nos tenemos. ¡Jesús! á mí también me está tardando, que me parece que va á pasar una eternidad de aquí á las doce:

Pero llegaron las doce, y con las doce don Miguelito.

La Corralera se apresuró á enseñarle el plano.

—¡Calla!—dijo don Miguelito.—Pues no sabía yo que era capaz de hacer un plano tan bien hecho el andadero.

—Ese plano lo he hecho yo, hijo mío, por lo que el andadero me ha dicho.

—¿Tú, chiquilla?

—¡Pues vaya!—dijo la Corralera. Y es la primera vez que lo hago.

—Cuando digo yo que vales un mundo, niña, alma mía, —dijo don Miguelito.—Pero explícame.

La Corralera le hizo la explicación.

Cuando llegaron, siguiendo la línea de puntos, al cuarto donde estaba indicado el cofre de hierro, don Miguelito, dijo:

—Si este es un dormitorio, debe heber otro, porque estas monjas tienen siempro consigo educandas y novicias, y bueno es saberlo todo. ¿Ha dicho el andadero dónde duermen las educandas y las novicias de esta monja? Porque á ellas será necesario ponerles también el atraque.

—Pues mira, duermen aquí en este otro dormitorio una novicia y una educanda: la señorita Milagros y la señorita Carlota.

—Que te quemas, hembra,—dijo para sí el tío Carcañales.

—Tengo yo muy buena memoria,—dijo con una gran presunción la Agustina;—y esos son los dos nombres que dijo el andadero.

—¡Calla! ¡El andadero! Ahora caigo. ¿Si será él un borracho que está roncando, tendido á poca distancia de aquí? Yo venía distraído y por poco tropiezo con él.

—Su borrachera nos vale,—dijo la Agustina,—porque mañana no se acuerda ni de lo que ha dicho ni de lo que ha hecho.

—Con tal de que con la borrachera no haya dado mal las señas,—dijo don Miguelito.

—¡Quiá, no! Ese hombre está toda su vida en el convento,—dijo el tío Carcañales;—y durmiendo, y borracho, tratándose del convento no se equivoca él. Á más que el mismo plano está diciendo que es verdad.

—En fin, bueno,—dijo don Miguelito;—todo será un golpe en vago. Cuando se trata de un convento, no se puede tener fácilmente un plano perfecto de él.

Don Miguelito y la Corralera cenaron alegremente.

De sobremesa se constituyeron en consejo, por decirlo así, don Miguelito, la Corralera y el tío Carcañales; y se determinó que el golpe se diese el Jueves Santo, durante las Tinieblas, y se pensó en los que debían encargarse del trabajo.

Se habían recogido todos ya en el montañés, cuando acertó á pasar una ronda por la calle de la Mar, y se encontró al tío Crisóstomo, que con el frío de la noche se había libertado un tanto de la borrachera y empezaba á incorporarse, y daba cada bostezo que se oía de tres leguas.

El alcalde se le echó encima.

—¿Usted quién es, borracho?—le preguntó.

—Yo soy un hombre de bien,—contestó el tío Crisóstomo, con la lengua estropajosa;—y á mí no me llama nadie borracho, porque me lo como por sopa.

—No te coma á ti mal lobo,—dijo un alguacil.

Precisamente era aquella la ronda del teniente alcalde mayor.

—¿De dónde ha venido usted á este sitio?—le preguntó el teniente alcalde mayor.



—¡Toma! De obsequiar á mi moza, que es una real hembra, porque sí; y me voy á casar con ella cuando se muera su marido, que ya, á puras costaladas en el redondel, echa sangre por la boca; digo, escupe, lo mismo dá; está ético y va á *palmar*, y yo voy á casarme con ella.. con ella que me quiere mucho... sí, señor, que me quiere mucho porque yo soy muy retebonito y muy gracioso... y me la he comido el corazón.

Como se ve, la borrachera no le había hecho olvidarse de nada al tío Crisóstomo.

Los borrachos, en general se olvidan de lo que han hecho y de lo que han dicho durante su borrachera; pero hay algunos que de nada se acuerdan mejor que de lo que han dicho y de lo que han hecho mientras han estado borrachos.

—A ver,—dijo el teniente alcalde,—la carta de seguridad.

—Mire usted, señora justicia,—dijo el tío Crisóstomo,—yo tengo carta de seguridad; pero no la llevo encima, sino que la tengo en el convento porque... yo me llamo Crisóstomo Bericueto, y nací en el convento de las Dueñas del Espíritu-Santo... y allí nació mi padre... y allí mi abuelo, y yo creo que todos los Bericuetos hemos nacido allí, y que cuando se ha muerto el uno ha sido andadero el otro; conque si usía, señora justicía, quiere venir á mi cuarto, en el convento de las Dueñas del Espíritu-Santo, yo le enseñaré á usía mi carta de seguridad que la tengo en el cajon de mi mesa.

Y el tío Crisóstomo intentó levantarse; pero no pudo y fué necesario que le levantasen dos alguaciles.

—Llévenle en peso ó como se pueda á su cuarto en el convento de las Dueñas del Espíritu-Santo,—dijo el teniente alcalde mayor.

Cojieron por debajo de los brazos dos alguaciles al tío Crisóstomo y se emprendió la marcha.

CAPITULO XXXVII

De como algunas palabras de un borracho, pueden ser una revelación para la justicia

Por el camino, el teniente alcalde mayor tuvo una inspiración.

Ya sabemos que el teniente alcalde había concebido sospechas acerca de don Miguelito, y que como aquellas sospechas no había podido aclararlas, se había reservado y había llegado hasta parecer venal; pero el teniente alcalde, secretamente, había empezado á hacer una información acerca de don Miguelito.

La muerte de Patrocinio le había parecido un crímen, en vista del inmediato enlace sobre su reciente viudez, con otra mujer de quien estaba indudablemente enamorado y correspondido antes de que muriese Patrocinio.

Necesitaba conocer la verdadera moralidad el marqués, y retrocedió en sus investigaciones por la difunta, es decir, por Patrocinio.

Encontró muy pronto el misterio.

La muerte del alcalde mayor en la quinta de los Prados de una manera súbita; la desaparición de Jacinta y de Lola.

Retrocediendo más por Patrocino, llegó hasta su casamiento hecho sobre la muerte de su padre, y encontró que la muerte de aquel desgraciado había sido la consecuencia de la fuga de Patrocinio con don Miguelito.

Averiguando más, se encontró con que don Miguelito había tenido amores con Milagros, hija del conde de los Cabrales; que por consecuencia de estos amores el conde de los Cabrales había metido en el convento de las Dueñas del Espíritu-Santo á su hija Milagros.

El teniente alcalde mayor, al mismo tiempo que hacía en secreto estas averiguaciones, había mandado se vigilase al marqués, y muy pronto esta vigilancia dió por resultado el que teniente alcalde mayor supiese que desde hacía dos noches, iba á las doce al montañés de la calle de la Mar, del que era dueño un gitano que en otros tiempos había sido caballista, por la cual había extinguido una condena de diez años de presidio.

Supo asimismo que por las mañanas muy temprano don Miguelito salía del montañés con una buena moza, que continuaban algún tiempo juntos hasta Gradas, y que luego se separaban, volvía á su casa don Miguelito, y la buena moza se iba á la suya, que estaba en el barrio de San Bernardo.

Supo que esta moza era Agustina, la Corralera, mujer de historia, casada con el tío Tormenta el picador.

Ahora bien; con estos antecedentes, y habiendo encontrado en la calle del Mar, cerca del montañés del tío Carcañales, al andadero de las monjas del Espíritu-Santo, que tenía todas las trazas de imbécil, el teniente alcalde mayor

tomó acta de aquellas palabras que había dicho el tío Crisóstomo; esto es, que venía de obsequiar á una buena moza, con la que se iba á casar cuando muriese su marido, que estaba ético á fuerza de costaladas en el redondel.

Todos los sevillanos son toreros, y mucho más el teniente alcalde mayor, que presidía las corridas de toros.

Conocía, pues, á todos los toreros, y sabía que el picador Tormenta estaba algo resentido del pecho, y que había ocasiones en que escupía sangre.

El teniente alcalde dedujo, pues, en vista de estos antecedentes, que don Miguelito se valía de Agustina la Corralera para encalabrinar al andadero de las Dueñas del Espíritu-Santo, á fin de tener en él un medio para llegar al rapto de Milagros, ó por lo menos para entenderse con ella.

Como curial práctico, el teniente alcalde mayor había llegado paso á paso á la verdad; pero esta verdad no aparecía en los detalles: lo que aparecía, era infinitamente más sospechoso, el marqués de Casa-Vaquera, faltando á su dignidad, á sú educación, á lo que debía á su clase, frecuentaba, aunque recatadamente, bajos lugares, mantenía vergonzosas intrigas con mujeres perdidas, y se servía para sus citas con ellas, de la casa de un hombre que había estado diez años en presidio por ladrón.

¿Sería don Miguelito el jefe de los invisibles, ó por lo menos uno de ellos?

Tal vez.

Pero lo que hasta entonces había averiguado el teniente alcalde mayor, no pasaba de ser una intriga vergonzosa, que tenía tal vez por objeto el rapto de una novicia del convento de las Dueñas del Espíritu-Santo.

Esta premeditación era ya un delito; pero perseguir

este delito, era avisar al marqués de Casa-Vaquera y exponerse á no descubrir lo que tanto ansiaba descubrir el teniente alcalde mayor, esto es, á los pavorosos invisibles de Sevilla, á los que habían llenado á Sevilla de espanto.

El teniente alcalde mayor fué, pues, todavía prudente; se redujo á conducir á su habitáculo al tío Crisóstomo; á examinar su carta de seguridad, á echarle una reprimenda por su mala conducta, y á amenazarle con que si no se corregía le metería en la cárcel por la falta insistente de embriaguez, y daría conocimiento á las monjas para que le despidiesen.

Al solo temor de ser despedido por las madres, el tío Crisóstomo se echó á llorar, y perjuró que él no volvería á emborracharse; pero añadió que no dejaría de casarse con su Agustina en cuanto se muriera el tío Tormenta.

Por estas explícitas palabras, ya no había duda: el teniente alcalde mayor no se había engañado.

Guardó, sin embargo, reserva.

Echó una nueva reprimenda al tío Crisóstomo, y se retiró.

El tío Crisóstomo se acostó vestido, murmurando:

—Mire usted qué le importará á la justicia que yo me emborrache ó no; como si ella me pagara el vino. En fin, hay que agradecerla que me haya traido á mi casa.

Y tras estas palabras se durmió.

CAPITULO XXXVIII

Una representacion de comedia sin bastidores.

A la noche siguiente, en cuanto oscureció, el tío Crisóstomo dejó recatadamente su cuartucho, y se fué á casa del tío Carcañales.

Y decimos que dejó su habitacion recatadámente, porque de resultas de la borrachera de la noche anterior, había amanecido malo, no había podido dar su servicio en el convento, y había asustado á las buenas madres, que le enviaron inmediatamente su médico.

El médico conoció, como no podía ménos de conocer, la enfermedad del tío Crisóstomo; pero al médico tambien le gustaba un traguito, y por espíritu de confraternidad cubrió al andadero, y dijo á las monjas que lo que el tío Crisóstomo tenía eran los resultados de un cólico, que le obligaban á permanecer en la cama.

Las buenas madres le enviaron una mujer que cuidase de él, con carta blanca para todos los gastos que fuesen ne-

cesarios; pero ya por la tarde, como se hubiese restablecido de todo punto el tío Crisóstomo, dijo á la mujer que le asistía.

—Tía Candelas, usted se puede ir á su casa á cuidar de sus nietos, que á mí maldita la falta que me hace usted, aunque yo le agradezco á usted la buena compañía que me ha dado.

—Bueno,—dijo la tía Candelas.—Con tal de que usted diga mañana que yo he pasado aquí toda la noche, me voy; porque usted no sabe el cuidado que las madres tienen por usted.

—Dios se lo pague. Y descuide usted, tía Candelas,—dijo el tío Crisóstomo,—que con que se venga usted mañana por la mañanita muy temprano, todo se arregla, y yo diré que ha estado usted cuidándome toda la noche.

La tía Candelas se fué, y el tío Crisóstomo se trasladó cuanto deprisa pudo á la casa del tío Carcañales; pero se encontró con que no estaba allí su tormento.

Se sofocó el tío Crisóstomo.

—¿Está mala Agustinita?—preguntó.

—No, señor, no; gracias á Dios,—centestó el tío Carcañales;—no es más sino que la señora Agustina ha tenido que ir yo no sé á qué pueblo, á vender unas tierrecillas para arreglar con el arrendatario las cosas de su marido que se han puesto feas, porque resulta que de la palomaquia que el tío Tormenta dió el otro día, están si se van ó se vienen dos indíviduos. Y esto es ya serio, y hay que echarle polvo de oro al proceso, para enmendarle y quitarle toda la maletia que tiene contra el tío Tormenta.

—¡Hombre! ¿Y qué se le da á la Agustina de que á su marido se lo lleve el diablo?

—Yo no lo sé,—dijo el tío Carcañales,—yo no entiendo eso; ¡vaya usted á ver cómo piensan las mujeres! ¡Qué, compadre! El más lince con ellas es un topo; todas tienen la cabeza dada á componer; se las deja muy bien arregladas por la noche y por la mañana ya están descompuestas. Nada, las mujeres hay que mirarlas como pájaro de paso, y que la que no cae al primer cañonazo, dejarla. Créame usted, tío Crisóstomo, el que toma por lo serio las cosas de las mujeres está loco, porque ninguna tiene formalidad y no sabe vivir sino engañando al prójimo. Créame usted, tío Crisóstomo, quítese usted esa tontería de la cabeza, que usted no está ya para aperreos, y cuando usted quiera una cañita y algo más, véngase usted por aquí que se le servirá.

El tío Crisóstomo miraba con la boca abierta y los ojos espantados al tío Carcañales.

—Pero hombre,—dijo, pudiendo hablar apenas,—¿no ha dicho esa mujer á dónde iba para que se la pueda escribir?

—No señor, y si yo sé que se ha ido y para lo que se ha ido, es porque vino á que yo la diera la merienda para el viaje.

—¿Y no ha dicho cuánto tiempo estará ausente?—preguntó aun más y más asustado el tío Crisóstomo.

—No señor, no ha dicho nada.

—¿Y no ha dejado ningún recado para mí?

—Tampoco.

—¡Ay tío Carcañales, que yo me pongo malo!—exclamó el tío Crisóstomo;—¡que yo me voy á morir! ¡y después de la noche que yo pasé anoche y de haber andado en manos de la justicia! ¡esa mujer me va á matar á mí!

Y el tío Crisóstomo se dejó caer sobre una silla pálido, consternado, descompuesto, cubierto de sudor frío.

—Deje usted compadre—deje usted, que le voy á traer á usted una copita de aguardiente refinado á ver si usted se compone,—dijo el tío Carcañales, á quien había puesto en cuidado aquello que había acabado de decir el tío Crisóstomo de que la noche anterior había andado en manos de la justicia.

Trajo la copa de aguardiente el tío Carcañales, la bebió el tío Crisóstomo, y pareció como que se reponía un tanto.

—¿Pero qué fué lo que anoche le sucedió á usted, tío Crisóstomo?—dijo el tío Carcañales;—cuente usted, hombre, cuente usted, que ya sabe usted cuánto y cuánto yo por usted me intereso.

—¿Pues qué ha de haber sido, tío Carcañales?—dijo el tío Crisóstomo, sino que yo salí de aquí tan pesado y tan cargadito, que en cuanto anduve cuatro pasos dí con mi cuerpo en el santo suelo, y me dormí tan ricamente. Cuando desperté me encontré con una ronda encima, y no así como se quiera, sino con la ronda del teniente alcalde mayor.

—¡Atiza!—dijo el tío Carcañales.—Pues ya sé lo que á usted le ha pasado: que como el teniente alcalde mayor es tan duro y tan severo, le habrá metido á usted en la cárcel, habrá hecho que le metan á usted allí la cabeza en un cubo de agua, y no le habrán soltado á usted hasta esta mañana, y haciéndole á usted pagar una multa.

—Pues no señor, no ha pasado nada de eso,—dijo el tío Crisóstomo,—sino que el señor teniente alcalde mayor me ha llevado con mucho miramiento á mi casa, y se ha contentado con echarme un sermón de los buenos. ¡Qué, hombre! déjese usted de tonterías; por cruel y negro que sea un

alcalde mayor, no es tan cruel ni tan negro como una mujer ¡Ay, tío Carcañales, yo me voy á morir! ¡y cuando yo había nacido de nuevo, cuando apenas si tenía cinco días!

Y el tío Crisóstomo hizo un puchero y se echó á llorar.

—Vaya, hombre, vaya, no lo tome usted tan á pechos,—dijo el tío Carcañales,—que me está usted apretando el corazón y dándome un disgusto, porque no sabe usted el cariño que yo le he tomado á usted en esos cinco ó seis días que dice usted que tiene usted de edad.

Y el gitano hizo otro puchero y se puso á gimotear también.

Le había dado miedo el ver que al tío Crisóstomo no se le había olvidado lo que le había sucedido la noche anterior.

—Muchas gracias, tío Carcañales, por lo á pechos que toma usted mis cosas,—dijo el tío Crisóstomo,—es un consuelo el tener tan buenos amigos; pero no se atosigue usted por mí, compadre, que esto pasará, y si no pasa y yo me muero, mejor, descansaré, y tal día hará un año; á bien que yo no tengo ni padre, ni madre, ni perrito que me ladre.

—Calle usted, hombre,—dijo el tío Carcañales,—pues, ¿y la señora Agustina, qué va á ser de ella si usted se muere?

—¡Buena pieza está la señora Agustina!—dijo el tío Crisóstomo;—aunque yo no la hubiera conocido no lo hubiera hecho nada.

—Calle usted, hombre, calle usted,—dijo el tío Carcañales,—que usted no sabe lo que se dice, ó más bien, usted no me ha dejado acabar de decirle.

—Pues qué, ¿tenía usted algo que decirme?—exclamó reanimándose el tío Crisóstomo.

—Hombre, sí señor; usted no me ha dejado que le diga que la pobre mujer estaba que la ahogaban con un cabello, y que por todas partes la reventaban las lágrimas, y mire usted que eso no era por su marido, porque no puede ver á su marido, y está deseando que reviente y se lo lleve el diablo; y si ella hace lo que hace por su marido, es porque es una mujer muy de bien que cumple con su obligación, y si no me ha dejado ningún recado para usted, es porque sin duda, ó se le atragantaba el darle á usted una mala noticia, ó contaba con volver por aquí esta noche, porque mire usted que ahora caigo yo en que la señora Agustina me había dicho que ella tenía hacienda en un pueblecillo, á dos ó tres leguas de Sevilla, sólo que yo no me acuerdo de cómo se llama el tal pueblo.

—Pero, hombre; —dijo el tío Crisóstomo,—¿no conoce usted que eso no puede ser, que si la Agustina hubiera contado con volver esta noche, aunque hubiera sido algo tarde, si es capaz de atosigarse por mí, no tenía que atosigarse?

—Cállese usted, compadre, que las mujeres son muy exageradas para todas sus cosas cuando les da de veras, y las mujeres enamoradas, sólo el pensar en que se van á estar algun tiempo sin ver á su amor, las pone negras de miedo de que durante su ausencia otra les quite lo que ellas tanto quieren, porque no hay mujer á quien no se le figure que el hombre á quien ella quiere le van á querer todas. En fin, compadre, espérese usted un poco, que puede ser que cuando usted menos se cate, la señora Agustina se descuelgue por ahí.

—¡Ay, si Dios quisiera!—exclamó el tío Crisóstomo.

—Vaya, pues puede ser; mire usted, usted necesita de toda necesidad una taza de tila, y la tila nadie la sabe co-

cer y poner en punto como yo, me voy á la cocina, esto es, si se le puede dejar á usted solo, no vaya usted á entregarse á algún acto de desesperación.

—Descuide usted, tío Carcañales, que yo soy muy cristiano, y además que me ha consolado usted mucho.

—Pues nada, nada, compadre,—dijo el tío Carcañales; —yo voy á hacer la tila.

Y se fué.

—Mira tú, Piltrafa,—dijo á su galopín de cocina, que era un pillete muy listo,—tú te vas á ir al barrio de San Bernardo, y preguntas allí dónde vive la señora Agustina, la mujer del picador Tormenta.

—Espere usted, nostramo,—dijo Piltrafilla,—que me parece que están llamando á la puerta del portal.

—Deja, chiquillo, deja, que puede ser que esa sea la señora Agustina.

El tío Carcañales se fué á la puerta y la abrió.

En efecto, vió que era Agnstina; se puso inmediatamenun dedo en los labios, y haciendo un gesto de misterio y de prevención, indicó á Agustina le siguiese lo más silenciosamente posible.

Aquella maniobra sobresaltó á Agustina.

El tío Carcañales cerró muy quedito la puerta, como la había abierto, y echó á andar de puntillas.

La Agustina le siguió con el mismo recato que antes, y á cada momento más cuidadosa.

Cuando llegaron al cuarto más distante, Agustina le dijo:

—Pero acabe usted de hablar, hombre; ¿qué sucede?

—Se acuerda de todo,—dijo el tío Carcañales.

—¿Que se acuerda de todo?—dijo la Agustina.—¿Por

qué me dice usted eso? Vamos, hable usted, que me está usted dando tormento.

—Me alegro que haya usted venido.

—Sí, hombre, sí; no sabía qué hacerme; me aburría; ¿pero qué hay?

—Pue anoche recogió de la calle el teniente alcalde mayor, á ese hombre, y en vez de llevárselo á la cárcel para chapuzarle, como hace con todos los borrachos que encuentra le ha tratado con muchas consideraciones, y le ha llevado á su casa, y se ha contentado con echarle una peluca. Mire usted que esto puede tener rabo, que sabe Dios por dónde la borrachera del tío Crisóstomo puede cogernos. El capitán cree tener cogido y sujeto al teniente alcalde mayor, y yo maldito si me fío de la gente de justicia. Yo no sé lo que han hablado ó no han hablado el teniente alcalde mayor y el tío Crisóstomo, porque si no han hablado nada que nos importe, el preguntar yo al tío Crisóstomo qué era lo que había hablado con el teniente alcalde mayor, era dar lugar á que el tío Crisóstomo pudiera sospechar, y estas cosas son delicadas, y más que el hombre se ha puesto malo y medio muerto cuando le he dicho que usted se había ido, no se sabía dónde ni por cuánto tiempo.

—¡Válgame Dios,—dijo la Corralera,—y que tenga yo que sufrir todavía eso emplasto! ¿Y qué es lo que usted le ha dicho para estar acorde con usted?

El tío Carcañales dijo á la Corralera todo lo que había dicho al tío Crisóstomo.

—Vaya, pues bueno, compadre, tendremos paciencia por todo el tiempo que Dios quiera. Llévele usted la taza de tila á ese camello viejo, que yo voy á dar la vuelta, á entretener un poquito el tiempo y á presentarme de sopetón.

—Deje usted, señora, deje usted, que como se ha puesto usted tan hermosa con tanta gargantilla y tanto requilorio, para acabar de volverle el juicio al capitán, aunque yo creo que ya tiene todo el juicio perdido, ese hombre no va á creer que usted ha estado fuera de Sevilla, ó si lo cree, creerá que usted le estima muy poco, y que se ha entretenido usted en peinarse y en componerse.

—Válgame Dios hombre. ¿Y todavía eso? ¡Y con dos horas que he echado yo en peinarme y en componerme!

—Mire usted, señora Agustina, ¿no ha estado usted nunca en la comedia?

—Sí, señor.

—¿Y no ha visto usted que cada cómico se viste según la cosa que tiene que hacer, y que en poco ménos de dos horas cambian de vestido quince veces?

—Sí, señor.

—Pues, ¿y qué estamos nosotros haciendo más que una comedia?—dijo el gitano.—Mire usted, venga usted conmigo al cuarto de mi mujer, y mi mujer la desnudará á usted en dos periquetes, y la despeinará á usted, y la cogerá á usted el pelo para arriba, y la hará á usted una castaña, y como es del mismo empaque que usted, le dará á usted uno de sus vestidos de percal y un pantalón y un pañuelo para la cabeza, y una cesta con una botella, y una servilleta, y un cubierio, y algo sobrante de merienda; y así que esto esté hecho, que se puede hacer mientras yo cuezo la tila, que tardaré, se sale usted por la puerta de la tienda con todo el brío que usted pueda, como quien tiene deseo de volver á ver un tesoro que ha creído perdido, y haga usted lo que yo le digo, que importa mucho, que no sabemos lo que podemos tener debajo de los pies.

Aunque con disgusto, porque creía haber ya terminado definitivamente con el tío Crisóstomo, la Agustina se entregó á la mujer del tío Carcañales, que era una gitana muy lista, para que la trasformase, y el tío Carcañales mandó hacer á la cocinera una taza de tila.

Al cuarto de hora, su mujer fué á decirle que la señora Agustina estaba ya dispuesta.

—Vaya, pues que de la vuelta,—dijo el tío Carcañales á su mujer,—que yo voy á llevarle la tila á ese diablo de andadero.

Cuando llegó el iío Carcañales á la trastienda, se encontró al tío Crisóstomo sentado en un rincon, con las patas juntas y pegadas contra la silla, las manos cruzadas, caídas sobre las rodillas, y la cabeza inclinada sobre el pecho.

—¡Zape!—exclamó deteniéndose y dando un paso atrás el tío Carcañales.—Pues para parecer ese hombre un engarrotado, no le falta más que el saco amarillo, la cruz en las manos y la alfajía detrás. Malagüero. Vaya, tío Crisóstomo, hombre, añadió en voz alta,—despavílese usted que está usted en Sevilla. Mire usted: si he tardado, ha sido porque para hacer bien la tila, y para que aproveche, se necesita echar tiempo en hacerla, que esto es muy delicado.

—¡Ay; tío Carcañales! Deme usted, que yo me estoy muriendo,—dijo el tío Crisóstomo.

—Dspere usted. hombre, que se lo estoy enfriando á usted, que esto pela que rabia, y se va usted á abrasar el gaznate.

Y el tío Carcañales cuchareteaba en la taza para poner la tila en buen temple.

—Vamos ya está,—dijo presentande la taza al tío Crisóstomo,

—¡Tío Carcañales! ¡tío Carcañales! —dijo en aquel momento la voz de Agustina.

Tal y tan poderosa conmoción causó aquella voz en el tío Crisóstomo, que se levantó violentamente, y al levantarse, lanzó la taza, y la tila casi hirviente fué á dar en el rostro del tío Carcañales.

—¡Pues hasta maldita sea el alma del perro judío que me ha metido á mí en estos belenes!—exclamó el tío Carcañales soltando siete ú ocho blasfemias seguidas; pero nadie le oía.

El tío Crisóstomo se había lanzado al encuentro de Agustina, y entrambos estaban estrechamente abrazados.

—¡Todo sea por Dios!—dijo rehaciéndose el tío Carcañales después de haberse limpiado con el pañuelo la cara y después de haberse convencido de que no le había pasado nada más, que el sufrimiento pasajero del calórico que no había llegado á determinar una quemadura.

Y se agachó y recogió los tiestos del platillo y de la taza y la cucharilla, y se retiró murmurando:

—¡Por todas partes los malos agüeros! No, no, pues es menester hablarle muy clarito y muy neto al capitán, y si se empeña en ser imprudente, con tomar de suelas y largarse á tiempo á otra parte por la sombra, estamos al corriente.

—¡Ay pichoncito mío, pichoncito de mi alma!—decía la Agustina abrazando contra su voluminoso pecho al mísero andadero,—¡tú no sabes lo que yo he sufrido por tí!—¿Y tú, cordero? ¡Válgame Dios, hijito, y qué pálido y qué ojeroso que estás, vida mía, que no parece sino que te ha vomitado un lagarto.

—¡Ay entraña de mis entrañas!—exclamó el tío Crisós-

tomo,—¡que tú no sabes lo que yo he pasado, porque creí que me abandonabas; y ahora que te tengo en los brazos no sé lo que me sucede! ¡Ay! ¡ay, Dios mío, yo me voy á morir! ¿qué es esto? ¡yo me muero!

Y le dió una tal pataleta al tío Crisóstomo, que la Agustina creyó que se le moría entre las manos, y empezó á dar voces.

Acudieron la mujer del tío Carcañales, la cocinera, Piltrafa y Chancletilla, que era el muchazho del mostrador.

—A ver, que se hace con este demonio de hombre,—dijo laa Agustina,—que yo ya no puedo más, y quien se va á morir soy yo, porque esto no puede ser más *jartizo*. Vamos, hombre, yo voy á arrojar las entrañas por la boca del *fato* que me he echado cuando se ha abrazado á mí. Que lo aguante esto la Torre del Oro ó el moro Muza, que yo no puedo más. Todo lo que quieran ménos los resuellos. ¡Hombre, pues para morirse una en dos días!...

Si el desgraciado tío Crisóstomo oye estas palabras, en el mismo punto fenece á impulsos de la violencia del dolor; pero le había dado un verdadero soponcio, y no oía, ni veía, ni entendía.

Estaba medio tendido en un canapé que había en la trastienda, donde le había echado la Agustina.

—Hombre, tío Carcañales, por caridad,—dijo la Agustina;—tráigame usted un vaso de menta, de la más fuerte, que es aromática, porque á mí me va á dar algo; y luego, retuérzale usted el pescuezo á ese grajo, y échele usted al albañal, que nos deje en paz.

—¡Válgame Dios, y cuánta, y cuánta cosa!—dijo el tio Carcañales.—Fortuna que aqui somos todos unos y que no hay nadie de la calle.

Se equivocaba el tío Carcañales.

Pegado á una reja de la trastienda, que daba á la calle, mirando por entre una abertura del visillo y oyendo con toda su alma, estaba un agente de policía.

—A ver tú, Chancletilla, y tú, Piltrafa, si cargais con ese hombre y os lo llevais al último cuarto. Conténgase usted, señora Agustina, lo que pueda, qüe yo voy en seguida por la menta.

—Sí, hombre, sí vaya usted. ¡Jesús, qué fatiga!

Y la Corralera se sentó con desgana en una silla.

El tío Carcañales la trajo un cortadillo lleno de menta, que la Agustina se echó al cuerpo de un trago.

—Vamos, esto es ya diferente,—dijo algunos momentos después.—¡Caramba, con el amor del sacristamoche, y qué revolución le arma en el cuerpo y cómo le pone! Tío Car cañales, me parece que á ese va á ser menester darle la puntilla.

—Deje usted, señora, deje usted, que siempre ese es un asunto grave, y los asuntos graves es menester dejarlos para el último extremo; no vayamos, queriéndolo enmendar, á echarlo todo á perder; deje usted que le voy yo á meter á ese hombre en el cuerpo una mescolanza de rosa, ron y marrasquino que neutralizará el efecto; ya había yo conocido que *sundelaba* mal el mozo; pero yo no le había tenido, como usted, á tiro de nariz, gracias á Dios, y no me había hecho bien cargo; no sabía yo que tales efectos podía producir el amor en un cuerpo viejo. Vamos, ¿y cómo estamos?

—Ya pasó, tío Carcañales, ya pasó; pero hágame usted el favor de ir y pedir á su mujer de usted un abanico.

—¡Qué dice usted, señora Agustina? ¡un abanico con el frío que hace!

—Mire usted, pasará porque estoy sofocada y tengo calor; pero yo no vuelvo á hablar en todos los días de mi vida con ese hombre sino abanicándome.

—¡Ya! entendido: para cortar el mal viento.

—Pues sí señor, sí.

—Voy por el abanico.

El tío Crisóstomo volvió de nuevo en sí.

—¿Dónde está? ¿dónde está?—preguntó

—¿Dónde ha de estar? A ella también le ha dado un apretón de corazón, y por allá anda mi mujer cuidando de ella.

—¡Ay, cuanto nos adoramos, Señor!—exclamó el tío Crisóstomo.—Este es un amor que mata.

—Pues no lo diga usted dos veces, tío Crisóstomo,—dijo el tío Carcañales,-que según lo que ha sucedido, por poquito, á no ser por mí, no le cuesta á usted la vida el amor; pero, hombre, yo he estado al cuidado.

Muchas gracias, tío Carcañales, usted es mi padre.

—Y su tío de usted y su abuelo, y todo lo que usted quiera,—dijo el tío Carcañales;—pero á ver si se arregla usted, hombre, que á la otra la está arreglando mi mujer. Y mire usted como estará la pobre, cuando á mi mujer la ha pedido un abanico porque no puede con la sofocación que tiene. Deje usted, deje usted, que yo voy á ver si se ha mejorado ya para que venga aquí, que lo que es usted, compadre, no es usted el que por estas veinticuatro horas se levanta de la cama. Y cuide usted no sea que no pueda usted volver á levantarse, porque usted es de golpe y zumbido, ¡caramba, y qué alma que tiene usted, hombre!

—¿Pues qué, le parece á usted poco lo que yo he sufrido en algunos momentos? que se fué, que la perdí, que se vino, que la tengo. Esto ha sido un zamarreo como el de un le-

brel á un conejo. Compadre, yo creo que estoy partido por el espinazo.

—¡Que no fuera vernad, indino!—murmuró el tío Carcañales.

Y luego añadió en voz alta.

—Deje usted, hombre, deje usted, que voy á ver cómo está la señora Agustina.

En fin, después de no sabemos cuantos trabajos y cuantos incidentes grotescos, que sería difuso enumerar, como á las nueve de la noche, la Agustina, que no cesaba de abanicarse, y el tío Crisóstomo, pudieron hablar tranquilamente.

La Agustina se convenció de que no había cuidado alguno, de que el teniente alcalde mayor no había hecho ninguna pregunta, que tuviese ni aun asomo de gravedad, al tío Crísóstomo; y al fin allá á las diez y media de la noche Chancletilla y Piltrafa se llevaron á su casa al tío Crisóstomo, le acostaron y le arroparon.

Inmediatamente que el tío Crisóstomo se fué ó se le llevaron, la Agustina acabada la comedia, lo que ella creía, volvió á peinarse y á engalanarse para parecer más hermosa á su Miguelito.

Don Miguelito escuchó atentamente el relato que le hacia y acabó por decir:

—No, no hay cuidado: el teniente alcalde mayor está comprado, y además es mio; sin embargo, no seria malo que tú hicieras lo que pudieras, Agustina, para que ese amante tuyo que sin saberlo, te ha puesto de tal manera que te ha puesto á morir, no nos inspirara cuidado, ya que tiene tan buena memoria. Entiéndete tú con el tío Carcañales.

—Con tal de que esto fuera lo último, - dijo el gitano. —En fin, bueno; se hará lo que usted mande capitán, como siempre, bien hecho.

Asomaba pues otro crimen.

El tío Crisóstomo había servido para lo que se le necesitaba, inspiraba recelos y se le inutilizaba.

CAPITULO XXXIX

De como se estableció un nuevo conducto para la correspondencia de don Miguelito y de Milagros, y dió las boqueadas al pobre tío Crisóstomo.

A la noche siguiente, el tío Crisóstomo acudió al montañés del tío Carcañales en el momento en que se cerró el convento.

Por esta vez no tuvo que esperar á la Agustina. Le estaba ésta esperando, lo que aumentó incomesurablemente el amor y la locura del andadero.

La Corralera se abanicaba sin cesar; es decir, que estaba todavía sofocada, y esto inflamaba al tío Crisóstomo. Era claro que su Agustina no podía estar junto á él sin sudar y sin necesitar el abanico.

La Agustina estuvo con el pobre tío Crisóstomo más enamorada, más terrible que nunca, y le hizo beber de lo lindo.

A las diez y media se fué á su casa, y durmió admirablemente.

—¿Y el andadero?—preguntó don Miguelito cuando llegó á la media noche.

—Ya está,—dijo el tío Carcañales.

—¿Y como cuánto tiempo?—dijo don Miguelito.

—Cuatro ó cinco días.

—Vaya, bueno; tráiganos usted de cenar.

El montañés estaba cuidadosamente vigilado.

Pero no se notaba esta vigilancia.

Por la mañana, como siempre, los polizontes que estaban emboscados vieron salir, entre dos luces á don Miguelito y á la Agustina.

Llegaron juntos hablando cariñosamente, y llevándola don Miguelito del brazo hasta Gradas.

Despues se separaron, como los días anteriores, tomando cada cual para su casa.

El tío Crisóstomo despertó, como de costumbre, á las siete de la mañana, y sintió una laxitud delicada.

Se encontraba perfectamente,

Quiso levantarse, pero no pudo.

Aquella laxitud que de tal manera le halagaba, se lo impedía.

Le faltaban completamente las fuerzas.

—¡Oh, Dios mio!—exclamó el tío Crisóstomo;—eso es que ella con su amor me ha quitado la vida; yo estoy malo, y sin embargo, no me duele nada, pero no me puedo valer. Vamos, esto es que llevo ya tres ó cuatro borracheras seguidas, y el susto de anoche y la satisfaccion de anoche; verdaderamente, esto no hay cuerpo que lo resista. Pero pasará, á la fuerza, pasará. Yo soy muy feliz: el tío Tormenta, segun dice ella, está cada día más malo; ella dice que los médicos han dicho que ya no le queda de pulmon

más que un pedazo tamañito como una nuez, y que el día ménos pensado, mañana, pasado mañana ó el otro lo vomita y san se acabó. Si no fuera por las madres, que me van á echar de ménos, yo estoy muy bien; nunca he estado mejor, quitando lo de no tener prisa. Válgame Dios, señor; pero que tengan una poquita de paciencia las madres, que para eso las estoy sirviendo toda mi vida.

A las ocho de la mañana, hora que se abría el convento, el tío Crisóstomo debía presentarse á recibir órdenes y encargos, pero como no se presentó, las cuidadosas madres enviaron al momento la portera seglar de afuera, esto es, de la portería, á informarse de por qué no se había presentado el tío Crisóstomo.

La portera llegó á la puerta del cuarto del andadero, que saliendo del convento estaba á la izquierda.

Llegó y llamó.

Pero no la respondió nadie.

Y no fué que no respondió el tío Crisóstomo, sino que su voz era tan débil que la portera no la oyó.

El tío Crisóstomo comprendió demasiado que venian á informarse, y viendo que la portera, que le llamaba á grandes voces no le oía, quiso levantarse; pero no pudo.

La portera acabó de aterrarse.

Supuso que el tío Crisóstomo se había muerto, y fué á dar la alarma al convento.

La portera tuvo que servir de andadera, y una de las domésticas más viejas y de más confianza del convento la reemplazó en la primera portería.

Lo primero que la portera hizo fué llamar á un cerrajero que abrió la puerta.

Entraron y se encontraron con el tío Crisóstomo vivo;

pero diciendo que estaba muy malito á pesar de que no le dolia nada.

Todo consistia en que no podía moverse del lecho, y en que apenas podía echar el habla del cuerpo.

Se llevó este mensaje á las monjas, y se llamó apresuradamente al médico del convento.

Este examinó minuciosamente al tío Crisóstomo, y le interpeló pidiéndole antecedentes.

Pero el tío Crisóstomo guardó profundamente el secreto de sus desórdenes.

El médico le propinó un medicamento tónico, y se fué á decir á las madres que él, hablando con franqueza, no entendia la enfermedad del tío Crisóstomo, y que lo único que veia era una grave inanición; pero sin los síntomas que generalmente acompañan á esta especie de enfermedad.

Se afligieron de una manera indecible las monjas, porque no hay nada tan impresionable, tan ínmenso, tan puesto en todo, como una monja, y por el consejo del médico, y atendida la gravedad de la situación en que, segun él decia, se encontraba el tío Crisóstomo, se convino en una junta de facultativos.

Esta junta se quedó tan á oscuras acerca de la enfermedad del tío Crisóstomo, como se había quedado el médico del convento.

Pero declaró que la situación era gravísima, y que el enfermo se iba por la posta.

Afligiéronse las madres hasta un extremo incalculable, y se puso en movimiento á todos los médicos de Sevilla; pero todos ellos decian lo mismo.

No entendian la enfermedad.

Aquella era una inanición extraña, y el enfermo avanzaba á pasos ajigantados hácia la tumba

Por la noche, á la hora de cerrarse el convento, es decir, á la hora de ir á ver á su aderada Agustina, el tío Crisóstomo no sintió deseo alguno.

Decia contínuamente y con la voz cada vez más débil:

—Yo estoy muy bien, muy bien. esto es delicioso.

Las madres hicieron se quedase con el tío Crisóstomo el personal siguiente: la portera, el sacristan, dos doncellas, un médico y uno de los capellanes del convento, para que si era necesario, no faltasen á tiempo los auxilios espirituales al tío Crisóstomo.

En cuanto al tío Carcañales, ni aun siquiera había asomado las narices.

Sabía él bien en qué estado debía encontrarse el tío Crisóstomo.

Para él era cosa del dia siguiente ó del otro dia.

Por lo mismo, había tomado su medidas para que no faltase la correspondencia entre Milagros y don Miguelito, y había llamado á Eusebio, al que puso en antecedentes y al que dió dinero.

Ya hemos dicho que la primera portera, la portera seglar, una criada, en una palabra, había reemplazado interinamente al tío Crisóstomo, y debemos añadir que el sacristen recibió el encargo de desempeñar interinamente la andaderia desde que terminase su servicio en la iglesia; es decir, desde las diez de la mañana.

Este indivíduo tenía para las monjas el dulce nombre de Fabian; pero para sus amigos y comilitones es llamaba Ascua-viva.

Era cabo de gastadores de los voluntarios realistas, y

por consecuencia usaba toda la barba, que era rubia rojiza, cosa nunca vista en sacristan alguno, porque sabido es que los sacristanes no dejan un pelo en la cara que no se afeiten, y que sólo en los conventos de capuchinos los había barbados.

Las buenas madres pasaban por esta singularidad, porque al fin, si Fabian tenía aquellas barbazas, era por servir al rey lealmente, sosteniendo el órden público y la autoridad real de las tentativas impías, pecaminosas y horribles de los malditos liberales.

Ascuaviva era, pues, una persona mixta, entre eclesiástica y guerrera, y se daba un cierta importancia, sobre todo cuando se ponía la gorra de pelo y el mandil, y se echaba el serrucho al hombro.

Verdaderamente; un cabo de gastadores de voluntarios realistas era una persona importante, como que guiaba y podia guiar al combate por Dios y por el rey á un bravo batallón de pillastres descalzos, con el morrion de capacha echado hácia atrás, sujeto de las narices por las carrilleras, y con unos enormes pompones blancos y unas enormes casacas, los faldones de la mayor parte de las cuales arrastraban á causa de la gran talla de aquel batallón de héroes de la chancleta; voluntarios al fin.

Ascuaviva tenía muy malas costumbres, porque á causa de su importancía se creía autorizado para todo.

Nunca salia á la calle sin la gorra de cuartel.

En verano, en mangas de camisa, con la chaqueta echada sobre el hombro izquierdo y el sable con el tahalí colgando debajo del brazo, y en el invierno con una media capilla y el sable desenvainado debajo de la capa.

Ascuaviva, ó mejor dicho Fabian, desde la hora en que se abria el convento hasta que se cerraba, era el hombre de

conducta más irreprochable, el hipócrita más perfecto que podía darse; pero en cuanto se cerraba el convento, se operaba una trasformación.

Se iba de *tarama*, de taberna en taberna y de tienda en tienda, y no volvia sino á las dos ó las tres de la mañana, generalmente insoportable.

Su pobre mujer, que era una santa, se aguantaba y lo sufria todo, hasta las palizas, porque no echasen á Ascuaviva del convento, y le faltase el pan á sus hijos.

Por supuesto, que este pan no lo hubieran tenido, á no ser porque las Dueñas del Espíritu Santo daban de comer á casi todos sus dependientes, y especialmente al sacristan, porque tenía familia, y al andadero, porque andaba mucho, le daban alguna más racion y algun más plato, y pan á discreción.

La señora Higinia vestía y calzaba á sus pequeños con las labores y los primores que hacía para las monjas, y con las velas rizadas que vendía.

Y no estaba de todo mal, porque las monjas querian mucho á sus niños, y hasta tenía un cierto trapi lo la señora Higinia, entregado á la madre tesorera; de modo que Ascua viva disponía para sus vicios de su sueldo, del vino, de la oblea de la hostía, de la cera y de otras menudencias que robaba á ias monjas.

Eusebio, como que había andado tanto tiempo alrededor del convento, á causa de Carlota y de Milagros, conocía á todos los dependientes exteriores, y particularmente á la Higinia, porque como era buena moza, la había tentado el vado, pero de una manera tan discreta, que no quedó mal con ella, cuando se convenció de que sus pretensiones eran inútiles.

La señora Higinia, entre noche y mañana, despues de cerrarse el convento, y antes de abrirse, arreglaba todo lo perteneciente á su marido y á sus niños, y al aseo de la casa, y en cuanto se abría el convento se metía en él con sus niños, que eran pequeñitos, y se iba á trabajar á la celda de la madre comulgatera, que era muy madrina suya.

La madre maestra de novicias se complacía en hacer dar sus primeros pasos en el camino de su educacion á los niños de Higinia, y los pobrecitos jugaban que se las pelaban con las educanditas chicas, en la huerta, en las horas de asueto.

Higinia hubiera sido feliz, muy feliz, á no haber sido su marido un borracho y un vicioso.

A Higinia le sucedía lo que á todas las buenas madres les sucede; la mala conducta de su marido la inquietaba más por el porvenir de sus hijos que por ella misma.

Ella se había resignado.

¿Pero qué iba á ser de sus hijos si en una de las culebras que armaba á cada paso Ascuaviva le mataban á él ó mataba á alguno y le echaban á presidio?

No había que confiar mucho en el querer caprichoso de las monjas, é Higinia trabajaba cuanto podía para hacer un pequeño peculio y ponerle á ganancia, y ver de sacar adelante sus pequeñuelos.

El terreno estaba bien preparado.

La señora Higinia sabía que don Eusebio era primo de la señorita Carlota, y á más de eso, su novio, y que iba todos los domingos, presentado por el padre de Carlota á ver á ésta un momento en el recibimiento general, adonde Carlota bajaba con la madre Purificacion, poniéndose á tres varas de su primo.

Eusebio, pues, tenía un asidero para acometer á la señora Higinia.

¿Qué tenía de extraño que un novio quisiese ponerse en comunicación con su novia por medio de una correspondencia, y tanto más, cuanto que, como todo el mundo lo sabía en el convento, debían casarse en un breve término?

El mismo día en que anocheció tan descuidado el tío Crisóstomo, Eusebio se puso en acecho de la portería del convento, cerca de la hora en que ésta debía cerrarse.

Poco antes de que se cerrara, salió la Higinia, hermosota, sencilla, pero limpiamente vestida, con pañuelo en la cabeza, el niño más pequeño en brazos y el otro de la mano.

Eusebio la abordó al volver de la esquina, más allá de la cual, á lo largo de la iglesia, estaba la habitación del sacristán.

Eusebio había visto pasar poco antes á Ascuaviva con algunos amigos, y ya de broma.

No había, pues, peligro.

La sacristana estaba sola y la callejuela era solitaria, y la llenaba ya la sombra neutra del crepúsculo.

Eusebio avanzó.

Al sentir sus pasos apresurados, se sobresaltó Higinia.

—No se asuste usted, hija mía, que soy yo,—la dijo acercándose á ella.

—Vaya, buenas noches, don Eusebio; ¿y qué es lo que usted quiere?—exclamó con viveza Higinia.

—Descuide usted, hija mía; lo que yo quiero es que usted me ampare.

—¿Y en qué tengo yo que amparar á usted?

—Mire usted, hija, dos que se van á casar, y que se van

pronto, tienen muchas cosas que decirse, y ya sabe usted que la señorita Carlota y yo no nos podemos hablar ni una palabra. ¿Quisiera usted llevar cartas mías á la señorita Carlota y traerme contestaciones?

—Vamos, don Eusebio, yo no hago eso,—contestó Higinia.

—Usted no lo perderá, hija,—exclamó Eusebio,—y en prueba de ello, allá va esa media docena de onzas; y que no será esto solo; hágalo usted por sus hijitos que no tienen más padre que usted.

—Vaya, pues bueno,—exclamó Higinia, á la cual había dado un vuelco el corazón por el amor de sus hijos;—por mis hijos lo hago; y luego que como usted se va á casar pronto con la señorita Carlota, y es una cosa formal, nada tiene esto de particular, solo que yo no quería servir para estas cosas.

—Ya ve usted, que se trata de unos amores lícitos.

—Aunque eso sea, he dicho que sí y ya está. Pobrecitos hijos míos.

Y se guardó las seis onzas en el pecho.

—Pues mire usted, hija,—dijo Eusebio,—mañana á las ocho la esperaré á usted con mucha reserva, y la daré á usted una carta, y mañana á estas horas me traerá usted la contestación. Eso lo haremos siempre que sea menester, y por cada contestación que me traiga usted recibirá usted media onza.

—¡Jesús!—exclamó Higinia

—¿Se vuelve usted atrás?

—No señor, no, adelante: pobres hijos míos; pero mire usted que si viene usted con otro fin, que si esto no es más que engolosinarme á mí, y venirme con las tonterías de

marras, le tiro á usted el dinero á la cara y se lo digo á mi marido.

—Calle usted, hija, que aquello fué lo que usted dice, una tontería, ya se pasó.

—Bueno, si no se trata más que de la señorita Carlota, corriente.

Se había establecido ya de nuevo el correo, y de una manera más cómoda y más segura.

En cuanto al tío Crisóstomo, al día siguiente amaneció sin voz, pero con el semblante completamente tranquilo, como si hubiera estado muy á gusto.

Las sustancias líquidas que se le daban por medio de un conducto de plata, las devolvía inmediatamente.

En fin, dos días después, se extingió como una lámpara que se apaga, y los médicos se quedaron sin saber cual había sido la enfermedad del tío Crisóstomo.

A ninguno se le ocurrió la idea de que aquello podía haber sido un envenenamiento.

La ignorancia de los médicos, ó su cobardía por una parte, y por otra la tumba, han cubierto y seguirán cubriendo frecuentemente al crímen.

CAPITULO XL

De cómo fué el rapto de Milagros

Don Miguelito se había quedado tranquilo, y el tío Carcañales no veía tan desesperados los negocios después de la muerte del miserable andadero.

La justicia no podía saber nada por él, que había servido para todo lo que tenía que servir, puesto que había procurado el plano del convento.

Habían pasado algunos días y se acercaba la Semana Santa.

Era necesario concluir; y para concluir, esto es, para tomar una determinación decisiva, dirigirse al conde de los Cabrales, padre de Milagros.

Don Miguelito escribió, pues, al conde de los Cabrales una larga y respetuosísima carta, pidiéndole con todas las ánsias de su corazón, la mano de Milagros para cuando terminase su luto por Patrocinio.

No sabemos la dificultad en que don Miguelito se hubie-

ra visto, si el conde de los Cabrales, movido por su hija ó por la gran fortuna de don Miguelito, hubiera accedido á su demanda.

Pero el conde de los Cabrales era un hombre enérgico, terrible, y contestó completamente á gusto de don Miguelito con una carta biliosa, tremenda, llena de improperios y de desprecios, carta que concluía con estas frases:

«Antes de dártela á ti, se la daría al verdugo.»

Don Miguelito se alegró hasta el fondo de su alma, y escribió una carta impregnada de dureza, á Milagros, remitiéndola la carta que había recibido de su padre.

«—Nada podemos esperar ya, Milagros,—la decía;—el día de tu profesión se acerca, y tu padre será inflexible; te sacrificará: necesitamos, pues, tomar una resolución enérgica; y esta resolución no puede ser otra, sino la de sacarte yo del convento. Creo que tú pensarás como yo. Dímelo, á fin de que yo lo prepare todo.»

Don Miguelito creía que enloquecida, como lo estaba por él, Milagros, y en vista de la carta de su padre, se prestaría á ser robada.

Pero don Miguelito se engañó.

Milagros le respondió lo siguiente:

—«Tú eres el sólo causante de nuestra desgracia; nuestro casamiento fué fácil, pero tú preferiste á Patrocinio; yo te he perdonado, Miguel; yo te amo, yo te amaré siempre; pero yo no mataré á mi padre como Patrocinio mató al suyo. No me escribas más; es inútil; yo me resignó á la muerte que tú me has procurado, y profesaré sin resistencia cuando se cumpla el plazo. Adiós, y hasta la eternidad.»

Algunas lágrimas mojaban aun esta carta cuando la leyó don Miguelito.

Estas lágrimas sostuvieron aun su esperanza, y escribió de nuevo á Milagros.

Pero Carlota le devolvió la carta cerrada que Milagros no había querido recibir.

—¡Infierno!—exclamó don Miguelito,—cuéstome lo que me cueste ha de ser mia.

Era necesario prepararlo todo, penetrar en el convento y sacar de él á viva fuerza, si era necesario, á Milagros.

Don Miguelito intentó convencer á Milagros escribiéndola otras dos veces; pero Milagros acabó por decir á Carlota lo que la había dicho al principio, cuando no siendo aún viudo, le había escrito don Miguelito.

»—Tú darás lugar á que yo me queje á la superiora; yo no puedo aceptar sus proposiciones; yo le amo, moriré amándole, moriré pronto tal vez; pero te repito lo que ya te he dicho y lo que le he dicho á él: yo no mataré á mi padre como Patrocinio mató al suyo; no, yo no quiero que Dios me maldiga, como Dios ha maldecido á Patrocinio.

»—¿Pero no consideras,—insistía Carlota,—en que esta pasión desventurada te va á costar la vida? Estás pálida y enferma; para tí no hay más salvación que tu unión con Miguel. Si tú mueres, ¿no comprendes que este golpe terrible matará á tu padre?

»—No habré podido yo evitarlo.—decía Milagros;—será lo que Dios quiera.

No había, pues, medio, y Carlota escribió una larga carta á don Miguelito; aconsejándole recurriese á un medio extremo.

Don Miguelito se alegró de no tener que proponer á Carlota le ayudase para efectuar el rapto de Milagros, puesto que la misma Carlota se lo aconsejaba.

La escribió, pues, preguntándola si estaba dispuesta á servirle, á ayudarle.

» —Sí, á todo trance,—contestó Carlota.

Y no hacía esto Carlota porque don Miguelito la favoreciese dándola un dote para casarse con su primo Eusebio.

Carlota estaba ya fastidiada de su primo: á pesar de que no le veía más que los domingos durante algunos momentos, y en presencia de la madre Purificación, había acabado por hacérsele antipático.

La desfachatez, la obsoluta carencia de vergüenza, rebosaban de Eusebio, aun á pesar de que él pretendiese disimular su descaro.

Carlota se prestaba á servir á don Miguelito conmovida por la situación dolorosa en que se encontraba la pobre Milagros, á la que había cobrado un afecto de hermana.

El tío Carcañales andaba vuelto loco, buscando entre tantos tunantes como estaban afiliados en la grande compañía urbana, por decirlo así, de los invisibles, ocho que fueran completamente apropósito para aquel gravísimo negocio.

Porque no se trataba del escalamiento de una casa, donde todo el mundo duerme, sino de un convento, donde siempre hay monjas en vela, á causa de sus ejercicios y de sus devociones nocturnas.

Verdad es, que se había elegido el Jueves Santo, y la hora en que todo el personal del convento estuviese en el coro durante las tinieblas.

Don Miguelito no había expresado aún su plan al tío Carcañales; solo le había dicho que buscase ocho hombres decididos, valientes, serenos, ágiles, capaces de todo; y el tío Carcañales suponía que el escalamiento del convento debía hacerse en altas horas de la noche.

Por esto le parecían poco todos aquellos en quienes pensaba.

Las eminencias que la compañía había tenido, habían desaparecido.

Aquel Despabilador, muerto á mano airada había sido una pérdida irreparable.

El tío Carcañales era lo más apropósito para servir de cabeza en aquella peligrosa aventura; pero don Miguelito no le había mandado se encargase directamente de ella, y el tío Carcañales se aguantaba; dejaba pasar el compromiso, no se ofrecía, y buscaba á otros.

Al fin encontró ocho que le parecieron aceptables, y los citó para el Lunes Santo por la noche en su casa.

Entretanto el teniente alcalde no había podido ménos de reparar en la extraña muerte del pobre tío Crisóstomo.

—Otro que cae,—dijo.—Esa gente es astuta y pronta, y lo previene todo. Nada consigo con hacer se ejecute la autopsia del cadáver; dado caso de que se pruebe un envenenamiento, estoy seguro de que no se habrá comprometido directamente en él el marqués de Casa-Vaquera.

El teniente alcalde mayor tenía ya la convicción de que don Miguelito era el terrible jefe de los invisibles; pero la convicción moral de un juez no sirve de nada cuando no se tienen pruebas, ó por lo menos, gravísimos indicios de esos que pueden producir una semi-prueba.

Sólo le servía su convicción para buscar los indicios; por consecuencia, no sólo estaba vigilada la casa del tío Carcañales, sino que estaba vigilado también el convento del Espíritu-Santo.

Se había observado que Eusebio hablaba con Higinia por la mañana, antes de entrar Higinia en el convento, y al

cerrar de la noche cuando del convento salía Higinia; pero esto no era un asidero.

Por otra parte, Eusebio doba y tomaba las cartas de manera que no podía vérsele desde la calle, un tanto metido en la puerta de la habitación de la sacristía.

No tenía nada de extraño que una tan buena moza como Higinia lo era, tuviese un quebradero de cabeza, tanto más, cuando su marido era un perdido irresistible.

Se continuaba vigilando el convento; pero con cierta flojedad, porque no se sacaba nada en limpio.

Además de esto, nuestra policía desmaya cuando no obtiene pronto su resultado, y descuida fácilmente el servicio.

Bien es verdad que cuando hacía su servicio alrededor del convento ó de la casa del tío Carcañales, lo hacía admirablemente, puesto que ni el tío Carcañales, ni don Miguelito, que eran dos linces, se habían apercibido de aquella vigilancia.

Llegó al fin el Lunes Santo.

No se podía tener la reunión casa del tío Carcañales, porque desde que oscurecía, la Agustina, que estaba cada día más enamorada de don Miguelito, se plantaba en la tienda, y de allí no salía hasta el amanecer, en que don Miguelito la sacaba de casa del tío Carcañales para acompañarla hasta Gradas.

Esto probaba dos cosas: primero, que Rosario seguía creyendo en lo de la acuñación de la moneda; segundo, que el tío Tormenta continuaba preso.

Don Sinforoso, que no le podía ver, había agravado la causa; y la Agustina, que seguía engañando á don Sinforoso, para lo que pudiese convenir, le excitaba para que pro-

longase la prisión de su marido y le armase una cantera á ver si le enviaban á presidio.

En presidio era fácil encontrar un desesperado que por dinero despachase al tío Tormenta, dándole un jicarazo de una manera segura y secreta.

La Agustina no quería que su marido saliese á la calle ni por un solo momento.

La reunión de los ocho pícaros con don Miguelito y con el tío Carcañales se hizo en Triana en casa de un pariente del tío Carcañales, que para dejar completamente libre la casa, se fué con su familia á Lebrija, dando las llaves al tío Carcañales.

La policía no vigiló esta reunión, porque don Miguelito no fué al montañés, sino directamente desde su casa á la casa del pariente del tío Carcañales, en Triana, y el tío Carcañales había salido aquella tarde y no había vuelto.

Al oscurecer empezaron á llegar los ocho citados á la casa en cuestión, y para estar más seguros de hablar con más libertad, el tío Carcañales se los llevó al sótano.

Allí había una mesa, diez sillas, vino de largo, y fiambres, especialmente huevas de bonito, que llaman mucho la bebida.

Don Miguelito estaba vestido á lo jaque, y tenía un aspecto que metía miedo.

Era un verdadero capitán de bandidos.

Toda aquella gente le conocía, y no diremos que le respetaba: era más que esto, le temblaba.

Cuando todos estuvieron reunidos, y los bajó al sótano el tío Carcañales, don Miguelito, que estaba en el sótano, dijo al tío Carcañales:

—Eche usted vino á la gente, y deles usted cigarros, y que beban, y coman, y se despabilen.

—Buenas noches, señor marqués,—habían dicho todos al entrar, y se habían quedado en silencio por respeto.

Cuando hubieron bebido la segunda caña, y comido la segunda hueva de bonito, Caparrota les dijo:

—Hace un siglo que no se os emplea en ningún empeño de honra, muchachos, y ya sé que estais disgustados, porque sois buena gente. Alegraos, porque lo que se prepara es de honra y provecho. El provecho vais á tenerlo enseguida; la honra la ganaréis el Jueves Santo. A ver, tío Carcañales, deles usted á cada uno de estos muchachos doce onzas y media.

El tío Carcañales fué á una pequeña cesta que estaba en el suelo, la tomó, y fué poniendo delante de cada uno de aquellos extraños comensales un cartucho muy bien hecho con papel azul.

—Muchas gracias, señor marqués,—dijeron todos.

Y se guardaron los cartuchos.

—Vamos ahora á lo que hay que hacer,—dijo don Miguelito.—Saque usted el plano, tío Carcañales.

El tío Carcañales sacó el mismo plano que había hecho Agustina.

—¿Quién es el que va á ser cabeza de los cuatro que entren por la puerta de los confesonarios?

—El Nene,—dijo el tío Carcañales.

—Servidor de vuecencia, señor marqués,—contestó un muchachote moreno, de grandes patillas, y ojos negros y atravesados.

—Pues bien; vamos á ver si á tí es menester explicarte un plano,—dijo Caparrota.

—Si el plano está bien hecho, señor marqués,—dijo el Nene,—él mismo se explica.

—Pues bueno, echa ahí los *clisos*,—dijo el marqués.

—Bueno, exclamó el Nene.—Mire vuecencia, por aquí se entra, se sube una escalera de siete escalones, y se entra en este cuarto. Aquí yo me paro, porque no sé qué es esto, que parecen pesebres por un lado. y por otro con una raya en medio, que debe ser un tabique.

—Eso que tú llamas pesebre, Nene,—dijo don Miguelito,—son los confesonarios por un lado y por otro: en este lado se ponen los confesores, y en el otro las monjas.

—¡Ya! pues entonces, ya sé; hay que abrir un agujero: probablemente esto será un tabique: ya sé yo cómo son estos confesonarios; tienen una rejilla muy espesa, de hierro, ó una hoja de lata con agujeros. Descuide vuecencia, señor marqués, que cuando nosotros estemos dentro y encerrados los cuatro, con la herramienta que llevaremos, en media hora, y sin hacer ruido, abriremos un boquete por donde podamos pasar. Ya veo aquí la puerta por donde se sale de los confesonarios, y el sitio por donde se va hacia las escaleras, y en subiéndolas por donde se va á esta puerta. ¿Se deja esta puerta, señor marqués, ó se siguen los puntos adelante?

—No, señor; se entra por esa puerta, que es la cancela del coro.

—¿Del coro, señor marqués?—preguntó el tío Carcañales:—¿Pues tienen estos que traerse el facistol?

—No; lo que tienen que traerse estos es una novicia, que tocará el órgano.

—¿Y cuándo va á ser eso, señor marqués?—preguntó el tío Carcañales.

—El Jueves Santo, á primera hora de la noche, durante la tinieblas.

—Pero, señor marqués,—dijo el tío Carcañales,—yo no sé que se toque el órgano en Jueves Santo.

—En este convento sí, porque tienen privilegio.

—¡Ah, ya! es que yo no sabia lo del privilegio.

—Pues estudiarlo, compadre.

—La verdad es, señor marqués, que yo no sé si se toca ó no se toca el Jueves Santo el órgano.

—Pues entonces, déjese usted de tonterias, tío Carcañales, y no interrumpa usted; á mí me consta de buena tinta que la señorita Milagros estará tocando el órgano esa noche; toda la comunidad y las señoras de piso, y las educandas, y las doncellas, estarán en el coro.

—¿Y hay que entrar en el coro, señor marqués?—dijo el Nene.

—¿Te da miedo?

—No, no, señor marqués, es que pregunto si es menester entrar.

—Sí, hombre, sí, teneis que entrar los cuatro; pero con recato. Tú, Nene, entreabres la cancela y miras al órgano, y *filas* bien la señorita que esté tocando; digo, la novicia; será una jóven de diez y seis á diez y siete años, blanca, muy hermosa, con los ojos azules, alta, muy buena moza.

—Muy bien, señor marqués.

—Cuando te hayas enterado bien, abres la puerta, y no entras, sino que cierras la puerta de la cancela de manera que dé un portazo, y vuelves á atisbar, y en cuanto veas que se arma un alboroto muy grande, te metes dentro del coro con los otros tres, arremetes á la novicia que te he dicho, á la organista, te sales del coro y tomas á la izquierda, y siguiendo los puntos, ya ves, te metes en esta celda, y con una escala que llevareis á prevencion, y que aferra-

reis á un balcón, te descuelgas tú con la novicia y otros dos, pero que el cuarto quite la escala y se deje caer á la huerta, que no hay mucha altura. Una vez en la huerta, encontrareis á dos de estos, que os llevarán á otra escala que estará puesta en la tapia que da á la callejuela sin salida del Espíritu-Santo, subís con la novicia, grite ó no grite, desmayada ó en sus cinco sentidos, y bajais por otra escala que estará puesta por el otro lado.

—Muy bien; señor marqués,—dijo el Nene.

—¿Te has enterado bien?

—Sí, señor.

—Explícamelo ahora.

El Nene hizo la explicación.

—Pues bien, quedaos con Dios, comed y bebed todo lo que querais; el tío Carcañales os avisará.

—Vaya vuecencia con Dios, señor marqués, y salud,—dijeron todos.

El marqués salió y se fué á su casa.

—¿De dónde vendrás tú,—dijo Rosario,—que vienes á lo terne?

—Pues, de un bateo en Triana, que se han empeñado que yo vaya. Pero, si te lo dije al salir, mujer.

—Pues mira, no lo oí,—contestó Rosario;—estaría distraida. Qué quieres, aunque esté delante de tí, estoy distraida, pensando en tí; yo no sé; he tenido malos sueños y me ha entrado miedo. ¿Cómo llevas tu acuñacion? Debe ir muy adelantada, porque no faltas ni una noche. Yo no digo que faltes alguna, porque deseo que nos vayamos cuanto antes.

—Yo creo que nos iremos pronto,—dijo don Miguelito,—porque ya llevo acuñado mucho, lo bastante, con lo que

tenemos, para que nos podamos llevar sin acuñarle resto de las barras de oro. En fin, Rosario, voy á darte una agradable sorpresa tal vez muy pronto.

Don Miguelito contaba con abandonar á Sevilla y á España, en el momento en que se verificarse el rapto de Milagros, y la hiciese conducir por sus caballistas á lo largo de Sierra Morena á Portugal, que era el escape de nuestros ladrones de Andalucía.

Rosario se tranquilizó; veia decidido á don Miguelito, y no creia que en un breve espacio pudiese suceder nada adverso.

Don Miguelito ansiaba también encontrarse fuera de España.

Empezaba á sentir miedo.

Su instinto le hacia sentir detrás de él las pisadas de la justicia.

El tiempo que trascurrió desde aquella noche hasta el oscurecer del Jueves Santo, fué una eternidad para don Miguelito; el último empeño que para él quedaba, la última novedad era Milagros.

Se vistió como le hemos visto en el capítulo primero de nuestro relato, y dijo á Rosario:

—Dispénsame, hija mia; me veo obligado á ir al *miserere* de la catedral; hay que cumplir con el mundo, y me han convidado.

En efecto; habian enviado una esquela de convite para los lugares de preferencia al marqués, como uno de los principales señores de Sevilla

—Anda, anda, hijo mio,—dijo Rosario;—¿qué hemos de hacerle? Yo no me puedo presentar; y mira, me gustaria mucho ir á andar contigo las estaciones.

—¿Y qué hemos de hacerle, Rosario? Paciencia. Conque, adios, hija mia, hasta luego: cuando se acabe el *miserere* volveré, y lo que es esta noche no acuño; hay que respetar los dias clásicos.

—Pues anda, anda, hijo mio, no te cojan el sitio,—dijo Rosario y hasta luego.

Don Miguelito salió, se fué á la iglesia de las monjas de las Dueñas del Espíritu-Santo, y se colocó al pié del pilar del crucero, donde ya le vimos.

Era el principio de la noche.

Poco despues de haber entrado don Miguelito en la iglesia, un hombre embozado se acercó á la puerta de los confesonarios.

La noche era densamente oscura, y un solo farol que había en la calle del Espiritu-Santo, alumbraba muy mal.

Pasaban de tiempo algunas personas, que entraban en la iglesia, y otras que salian; pero sobrevenian largos intervalos durante los cuales no pasaba nada.

La calle del Espíritu Santo es un tanto excéntrica.

El hombre que se había acercado á la puerta del confesonario y se habia embebido en su hueco, aprovechó uno de estos intervalos, y tentó con una ganzúa la cerradura.

La puerta se abrió inmediatamente, y aquel hombre entró y encajó la puerta.

Era el Nene.

Sobrevinieron detrás de él, y el uno tras el otro, los tres restantes, embozados tambien en sus capas.

Cuando los tres estuvieron dentro, el Nene cerró la puerta sacó una linterna de debajo de la capa, y la abrió.

Se encontró en una especie de portal muy corto, como

de dos varas de anchura y vió ante sí la escalera de los siete peldaños, y al fin de ella una puerta.

Era el principio de la noche.

Llevaba el plano en el bolsillo; pero no echó mano de él.

Se metió en el confesonario del centro, abriendo su puerta, que estaba asegurada por una aldabilla, y sacó fuera el sillon sin causar el más leve ruido.

—Muchachos,—dijo el Nene en voz muy baja,—esto es muy fácil; no es más, como yo me lo esperaba, que un tabique sencillo. A ver, la herramienta, á desencajar el marco donde está clavada la hojadelata. Trae el berbiquí, Pelote; lo mejor que se hace es romper el marco con algunos taladros.

En algunos segundos, y sin causar el más leve ruido, el Nene desencajó el marco.

Luego, con un serrucho, sin hacer tampoco ruido alguno, cortó el yeso que unía algunos ladrillos, y aquellos ladrillos fueron púestos en el suelo.

Quedó un agujero practicable, por el cual todos pasaron con mucho silencio.

Se encontraron delante de un altar, iluminado por una lámpara, en que había una Vírgen del Carmen.

Las coronas de la Vírgen y del niño Jesús, el mundo y el cetro que el niño Jesús tenía en las manos, y el escapulario que en la otra mano tenía la Vírgen eran de oro, á lo ménos de plata sobre dorada.

Los grandes candeleros que había sobre el altar eran de plata.

—¡Lástima,—murmuró el Nene,—que el teniente nos haya dicho que el capitán quiere que, fuera de la novicia,

no se saque del convento ni lo que monta un alfiler! Vamos andando.

El Nene se acercó á la puerta, que estaba cerrada, aplicó á ella el oido, y escuchó con una profunda atención.

Había la circunstancia de que á pesar de estar en un lugar en que sobre un altar había una santa imágen, ninguno de los ladrones se había quitado el sombrero.

Después de algunos segundos de escucha, el Nene abrió con la ganzúa la puerta; salió á la crugía silenciosamente, se detuvo y escuchó.

Nada se oía.

El convento aparecía desierto.

Hizo seña á los otros tres de que le siguieran, y torció á la izquierda.

Llevaba la linterna cerrada bajo la capa.

El cláustro estaba iluminado de trecho en trecho por alguna lámpara que ardía delante de una imágen.

Las escaleras aparecían al frente formando el ángulo.

Eran anchas y magníficas.

Los cuatro adelantaron rápidamente, pero sin ruido.

Llevaban alpargatas muy usadas, y sabían andar como se debía andar en tales casos.

Subieron las escaleras como cuatro sombras, llegaron al cláustro alto, y el Nene, antes de salir de las escaleras, observó.

El cláustro alto estaba asimismo iluminado de trecho en trecho; pero de una manera irregular, por algunas lámparas colocadas delante de otras tantas imágenes.

Al frente, á la izquierda, formando tambien ángulo, se veia la cancela forrada de cuero claveteado, de la puerta del coro.

Al Nene, aunque era valiente, le latía de una manera violenta el corazón.

Se acercaba el momento de la prueba.

Entró decididamente en el cláustro alto, haciendo seña á los otros de que le siguiesen, y llegó junto á la cancela.

Se oian allí distintamente el órgano y las voces de la cantora y de las religiosas que cantaban el *miserere.*

El Nene abrió la mampara de la izquierda de la cancela, y entró en su oscuro hueco.

Entraron los otros y la cancela se cerró.

El Nene entreabrió la puerta izquierda interior de la cancela, y miró al órgano que estaba en aquel mismo costado.

Milagros estaba sentada al órgano, y Carlota detrás de ella la volvia el papel.

El Nene examinó bien á la novicia que tocaba, y cuando la hubo marcado perfectamente, dejó oir un portazo.

Este portazo no alarmó á nadie, podía haber sido alguna sirvienta que hubiese salido.

Despues del portazo, que era una seña, el Nene entreabrió otra vez la mampara y miró.

Vió que la señorita que estaba volviendo el papel de música á la novicia que tocaba el órgano, de improviso encendió un fósforo, y antes de que hubiese podido notarse esta acción, ya había ardido como una llamarada de estopa.

Dirán nuestros lectores: ¿un fósforo en 1817?

Los fósforos son muy antiguos; pero se usaban como recreo, porque costaban muy caros; era fósforo casi puro, y estaba metido en un tubito de cristal cerrado herméticamente: había que romper la extremidad del tubito y tirar del palo para que el fósforo ardiese.

Era un recreo más que otra cosa, un juguete de física; no se había pensado en generalizarle, porque no se había inventado aun el medio de mezclar el fósforo puro con una sustancia que impidiese su inflamación por el contacto del aire.

Se le mezclaba sí, con una sustancia roja; pero en tan pequeña cantidad, que se necesitaba el tubo de cristal herméticamente cerrado, para que el fósforo no se inflamase por sí mismo.

Don Miguelito había enviado á Carlota una media docena de estos fósforos dentro de una carta abultada, y la había dado intrucciones.

Era necesario que Carlota produjese un incendio en el coro para ayudar al rapto, en medio de la confusión, de Milagros.

Este incendio podia ser por medio del órgano; pero era necesario meter en los huecos del órgano algun combustible fácil de prender.

Don Miguelito decía á Carlota que en el convento debía haber muebles viejos, sillones que estuviesen reenchidos de estopa, y en efecto, Carlota se pudo procurar como tres ó cuatro libras de estopa, lo que era más que suficiente, para preparar el órgano á una combustion rápida.

Carlota había cojido las vueltas y había preparado el órgano.

En la situación en que el órgano estaba, nadie había podido verla encender el fósforo más que el Nene, que estaba en la puerta izquierda de la cancela.

Apenas el fósforo prendió en la estopa, los viejos tubos de madera del órgano, las contras, produjeron una llamarada, luego otra, causando una confusión espantosa.

Todas se lanzaron, monjas, señoras de piso, educandas, criadas, á la cancela.

El Nene y sus tres compañeros se habían lanzado dentro del coro en el momento en que Milagros se lanzaba fuera del órgano seguida de Carlota.

El Nene llegó á ella y la cogió.

Milagros, al ver al Nene, dió un grito y se desmayó.

Había comprendido que su Miguel la robaba, que aquel hombre era uno de los bandidos de su Miguel.

Los tres bandidos que se habian quedado en la cancela, habían rechazado la primera acometida de las fugitivas, y el tumulto era espantoso, aumentado además por el que subía de la iglesia; pero en cuanto llegó el Nene cargado con Milagros, los bandidos se abrieron y escaparon todos con el Nene hácia la cuarta puerta marcada en el plano, que estaba franca.

Entraron en la celda de la madre Purificación, donde no había nadie, y al entrar en la sala, el Nene mandó á los otros tres cerrasen por dentro la puerta.

Enseguida se abrió el balcón del centro, se aseguró una escala, y el Nene, con un vigor prodigioso, se descolgó por aquella escala, llevando sobre el hombro sujeta por la cintura á Milagros.

En cuanto estuvo en la huerta, silbó.

Le contestó otro silbido á la izquierda.

El Nene se precipitó hácia allá.

De los otros tres bandidos, dos se deslizaron por la escala, el tercero la desaferró y se descolgó del balcón, saltando á la huerta.

El Nene encontró preparada una escala, subió, encontró otra escala y descendió.

Don Miguelito estaba allí.

Esto lo hemos dicho ya en el primer capítulo de nuestro relato.

Don Miguelito y sus ladrones escaparon, llevándose á Milagros, y sin dejar tras sí ni una herramienta, ni una escala.

CAPITULO XLI

De cómo el teniente alcalde mayor encontró el cabo del hilo que debía conducirle al través del laberinto que ocultaba á los invisibles

Don Miguelito se había reunido al salir de la calle del Espíritu-Santo con el tío Carcañales y con otros diez hombres armados, que con los ocho que habían contribuido al rapto, cuatro de los cuales conducían rápidamente á Milagros desmayada aun, eran su escolta, por si había necesidad á causa de aquel golpe de mano audaz, dado enmedio de Sevilla, de hacer frente á la justicia.

Pero la justicia había acudido toda al incendio del convento.

Entre el tumulto, los ladrones habían escapado, y si alguno los había visto, había sido como se ven sombras que se desvanecen y que no se sabe por donde se han ido.

En la calle de San Juan de la Palma, estaba prevenido un coche con seis poderosas mulas.

El desmayo de Milagros continuaba.

Los que la conducían la pusieron en el coche.

Entró don Miguelito.

El tío Carcañales y el Nene ocuparon la delantera, junto al mayoral, que era otro de los de la banda, y los diez y siete hombres restantes se diseminaron y se fueron cada cual adonde mejor le pareció, perfectamente tranquilos.

El golpe estaba terminado.

El coche arrancó al trote largo.

Las mulas no llevaban campanillas.

Ocultos, bajo una manta en la delantera, iban cuatro trabucos, para don Miguelito y los otros tres, si era necesario.

El coche salió de Sevilla, avanzó rápidamente por la orilla del río, pasó el puente de Barcas. atravesó á Triana, y á un cuarto de legua se paró en un ventorrillo que se llamaba del Conde.

Allí había otro carruaje más ligero, al que estaban enganchados dos poderosos caballos.

Don Miguelito tomó en brazos á Milagros, que estaba desmayada aun, y la trasladó al otro carruaje de ciudad, en cuyo pescante había un cochero y un lacayo.

Estos dos eran también escogidos entre la gente más dura de la banda de don Miguelito.

El coche anterior se volvió á Sevilla; pero no pasó de Triana.

Allí se apearon el tío Carcañales y el Nene y se metieron en Sevilla por la puerta del Arenal.

El coche se fué á desenganchar á una de las posadas de Triana.

El tío Carcañales se encontró en su casa con la Agustina.

Por muy sereno que fuese el tío Carcañales, la enor-

midad del acto que se acababa de ejecutar le habia impresionado.

Agustina estaba recelosa.

La noche anterior había notado una preocupación profunda en don Miguelito; y despues, mientras éste dormía, le había oido pronunciar entre el sueño el nombre de Milagros, el del convento de las dueñas del Espíritu Santo y algunas palabras incoherentes; pero que sin embargo, habían alarmado extraordinariamente á Agustina.

Era indudable que don Miguelito estaba apasionado de una mujer, que aquella mujer estaba en el convento de las dueñas del Espíritu-Santo, y que se llamaba Milagros.

Agustina sintió unos celos crueles; pero necesitaba ponerlos en claro.

Fué prudente, y cuando despertó por la mañana don Miguelito, no le preguntó nada ni dejó de mostrarse para con él como siempre; pero apenas fueron las ocho de la mañana, cuado la Agustina se plantó casa de su otro amante de conveniencia, al que seguía engañando por servir á don Miguelito, el escribano don Sinforoso.

La Agustina entró alegre y sonriente, encubierta bajo una perfecta disimulación.

Don Sintoroso ignoraba de todo punto que la Agustina tuviese trato con don Miguelito.

—Oye tú, Sinforosillo, hijo,—le dijo la Agustina, haciendo una cucamona, que hizo sonreir de satisfacción y con toda su alma á don Sinforoso;—vengo á almorzar contigo.

—Vaya, mujer, muchas gracias,—dijo don Sinforoso; —pero te vienes á almorzar conmigo en un día de ayuno obligatorio.

—¿Quién se acuerda de eso?—exclamó la Agustina.—

¿Apuestas á que encontramos de almorzar de carne y de todo cuanto Dios crió, en cualquier montañés?

—Sí, sí, ya sé que hay gente perdida,—dijo don Sinforoso,—que se atrave á todo, exponiéndose á una multa y á una prision por irreligiosidad.

Aquellos tiempos eran tremendos; ninguna fonda, ninguna casa de comida alta ni baja, se atrevía á tener preparada carne en los días de vigilia; esto se hubiera tomado por una impiedad, y se hubiera castigado.

Los frailes estaban sobre todo, y cuidaban de todo, y mantenian se dominio sobre todo el mundo.

—Pues mira, chica,—dijo Sinforoso;—almorzaremos en casa, y almorzaremos de pescado, que no hay necesidad de que se escondalice la Gila, y lo cuente por la vecindad, y llegue á oidos del teniente alcalde mayor que yo he almorzado de carne con una buena moza y me salga cara la función.

—Tanto me da,—dijo la Agustina,—que á mí me gusta mucho el pescado, y el pescado es muy rico. Conque nada, envia á la Gila por un buen almuerzo, y envíala lejos, porque tenemos que hablar cosas muy hondas.

Don Sinforoso envió á su vieja criada no ménos que á la fonda de los *Leones de Oro*, que estaba á una legua de la casa del escribano.

Además de eso, la Gila, por su edad, tenía muy pesadas las piernas, y debia tardar en volver un siglo, tanto más viniendo cargada.

En cuanto se fué la Gila, la Agustina se arrojó al cuello del escríbano, y exclamó:

—¡Ay, Sinforoso, cuánto te quiero, hijo mío! Yo no quería quererte, pero tú me has obligado á que te quiera á la fuerza.

—Quita, quita, indina, que tú me vas á matar.

—Calla, hijo mío, que si yo te mato yo te resucitaré,—dijo Agustina.

—A tí te pasa algo, porque estás muy contenta, es porque tienes algo bueno entre manos.

—Pues bueno, -dijo la Agustina, separándose de don Sinforoso y quitándose la mantilla y el pañuelo,—ven acá, siéntante y hablaremos.

Y le llevó al sofá, donde se sentaron.

—Pues has de saber, hijo mío,—dijo Agustina, que ayer me ha buscado á mí un señor que parece muy rico.

—Pues mira, yo no tenía necesidad ninguna de saber eso,—dijo don Sinforoso frunciendo el gesto.

—Calla, tonto, que el señor ese no me ha buscado á mí por mí, sino por otra mujer.

—¿Y no has quedado más que para eso, Agustina?

—Cállate, tonto, que te equivocas,—dijo la Agustina,—que la mujer por quien me ha buscado ese señor es su hija, una niña que se llama Milagritos, y que está en el convento de las dueñas del Espíritu-Santo.

—¡Calla!—dijo don Sinforoso.—Pues entonces ese caballero que te ha buscado es el conde los Cabrales.

—Yo no sé como se llama, porque no me lo ha dicho ni yo lo he preguntado.

—Sí, mujer, es un señor con el pelo blanco, alto, que ha debido ser muy buen mozo, y muy sério, y muy grave.

—Sí, hombre, sí, pues bueno, á ese señor le está sacando el sol de la cabeza su hija.

—Es verdad,—dijo don Sinforoso, porque la Milagritos debe de profesar dentro de dos meses, y maldito si tiene vocación de monja, como que tuvo amores con el marqués

de Casa Vaquera, y por esos amores la metieron en el convento.

Agustina tuvo bastante presencia de espíritu para dominar la manifestación de sus celos.

Sabía ya todo lo que quería saber; esto es, que don Miguelito era amante de la Milagros del convento.

¿Por qué, pues, la engañaba á ella? ¿Por qué la hacía creer que la adoraba?

Sin duda para tenerla segura sin tener que matarla, para que ella no revelase lo que ella sabía de él, después de que ella le había servido, seduciendo y matando al andadero, después de haber arrancado á este el plano del convento.

—¡Ah! bueno,—dijo para sí la Agustina;—pues juro á Dios que Miguelito me las ha de pagar. ¿Conque está enamorada del señor marqués de Casa-Vaquera esa Milagritos? —dijo en voz alta.

—Sí; mujer, sí,—contestó don Sinforoso;—hasta las entrañas.

—Pues el padre se teme cualquier desavío,—dijo Agustina,—y por eso me ha buscado á mí, porque yo no sé cómo se ha enterado de que yo tengo amistad contigo, y me ha ofrecido el oro y el moro porque se aceche bien el convento y se coja en falso á don Miguelito, procurando el extravío de una novicia, y tal vez el llevársela.

—Pues eso ya es después,—dijo don Sinforoso,—porque hace ya días que el convento está muy vigilado de orden del teniente alcalde mayor; pero todavía no ha podido descubrir nada, ni la sombra del marqués de Casa-Vaquera parece por allí.

—¿Pues crees tú que el marqués de Casa-Vaquera es tan

tonto que si sabe que el convento está acechado se presentará por allí para que le echen la mano? El se valdrá de otra gente.

—Pues mira, que no se descuide el marqués, porque el teniente alcalde mayor es muy duro y muy largo, y le anda á las vueltas, y por más que ya haga no voy á poder hacer nada, porque el teniente alcalde mayor está muy prevenido y meterse á sacarle adelante sería perderle más y perderse uno.

—Pues nada, hijo, no hay que decirle al conde de Cabrales que el convento está acechado, porque entonces no dará un cuarto, lo que hay que hacer es chuparle lo que se pueda y no ser tontos, que hay que aprovechar las ocasiones.

—Pues bueno, dile que se le servirá, y ajusta el negocio lo mejor que puedas.

—Descuida tú, niño, que en buenas manos está el pandero.

La Agustina sabía ya cuanto tenía que saber, esto es, que no se había hecho el plano del convento ni se había matado al tío Crisóstomo solamente por apoderarse de los talegos de las monjas, sino por apoderarse de Milagros, ó de ambas cosas á la par.

Sus celos se agravaron más y más, y se sintió poseída por una rabia desesperada; pero continuó disimulando admirablemente.

Decía bien el tío Carcañales, refiriéndose á don Miguelito: las mujeres le perderán.

La Agustina estuvo admirable con don Sinforoso.

Le embriagó más y más, almorzó con él, y cuando se hubo acabado el almuerzo, le dijo:

—Ea, adiós, hijo mío, que á la una ha quedado en ir á verme el conde de los Cabrales para que yo le dé la razón, y es ya cerca de la una.

Y se fué.

Pasó un día infernal, y en cuanto oscureció se fué á casa del tío Carcañales; pero no le encontró allí.

Esto la cargó de sospechas; y estuvo á punto de irse á las dueñas del Espíritu-Santo, á observar por sí misma, á impedir si le era posible.

—Pero ¡bah!—dijo;—á estas horas no puede atreverse á nada, y más andando, como anda esta noche, tanta gente por la calle; lo dejarán para tarde. Veremos á ver si Miguelito viene, y si viene, yo le meto los dedos y le hago vomitar, y suceda lo que quiera.

Así es que, cuando vió entrar perturbado al tío Carcañales, se alteró más y más; pero disimuló.

—Señora Agustina,—dijo el tío Carcañales,—siento mucho decirle á usted que por esta noche no puede usted ver al capitán, porque de improviso ha caido un gran negocio que hacer

—¿Es lo del convento?—preguntó con una gran naturalidad Agustina.

—No, señora, no,—contestó el tío Carcañales,—lo del convento no está maduro todavía.

—¿Y corre peligro Miguelito en eso en que se ha metido? —preguntó afectando un gran interés.

—No señora, no, porque el negocio está ya hecho, sólo que para ponerle á cubierto, el capitan no puede venir esta noche.

—Pues bien podía habérmelo dicho para que yo no estuviera con cuidado,—dijo la Agustina;—ó puede ser que no se fie de mí.

—No, no señora, no es eso,—dijo el tío Carcañales,—sino que el negocio ha salido de improviso hoy.

—¿Pero qué negocio es ese?—dijo Agustina mostrándose exprofeso, y para engañar más al tío Carcañales, exigente.

—Mire usted que yo no lo sé,—dijo el tío Carcañales,—porque el capitan no ha tenido tiempo para hablarme del negocio, sino para decirme cuatro palabras para que se las dijera á usted, para que no estuviera usted con cuidado; pero mire usted, aunque tarde, puede ser que venga esta noche, por que el capitan no puede vivir sin usted. Vamos, quítese usted la mantilla, y tome usted algo.

—¡Qué, no señor!—dijo la Agustina;—yo me voy á mí casa. ¿Qué hago yo aquí no estando él?

—Pero, señora no se apresure usted,—dijo el tío Carcañales,—que es muy posible que venga. Vamos, le voy á traer á usted una copita de menta, que le gusta á usted tanto.

—No, señor, no quiero,—dijo la Agustina,—que se había puesto ya en guardía,—me haría daño: yo me voy.

—Mire usted, señora, que luego voy á tener un disgusto con el capitan.

—¿Y por qué ha de tener usted un disgusto con el capitan por si yo me voy ó si yo me vengo?—dijo ya de muy mal talante la Agustina.

—Porque el capitan me ha dicho que si viene usted, le diga á usted que se espere.

Y había ya algo de torvo y amenazador en la mirada del tío Carcañales.

—¡Ah, canalla!—exclamó de improviso abalanzándose á él la Agustina.—A tí te han dicho que me quites de enmedio, porque estorbo ya.

Y tal fué la embestida que la Agustina dió al tío Carcañales, que éste, cogido de improviso, cayó por tierra.

Al caer se dió un tremendo golpe en la nuca, en el palo de una silla, lanzó un bramido, y no se movió.

La Agustina saltó por encima de él, ganó la tienda y la calle, y fuera de sí, loca de celos, de rabia y de terror, porque se veia amenazada por don Miguelito, porque veia la situación clara, se encaminó, casi á la carrera, al convento de las dueñas del Espíritu-Santo.

Cuando llegó, se encontró con que no la dejaban pasar.

Había un cordón de migueletes y soldados.

Se trabajaba por acabar de extinguir el incendio, y corría con escándalo, entre la multitud, la noticia de que una novicia había sido robada del convento.

Esto acabó de enloquecer á la Agustina, que había contraido por don Miguelito una pasión mortal.

Se decidió á todo.

Una negra oleada de venganza subió de su corazón á su cabeza.

El pronóstico del tío Carcañales se cumplia: una mujer, á causa de otra, estaba á punto de perder á don Miguelito.

—Señor capitán,—dijo Agustina á uno de los migueletes que estaba junto á ella,—déjeme usted pasar, déjeme usted que yo hable al señor teniente alcalde mayor, que debe estar ahí. Yo sé quien ha sido el que se ha llevado á la novicia del convento.

El capitán de migueletes se volvió, y vió el descompuesto semblante de Agustina, que aparecía inmenso, terrible.

Sus celos, su temor, la impresión que la había causado la muerte del tío Carcañales, todo junto tenian á Agustina

en una situación tremenda. Toda aquella situación se traducia entera en su semblante.

No solamente el capitán de migueletes dejó pasar á Agustina, sino que la prendió, y entre dos de sus hombres la llevó al recibimiento del convento, donde estaba el alcalde mayor con las otras autoridades de Sevilla.

También estaba allí don Sinforoso.

Al ver avanzar á Agustina entre dos migueletes, y en la situación que venía, don Sinforoso sintió el deseo de que se la tragase la tierra.

—¿Qué es eso? ¿Qué mujer es esa?—preguntó el teniente alcalde mayor al capitán de migueletes.

—Señor,—contesto el capitán,—esta mujer dice que sabe quién es el que ha robado una novicia de este convento.

—¡Si que lo sé!—exclamó descompuesta Agustina, pero yo no se lo diré á nadie más que á solas al teniente alcalde mayor. A solas; sin su escribano, que es un pillo, y el señor teniente alcalde mayor, hará muy bien en meterle preso, porque le está engañando.

—Esa mujer está loca,—exclamó don Sinforoso todo aturdido y trémulo.

—Pues, don Sinforoso,—dijo el teniente alcalde mayor, que ya había sospechado algo de su escribano,—yo le prendo á usted. A ver, señor capitán,—añadió dirigiéndose al de migueletes,—llévese usted allá, á un rincon, á mi escribano, y póngale usted dos hombres de centinela para que no le permitan hablar con nadie. Señora,—añadió el teniente alcalde mayor dirigiéndose á una de las madres graves que estaban allí;—necesito inmediatamente un aposento para hablar á solas con esta mujer.

—Sí, sí, cuanto antes,—dijo Agustina,—porque sino yo voy á reventar.

Se llevó al teniente alcalde y á Agustina á la sala *de profundis*, que era el lugar más próximo á que se les podía conducir; y ningun lugar mejor que una sala *de profundis* para las lúgubres revelaciones que debía escuchar el teniente alcalde mayor.

Aquella sala no tenía otra luz que la lámpara que ardía en un altar colocado en el testero del salon, y en que había un enorme y medroso Cristo crucificado.

La puerta del salon, que era enorme, estaba al otro extremo, frente al altar.

El teniente alcalde mayor hizo se guardase aquella puerta.

—Pues señor,—dijo la Agustina al entrar en aquel salon sombrío;—el que ha robado á la señorita Milagros...

—Silencio, espere usted aún,—dijo el teniente alcalde mayor.

Y llevó á la Agustina ante el altar.

—Extienda usted la mano derecha hacia ese Santísimo Cristo crucificado,—la dijo.

—Sí, sí,—exclamó Agustina, tendiendo la mano al Cristo;—yo juro decir la verdad por ese Santísimo Cristo y por mi alma.

Y dejó caer la mano.

—Ha sido el marqués de Casa-Vaquera;—añadio inmediatamente, como si no hubiera podido contener por más tiempo aquel nombre.—Créame usía, créame usía, ha sido él. Y mire usía, tiempo queda para que yo diga todo lo demás; que me encierren en un calabozo donde no pueda hablar con nadie; que encierren tambien á don Sinforoso



Lit. - Felipe Gonzalez Rojas - Editor.

—Yo juro decir verdad por ese Santísimo Cristo y por mi alma.

donde nadie pueda hablar con él, y no pierda el tiempo usía que no sabe usía lo que se puede perder en dos minutos. Yo he matado, para que no me matara á mí, al tío Carcañales, el montañés de la calle de la Mar. Vaya usía á su casa, señor, y escóndase usía en ella, y prenda á todo el que entre, si es que no han dado ya escándalo, que puede ser que no, que hayan ocultado el muerto para que no pueda ir la justicia, que allí se le teme mucho á la justicia.

El teniente alcalde mayor comprendió la urgencia; entregó estremadamente recomedados á un alcalde de barrio las personas de Agustina y de don Sinforoso, y con un escribano que improvisó en vista de la premura, y cuatro de la policía secreta, bien armados, se fué á escape á casa del tío Carcañales.

No se había engañado Agustina.

La muj-r del tío Carcañales, era una hembra de poder. tan bandida como había sido bandido el tío Carcañales.

Vió todo lo que podía sobrevenir si se sabía aquella muerte, y tan desengañada estaba ya del tío Carcañales, y tan cansada y tan aborrecida de él, que le interesaba mucho más el sostén de su establecimiento, que la venganza por la muerte del gitano.

Como sabemos, toda la gente que había en el montañés, hasta los muchachos, pertenecían al oficio.

De otro modo no hubiera podido servir secretamente el establecimiento para lo que había servido durante tantos años.

Aquel día el establecimiento había estado cerrado desde por la tarde, á causa de ser Jueves Santo. como entonces era de costumbre, y aun pudiera decirse que de ley.

Así es que se estaba segura de que sobreviniese nadie.

La gitana creía que por lo que la convenía callaría la Agustina, y todo lo que podía suceder era que el tío Carcañales pasase por perdido, por desaparecido.

Así, pues, la gitana llamó á todos sus dependientes, y les dijo:

—Ya veis la desgracia que ha sucedido, y es necesario ocultarla para que no venga á la casa la justicia, y ocultarla cuanto antes. Conque vamos á enterrar al amo en el sótano, y sin perder un momento. Entre tanto tú, Piltrafa, y tú, Chancletilla, limpiais bien la sangre y le dais una mano de jabón por encima de la estera, que como es oscura y aquí no hay mucha luz bien disimulará.

Pusieron enseguida todos manos á la obra.

La cocinera y el mozo y la viuda cargaron con el muerto y le bajaron al sótano.

Estaba lleno en su gran parte de barriles de vino y aguardiente, y de botellas de licores.

Se hizo un lugar en un ángulo, y el mozo, con un azadón viejo que se sacó de entre dos toneles donde estaba escondido, se puso á cabar una sepultura.

Pero aun no hacía un cuarto de hora que estaba ocupado en aquello, cuando Piltrafa bajó demudado y trémulo, y exclamó:

—¡La justicia llama á la puerta, señora!

—¿Y por qué puerta llama la justicia?—preguntó la gitana.

—Por la puerta de la calle,—dijo Piltrafa.

—Pues á escapar por la puerta del portal, que en subiendo á los tejados ya tenemos quien nos ampare.

El tío Carcañales había reparado en todo, y había preparado una retirada segura para en el caso probable de que un día la justica llamase por la puerta principal.

Todos subieron á escape y se fueron á la puerta falsa que el montañés tenía sobre el portal de la casa.

Pero al abrirla vieron dos embozados que los cubrian con las bocas de sus trabucos.

Eran dos de la ronda de capa que acompañaba al alcalde mayor

Uno de ellos conocía el local, é indicó al teniente alcalde mayor que los del montañés podían escapar por la puerta del portal, cuando la justicia llamase por la puerta principal ó de la tienda, como mejor queramos.

El teniente alcalde mayor mandó al sereno de la calle abriese la puerta de la casa.

Todos los serenos han tenido siempre las llaves de las puertas de su distrito, para poder acudir en caso necesario.

Sólo cuando la puerta de escape estuvo cubierta, llamo el teniente alcalde mayor á la puerta de la tienda, y esto con poco ruido.

Acudió Piltrafa por ver quien era, preguntó, y cuando le respondieron, no muy alto, que era la justicia, se fué á dar la alarma.

—Vamos, ya tenemos una puerta abierta,—dijo el uno de los polizontes al otro.—Entra tú, Cachorro, y abre la puerta de la tienda, para que entre el señor alcalde mayor.

Los fugitivos se quedaron por un momento yertos de espanto, y luego escaparon para probar el último recurso, es decir, para ir á esconderse en la habitación secreta y subterránea que había en la casa.

Cachorro abrió la puerta de la tienda, y el teniente alcalde mayor entró con su nuevo escribano, don Segundo. que hasta entonces no había sido otra cosa que escribano diligenciero, y los otros dos polizontes.

Antes de entrar había mandado al sereno no dijese á nadie que la justicia estaba en el montañés.

Se cerraron las dos puertas con llave, se dejó además guardando cada una de ellas uno de los polizontes, y se recogieron los demás vanos que daban á la calle.

Eran rejas, y rejas tambien por la parta del patio.

Los del montañés no podian haber escapado, á no ser que hubiese alguna mina, algun pasadizo de raton.

En la trastienda se encontró: una cubeta llena de agua enrojecida con un trapo de fregar el suelo, una gran mancha rojizo sanguinolenta en la estera, y en el asiento de paja una silla, alguna sangre ya casi coagulada.

Aquella silla era contra la cual se había dado el golpe en la nuca al caer el tío Carcañales.

Se continuó en el registro, y se llegó hasta el sótano, donde se encontró junto á una sepultura á medio abrir el cadáver del tío Carcañales, que aun no estaba rígido.

Pero no hubo medio de dar en la casa con ninguna persona.

Sin embargo, los dos polizontes que habian aparecido en la puerta de escape cuando ésta se abrió declaraban y juraban que ellos, entre hombres y mujeres, habian visto cinco personas.

Se reconocieron los trechos.

No había perforación ni resquicio alguno.

Se tentaron las paredes, y no se encontró ni señal de puerta secreta.

Se reconocieron las rejas; ninguna de ellas se abría.

Se tantearon los pavimentos; todos ellos, por todas parte, sonaban á macizo.

¿Qué se habían hecho, pues, aquellas cinco personas?

¡Habían desaparecido, se habían desvanecido!

Aquello era para volverse locos.

—Indudablemente,—dijo el alcalde mayor,—aquí hay un escondrijo secreto con el que no podemos dar. No importa. Si ese escondrijo no tiene salida, el hambre y la sed los echará fuera; y si tiene salida, ya habrán escapado.

—¿Y si hay víveres en ese escondrijo, probable, como es posible?—dijo don Segundo.

—En ese caso, tardarán más tiempo en tener hambre y sufrirán más tiempo de prisión antes de que se les condene, —dijo el teniente alcalde;—por ahora lo que conviene es permanecer aquí emboscados para ver si cae algun pájaro, cuya declaración pueda sernos útil. Entretanto, y para no perder el tiempo, don Segundo, reconoceremos al muerto; puede ser tenga sobre sí algo que nos dé luz.

Bajaron de nuevo al sótano, solos, el teniente alcalde y el escribano.

—Huele aquí que conforta,—dijo don Segundo, que era un poquito aficionado á las buenas bebidas,—y al entrar aquí desprevenidos y al ver ese cuerpo en tierra, se creería que se trataba más de un borracho que de un muerto.

—Y este montañés debía ser rico,—dijo el teniente alcalde mayor,—porque aquí hay un gran repuesto.

—Comodidad para las costas,—dijo el escribano.

—Vamos, vamos á reconocer el cadáver,—dijo el teniente alcalde mayor,—ante todo á hacer la fé de libores.

Marcada por el escribano la situación en que el cadáver se encontraba en relación con el lugar, el traje que tenía, etcétera; y vista la herida, todo lo cual anotó don Segundo, se procedió al registro y se le encontró á más de las cosas usuales como tabaco, avíos de encender, pañuelo y una na-

vajilla para picar tabaco, un papel en que había ocho nombres

El primero era el del Nene.

Seguían luego, Narizlarga, Cornicabra, Meloso, Avion, Catopardo, Periquete y Sanahuja; es decir, los nombres de los ocho bandidos que habían ejecutado el rapto de Milagros.

No había más que hacer por el momento, sino proceder al levantamiento del cadáver y al embargo de todo lo que contenía la casa.

El teniente alcalde mayor subió con el escribano, llamó á uno de los de la policía secreta, y le dijo dándole la lista que se había encontrado sobre el cadáver del tío Carcañales.

—A ver si conoce usted alguno de esos, cuyos apodos están en ese papel.

El polizonte, despues de leerle, dijo:

—Los conozco á todos, sí señor; todos son galopines de la plazuela de la Encarnacion, donde se les encuentra á todas horas, y por las tabernas inmediatas más que en ninguna otra parte.

—Pues es necesario que mañana, en el momento en que se pueda, se prenda á estos ocho. Extienda usted el auto de prisión, don Segundo. A ver, agente, ¿usted sabe los nombres de bautismo y de familia de estos pícaros?

—No, señor teniente alcalde mayor,—dijo Cachorro;—yo no conozco más que sus álias; ya sabe usía que aquí hay perillanes que ellos mismos no saben como se llaman, porque se les ha olvidado, y que con el álias se gobiernan.

El escribano extendió el auto de prisión, el teniente alcalde mayor le firmó y le entregó á Cachorro, que era cabo de policía secreta.

—Esta órden se cumplirá inmediatamente, en cuanto amanezca, porque esos pícaros se presentarán al amanecer á hacer un negocio en el mercado.

—No son rateros, señor,—dijo Cachorro;—pican más alto. Se huele lo que son; pero no se les ha podido coger todavía infraganti; todos tienen oficio y quien los tape para que no se les pueda prender por vagos.

—¿Es decir que se trata de grandes bandidos?

—Algo de eso, señor; pero no ha podido ponerse todavía en claro.

—Ustedes van á quedarse aquí,—dijo el teniente alcalde mayor—hasta el amanecer, que yo volveré, y prenderán ustedes á todo el que llame á la puerta.

—Muy bien, señor.

—Vámonos, don Segundo,—dijo el teniente alcalde.

Salieron y se encaminaron de nuevo al convento.

CAPÍTULO XLII

En que parece probarse que al que tiene mucho dinero no le ahorcan.

El fuego se había extinguido completamente.

El convento se había cerrado.

Habían desaparecido los curiosos, y se había retirado la mayor parte de la fuerza pública.

Solo quedaba una guardia de migueletes á la puerta del convento, los caballos del capitan general y de sus ayudantes, y una escolta de lanceros.

Dentro estaban algunas autoridades, y el arzobispo, que había sobrevenido.

—Estén ustedes tranquilas, señoras,—dijo el teniente alcalde mayor á las madres graves, que estaban con las autoridades en el gran salon de recibo,—que yo estoy ya sobre la pista; no pienso reposar, y espero encontrar pronto á la novicia robada. Pueden ustedes retirarse á descansar, madres, y todos estos señores pueden retirarse tambien: yo dejo una guardia de migueletes para asegurar el convento.

Las monjas se retiraron, se retiraron las autoridades, y el alcalde mayor, con un escribano, se fué en derechura á la cárcel y se metió primeramente en el calabozo de la Agustina.

El frio y la humedad del calabozo habian influido extraordinariamente sobre los nervios de la Agustina y había acabado por arrepentirse de lo que había hecho.

Ella misma, en un momento de locura, se había entregado á la justicia, y había cargado con una inmensa responsabilidad.

Pero era ya su arrepentimiento tardío.

La justicia había sido puesta ya sobre la pista.

Cuando la interrogó el teniente alcalde mayor, se presentó negativa.

En vano fueron cuantos cargos la hizo el teniente alcalde mayor para que declarase ni una sola palabra.

Afirmaba que si ella había dicho que el marqués de Casa-Vaquera había sido el autor del robo de la novicia, había sido una suposicion suya, por celos, porque ella no tenía prueba ninguna, y que no sabía por qué había ella acusado á don Sinforoso; que todo esto debía haber sido porque el susto de haber visto muerto al tío Carcañales, junto con otras suposiciones suyas, la habían vuelto loca; y en cuanto á la muerte del tío Carcañales, juraba que ella no tenía nada que ver con aquello, porque el tío Carcañales se había caido, y se había matado, sin duda, por el golpe que había recibido al caer.

Al cargo de que se encontraba en un montañés sospechoso, estando la tienda cerrada y sin objeto alguno que lo justificase, respondió:

—Yo era amiga desde hace mucho tiempo del tío Carca-

ñales, que era, casi casi, mi compadre. Como mi marido está preso por una paliza que dió, y yo estoy sola en mi casa, me aburría, y me vine á pasar la noche con mi compadre y con mi comadre.

En vano se empeñó el teniente alcalde mayor en hacerla declarar; y viendo que por el momento todos los esfuerzos eran inútiles, se resignó á esperar que la incomunicación, y el frío, y los malos alimentos, hicieran efecto.

Pasó luego al encierro de don Sinforoso, que empezó por quejarse amargamente de que se hubiese hecho caso de una mujer loca, y sólo por su dicho se hubiese llegado á tratarle de aquella manera.

—Pues la declaración de esa mujer lo compromete á usted gravemente,—dijo el alcalde mayor, usando un recurso ilícito, pero del cual se usa con frecuencia.—Ya sabemos todas las relaciones que usted tenía con ese malvado marqués de Casa Vaquera, y que sabiendo usted que era el jefe de los invisibles, ha permanecido hasta ahora impune.

—Esa mujer,—dijo don Sinforoso,—es una bribona que quiere perderme á mí; y todo, porque me he negado á sacar adelante á su marido, el picador Tormenta, que está preso, como usía sabe, por golpe y lesiones gravísimas.

—Es inútil, don Sinforoso,—dijo el teniente alcalde mayor con un grande aplomo;—todo se sabe, y su negativa de usted empeora su situación, y le hace á usted cómplice de esos invisibles.

Pero don Sinforoso era demasiado largo para caer en el lazo, y se mantuvo de todo punto negativo.

Eran ya las dos de la mañana cuando el teniente alcalde mayor salió de la casa, y se fué en derechura casa del marqués de Casa-Vaquera.

La cercó, y llamó en nombre de la justicia.

Rosario se hizo se abriese la puerta al momento.

Se vistió apresuradamente, y salió al encuentro del teniente alcalde mayor.

—¿Por qué este aparato de justicia con que se me presenta usted esta noche, señor teniente alcalde? -le preguntó.

—Es que vengo á prender al marqués,—dijo secamente el teniente alcalde.

Rosario se puso densamente pálida.

—Y no es esto solo,—dijo el teniente alcalde mayor;—vengo también á prenderla á usted y á todos los que están en este momento en su casa, y á registrar su casa, y á echarla abajo si es necesario, para que no se me oculte ningún escondite.

Rosario vió patente la horrible verdad, y se desmayó.

—Bien, me alegro; esto nos excusa una escena desagradable. Extienda usted al momento el auto de prisión contra la marquesa de Casa-Vaquera.

Le extendió el escribano.

El teniente alcalde le firmó.

—Que pongan inmediatamente en un sillon á la marquesa, que la lleven á la cárcel y la incomuniquen.

Dos de policía ejecutaron esta órden, y Rosario, dominada aún por su desmayo, fué arrebatada y llavada á la cárcel.

Todos los criados, sorprendidos en la casa en aquel momento, y que entre hombres y mujeres eran veinte, fueron tambien conducidos á la cárcel.

Se empezó un registro minucioso.

El tenienta alcalde mayor tenía la seguridad de que no se encontrabe en la casa el marqués de Casa-Vaquera.

Pero queria sorprender algun cuerpo de delito importante, de los que era probable había allí.

Sin embargo, nada halló, absolutamente nada, por más que abrió todos los muebles, de cuyas llaves se había apoderado, por más que lo registró todo; había encontrado en el cuarto de Rosario gran número de alhajas, gran parte de las cuales eran de su familia y llevaban sus armas.

Esto nada tenía de extraño en una casa tan rica como la del marqués de Casa-Vaquera, ni la gran cantidad de oro que se encontró en el cuarto de éste.

Lo extraño hubiera sido que no se hubieran encontrado esto, atendido lo pudiente de la casa.

El teniente alcalde mayor llegó al amanecer, sin haber encontrado hasta aquella hora nada que fuese de provecho.

Empezó á vacilar, empebó á temer haber ido demasiado lejos; más bien, el haber obrado con impremeditación por exceso de celo.

No tenía más indicio que una sospecha apoyada por la brusca y apasionada revelación de la Agustina.

Pero rehecha la Agustina, había invalidado su dicho, que no podía llamarse declaración, porque no había asistido escribano ni había habido testigos.

El teniente alcalde mayor se daba á los diablos, y empezaba á comprender cuán difícil era coger á don Miguelito.

Le había creido entre sus manos, y se le escapaba como una anguila, porque su práctica de juez decía al teniente alcalde mayor que la instrucción se empezaba muy mal, por lo ménos tarde, y esto era una contra, porque don Miguelito podía ser avisado á tiempo y encontrar medio para burlar la justicia.

Sin embargo, el teniente alcalde mayor sentia dentro de sí, cada vez más fuerte, la certidumbre de que don Miguelito era el jefe de los invisibles.

Ansioso de buscar más pruebas, se volvió á la casa del tío Carcañales.

Pero se encontró, con no sabemos qué sorda cólera, con que la puerta estaba abierta.

¿Qué era lo que había acontecido?

Vamos á decírselo á nuestro lectores.

El teniente alcalde mayor había incurrido en una falta de impremeditación gravísima, al dejar en un montañés, y de tan buen surtido como el del tío Carcañales, solos, sin haber mediado embargo ni inventario, cuatro galafates de la policía secreta.

En cuanto salió, uno de ellos dijo:

—Cabo Cachorro, ¿no le parece á usted que no haríamos mal en tomarnos una cañita?

—Quítate de ahí, Dediles,—dijo el cabo Cachorro,—que esa cañita nos puede costar el ir á presidio.

¿Y por qué?—dijo otro de los polizontes,—pues qué, ¿sabe nadie cuantas botellas de manzanilla hay llenas y vacías en la casa?

—Cállate, Pepiteja,—dijo el cabo Cachorro,—y déjame en paz.

—Pues á mí me parece que bien nos podíamos beber un par de botellas,—dijo el polizonte, que se llamaba Aldabita.

—Si no fuera más que eso,—dijo Cachorro,—no había inconveniente, y á mí no me vendría mal porque tengo la boca seca; pero detrás de las dos botellas querreis que nos bebamos otras dos, y despues vendrá lo que Dios quiera, y

podrá suceder lo que Dios sabe. En fin, bueno; pero con la condición de que no más que dos botellas.

Aldabita y Dediles se fueron á la tienda, y cogieron las dos botellas de manzanilla que les parecieron más bonitas por su etiqueta.

Y sucedió lo que sucede siempre en esta clase de casas: que las botellas que parecen más bonitas son las que tienen peor género.

Cuando se le remontaba la manzanilla, que se remonta muy pronto y muy fácilmente, el tío Carcañales la ponia en estas botellas y las servia á las aves de paso.

La manzanilla remontada es uno de los vinos que más embriagan.

Así es que cuando consumieron nuestros individuos aquellas dos botellas, se les fué el santo al cielo, cogieron la guitarra del tío Carcañales, que siempre estaba colgada en la trastienda, y se pusieron á cencerrearla y á cantar todos en coro, sin acordarse de que era Jueves Santo, ó mejor dicho, la madrugada del Viernes Santo, en que Dios estaba muerto.

Bastante les importaba á ellos.

Aconteció que la gitana oyó desde el escondite aquel jaleo, y dijo á uno de sus mozos:

—Antoñuelo; me parece á mí que á esos los han dejado solos y se han atracado, porque ya le hablan á Dios de tú; y si no aprovechamos esta ocasión, mira que el *pasapan* nos corre peligro, y además, que sería bueno poder avisar al capitán, que puede ser que esté á estas horas muy descuidado y muy en sus glorias, sin saber lo que le pasa.

La gitana abrió la puerta secreta que estaba en el mismo sótano, y que no era otra cosa que un gran barril em-

potrado, y de tal manera disimulada, que era imposible se supiese que allí había una puerta.

Antoñuelo subió recatadamente, y se encontró con que los cuatro polizontes estaban en tal disposición, que ya no se veían á si mismos.

La mesa redonda que había en el centro de la trastienda, estaba llena de botellas vacías, y algunas rotas se veian por el suelo.

Sobre la mesa, y en el suelo, había platos también.

Se había saqueado el montañés.

Dos de los polizontes dormían ya tendidos por el suelo, y los otros dos, el uno de los cuales continuaban cencerreando la guitarra, estaban á punto de caer.

Antoñuelo volvió á bajar, y dijo á su señora lo que sucedía.

—Pues vuelve á subir,—dijo la gitana, espera á que se caigan, que no tardarán mucho los dos que todavía resisten; les quitas la llave, y vienes á avisarnos.

Entretanto que Antoñuelo iba á cumplir su comision, la gitana abrió un armario que en la habitacion secreta había, y sacó de él como unos tres mil duros en oro que don Miguelito tenía en poder del tío Carcañales, para los gastos del momento referentes á la sociedad, y otros dos ó tres mil duros en alhajas, fruto de las raterías de quince días, porque el tío Carcañales era uno de los cuatro ó cinco depositarios que había en Sevilla, y que solo de mes á mes entregaban las alhajas que tenían depositadas para que fuesen al depósito central, donde se trasformaban ó se expedian para ser vendidas fuera de Sevilla, ó en el extranjero, cuando eran de consideración, como las que se robaron á la marquesa de Casariegos y al pobre alcalde mayor.

En el armario no quedó nada.

La gitana quemó además algunos papeles, entre ellos muchas hojas que arrancó de un libro.

Allí no quedaba nada que pudiese comprometer más que lo secreto del aposento, y aun así la gitana se había propuesto dejarle cerrado.

Al cuarto de hora de haber subido, bajó de nuevo Antoñuelo.

—Nostrama, —dijo;—los cuatro han caido ya, y ya tengo aquí la llave de la tienda. ¿Quiere usted que los dejemos atados?

—No,—de ninguna manera,—dijo la gitana no nos echamos más carga encima. Conque vamos á ver, hijos, á irnos escurriendo.

Salieron uno tras otro por el tonel; la gitana le cerró, y subieron. Atravesaron en silencio uno tras otro la trastienda.

Antoñuelo tenía abierta la puerta de la tienda, que estaba completamente á oscuras.

El sereno estaba junto á la esquina; pero la gitana le dejó al pasar una onza, y el sereno no tuvo otra cosa que decir más que:

—Vaya, pues buena suerte, y que todo se arregle.

La gitana y sus domésticos se perdieron en la sombra, tomando el camino de la puerta del Arenal.

Así es que cuando el teniente alcalde mayor acudió al amanecer, se encontró la puerta abierta, y la trastienda á los cuatro polizontes tendidos por tierra y gozando del sueño más hermoso del mundo.

¿Quién podía describir el furor que se apoderó del teniente alcalde mayor?

—Pero, en fin,—dijo,—yo he tenido la culpa; yo no he debido dejarlos aquí solos un segundo; han caido en la tentación; se han embriagado, y se ha escapado la gente que sin duda estaba en la casa. A ver, á ver, á echarles agua encima hasta que despierten, y en seguida á la cárcel con ellos. ¡Vive Dios, que he de enviarlos por diez años á presidio! Que vaya uno al momento al hospital para que se lleven al muerto; que se avise á dos vecinos para que vengan á presenciar el embargo. Vamos, don Segundo, vamos, es necesario concluir lo que hay entre manos por el momento; pero me temo haber dado un golpe en vago. ¡Yo, que había tenido tanta prudencia, que nada había hecho en vista de otros indicios! Ese marqués de Casa-Vaquera es terrible y nos va á dar mucho que hacer. Sin embargo, él es, él es el jefe de los invisibles; su mujer no se hubiera desmayado si no le hubiera considerado perdido.

—Yo creo, señor teniente alcalde mayor, —dijo don Segundo, que usía ha ido mucho más allá de lo conveniente prendiendo á esa señora, porque es muy posible que contra ella no haya razón alguna.

—¡Ah! no, no. don Segundo; ella es su cómplice. Yo veo aquí claro, muy claro, demasiado claro; el pillo de don Sinforoso ha tapado en este proceso, que ya tiene fecha, dos asesinatos: el uno, el del padre de esa mujer; este asesinato ha sido hecho sin duda por cuenta del marqués de Casa-Vaquera: hay además aquel otro muerto que se encontró hace algunos días despedazado á puñaladas á orillas del Guadaira, junto al castillo del molino de Alcalá; hay un don Vicente Canoso que se ha perdido; los vestigios de un disfraz de hombre que se encontraron en la casa que habitó en la Cestería el don Vicente Canoso, ha des-

aparecido la que pasaba por madre de don Vicente y una muchacha, llamada Gertrudis, que con el don Vicente habitaba; por la parte de la quinta de los Prados tenemos la muerte del desgraciado alcalde mayor y la de la anterior marquesa, la desaparición de la mujer del alcalde mayor y la de una doncella de la marquesa; tenemos además la extraña muerte del andadero de las monjas y el rapto reciente de la hija del conde de los Cabrales.

—Todo esto se relaciona entre sí, y no ha habido en esto apresuramiento ninguno; tal vez demora, porque si yo hubiera obrado enérgicamente desde que tuve sospechas; tal vez se hubieran ahorrado muchos crímenes, tal vez no hubiera muerto el desventurado alcalde mayor; pero es casi seguro, señor teniente alcalde, que por ahora no se le echa mano al marqués de Casa-Vaquera, y si ciertamente él es el autor de tantos crímenes, en una palabra, el jefe de los invisibles, estamos en un gran peligro, y no hay que descuidarse.

—Bien lo veo, don Segundo, —dijo el teniente alcalde mayor;—pero no nos ha hecho el rey ministros de justicia para que dejemos de hacerla por miedo ó por interés; acuérdese usted de aquello que está escrito en las casas del consistorio de Toledo.

Santos ilustres varones
que gobernais á Toledo:
en aquestos escalones
deponed las aficiones,
cobdicias, amor y miedo.

—Todo eso está muy bueno para dicho,—dijo don Segundo á quien no le gustaba mucho el sesgo que iba tomando

la cosa;—pero cuando se trata de un criminal que, á lo que parece, tiene tantos recursos, es cordura el hacer justicia, porque se debe temer á cada paso una puñalada, un jicarazo ó un tiro. Si á lo ménos se le hubiera metido mano al marqués...

—Pues, don Segundo, ya que las cosas se han presentado así, es necesario tener paciencia y cumplir cada cual con su obligación; y yo quisiera no verme obligado á decir á usted que se mire en el espejo de don Sinferoso, al que voy á echar á presidio, si es que no le ahorco, que tales cosas pueden resultar que pidan cuerda.

—Yo, señor teniente alcalde mayor,—se apresuró á decir todo trémulo don Segundo,—no he faltado nunca a mi obligación.

—Pues continúe usted cumpliendo con ella, don Segundo, y si ese criminal nos sacrifica, habremos perecido cumplien-con nuestro deber, sirviendo á Dios, á la justicia y al rey.

Cortóse aquí el diálogo, porque llegaron los vecinos que el teniente alcalde mayor había llamado para que interviniesen en el embargo, y empezó éste.

Poco después llegaron dos mozos del hospital con una camilla, en la cual se puso el cadáver del tío Carcañales, que guiado por dos alguaciles, fué trasladado al hospital.

A poco llegó un cabo del cuerpo de Protección y seguridad pública, y dió parte de haber preso, sin que se le escapase uno, los ocho bandidos, cuyos apodos se habían encontrado en una lista en el bolsillo del tío Carcañales.

El teniente alcalde mayor era incansable.

Se fué á la cárcel y empezó la inquisitoria respecto á aquellos ocho pícaros; pero se encontró con que eran pícaros de monta, avezados y prácticos, que sabían más le-

yes que él, y que todos salieron alegando la coartada.

Probó impaciente el teniente alcalde mayor por uno de ellos si la cohartada se probaba, y encontró que se probó.

Cuatro ó cinco vecinos por cada uno de ellos probaron que cada cual de ellos habían pasado la noche en su casa desde muy temprano.

Aquellos testigos no tenían tacha de ninguna especie.

—Pues señor,—dijo el teniente alcalde mayor,—va á ser menester ponerlos en libertad.

Había además una cosa terrible: el teniente alcalde mayor había preguntado á cada uno de ellos si conocían al tío Carcañales, y habían respondido que sí, que eran parroquianos de su casa, porque el tío Carcañales tenía una riquísima manzanilla del Puerto siempre fresca.

Además, aquellos tunos todos tenían oficio y probaban que le practicaban.

El marqués de Casa-Vaquera se había hecho, pues, con una tropa perfectamente organizada, de todo punto á propósito, brava y aleccionada.

Ninguno de ellos confesó que conocía al marqués.

En cuanto á Rosario, protestaba de una manera enérgica en su nombre y en el de su marido.

Don Sinforoso no confesaba ni por Dios, y alegaba al teniente alcalde mayor que estaba equivocado, que indudablemente había dado oidos á una calumnia.

En cuanto á Agustina, decía que ella había estado loca la noche del Jueves Santo y que no recordaba lo que había hecho ni lo que había dicho.

El único indicio que había era la desaparición del marqués de Casa-Vaquera, y esta desaparición se explicaba por

el temor de ser víctima de una equivocación de la justicia.

Así á lo menos lo decía el marqués de Casa-Vaquera en una carta atenta y respetuosa que había escrito al teniente alcalde mayor, y en varias otras cartas que el marqués había escrito á sus conocimientos, protestando contra el atropello que, según decía, se había ejecutado contra él.

Pero don Miguelito había caído desde todo lo alto de su reputación, y empezaba á creerse por todo el mundo que en efecto él era el jefe de aquellos terribles bandidos invisibles.

Si Patrocinio no hubiera muerto, si don Miguelito no se hubiera casado caliente aun el cadáver de Patrocinio con la hija del alcalde de Guillena, casamiento que el proceso hizo público, tal vez la buena reputación de don Miguelito y la buena organización de su gente se hubiera sobrepuesto á aquel percance; pero aquel casamiento inmediato á la muerte de Patrocinio, el haber estado perdida Rosario, habiéndose fugado con otro hombre, la muerte de aquel hombre inmediatamente después de la fuga con él de Rosario, arrojaban sobre don Miguelito una luz sombría, y todos veían en él al gran bandido, al hombre formidable. Se reparaba entonces en cosas en que no se había reparado antes, y se recordaba que, á pesar de la muerte del padre de Patrocinio se había casado con ella.

Y como si esto no bastase, una prueba terrible que coincidía con un suceso no menos terrible, vino á ennegrecer más y más la situación de don Miguelito.

Se habían encontrado en un barranco, junto á Guadalcanal, en lo más áspero de Sierra Morena, ya en descomposición y con vestigios de haber sido degolladas, dos mujeres.

Cuando se las trasladó á Sevilla se demostró que eran: doña Jacinta, viuda del difunto alcalde mayor, y Lola, antigua doncella de la difunta marquesa de Casa-Vaquera.

Esto coincidió con la declaración facultativa de que el alcalde mayor, Patrocinio y el tío Crisóstomo, cuyo cadáveres, prévia licencia eclesiastica, fueron exhumados, habían sucumbido por efectos de un veneno.

¿Qué más había que demostrar para probar la culpabilidad del marqués de Casa-Vaquera por ante la convicción moral del juez?

Dos de los envenenados lo habían sido en la misma quinta de los Prados, pertenecientes al marqués de Casa-Vaquera.

El otro envenenado había sido andadero del convento de las monjas del Espíritu-Santo, de donde había sido robada la novicia Milagros, que había tenido amores con el marqués de Casa-Vaquera.

El proceso seguía, pues, encarnizado; pero perdido, vagando alrededor de la acusación, sin obtener prueba alguna.

Todos los presos permanecían negativos, y por más que apuraba su ingenio y ponía en juego toda la práctica que le había dado su experiencia, el alcalde mayor no lograba coger á ninguno de los presos en renuncio ni en contradicción de ninguna especie.

El teniente alcalde mayor llegó á convencerse de que, sin que él pudiera evitarlo, sin poder adquirir una prueba acerca de ello, la cárcel no era un lugar seguro ni mucho ménos para guardar á aquellos procesados.

Se veía que todos estaban en comunicación y prevenidos por una dirección hábil que se hacia sentir en la misma cárcel.

El alcalde mayor suspendió uno tras otro dos alcaides, valiéndose de pretextos indirectos; pero el tercer alcaide hizo que mejorase la situación de aquellos procesados, respecto á la justicia.

No había miedo, no se podía coger ni aun por el cabo más débil ni á Rosario, ni á don Sinforoso, ni á Agustina, ni á los otros ocho.

Rosario protestaba irritada; don Sinforoso, humilde y cortés, alegaba siempre su inocencia.

Agustina decía que ella no sabía si había acusado ó no había acusado al marqués de Casa-Vaquera; pero que si le había acusado, había mentido, ó mejor dicho, que aquello debía haber sido un rapto de locura, producida por el dolor que sentía por la prisión y el compromiso de su marido.

El teniente alcalde había alentado la esperanza de que el tío Tormenta le pusiera en algún antecedente; pero el tío Tormenta había sido prevenido ya, y decía que nada sabía de lo que se le preguntaba pero que sí, que era cierto que á su mujer la daban avenates de locura, como podía declararlo la vecindad, que su mujer no conocía más que de nombre al señor marqués de Casa-Vaquera, y que si había dicho algo contra él, había sido sin duda durante uno de estos avenates.

Se hizo una información en la vecindad del tío Tormenta, y, en efecto, todos los vecinos declararon que la señora Agustina estaba resentida de la cabeza, y que el único medio que siempre había tenido su marido para curarla, había sido el de darla una paliza, extraña manera de curar la locura; pero que por lo visto, producía buen efecto cuando se trataba de los avenates de la Agustina.

El teniente alcalde mayor se aburría, nada sacaba en

limpio, nada probaba contra sus presuntos reos, y sentía caer sobre el proceso un río de oro.

—¡Oh! sí, sí,—decía,—el dinero es el Dios del mundo y nada se puede contra su omnipotencia.

Todo lo que el teniente alcalde mayor podía hacer era alargar los procedimientos del sumario, ganar tiempo; pero esto debia tener un límite y estaba viendo el día en que se vería obligado á sobreseer respecto á los acusados, ó mejor dicho, á absolverlos de la instancia, aunque no libremente.

Con mucha frecuencia recibía, sin que pudiese saber de dónde, cartas de don Miguelito concebidas en los mejores términos, benévolas, corteses, suplicantes.

Don Miguelito alegaba en todas ellas que si él no se presentaba no era porque fuese culpable, sino porque no quería apurar sufrimientos inútiles.

Rogaba al alcalde mayor se desimpresionase, reflexionase, y viese que había incurrido en un error, que si la autopsia había demostrado el envenenamiento del alcalde mayor y de Patrocinio, los hechos demostraban también que dos de las personas que habían vivido en su quinta de los Prados antes, en el momento y después de las defunciones del alcalde mayor y de Patrocinio, habían huído, que por algunos papeles que se habían encontrado en los muebles pertenecientes á la doña Jacinta se había probado que había tenido amores con un don Vicente Canoso que se había perdido, que aquellas dos mujeres habían sido encontradas degolladas en la Sierra, crímen que podía atribuirse á los caballistas de Oreja y Media que andaban por el distrito donde se habíaan encontrdo los cadáveres y que sin duda aquellos bandidos habían robado á aquellas dos mujeres los

valores que se habían llevado consigo, concluyendo por asesinarlas.

El teniente alcalde mayor, á pesar de todo, se mantenía firme, y daba tales largas al sumario, que aquello amenazaba con no acabarse nunca. Había revelado á Rosario, para ver si, excitada por los celos, se reblandecía, que el marqués, su marido, había robado la noche del Jueves Santo una novicia, con la cual había tenido antiguos amores, del convento de las dueñas del Espíritu Santo.

—Esa es una calumnia como otras tantas que se hacen caer sobre mi marido, - dijo Rosario demostrando enfado.

Y permaneció, en apariencia, tranquila por más que los celos la envenenaban el alma, por más que en su interior jurase vengarse de que aquella mujer, que era la causa de todo lo que sucedía.

Al fin, el teniente alcalde mayor recibió una carta de Caparrota, en que le decía éste de una manera terminante:

«Usía prolonga indebidamente las actuaciones del sumario: nada ha podido usía probar ni contra mi esposa ni contra mí, y sin embargo, aún no se nos ha absuelto de la acusación. Esto justifica la representación en queja que elevo con esta fecha á su majestad. Yo siento haber tenido que recurrir á este extremo, porque estimo á usía, y sé que usía obra de buena fe; pero no puedo sufrir por más tiempo sobre mí el peso de una acusación infamante, ni los padecimientos que soporta mi esposa. Yo espero que usía no tomará á mal lo que yo he hecho, y que comprenderá cuánto será para mí doloroso el resultado que para usía pueda tener el haber faltado á lo prevenido por las leyes por su exceso de celo.

—Esto se acabó, don Segundo,—dijo el teniente alcalde

mayor;—nos hemos dejado las uñas y los dientes en una enorme masa de oro. Como si lo viera, se comprará en Madrid á costa de dinero una determinación concluyente, de resultas de lo cual me parece debo ir despidiéndome de la alcaldía mayor de Sevilla. Yo he cumplido con mi obligación; que el rey haga lo que quiera.

En efecto, á los pocos días de haber recibido el teniente alcalde mayor esta carta de don Miguelito, recibió un mandomiento de la chancillería de Granada, por el cual se le mandaba suspendiese las actuaciones contra el marqués de Casa-Vaquera y sus presuntos cómplices, y enviase original lo actuado á aquella chancillería.

—Y bien, bien,—dijo el teniente alcalde mayor: ahí hay irregularidades, lo confieso; pero me he visto obligado á ellas. Dios quiera que el amor por la justicia no nos sea costoso.

—Cuando se lo decía yo á usía, señor alcalde mayor;—exclamó don Segundo.—¡Dios nos libre de un proceso.

Por lo visto, don Miguelito se había preparado!

Al mes escaso de la remisión del voluminoso sumario á la chancillería de Granada, esta contestó á la consulta del consejo de Estado que debía declararse nulo y de ningún valor el sumario instruido contra el marqués de Casa-Vaquera y supuestos cómplices, debía absolverse libremente á estos y aquellos de la instancia, puesto que nada, ni aun por indicios, se había probado contra los acusados, y por último, que debía suspenderse de su cargo al teniente alcalde mayor, alcalde mayor interino de Sevilla, y sujetarle, así como á su secretario, á un proceso, por abuso de autoridad y de extralimitación de las leyes, mandándose se publicase esta sentencia para que de este modo se repusiese

en su buena opinión y fama el marqués de Casa-Vaquera.

—Mientras haya cortesanos corrompidos é infames,—exclamó irritado el teniente alcalde mayor cuando sintió caer sobre él aquella tormenta,—la justicia será en España una sombra impotente, burlada y escarnecida.

Pero el teniente alcalde mayor tuvo que tener paciencia.

Se le relevó con un viejo golilla que enviaron de la corte, y este golilla la emprendió con el pobre teniente alcalde mayor y con el escribano; pero al fin resultó que se tuvo por celo lo irregular del sumario, se absolvió al teniente alcalde mayor y á su escribano, se le repuso en sus respectivos cargos, y el teniente alcalde mayor volvió á serlo, bajo la jefatura del nuevo alcalde mayor.

Don Miguelito había vuelto descaradamente á Sevilla.

Rosario nada le dijo acerca de Milagros; no quería alarmarle, se fingía una mujer enamorada, sumisa, resignada á todo.

Caparrota había vuelto más insolente que nunca; al creerse perdido, había descubierto que era omnipotente, primero por la lealtad de los suyos, después por su inmenso capital.

Pero pueden hacerse todo género de iniquidades, respecto á la justicia, pueden dejarse impunes los crímenes más horrendos sin engañar á la opinión pública, que es el gran jurado, la conciencia común, que cuando una vez sentencia no vuelve sobre la sentencia para anularla.

El oro y el amaño habían exculpado completamente á Caparrota; pero la opinión pública veía en él descubierto ya el jefe de los invisibles, el gran bandido capitán de los caballistas, que eran el terror de los campos andaluces.

Don Miguelito se encontró aislado; ¿pero qué le importaba? tenía á su Rosario, á su Milagros, su mundo aparte, y casi casi le halagaba el terror que inspiraba.

Había llegado, pues, la hora de retirarse; podía permanecer tranquilo en Sevilla, puesto que había sido libremente absuelto por una sentencia consultada á la Chancillería de Granada, y que había causado ejecutoria.

De improviso desaparecieron Oreja y Media y toda su cuadrilla; se habian retirado á Portugal.

La tierra baja había quedado limpia, á excepción de alguno que otro ratero, con los cuales los migueletes se entendían bien.

En Sevilla habian amenguado mucho las raterías, y no tenía lugar ningún robo de consideración.

—El lobo está harto,—dijo todo el mundo,—y se retira por ahora; más vale así.

En cuanto á Milagros, ni Rosario, ni su padre, ni la justicia, que la buscaba, aunque no con muchas ganas de encontrarla, nada se sabía.

En cuanto á Carlota, don Miguelito la casó con un rico labrador de Osuna.

Parecía, pues, que todo había terminado.

CAPITULO XLIII

De cómo el oro es la absolucion de las absoluciones.

Don Miguelito hacía gala de su insolencia de una manera extraña; conservaba las mismas costumbres de siempre, es decir, su porte era decoroso, digno, altivo; pero arrostraba todo lo que de él se decía con la frente alta y despreciadora, como queriendo decir:

—Y aunque todo eso fuera verdad, ¿qué?

Ostentaba por todos lados y de todas las maneras posibles un lujo escandaloso hasta el punto de que los murmuradores, ajustándole la cuenta por los dedos sacaban en claro que sus rentas no bastaban, ni con mucho, para subvenir aquel lujo.

De manera que, aunque nada se había probado al marqués de Casa-Vaquera, aunque le favorecía una sentencia de la Chancillería de Granada, libremente absolutoria, que por haber causado ejecutoria no consentía se le pudiesen volver a imputar los cargos que se le habían hecho, aunque

el teniente alcalde mayor había sido procesado y, acobardado por la tormenta que veía sobre sí, había cantado la palinodia y había sido confesado y hasta llegado á creer que había caido en error apoyándose en falsas apariencias, todo el mundo, escandalizado, decía:

—Si el marqués de Casa-Vaquera no ha robado, ¿de dónde saca dinero para tanto lujo?

Alegaban algunos á quienes deslumbraba y ponía de su parte la gran riqueza del marqués.

—Es que Casa Vaquera ha vivido hasta ahora bien; pero sin más ostentacion que la necesaria para satisfacer las exigencias de su rango. Mírese que durante algunos años apenas si ha gastado la quinta parte de sus rentas y se verá claro de donde salen esos gastos. El marqués de Casa-Vaquera pretende probar que para brillar como ninguno, no necesitaba ni necesita apelar al crímen.

La opinion pública se dividía; el demonio del oro se iba apoderando de todos.

Hubo muchísimas de las familias relacionadas, por igualdad de clase, con el marqués de Casa-Vaquera, que acabaron por convencerse de lo que querían convencerse por transigir y por volver á estrechar las relaciones con él.

¿Quién había de creer que él era el autor de los envenenamientos del alcalde mayor, de Patrocinio y el andadero de las monjas? ¿Para qué ni en qué estorbaba el alcalde mayor al marqués, siendo como eran, grandes amigos, hasta el punto de vivir en familia? ¿Cómo creer que el marqués había envenenado á Patrocinio, cuando estaba con ella aún en la luna de miel y la adoraba? ¿Ni para qué había necesitado el marqués de Casa-Vaquera quitar de enmedio al pobre diablo del andadero?

Añádase á esto, que los mismos médicos que habían hecho las autopsias habían vacilado, que decían por todas partes que los cadáveres, ya en estado de descomposición, ofrecían grandes dificultades para poder determinar si la muerte había sobrevenido ó no por envenenamiento, porque la irritación de tales ó cuales vísceras, estos ó aquellos vestigios presentados por las entrañas examinadas, podían ser muy bien producidos por la descomposición.

No se había encontrado el veneno, ni esto podía ser, porque el envenenamiento se había hecho por medio de vegetales.

Los venenos minerales aparecen siempre, á pesar de la descomposición cadavérica; pero la acción de los vegetales solo se conoce en el cadáver no descompuesto aún, por el estado de las vísceras y de los órganos.

Cuando la descomposición ha sobrevenido, la acción del veneno vegetal ó animal es dificilísima, sino imposible, de determinar.

Los médicos acabaron por desdecirse, por asegurar que habían incurrido en error.

Quedaban los certificados facultativos de defunción.

El alcalde había muerto por una congestión cerebral, Patrocinio á consecuencia de una tísis aguda, el tío Crisóstomo de languidez.

Quedaban, es cierto, los indicios morales.

El marqués había hecho su primer matrimonio robando primero á Patrocinio, cuyo robo produjo la muerte de su padre, y efectuando su casamiento á los pocos días de esta muerte.

De la misma manera, sobre la muerte de Patrocinio, se había casado con Rosario, que también había andado fuga-

da, perdida, y de una manera más grave que Patrocinio.

¿Qué significaba esto?

Locuras de amor, una exhuberancia de pasión en el marqués de Casa Vaquera; exhuberancia justificada por la gran valía de Patrocinio y de Rosario.

Sobre todo, el que quiere convencerse de una cosa se convence con la mayor facilidad, aunque la tal cosa sea un absurdo.

El lujo, el boato de Casa Vaquera, fascinaba.

¿Cómo privarse de tener su parte en aquella extraordinaria ostentación?

Don Miguelito no había apelado para llenar sus salones á la gentecilla; había dado fiestas que habían retumbado, convidando á Serafina, á su marido, á los parientes de su marido, á la familia de Rosario, á estos y á los otros nobles y ricachos de los pueblos, que se paraban poco en delicadezas; se habían buscado por todas partes las gitanas más hermosas y mejores *cantaoras* de que se tenía ó se había podido tener noticia, para amenizar, pagándolas á peso de oro aquellas fiestas á la manera andaluza.

Se habian dado cenas dignas de Sardanápalo; y no se estaba en el caso, por melindres de conciencia, de perder tan grandes cosas.

Don Miguelito se imponía en fuerza de audacia, y todo audaz que sabe imponerse se impone.

El buen mundo empezó á hacer punta y á frecuentar su casa, hasta que al fin, todos, incluso la marquesa de Casariegos, que en el sumario desdichado, instruido por el teniente alcalde mayor, se había mostrado parte; sucumbieron á don Miguelito, y sucumbieron de buena fé, engañándose á sí mismos, porque de otra manera, ¿cómo aquellos

dignos señores, señoras y señoritas, podian haber frecuentado los salones de un tal bandido?

Solo el conde de los Cabrales no dudaba ni podía dudar.

Tenía en su poder una carta de don Miguelito, en que éste, habiendo vuelto á casarse ya, le había pedido la mano de su hija.

Esta era una cuestión de fechas, y aquella carta enviada á un amigo de Sevilla por el conde de los Cabrales, había circulado de mano en mano, enriquecida por un comentario enérgico; pero la opinion pública, tanto cuando condena, como cuando absuelve, no oye nada, no ve nada, se aferra en su opinión, y no hay medio de conocerla.

Se declaró falsa, calumniosa, la carta del conde de los Cabrales, y se añadió que éste, irritado por la desaparición de su hija, pretendía cargar el muerto sobre el marqués de Casa-Vaquera; pero inutilmente: los que habían transigido con don Miguelito no podian dar su brazo á torcer, porque son muy raros los culpados que se culpan á sí mismos.

Y no era esto sólo: las más respetables familias no veian sin conmoverse una muestra de galantería del marqués de Casa-Vaquera para algunas de sus hermosas hijas.

¡Qué diablos! el marqués podía volver á enviudar, y siempre era bueno tener algo adelantado para un tercer casamiento.

Don Miguelito, entre tanto, había acabado de redondear sus negocios.

Sus barras de oro y plata, de una manera indirecta, se habian acuñado en la misma casa de la moneda, de Sevilla, y la pedrería se había montado de nuevo, determinando magníficos aderezos que embellecían á Rosario.

Muchas veces ésta, hablando con alguna de sus riquisi-

mas amigas, llevaba diamantes que aquella había llevado; pero estos diamantes habían hecho un viaje al extranjero, habian sido retallados, se les había montado de distinta manera y á la última moda, y no había medio de que sus amas, que los tenian tan cerca, los reconociesen.

Sobrevino otra circunstancia, que acabó de esculpar en la opinion pública á don Miguelito, y fué que la inocente y bellísima marquesa de Casariegos, no dejó duda á nadie en la manera que tenía de hablar de don Miguelito, de que estaba locamente enamorado de él, y aún, segun añadian algunos, más observadores y más filósofos, de que era su querida.

¿Cómo pues amaba de tal manera á un hombre y se olvidaba por él de su hasta entonces rigidísima virtud, la marquesa de Casariegos, sino estaba plenamente convencida de que el marqués no era ni por sueños el jefe de aquellos invisibles que la habían tan mal parado?

En efecto, se habían agarrado, como se dice en Andalucía, el marqués de Casa-Vaquera y la marquesa de Casariegos.

Don Miguelito lo había hecho con intención, y esta intención, como hemos visto, había producido un gran resultado.

Al marqués le había sido penosa la conquista de la marquesa; pero ¿qué mujer hay que no se rinda á un hombre bello, experimentado, audaz, y sobre todo tan á la moda como don Miguelito lo era entonces?

En las primeras confianzas de sus amores, don Miguelito la dijo, señalándola las cicatrices que tenía en el pecho:

—¿Y es posible que tú hayas podido creer que yo fuí el causante de este horror?

—¡Oh! Perdóname, Miguel de mi alma,—respondió la marquesa;—yo estaba loca; la verdad es que yo te amo desde que te conocí, y que estaba irritada porque, siendo libre, ni aun siquiera habías pensado en mí. Esta irritación me duraba, y era mayor aún, cuando ese imbécil de teniente alcalde mayor te acusó de tanta enormidad.

Como sucede casi siempre, todos conocían las relaciones de don Miguelito y de la marquesa de Casariegos, ménos la parte dolorosa, esto es, Rosario.

Nadie la decía nada, y por otra parte, la marquesa de Casariegos y don Miguelito, cuando estaban delante de Rosario ó de alguna persona de su familia, guardaban la mayor compostura y se trataban buena, lisa y llanamente, como amigos.

Además de esto, aunque algo hubiese notado Rosario, hubiera callado por dignidad y altivez, hubiera disimulado sus celos de una manera perfecta, como disimulaba los que sentía por Milagros.

El padecimiento de Rosario era horrible; no podía averiguar, no podía saber nada, no tenía instrumentos.

Don Miguelito se había redondeado por completo.

De la misma manera que había convertido en dinero su oro y su plata, que había impuesto en el banco de Holanda, previendo una recaída ante las leyes, había trasformado sus pedrerías en aderezos, se había eliminado de su antigua servidumbre, medida que alcanzó hasta á su administrador general, y había tomado una servidumbre, cada uno de los cuales podía ser muy bien un ladrón doméstico contra él, pero que nada tenían de bandidos.

Toda aquella gente, como Oreja y Media y los caballistas, había pasado, bien acomodada por don Miguelito á Portugal.

Don Miguelito se había quedado sin un solo bandido; no los necesitaba ya para nada.

De la misma manera había destruido los escondrijos que había en su casa, y había hecho desaparecer el horno y los trebejos de fundición.

Se había quedado completamente limpio, se le podía examinar por todas sus fases en lo relativo á su presente, sin que se encontrase la más leve mancha.

Por consecuencia, Rosario, aunque sentía una sed voraz de saber dónde paraba Milagros, no tenía medios para ello.

Don Miguelito, además, observaba para con ella la vida más metódica y más regular del mundo, y continuaba adorándola, y esto sin fingimiento de ninguna especie, porque Rosario era la gran fascinación de don Miguelito, la criatura de fuego que le absorbía y le abrasaba, sin que por esto Milagros dejase de ser para él otro ángel de fuego.

Y como la marquesa de Casariegos era bellísima y apasionada, y muchas otras hermosas damas favorecían aunque recatadamente á don Miguelito, éste aparecía tranquilo, porque era verdaderamente feliz, había callado completamente á su conciencia y saciaba hasta hastiarse aquella terrible voluptuosidad que era la base de su temperamento.

Pero cuando Rosario se vió adorada como no lo ha sido una mujer sobre la tierra, fué cuando dió á luz un hermosísimo niño.

Rosario creyó que don Miguelito se había vuelto loco, tenía que contener el fuego de su mirada, porque don Miguelito palidecía, temblaba, parecía como que se refundía en el alma de Rosario, como que no tenía vida bastante para soportar su amor.

Rosario parecía ser para don Miguelito esa hurí marchita, cada día más joven y más hermosa, esa suprema belleza inmortal que Mahoma prometió en el paraíso como premio á los buenos creyentes, una hora, y á pesar de esto. don Miguelito tenía aún corazón y vida para Milagros, para la marquesa de Casariegos y para otras tantas bellísimas mujeres.

He aquí el gran misterio del alma de Caparrota: su multiplicidad, su prodigiosa actividad, su avaricia, su voracidad por todo lo excitante, por todo lo conmovedor, desde el oro y la sangre hasta el amor.

Por mucho que Rosario conociese á don Miguelito, no podía llegar ni aun por suposición á todo lo terrible de la enfermedad de su espíritu; no, no era posible que con un hombre que de tal manera la adoraba, pudiese amar á otra.

La fuerza de la felicidad que gozaba Rosario lo había dominado todo ella.

Ella no tenía ni vida ni alma más que para su amor, lo había olvidado todo.

Sin embargo, de tiempo en tiempo, una idea lúgubre, un pensamiento sombrío, amargaba de una manera insoportable aquella felicidad.

—No, no, imposible, —decía.—Dios no puede dejar de castigarla; tal vez si Dios permite esta inmensa felicidad, no es sino para hacernos sentir de una manera más terrible su justicia.

Pero veía á don Miguelito, le miraba ansiosa á causa de sus pensamientos; don Miguelito palidecía, cambiaba con ella una mirada inmensa, y Rosario lo olvidaba todo.

La nube que había cubierto por un momento el sol de su felicidad, había desaparecido

Este amor, este bienestar, esta conducta metódica de don Miguelito, prescindiendo de sus caprichos galantes que todo el mundo le perdonaba, le hacían respetable.

Por otra parte, Rosario era el espíritu de la caridad, y sus benéficas manos eran un río de oro para socorrer desgracias.

¿Quién había, pues, de pensar que no había sido un grosero error aquel proceso escandaloso sustraido por el teniente alcalde mayor al marqués de Casa Vaquera?

La absolución llegó á ser completa, y aun el mismo conde de los Cabrales, que aún no había podido encontrar á su hija, dudaba en vista de lo que oía decir del marqués de Casa-Vaquera, fuese el terrible bandido que por algún tiempo había visto todo el mundo.

Tal vez él no era el autor del rapto de Milagros.

Aquella carta que había recibido, podía ser muy bien una falsedad atribuida á don Miguelito por el verdadero raptor, que hubiera querido por este medio ponerse á cubierto.

Esta exculpación del conde de los Cabrales reconocía por causa una escena que había tenido lugar entre él y don Miguelito, poco después de haber aparecido éste en Sevilla, á causa de su absolución.

El conde de los Cabrales había llegado ya á una especie de decrepitud, aunque no por los años, á causa de enfermedades y desgracias; pero conservaba toda la energía de su carácter.

El marqués de Casa-Vaquera se encontró un día con una carta en que el conde de los Cabrales decía:

«El marqués de Casa-Vaquera, que no es el último de los miserables y de los cobardes, espero vendrá á verme á la fonda de los Cuatro Amigos, donde habito, y que comprenderá, por qué altas razones de delicadeza no voy á su casa.»

Don Miguelito se encogió de hombros, y dijo:

—Esto estaba previsto: vamos á ver á ese viejo.

Y en el mismo punto se trasladó á la fonda de los Cuatro Amigos, en cuya mejor habitación encontró al conde de los Cabrales.

El estado de su salud no le permitía levantarse del sillón en que se encontraba.

Una expresión de desolación, de vergüenza, de desesperación, de profundo abatimiento del alma, aparecía en el semblante del viejo.

Si don Miguelito hubiera podido conmoverse, se hubiera conmovido; pero como la situación era de suyo conmovedora para templarse á ellaCaparrota, el gran cómico, afectó una conmoción profunda.

—¡Oh, señor conde!—dijo;—vengo dolorido y aterrado.

—¿Aterrado de la infamia que se comete contra mí?—exclamó el conde.—Es posible. Yo comprendo el crímen; pero no comprendo que un crímen semejante al que contra mí se ha cometido, y se comete, pueda dejar de aterrar al que lo ejecuta, por criminal que sea. Se trata de un padre anciano, de un padre que nada tenía en el mundo más que su hija; de un padre, que por desgracia, tiene resistencia bastante para no perecer, y que lo deplora, porque para él, el dejar de ser, sería el dejar de morir de una manera horrible é insoportable. ¡Cuántas desgracias pueden caer sobre un padre, sobre un hombre de honor!

—Suplico, á usted, señor conde, que me escuche,—dijo Casa-Vaquera, como si hubiera tratado con un superior suyo.

—En otro tiempo, veinte años atrás,—dijo el conde,—yo hubiera buscado á usted con la espada en el cinto; le hubiara matado frente á frente, y si usted no se hubiera defendido, sin consideración de ninguna especie, hubiera acabado con usted como se acaba con un perro rabioso; pero hoy no me queda fuerza más que en el alma, y aun así, el rigor de mis sufrimientos me obliga á emplear en vez de la amenaza la súplica. Yo perdono á usted todo lo que ha hecho, yo lo olvido todo, el desventurado padre, viejo, enfermo, solo, desconsolado, desesperado, no amenaza, suplica. ¿Qué es de mi hija? ¡Por el amor de Dios, dígamelo usted! El padre se sobrepone en mí al cristiano y al caballero; pero á lo ménos saber de mi hija. ¡Oh! Cuando usted sea padre, comprenderá usted esto; comprenderá usted que arrebatar una hija á su padre, ocultársela, tenerle en la ignorancia de lo que de ella ha sido, es haberle arrancado un pedazo de las entrañas; más aún, haberle sumido en una desesperación incalculable, en un tormento infinito, en una agonía fría sin consuelo. Por esto yo me olvido de los preceptos del honor y de los preceptos de Dios, que mandan que un padre deseche de sí indignado y maldiga á la desdichada que ha arrojado la deshonra y el dolor sobre sus canas. Esos preceptos no están escritos para los padres, son contra la naturaleza, contra el corazón; un padre no puede arrojar de sí ni maldecir á su hijo, porque no puede apartarse de su mismo ser, no puede maldecirse á sí mismo. ¡Por el amor de Dios marqués, noticias, aunque no sea más que noticias de mi hija!


Lit - Felipe Gonzalez Rojas - Editor

—¿Qué es de mi hija? ¡Por el amor de Dios, dígamelo usted!

—Mi situación,—dijo don Miguelito,—es la más triste, la más difícil que puede darse, señor conde, atendida la creencia en que usted está de que yo conozco el paradero de su hija.

—¿Y cómo no he de creerlo?—contestó el conde siempre suplicante;—si usted me pidió su mano, mano que yo le negué.

—¡Qué le he pedido yo á usted la mano de su hija!—exclamó con asombro don Miguelito;—¿cuándo, señor conde? ¿en dónde?

—¡Cómo!—exclamó el conde de los Cabrales,—pues qué, ¿no me ha escrito usted á Jerez de una manera particular enviando una persona que en mano propia me entregase su carta?

—Señor conde, yo no he enviado á usted persona alguna, ni con carta ni sin ella. Su hija de usted debía ser mi mujer si usted no la hubiera metido en el convento. Yo estaba resuelto á unirme á ella; pero cuando usted la metió en el convento, cuando usted se mostró inflexible, yo perdí de todo punto la esperanza: entonces me casé con Patrocinio.

—¿Es decir,—exclamó el conde mirando con ansiedad á Caparrota,—que usted afirma que no me ha escrito carta alguna ni ha recibido contestación mia?—y añadió, sacando una cartera y de ella una carta;—¿esta carta que se me entregó en propia mano y de parte de usted es falsa?

—Indudablemente, señor conde; pero veamos, veamos hasta qué punto han sido audaces.

Don Miguelito tomó la carta, la desplegó y la examinó.

—A primera vista,—dijo,—esta carta parece mia; pero no lo es: aquí hay muchas letras cuya forma no me per-

tenece. Además, esta carta está escrita con vacilación: es una carta falsa, y en prueba de ello, hágame usted el favor de procurarme los medios de escribir.

El conde se levantó, fué á una mesa y presentó papel á don Miguelito.

Este escribió rápidamente, de tal manera, que se veia que no podía desfigurar su letra.

El conde de los Cabrales comprobó cuidadosamente ambas escrituras, y despues de un prolijo exámen, encontró diferencias marcadísimas.

Un perito calígrafo no se hubiera equivocado, y hubiera declarado por de una misma mano ambas escrituras

Todo consistia en que don Miguelito había escrito con intención, dando cierta vacilación y cierta diferencia á la escritura de aquellla carta que había escrito al conde de los Cabrales.

—A más de esto,—dijo don Miguelito,—la fecha de la carta demuestra su falsedad: el que la escribió no sabia cuando la fechó que yo me había casado: mi casamiento, aunque anterior á esta fecha, permanecía por este tiempo secreto; ¿cómo puede concebirse que un hombre casado pida la mano de una jóven en el mismo lugar donde reside su esposa, donde se ha becho su casamiento? Esta es una prueba indudable de la falsedad de esta carta.

—¿Y si usted hubiera querido sorprenderme,—exclamó el conde,—si hubiera usted intentado por este medio la salida del convento de mi hija, para que fuera del convento se hiciera más posible su rapto?

—Señor conde yo ni aun he pensado en ella; y es para mí un dolor, un dolor inmenso. el sufrimiento infinito que usted apura. Yo, señor conde, como puede probárselo á us-

ted el nuevo alcalde mayor, desde el punto en que he estado en disposición de obrar, he hecho cuanto me ha sido posible para descubrir el paradero de Milagros, y de una manera inútil, como inútilmente la ha buscado la justicia.

—¿Es decir,—exclamó el conde desalentado, con los ojos llenos de lágrimas,—que tengo que resignarme á morir sin volver á ver á mi hija?

—Señor conde,—exclamó don Miguelito,—también profundamente conmovido,—yo sufro, no diré lo que usted, pero sí de una manera imponderable. Y yo prescindo de que usted me crea ó no me crea, yo importo muy poco; yo daría mi fortuna y diez años de mi vida por averiguar el paradero de Milagros.

Hubo una larga escena, una alternativa de lágrimas, de súplicas, de amenazas y de furor por parte del conde de los Cabrales.

Don Miguelito se mostró siempre dulce, siempre dolorido, siempre afectuoso.

Se separaron, en fin, quedando el conde de los Cabrales en la creencia de que don Miguelito era un hipócrita infame, un traidor que todo lo había preparado hábilmente para excusar una responsabilidad en el caso de que la cuestión viniese á los tribunales.

Pero pasando el tiempo, tales noticias llegaron como ya hemos dicho, de don Miguelito al conde de los Cabrales, que éste llegó á creer que, en efecto, don Miguelito no era el responsable del rapto de su hija.

Pero ¿quién podía haber sido el autor de aquel rapto?

¿Cómo Milagros había contraido unos nuevos amores en el convento?

El conde de los Cabrales se quedó con su dolor y con

su desesperación, y don Miguelito libre, como de todos los otros cargos que se le habían hecho, del de la desaparición de Milagros.

Todo lo había conseguido, todo, por la influencia de su audacia y de su riqueza.

CAPITULO XLIV

——

De como fueron las primeras aventuras despues del rapto de Milagros

Retrocedamos algunos meses antes al punto en que dejamos á don Miguelito cambiando de carruaje, á Milagros desmayada aún, y desapareciendo con ella.

El carruaje había tomado por un camino vecinal hácia Santiponce.

Había pasado junto á Julleras, y se habia detenido en un cortijo propiedad del marqués, situado entre este pueblo y Albaida, á la derecha del camino, y como á una media legua de él hácia la Encarnación.

La casa del cortijo era bella y cómoda.

Estaba situada junto á un arroyo y rodeada de una espesa arboleda, sobre la cual descollaban algunos cipreses y una jigantesca palmera. que databa de un hueso de dátil que había sembrado una bisabuela de don Miguelito, y por esta razón se la llamaba la Palmera de la marquesa.

El lugar era solitario, suntuoso, bellísimo, y aunque

despojados los árboles por el invierno, la madre selva, las yerbas y los cipreses mantenian allí una verdura perenne.

Toda la variación consistia cuando llegaba la primavera en que se tupía más y más.

Todo estaba preparado en el cortijo para el recibimiento de Milagros.

Mucho antes de llegar á este cortijo, que se llamaba de la Palmera de la marquesa, Milagros había vuelto en sí.

Se había encontrado en los brazos de don Miguelito y devorada por sus caricias.

Milagros lanzó un grito de terror, y estuvo á punto de volverse á desmayar.

Pero don Miguelito, redoblando sus caricias, la decia:

—¡Soy yo, tu Miguel, tu amor, tu vida!

Simultáneamente, un movimiento de indignación y otro de inmensa alegría, acometieron á Milagros.

Tenia el alma pura y altiva, sentía la audacia y la profanación del amor de don Miguelito.

Estaba en su poder.

Su honra había muerto.

Su padre se encontraba en la misma situación en que se había encontrado el padre de Patrocinio.

Rompió á llorar.

No podía hacer otra cosa.

Su dignidad, su virtud, la aconsejaban rechazase á don Miguelito.

Pero su corazón, su amor, la adherían á él.

—¡Oh! esto es infame,—exclamó,—esto es indigno, esto no merece más que desprecio, ira y venganza por mi parte: ¿qué has hecho de mí? ¿en qué situación me has puesto, abusando de tu fuerza, de tu astucia, de tu oro, de todos

los incontrarrestables medios que te ha dado el infierno? ¿Qué va á ser de mí y qué va á ser de mi padre? ¡Ah, nuestro honor perdido, nuestro nombre arrojado al escándalo! ¡Y ese era, ese es tu amor; ese amor maldito, que á pesar de todo me enloquece, y sin el cual no puedo vivir.

—Acuérdate Milagros,—la decía don Miguelito, reteniéndola entre sus brazos,—acuérdate.

—Sí, me acuerdo,—contestaba Milagros;—yo era feliz, muy feliz, antes de conocerte; no amaba, no sabía lo que era amor: desde entonces mi vida ha sido un infierno.

—Acuérdate, Milagros,—repetía don Miguelito,—cuando hablando por la reja me decías, agonizando de amor: yo no tengo más voluntad que la tuya; mi alma, mi ser entero es tuyo.

—Sí es verdad,—exclamaba Milagros,—soy tuya, completamente tuya contra mi voluntad y por mi voluntad. Pero acuérdate, Miguel, de que yo te decía que me matarías si tú amor no era digno de mí.

—¡Ah, no, no! pero tú no morirás por mi amor,—dijo don Miguelito;—tú te muestras irritada, y, sin embargo, tu acento revela alegría, felicidad.

—Porque tu amor me arrastra y me envenena Miguel, porque siendo tuya se cumple la voluntad de Dios que me ha criado para tí. ¡Pero qué agonía unida á esta felicidad! ¡mi honra! ¡mi padre! ¿Cómo puedes destruir el escándalo que has dado? ¿Cómo puedes volverme la honra, aunque te cases como te casarás conmigo? Habrá siempre la señal en mi frente, la mancha de la deshonra, la huella de la desvergüenza. No, no hay nada que lave completamente una mancha; lo que ha sido manchado no vuelve á reponerse en la pureza que tenía antes de la mancha. ¿Y qué delito

he cometido yo, Señor, para que mis amores sean tan funestos, tan terribles?

—Aprensiones, fanatismos —dijo don Miguelito,—¿quién hay en el mundo que no esté manchado en alguna manera? ¿quién hay que no tenga que bajar la frente ante aquellas palabras de la parábola de la mujer adúltera *el que esté sin pecado arroje el primero su piedra contra ella?*

—Sí, sí,—exclamó con vehemencia Milagros —pero ¿por qué, por qué ha de estar afeada por una mancha, la inmensidad de mi amor? Bien es verdad que yo merezco lo que me sucede; yo he adivinado lo que eres y sin embargo, Miguel, no me he sobrepuesto á mi amor; yo no le he impuesto silencio, yo no le he aniquilado, y las consecuencias han sido precisas: tú eres el hombre consecuente con tus hechos, tú no respetas nada, tú lo atropellas todo, y yo, Miguel, yo te adoro: estoy avengonzada, muriendo, y sin embargo, soy feliz, feliz como no lo ha sido ninguna mujer. Y tú, tú también eres feliz, Miguel mío, tú te extremeces de amor, tú estas entregado á una agitación que me espanta, pues bien, mátame, mátame, aniquílame; ¿qué puedo yo hacer, Dios mío, yo desventurada sino morir en tu amor?

—¡Oh! nos casaremos, Milagros, nos casaremos; tu padre nos perdonará, y nos envidiarán los ángeles.

A este punto llegaron al cortijo de la Palmera de la marquesa, donde todo, como hemos dicho, estaba preparado: bonitas ropas convenientes para Milagros, que el mismo Caparrota había hecho hacer por medidas prudenciales, como quien tenía tan presente el sér de Milagros.

Y no era esto solo.

Siempre ha habido sacerdotes indignos, saltatumbas sin conciencia, que se han prestado á todo por el dinero.

De donde esos ex-sacerdotes penados y degradados que se encuentran en los presidios, y que algunas veces suben al patíbulo.

Uno de estos miserables estaba tambien prevenido en el cortijo.

Don Miguelito podía haber hecho una farsa, haber habilitado ó disfrazado de clérigo á un tuno; pero las falsificaciones son peligrosas cuando se trata de una criatura inteligente como Milagros.

Don Miguelito habia elegido un cura de los alrededores, hombre que hubiera sido excelente á no ser avaro, pecado enteramente contrario á la creencia del sacerdote cristiano, que debe ser un modelo de desprendimiento de las cosas mundanas.

Pero, en fin, este cura tenía una familia pobre, y era capaz de todo por ella.

Fuera de su avaricia, era un buen hombre, sencillo y dotado de una extraordinaria y cándida buena fé, cualidad contraria á la avaricia, que por lo general es astuta.

Esto quería decir que la avaricia de aquel cura era una avaricia simple.

Don Miguelito le hizo creer que gravísimos intereses, y hasta cuestiones de conciencia, hacían necesario un casamiento irregular, y apoyando estas razones con un raudal de onzas de las buenas mejicanas, embriagó al cura.

Este ignoraba tambien que se trataba de una novicia robada de un convento, como ignoraba que don Miguelito fuese casado.

Milagros entró secretamente por un postigo del cortijo en una sala baja, en la cual todo estaba prevenido, y donde cambió rápidamente de traje.

Don Miguelito entregó el hábito y todo lo que olía á convento que sobre sí había llevado Milagros á la cortijera, para que lo quemase y no lo viese nadie.

El cura dormía entre tanto descuidadamente en una habitación alta.

Milagros había quedado hermosísima con el cambio de traje y con la sobrexcitación de la situacion en que se encontraba.

Sabido es que á las novicias no se las corta el pelo, porque esto se guarda para la profesión, y Milagros conservaba su magnífica cabellera rubia, que peinada de prisa por la cortijera, dejaba ver un desaliño que aumentaba la irresistible belleza de Milagros.

Cuando se retiró la cortijera, don Miguelito dijo á Milagros:

-Yo no quiero que ni por un momento más permanezcas sin ser mi esposa, y vamos á casarnos en el momento.

—¿Y cómo puede ser eso?—exclamó Milagros poniéndose densamente pálida.

—Adorada mía,—dijo don Miguelito sacando un pliego cerrado del bolsillo interior de su levita,—este es un mandamiento cerrado del arzobispo de Sevilla, para nuestro casamiento.

—Pero ¿y cómo puede ser eso?—exclamó Milagros.—¿Pues qué, el arzobispo de Sevilla puede mandar el casamiento de una novicia que aún no ha dejado de serlo ni salido del convento?

—¿Y crees tú que su excelencia conoce todas las religiosas y todas las novicias de su diócesis? Yo tengo grandes relaciones con personas á quienes no amarga el dinero, y que son allegadas al arzobispo: á este señor se le ha pedido

el mandamiento cerrado para el casamiento de la hija del conde de los Cabrales conmigo: se le han presentado los papeles necesarios, ménos la licencia de tu padre, porque hubiera sido menester falsificarla; pero se le han alegado poderosas razones, se le ha presentado una habilitación á causa de tu menor edad del alcalde mayor, se ha salvado este inconveniente, y se ha obtenido el mandamiento cerrado, que es este, para el cura de..., á quien se le manda celebre secretamente este casamiento, porque el secreto es conveniente. El cura de... ha sido avisado con tiempo, y está aquí ya: el cortijero y uno de sus hijos serán los testigos: nada falta, pues.

—¿Y dónde está el cura, Miguel? Quiero verle,—dijo con un recelo instintivo Milagros.

El cura no tardó en aparecer.

Su sola facha tranquilizó á Milagros.

No podía dudarse de que aquel era un cura legítimo.

—Señor cura,—dijo el marqués;—hé aquí la novia, y hé aquí el mandamiento cerrado para proceder á los desposorios.

Se pintó cierta sorpresa en el semblante del cura, que no esperaba se llenase aquella formalidad, porque se le había hablado en otro sentido muy diferente.

—Veamos, veamos, señor marqués,—dijo.

Caparrota le entregó el pliego.

Tan bien falsificado estaba aquel documento, que el cura que ya era viejo y había recibido otros muchos, no pudo ménos de exclamar:

—¡Ah! esto está perfectamente en regla.

—Sí, sí, señor.

—Pues me alegro, me alegro mucho: doy á usted la en-

horabuena, señor marqués; así nos quedamos completos y satisfechos.

La verdad tiene un carácter tal, que no puede confundirse con nada.

Se la siente.

Milagros sintió la verdad en el acento del cura, como había comprendido que era un cura de veras.

Se la ensanchó en el alma á la infeliz.

Aquello era distinto.

Al fin sobrevendría el perdón de su padre, y en cuanto á lo del rapto, Milagros creía que don Miguelito lo arreglaría por medio de la influencia y de su dinero.

El intento de don Miguelito se comprende: hacer que Milagros no se sintiese humillada viéndose su querida, sino que se creyese legítimamente su esposa.

Caparrota no se detenía ante nada.

Llegaba á la bigamia por medio de la falsificacion y del sacrilegio.

¿Qué importaba?

El no quería entristecer su amor con la vergüenza que Milagros no podría soportar.

La ceremonía debía celebrarse en una ermita inmediata, donde todo estaba preparado de antemano.

Entretanto, Rosario estaba en Sevilla, inquieta, presintiendo una desgracia, próximo ya el momento en que el teniente alcalde mayor debía ir á prenderla, como fué, segun hemos dicho en su lugar.

La ermita estaba á poca distancia del cortijo, y se trasladaron á ella.

El casamiento se hizo de una manera completamente regular en la apariencia y en la forma.

Los novios confesaron y comulgaron, de buena fé Milagros, con toda su alma, vuelta á Dios; pero, sin embargo, ocultó lo del rapto.

Lo creía conveniente, y que en ello no pecaba.

Cuando se levantó de los piés del altar se creía esposa legítima de Caparrota.

Se volvieron al cortijo.

Por la mañana, llamaron apresuradamente á don Miguelito.

Era que la gitana, la viuda del tío Carcañales, y la gente que había en su casa, que como sabemos se habían escapado, habían buscado fácilmente la pista de don Miguelito, y acababan de llegar necesitados de que los amparase.

Don Miguelito se aterró con el relato que la gitana le hizo.

Estaba descubierto.

Había que temer la declaración de las gentes, que sin duda habían sido presas, aunque las gentes de don Miguelito habían dado en más de una ocasion pruebas de heroismo, callando y muriendo por Dios.

Don Miguelito encargó al tio Garboso, que así se llamaba el aperador del cortijo de la Palma de la marquesa, pusiese en seguridad á aquella gente, y se fuese en seguida á Sevilla á avisar á uno de los agentes de más confianza que en Sevilla tenía don Miguelito, un procurador práctico que había arreglado muchos negocios difíciles.

—Nos acontece una contrariedad del momento —dijo don Miguelito á Milagros,—se me hace cargo de tu rapto del convento, han ido á buscarme á mi casa y á prenderme y lo han embargado todo.

—¡Oh, Dios mio!—exclamó Milagros,—¿y qué hacer?

—¿Qué hemós de hacer más que huir el bulto mientras esto se arregla?—dijo don Miguelito;—pero el arreglo es largo y difícil: estoy acusado de incendiario y de raptor de una novicia de su clausura, delitos graves que he arrostrado por tí, Milagros de mi alma, y que tienen pena de horca: esto sin contar con que á consecuencia de ello, y una vez mi nombre ante la justicia, se descubra toda mi vida, que es muy grave.

—¡Oh! Pues salvémonos, huyamos,—exclamó Milagros' que se había puesto mortalmente pálida.—¡Qué importa mi padre, qué importa todo? Lo primero eres tú.

—Sí, sí,—dijo don Miguelito;—huiremos de España, si es necesario, mientras esto se arregla, si es que puede arreglarse; pero no lo creo necesario por el momento: yo tengo cubierta mi retirada. Entretanto, aquí estamos mejor que en ninguna otra parte. Si el peligro amenaza, al primer indicio ganaremos bien escoltados la sierra, y siguiendo por ella, nos meteremos en Portugal, donde la justicia de España no podrá alcanzarnos.

Milagros se encontraba en la misma situación en que se había encontrado Patrocinio, y en que que se encontraba Rosario: esposa, sabiéndolo, de un gran bandido ennegrecido por todos los crímenes.

Sin embargo, él había sido el alma terrible de Patrocinio, hasta el punto de pervertirla, y lo era completamente del mismo modo de Rosario y de Milagros.

¡Extraño y terrible dominio del amor!

La mujer ó el hombre que aman, prescinden de todo por el ser amado, y se asimilan con él.

De otra manera no puede concebirse el amor, porque el amor es la refundición de dos almas en una, ó no es amor.

Cuando llegó don Primitivo Sotavento, á quien había mandado llamar Caparrota, la situacion se ennegreció para éste.

Supo que Rosario había sido presa, y presos los ocho bandidos que habian practicado el rapto.

Supo además que se había pedido por el teniente alcalde mayor la exhumación de los cadáveres del marqués de la Pampanera, de Patrocinio y del andadero; que se decia por Sevilla que el jefe de los invisibles y el capitán de los caballistas que infestaban la sierra, era el marqués de Casa-Vaquera, y que se le buscaba con una avidez terrible.

—Pues se tiene usted que venir conmigo á la sierra, don Primitivo.—dijo don Miguelito;—porque allí, en un escondrijo, tengo yo dinero largo que añadir al que tiene mi administrador general, aunque mejor sería se volviese usted inmediatamente á Sevilla con una carta que yo daré á usted para mi administrador, y pesando á oro al alcalde de la cárcel, se llegue á que todos los presos sean prevenidos, á fin de que se embrolle el sumario y nada se pueda sacar en claro. Evitemos el primer golpe, previniendo á todo el mundo, que lo demás ya se arreglará.

Don Miguelito escribió la carta, y don Primitivo partió.

Aquella misma noche, Milagros, vestida de hombre, y don Miguelito, con traje corto, acompañados de Piruétano y de seis muchachos de alma, bien montados y armados, que se reclutaron en el momento, tomó por la Rivera de la Cala.

Llegó cerca del Ronquillo poco despues de la media noche.

Descansó dos horas.

Se puso de nuevo en marcha.

Pasó por el Real de la Jara, y á las doce del día descansaba en un aprisco de pastores, junto á la Puebla del Conde.

Poco despues de haber cerrado la noche, se perdía por entre las quebraduras de los montes próximos á Alaniz, en un lugar asperísimo, bravío, selvático.

El grazoar de las águilas, los extraños zumbidos del viento entre las quebraduras y lo agreste, lo lúgubre del paisaje, ennegrecido por la noche, aterraban á Milagros, que no estaba acostumbrada á aquello.

A más de esto aquella jornada la había fatigado.

De improviso, y al revolver un barranco, se oyó, partiendo de una peña, una poderosa voz de ¡alto!

—¡Oh, Dios mio!—exclamó aterrada Milagros.

—Hasta ahora no hemos estado bien seguros,—dijo don Miguelito.

Y contestó al ¿quien va allá? que pronuncio la misma voz que había dado el alto:

—Caparrota.

—¡El capitán!—gritó la misma voz.

Inmediatamente se oyó ruido marcado de algunos hombres que se acercaban á la carrera.

Muy pronto aparecieron sus sombras indeterminadas.

Llegaron al fin.

—¡Oh! Bien venido, señor marqués,—exclamó Oreja y Media.—Acércate, acércate, Cármen, y dale un abrazo al capitán.

Caparrota estaba al fin entre los suyos, y se sentía capaz de todo.

CAPITULO XLV

De la risible aventura que tuvo lugar, y que dió ocasion á que don Miguelito pensase en un golpe de mano.

—Vamos, ¿y qué es esto, señor marqués?—dijo Cármen. —¿Se echa usted por fin al camino?

Cármen había abrazado á cortijo hundido, como suele decirse, á Caparrota, sin que por esto se le hubiese ocurrido á Oreja y Media tener celos; sabía él demasiado quién era su mujer, y que aquello caía por encima y no tenía significación alguna.

—No lo sé todavía,—dijo alegremente Caparrota;—la verdad es que vengo escapado y á la espectativa para ver si puedo volver á Sevilla á ser el marqués de Casa-Vaquera ó me quedo con vosotros para ser Caparrota. De paso me he traido á mi mujer:

—Ya, ya había yo visto á ese cariño,—dijo Cármen.

Parecía natural que Milagros, que no tenía la costumbre de andar entre aquella gente ni la conocía más que de oidas, se sintiese incómoda en medio de ella, porque había allí caras que por no verlas se podía dar dinero.

Sin embargo, Milagros estaba perfectamente tranquila, más aún, contenta.

Don Miguelito había dicho bien refiriéndose á sus tres amores: «Las quiero tanto porque han nacido para mí, porque son como yo.»

Patrocinio y Rosario habían recibido su bautismo de sangre; Milagros estaba en los momentos de recibirle, ó mejor dicho, en la preparación.

Se encontraba ya en el terreno; sólo faltaba una aventura.

La estaba admirablemente el traje corto de hombre que llevaba.

En Andalucía es casi general, y lo era particularmente en aquellos tiempos, que las señoritas montasen á caballo.

Aquella es una tierra de ginetes, en cuyo número hay que contar á las mujeres, á excepción de las gentes pobres de las grandes poblaciones; pero los del campo por necesidad, y las señoritas por educación, estaban acostumbrados, y eran grandes caballistas.

Esto era un elemento que había servido para que entrasen en campaña Patrocinio y Rosario, y para que á su vez entrase Milagros.

Añádase á esto que Andalucía es la tierra del toreo y de los valientes, que las niñas están acostumbradas á andar entre toros, y que sus padres, sus hermanos ó sus parientes, apenas están espigadillas, las ponen la escopeta ó la pistola en las manos para tirar al blanco; están curadas de espantn y son bravas, sin dejar por esto de ser bellas y delicadas; son, en fin, la mar, un fruto que no se conoce más que allí, y que vuelve locos á los extranjeros que viajan por Andalucía.

Aquellas morenas encendidas, de lucientes ojos negros, de cabello ondeado, de tez sedosa, llenas de una gracia infinita, de un atractivo irresistible, ya sea que bailen el ole, ya que coqueteen ó se guaseen, ya que suspiren enamoradas, pelando en medio de la noche la pava con un buen mozo, ya que rijan un poderoso potro de las dehesas de Jerez ó de Córdoba, son siempre una ilusión, siempre una tentación, siempre un prodigio.

Milagros era una criatura escojida del mejor tipo andaluz, como lo había sido Patrocinio, como lo era Rosario, dignas prendas las tres del bandido más terrible que ha producido Andalucía, por más que, á causa de su manera de ser, no haya brillado tanto como los niños de Ecija, José María, Diego Corrientes, ó el Chato de Benamejí, sin otros muchos que omitimos, caballistas todos de pura raza, ternes todos y todos perteneciendo más ó ménos á un mismo tipo.

Todos los bandidos, que pasaban de veinte, habian acudido á la noticia, que había corrido con una velocidad eléctrica, de la llegada del capitán.

La partida estaba aposentada hacía ya algunos dias en uno de los lugares más ásperos de la sierra de Guadalcanal en una majada de pastores á un medio cuarto de legua del camino.

Desde allí acechaban á los viajeros y caian como buitres sobre ellos.

Hacía ya algun tiempo que no tenía lugar ningun hecho grave.

Todos los que tenían algo que les quitasen, ó que les incendiasen, ó que les estropeasen, pagaban seguro, y un caballista decente no falta jamás á su palabra ni se deshonra robando á los asegurados.

En toda aquella comarca, en cuatro ó seis leguas á la redonda, como todos pagaban seguro, no había medio de hacer nada.

—¡Bah!—dijo don Miguelito, hablando con Oreja y Media mientras avanzaban al rancho de los pastores que estaba inmediato, —hace ya muchos dias que no recibo parte de que se haya hecho nada que valga la pena.

—Bastante se ha hecho señor marqués,—dijo Oreja y Media,—porque tenemos metida en un puño á la comarca y no hay más que dar una vuelta todos los meses y se trae una esportada de dinero de los seguros, y se nos sirve bien, y se nos avisa, y se nos ampara, así es que hace ya un siglo que no hemos tenido el gusto de ver un *gambeto*.

Los gambetos eran los migueletes.

—Pues sería bueno que sucediese algo,—dijo don Miguelito,—para que se despavorizase mi mujer, aunque no lo necesita; pero siempre es bueno.

—Pues qué, no está ya bien despavorizada la señora marquesa?—dijo Oreja y Media.

—¿De qué marquesa hablas tú, muchacho?—preguntó don Miguelito.

—¿Pues de quién he de hablar sino de doña Patrocinio?

—Doña Patrocinio se fué con Dios hace dos meses,—dijo don Miguelito.

—¡Jesús!—exclamó Cármen;—¡qué lástima, señor! Nosotros no sabíamos nada.

—Y qué necesidad había de que lo supiérais? Por eso no habiais de caballear mejor ni peor,—dijo Caparrota.—La actual marquesa es esta señora que me acompaña.

—Pues sea enhorabuena y por muchos años,—dijo Cármen.

Y poniendo su caballo al lado del de Milagros, la dijo:

—Señora, yo creía que el señor marqués se había traido consigo un amor á la sierra, eso es verdad; pero yo no sabía que ese amor era su mujer. Si el señor marqués no se ha acordado de decirle á vuecencia lo que nosotros somos, á poquito que vuecencia esté entre nosotros lo conocerá.

Milagros tomó una mano de Cármen y la dijo:

—Ya veo que usted es una mujer. ¿Y quién es esa buena hembra que va apareada delante con ese otro buen mozo?

—¡Calla! Pues no tiene vuecencia mal ojo, señora marquesa, cuando ha conocido que ese ginete que va delante es una mujer.

—¡Oh! ¡vaya! no hay más que verla el talle, y las caderas, y la caida de los hombros, y el aire, para conocer que es una mujer.

—Es la Mariquita del Monte, la mujer del cabo Torralva que era miguelete, y desde el principio que salimos al camino se vino con nosotros, y por eso nosotros le llamamos el cabo Torralva, porque era cabo de los migueletes. Con nosotros es el teniente, digo, cuando por ausencia del señor marqués, mi marido y yo somos el capitán, que estando aquí el señor marqués mi marido y yo somos el primer teniente y Torralva el teniente segundo: pero nosotros le decimos siempre cabo Torralva. ¡Eh, compadre!—añadió Cármen levantando más la voz,—aquí vamos hablando mal la capitana y yo de usted y de su mujer.

Refrenaron los caballos el cabo Torralva y la Mariquita del Monte y se pusieron al nivel de Milagros y de la Cármen.

—Ya sé yo, comadre,—dijo el cabo Torralva,—que usted cuando habla mal de mi mujer y de mí dice divinidades; muchas gracias. Señora capitana,—añadió dirigiéndose á

Milagros,—si mi mujer y yo no hemos saludado antes á vuecencia, ha sido porque no nos gusta entrometernos, y porque, en fin vuecencia debe saber que siendo todos nosotros del señor marqués, y siendo el señor marqués de vuecencia, de vuecencia somos.

—¿Por qué le das tú tratamiento á esta señora?—preguntó Cármen.

—¡Toma!—dijo el cabo Torralva,—porque á la luz de la luna estoy viendo que este prodigio, que Dios bendiga, con perdon del señor marqués, no tiene cara de ser querida de nadie.

—Pues tiene usted buen ojo, cabo Torralva,—dijo Milagros.

—A la fuerza,—contestó Torralva;—yo sabía que el señor marqués era casado, y aunque no tenía noticias de que hubiese enviudado, en cuanto ví á esta señora, dije para mí: no, pues no, el marqués se ha quedado viudo y se ha vuelto á casar. Hombre, sino hay más que ver los ojos á su excelencia. ¡Buen orgullito tiene su excelencia para irse con nadie que no fuese su marido! *Chanelo* yo mucho, comadre, pero la verdad es, que como iban hablando récio el señor marqués y el compadre, yo me he enterado sin querer de que doña Patrocinio ha pasado á mejor vida (Dios la haya perdonado) y que el señor marqués se ha casado con esta señora.

—Vamos, compadre, que el tiempo está quedón,—dijo la Cármen;—me había hecho usted creer que tenía usted vientos como un sabueso y conocía usted á las personas por el olor.

—Vaya, pues usted perdone, comadre, que todo ello no ha sido más que una broma.

—¿Y quién le ha dicho á usted que yo me haya ofendido,

compadre? No me haga usted tan poco favor, hijo, que no soy yo de tan poca correa.

—Cabo Torralva,—dijo Milagros,—le doy á usted la enhorabuena.

—¿Y por qué, señora?

—Porque su mujer de usted es preciosa.

—Vaya, señora marquesa, pues muchas gracias; pero no se me vaya á enamorar vuecencia de ella, que yo soy muy celoso.

—Si á mí me saliera un cariño que se pareciera á la señora marquesa, te ahorcaba, Torralva.

—¡Jesús! me ahogo,—exclamó el cabo Torralva.—No extrañe vuecencia esto, porque á mí me tiene *barlú* mi mujer; y si vuecencia viera qué sangrecita tiene la niña: su primera hazaña fué partirle el corazón de un alfilerazo á un tremendon que se atrevió á faltarla al respeto estando yo ausente; ¡y si viera vuecencía lo que es el angelito cuando se toca á meter mano!

—Que te calles Torralva,—dijo la Mariquita del Monte,—que á todo el mundo le tienes podridos los oidos conmigo, y te haces *jartizo*, hombre.

—¿Vuecencia lo ve, señora? me trata como á un chiquillo, y estoy viendo el día en que me da azotes.

—Que te calles, Torralva,—repitió la Mariquita del Monte,—y no incomodes á su excelencia.

—Señora, no lo puedo remediar,—dijo el cabo Torralva,—yo no se hablar de otra cosa que de mi mujer. En fin, es la pasión que la tengo, y agradezco mucho á vuecencia el que á vuecencia le haya parecido preciosa; á mí me parece ella un cielo, y yo le parezco á ella todo lo que hay que parecer en el mundo.

Que te calles, Torralva. Dígale vuecencia que se calle, señora marquesa; porque con todo eso que dice que yo le trato como á un chiquillo, maldito si hace caso de mí. Y eso de los azotes que yo te dé se lo cuentas á otro, Torralvilla, que bueno eres tú para que nadie te ande en el bulto, y mucho ménos tu mujer. ¡Pues si *giedes* á diablo desde siete leguas, y por eso te he querido yo!

—Que te calles, Mariquita del Monte,—dijo el cabo Torralva.

—Así están siempre, señora,—dijo la Cármen;—da envidia verlos; se quieren como dos tórtolos, no saben estar el uno sin el otro; y cuando hay peligro hay que verlos; y no se sabe cual de los dos vale más, si el varón ó la hembra.

—Pues que Dios los mantenga siempre así,—dijo Milagros.

Y hablando de esta manera llegaron al aprisco, que estaba en una meseta al fin de la rambla por donde marchaban, al pié de unos altos cerros.

El marqués y Oreja y Media habían ido delante hablando de los negocios de la cuadrilla.

El resto de los bandidos iba á pié, porque habían acudido como les había cogido al saber que estaba allí Caparrota.

Llegaron á tiempo en que en la mayor de las cabañas de los pastores acababa de hacerse la cena para la gente.

El olor de esta cena trasminaba de una manera deliciosa, como que era unos de esos admirables cochifritos de carnero, que solo los pastores saben hacer.

El aprisco encerraba unas mil quinientas cabezas de ganado ovejuno, cuidado por unos veinte pastores con sus fa-

milias, y las chozas de cada una de estas familias formaban una especie de caserío pintoresco de paredes de tierra y altos techos de retama.

La choza del rabadan, que estaba en el centro, era mucho mayor que las otras.

En el hogar, que era de campana, y grande, colocado enmedio de la choza, ardía con una alegre llama toda una carrasca, y pendiente de una cadena del centro de la campana, se veía sobre el fuego una enorme caldera, donde ardía cochifrito próximo á estar ya en punto.

Cuatro enormes mastines aparecían echados alrededor del fuego, y fuera se oía el ronco y poderoso ladrido de algunos otros.

Junto al fuego había un enorme barreño lleno de sopas de ajo con huevos, y mientras la mujer del rabadan probaba el cochifrito para ver si estaba en punto, una mocetona, hija suya, aliñaba no ménos que un barreño de ensalada.

No había que contar con mesa para la cena; pero como no era cosa de que el marqués y la marquesa comiesen en el caldero ó en los barreños, se puso una mediana mesa junto al hogar y se la cubrió con un mantel ordinario; pero muy blanco.

En cuanto á cubiertos, fué necesario atenerse á los de palo y transigir con el pan duro de trigo con mezcla de centeno.

La gente tenía apetito, y no lo tenían ménos Milagros y don Miguelito.

Estos convidaron á su mesa á Oreja y Media, á Cármen, al cabo Terralva y á la Mariquita del Monte.

Aquel era el estado mayor, por decirlo así.

Se les sirvieron las sopas, y después la ensalada en grandes dornajos de madera, y en cuanto á los otros, á los cuales se arrimó Piruétano, se despacharon á su gusto en los barreños y en el caldero.

La cena fué alegre.

Andaba la bota con frecuencia alrededor, y á medida que aumentaban la vueltas de la bota, se iban soltando más y más las lenguas, y aquello era un cruzamiento de retruécanos, de gracias, de *quedadas* y de *camelos.*

A Milagros la gustaba extraordinariamente todo aquello, y á ella, tan delicada, la pareció la cena esquisita.

Concluida esta y quitados de enmedio caldero, barreño y mesa, pero no las botas, salió, no sabemos de dónde, una guitarra, y el cabo Torralva se puso á puntearla, con intención, sin duda, de armar fiesta por la bien venida de Caparrota y de su mujer; pero Caparrota bota en mano, impuso silencio al cabo Torralva y dijo dirigiéndose á todos:

—Muchachos, brindo por la buena vista y porque pronto hagamos juntos algo que sea sonado y deje memoria de nosotros hasta que se acabe el mundo.

Sucedió á esto una exclamación ruidosa y las botas se pusieron en movimiento.

Despues de que hubieron bebido, Caparrota añadió:

—Aquí teneis á vuestra capitana la marquesa de Casa-Vaquera mi esposa, con la cual me casé anoche; pero este casamiento, á causa de no haberse cumplido el luto de la difunta marquesa, es secreto, y no tengo que deciros más; al que lo charle lo dejo yo mudo más pronto que lo digo.

Sucedieron las protestas por todas partes:

—Ea,—dijo Caparrota,—y ahora venga toda la fiesta

que querais mientras que nos hacen la cama para que descansemos la marquesa y yo, que venimos rendidos.

Armóse la fiesta, á la que acudieron todos los pastores y las pastoras; y á pesar de su cansancio, rompieron el baile Caparrota y Milagros.

¡Válgame Dios, Señor, y quién podrá ponderar el entusiasmo de los bandidos y de los pastores al ver la gracia y el aquel con que la capitana bailaba!

En una mudanza sustituyó Oreja y Media al marqués, y en otra mudanza la Mariquita del Monte sustituyó á Milagros.

En esto la rabadana vino á anunciar á Caparrota que como en la choza no había más cama que la suya y la de su hija, les había dejado la suya muy bien mullida y mudada de ropa blanca, y que ellos se acomodarían en pieles y pasarían muy ricamente la noche.

—Ea,—dijo Caparrota,—el que mi mujer y yo nos recojamos, no quiere decir que la fiesta se acabe; de aquí á una hora podeis sacudir las piernas todo cuanto querais; pero en pasando una hora, á dormir todo el mundo. Buenas noches, muchachos.

Y se metió con Milagros en un apartado de la cabaña, donde estaba el enorme tálamo del rabadan y su mujer.

—Pues por mi parte,—dijo Torralva volviendo la guitarra,—se acabó la fiesta, que no quiero yo darle música al capitán y á la capitana mientras descansan. Ea, familia, cada cual á su agujero. Nosotros, señor Oreja y Media, si á usted le parece, nos iremos con nuestras costillas á nuestro chocito.

—Pues por supuesto, cabo Torralva,—dijo Oreja y Media; —pero mire usted, tío Gilandito,—añadió dirigiéndose

al rabadan,—eche usted para acá la calabaza del aguardiente para que tomemos la sosiega, que si no, no vamos á dormir bien.

—Oiga usted, cabo Torralva, ¿usted ha cuidado de decir á los muchachos que han de ponerse de escuchas adónde han de ir?

—Hombre, pues por supuesto,—dijo el cabo Torralva;—á mí no se me olvida nunca lo que es de mi obligación.

En aquel momento se oyó á lo lejos un escopetazo, y á seguida una descarga como de seis ú ocho.

—¡Por vida del cielo!—exclamó Oreja y Media tirando la calabaza, que fué á romperse contra el suelo.—¡Pues para descansar si á usted le parece! Y ha sido hácia el barranquillo. A escape al chocito por las armas, y á juntar la gente, compadre, que nos sorprenden. Aquí ha habido algun traicionero, y como yo huela que ha sido algun pastor, no me queda uno con pellejo, ni oveja que no mate, ni choza que no le pegue fuego.

Don Miguelito y Milagros, que apenas habían acabado de desnudarse, acudieron.

—¿Qué es eso?—exclamó Caparrota.

—Nada,—dijo Oreja y Media;—¿no oye usted? Los muchachos del barranquillo que andan á tiros con los *gambetos*, y nosotros vamos por las armas.

—Quédate aquí, Milagros,—exclamó Caparrota, que se habia abalanzado á un rincón donde estaban su canana y su escopeta.

—No, no, yo voy contigo,—dijo Milagros;—yo no quiero ser ménos que la mujer del cabo Torralva.

—Me vas á acobardar,—dijo Caparrota;—me vas á obligar á que haga un mal papel delante de la gente.

—Sea como quiera,—dijo Milagros,—yo voy contigo.

Y cogió su escopeta y su canana del mismo rincón de donde había tomado la suya Caparrota.

Caparrota no podía detenerse sin dar lugar á que dudasen de él sus muchachos.

No le habían visto nunca en fuego; como que hasta entonces no había salido nunca al camino, y tenía que afrontar bravamente su bautismo de sangre si quería conservar su autoridad.

Se lanzó fuera y se encontró con diez ó doce bandidos, incluso Oreja y Media y el cabo Torralva, que se reunían para correr al sitio donde sonaba el fuego, aunque ya muy atenuado.

Algunos pastores con escopetas, temerosos de la venganza de los bandidos, si no los ayudaban, se habían incorporado á ellos.

Todos se dirigieron á donde continuaba el fuego; pero al llegar á la entrada del barranco, el fuego cesó de improviso.

—¡Eh, qué diablo!—dijo Caparrota;—esto ha acabado demasiado pronto, y lo siento, porque tenía gana de llenarme el ojo de miguelete.

La luna era clarísima

De improviso, de la embocadura del barranco salieron seis de los muchachos, trayendo entre si un hombre y un burro.

El hombre protestaba, y decía que él no había tenido la culpa de que se le hubiera pegado fuego al asno, y Caparrota no acertaba á comprender qué diablos era aquello.

En fin, llevados el hombre y el burro á la gran choza del radaban, se explicó el suceso.

El hombre que acompañaba al burro era avellanado y bien conservado, de fisonomía expresiva y epigramática, que se coscaba mirando á los bandidos y repetía:

—Yo no tengo la culpa d que se le haya pegado fuego al burro.

Y al mismo tiempo se sentía un fuerte olor de pólvora.

—Vamos á ver si te explicas,—dijo don Miguelito.

—Pues, señor,—dijo aquel hombre,—yo soy el alguacil de Guadalcanal.

—Bueno ¿y qué?—dijo Caparrota.

—Nada, que mañana se casa la hija de don Silverio, el millonario, con el hijo del tio Patafólica, que también tiene algunos milloncejos que echar á perder.

—¿Y qué nos importa á nosotros todo eso?—dijo don Miguelito.

—Pues sucede que la boda va á ser en el cortijo Grande de don Silverio, que está en la Dehesa Pedregosa, y para solemnizar la fiesta con un castillo de fuego, cuyo armamento debe tener ya hecho en la puerta del cortijo el maestro de escuela, fuí yo hace tres días á Sevilla por truenos, y carretillas, y cohetes y petardos, y esta noche había yo tomado por la trocha para llegar más presto á Guadalcanal, y había echado un cigarro, y venía echando yesca, y una chispa se hubo de pegar á la carga y empezaron los tronidos, y á santiguarnos á balazos á mí y al burro unos que estaban en lo alto del barranquillo. Esto es lo que ha pasado, y nada más.

Todos se echaron á reir al ver que aquello no había sido más que una falsa alarma, y entonces se comprendió por qué el alguacil decía que no tenía la culpa de que se hubie-

ra pegado fuego al burro, y el olor de pólvora quemada que se sentía.

—Conque las bodas,—dijo Caparrota cuando hubo pasado la hilaridad de sus muchachos y de los pastores,—van á ser mañana en el cortijo Grande de la Dehesa Pedregosa, ¿no es verdad?

—Sí señor,—contestó el alguacil.

—Pues si los novios querian castillo de fuego, me parece á mí que lo van á tener, pero de veras.

—Bueno, yo no tengo la culpa,—dijo el alguacil coscándose;—de todas maneras, aunque no se le hubiera pegado fuego al burro, como yo venía por el barranquillo, hubiera tenido que encontrarme con los muchachos, que estaban arriba.

—Oreja y Media,—dijo Caparrota;—¿paga seguro ese don Silverio el millonario?

—Cabalmente, capitan,—dijo Oreja y Media, que no quería nombrar al marqués delante de nadie;—don Silverio es el único que ha dicho cuando se le ha propuesto que se asegure, que él no necesita más seguro que las escopetas de sus mozos.

—Pues andandito,—dijo Caparrota;—yo le enseñaré á ese mozo á ser mejor criado y á hacer todo lo que los demás hacen. Ahora mismo me encerrais á este hombre para que no pueda avisar de que estamos aquí.

—Bueno, yo no tengo la culpa,—dijo coscándose de nuevo el alguacil.—Con tal de que no se me haga daño, todo irá bien.

—Nadie te hará daño con tal de que no intentes escaparte, y cuando ya no haga falta que calles, te se soltará. Ea, llevárselo, y guardarlo.

El alguacil y el burro fueron sacados fuera.

—Ea,—dijo don Miguelito,—á descansar todo el mundo, que mañana será otro dia y verá el tuerto los espárragos.

Media hora despues todos dormian en el aprisco ménos los perros de guarda, que ladraban sin intermisión.

CAPITULO XLVI

——

El alguacil de Guadalcanal.

Al día siguiente, por la mañana, muy temprano, don Miguelito se levantó y revistió á su gente.

La mayor parte de ellos no le conocían más que de nombre y de haberle visto una sola vez, cuando fué á la cuestión del reparto, como sabemos; pero aunque no le conocían, todos eran unos tunantes muy largos, y les bastó con ver el semblante á su capitán para conocer que era una gran cosa; para que creciese en ellos el respeto que sentían por lo que de él habían oido.

Después de haber revistado á su gente y de haberse informado de los nombres, de las cualidades y de las hazañas de cada uno, don Miguelito hizo le llevasen al alguacil de Guadalcanal.

En cuanto éste le vió, se coscó y dijo:

—Yo no tengo la culpa.

—Tú has aprendido eso en viernes,—le dijo don Miguelito,—y no sé yo á quien le cuentas tú eso.

—¡Toma!—dijo el alguacil;—pues qué, ¿no hay un Dios en el cielo y una justicia sobre la tierra? Con Él y con ella hablo yo cuando digo que no tengo la culpa, porque á cualquiera se le ocurre echar un cigarro, y para fumar ese cigarro es necesario echar yescas, y las chispas van á donde quieren, y el que no tiene intención no peca, y yo no creí que yendo tan envuelta la pólvora se le pudiera pegar fuego al burro; por eso digo que yo no tengo la culpa; y si sucede algo negro será una desgracia y en paz, y nadie puede decir, ni Dios, ni la justicia, que yo tengo la culpa de lo que ha pasado.

—Y si yo mando que te den una paliza por coscón, tampoco tendrás la culpa.

—Me la aguantaré como un señor, ¿y á mí qué?

—¿Sabes tú, mocito, que te estás arrimando demasiado al fuego y que te vas á quemar? No parece sino que tú las echas de que no tienes miedo.

—El que tenga la culpa que la pague,—dijo coscándose de nuevo el alguacil.

—¡Valiente pieza estás tú!—dijo don Miguelito.—Tú me has conocido y has sabido que á mí me gustan los hombres, ó por tunantes, ó por valientes; vamos, ¿te han dado de almorzar?

—¿Y á mí qué?—contestó el alguacil.—Cuando á un hombre ni se le da ni se le quita por nada, tanto le da que le maten de hambre como á palos, ó de un tiro. ¿Y á mí qué? El que tenga la culpa la pagará.

Y se coscó de nuevo.

—¡Por vida del demonio!—dijo don Miguelito;—aquí

tienes tú un hombre que me gusta, hija,—añadió dirigiéndose á Milagros;—y es feo como un mono.

—¿Y á mí qué?—contestó coscándose otra vez el alguacil;—yo no tengo la culpa.

—Ea, que le den á este de comer y de beber lo que quiera,—dijo don Miguelito;—pero tened mucho cuidado con él no se os escape, que esto es un anguila. Ven, Milagros, ven, tú nunca has visto la montaña, y la montaña es hermosísima, se vive en ella mejor que en el llano; su aspecto bravío representa mejor á Dios ó la inmensa madre Naturaleza, como tú quieras; aquí se ensancha el corazón, aquí parece que se nos aumenta el amor por la mujer que amamos. El amor ama la soledad, y lo bello, y lo grande y lo fuerte; no hay nada más solitario, más bello, más grande, más fuerte, que la montaña. El huracán se cansa en la llanura, se desespera, no encuentra nada que arrollar, nada con que combatir; en la montaña ruje, brama, y combate, está en su terreno, hace volar la encina secular, conmueve la roca, y á veces la desgaja, tiene todo el lujo de su horror.

—Yo no sé como estás tú hoy, Miguel,—dijo Milagros avanzando con él por la meseta, y sin importarle gran cosa de las bellezas de la montaña, en que no reparaba, porque para ella no había nada en el mundo más que Miguel.—Tú pareces como preocupado, hay en tus ojos algo que no se comprende, pero que aterra, algo extraño y terrible.

—Es la felicidad inesperada que gozo: he anhelado tanto por tí, he desesperado tanto por tí, te has hecho tú para mí una cosa tan inmensa, que te tengo y no lo creo, que te miro y me parece que eres la visión de un sueño.

—Por el amor de Dios, Miguel,—exclamó Milagros;—no me enamores más, porque tu amor me mata.

—¡Ah! Yo agonizo en tu amor,—exclamó don Miguelito; —yo muero en tus ojos; tus ojos me espantan, me enloquecen y me hacen gozar un placer inmenso, insoportable; tu mirada es voraz, una mirada de demonio.

—¡Ah, Miguel!—exclamó Milagros sorprendida.

—Y qué, Satanás, ¿no es la suma de todas las bellezas, de todas las tentaciones, de todas las pasiones? Tú tienes sus ojos, Milagros, ojos voraces que adoran y amenazan, que revelan un alma de fuego, un alma insaciable, un alma fuerte, un alma capaz de todo por su deseo, por su amor. ¡Ah! Yo he amado muchas mujeres, muchas mujeres me han amado, pero cada mujer que he amado ha ido siendo más terrible, más deliciosa, más encantadora para mí: tú eres la inmensidad. ¡Niña, niña! yo, hasta el momento en que has sido mia, no he sabido hasta qué punto puede ser mortal la mirada de una mujer. ¡Oh! sí, sí, tal puede ser la mirada de una mujer, que mate. Milagros, yo no te digo que te adoro, porque esto es poco, no te digo más sino que me aniquilas, que me absorves, que matas mi voluntad y mi fuerza, que soy tuyo sin condiciones.

—¡Oh, Dios mio! pero tú me hablas de un amor maldito de un amor del infierno.

—¡Maldito sea el amor que no es un amor de Satanás! —exclamó don Miguelito.—¡Oh! mírame, mírame así, mátame, porque morir en tu mirada, es toda la felicidad que puede soñarse, más allá aún. ¡Oh, qué agonía, qué vida! Hé ahí por qué tú encuentras en mí algo de extraño, algo de terrible, algo de insensato, es que tú te reflejas en mí y te ves á tí misma. ¡Ah! La montaña, la tropa de bandoleros, la sangre, el fuego, el horror, el exterminio y tu amor, tu alma, Milagros; esto es vivir.

Milagros estaba pálida y convulsa, y su mirada se hacía cada vez más intensa, cada vez más profunda, cada vez más devoradora.

—¡Oh!—murmuró de una manera ininteligible,—¿qué somos? ¿por qué tenemos la nécia pretension de que nos conocemos y conocemos á los demás? La Naturaleza, siempre misteriosa, siempre desconocida, á cada paso se nos revela más potente y más grande; á cada paso nos demuestra con los hechos que no somos más que átomos lanzados en la inmensidad, que vamos allá adónde corrientes desconocidas nos llevan.

Milagros marchaba en silencio al lado de don Miguelito, con la cabeza inclinada sobre el pecho, abstraida, meditabunda, levantando de tiempo en tiempo la cabeza para absorver, para aniquilar en una mirada infinita á Caparrota.

—No sabemos,—dijo éste,—si nuestro destino está acabando de determinarse en estos momentos; es muy posible que todo se arregle y el nombre del marqués de Casa-Vaquera quede en el lugar respetable en que hasta hoy le ha visto todo el mundo. La gente que me han cogido sabe callar y morir; es esta una virtud de los bandidos, que se encuentra raras veces entre las gentes que pasan por honradas, la de no comprometer á sus amigos, arrostrándolo todo, venga lo que viniere, aunque lo que hubiere de venir sea la horca. ¡Oh! Pero podrá suceder tambien que esté presa alguna persona á quien por tenerte haya yo engañado, haya yo consentido en lo que no podía ser; podrá suceder muy bien que yo me vea envuelto en una venganza, y entonces, Milagros, no hay medio, es necesario permanecer en la sierra, vivir por el propio esfuerzo, dominarlo

todo. Cuando yo te saqué del convento no pensaba ciertamente en reducirte á una tal fortuna; yo creía que, terminando el luto, podría presentarte como mi mujer, hacerte la reina de Sevilla, procurarte una vida plácida y tranquila.

—Prefiero esto,—dijo Milagros;—esto es más conmovedor, y yo he nacido para lo incitante, para lo terrible. Te tengo á tí, y teniéndote, yo digo como el alguacil de Guadalcanal, ¿y á mí qué?

—Pero, ¿y tu padre, Milagros?—exclamó don Miguelito, aventurando una prueba.

Milagros permaneció impasible.

—A eso yo no puedo decir otra cosa sino lo que dice el alguacil de Guadalcanal: yo no tengo la culpa de que se le haya pegado fuego al burro

—¡Ah, deliciosa,—exclamó don Miguelito;—bendita sea tu gracia! ¿Con qué es decir que, salva la comparación, yo te he pegado fuego á tí?

—¡Ay! sí, Miguel de mi alma; yo no sé lo que por mí pasa; yo te amaba que creía que no podía ser más; pero, ¡ay, Señor, qué fatigas! ¡yo me ahogo, yo me muero, yo soy feliz muriéndome y ahogándome por ti! Para mí no hay nada más que tú, y esto me parecería terrible si me asustase; para mí no existe nada más que tú; me he olvidado de todo; ya puede hundirse el cielo, arder la tierra, ¿y á mí qué? mientras yo vea tus ojos enamorados en mis ojos, no necesito más, y repito como el alguacil de Guadalcanal: yo no tengo la culpa de que se le haya pegado fuego al burro, estaba de Dios.

—¿Y por qué, niña, dime, cuando me miras, á vueltas del volcán de tu amor, hay una expresión de amenaza que espanta?

—¡Ay, Miguel de mi alma!—exclamó Milagros, echándole los redondos brazos al cuello y mirándole á dos dedos de los ojos con una mirada que le hizo palidecer y temblar:—yo tengo celos, y los celos me enfurecen.

—¿Celos de qué, Milagros?

—No sé de qué; pero el alma no se engaña, Miguel; lo estoy conociendo por mi misma; no soy yo la sola mujer que tú amas, porque yo no soy la única mujer que puede hacerte amar. Ah, Miguel, Miguel! Cuando una mujer ama como yo te amo á tí, ve en el hombre á quien ama un Dios, y cree que todas las mujeres han de amarle necesariamente como ella le ama. ¡Dios mío! y entre tantas mujeres, ¿no habrá una, diez, ciento, que valgan para tí tanto como yo, y aun más? Miguel, te lo confieso: el solo pensamiento de que tú puedas amar á otra, causa en mí un efecto que yo no te puedo explicar ni tú puedes comprender. ¡Ay, Miguel! si tú quisieras á otra, si tú me robaras para dárselo á otra uno solo de tus pensamientos, yo me complacería en hacerte morir lentamente, en despedazarte, en beber tu sangre. ¡Ah, Miguel! yo, la niña, la delicada, yo me vengaría. Quita, quita, Miguel, me parece que me sucede eso y te aborrezco.

Y rechazó violentamente á don Miguelito.

—¡Ah, inmensidad!—dijo don Miguelito sonriéndola y envolviéndola en su mirada.

Milagros se arrojó de nuevo en los brazos de Caparrota, dejó caer la cabeza sobre su hombro, rompió á llorar y exclamó:

—¡Oh! perdóname, Miguel; yo no sé lo que siento ni lo que digo, yo estoy loca.

—El que diga que el amor no mata,—dijo don Miguelito,

—no sabe lo que es el amor. ¡Oh! para nada se necesita, más vida y más fuerza. ¡Bah, bah! Milagros, no te atormentes por sueños, hija mía. ¿Qué has visto en mí en el breve tiempo que estamos unidos que no te deje ver claro que tú eres mi vida y mi eternidad? ¿No lo he arrostrado todo por tí? ¿No te he arrancado del convento en que te guardaban? ¿No me he puesto por tí en la extrema situación en que me encuentro?

—Es que tú te empeñas contra lo imposible, Miguel,—dijo Milagros;—es que tú lo arrostras todo por un empeño. ¿Pero cómo quieres que no tenga celos? Acuérdate de Patrocinio: tú me humillaste por ella, tú renegaste de mi amor por el suyo.

—¡Oh!—exclamó Miguel un tanto desconcertado,—una locura, la fuerza de las circunstancias, un compromiso contraído por ligereza.

—Lo que prueba que en tí no se puede fiar, Miguel, que tú mismo no te entiendes á tí mismo, que vas adonde la corriente de tu vida te lleva. ¿Cómo quieres que yo esté tranquila? Tú has adorado á Patrocinio, y aun caliente el cadáver de Patrocinio, te has vuelto á mí. ¿Y por qué yo, en vista de esto, no te he rechazado, no te he olvidado? Porque yo también voy á donde la corriente de mi vida me lleva. Nuestras vidas se han unido; marchan ahora juntas, confundidas; ¿quién sabe si se separarán mañana porque me vendas tú ó porque me vengue yo? No, no extrañes que en mi mirada haya para tí pasión y amenaza, delirio y odio, que sea la mirada de un demonio; mi felicidad es muy incompleta; la inquietud la devora, los celos la perturban; toda mi alma se subleva, y soy á un tiempo la más felíz y la más desgraciada de las mujeres.

—¡Oh! tú te tranquilizarás, Milagros, tú comprenderás hasta qué punto te amo yo.

—Dios lo quiera,—dijo Milagros;—pero es muy difícil arrancar de mi alma la duda y el temor. ¡Oh, si tú fueras como yo! Tú eres mi primer y mi único amor, mi último amor, mi vida entera; yo no comprendo que se pueda vivir sin corazón, ni que se puedan tener muchas vidas, y yo soy toda corazón para tí, y no tengo más vida que tú, y en vano veré en tí una fiera sedienta de sangre y de exterminio, yo te amaré siempre. Si tú intentas el golpe de mano contra esos de las bodas por probar si yo, en vista del horror, me horrorizo de tí, excúsalo, Miguel, es inútil, dalo por hecho; yo seré para tí siempre la misma; deja esos pobres novios que se amen y que sean felices.

—¡Bah! eso no puede ser,—dijo Caparrota.—Si tú lo quieres, será; pero tú no querrás que yo me desprestigie con mi gente. Ese don Silverio el millonario, negándose á pagar seguro y diciendo que su seguro está en la escopeta de sus mozos, me ha retado, y si yo rehuso el reto, esos, cada uno de los cuales es un demonio, me creerán indigno de ser su capitán, me perderán el respeto.

—Pues bien,—dijo Milagros sonriendo,—repito lo del alguacil: ¿á mí qué? yo no tengo la culpa de que se le haya pegado fuego al burro. Sosten tu autoridad con esta gente, puesto que ella te sirve para ampararte, y que por ella, si ha sucedido la desgracia de que te se haya descubierto, puedas imponer condiciones y obligar al rey á que te indulte, como se ha indultado á otros. No seré yo la que te ponga obstáculos. Acuérdate: yo te conocí muy pronto y te acepté tal como eras; no podía hacer otra cosa, Miguel; tu amor había matado en mí la voluntad y la conciencia;

yo te lo decia cuando no te amaba como te amo ahora; soy tu esclava, haz lo que quieras de mí.

—¡Oh!—dijo don Miguelito;—para mí no hay nada grande ni difícil; es posible, muy posible que dentro de poco reciba yo noticias que me permitan volver á Sevilla como si nada hubiera acontecido. ¡Oh! pero entonces será necesario nos sometamos á la prudencia, mantengamos secreto nuestro casamiento hasta que todo se arregle; ya veré yo el medio de arreglarlo; pero entre tanto, es imprescindible que tú vivas oculta, y de una manera tal, que nadie pueda descubrirte, ni aun por la más leve sospecha. Si se supiese que tú estabas en mi poder, esto seria una prueba de que yo era el autor de tu rapto del convento, y las leyes caerian sobre mí terribles, ó me obligarian á volver á la sierra. Pero esto no puede durar mucho, Milagros, ya sea que el negocio se arregle ó no. Si yo veo que el negocio no se arregla, realizaré, obteniendo una licencia del rey para vender mis bienes vinculados, toda mi hacienda, y con lo que tengo además, cuyo valor sobrepuja en mucho al de mi hacienda, nos iremos, al extranjero, allí donde ningun peligro corramos, allí donde podamos deslumbrar por nuestra riqueza y nuestro fausto.

—Para mí todo está bien,—dijo Milagros,—con tal de tener tu amor.

Y como mientras hablaban esto habían dado una vuelta por la meseta, se encontraron de nuevo delante de la puerta de la gran choza del rabadan.

Don Miguelito entró con Milagros.

—¿Ha almorzado ya ese?—dijo don Miguelito.

—Sí señor, á su gusto, y con más apetito que un buitre, —dijo el cabo Torralva.

—¿Dónde está?

—Nos le hemos llevado á nuestro chocito, le hemos encerrado y hemos puesto á la puerta un muchacho de guardía.

—Traedlo aquí.

El cabo Torralva salió y volvió á poco con el alguacil.

Este, aunque no dijo una palabra cuando se vió de nuevo frente á don Miguelito, se coscó, y esto era bastante; era lo mismo que si hubiera dicho: ¿y á mí qué? yo no tengo la culpa.

—¿Cuántos hombres hay en el cortijo de la Dehesa Pedregosa?—dijo don Miguelito.

—Entre mozos, gañanes y pastores,—dijo el alguacil,—hay unos treinta hombres, todos duros y malos, que el que ménos tiene una muerte, y bien armados; de manera, señor mio, que debe usted de agradecerme que yo le diga esto para evitarle á usted un trabajo, porque yo quiero siempre poder decir: yo no tengo la culpa.

—Vamos, hombre, gracias por el interés que te tomas por mí,—dijo don Miguelito.

—Yo me intereso por todo el mundo,—contestó coscándose el alguatcil,—yo no quiero tener nunca la culpa de nada.

—Dime tú, ¿sabes tú si tiene dinero en el cortijo, don Silverio.

—¿Y á qué ha de tener dinero en el cortijo don Silverio? El dinero se tiene siempre donde está más seguro, ¿ni quién sabe tampoco dónde tiene su dinero don Silverio si es más ruin que el Gran Tacaño, uno que reza en un libro que leían el invierno pasado por la noche en casa del alcalde? Se trata como un pobretón: las migas por la mañana y la

olla al medio día, y un mal guisado por la noche. A su hija la tenía casi casi con un trapo atrás y otro adelante; y hoy que la vestirán de boda, que ya la habrán vestido, que ya se habrán casado, será la primera vez que la pobre muchacha se haya visto maja; eso sí, retemaja, porque el novio es muy rumboso y muy soberbio, y luego, como ella no le quiere, el hombre hace todo lo que puede para que le quiera; y mire usted que hace ocho días vine yo con el señor Ezequiel á Sevilla, con cuatro machos, dos para que nos llevaran á nosotros, y dos para que trajeran lo que era menester, y mire usted que por poco don Ezequiel se trae en los machos toda la calle de Francos. ¡Qué, hombre! en alhajas solas se gastó mil doblones; y si viera usted que telas blancas compró, y qué telas de seda, y qué blondas. Vaya, hombre, si la Dionisia no quiere hoy con toda su alma á su marido es una bestia. ¿Cuándo se ha visto ella en otra? Ella que hasta que tuvo novio, y novio que le convenía á su padre, andaba descalza de pie y pierna, porque su padre decía que los mejores zapatos que gasta una criatura son aquellos con que sale calzada del vientre de su madre, porque no se rompen nunca, y si alguna vez se rompen, ellos solos se cosen.

—Vamos, don Silverio es un avaro.

—Sí señor,—dijo el alguacil,—ya puede meter un ochavo en el puño cerrado, que aunque usted le de con un martillo en el codo no abrirá la mano, y si le ha dado cincuenta mil pesos de dote á su hija, es porque el novio, desesperado de enamorado, le ha dado dos millones más de dote á Dionisia, y los dos dotes, que hacen uno de tres millones, se han quedado en depósito en poder de don Silverio. De manera que el tener á la fuerza á Dionisia, le cuesta á don

Ezequiel dos millones de reales, sin contar con diez ó doce mil duros que se ha gastado en en las alhajas y en los trapos de la boda; y mire usted que la boda va á ser buena, porque solo en los preparativos se ha gastado don Ezequiel otro dineral, y va á acudir mucha gente. Nada, capitán,—añadió el alguacil coscándose de nuevo,—yo quiero decir siempre que no tengo yo la culpa; si usted se va con sus manos lavadas y tan campante como si tal cosa meterse en el peligro, y le sale á usted mal y le sucede un trabajo, ¿á mi qué? yo no tengo la culpa.

—¿Y qué edad tiene la muchacha?

—Diez y ocho años.

—¿Y es buena hembra?

—¡Pues ya lo creo! una morena con cada ojo que mete miedo, y con unas carnes y un aquel...

—¿Quería ella á alguien?

—Mire usted, su padre, desde que se enamoró de ella don Ezequiel, que fué hace dos años cuando vino con su padre de América, porque el tío Patofólica es español; pero don Ezequiel es americano, porque ha nacido allá, yo creo que en un pueblo que tiene un nombre muy cicatero, porque ese pueblo se llama el Cuezco.

—Hombre, no,—dijo don Miguelito,—ese pueblo se llama el Cuzco.

—Pues mire usted, como en el pueblo todo el mundo le tiene envidia á don Ezequiel porque es muy rico, todo el mundo dice: Miren lo que podrá ser un mozo que es natural del Cuezco; usted dice que no es Cuezco, sino Cuzco, ¿y á mí qué? Yo no tengo la culpa de que los del pueblo hayan confirmado el nombre del pueblo metiéndole una letra extraña. En fin, á don Ezequiel, que es muy redicho y muy relami-

do y muy yo no sé cómo, porque lleva aretes en las orejas como las mujeres, no le gustaba ni una miaja que la Dionisia anduviese descalza y no supiese ni leer, ni escribir, y con un zagalejo de percal azul con pintas amarillas, y un pañolejo al cuello y siempre despeinada; y como á don Silverio le había entrado apetito por las peluconas de los indianos, vistió á su hija medio sí medio no, la compró las primeras medias y los primeros zapatos que había usado en toda su vida, la fregó, la mandó que todos los días se lavase y se peinase y la compró un collar de corales, porque le había dicho el albeitar, que le aconsejaba, que la muchacha con un collar de corales en aquella hermosa garganta que tiene, parecería doble y se le aumentaría un triple el amor á don Ezequiel.

Además de esto, era menester enseñar á leer y escribir á la muchacha.

Y aquí de la dificultad.

El maestro de escuela había andado en otro tiempo en pretensiones de la chiquilla, cuando apenas verdeaba, y el tío Silverio había andado con él á garrotazos.

De manera que no podía hacer las paces; primero por lo de la chiquilla, y por lo de los garrotazos después.

No había de quien echar mano, cuando acertó á pasar por el pueblo una estudiantina de las de la tuna, y el tío Silverio se ajustó con uno de los estudiantes, con la condición de que no le daría más que un jergón en el pajar para dormir, y de comer, y de calzar, y dos pesetas todos los meses para sus otros gastos.

Pero al estudiante se le había llenado el ojo con la muchacha, había olido el dinero y había visto que la muchacha le había mirado á hurtadillas como mira una mujer á un

hombre que le ha hecho hoyo, y se apartó de sus compañeros, quedándose en el pueblo. Y lo acertó.

Porque mire usted que en cuanto la muchachas olian el manteo y la sotana y el sombrero de tres picos, se salian á la puerta y el estudiante, que no pasaba ni pasa de los veinticinco ó veintiseis años, y que es buen mozo, y más largo que de aquí á las Indias, andaba de casa en casa requebrando á esta y solicitando á la otra, y con un saber y una picardía que no se ofendía nadie, ni padres, ni hermanos, ni tios, ni aun los novios de la muchachas que los tenian.

Y se las gobernaba de tal manera, que á él venian á parar todos los cuartos que las muchachas sisaban á sus madres, y ya el huevo, ya el pedazo de tocino ó de longaniza, ya la raja de queso, ya el puñado de higos ó de nueces, ya el pucherete de vino; de manera, que el estudianton, que se llama Partícula tenia y tiene provista como nunca la despensa de don Silverio, porque él creia que con esto se ganaba las voluntades del padre, que era lo único que faltaba para el bodorrio, porque las voluntades de la Dionisia las tenía ya tan ganadas, tan reteganadas, que yo no sé cómo se las vá á gobernar don Ezequiel no dentro de mucho tiempo. En fin, don Silverio aprovechaba la contribución que todas las chicas pagaban al estudiante, y apenas gastaba en comer, y no tenía que pagar las dos pesetas al estudiante, ni que gastar en la taberna, ni en tabaco, porque el estudiante se le llevaba á la taberna y pagaba el gasto y compraba doble en el estanquillo.

Y lo grande era que estas maniobras del estudiante no las entendia nadie más que yo, que soy el alguacil y tengo la obligación de verlo, oirlo y olerlo todo.

Pero yo decia: ¿y á mí qué?

Este bueu mozo, siempre que me encuentra me da un cigarro y me lleva á la taberna, y con nadie se mete, y á nadie incomoda, antes bien, tiene contentas á las chicas del pueblo, y á las que no son chicas, porque mire usted que el estudiante sabe bien por donde se salta dentro del huerto del alcalde, y cómo es y cómo no es la alcaldesa, que es una cuarentona, pero hermosota y fresca, y con más poder que un buey; y cuando el alcalde dice que el administrador le da mal contado el dinero, y que si debía haber tantas onzas y no hay más que cuantas, yo me cosco y digo· ¿y á mí qué? yo no tengo la culpa.

Y lo grande de lo grande es que el estudiante viene á ser el alcalde del pueblo, y el cura, y el beneficiado, y el médico, porque cuando hay que echar un bando, el bando lo escribe el señor Partícula, y cuando hay que sentenciar en un juicio entre dos vecinos, el señor Partícula, que está siempre en esos casos detrás de la silla del señor alcalde, le apunta al oido, y todos los sermones que predican desde que el estudiante llegó el cura y el beneficiado, los compone el estudiante, y cualquier cosa que sobreviene en la parroquia, el estudiante la arregla; y cuando al médico se le atraviesa un enfermo, que no sabe lo que tiene, al señor Partícula acude; y el ama del cura, y la del beneficiado, y la médica, y la boticaria, no pasan mejor rato que cuando el señor Partícula las hace una visita. Y con quien hay que estar bien en el pueblo es con el señor Partícula. Por supuesto, que si yo hablara lo más mínimo, la lluvia de palos que caía sobre el estudiante, le liquidaba y no volvía á parecer por el mundo, como si se le hubiera tragado la tierra.

Pero yo me cosco y digo: ¿y á mí qué? yo no tengo la culpa; que cada cual mire por su hacienda; y esto de entrometerse en los negocios agenos y dar lugar á que se armen culebras por cosas que ya no tienen remedio, no es de hombres decentes. Y luego, que, ya la pesetilla, ya el medio peso duro que se le caen á uno en el bolsillo de parte del señor Partícula... y el hombre que no es agradecido no sirve para nada

Yo bien vi que á los cuatro días de estar en el pueblo, el estudiante le dió al ordinario dinero para que le llevara un sombrero nuevo y una sotana, y un manteo, y camisas y chaqueta, y calzones, y medias, y zapatos, y pañuelos, y una petaca y unos avíos de encender de plata, y otras cuantas zarandajas.

En fin, el hombre se puso más decente que el cura, y decía que aquello lo había él sufragado con lo que había ganado tuneando, á puro golpe de pandereta, y todo el mundo lo creía, porque el estudiante sabía llevarse bien con todo el mundo; y yo decía: si yo hablara... ¿Pero á mí que? Yo no tenía la culpa, y siempre es bueno estar bien con la gente.

—En fin,—dijo don Miguelito,—que el estudiante es un pez de mar ancha, que se ha quedado con el pueblo.

—Sí, que sí,—dijo el alguacil,—y no lo diga usted dos veces, que no es menester. Pero á lo que el estudiante no ha podide llegar, ha sido á camelar á don Silverio para que ponga en la puerta de la calle á don Ezequiel y le case á él con Dionisia; el estudiante aguantaba al novio porque decía: tú te vas y yo me quedo; á tí Dionisia te pone hocico, y á mí me enseña los dientes. Si yo armo un belen contigo, me echan y pierdo esta viña; ponte tú quince, tonto, que yo me

como la partida, y ya nos veremos cuando pase algun tiempo. Pero en fin, aunque llegó hace un mes el caso de que Dionisia y el señor Partícula se explicoteasen bien y clarito con don Silverio, lo único que consiguieron fué que éste cogiera una estaca y emparejara con los dos, y el estudiante salió de estampida y de medio lado, dándose contra las paredes como un gato asustado, y Dionisia estuvo ocho días en la cama si se va si se viene del sobo; y lo que fué peor para el estudiante, que se dejó en el desvan el trapillo, y se encontró por esos vericuetos, sin más cuartos que los que tenía en el bolsillo y los cuatro suyos naturales magullados, cogiendo el aire con las manos, y á la luna de Valencia, y sin atreverse á entrar en el pueblo de día, que lo que es de noche ya le he visto yo saltar la tapía de don Silverio dos veces, y tres la del alcalde, y dos la del cura, y una la del médico, y aun se me figura que le he visto tambien meterse en la jurisdicción del boticario, pero no estoy cierto, y yo no le levanto á nadie ningun falso testimonio.

—Apostaría,—dijo don Miguelito,—á que cada vez que tú has visto saltar á ese mozo una tapia en busca de un nido, te has esperado allá hasta cerca del amanecer á que ese mozo tome vuelo.

—Sí señor; pero con muy buena intención, y para aconsejarle que se deje de temeridades, porque un día pueden olerle y pegarle un escopetazo: el hombre que no es agradecido no vale para nada, y yo estoy muy agradecido al señor Partícula.

¿Conque es decir,—dijo Caparrota,—que la muchacha se casa contra toda su voluntad y echando el alma, con el indiano?

—Se habrá casado ya. Toma, como que los desposorios

debían hacerse á las siete de la mañana para que hubiera día largo para el bodorrio. Ya se ve, su padre la dijo que si no se casaba la pegaba otra paliza como la de marras, y tal había sido aquella paliza, que el alma mía, por no disfrutar de otra, dijo que sí, y como si lo viera, el señor Partícula anda á estas horas alrededor del pueblo como un alma en pena, y luego entre las breñas para ver como van por el camino hacia el cortijo los recién casados.

—¡Hola! aquí, cabo Torralva,—dijo don Miguelito.

El cabo Torralva, que se había ocupado en limpiar y aviar su escopeta junto á la puerta del cabañón mientras el relato del alguacil, divirtiéndose con él como muchos de los otros bandidos, que allí también estaban, se acercó sonriendo á don Migüelito, y le dijo:

—Ya sé lo que usted quiere, capitán, y antes de una hora ya estoy yo aquí con ese señor Partícula ó ese señor diablo, que conozco yo á palmos la sierra y me figuro dónde debe estar. ¿No es eso lo que usted quiere, capitán?

—Pues, eso es: llévate cuatro hombres.

—¡Quiá! No es menester, capitán; con la manta y la escopeta tengo yo bastante.

—De camino, llévate á este y enciérralo otra vez en el chocito; ponle un centinela.

Torralva se llevó al alguacil, ó más bien, el alguacil se fué con él, después de haber saludado cumplidamente á Caparrota, á Milagros, á las otras señoras y á toda la compañía.

El cabo Torralva le encerró en el chocito, dejó allí un hombre guardándole, se lió en la manta, y con la escopeta debajo del brazo tomó al trote por las cercanas quebraduras hacia Guadalcanal.

CAPITULO XLVI

Lo que era el estudiante Partícula.

El aprisco de los pastores estaba muy cerca del pueblo, á pesar de lo que, los bandidos estaban tranquilos en él, porque por el aprisco no pasaba ningún camino ni sendero más que una trocha muy poco usada; y los pastores, cuando iban por avío al pueblo, guardaban, por la cuenta que les tenía, el secreto de que los caballistas estaban con ellos.

Además de esto, Guadalcanal era una pequeña población que no podía poner en cuidado á los caballistas, que allí se encontraban bien y en lugar estratégico, siempre en disposición de arrojarse rápidamente sobre tres ó cuatro carreteras.

Al cuarto de hora de marcha, al pasar por una riberilla cercada de peñascos, y cubierta de higueras, y entapizada de verdura, Torralva se detuvo, porque vió delante de sí, tendido boca abajo en una peña, un hombre que gemía.

Estaba vestido de negro con bayetas, y junto á él, abandonado, había un sombrero de tres picos de los que usaban los estudiantes.

El cabo Torralva se acercó á él, y le llamó la atención dándole con la boca de su escopeta en nn costado.

El echado se levantó vivamente, miró primero con asombro y con miedo al hombre que tenía encima, é instantáneamente exclamó:

—¡Calla! ¡cabo Torralva! ¿pues á qué viene usted por aquí y con esa facha?

—Pues mira que no estás tú tampoco muy cambiado, Lamparones; ¿quién diablo te ha convertido á tí el gambeto en el manteo y la sotana?

—Hombre, cabo Torralva,—dijo Lamparones, á quien llamaremos así, porque este era su antiguo apodo,—ya sabe usted lo que me pasó con el capitán Fanfurriña.

—Hombre, la cosa más natural del mundo: te mandó dar cincuenta palos sobre la caja de tambor por ratero, por cobarde y por sin vergüenza.

—Muchas gracias cabo Torralva,—dijo levantándose Lamparones;—se conoce bien que no me conoce usted á mí. Hombre, cuando yo de valiente rabio y no me puedo aguantar á mí mismo, que estoy yo aquí que un pensamiento se me va y otro se me viene; me parece á mí que antes de que los convidados á la boda se vayan, mato yo á ese hombre.

—Lo que es bocarón, siempre lo has sido tú, que no ha habido más que pedir.

—Calle usted, hombre,—dijo Lamparones,—que usted habla por lo que sabe; pero usted no sabe como yo estoy ahora. Y oiga usted, cabo Torralva: la verdad es, y lo acabo yo de descubrir ahora, que no hay hombre ni valien-

te ni cobarde; que todo el mundo tiene su alma en su almario; solo que para que á uno se le revuelva la valentía y haga una temeridad no se necesitan más que dos palabras, ó nada, á veces una soñación, y para otro es menester cargarle de leña y apretarle: y eso es lo que me pasa á mí, que de mí se reía un muchacho y me hacía correr; y ahora, mire usted, cabo Torralva, con lo que me pasa me he puesto en tal disposición, que me está usted pareciendo nadie, que es todo lo que se puede decir; y bien sabe usted si yo sé que usted es negro; y lo que es eso, apuesto cualquier cosa que me lo está usted conociendo en los ojos.

—Vaya, hombre,—dijo Torralva,—por lo visto te ha picado el tábano cuando has visto que te quitan á tu chiquilla.

Sí, que sí, esa es la fija,—exclamó Lamparones cogiendo su sombrero de tres picos del suelo y poniéndoselo en batalla. Y oiga usted, ya que me ha encontrado usted aquí, présteme usted una pistola, cabo Torralva, ó véndamela usted, que todavía se *abilla* lo bastante para comprar, no digo yo una pistola, sino un *violento* de á treinta y seis.

—Ya, á costa del cura, y del beneficiado, y del alcalde, y del médico, y del boticario, y del albeitar...

Pare usted la jaca,—dijo Lamparones;—á costa del albeitar no, porque es viudo Pero ¿quién le ha *chimuyado* á usted esos secretos míos?

—El alguacil.

—¡Cáspita! ¿y en dónde se ha encontrado usted al alguacil?

—Le tenemos preso.

—¿Pues usted con quién está?—preguntó Lamparones con extrañeza.

—Hombre, yo soy el segundo teniente del capitán Caparrota; y porque el alguacil nos ha contado las tracamandanas tuyas en el pueblo, y nos ha dicho que tú andarías alrededor del pueblo como el gato alrededor de la tajada, yo he venido á buscar al estudiante Partícula, y me he encontrado con el desertor Lamparones. Echa, echa á andar, chiquillo, que el capitán me ha dicho que te coja y te lleve, que te quiere conocer.

—Pues cualquier día me dejo yo meter preso teniendo entre manos el negocio que traigo; como que voy yo á dejar que se acaben las bodas sin que yo mate á don Ezequiel: que no, cabo Torralva: si usted no quiere tener un disgusto conmigo, vuélvase usted y dígale usted á su capitán que no me ha encontrado usted, porque lo que es yo, como no me haga usted tajadas, no me imposibilito de ir á matar á don Ezequiel esta noche.

—Oye tú, trapo viejo,—dijo el cabo Torralva, que empezaba á ponerse en mala disposición;—¿será verdad que tú te has vuelto valiente?

—Pues ya lo está usted viendo: usted tiene armas y yo no; usted me tiene ganada la acción; yo sé el genio que usted tiene, usted puede matarme, y yo le digo á usted, máteme usted; pero yo no voy, yo no pierdo mi libertad.

—Hombre si eso durara me alegraría, porque yo siempre te he tenido buena voluntad, Lamparones; y era lo que yo decía; si á este muchacho se le pudiera soplar un poquito de valor en el cuerpo, sería todo un buen mozo. Yo no necesito matarte, sino romperte una pata y venir luego por tí con un burro; pero yo no quiero hacer eso, y voy á convencerte, con media buena razón, y te vas á venir conmigo como un corderito; yo te doy mi palabra de que esta

misma tarde, ¿que digo esta misma tarde? dentro de una hora estarás bien armado y libre.

—Pues basta, cabo Torralva: vamos andando á donde usted quiera.

—Ya sabía yo que tú te convencerías, tunante.

—Yo sé que una palabra de usted, cabo Torralva, es la palabra del rey, y que usted no dá su palabra sobre le que no puede cumplir: por eso me voy detrás de usted con más confianza que si fuera con mi madre.

—Oye tú, Lamparones,—dijo el cabo Torralva;—¿y esas madrecitas que vas tú á ver saltando por las tapias de noche al pueblo son buenas hembras?

—¡Que si son! la gloria, cabo Torrrlva; particularmente las dos amas, la del cura y la del beneficiado: pues no digo nada las dos sobrinas: vaya unos cariños. Jesús, hombre, y lo bien que yo estaba en el pueblo: á cuerpo de rey y á qué quieres boca.

—Hombre, yo no sé por qué estos mancebos de barbería han de tener todos tanta suerte con las mujeres: como no sea por el cante y por la guitarra...

—Y por la labia, cabo Torralva; y que nosotros no nos metemos en la renta del escusado, y para lo que no es menester ver estamos ciegos, y tan buenos somos para un fregado como para un barrido, y luego que las entendemos, cabo Torralva.

—Oye tú, ¿y cuántas mozas de punta hay en el pueblo?

—Lo menos, entre madres é hijas, sobrinas y tías y tías y sobrinas, hay veinte.

—Pues muchacho, me parece que esta noche va á haber veinte bodas: ya verás tú la que se arma en el cortijo de la Dehesa Pedregosa.

—Pero ¿cómo?

—Eso ya se verá después, ¿cómo es que te encuentro de estudiante, Lamparones?

—Pues, cabo Torralva, eso es muy sencillo, y se dice ello solo: yo me deserté de miedo al capitán Fanfurriñas, en Cazalla, decidido á meterme fraile ó á pasarme al moro; me encontré á unos estudiantes de la tuna, les gustó mi aquel, me admitieron, me fuí con ellos, y con ellos he estado cuatro años haciéndome el sabio.

Hace unos ocho meses que pasamos por Guadalcanal.

Vi á Dionisia cuando su padre nos llamó para ver si alguno de nosotros quería quedarse para enseñarla á leer y escribir.

Ninguno se hubiera quedado por lo que el viejo corbato ofrecia.

Pero como yo me había muerto ya en los ojos de mi Dionisia, me quedé.

Luego despues...

—Sí, sí, ya sabemos lo que fué despues; nos lo ha contado el alguacil. Y mira, en revolviendo ese barranquillo, ya estamos en el aprisco: si tú me prometes ser muy hombre, yo no diré que eres un cobarde, sino que desertaste por enemistades con el capitan Fanfurriñas.

—Descuide usted, cabo Torralva,—dijo Lamparones,—que ya no soy yo el que era, y sino usted verá.

Poco despues el cabo Torralva entraba con Lamparones en el chozón donde esperaba don Miguelito.

CAPÍTULO XLVIII

En que se relata el primer golpe que dió don Migunlito con sus bandidos.

Lamparones se encontró muy pronto tan contento como un hombre á quien ayuda la Providencia.

Sus proyectos encontraban una realización más segura que lo que él había esperado.

Caparrota no pudo ménos de reirse con las aventuras de Lamparones.

Por supuesto, se le armó, se le dió un caballo; pero no se le pudo dar traje.

De manera que cuando se emprendió la marcha á la caida de la tarde, hacía el cortijo de la Dehesa Pedregosa, Lamparones, con su sombrero de tres picos, la canana sobre la sotana y el manteo, y las piernas negras y á caballo, con una escopeta colgada del aparejo, hacia la figura más rara del mundo.

Por supuesto, se habian enviado algunos pastores de

espías al cortijo Grande, los cuales, al llegar á él, no pusierón á nadie en cuidado, porque era lo más natural del mundo que ellos acudiesen á una boda á que tanta gente había ido atraida por la fama que ya á aquella boda se había dado.

Los pastores declararon que en las fiestas había más de doscientos hombres y más de cien mujeres, contándose entre estos hombres gente de alma, capaces de cualquier cosa.

Y como nadie en aquellos tiempos en Andalucía daba dos pasos de su casa sin la escopeta, de los doscientos había por lo ménos ochenta armados.

Decian que la fiesta no podia ser más grande; pero que la novia y el novio tenía cada uno una geta de tres varas; ella, porque la casaban á disgusto y no podía olvidarse de su Partícula, y él, no solo porque su novia estaba séria, sino también porque se habian aguado los fuegos artificiales puesto que el alguacil que había ido por las carretillas, las palmas, los cohetes, los truenos y los petardos, no había aparecido.

En la era del cortijo aparecia huérfano y descarnado el artificio, ó mejor dicho, el esqueleto de palos y cañas que había armado el sacristan contando con colocar luego en el lugar correspondiente todos los elementos de piroctenia que debian llegar de Sevilla.

—Pues ya tendrán castillo de fuego.—dijo don Miguelito

Pero no sabía don Miguelito que esto no era posible, porque no puede haber un tiroteo sino se hace fuego por ambas partes, y en el cortijo de la Dehesa Pedregosa, por más que hubiera ochenta escopetas y otras tantas pistolas, no se podía disparar un solo tiro.

Veamos en que consistía esto.

Desesperado don Ezequiel porque eran imposibles los fuegos artificiales, tuvo una idea luminosa.

Aquellas ochenta escopetas representaban ochenta cananas; por consecuencia había pólvora.

Ya al medio dia, y despues del almuerzo, don Ezequiel, viendo que el alguacil no parecia, llamó al sacristan, y le dijo:

—Tío Pigricia, venga usted acá aparte, porque tengo que hablarle á usted de un asunto muy importante. ¿Si usted tuviera pólvora en grano ahora mismo, podría usted aviar el castillo para la noche, aunque fuese algo tarde?

—¿Pues quién lo duda?—dijo el tío Pigricia.—Pero ya sabe usted, don Ezequiel, que para que los caballistas no puedan proveerse de pólvora en los pueblos, no hay en los estanquillos ni un solo grano, y que cuando se necesita pólvora, es menester que la traiga de Sevilla el ordinario.

—Pero, hombre de Dios,—exclamó don Ezequiel,—¿cree usted que la pólvora, que han traido en las cananas y en las escopetas los convidados, no es pólvora?

Se dió el sacristan un golpe con la palma de la mano en la frente, y dijo:

—Confieso que soy un bruto.

—Pues eso no era menester que usted lo dijera, tío Pigricia; pero vamos al negocio, á recogerle á todo el mundo la pólvora que haya traido, y enseguida usted verá como se las compone.

—Pues es menester que los mozos vayan enseguida á cortar al cañaveral doscientas ó trescientas cañas, y que se traiga á escape toda la guita que haya en el pueblo, que lo que es carretillas, y soles, y palmas, y cohetes, y estrellas, y truenos no han de faltar; y puede ser que sea mejor lo que yo haga que lo que el alguacil tenía que traer de Sevi-

lla; y si viene mañana á buena hora el alguacil y se usa lo que él traiga, ya se verá la diferencia.

Púsose manos á la obra, y todos los poseedores de armas de fuego, entregaron graciosamente la que habían llevado, para lo cual se armó un desarme general de pistola y de escopeta, y el tío Pigricia con cuatro ó seis de los mozos del cortijo, se puso á confeccionar sus fuegos artificiales.

Todo iba muy bien.

A la caida de la tarde estaba ya armada la mitad del castillo y el tío Pigricia aseguraba, lleno de orgullo, que á las ánimas en punto él soltaría el primer cohete, y que acudiese todo el mundo á admirar el prodigio que él había hecho.

Aún no había acabado de cerrar la noche, cuando don Miguelito, con su tropa, llegó á los últimos breñales sobre la Dehesa Pedregosa y mandó que se dejasen allí los caballos, y que cuatro pastores, que para esto los habían acompañado, se quedasen guardándoles.

Luego, todos á pie, inclusa Milagros, que llevaba su escopeta debajo del brazo y sus pistolas al cinto, se encaminaron al cortijo Grande, que estaba próximo y aparecía iluminado por vasos de colores.

Delante del cortijo, en la era, á la luz de la luna, se veía una especie de esqueleto irregular y raro, contra uno de cuyos palos estaba apoyada una escalera de mano, por la que subía y bajaba incesantemente un hombre.

Aquel hombre era el tío Pigricia, que se daba prisa por acabar su obra magna antes de que sonasen las ánimas.

Algunos otros hombres estaban al pié de aquel artilogio, sirviendo al tío Pigricia lo que necesitaba.

Don Miguelito no pudo ménos de extrañarse comprendiendo lo que era.

¿Cómo diablos armaba el castillo si no tenía materiales con que armarle?

Don Miguelito lo comprendió al fin todo.

Habían distraido para esto la pólvora que tan necesaria debía serles para defenderse muy pronto.

Don Miguelito iba rodeando con sus bandidos por las accidentaciones del terreno, á fin de ganar la espalda del cortijo y no ser visto por los que á la puerta del cortijo estaban trabajando en el castillo.

Cuando llegaron á cubrirlos, don Miguelito mandó hacer alto á su gente, y la formó.

—Muchachos,—dijo,—apostaría á que en el cortijo no se nos puede soltar un solo tiro; yo sé lo que me digo; por lo mismo, nos vamos á divertir bien. Tenga todo el mundo presente que la primera descarga que se haga se ha de tirar al aire, y luego con pólvora sola, quitando las balas á los cartuchos, ¿estamos? No hay necesidad de matar á nadie.

—Pues yo tengo necesidad de matar á don Ezequiel,—dijo Lamparones.

—Como te acontezca otra vez interrumpirme,—dijo don Miguelito al desertor,—acabas de hablar para todos los días de tu vida, porque te dejo mudo; pero como me has interrumpido cuando yo había acabado, ahora me toca darte órdenes. Tú dices que tienes corazón y entrañas para meterte solo en la boda y agarrar al marido de tu amante y darle el pasaporte: cuando delante de mí se fanfarronea, es menester hacerlo bueno, y ahora mismo te vas tú á ir delantito, te vas á meter en el cortijo y á ver como sales: en la inteligencia de que te mando también que tires al aire, porque como resulte un solo herido, te cuelgo de una carrasca.

—Me da usted licencia para hablar, capitán?—dijo Lamparones.

—Ya sé lo que me vas á decir; que tú no te quedas tranquilo sino dejas viuda á la muchacha ¿Y á tí qué te importa, si te quedas con nosotros y te traes á la muchacha contigo?

—También eso es verdad,—dijo Lamparones.—En teniendo yo á la Dionisia á mi lado, ¿qué se me da á mí de don Ezequiel? Mejor, con eso don Ezequiel rabiará, y si la busca, entonces será otra cosa.

—En habiendo hecho con don Ezequiel lo que tengo que hacer,—dijo Caparrota,—te permito que tú hagas con él lo que quisieres; pero entre tanto, toda esa gente es mía, y la quiero sana. Con que lo dicho, muchachos, la primera descarga al aire, y luego á cargar con pólvora sola. Ea, que estamos perdiendo el tiempo. Echa tú delante, Lamparones, y no tengas miedo, que nosotros vamos detrás, y en cuanto tú armes la *culebra*, estamos encima.

Lamparones echó á andar hacia el cortijo.

Cuando estuvo á unos cuarenta pasos, todos los demás se fueron tras él.

Ni el tío Pigricia, que continuaba armando su castillo, ni los que con él estaban, podían ver á los bandidos, porque se interponía el cortijo, que era muy grande.

Cuando hubo llegado á las tapias del corral, que no eran muy altas, Lamparones se detuvo y meditó un momento. Luego saltó las tapias.

Hay que advertir, que como él había pertenecido á la casa de don Silverio, y el cortijo era de éste, conocía los lugares y no necesitaba ciertamente plano para ayudarse.

—Pues no es tonto,—dijo don Miguelito al cabo Torralva, que iba á su lado.—El ha dicho sin duda: «Si doy la

vuelta para entrar por la puerta del cortijo, me van á ver los que están en la era, y pueden dar la alarma.» Así los sorprende. A ver, ocho á la carrera, que ya no debe tardar el descalzaperros; á toma: la puerta del cortijo, y nosotros á escalar el cortijo por la tapia del corral.

En este momento se oyó dentro del cortijo, cortando el ruido de la fiesta, y de las guitarras, y de las castañuelas, un pistoletazo, y luego otro, y otro.

—¡Diablo!—dijo don Miguelito, que escalaba en aquel momento la tapia con Torralva.—¿Cuántas pistolas llevaba el Estudiante?

—Cuatro, sin contar con la escopeta.

—Pues adentro, que el hombre debe estar apurado,—dijo don Miguelito.

Y ayudando á Milagros á saltar la tapia, se lanzó con ella, y con Oreja y Media, y con Torralva, hácia el medio del corral.

A la Cármen y á la Mariquita del Monte no fué necesario que las ayudase nadie á saltar.

Se oia dentro una batalla espantosa, y de improviso sonó á la otra parte del cortijo una descarga.

Don Miguelito sintió pasar las balas silbando por encima del cortijo.

—Vamos, han obedecido la órden,—dijo.—Prevenidos, muchachos, que me parece que la gente, esturreada por el otro lado, se viene hácia aquí.

En efecto, una porción de personas aparecieron despavoridas en la gran puerta del corral, que daba paso á los carros.

—¡Alto todo el mundo!—gritó con voz de trueno don Miguelito.—El que dé un solo paso más, muere.

Toda aquella gente escapó, perdiéndose por la puerta por donde había aparecido.

Y seguia la batalla, y los chillidos de las mujeres, y los gritos de los hombres; pero no sonaba un solo tiro.

—Muchachos; aquí vosotros, —dijo Caparrota,—y tú, Oreja y Media, y tú, Torralva, adentro conmigo.

Y don Miguelito se entró sin aprensión, por la ancha puerta, atravesó un pequeño espacio, y se encontró en un gran salon, en un salon inmenso, en donde se revolvían un gran número de personas.

—¡A tierra todo el mundo delante de Caparrota!—dijo éste desde la puerta.

Muchas de aquellas personas, particularmente las mujeres, se echaron en tierra; pero otros hicieron una nueva intentona, y se lanzaron de nuevo hácia la puerta principal del cortijo.

Entonces oyó don Miguelito la voz de Lechuzo, que gritaba:

—Atrás todo el mundo; el que dé un solo paso más, muere.

Retrocedieron de nuevo los que habian pretendido escapar.

—No hay que asustarse, señores,—dijo don Miguelito,— que aquí no se le va á hacer daño á nadie. A ver, que vayan saliendo uno á uno. Torralva, ya sabes lo que tienes que hacer; que te ayude Oreja y Media. Conforme los vayais limpiando, á la cuadra con ellos.

Don Miguelito silbó, volviéndose hacia el corral.

Al volverse vió junto á sí á Milagros, que estaba inmóvil como una estátua apoyada en su escopeta.

En la sala se había establecido un silencio profundo, el silencio del terror.

Muchas más personas que antes, estaban en tierra, otras permanecian de pié inmóviles.

En más de un semblante aparecian la rabía y la cólera.

Al silbido de don Miguelito, acudió Lagarto.

—A ver,—dijo don Miguelito, —que vengan otros dos más para la límpia, otros dos para ir echando la gente á fuera, y dos á la cuadra, para que no puedan salir los que en ella entren.

Las órdenes de don Miguelito fueron cumplidas al momento.

Se estableció una especie de aduana, de cuatro hombres y dos mujeres.

Las dos mujeres eran, la Cármen y la Mariquita del Monte, por que no estaba decente que á las mujeres las registrasen los hombres.

La puerta de la sala donde estaban daba á un callejón donde había otras habitaciones, y este callejón salia á un gran patio, donde estaban las caballerizas, y que se comunicaba por el corral por la puerta, que como hemos dicho, parecía servir para dar paso á los carros.

Entraron en la sala dos bandidos, asieron de los dos primeros hombres que encontraron, y los arrojaron á la aduana.

Se les registró minuciosamente, y el dinero, y los alfileres, y los botones de diamantes, y las botonaduras hechas con monedas, fueron arrojados á una manta que se había extendido á un lado.

El desvalijo de aquellos dos prójimos, solo tardó algunos segundos; tan prácticos eran los bandidos.

Pasaron los despojados á la cuadra.

Otros dos los reemplazaron, que fueron alijerados tam-

bién en un momento, y así sucesivamente, en ménos de una hora. se limpió á doscientos hombres.

Los últimos que pasaron fueron, el cura y el beneficiado á los que no se les pudo ocupar nada, y también pasaron á la cuadra.

Allí no había privilegio, ni se respetaba caracter ni gerarquia.

—¿Pero dónde está el Estudiante? exclamó don Miguelito viendo que se acababan los hombres y que el Estudiante no se les incorporaba.

Lamparones no parecía por el mundo.

Empezó el despojo de las mujeres, y la verdadera ganancía, por que como estaban de boda y se habian compuesto, y eran gente rica, la que ménos llevaba sobre sí en perlas, en sortijas, y en arracadas, y en peinetas, seis á ocho mil reales.

Jimoteaban las pobres, y se las iba el corazón á cada alhaja que las quitaban.

Al fin, en otra media hora, Cármen y la Mariquita del Monte las despojaron á todas, hasta á las pobres criadas, que gracias si llevaban algun cintillejo.

¿Pero dónde estaba la novia?

Había desaparecido de la misma manera que Lamparones

En el salón no habían quedado más que sillas.

Estaba profusamente iluminado; pero de una manera heterogénea, con todos los sistemas de alumbrado que se conocían entonces, desde el candil al candilon, desde el velón chico al velon grande, comprendiéndose también los faroles, los farolillos, la palmatorias y candeleros.

Cada cual había llevado de su casa del pueblo, porque

así se les había pedido, los chismes de alumbrar que tenían.

Media docena de guitarras, de guitarros y de bandurrías, habían quedado en un ángulo del salón, junto con el piporro y el violin de la iglesia, y se veían por acá y por allá panderetas, y por todas partes castañuelas.

La manta dejaba ver un montón de alhajas.

—A ver, á recoger eso,—dijo don Miguelito.—Si dos hombres no pueden con ello, que acudan cuatro, á sacar un macho de la cuadra, á cargarlo con eso y que dos se lo lleven á la sierra.

Esta operacion se hizo.

El robo era de consideración, importaba de treinta y cinco á cuarenta mil duros, entrando por muy pequeña parte el dinero; la gran fuerza eran las alhajas.

Se hizo la operación de sacar el macho y cargarle, y dos de los bandidos se fueron con él el aprisco.

—¿Pero dónde andará el Estudiante y su novia?—decía don Miguelito.—¿A que voy á tenerme que ver obligado á castigar á ese pícaro? A ver ,que echen para acá y que entren en el salón todos los hombres, y que se queden allí las mujeres, que yo nada tengo que ver con ellas. Y cuenta con que nadie le toque ni al pelo de la ropa á una mujer, porque el que haga eso, tendrá que entendérselas conmigo.

Poco después, todos los hombres, cabizbajos y mohinos, fueron entrando en el salón.

Eu las dos puertas de éste había una guardia de bandidos.

Todos aquellos hombres se habían agrupado en masa en un estremo del salón.

Don Miguelito, Oreja y Media, el cabo Torralva, Mila-

gros, la Carmen y la Mariquita del Monte, estaban al otro extremo del salón.

—A ver, que se presenten aquí inmediatamente don Silverio y don Ezequiel,—dijo Caparrota.

Se nos había olvidado decir que para toda esta operación, y desde antes de empezarla, don Miguelito y Milagros tenían cubierto el rostro con antifaces hechos con pañuelos, porque no había habido comodidad para otra cosa.

En vano don Miguelito había mandado adelantar á don Silverio y á don Ezequiel, nadie adelantaba.

Aquellos doscientos hombres estaban más y más agrupados al fondo del salón.

—Los que no me entreguen en seguida,—dijo Caparrota, —á don Silverio y á don Ezequiel, que vean para qué han nacido.

Nadie contestó sin embargo.

—A ver, pues vámonos, se cierran las puertas y se le pone fuego al cortijo,—exclamó don Miguelito.

Se sintió una oscilación entre todos aquellos hombres.

De improviso uno dijo:

—¿Qué adelantan ustedes, don Silverio y don Ezequiel con no presentarse? Nos han sorprendido, nos han cogido la vez, y no hay más que tener paciencia. Si no se nos hubiera tomado la pólvora para ese maldito castillo, sería otra cosa.

—Hombre,—exclamó otro,—no está bien que se comprometa así á tantos padres de familia, porque esta gente es capaz de todo. Conque que se presenten don Silverio y don Ezequiel.

Al mismo tiempo, otros, poseídos por el miedo, habían cogido á los dos llamados, en los lugares en que se encogían,

y los presentaron á don Miguelito, retirándose enseguida al grupo general.

—¿Conque tú, viejo, eres don Silverio?—preguntó don Miguelito.

—Para servir á usted, capitán,—exclamó con la voz desfallecida don Silverio.

—¿Conque avaro y ruín que tú eres,—dijo don Miguelito,—tú has tenido á tu hija sin zapatos y sin medias hasta que la ha salido un novio que te llenó el ojo por ser rico?

—Es bueno acostumbrar á las mujeres á poco,—dijo don Silverio,—y aunque yo tengo alguna hacienda, es tan poca cosa, que con cuatro malos años que vengan se lo puede llevar todo el diablo.

—Y díme tú, mal padre, estando comprometida tu hija con el bachiller Partícula, y más comprometida que lo que parece, como tú sabes muy bien, ¿por qué la has obligado á casarse contra su voluntad, amenazándola con una paliza más grande que aquella que la diste cuando supiste lo bien y lo hondo que se querían el bachiller Partícula y ella?

—¿Qué es lo que está usted diciendo, capitán?—exclamó don Ezequiel.—¿Qué es eso de que mi mujer tenía dares y tomares con el estudiante Partícula?

—Otro delito tuyo, mal padre,—exclamó Caparrota:—engañar á un hombre de bien dándole gato por liebre.

—¡Ay, ay, á mí me va á dar algo!—exclamó don Ezequiel,—¡Que me da, que me da!

Y en efecto, al pobre joven le entró un sudor terrible, se le fué la cabeza, y cayó por tierra.

—¡Pobre!—dijo Milagros.—Ese sabe lo que es querer, y yo le perdono.

—Pues perdonado,—dijo Caparrota;—que se le lleven,

y le saquen fuera, y le echen agua fría en la cara; pero que no le dejen irse.

Entraron dos bandidos y se llevaron á don Ezequiel desmayado.

—Pero á tí no hay quien te perdone, viejo avaro, tirano de tu hija,—dijo Caparrota,—y ahora mismo me vas á decir dónde tienes enterrado tu dinero.

—Yo no tengo dinero ninguno,—dijo don Silverio.

Y dió un gran grito, abrió los brazos, dió una pataleta, y se dejó ir á tierra fingiendo que se desmayaba para que tuviesen lástima de él; pero sólo consiguió maltratarse en la caida.

Don Miguelito le levantó de un puntapié.

—¡Esto no se hace ni entre judíos!—exclamó una voz que salia del grupo general.

—Como yo vuelva á oir otra palabra como esa, ni siquiera una respiración,—dijo Caparrota,—empiezo á tiros con todos ustedes, y no me queda uno. ¡Ea, silencio, cobardes, y tengamos la fiesta en paz, y que no tenga yo que hacer una de las mias! ¡Miren ustedes, doscientos hombres sujetos por veinte! ¡canallas! ¡Con las uñas y con los dientes que fuera!... ¡A callar mucho, ó no me queda uno para contarlo!

Don Silverio permanecía encerrado, encogido, delante de don Miguelito.

Los largos faldones de su levita tocaban casi al suelo, y permanecia lo más mezquino y lo más miserable del mundo.

—¿Conque tú eres un pobretón?—dijo don Miguelito.—¿Conque no quieres tú decirme dónde tienes el gato?

—Yo no tengo dinero,—exclamó con voz de agonía don Silverio.

—Pero tienes leña en la leñera.

Se sintió un gran extremecimiento en los que estaban agrupados al fondo del salon.

—A ver,—dijo don Miguelito,—á buscar leña en la leñera, y á hacer una hoguera delante del cortijo. Y entre tanto, ¿por qué no nos hemos de divertir? Los de adentro pueden ver por las rejas. ¿Dónde está el sacristan?

—Aquí, señor capitán, aquí,—dijo una voz aflautada y mísera; —yo no tengo nada, su merced lo conoce muy bien, y á mí me parece que su merced no hará conmigo nada para que yo le entregué mi dinero, que siete reales y medio que tenía encima cuando me registraron era todo mi caudal.

—Ven acá, hombre, ven acá, que lo que yo quiero es que luzcas tu ingénio y enciendas el castillo.

—Ya decía yo que era lástima que el castillo no luciese, —dijo el sacristan.

El tio Pigricia y los cuatro mozos, que estaban delante de la puerta del cortijo acabando de armar el castillo en la era, habian sido echados para adentro por los hombres de don Miguelito, que habían tomado la parte de delante del cortijo.

Nadie había podido escapar.

No se comprendia cómo no parecian Lamparones y Dionisia.

Debian estar en el mismo cortijo escondidos en algun mechinal.

—A ver, que vayan dos con el sacristan, y que le ayuden á manejar los fuegos artificiales.

El sacristan avanzó orgulloso, porque al fin iba á lucir su obra, pero se detuvo al llegar á cierta distancia de don Miguelito, y dijo:

—¿Y por qué no han de disfrutar también las señoras del castillo?

—Que traigan aquí á las mujeres,—dijo don Miguelito, —y á ensanchar el alma, señores, que lo que había de suceder ya ha sucedido, y yo no tengo cuentas más que con este mochuelo. Vamos, afuera conmigo,—añadió asiendo de un brazo á don Silverio y sacándole fuera del cortijo.

Milagros, Carmen, la Mariquita del Monte, Oreja y Media y Torralva habían seguido á don Miguelito.

El sacristán, con dos de los bandidos los acompañaban.

Las mujeres fueron llevadas á la sala, y las puertas se guardaron de nuevo.

Todos estaban aterrados; pero á pesar de esto, se pusieron en grandes grupos á las cuatro enormes rejas que daban al exterior, para ver lo que iba á suceder.

Lo primero que sucedió fué que el sacristán echó mano de un haz de cohetes, cogió uno y le puso fuego, tan en ello como si nada hubiera acontecido, como si las bodas hubieran continuado su curso plácido y natural.

El amor propio es la primera pasión de las criaturas, y al fin y al cabo lucía su obra, y con un aumento de espectadores.

El cohete hendió rápidamente los aires, y estalló á una gran altura.

Sucedieron otros tres ó cuatro cohetes.

—Venga, venga el castillo,—dijo don Miguelito,—que los cohetes divierten poco.

Don Miguelito estaba tranquilo, casi chancero.

Entre tanto, dos de los muchachos tenían cojido por los brazos al mísero don Silverio, y otros dos traían sin cesar hacecillos de leña.

La ansiedad de los espectadores, no bandidos, era grande.

¿Para qué se encendía aquella hoguera?

¿Iba Caparrota á quemar á don Silverio por el delito de no revelarle dónde tenía su tesoro?

Pero en fin, aquello era un nuevo espectáculo, y todos los espectáculos excitan el intéres, y tanto más cuanto son más horribles.

El desdichado temblaba como una liebre cojida por un galgo, pero tenía el firme propósito de dejarse quemar antes de descubrir el escondite de su dinero.

Cuando la hoguera estuvo bien encendida, don Miguelito, imitando á aquellos terribles calentadores que horrorizaron á Francia y á Europa cuando la grande revolución, mandó descalzar y quitar las medias y remangar los pantalones á don Silverio.

—Vamos á ver, buen mozo,—dijo don Miguelito,—¿dónde tienes tú el dinero?

—Yo no tengo dinero,—exclamó don Silverio con una voz chillona, desesperada, terrible.

Entre tanto, el sacristán, ó porque su amor propio se sobrepusiese á todo, ó porque lo terrible que estaba sucediendo, le aguijase y le impulsase á dar gusto á los bandidos para que no se metiesen con él, hacía arder el primer cuerpo del castillo, y las carretillas determinaban soles, y ardían las palmas, y estallaban por todas partes los triquitraques y los petardos.

Aquello como piroctenia era detestable; pero para función de cortijo valía un mundo.

—A ver,—dijo don Miguelito,—arrimadle los pies al fuego á éste.

—No,—dijo Milagros,—yo no puedo ver esto.

—Silencio,—exclamó Caparrota,—quemadura más ó ménos: es menester que te acostumbres, vida mía; no sabemos

si tenemos que continuar en esta vida, y es menester que el nombre de Caparrota aterre. Con él, con él al fuego, —añadió Caparrota.

Pero en cuanto sintió el calor don Silverio, se encogió, chilló y dijo:

—¡Yo lo diré! ¡yo lo diré!

Ni aun se había quemado.

—¿Lo ves, Milagros?—dijo don Miguelito.—Ya sabía yo que no tendríamos que oler á carne asada.

—Que me calcen, que me calcen,—dijo don Silverio,—para que yo pueda llevar al señor capitán á donde están mis ahorros.

Se soltó á don Silverio y se le entregaron sus medias y sus zapatos.

El pobre diablo se calzó, y dijo:

—Vengan ustedes conmigo.

Pero su acento era desfallecido, parecía el acento de un moribundo.

Don Miguelito, las otras dos, Oreja y Media y Torralva, siguieron á don Silverio, que adelantaba cogido siempre por los dos bandidos que le guardaban.

Entonces le eran necesarios para que le sostuviesen.

Entraron en el cortijo y don Silverio torció hacia la cocina, que estaba á la derecha.

Frente á la cocina daba una de las dos puertas del salón.

Continuaba ardiendo el castillo y sus múltiples tronidos mayores, menores, desordenados, daban no sabemos qué de extraño, de áspero, de lúgubre, de excepcional á aquella escena

Don Silverio se hacía á cada momento más pesado para los que le conducían.

De la cocina pasó don Silverio á un cuarto inmediato, completamente desamueblado.

—¡Allí! ¡allí!—dijo señalando un ángulo.—¡Yo no puedo más, Dios mío!

Su voz se apagaba.

De improviso dió un ronquido y se desplomó en los brazos de los dos bandidos que le sostenían.

—Este hombre se ha muerto,—dijo uno de los bandidos.

—¡Muerto, Dios mío!—exclamó Milagros.

En efecto, tal conmoción había recibido don Silverio, que le había acometido una apoplegía fulminante.

De él no quedaba más que un cadáver.

—Sacadlo,—dijo don Miguelito.—Alumbra, alumbra allí Chucho, hacia dónde él había señalado.

El Chucho llevaba un velón en la mano.

En el ángulo que había indicado el desventurado don Silverio, había una fuerte compuerta cerrada con un candado.

—Afuera ese candado,—dijo don Miguelito.

Se hicieron sobre el candado tres ó cuatro disparos, y se le hizo saltar.

En seguida se abrió la compuerta y se descubrieron unas escaleras.

Se bajó por ellas y al final se dió en un pequeño sótano.

Allí había algunos serijos, que se encontraron cuando se les fué á levantar tan pesados, que cuatro hombres no podían con el menor de ellos.

—Hemos concluido la función,—dijo Caparrota;—el golpe ha sido tan bueno como mío. A ir sacando machos de la cuadra, y á irlos cargando, y cuando estén cargados, á la sierra con ellos.

Don Miguelito se salió, seguido de los que le acompañaban, y se fué á la puerta del cortijo.

Poco después estaban cargados veinte machos, dos caballos y seis burros.

El castillo seguía su granizada de explosiones, que sucedían casi á oscuras.

La obra del sacristán daba fiasco; pero para el sacristán era admirable y continuaba pretendiendo lucirla.

—Cerrad las puertas de la sala, dijo don Miguelito;—pero meted antes en ella al sacristán.

Las puertas fueron cerradas.

Dentro se quedaron todos los convidados de la boda y la gente del cortijo.

—¿Pero no se busca al Estudiante y á su novia?—dijo el cabo Torralva viendo que se ponían en marcha.

—No podemos entretenernos,—dijo don Miguelito;—hemos invertido aquí más de cuatro horas, y ha sido un milagro que un incidente cualquiera no haya dado la alarma al pueblo. Ellos parecerán si son de ley. De prisa, de prisa, á ganar cuanto antes los breñales, á lo más áspero.

La marcha se emprendió á buen paso.

Entretanto, los que se habían quedado encerrados en la sala, pugnaban por forzar las puertas, y aun por desencajar las rejas.

Temían que aquellos terribles bandidos hubiesen puesto fuego al cortijo.

Los disparos con que se había forzado el candado de la compuerta, los había aterrado.

Don Silverio no había vuelto: ¿le habían asesinado por medio de aquellos disparos los bandidos?

Así es que se esforzaban por escapar; pero no tenían más que las manos.

Hasta las navajas se las habían quitado, y como las puertas se abrían para adentro, cuanto más pretendían forzarlas, reuniendo un gran número de hombres sus esfuerzos, más las encajaban.

Las cerraduras eran fuertísimas, y estaban embebidas en la madera.

Don Miguelito sabía bien lo que había hecho.

El día debía encontrar aquellas gentes prisioneras, y avanzaba entre tanto rápidamente hacia el aprisco.

No había quedado en él ningún bandido, y no pudo menos de extrañarles cuando al llegar cerca, oyeron, partiendo de una peña, una voz vibrante que gritaba:

—¡Alto á la partida de Caparrota!

—¡Jesucristo!—exclamó Torralva.—¡Pues si es Lamparones!

Lamparones era en efecto, que se dejó caer de la peña acompañado de otra persona, y vino á reunirse con Caparrota.

La otra persona era Dionisia, que á la luz de la luna aparecía deslumbrante, por las joyas de que la había cargado el enamorado don Ezequiel.

—¡Pues para que parecieran estos por el cortijo!—exclamó el cabo Torralva.—¿Cómo diablos os habeis escapado, muchachos?

—Para que diga usted, cabo Torralva, que yo y mi mujer no somos valientes. Oiga usted, capitán, yo me metí de rondón en la sala, pistola en mano, eché ojo y ví á Dionisia; me fuí á ella, y la agarré; quisieron echárseme encima, y yo zurreé un tiro al aire, pero que hizo su efecto; ésta no

se asustó, sino que se agarró más á mí; yo metí mano á otra pistola, apunté á este y al otro, me hice calle, y solté otro tiro. En fin, á la puerta había todavía algunos hombres; ésta y yo rompimos por medio de ellos, nos quisieron seguir, y yo me volví y disparé otro tiro; ganamos la puerta, y nos escurrimos á tiempo que llegaban los muchachos y echaban para adentro á los que estaban trabajando en aquella casa; nos agazapamos en la sombra el uno pegadito al otro, y cuando ya estaba todo el mundo dentro del cortijo, tomé las quebraduras, y cuando nos vimos en ellas ya no nos dimos prisa, sino que hemos venido paseando muy á nuestro gusto, y muy contentos y muy felices, descansando de cuando en cuando.

—Vaya, pues merecerías que no te se diera tu parte, Lamparones,—dijo Caparrota;—pero, en fin, has dado muestras de que eres un valiente, y esto basta. Tendrás tu parte, y te quedarás con nosotros, y ya serán cuatro las mujeres de alma que tengamos en la compañía.

Caparrota y los suyos no se detuvieron en el aprisco más que para recoger los efectos que en él habían dejado, y soltar al alguacil de Guadalcanal, al que don Miguelito regaló un centenar de onzas.

El alguacil las tomó, y dijo coscándose:

—¿Y á mí qué? Yo no tuve la culpa de que se le pegara fuego al burro.

Don Miguelito, con los suyos, siguió su camino, y al amanecer estaba junto á una cueva, en un sombrío barranco, en lo más áspero de la sierra de Cazalla.

CAPITULO XLIX

De como don Miguelito creyó que lo habia dominado todo, y que nada faltaba á su felicidad.

Por la mañana, ya bien entrado el día, cuidadosos los de Guadacanal al ver que los convidados que habían ido á la boda no volvían, se reunieron en la plaza y empezaron á murmurar acerca del suceso.

Dicho se está que habiendo sido convidada á la boda toda la parte aristocrática del pueblo, sólo quedaba en él la plebe, por decirlo así, y á la cabeza de la plebe estaban el albéitar, el carnicero y el panadero.

— O estas han sido las bodas de Camacho,—dijo el maestro de escuela, que tambien por su carácter particular pertenecía á la plebe,— y los señores que han ido á la boda se han detenido allí embargados por unas delicias semejantes á las de Cápua, ó yo no lo entiendo; ello es el caso que ha sucedido algo, y creo que por ante la caridad cristiana, aunque el gurrumino de don Silverio y los otros orgullosos

señores no nos han creido dignos de asistir á esas ostentosas bodas, nosotros debemos acudir al socorro de los del pueblo que á la boda han ido, aunque hubiéramos de despreciarlos por soberbios, porque á mí me da en las narices un olorcillo nada tranquilizador.

Coincidió con esta reunión de la plebe de la villa de Guadalcanal, la entrada en el pueblo del célebre capitán Fanfurriñas, el oficial de migueletes más portugués y más hinchado que podía darse, con un subteniente que se llamaba Rajador, un sargento que se apellidaba Trueno, un cabo que tenía por apodo Valentía, y veinte greñudos de gambeto, que eran capaces de tragarse la tierra, pero que no se podían tragar á los caballistas, porque, como verdaderos guerrilleros, cuando no les convenía entrar en combate, escurrían el bulto, trasconejándose por los entresijos de la sierra y convirtiéndose en fantasmas.

Rara vez Oreja y Media había medido el alcance de las escopetas, y el buen ojo de sus muchachos con las escopetas y la puntería de los migueletes, y esto cuando había tenido de su parte las ventajas del número ó de la posición.

La verdad era que Oreja y Media había salido airoso en los cuatro ó cinco encuentros que había tenido con los migueletes, y que el capitán Fanfurriñas estaba enfurruñado, y terrible, y ansioso de dar con los caballistas, jurando que no le había de quedar uno vivo.

El tremendo Fanfurriñas, que tenía una figura completamente en armonía con su apodo, habia recibido una confidencia en que se le decía que los caballistas, en número de veinte, estaban en las inmediaciones de Guadalcanal.

Esta confidencia había partido de los mismos pastores, fatigados ya de sufrir y de mantener durante diez ó doce

dias á los caballistas que se comian los mejores corderos é iban agotando el repuesto de vino de los pastores; pero el emisario de estos se había guardado muy bien de dar la cara y de indicar el lugar preciso de la estancia de los bandidos por lo que pudiese acontecer, y Fanfurriñas acudía á Guadalcanal á tomar lenguas para dar una batida en los alrededores.

Fanfurriñas supo que los de las bodas no habian vuelto, como era natural volviesen, y se escamó, como se habian escamado el maestro de escuela, el albéitar, el panadero y el carnicero.

Estando en esto, hé aquí que entró por la plaza, llevando del ronzal á su burro, con el aparejo quemado, el alguacil; y digamos de paso, que antes de entrar en el pueblo, el alguacil se había metido con el burro en una espesurilla, y allí, quitando al animal las enjalmas, escondió en ellas las cien onzas que don Miguelito le había dado.

El alguacil llevó noticias precisas; pero desesperantes.

Los bandidos habian permanecido tranquilos algunos dias en el aprisco de la Meseta de las Aguilas; pera aquella misma noche, como entre doce y una, se habian puesto en marcha, sin decir hácia donde, llevando veinte bestias cargadas con el robo que habian hecho en el Cortijo Grande de la dehesa Pedregosa.

Esto era todo lo que el alguacil sabía, y se estaba á escuras acerca de las desgracias personales que podian haber tenido lugar en el cortijo.

El alguacil había acabado su relato con su estribillo de: ¿y á mí qué? yo no tengo la culpa de que se le pegara fuego al burro.

Sin detenerse ni un momento, el capitán Fanfurriñas

decretó, que en el término de cinco minutos, toda la gente hábil del pueblo se armase y se presentase en la plaza.

A los cinco minutos; Fanfurriñas tuvo un refuerzo de treinta hombres de todas edades, armados cada cual de un escopetucho, y provisto de su canana.

Inmediatamente la columna Fanfurriñas, fuerte ya de cincuenta hombres, se puso en marcha hácia el cortijo grande, al cual llegó al cabo de una hora, y se encontró con el esqueleto del castillo de fuego, ennegrecido, quemado y desvencijado; con las cenizas de la hoguera que delante de la puerta del cortijo se había encendido, como sabemos, para atormentar á don Silverio, y con el clamoreo que salió de la sala baja, donde estaban encerrados aun los prisioneros.

Las fuertes rejas y las formidables puertas habían resistido.

Fanfurriñas se metió en el cortijo, y echó abajo, valiéndose de un hacha que en el cortijo se halló, y al buscar la cual se encontró el cadáver de don Silverio á la puerta.

Se les encontró á todos macilentos, descompuestos, asustados aún los más bravos, las mujeres traspilladas, despojadas, medio locas de miedo, todo en fin, ofreciendo el espectáculo de la desolación más terrible.

—¡Pues voto á tantos y á cuantos, exclamó Fanfurriñas.—¿Cuántos eran los ladrones para haber podido meter en un puño á tanta buena gente?

Ya era aquello una cuestión de amor propio.

Los ternejales que habían asistido á la boda, no querían por nada del mundo confesar la imprevisión en que habían dado quedándose sin un grano de pólvora y que por esta sola razón, veinte hombres determinados habían podido meterlos en un puño y quitarles hasta la cerilla de los oidos.

—¡La mar! señor capitán Fanfurriñas,—dijo tomando la palabra, uno de los ternejales más acreditados de la comarca.

—Empecemos porque yo no me llamo Fanfurriñas,—exclamó el capitán de Migueletes,—y que al que quiera *rascarse* conmigo *enfanfurriñándome*, tiro de la espada y le divido como si fuera una hoja de papel; yo me llamo don León Fuertes, y así se me ha de llamar y no de otra manera.

—Dispense usted, señor don León,—dijo el terne,—que yo no he tenido intención de ofender á usted, ni de rascarme con usted, sino que me he valido para nombrarle del apodo usual, por el cual se le conoce á usted en toda la sierra.

—Pues miren no le pege yo fuego á la sierra, para que ponga en desuso ese mal uso. Vamos á ver: ¿Cuantos eran los muchachos que les han metido á ustedes mano?

—¡La mar, señor don León, la mar!—contestó el que llevaba la palabra.

—Pero hay mares chicas, y mares grandes,—dijo Fanfurriñas,—y muchas veces el bulto de las cosas consiste en el mayor ó menor miedo con que se mira.

—Pues aquí nadie tiene miedo, ni las mujeres,—contestó el otro;—pero cuando se viene encima el diluvio...

—Vamos,—serían cuarenta ó cincuenta hombres,—dijo Fanfurriñas.

—¡Cá! no señor; más, mucho más.

—¿Más hombre? ¡Pues si el alguacil de Guadalcanal dice que no pasaban de veinte, y ha estado entre ellos!

—Esa sería una pequeña parte,—contestó el otro,—y el alguacil no habrá visto á los demás, que sabe Dios donde estarían embreñados.

—Todo puede suceder,—dijo Fanfurriñas.—Vamos, serían ciento.

—¡Cá! no señor; á ciento nos los hubiéramos merendado nosotros como guindas; eran más, muchos más.

—Vamos, doscientos.

—Eche usted y no se quede usted corto, que todavía no es eso,—dijo el otro.

—¿Serian mil?—exclamó Fanfurriñas ya algo puesto en respeto.

—¿Mil? ¡qué si quieres! —Si no hubieran sido más de mil, nosotros, parapetados en el cortijo, hubiéramos podido defendernos y ganar tiempo para que se viniese en nuestro socorro. Mire usted, señor don León, para no cansarse, nosotros no hemos podido contarlos; pero cuando le digo á usted que eran la mar, no exajero. ¡Qué, hombre, si estaba tapada la dehesa por arriba, por abajo, por la derecha y por la izquierda! Que lo digan sino los amigos.

De todas partes salieron afirmaciones, como que todos tenian tanto amor propio como el que llevaba la palabra por todos.

—Pero hombre,—dijo Fanfurriñas,—yo no he tenido noticias nunca sino de que la partida de Oreja y Media ó de Caparrota, que yo no sé quién es, porque no le he visto nunca, no pasaba de veinte hombres.

—¡Anda, anda! Mire usted, señor don León; en la sierra y con dinero, se tiene toda la gente que se quiere, y esos caballistas *avillan* mucho *parne*; porque han dado muy buenos saltos. Usted lo sabe mejor que nadie, y todo el mundo les teme; y de tal manera, que no hay en la comarca un solo labrador ni un solo ganadero, que no les pague seguro, y si á don Silverio le han metido mano y le han matado,

que nosotros creemos que le han matado, porque no le hemos vuelto á ver, y hemos oido los tiros conque le *amulavarón*, él tuvo la culpa por avaro, porque él decía que no necesitaba más seguro que las escopetas de sus mozos; y la verdad era que á todo se atrevia por no aflojar ni un maravedí.

—¿Y dicen ustedes que mataron á tiros á don Silverio? Pues si en esto aciertan ustedes como en lo de la multitud de los caballistas, están ustedes lucidos. Don Silverio está muerto; pero no tiene en la piel más agujeros que los naturales con que su madre le echó al mundo.

—¿Y nosotros qué sabemos?—dijo el preopinante,—nosotros no sabemos más sino que se llevaron á don Silverio, y que poco despues sonó una descarga. Vea usted ahí, que la consecuencia que usted ha sacado es mala.

—A mí no me dice nadie que las consecuencias que yo saco son malas,—dijo el capitán Fanfurriñas,—porque al que me lo diga, tiro de la espada, y le divido como si fuera un pliego de papel.

—Usted perdone, señor don León; pero eso de rajar á personas como nosotros, es una figuración; no hay que incomodarse por esto, y escasemos cuestiones; y nosotros hemos dicho ya todo lo que teníamos que decir, y estamos en nuestro derecho exigiendo, que ya que hemos sufrido una tan negra aventura, cuando salimos de ella no se nos entretenga y se nos deje volver á nuestras casas; y de lo contrario, señor don León, ó señor don Fanfurriñas, mire usted lo que hace, porque aquí estamos personas de mucho respeto, que como usted de lugar á ello, con una media queja que demos al alcalde mayor, le ponen á usted donde no pueda amenazar á nadie; y si quiere usted creer que los caba-

llistas eran muchos, lo cree, y si no, lo mismo, de todas maneras su obligación de usted es ir tras ellos, y usted verá, si los encuentra, si son muchos ó si son pocos, y si tienen buenas entrañitas.

La cólera ahogaba al capitán Fanfurriñas; pero la verdad fué que no se atrevió á replicar, porque veía allí muchos propietarios y mucha gente gorda que podían hacerle mal aire si llegaban á ofenderse.

Se limitó, pues, á tomar los nombres de algunos de los allí presentes, para que la justicia pudiera después interrogarlos, y dió suelta á todo el mundo.

Los que encontraron sus bestias, las recogieron y salieron disparados, y los que no, se fueron á pie resueltos á proveerse de cabalgaduras en los lugares más inmediatos los que de ellos no eran, porque la boda había traido sus convidados de algunas leguas á la redonda.

Se quedaron solos con Fanfurriñas el aperador, su familia y los mozos y mozas del cortijo, y estos declararon también, cediendo á un impulso de amor propio, que los bandidos no habían podido hacer aquella haratada, sino porque eran innumerables.

Fanfurriñas adquirió la creencia de que tenía que habérselas con un ejército.

Así, pues, se despidió del cortijo, y con sus veinte migueletes se volvió á Guadalcanal, evitando cuidadosamente los pasos más estrechos y más peligrosos.

Allí dió parte á la justicia, que sabía demasiado lo que había sucedido, porque había sido una de las víctimas, y dió además parte al alcalde mayor de Cazalla, manifestando que, según las declaraciones que hasta entonces había oido, los caballistas pasaban de seis mil, y por consecuencia, con la

escasísima y casi insignificante fuerza que tenía, no podía ponerse en su seguimiento sin incurrir en una temeridad expresamente prohibida y penada por las reales ordenanzas,

El alcalde mayor, ó corregidor de Cazalla, trasmitió este parte al alcalde mayor de Sevilla ó teniente alcalde, que aun no se había provisto la alcaldía, y cundió por Sevilla aumentado y abultado el robo del Cortijo Grande de la dehesa Pedregosa, y por la primera vez se vulgarizó el nombre del capitán Caparrota, adquiriendo una gran celebridad desde su aparición, y rodeado del prestigio del incógnito, porque se afirmaba que Caparrota, y una mujer que le acompañaba, llevaban cubierto el semblante.

Para el teniente alcalde mayor no había duda; aquel Caparrota, encubierto, era el marqués de Casa-Vaquera, y la señorita encubierta que le acompañaba, la novicia robada del convento.

Esta transición de novicia á capitana de bandidos, era de todo punto violenta; pero el teniente alcalde mayor se lo explicaba por aquello de que cuando doña Milagros amaba al marqués de Casa-Vaquera hasta el punto de haberse dejado arrebatar del convento por él, debía ser tal como él.

No tardaron en sobrevenir nuevas y tremendas noticias.

Los caballistas se habían metido dentro del mismo Cazalla, habían pegado fuego á algunas casas y habían puesto muy al cabo, de una paliza, al mismo alcalde mayor.

Sucedieron los saqueos y los incendios de algunos cortijos, y todo esto aparecía como hecho por el capitán Caparrota.

El teniente alcalde mayor añadia todas estas cosas al proceso que instruía contra el marqués de Casa Vaquera;

pero ya sabemos de qué manera había sabido éste cubrirse, como había escrito una y otra carta al alcalde mayor, sincerándose, como al fin había recurrido en queja al rey, que influído mandó pasar el proceso á la chancillería de Granada, que en vista del proceso había producido un informe que venía á ser una sentencia libremente absolutoria y que causaba ejecutoria.

Cuando don Miguelito supo que podía volver impunemente á Sevilla sin más peligro que el de afrontar el escándalo, se fué un día con su gente á una quebradura de la misma siera de Cazalla, y al fondo de una cueva, y les dijo:

—Lo que yo voy á sacar de aquí no tiene que ver nada con nadie; es mío: pero como quiero que la gente se disuelva y desaparezca, y el teniente Oreja y Media tiene la cuenta de todos y de cada uno, con el dinero de las alhajas que traemos con nosotros, y con parte del dinero que hay aquí enterrado, se le va á dar á cada uno lo que es suyo, en el buen entender que la compañía no se deshace ni deja de ser mía hasta que en Portugal se meta. que entonces cada cual hará de sí lo que mejor le convenga; pero yo no puedo ni quiero permitir que os desperdigueis, exponiéndome á que prendan á alguno de vosotros cuando andeis desperdigados. y puedan saberse cosas que no hay necesidad de que la justicia las sepa. Todos salís ricos, y podeis vivir holgadísimamente en Portugal, que es buena tierra, sin que nadie se meta con vosotros. Como el teniente Oreja y Media tenía de mí la orden de haceros la cuenta, la tiene hecha y os la va á leer. El que tenga queja que la manifieste.

Oreja y Media leyó la cuenta en la forma siguiente:

Primero los ingresos, que representaban una suma

enorme, y después la partición por igual, según las partes que les correspondían por su clase á los que pertenecían por aquel momento á la cuadrilla de Caparrota; porque éste decía que iguales méritos tenían para él los modernos que los antiguos, porque no habia uno solo de los modernos que no hubiese dado pruebas de ser un buen mozo.

Resultaron cada bandido con una parte de veinte mil duros, y Caparrota con un resíduo, á más del dinero que tenía escondido en la cueva de aquel barranco, de cuatro millones de reales.

En todo, con lo enterrado, unos doce millones.

—Este dinero,—dijo Caparrota á Oreja y Media,—se queda en tu poder, y tú lo irás enviando poco á poco á las personas que sabes en Sevilla, para que estás me lo entreguen á mí. Así que todo el dinero sea remitido, sin que falte uno ni una de la compañía, so pena de la vida, tomais á lo largo de Sierra-Morena, sin meteros con nadie, y excusando encuentros con los migueletes, en el reino de Portugal, y una vez allí, la compañía queda deshecha, y cada cual se va adonde quiera, con tal de que no se venga á España. Y ahora, muchachos, vámonos á tener nuestra última comida, en la cual vuestro capitán despedirá de vosotros su cuerpo; pero no su alma, que con vosotros va.

Sucedió como lo había mandado Caparrota; él se volvió á Sevilla con Milagros y Piruétano, y Piruétano escondió á Milagros en una gran casa antigua del barrio de la Macarena, de la cual se decía tenía duende, por cuya razón nadie se atrevía á pasar junto á ella, ni aun de noche.

Poco á poco el dinero que estaba en la sierra, y que era de don Miguelito, fué llegando á poder de éste, acompañado siempre de una carta que servía de descargo para con don

Miguelito á Oreja y Media acerca de la cantidad que le mandaba.

En ménos de un mes tuvo en su poder aquel dinero Caparrota, sin que faltase un real, y quince días después, Piruétano le llevó una carta de Oreja y Media, que contenía lo siguiente:

«Señor marqués, ayer hemos llegado al término de nuestro viaje, que ha sido feliz sin inconveniente alguno. Los amigos están muy contentos; no sienten otra cosa sino el verse privados, tal vez para siempre del trato de vuecencia. Lo que es para mi mujer y para mí, aunque tenemos cien veces más de lo que nos hace falta, no nos consolamos sino con la esperanza de que un día arreglaremos nuestros negocios y podremos ir á vivir á la *verita* de vuecencia; pero crea siempre vuecencia que nuestro corazón es suyo, y que en nosotros tiene sus más fieles y humildes criados. Deseamos á vuecencia mucha felicidad, con las personas que más quiera, y le besamos la mano.—José Pulido.»

Este era el nombre supuesto de que usaba Curro Lascano, álias, Oreja y Media, para escribir á Caparrota.

Este quemó aquella carta, como había quemado todos sus papeles comprometentes, y dijo mientras la quemaba:

—¡Gracias á Dios que todo está concluido de la manera más feliz que podía suponerse! He recobrado mi prestigio, me he impuesto al mundo, he hecho pasar por malévolo y calumniador al teniente alcalde mayor, y le he arrancado su vara de la mano, tengo á mi Milagros y á mi Rosario, esta me ha dado un hijo, y la otra está á punto de darme otro; yo soy feliz, mi historia ha concluido.

Pero don Miguelito no contaba con el formidable epílogo de su historia.

CAPITULO L

De como por medio de minuciosidades, la Providencia se acerca al desagravio de la justicia.

Rosario no participaba de la confianza que tenía en su fortuna don Miguelito, y no cesaba de suplicar á este la trasmisión de su fortuna al extranjero, y el abandono de España.

—¿Y por qué?—decía don Miguelito.—Yo he cogido todos los cabos, y los he anudado tan fuertemente, que nada puede comprometerme ya; ¿por qué trasladar mi fortuna al extranjero? Esto causaría sospechas; no podría traerme consecuencias legales; pero me pondria en una situación enojosa. Es necesario guardar para nuestro hijo, el nombre de sus padres que será su reputación propia. No, no, todo aquello ha pasado; no hay nada que lo resucite.

—Tu propensión, Miguel,—exclamó Rosario.

—No, no; me he hastiado ya de esas emociones.

—Tu avaricia.

—Me he saciado de dínero.

—¡Ah! tú te perderás y nos perderás á todos,—decía Rosario.

Pero don Miguelito se mantenía firme.

El creía de buena fe que nada tenía que temer, primero porque era difícil, muy difícil, tener contra él una prueba; segundo porque estaba seguro de ahogar con su oro todos los procesos que se intentasen contra él.

Se sentía feliz.

Tenía á su Rosario y á su Milagros, y aun no había salido de la embriaguez candente, de la manifestación del amor de la una, cuando caía en la embriaguez de la no menos candente manifestación de la otra.

Se sentía trasportado, trasfigurado, si se nos permite la frase, anegado en un Eden.

Su conciencia dormía bajo la influencia deliciosa del placer, de la dicha, de la opulencia, de la estimación de todos.

Para él, su vida anterior, por un fenómeno que no podemos explicarnos, había desaparecido completamente.

No la recordaba sino bajo la palabra cuidadosa de Rosario.

Y algunas veces, Milagros le decía sobre poco más ó menos lo mismo que Rosario le decía.

Pero Milagros insistía poco.

Tenía el alma extremadamente delicada.

No quería que Caparrota supusiese que al aconsejarle ella abandonase á España, obedecía á un impulo de egoismo; que se cansaba, que sufría por la clausura á que se veía sentenciada.

Don Miguelito tenía un buen pretexto para aislar completamente, para tener de todo punto oculta á Milagros.

No podía presentarla, vivir con ella, porque se hubiera visto obligado á explicar cómo ella, arrebatada del claustro de las dueñas del Espíritu-Santo, estaba en su poder.

Milagros podía hacer una prueba terrible contra don Miguelito.

Y aunque no se le probase otra cosa, resultaría que él había cometido los delitos de introducción con fractura, en domicilio particular, de violación de claustro, de intimidación á las monjas, de incendio y de rapto de una novicia, á más de esto menor de edad.

Aquellos delitos habían causado un escándalo enorme.

Eran del género de los que no podían salvarse con nada, ni aun con torrentes de oro, atendido el espíritu religioso y político de aquel tiempo.

Por estos solos delitos probados, don Miguelito podía tener la seguridad de ir á la horca.

Esto lo comprendía perfectamente Milagros, y por lo mismo, se resignaba á su ocultación y al secreto de su casamiento con don Miguelito.

Por lo mismo, no insistia mucho en que don Miguelito abandonase á España, no fuese que don Miguelito creyese que más que por amor á él, lo deseaba por salir de la situación enojosa en que se encontraba.

Milagros no quería por nada del mundo que su marido, ella le creía tal, dudase de la abnegación de su amor.

Pasaba así el tiempo.

Era muy difícil se sorprendiese el escondite de Milagros.

Era, como ya hemos dicho, la casa que estaba abandonada por el temor que inspiraba, á causa de creérsela habitada por duendes.

El jardín de esta casa, que era extenso, abandonado á sí mismo, se había tupido de una manera extraordinaria, había adquirido una belleza selvática.

La madreselva, la yedra, la parietaria, la flor de pasión la yedra rastrera, todo esto se extendía por todas partes, libre, bravío, trepaba á los árboles, invadia el tejado, lo cubria todo de verdura: era impenetrable á las miradas del exterior.

Visto el jardín por fuera, parecía un extenso ramillete, y en todo tiempo se sentía el olor de las flores estacionales.

Una fuente que brotaba en el centro, y que determinaba algunos arroyos que iban á encharcarse en un ángulo, cuando el charco rebosaba, dejaba escapar el agua por un sumidero de la tapia á la calle.

Esta fuente mantenía la frescura del jardin é impulsaba su poderosa vegetación.

Milagros amaba este jardín, y pasaba el más tiempo que podía en él, porque se creia perdida en una selva en medio de la inmensidad.

Alli su amor por don Miguelito llegaba á la locura.

Este jardín tenía un postigo que daba á una callejuela, que se prolongaba de una manera tortuosa entre la tapia de otro huerto.

Era muy fácil entrar y salir allí por la noche sin ser notado.

Por la noche, Piruétano proveia la casa.

El era el cocinero y el mozo de limpieza.

El criado universal.

Don Miguelito no iba jamás en altas horas de la noche, ni pasaba junto á Mílagros todo un día.

Iba cuatro ó cinco veces al día en diferentes horas, y y casi todas las noches á primera hora.

Don Miguelito tenía una gran disculpa para observar esta conducta.

Era necesario de todo punto para no inspirar sospechas, observar una vida regular.

Una noche entera pasada fuera hubiera podido excitar la curiosidad de los criados, que podian estar encargados por la recelosa justicia de espiarle.

Así es que Milagros consideraba lo más natural del mundo las horas en que don Miguelito la visitaba.

Cuando algun día la visitaba ménos, no era que don Miguelito se hubiese entibiado, sino que había tenido un compromiso imprescindible.

Por lo demás, ¿no se había ella criado en un convento? ¿No se había acostumbrado á la clausura, esto es, á la soledad?

¿Qué le importaba estar apartada del mundo, si todos los días veía al hombre que era su universo?

A causa de la regularidad de las horas en que don Miguelito iba á ver á Milagros, no sospechaba nada.

Estaba tranquila.

Su marido hacía la vida más metódica del mundo.

Ni era Rosario de estas mujeres que quieren estar pegadas siempre á su marido.

Don Miguelito tenía relaciones, y debía cumplir con ellas; reuniones nocturnas con sus amigos para tratar de corridas de toros, de carreras de caballos, y era, además, mayordomo mayor, ó no mayor, de cuantas cofradías piadosas había, y que, á cada momento, tenían una junta.

Se explicaban, pues, las salidas de don Miguelito de día y de noche, hasta las once ó las doce.

Por lo demás, gracias á lo insaciable del alma de don Miguelito y á su múltiple actividad, Rosario no encontraba en él entibiamiento alguno.

Al contrario; su pasión parecía haber crecido

Respecto, pues, al exclusivismo con que ella creía la amaba su Miguel, estaba tranquila y satisfecha.

Lo mismo acontecía á Milagros.

Milagros creía que lo era todo para su Miguelito.

Pero, por mucho que se prevean los inconvenientes, por grandes que sean los medios para salvarlos, hay situaciones de suyo tan difíciles, que no pueden menos de producir resultados necesarios.

Don Miguelito tenía una gran confianza en Piruétano.

Era un bandido de alma, un bandido antiguo, serio y grave, como de treinta y cinco años, buen mozo y bastante bien educado, porque era hijo de buenos padres.

Había servido siempre á don Miguelito con una abnegación á toda prueba, y don Miguelito fiaba en él como en sí mismo.

Sabía demasiado que Piruétano era capaz de arrostrar todos los tormentos imaginables, de soportarlos, antes que venderle.

Por eso había confiado á Piruétano el cuidado y la guarda de Milagros.

Pero, en último resultado, Piruétano era hombre, y la extraordinaria, juvenil, pura y melancólica hermosura de Milagros, acabó por impresionarle.

Necesario es conocer que la soledad en que con Milagros vivía, era tentadora.

Milagros, á quien se había comunicado la confianza que don Miguelito tenía en Piruétano, le trataba con una gran

amabilidad, con una gran facilidad, y le dejaba aspirar los delicados y embriagadores perfumes de su alma.

A la primera acometida de la tentación, Piruétano se reprendió á sí mismo, se escandalizó de sí mismo, y fué para consigo mismo más severo que lo hubiera sido don Miguelito, salvo que no se mató, y don Miguelito si le hubiera encontrado en una traición de tal especie, le hubiera exterminado.

—¡Cómo, charrán,—se dijo á sí mismo Piruétano,—te enamoras tú de la prenda más querida de tu amo, de tu capitán? ¿en qué estás pensando? ¿dónde te has dejado tú tu agradecimiento y tu vergüenza? ¿con qué cara te vas á mirar á tí mismo, perdido, si te dejas arrastrar hasta una acción semejante? ¡Bah, muchacho, que te se quite eso de la cabeza, y á ser hombre de bien!

Piruétano creyó que con esto estaba todo concluido, y se consagró á hacerle el amor á una maestra cigarrera, que era la reina y el ornamento de la Macarena, y aconteció que no le aprovechó, porque la Rosalía en cuanto la barbeó se le entregó á discreción, desconyuntada de felicidad, y con tal descaro se consagró al goce de aquella felicidad, que Piruétano se vió obligado á meter mano, y de una manera aflictiva, á un ternejalote de contrabandista de tabaco que hablaba con la Rosalía. Se comprendía que una cigarrera, fuese la querida de un contrabandista de tabaco.

La pequeña fábrica nocturna que tenía secretamente en su casa la Rosalía, falsificaba admirablemente los cigarros que salían de la fábrica, y el tabaco se vendía á buen precio y en gran cantidad.

Eso ha acontecido, acontece y acontecerá mientras la nación tenga fábricas de tabacos.

Pero la misma facilidad con que se le entregó la Rosalía, empalagó á Piruétano, que la abandonó en seco, y se fué á embestir con una gitanilla, hija de un chalán, con propósito de casarse con ella porque la *gachí abillaba* á espuertadas el *loben*.

La gitana entretuvo un poco á Piruétano, y le hizo darse á los *mengues*, porque se le presentó difícil, insolente y burlona.

Pero Piruétano la cachacheó y la trasteó de tal manera, de tal manera la meció, y la achispó, y la aduló, y la engrió, y tan tunante fué con ella; que sin necesidad de casamiento se le rindió sin exigir siquiera ni aun los honores de la guerra.

Piruétano encontró tan sabrosa á Mariquilla, que se sintió completamente curado de la impresión que le había causado Milagros.

Andaban los amantes con gran prudencia, porque el tío Calabacita, que así se llamaba el *gachó*, padre de la niña, tenía muy malas pulgas; y si no se había tratado de casamiento, había sido porque Calabacita hubiera reventado primero á su hija de una paliza antes que casarla con un castellano, aunque este castellano hubiera sido una persona tan principal y tan respetable como el señor Piruétano.

Y eso que Piruétano y el tío Calabacita eran muy amigos, porque Piruétano servía desde hacía mucho tiempo la compra, cambio y trastrueco de ganado caballar y mular del marqués de Casa-Vaquera, y había producido grandes ganancias al tío Calabacita entendiéndose con él, y él mismo las había realizado, porque el que Piruétano amase con toda su abnegación á su capitán y amo, no quería decir que no le robase.

Por más que los amantes habían sido prudentes á los principios, y á pesar de que Piruétano continuaba siéndolo, como la mujer es siempre propensa á las imprudencias por amor, y, además de eso, no puede ver al hombre que se le ha metido en el alma sin conmoverse de esta ó de la otra manera, el tío Calabacita, que era un pillo de siete suelas, se apercibió enseguida que se le dió ocasión para ello, de que la Mariquilla estaba *piripi* de amor por Piruétano.

Y como el tío Calabacita sabía la sangrecita que tenía su hija, y que no podía ella haberse tomado de tal manera por Piruétano sin que Piruétano la hubiera tomado á ella, se puso en observación.

Descubrió que, allá en altas horas, Piruétano saltaba la tapia de su corral, y que luego se metía por una ventana en el cuarto de Mariquilla.

El gitano se esperó con toda su santa calma en la callejuela á que el afortunado amante saliese, y cuando éste saltaba de la tapia al suelo, sin decir *oste* ni *moste*, le zurreó un tiro, que por fortuna de Piruétano no le cogió, porque al disparar le temblaban al gitano todos los miembros de su persona de cólera y de despecho.

Y aquí fué ella.

Piruétano se volvió como un jabalí sobre el tiro, y con un vergajo de toro que llevaba debajo de la capa, la emprendió con el tío Calabacita, ciego de cólera, y sin reparar en que era el padre de su tormento, como si dijéramos su padre político, y sin dejarle escapar, porque le cogía las vueltas y le santiguaba, le estuvo haciendo bailar como una peonza lo menos diez minutos, al cabo de los cuales, hinchado ya, y á punto de reventar el tío Calabacita, cayó redondo al suelo.

Arrimóle aún algunos lampreazos sin mirar á dónde daba y apretando el puño Piruétano, y luego se fué tranquilamente á buscar el postigo del jardín de la casa del duende, cuando era entre dos luces.

La Mariquilla, que oyó el estampido del escopetazo, figurándose lo que aquello podía ser, se había asomado sobresaltada y medio muerta á una ventana, y estuvo presenciando, sin decir una palabra, de qué manera su amante trataba al autor de sus días, y cuando Piruétano hubo desaparecido, viendo que en la callejuela no se movía una mosca ni parecía nadie, y que su padre no se levantaba, bajó, abrió silenciosamente la puerta, se acercó á su padre, y vió que estaba dando las boqueadas.

Tal había sido la furia, y la rabía, y la fuerza, y el menudeo con que Piruétano había bataneado al tío Calabacita y con la intención de matarle, para quedarse más á sus anchas en la posesion de la Mariquilla.

Piruétano tenía muy malas entrañas, y se había salido con la suya.

El tío Calabacita palmaba.

La Mariquilla viendo que las boqueadas eran cada vez más grandes, que su padre había perdido el habla, que le hervía el pecho, que no movía ni pié ni mano, en fin, que aquello no tenía remedio, se escurrió, se metió silenciosamente en su casa, y se aguantó por la buena.

Al mediodía Piruétano hizo una escapada y se presentó como si tal cosa en la casa del tío Calabacita, y dejó ver la mayor sorpresa, y aun el mayor dolor, cuando se encontró allí á toda una gitanería gimoteando todos, metidos en un rincón, y en medio de la sala al tío Calabacita, feo como un demonio, hinchado, con tres ó cuatro verdugones en la

cara, porque para todas las partes había habido, vestido de ángel sobre un lecho de flores, que cubría una manta jerezana, de la cual no se veía más que las puntas, y á cada punta un candelero alto de madera con un cirio amarillo encendido.

—Pero, señor, ¿qué es esto? ¿cómo ha sucedido esta desgracia?—exclamó Piruétano.

Levantaron todos los gitanos y las gitanas la cabeza, y se quedaron mirando á Piruétano.

La Mariquilla se levantó.

Se fué hacia él tambaleándose, como si se tratara de un amigo de confianza y muy antiguo, y le dijo:

—¡Ay señor Piruétano de mi alma, y qué desconsuelo, madrecita del Carmen!—¿qué va á ser de mí? ¡Que malos *mengues* le *trajelen* al que ha matado á mi padre!

Y al mismo tiempo se echaba en los brazos de Piruétano, como diciéndole:

Contigo no va eso, *chavosito* mío.

Piruétano no perdió aspaviento, y juró y perjuró que si la justicia no encontraba al mala sangre que había hecho aquella judiada, él le buscaría, y le encontraría, y le haría echar las entrañas por la boca.

En seguida pidió informes con mucha formalidad, y mucha caida de ojos, y mucho pasarse la mano por las narices.

—Calle usted,—dijo la Mariquilla,—que mi padre había olido que algunos rateros andaban al oler de las gallinas y de los conejos, y se había propuesto pescarlos, y el pobrecito de mi padre tenía muy mal genio y no se andaba con chiquitas, y á la cuenta erró el tiro, y los rateros le metieron mano y me lo reventaron de una paliza.

Y la Mariquilla rompió en alaridos, y se retorció los brazos y se tiró al suelo, y desempeñó, en fin, toda la mogiganga que era necesaria para que la creyesen desconsolada y desesperada.

Piruétano volvió á ofrecerse y á amenazar al cielo y á la tierra.

Bebió tres veces aguardiente del que andaba á la redonda, porque los duelos con aguardiente son menos, y prometió volver aquella noche á estar un rato en la fiesta del velatorio.

En efecto, asistió, y durante el velatorio tuvo ocasión de convencerse que no había perdido nada en el cariño de Mariquilla sino que, por el contrario, había ganado.

Lo que demostraba lo enloquecida que la muchacha estaba por él.

Y decimos la muchacha, porque apenas si contaba la Mariquilla catorce años.

La justicia se satisfizo con lo que pudo averiguar, que fué nada, y archivó el proceso sin hacer otra cosa que nombrar por tutora de la Mariquilla á una gitana, tía suya más vieja que un palmar. y que no vivía para otra cosa que para beber aguardiente.

A la Mariquilla no le hacía falta continuar en el tráfico de su padre porque le había qnedado el riñón bien cubierto, de tal manera que se la creía millonaria, y hasta señoritos encopetados andaban tras ella, prescindiendo de lo gitana y de lo chalana, por ver si cogían el dote.

Pero Piruétano espantaba á estos señoritos, y todo iba bien.

Piruétano se había enamorado de veras de la chiquilla, había influido en él además para curarle de aquella mala

tentación que había sentido por Milagros, el amor y respeto que tenía á su amo, y por otra parte, la riqueza de la Mariquita acabó de seducirle.

La tía Agujetas, que así se llamaba la tutora de Mariquílla, único pariente que la había quedado todo, lo encontraba bueno con tal de tener siempre al lado una botella de aguardiente.

Y como la Mariquilla no tenía quien la fuese á la mano, se desenfrenó y se manifestó sin reparo alguno, y aun con orgullo, querida de Piruétano, que así son las mujeres cuando se enamoran: ni temen ni deben.

Pero se le echó un compromiso encima y gravísimo á Piruétano.

La muchacha quería casarse, y Piruétano se defendía á duras penas, porque si se casaba no podía servir bien á su amo, y daba largas tomando por pretexto el luto.

Pero no era esto solo.

Piruétano no podía ver á la Mariquilla de día sino á escapadas, y de noche en altas horas después que se recogía Milagros.

Ya no entraba por la tapia y por la ventana, sino sin rebozo alguno por la puerta.

Mariquilla exigía más.

Quería que Piruétano la llevase de jaleo, y á los toros, y se divirtiese en grande con ella, y Piruétano, que aunque le hubiera gustado mucho esto, no tenía tiempo para ello, se disculpaba diciendo que no estaba bien visto que ella, durante el luto, se divirtiese públicamente.

Empezó la Mariquilla á cargarse de esteras y á encelarse, y como estaba acostumbrada á hacer lo que queria, y era una chiquilla brava, en el momento que tuvo celos se dió

á seguir á Piruétano para ver á donde iba, y á la primera vez que le siguió, le vió meterse por el postigo de la callejuela, en el jardín.

Aquella no era la casa del marqués de Casa-Vaquera ni mucho ménos.

Sabía demasiado la Mariquilla donde el marqués de Casa Vaquera vivía, y conocía también demasiado al marqués, y sabía que era casado, y muchas veces iba á ver á Rosario, que se divertía con ella, porque Mariquilla era muy graciosa y muy viva.

¿A qué diablos iba Piruétano á aquella casa que era la casa del Duende?

Mariquilla rabiaba de celos; pero no se atrevía á dárselos á Piruétano, porque Piruétano la había meneado el bulto más de una vez á causa de sus impertinencias, y le tenia miedo.

Pero Mariquilla creyó que de una manera indirecta podía ella meter en vereda al señor Piruétano.

Se le ocurrió ir á ver á la señora marquesa de Casa-Vaquera, á la que ella llamaba su madrina, y como lo pensó lo hizo.

Tomó el tole hácia la casa del marqués y con un trotecillo sostenido, se anduvo en media hora la legua larga que hay desde la Macarena á la calle de Vizcainos, y como el portero la conocía no la puso impedimento. y avanzando por las escaleras y avanzando por las habitaciones, se metió en el gabinete donde estaba Rosario, y la dijo descompuesta y casi llorosa.

—Dios bendiga á vuecencia, madrinita mia; la gitanilla viene á ver á vuecencia con el corazón más chiquito que un cañamon. ¡Ay, señora marquesa, y lo que á mi me pasa,

madrecita mia del Cármen, que yo me voy á morir!

—Pero, ¿qué es lo que á tí te pasa. Mariquilla?

—¡Calle vuecencia, que á la indina de la mujer que quiera á un hombre, la debían colgar! ¡Y yo, pobrecita, que me he quedado sin padre que me defienda.

—Calla, hija, calla,—dijo conmovida Rosario, en vista del dolor de la muchacha;—que, si es menester, padre y madre tienes, y buenos.

—Muchas gracias, madrinita mía,—dijo Mariquita;—ya sabía yo eso, y por eso he venido á ver á vuecencia con toda la confianza del mundo.

—Pero vamos á ver. qué es lo que te pasa.

—¿Qué me ha de pasar? que es menester que vuecencia le mande al señor Piruétano que se case conmigo, porque sí, porque me lo debe, y si no me lo paga, yo me voy á morir.

—Pero muchacha,—dijo alterándose instintivamente Rosario,—¿desde cuando conoces tú á Piruétano?

—Vaya, desde que era tamañita, como una mano de almirez.

—¿Y ahora vienes con esa, Mariquilla? ¡Pues si Piruétano hace tres meses que no está en España!

Don Miguelito para que Rosario no echase de ménos á Piruétano, la había dicho que había creido conveniente para su seguridad, enviar á Piruétano á Portugal.

Rosario había creido esto lo más natural del mundo.

Don Miguelito podía muy bien haber concebido algún recelo respecto á Piruétano.

—¿Cómo que el señor Piruétano no está en España,—dijo la muchacha,—si acabo de hablarle, y porque me ha andado con dificultades para el casamiento, y tengo celos, he venido á ver á vuecencia.

Rosario tuvo que hacer una gran violencia para no dejar conocer á Mariquilla su emoción.

Sin embargo, no podía dudar de que Piruétano estaba en Sevilla, á pesar de que don Miguelito la había dicho que todos los bandidos que personalmente le conocían, habían pasado á Portugal.

Pero, y bien, Piruétano podía haber vuelto por su propia cuenta, ignorándolo don Miguelito.

Sevilla es una población demasiado grande, para que no pueda ocultarse y perderse entre su multitud un individuo.

Era necesario aclarar esto.

—Y dime, Mariquilla,—la preguntó Rosario con marcada intención,—¿no ha estado ausente algún tiempo Piruétano?

—No, no, señora; Piruétano ha estado siempre en la casa de vuecencia desde que yo le conozco, y si alguna vez ha andado fuera, ha sido por dos ó cuatro días, y nada más. El me dice que está en la casa, que el señor marqués no le deja un momento, y que, por eso, no puede verme de día más que á ratos, y que tiene que esperar á que de noche el señor se recoja, para ir á verme.

—Piruétano te engaña,—dijo Rosario;—Piruétano no está en casa. Pero no se lo digas; sigue dejándote engañar; no le digas á nadie lo que me has dicho á mí.

—Muy bien, señora.

—Y, si me obedeces,—continuó Rosario,—si no haces más que lo que yo te diga, te daré un dote tal, que por él sólo serías rica, si ya no lo fuese.

—Yo, señora,—contestó Mariquilla,—no sirvo á vuecencia por interés; no quiero de vuecencia más sino que le mande á Piruétano que se case conmigo.

—Bien, bueno,—dijo Rosario,—se lo mandaré; pero para mandárselo, necesito verle.

—Yo le diré que venga á ver á vuecencia,—dijo distraida Mariquilla.

—No, mujer, no; ya te he dicho que no quiero que nadie sepa que me has hablado de esto, ni el mismo Piruétano; pero es necesario averiguar dónde Piruétano vive.

—Vive en una casa muy grande que hay en la Macarena, que todo el mundo la tiene miedo, porque dicen que en ella hay duendes; y el señor Piruétano no entra en esa casa por la puerta principal, porque no puede entrar, porque está tapiada, sino por el postigo del jardín.

—Lo que te digo, Mariquilla,—dijo Rosario manteniendo su serenidad:—Piruétano te engaña, Piruétano está escondido en Sevilla, y le ha parecido, sin duda, muy buena esa casa para esconderse; y Piruétano no está solo.

—¿Pues con quién está, señora, con quién está?—exclamó con el semblante descompuesto de celos la gitanilla.

—Debe estar con una mujer,—dijo Rosario;—y por eso sin duda le da largas á su casamiento contigo.

—¡María Santísima!—exclamó Mariquilla.—¿Que Piruétano vive con una mujer? Pues, señora, yo le corto á esa mujer el pescuezo: escalo las tapias del jardín, me meto dentro, me escondo, acecho, y como yo vea allí una mujer, ¡Jesús, como si vuecencia lo viera; no hay remedio; me la como.

—No, Mariquilla, no,—dijo Rosario,—sé dócil, sigue mis consejos: tal vez esa mujer con quien vive Piruétano no tiene nada que ver con él. Observa, Mariquilla, observa; escala en buen hora la tapia, métete en el jardín, escóndete, acecha, mira quién es esa mujer, quién habla con ella, y sea

quien fuere, ven y dímelo. Te prometo, si me sirves, si haces ciegamente lo que yo te encargo, casarte con Piruétano.

—Pues bien, señora,—exclamó Mariquilla,—haré lo que vuecencia me manda; entraré, acecharé, y viere lo que viere, vendré á manifestárselo á vuecencia. Por la salucita del alma de mi madre, se lo juro á vuecencia, señora.

—Bueno, bien,—dijo Rosario;—pero vete, vete cuanto antes, no quiero que te vean aquí mucho tiempo. Pero, no, no te vayas por ahí; ven, ven conmigo.

Rosario temia que saliendo por la puerta principal de la casa Mariquilla, pudiese encontrarla, por una casualidad, don Miguelito.

La asió de la mano, y atravesando algunas habitaciones bajó con ella por una escalera de servicio al jardín, y la dió suelta por el postigo.

Antes de que saliese, la dijo:

—Mañana, á esta misma hora, aguarda aquí en el postigo; yo vendré á buscarte.

La gitanilla se alejó murmurando:

—¿Por qué querrá la señora que yo averigué quién es la mujer que está con Piruétano en la casa del Duende? Aquí hay gato. ¡Vaya! sí señor que hay gato, y con unas orejas y unos bigotes que meten miedo. No estaria feo que Piruétano sirviese á alguna mujer y la tuviese su amo escondida en la casa del Duende. Y esto debe ser, sí señor, cuando tanto le aprieta á la marquesa el saber quién es la mujer que vive con Piruétano en la casa del Duende. Pues bueno si el señor marqués, teniendo una mujer como la señorita doña Rosario, anda con querendonas es un pillo. ¡Y por qué no lo ha de saber la señora, para que le apriete bien

las clavijas al marqués? Bueno, en llegando la noche, yo me voy, salto la tapia, atisbo, y con lo que vea, con lo que oiga, que oiré y veré, si hay que oir y que ver, me voy á la señora marquesa.

Como se ve, la Providencia, por unas sinuosidades terribles preparaba el castigo de don Miguelito.

Y decimos esto, porque nuestros lectores deben prever que por aquella casualidad providencial, y atendido el carácter de Rosario, se preparaba una situación terrible.

CAPITULO LI

Lo que oyó con asombro Mariquilla, convertida accidentalmente en un pájaro sin plumas.

Mariquilla vió aquella tarde en su casa á Piruétano, y se mostró con él disimulada y traidora, de tal manera, que Piruétano no vió nada de extraño en ella.

Se estuvo muy poco tiempo, despidiéndose hasta la media noche.

—A la media noche,—dijo Mariquilla, cuando se quedó sola,—ya sabré yo todo lo que tenga que saber.

En efecto, después de oscurecido, Mariquilla dejó borracha y encerrada á su tía en su casa, se guardó la llave y se fué al callejón tortuoso, á donde daban las tapias y el postigo del jardín de la casa del Duende.

Hacía una noche de luna llena clarísima.

La luna había salido por la tarde, y estaba ya muy alta.

Mariquilla podía, pues, juzgar del lugar.

Un silencio profundo reinaba en torno de ella.

Sólo se oía, á lo lejos, el murmullo perdido, el hálito de vida de la gran ciudad.

Mariquilla examinó perfectamente el sitio.

No había ni una sola casa, desde la cual se la pudiese observar.

Los grandes árboles del jardín de la casa del Duende avanzaban sus ramas sobre la tapia, y establecían en la callejuela una penumbra fantástica.

Mariquilla era ágil como una corza, y para ella la tapia no era un inconveniente.

Se agarró á sus asperezas y trepó, valiéndose de ellas, como si hubiera sido un lagarto.

La saliente más pequeña servía de apoyo á sus pequeñísimos pies, y la fuerza de sus tendones, ejercitados en el baile y en la agitación continua, hacían que, ascendiendo rápidamente por aquellas asperezas, sus pequeñas manos no tuviesen que hacer otra tarea, ni ejercitar más fuerza que la necesaria para mantenerla en equilibrio.

Con una rapidez pasmosa, increíble, con una agilidad extraordinaria, se encontró en el caballete de la tapia, y pudo alcanzar á la rama de un árbol.

Se engargoló, se izó, como pudiera haberlo hecho el mejor acróbata, ganó una rama, y, asiéndose á otra más alta, se puso de pie.

Avanzó como un marinero avanza sobre las vergas de una fragata.

Ya hemos dicho que el jardín era selvático.

Los árboles estaban espesos, sus ramas se cruzaban; de una en otra, saltando á veces, como hubiera saltado un mono, Mariquilla avanzó hacia el centro, y llegó, al fin, á descubrir un espacioso claro que en medio del jardín había.

Mariquilla estaba en una segunda cruz de un álamo negro.

Descendió hasta la primera.

Se encontraba, cuando más, á tres varas de altura del suelo.

El tronco del álamo era enorme.

La yedra y la madreselva trepaban por él, y envolvían sus ramas en su follaje.

Mariquilla, por entre este follaje, veía completamente el claro del jardín, que era de una anchura de más de veinte metros de diámetro, porque el claro era circular.

De la fuente, de que ya hemos hecho mención, brotaba á borbotones el agua, y los diferentes arroyos que producia, causaban un rumor lánguido, monótono.

El claro ofrecía pequeñas accidentaciones cubiertas de yerba.

Acá y allá se veía una piedra mohosa, que parecía haber sido el pedestal ó parte del pedestal de una estatua.

Alrededor del claro, al pie de los árboles debía haber habido en otro tiempo bancos de piedra, porque de éstos aún aparecían tres.

Uno de esllos estaba cabalmente al pié del árbol en cuya cruz se había sentado Mariquilla.

La casa no se veía absolutamente.

La cubrían los copudos árboles, y al pié de estas frondas ze abrían entre los troncos, aberturas sombrías, irregulares, más ó menos altas, más ó menos anchas.

Había grupos de maleza que parecían espectros á la luz de la luna, y teniendo en cuenta que aquella casa y aquel jardin se creían habitados por duendes, imponían miedo á Mariquilla, que como gitana era extraordinariamente su-

persticiosa; pero de tal manera estaba interesada en el descubrimiento de la mujer que habitaba allí con su Piruétano, y que tanto podía ser cosa de su Piruétano, como del marqués de Casa Vaquera, que dominaba el terror que la causaba su superstición.

Paso á lo menos media hora sin que se alterase la soledad del jardín.

La Mariquilla era impresionable, vehemente, impacienpor lo tanto, y la espera en aquella situación de duda y de celos, tan angustiosa para ella, la desesperaba.

Al fin oyó un ruido semejante al del roce del traje de una mujer al andar entre la maleza; pero ya antes una ráfaga de viento al pasar entre los árboles, produciendo un ruido semejante, la había engañado.

Por esta vez el ruido no la engañaba, por el contrario, se hizo más perceptible, más distinto.

A Mariquilla la latió violentamente el corazón, y la acometió un principio de vértigo.

No había duda de que una mujer se acercaba.

Mariquilla ansiaba ver á aquella mujer para deducir por su aspecto si era cosa de Piruétano ó del marqués de Casa Vaquera.

El ruido avanzaba lentamente, como representando la marcha de una persona eutregada á profundos pensamientos.

Mariquilla dedujo por la lentitud de la marcha de la mujer que se acercaba, que pensaba mucho, y que, por consecuencia, debía estar enamorada hasta las entrañas.

Como Mariquilla era rica, y no la inquietaban los negocios, creía que solo por el amor podía llegar á ponerse de tal manera cavilosa una mujer.

Al fin, frente al lugar en que estaba escondida Mariquilla, apareció entre dos gruesos troncos sobre un fondo oscuro, una forma mucho más clara y extraordinariamente esbelta, la forma de una mujer; y aunque permaneciendo aun en aquella sombra y á una gran distancia, Mariquilla no podia detallar sus formas; comprendió que se trataba de una mujer joven y hermosisima; sobre todo, de una señorita.

La había bastado con apercibir el contorno y la esbeltez de aquella mujer; pero cuando avanzó y la dió en el semblante la luz de la luna, cuando los perspicaces ojos de la gitana pudieron detallar su forma, se tranquilizó.

Era Milagros.

—No, no,—dijo;—esa paloma no se ha hecho para las garras de Piruétano; esta es una prenda del marqués de Casa-Vaquera. ¡Ay, madrecita mía del Carmen, y qué mujer tan retehermosísima! Cuidado, que doña Rosario es hermosa, pero esta no se le queda atrás, y es más joven, y luego es blanca y rubia, y doña Rosario es morena y pelinegra: se conoce que al señor marqués no le gusta diferenciar; pero así y todo, el señor marqués no tiene perdón de Dios, porque los hombres, cuando logran una mujer hermosa que no ha querido más que á aquel con quien se ha casado, no deben querer diferenciar, no señor; para eso, que se queden mozos y busquen mujeres de poco más ó ménos. ¡Qué picardía! engaña á su mujer, que vale un mundo, y puede ser, puede ser que engañe también á esta, que vale otro mundo. ¡Pero señor, señor, qué bribones son los hombres! Vea usted qué buen cuerpo se le pondrá á una viendo estos ejemplos. Lo mismo que al señor marqués le gusta variar, puede gustarle variar al señor Piruétano. Pues no,

sus variaciones se las cojo yo muy pronto, y le pasa á él y á ella, si la encuentro, algo negro. No señor, yo no me callo; que doña Rosario lo sepa para que haga si quiere lo que yo haría si me pasara lo que á ella.

Milagros había atravesado lentamente el claro, y había venido á sentarse en el banco al pie del árbol.

Su actitud era la de la tristeza.

Tenía inclinada la cabeza sobre el pecho, y la luna dejaba ver su magnífica cabellera rubia, recojida en una redecilla, y el nacimiento de sus redondos hombros, de una blancura deslumbrante.

El corte de su cabeza, vista á vuelo de pájaro, como la veía Mariquilla, era encantador.

La pobre Milagros no meditaba; sufría; había empezado á tener celos, celos vagos, sin objeto, porque don Miguelito continuaba manifestándose para ella tan apasionado como siempre; pero aquellos celos instintivos, por decirlo así, la envenenaban el alma y determinaban en ella una fuerza que no había sentido nunca en sí.

El pensamiento de Milagros se ennegrecía. Conocía demasiado á don Miguelito, y le suponía enamorado de otra.

¿Por qué don Miguelito no iba más que por breves espacios durante el día, en las primeras horas de la noche, y aun así no todas las noches? ¿Por qué en cuanto llegaban las once se iba, á pesar, algunas veces, de las súplicas enamoradas de Milagros?

Alegaba siempre que no quería que su servidumbre notase alteraba su hora habitual de retirarse.

Al principio, Milagros había creido esto; estaba persuadida por don Miguelito; pero después recordó que en otro tiempo le importaba muy poco á don Miguelito su servi-

dumbre para pasarse pelando la pava toda la noche, ya con ella, ya con Patrocinio.

De una en otra cavilación, Milagros vino á deducir que don Miguelito tenía otros amores, y que aquellos amores le llamaban á la media noche.

En fuerza de pensar en esto, Milagros acabó por creerlo, y, como hemos dicho, su alma se ennegrecía.

Era necesario concluir; si don Miguelito no podía hacer público su casamiento con ella, á causa de los delitos que por ella había cometido en el convento de las Dueñas del Espíritu Santo, podía salir con ella de España é irse á donde la policía de España no pudiese alcanzarle.

Si don Miguelito se negaba á esto, era evidente que tenía otros amores.

En ese caso, Milagros estaba resuelta á romper por todo, á cumplir lo que á don Miguelito había dicho en la sierra: «Te lo perdonaré todo, todo, menos el que ames á otra mujer. ¡Oh, si amaras á otra mujer, lo que sucedería sería terrible!»

Milagros temía llegado aquel caso, y se preparaba para cumplir su amenaza.

Aquella noche tardaba don Miguelito; otras había llegado al oscurecer, y como impaciente.

El pensamiento de Milagros se ennegreció más y más.

Habían pasado bien tres cuartos de hora desde que había oscurecido, y don Miguelito no parecía.

¿En qué consistía esto?

El pensamiento de Milagros se hacía más y más lúgubre; se decidía más y más á entablar una lucha.

Desde su acechadero la Mariquilla veía de tiempo en tiempo pasar un fuerte estremecimiento por el cuerpo de

la joven rubia, que á cada momento la gustaba más. Y como se había curado completamente de sus celos, porque veía que Piruétano no acompañaba á aquella hermosa señorita, tenía el alma libre para recibir otras impresiones.

—Lo que yo digo,—exclamó en un momento en que vió que Milagros se estremecía de una manera más poderosa:—los hombres son unos infames. ¿Por qué esa pobrecita criatura está tan pensatíva, tan triste, y tiembla algunas veces de los pies á la cabeza? El marqués debe tratarla muy mal, y tal vez trate también muy mal á la señorita Rosario, porque, quien trate mal á esta bendición de Dios, debe también tratar mal á la otra. Es que es un canalla con mal alma, y el que tiene mal alma, la tiene para todo el mundo. Nada, nada, se lo digo á la señorita doña Rosario.

Mariquilla se interrumpió, porque en aquel momento sintió cabalmente debajo de sí un violento roce entre la espesura, como causado por una persona que avanzase violentamente entre ella.

Don Miguelito, que había llegado muy deprisa al postigo, le había abierto, y, con la misma precipitación, había avanzado por un estrecho sendero.

Apareció, al fin, en el claro.

Mariquilla le reconoció,

—Pues,—dijo,—estando de guardián Piruétano de esa señorita en esta casa, no podía ser otro que el marqués el dolor de corazón de esa pobre joven.

Y Mariquilla se sintió mucho más tranquila y mucho más contenta, porque veía al fin de una manera indudable la verdad; esto es, que Piruétano nada tenía que ver con la señorita rubia

Además de esto, Mariquilla se explicaba por qué su Pi-

ruétano iba á verla de día deprisa, por qué se negaba á llevarla á divertirse, y por qué no iba á verla de paso, sino después de la media noche.

Don Miguelito se había acercado vivamente á Milagros, y ésta, al reparar en él, se había levantado de una manera enérgica.

—¡Ah! ¡por fin!—dijo;—pero es necesario que esto concluya.

—Milagros,—exclamó el marqués,—no te comprendo; me asombra la manera que tienes de recibirme.

—¡Se llama Milagros!—exclamó Mariquilla, que oía perfectamente el diálogo.

—Cuando me dices,—exclamó con energía y con enojo Milagros,—esta noche no puedo venir, creo el pretexto que me alegas y sufro; pero no me impaciento, no me desespero, sé que no has de venir; pero cuando me dices: vendré esta noche, y al oscurecer no vienes, sufro un tormento horrible, se me figura que te han descubierto, que te ha sucedido algo, y á veces tambien, que estás al lado de otra.

—¡Oh, Dios mio!—exclamó Caparrota,—¡al lado de otra! Si los celos no te hiciesen sufrir, Milagros, yo me complacería en ellos, porque los celos son la mayor prueba del amor, y siempre nos son gratas las pruebas que de su amor nos da la mujer que adoramos. ¿Y cómo tú celosa, corazón mio? ¿de cuando acá?

—Yo he ocultado mis celos,—dijo Milagros,—y no puedo ya contenerlos.

—Me han llamado urgentemente para una junta de la cofradía de los Ahogados,—dijo don Miguelito,—y no he podido escusarme, he concluido cuanto antes y vengo á la carrera desde la Caridad: aun me dura el sobrealiento.

Lo que don Miguelito decía era verdad: la cofradía de los Ahogados, de la cual era mayordomo mayor, le había ocupado de una manera inexcusable.

—Y dime Miguel,—exclamó Milagros;—¿te impiden tambien las cofradías el que pases la noche como debes al lado de tu mujer?

—¡Su mujer!—exclamó Mariquilla.—¡Dios mio! ¡Vírgen Santísima! ¿Pues con cuántas mujeres está casado el marqués? ¡Para que yo no se lo diga á doña Rosario! ¡Qué bandolero, señor, qué pícaro! ¡Bien hice yo en no hacerle caso cuando me arrastraba el ala!

—Sabes, Milagros,—dijo don Miguelito,—que no quiero inspirar sospecha alguna, que estoy obligado á evitar cuidadosamente se me descubra.

—¿Y qué será, señor,—exclamó Mariquilla,—lo que tengan que descubrirle al marqués? ¡Vaya unos hombres! Si no fuera por lo que quiero á Piruétano y porque ya no tiene remedio, me metía monja.

—En otros tiempos,—dijo Milagros,—debiste procurar también cuidadosamente te descubriesen, y sin embargo, entonces no te cuidabas de si tu servidumbre reparaba ó no en tus trasnochos; te pasabas la noche hablando conmigo ó con Patrocinio por la reja.

—¡Dios mío, Dios mío!—exclamó la Mariquilla,—esta criaturita que á mí me gustaba tanto, partía al marqués con otra, con la primera mujer del marqués, con doña Patrocinio. Pues diga usted que el marqués se ha casado con las tres más buenas hembras que yo he conocido. ¡Ay, padrecito mío y qué hombre!

—Entonces yo era imprudente, Milagros,—dijo don Miguelito,—y ya sabes á donde aquellas y otras imprudencias

me han llevado: casi casi me han puesto al pie de la horca.

—¡Santísimo Cristo de las Tres Luces!—exclamó Mariquilla;—¡Pues el que ha estado á pique de que le ahorquen es un mal hombre, un asesino, un ladrón! ¡Jesús! Si yo hubiera sabido lo que iba á oir no vengo; pero bueno, ¿y qué? yo se lo diré todo á doña Rosario. ¡Pobrecita!

—Miguel,—exclamó Milagros,—cuando estabas entre tus bandidos en la sierra, te dije: Yo te lo sufriré todo, te lo perdonaré todo, ménos el que menosprecies mi amor amando á otra. Miguel, mátame; pero sino me matas, sé verdaderamente mi esposo, no te separes de mí, enciérrate conmigo, de lo contrario, yo buscaré un medio de averiguar, de saber, de tener una prueba, y entonces, Miguel, ¡ay de tí! ¡ay de mí! ¡ay de los dos!

—¿Pero, qué es esto, Milagros, qué es esto? exclamó don Miguelito.

—Esto es, Miguel, que la venda va cayendo de mis ojos; esto es, que encuentro tu conducta injustificable para conmigo; esto es, que tengo celos, y los celos me desesperan, me vuelven loca Miguel, tú no te irás esta noche; yo soy tu mujer

—¡Imposible!—contestó Caparrota,

—¡Imposible!—exclamó Milagros.

—Sí, imposible, porque es imposible que yo sucumba á intimaciones, aunque sean tuyas.

—Pretextos, y de mala ley,—dijo Milagros.—¿Pretendes acaso imponerme terror? Yo no me aterro por nada, y mucho ménos desde el momento en que me has hecho presenciar cosas tan horribles como el intento de quemar á aquel infeliz, á quien la conmoción del terror costó la vida.

—Bueno, bien,—dijo la Mariquilla. - Pues lo que estoy descubriendo es menudo; ¡la mar!

—Milagros,—exclamó don Miguelito;—yo no quiero aterrarte, yo no puedo aterrarte. Déjame á lo ménos que yo vuelva á mi casa, que me recoja aparentemente, y después, cuando los criados estén recogidos, volveré.

- Sí, cuando hayas engañado con un pretexto á la otra, —exclamó con un acento indefinible Milagros, con un acento en que vibraban al par la desesperación, la locura, la amenaza

—Me quedaré, Milagros,—dijo don Miguelito.

—¡Ah!—exclamó exhalando en aquella exclamación, toda la alegría de su alma Milagros.—Y te quedarás todas las noches, ¿no es verdad? ¿Qué te importa á tí lo que piensen ó no piensen los criados? Esto es exagerar.

—No, no es exagerar, Milagros,—dijo don Miguelito.—La justicia no ha dejado de fijar la mirada en mí, y me veo obligado á guardar una gran reserva; cualquier cosa puede despertar sospechas, pueden seguirme, ¡y si te descubriesen Milagros!

A Milagros le aconteció lo que acontece á todas las mujeres verdaderamente enamoradas, que acaban por creer las buenas ó malas razones con que contesta á sus celos el hombre que aman.

Milagros había dejado de estar celosa.

—¡Ah, no, no! -dijo;—veo que tienes razón, Mignel, perdóname; el amor que te tengo me ha hecho creerme engañada por tí. No, ni aun esta noche te quedas conmigo. Vete, vete á la hora de costumbre.

—Sí, esto es lo más prudente,—dijo don Miguelito;—y para que veas cuanto te amo, consiento en fin en lo que

tanto deseas, esto es, en salir contigo de España. Saldremos, saldremos muy pronto.

La verdad era que Caparrota se había aterrado; que Milagros empezaba á tener celos; que por aquella vez los había desvanecido, pero que podían volver y ponerle en una situación sin salida posible.

Rosario deseaba también salir de España, y don Miguelito se decidió.

Una vez fuera de España. la justicia del país á que se trasladase no tenía derecho alguno á juzgar crímenes que no se habían cometido por ante sus leyes. Podía afrontar entonces el furor de Milagros. que se le había manifestado visible. Era tal vez el más enérgico, el más lanzado á todo de sus tres grandes amores.

—¡Oh, y qué feliz seré entonces!—dijo Milagros.

Y asiendo el brazo de don Miguelito, se alejó con él al través del claro, y se perdió entre los árboles frente al lugar donde estaba Mariquilla.

Esta permaneció durante algunos minutos inmóvil.

Al fin dijo:

—¿Y qué tengo yo que hacer ya aquí, si no soy pájaro para pasar la noche en un árbol? Ea, á casa: ni una palabra á Piruétano, y mañana, con todo lo que he oido, á doña Rosario.

Y Mariquilla se lanzó de rama en rama, llegó á la tapia, saltó á la callejuela, y poco después se metió en su casa.

CAPITULO LII

Dos almas negras y dos almas blancas.

La Mariquilla no era una santa, ni mucho ménos, ya lo saben nuestros lectores: ella había contraido unos amores ilícitos por Piruétano, sabía que Piruétano había matado á su padre, y sin embargo, continuaba amándole.

Esto no era ser buena, ni mucho ménos; pero la maldad de las criaturas tienen cada una un límite, y además, es muy frecuente en el ser humano la indulgencia para los defectos, las faltas y aún los crímenes propios, y la severidad para las faltas, los crimenes y los defectos de los otros.

Lo que Mariquilla había oído, la había horrorizado.

El proceso contra el marqués de Casa Vaquera había dado un grande escándalo, todo el mundo había conocido aquella inmensa acusacion que abarcaba tantos horrores, y Mariquilla conocia como todo el mundo lo que de fama pública se había dicho contra el marqués de Casa-Vaquera.

Pero había sobrevenido la exculpación de éste, y de la

misma manera que la opinión pública le había condenado, le había absuelto.

Mariquilla veia al fin por lo que había oido por sí misma que el proceso había dicho la verdad; que el marqués de Casa-Vaquera era jefe de los invisibles y de los caballistas que habian aterrado la sierra y la campiña.

Había descubierto que estaba casado con dos mujeres, y había calificado como una bribona á Milagros, puesto que, sabiendo quien era el marqués, se había casado con él, despues de haberle partido en otro tiempo con otra mujer.

—Cuando esa niña está tan escondida,—dijo Mariquilla, —¿qué tal será ella! Alguna *púa* que si la agarra la justicia la ahorca. ¡Y á buena gente sirve Piruétano! Tal será él como los otros. Yo le he perdonado lo de mi padre, porque al fin mi padre le soltó un tiro. Yo no estoy segura con él; ya me va apretando la mano en las palizas, y un día me aprieta una que me hincha y me hace dar las boqueadas como á mi padre. Pero, y bueno, ¿y qué? yo no lo puedo remediar, yo le quiero, aunque me mate. ¡Válgame Dios, y qué desgracia! ¿Por qué, ya que yo le quiero tanto, no había de ser Piruétano un hombre de bien?

Otra mujer que hubiera estado tan enamorada de Piruétano, y hubiera sido una simple, hubiera dejado conocer á Piruétano el secreto que había sorprendido, y esto hubiera podido serla funesto, porque lo que más amaba Piruétano en el mundo era á su amo, ó su capitán.

La Mariquilla era ladina.

Piruétano llegó poco después de haber vuelto á su casa Mariquilla.

La encontró como siempre: tranquila, alegre y enamorada.

Estuvo muy poco tiempo, porque sólo había hecho una escapatoria; pero después de la media noche llegó, como de costumbre, para no volver á salir hasta el amanecer.

—Vamos,—dijo para sí Mariquilla, cuando le vió,—el marqués no se ha quedado con su mujer rubia, porque si se hubiera quedado, Piruétano no hubiera podido venir.

Al amanecer, Piruétano se fué, sin haber notado novedad alguna en Mariquilla.

Esta había aparecido para él como siempre.

Al medio dia hizo una escapadilla y fué á verla.

Cuando se volvió, Mariquilla dejó, como siempre, borracha á su tía, cerró la puerta, y tomó el trote hácia la calle de los Gimios.

A la una en punto necesitaba estar pegada al postigo del jardín de la casa del marqués, donde Rosario la había mandado esperase.

Rosario había aguardado con una vivísima impaciencia llegase la hora de su cita con la gitana.

La noche anterior, al volver don Miguelito, la había alarmado: había notado en él una contracción extraña, las muestras mal disimuladas de una preocupación grave.

—Vida mía,—la dijo Caparrota,—al fin voy á darte gusto, voy á prepararlo todo para nuestra partida á Francia; nadie extrañará hagamos un viaje á París y demos una vuelta por Europa; es lo más natural del mundo; buscaremos un medio para realizar toda nuestra fortuna, y nos trasladaremos definitivamente.

Rosario se alarmó.

¿Cuál era la causa de aquella inesperada determinación de su marido, cuando tan tenaz se había mostrado siempre en no abandonar á Sevilla?

La causa debía ser Milagros, aquella novicia robada del convento.

Rosario no había perdido sus celos, y aun cuando estos acrecieron de una manera terrible, continuó disimulándolos como hasta entonces, mostrándose de todo punto confiada á Caparrota.

Este durmió muy mal aquella noche, y Rosario, que tampoco dormía, le oyó barbotar entre sus sueños palabras ininteligibles, pero cuyo acento era lúgubre.

Don Miguelito se levantó á la hora de costumbre, y cuando se levantó había dominado ya completamente su sobreexcitacion, y aun almorzó con apetito.

Después se vistió, y salió segun dijo á Rosario, para ir preparando la partida.

Apenas salió, Rosario se vistió también para salir.

Con frecuencia salia sola, modestamente vestida, para hacer sus obras de caridad, que ofrecia á Dios, porque Dios la amparase.

Salió, pues, con un sencillísimo traje, dió la vuelta por la calle de los Gimios, y encontró, pegada al postigo del jardín, á la gitanilla.

—Vente detrás de mí,—la dijo.

Rosario no había querido oir en su casa á la Mariquilla temiendo no volviese don Miguelito.

Rosario siguió hasta Siete Revueltas, y se metió en un pobre casucho, donde vivia la viuda de un albañil, que era una jóven á quien habian quedado cuatro hijos, honrada y virtuosa, á la cual Rosario había encontrado sumida en una horrenda miseria, de la que la había salvado.

Amparo, que así se llamaba; adoraba á Rosario, y la llamaba la madre de sus hijos.

Rosario entró seguida de Mariquilla, llamó aparte á Amparo, y la dijo:

—Esta muchacha es huérfana del chalan que nos vendía caballerías; la veo á punto de perderse por unos malos amores, y me la he traido aquí para amonestarla; hágame usted el favor, Amparito, de salir y dar una vuelta con sus hijos.

Amparo, que idolatraba á Rosario que la conocia como una señora caritativa, creyó lo que Rosario la había dicho, y salió con sus hijos, uno de los cuales era de pecho.

Rosario se quedó encerrada con la Mariquilla.

—Pues vamos á ver si somos valientes, señora,—dijo la Mariquilla,—porque aquí traigo un saco de cosas malas, tan malas, que no pueden ser peores.

Rosario se puso pálida.

¿Qué habia descubierto la gitana?

¿Sería la gitana un peligro?

—Habla, habla, niña,—la dija reponiéndose.

—¿Vuecencia se cree, señora,—dijo Mariquilla,—que el señor marqués no tiene más mujer que vuecencia?

—¡Bah!—dijo Rosario dominando su ansiedad.—El marqués puede tener una querida; ¿qué hombre no la tiene? La mujer que crea otra cosa se engaña.

—¿Querida, eh? —dijo la gitanilla. Mujer y muy mujer casado con otra, señora.

—¡Bah! Tú estás loca, María.—exclamó Rosario,—cuya palidez creció hasta hacerse cadavérica.

—Yo estoy dando un mal rato á vuecencia, dijo Mariquilla;—por eso había dicho á vuecencia que era menester que vuecencia fuera muy valiente. ¡Qué picardía, señora, qué heregía, qué peste de hombres! ¡Cuidado contestar casado con dos mujeres! Y mire vuecencia, y sin ofenderla,

que si vuecencia es hermosa, también lo es la otra; una rubía que para la sangre.

Rosario se sintió morir. Sin embargo, aún encontró valor para sostenerse.

¿Pero cómo sabes tu eso?—exclamó.

Entonces la refirió Mariquilla su escalamiento de la tapia y su paso á través de las ramas de los árboles hasta que se colocó en el lugar que sabemos, y vió todo lo que hemos relatado.

Esto mismo lo relató *ce* por *be,* y casi con las mismas palabras de que se habían servido Caparrota y Milagros, á Rosario.

La Mariquilla tenía una memoria prodigiosa, y cosa extraña en una gitana, no ponderó; pero también disminuyó la verdad. Rosario estaba aterrada, y bajo su terror se desarrollaba un furor sordo, terrible.

Su desesperación la hacía sentir una rabiosa sed de venganza contra Caparrota y Milagros.

—¡Ah! imposible, imposible, murmuró;—el imperio de la locura que me domina no puede hacerme desconocer la verdad; un malvado es, necesariamente, malvado para todo el mundo. El no ama mi alma, él no ama mi amor, es que le parezco bella, es que le embriago, y que por la embriaguez que en él causo le domino hasta el punto que se le puede dominar. Castigo merecido, merecidísimo: yo no debía amar á un hombre casado, yo no debí ser suya; después, yo he debido vengar á mi padre, asesinado por una infame intriga suya. ¡Oh, Dios mío, Dios mío! Tú no dejas ningún crímen sin castigo; no, no, es imposible burlar tu justicia; á tí no te se engaña para tí de nada sirven ni el oro ni la audacia tú eres incontrastable.

—Vamos, señora,—dijo Mariquilla, —vuecencia se ha quedado muy pensativa. Mire vuecencia, señora: las mujeres, por lo que yo veo ahora, deben estar siempre prevenidas para que no las cojan de susto las haratadas del hombre á quien quieren. Ya sé yo que por malo que sea un hombre, cuando se le quiere, no se le puede dejar de querer; por lo mismo hay que tener paciencia, señora. ¿Vuecencia cree que á mí no me ha hecho ya daño el que Piruétano, que le tengo metido en el corazón, ande enredado en cosas que le pueden salir por la tapa de los sesos, y llevarle á la horca? Aquí no había más remedio que dejarle ó aguantarle; yo no le puedo dejar, porque me moriría si le dejara; conozco mi desgracia, y me aguanto. Lo mismo debe hacer vuecencia, señora; á lo hecho, pecho. ¡Qué va á adelantar vuecencia con apurarse y quitarse la vida? Cuando un hombre sale malo, el diablo que le meta en vereda, como no sea que Dios haga un milagro. Por lo otro, señora, porque yo sepa cosas que no sabría si no hubiera servido á vuecencia, no pase vuecencia pena, que la gitanilla es un pozo, y para que vuecencia esté tranquila, quiere que, como yo sé las cosas del señor marqués, vuecencia sepa las mías. Mire vuecencia, yo soy mala, yo dejaba entrar todas las noches en mi cuarto, cuando vivía mi padre, á Piruétano; mi padre, que no era tonto, lo olió, esperó á Piruétano, y cuando antes del amanecer Piruétano saltaba la tapia del corral, le soltó un tiro y no le dió; y mire vuecencia, Piruétano se lió con mi padre, y como es tan bruto lo mató de una paliza. Yo lo estaba viendo, y callaba, porque no sabía dónde tenía el alma. Mi padre cayó al suelo, y Piruétano se fué: yo acudí, y encontré á mi padre dando las boqueadas. Me callé, señora, me callé, y no dije á la justicia quién había

sido el que había matado á mi padre, y seguí queriéndole, y le quiero, y no vivo, porque todavía no se ha casado conmigo, y sé que es un lobo, y que un día me puede reventar á mí como reventó á mi padre. Y mire vuecencia, cada día le quiero más. Conque, vuecencia esté tranquila con lo que yo sé del marqués, que también sabe vuecencia lo mío, y si yo hablara, vuecencia puede hablar, y ya ve vuecencia, con lo que sabe, si vuecencia habla me ahorcan á mi Piruétano, y yo no quiero que me lo ahorquen.

—Bien, gracias—dijo Rosario, que cambió de pensamiento respecto á la gitana, que había estado sentenciada,—te agradezco que me hayas dicho la verdad, y cuento con que olvidarás lo que sabes y lo que todavía tienes que saber, como si no hubiera sucedido. Vete: esta noche al oscurecer me esperarás como me has esperado hoy junto al postigo del jardín.

Mariquilla salió, y poco después, Amparo que estaba á la puerta de una vecina con sus hijos, y que había visto salir a la gitana volvió á su casa.

Rosario se había repuesto, había dominado la expresión del terrible estado de su alma, y aparecía tranquila. aunque triste.

—Mi buena Amparo, el marqués y yo vamos á hacer un largo viaje fuera de España y tardaremos envolver.

La pobre Amparo se inquietó; se le iba su bienhechora.

—No importa que yo falte de Sevilla,—dijo Rosario;—yo la dejo á usted con que pueda usted vivir. Tome usted, Amparito; si usted pone este dinero en casa de un comerciante, no la faltárá á usted nada; pero juicio, hija mía, juicio; usted es joven y hermosa, puede usted enamorarse de alguno y hacer una mala elección.

—Mi querer, señora,—dijo Amparo, á la cual se le arrasaron los ojos,—está en el cielo con mi marido, y el de la tierra son mis hijos; yo no puedo querer á nadie más, á nadie más que á usted, que es nuestra madre. Dios se lo pague á vuecencia, señora; yo rogaré todo los días á Dios por vuecencia y por su familia, y enseñaré á mis hijos á que rueguen también por nuestra bienhechora.

Y Amparo se echó á llorar.

Rosario no pudo contenerse, y rompió á llorar también.

—Sí, sí, ruegue usted á Dios con toda su alma por nosotros, Amparo,—la dijo, que bien lo habemos menester. Las riquezas no dan la felicidad, y á veces son mucho más desgraciados que los pobres, los ricos.

—¡Ah, señora! Dios ampare á vuecencia si lo ha menester,—dijo Amparo.—No rogaré yo sola á Dios por vuecencia y su familia; no, yo haré que mi anciano confesor, que es un santo, diga todos los días por vuecencia y su familia una misa.

Rosario se arrojó en los brazos de Amparo, la besó en la boca, se separó de ella, y la dijo:

—Adios; todavía nos volveremos á ver si Dios quiere.

Y escapó conmovida de una manera inmensa, llorosa, desolada, desesperada.

Amparo se quedó estática.

—¡Dios mio, Dios mio!—exclamó.—¿Será verdad que los ricos son á veces más desgraciados que los pobres? ¡Ah! ¿Será verdad todo lo que se ha dicho del marqués de Casa-Vaquera? ¿Estará teñido en sangre ese dinero que la marquesa me ha dejado? ¡Ay! yo no gastaré más que lo necesario para criar á mis pobres hijos, lo demás lo gastaré por sus almas. ¡Oh, á lo ménos,—añadió abrazando á uno de

sus hijos,—vuestro padre murió en el hospital sin nada que le remordiese la conciencia, y vuestra madre puede levantar sin miedo su frente al cielo!

Y la pobre Amparo abrazó y besó, uno tras otro, á sus hijos, salió con ellos, los dejó casa de una vecina, y se fué á buscar á su confesor con el bolsillo que le había dado la marquesa, en el cual había doscientas onzas.

Rosario había hecho aquello por buen corazon y por cariño á Amparo, primero; despues, buscando en una obra de caridad la misericordia de Dios.

Don Rafael, presbítero, afecto al clero de la parroquia del Salvador, oyó atentamente á Amparo.

—Has hacho bien en aceptar este dinero, hija mía,—la dijo;—tus hijos no tienen padre, tu trabajo no basta para mantenerlos, tú tampoco podías llevar este dinero casa de un comerciante para ponerle á ganancia: se hubiera dudado de tu honra; yo lo llevaré á un comerciante amigo mío, y obtendré que dé cinco mil reales anuales.

¿Y cuánto son cinco mil reales, padre? ¿Cuánto dan diario?

—Un poco más de catorce reales.

—¡Ah! Catorce, y cuatro que yo gano, diez y ocho: con diez reales vivimos mis hijos y yo como unos duques; las otras dos pesetas, para usted, don Rafael.

—¿Para mí, hija?—exclamó el sacerdote.

—Sí, sí,—dijo Amparo;—para que todos los días diga usted una misa porque Dios perdone si necesita perdonarlos al marqués y á la marquesa de Casa-Vaquera.

—No,—dijo don Rafael;—á mí me basta con una peseta por la limosna de la misa, y esto porque no puedo vivir de otra cosa.

—Bueno, padre, pues entonces la otra peseta para el hospital de la Caridad.

—Dios te bendiga, hija mía,—exclamó el sacerdote, poniendo sus manos trémulas sobre la cabeza de Amparo.

Esta salió consolada.

CAPITULO LIII

El infierno de dos almas.

Aquella tarde don Miguelito paseó en caruaje con Rosario, é hicieron algunas visitas.

Don Miguelito estuvo galante, siempre enamorado, siempre encariñado con Rosario, como si para él no hubiera habido más que Rosario, en el mundo.

Rosario, por su parte, había estado también admirable.

Toda la profunda experiencia de don Miguelito no le sirvió ni aun para sospechar el infierno que se revolvía en el alma de Rosario.

En la de don Miguelito se revolvía otro infierno no menor.

La dificilísima situación en que se encontraba era insuperable.

Había descubierto en Milagros, en la niña de diecisiete años, en la dulce, en la cándida, en la admirablemente educada, un sér infinitamente más terrible que el de Patrocinio y el de Rosario.

Aquel sér terrible había dormido, no había sido excitado.

Pero, en el momento en que había sobrevenido la excitación, se había rebelado en toda su ingénita fiereza.

Don Miguelito no salvaba más que un peligro al salir, ó, más bien, al huir de España: el de su cabeza.

Pero llevaba un peligro más terrible para él con Rosario y con Milagros.

¿Cómo hacer vida completamente común con las dos á un tiempo?

Esto era de todo punto imposible; á no ser que Caparrota hubiese dispuesto de un poder mágico, por medio del cual le hubiera sido posible duplicarse.

Un choque entre Milagros y Rosario, causado por los celos, debía ser espantoso.

Y aunque él pudiese evitar este choque, porque las colocase en situaciones en que las fuera imposible encontrarse, ¿cómo provocar á Rosario ni á Milagros, ya fuese abandonando á la una, ya fuese abandonando á la otra?

De seguro sobrevendría una situacion terrible.

Lo mismo que había hecho esclavo de sus tres grandes amores á don Miguelito, causaba lo desesperado de su situación, es decir, la violencia del caráter y lo infinito del valor y de la audacia de aquellas tres mujeres, que si tanto le habian amado, había sido por lo asimilables que eran á él.

Bajo la tranquila apariencia de su vida, guardaba Caparrota un infierno.

No había olvidado á Patrocinio.

No podía olvidarla.

En los primeros momentos de su paroxismo de felicidad por el encuentro de Rosario, se engañó á sí mismo.

Le pareció que el amor de Rosario había absorbido su amor á Patrocinio.

Pero cuando pasó algún tiempo, cuando llegó la nivelación, Patrocinio fué surgiendo lentamente de su tumba hasta que surgió por completo, y por completo se apoderó de nuevo del lugar que había tenido en el alma de Caparrota.

No había un día en que éste no sintiese un estremecimiento horrible por el recuerdo de Patrocinio, ni una rabia desesperada, porque la tumba era un imposible que no podía vencer.

Uníase á esto un remordimiento frío, pesado, insoportable.

Nadie más que él había matado á Patrocinio.

El, enamorando a Rosario, había armado la mano, que por una hábil y oscura intriga, debía encontrar el instrumento de la muerte de Patrocinio.

Y él amaba aquella terrible mujer que había exterminado á Patrocinio.

De los tres amores que don Miguelito tenía en el alma, podía decirse que el predominante con una gran ventaja sobre los otros dos, era el de Rosario.

Había una razón para esto, á más de la extraordinaria y vigorosa, y sensual hermosura de Rosario: el temple de su alma, superior en la perversión nativa á la de las otras.

El sér humano hereda, fisiológicamente, el sér entero de sus padres.

De aquí lo posible del mejoramiento de la raza humana, si se cuidara de la elección del hombre y de la mujer para el conyugio, teniendo en cuenta las cualidades de salud, de robustez, de hermosura, de tipo, de moralidad, y terminando la obra por la buena educación del hijo.

Si fuera posible restablecer como ley este escogimiento, esta elección, resultaría una gradación de razas, desde lo mejor hasta lo peor, desde los casi ángeles, á los casi demonios; resultarían seres raquíticos, enfermos, horribles de feos, con almas inmejorables y seres admirables en la forma, en la forma ángeles, con almas de demonios.

Siempre la multiplicidad y la variedad en la naturaleza, á no ser que tomando las costumbres de Esparta, se desechara y se matara á todos los que tuvieran deformidades físicas ó morales.

Rosario era hija de don Timorato, y ya sabemos lo que don Timorato era: un hombre naturalmente dulce, que sin alterarse había llegado siempre que había sido necesario, á lo horrible del crímen, y que cuando le obligaban á salir de su dulzura ingénita, se convertía en fiera.

Ahora bien, el tío Piepartido, que había robado lo bastante para hacerse una grande hacienda, y por lo tanto, para que á su hijo le llamasen don Timorato, había sido un bandido sin entrañas, un ser horriblemente sanguinario, que muchas veces había destruído por el solo placer de destruir.

El tío Piepartido había sido hijo del tío Ojogüero, del que se tenía noticia que había sido mucho peor que su hijo Piepartido, y de que había sido ahorcado y descuartizado.

Más allá se perdía la memoria; pero era de suponer que el tatarabuelo y el trastatarabuelo habían sido peores.

La genealogía de Rosario no podía ser, pues. más noble por ante la ferocidad y el crimen; y sin embargo, don Timorato había legado á su hija mayor una ejecutoria con las tapas forradas de terciopelo y claveteadas de tachuelas de oro. en cuyos pergaminos aparecían dos docenas de bla-

sones, testimoniados todos, y un árbol genealógico que hacía provenir á los del Fresno de don Recesvinto, rey godo.

Y como don Recesvinto provenía de Abraham, cuya familia únicamente se salvó del diluvio, y Abraham venía en línea recta de Adán, y Adán de Dios, hé aquí que la nobleza de los del Fresno, no solamente tenía su origen real, y patriarcal, y primordial en línea recta, sino también lo de celeste, porque nadie puede dudar de que Adán era hijo de Dios, puesto que Dios le hizo; de donde aquel dicho vulgar, «todos somos hijos de Dios.»

Los del Fresno, sin embargo, atendido su ejecutoria, tenían la altísima preeminencia de pertenecer á la raza primogénita de Adán.

Ahora nosotros creemos que la raza primogénita de Adán son los descendientes de Caín, hijo de Adán y Eva, y de madre desconocida, porque no se ha averiguado todavía quiénes fueron las esposas ó las hermanas de los hijos de Adán.

Sin embargo, y á pesar de esta altiva nobleza proveniente de una tal progenitura, ya hemos visto que los de Fresno habían hecho méritos bastantes para morir, los que de ellos se conocían, ya en la horca, ya de mano airada.

La sangre noble de buena raza, tiene en sí algo de la sangre de las fieras, y á poco que se bastardee deja de producir el héroe para producir el ladrón y el asesino.

Porque un héroe no es otra cosa que un bebedor de sangre humana, que la bebe en nombre de una idea que la humanidad, siempre perdida en el error, ha declarado sublime.

El Cid podía enumerar con orgullo los hombres que había despanzurrado, y los castillos, villas y ciudades que

había entregado al botín y al incendio, seguro de ser admirado y aplaudido.

Troppman, y Elena Jegado y Doumoular, y otros tantos, podían enumerar sus víctimas con un orgullo sombrío.

Podia otorgárseles la admiración del horror, una admiración como otra cualquiera, pero su apoteosis ha sido la guillotina; diferencia únicamente en el fin; en el principio la misma cosa, bebedores de sangre humana, fieras.

Entre el héroe y el bandido no hay otra diferencia que la que establece el erróneo juicio de la humanidad, dando á los unos la inmortalidad augusta del renombre, á otros la infamia del patíbulo. Cuestión de circunstancias y de posición.

¿Quién duda que Napoleón el Grande, nacido en una cueva de la Calabria, y en circunstancias normales no hubiera sido un gran brigante?

Hubiera necesitado dar alimento á su génio, satisfacer sus profesiones, dominar y destruir.

Todo gran jefe de bandidos en otra situación, ha podido ser un gran general, un conquistador.

Pero el héroe y el bandido, es decir, los seres feroces están de igual manera fuera de la caridad, única y sola virtud, cuyo ejercicio puede hacer dignas y puras á las sociedades.

Rosario obedecia á su destino, respondía á su sangre, y era más semejante que las otras dos á don Miguelito, que tenía en sus venas la terrible sangre del Cachibambo, proveniente de una raza de caníbales.

Así es, que don Miguelito cegaba por Rosario, y Rosario cegaba por don Miguelito; que eran un alma en dos cuerpos.

Pero desgraciadamente, don Miguelito, por más que no

se asimilase tanto á Milagros como á Rosario, no podía prescindir de Milagros.

Milagros tenía también una razón para la fiereza de su espíritu.

Ya hemos visto la tremenda energía de su padre, que si no se había vengado de don Miguelito, había sido porque su vejez le incapacitaba, y él no comprendía la venganza, sino tomándola por sí mismo, espada, contra espada.

El conde de los Cabrales había sido durísimo en los mandos que había ejercido, particularmeute en América.

Su padre había dado no menores muestras de terribleza, y á medida que se ascendía en la genealogía, los condes de los Cabrales iban creciendo en talla y acercándose al héroe.

Milagros tenía, pues, la franca, leal, bravía é incontrastable acometida del héroe, y como hemos visto, la repugnaba de una manera indecible el crímen.

Solamente lo excéntrico, lo vehementísimo de su amor por don Miguelito, había hecho que ella arrostrase la moralidad malvada de don Miguelito.

Misterios del amor.

Pero este amor indómito no la había hecho transigir con el crímen ni con lo infame.

Lo criminal y lo infame la horrorizaban siempre.

Esto era un resultado de su educación y de la influencia de su raza, porque, lo repetimos, las cualidades del alma se trasmiten por la generación y pasan de padres á hijos, sostenidas por la educación y por el mayor ó menor desahogo de la fortuna.

De modo que en su rivalidad por don Miguelito, se encontraban frente á frente dos fieras, la una sombría y capaz de todo, hasta de la traición, Rosario; la otra brava, inal-

terable, impávida, acometedora, de frente, sin reparar en nada, retoño del héroe caballeresco.

Don Miguelito comprendía esto perfectamente, y de aquí lo difícil de su situación.

Para conservar á la una, debía necesariamente perder á la otra.

En caso de elección forzosa, don Miguelito hubiera optado por Rosario.

Pero como no se estaba en el caso de aquella elección, la ventaja de amor que respecto á don Miguelito tenía Rosario sobre Milagros, no era bastante para que don Miguelito prescindiese de Milagros.

Le enamoraba su figura y le enlanguidecía su alma.

Era, en fin, avaro de amor y de placeres, y muy débil, en este concepto, respecto á su alma.

Dada la situación intrincada en que se veía metido, se comprende cual sería el estado de su alma.

Salvaba como hemos dicho, huyendo de España, su cabeza, pero no salvaba su situación particular si una vez en el extranjero, donde no podía temer una denuncia causada por la desesperación de Milagros, no lograba dominarla y reducirla á su voluntad.

Esto era lo que don Miguelito, desesperado, procuraba intentar llevándose fuera de España á sus dos amores; satisfacer completamente á Rosario y subordinar á Milagros.

En todo caso, habría prorrogado una situación determinante y terrible.

Había ganado tiempo, respecto á Milagros, con la promesa de una próxima partida de España.

La situación, pues, á juicio de don Miguelito, se había

aplazado, y don Miguelito había recobrado su calma habitual.

La serenidad de Rosario tenía otra razón á más de su fuerza de voluntad: la de que había tomado una resolución decisiva; ella había exterminado á Patrocinio; ¿por qué no había de exterminar á Milagros?

Una vez desembarazada de Milagros, y en el extranjero, don Miguelito era suyo, exclusivamente suyo.

CAPITULO LIV

De cómo Rosario se introdujo en la casa del Duende.

Apenas salió don Miguelito, como de costumbre, cuando Rosario se metió en su cuarto, que daba sobre el jardín, abrió un armario, se vistió completamente de hombre, se recogió el pelo en lo alto de la cabeza, se lo sujetó con el pañuelo, se tapó con una pasta á propósito los agujeros de los pendientes, y se puso unas patillas postizas.

Se transformó, en fin, y completamente de nuevo, en aquel don Vicente Canoso.

Se fué á la sala de armas de don Miguelito, y tomó un par de pistolas y un puñal.

Se metió en la faja un bolsillo con cien onzas, por lo que pudiera sobrevenir, y se fué al jardín y abrió el postigo.

Aún había algo de luz del crepúsculo, y la luna, que ya estaba alta, iluminaba la tapia del jardín.

Mariquilla se asombró cuando, en vez de doña Rosario,

vió aparecer á aquel buen mozo, á quien no esperaba.

—Vamos, echa á andar, chiquilla, —dijo Rosario á la gitana.

-¡Ah! que es vuecencia, señora, —dijo ésta, reconociéndola por la voz.

—Sí, yo soy,—contestó Rosario; - pero no puedo ir sola contigo de noche con mi traje natural, y me he disfrazado.

—Pues mire vuecencia que el disfraz no puede ser mejor, porque, por más que miro y remiro á vuecencia, me parece un hombre, y ni aun en los ojos conozco á vuecencia.

—O disfrazarse ó no disfrazarse,—dijo Rosario;—pero, anda, anda de prisa.

Y se embozó de un boleo, como pudiera haberlo hecho el mejor mozo de Sevilla.

—¡Válgame Dios, señor!—murmuró para sí Mariquilla; —me parece á mí que la señorita doña Rosario es también un *pexe* de mar ancha. ¡María Santísima de los Dolores, y qué criaturita, si esto fuera hombre! ¿Quién se resistía, señor?

—Anda, anda de prisa,—decía Rosario,—que de aquí á la Macarena hay una legua.

—Pero esa legua *jala*, *jala*, con este trotecillo perruno que llevamos, la andamos en cinco minutos, señora; yo se lo aseguro á vuecencia, y cállese vuecencia, porque cuando se habla, se anda menos.

Las dos hembras avanzaban con esa marcha levantada y menuda, que hace que una mujer parezca, en cuanto á la rapidez, poco menos que una locomotora.

Cuando toman este tole, al desdichado que pretenda seguirlas, le acontece lo que á los perros cuando se lanzan en seguimiento de un tren, y al poco espacio se detienen y se quedan ladrando.

En los respectivos casos, la mujer ó el tren han desaparecido.

Apenas si se ve su trazo allá en el horizonte.

Llegaron, sino en diez minutos en veinticinco, á la estrecha y sombría callejuela á donde daba la tapia del jardín de la casa del Duende.

—Pero no tenemos la llave del postigo,—dijo Rosario; —y es necesario que yo entre.

—Espere vuecencia, señora,—dijo Mariquilla;—yo me meto como por mi casa por encima de la tapia, y yo ayudaría á vuecencia á subir; pero después de la tapia están los árboles, y hay que andar por sus ramas, porque descolgarme por la tapia no es posible; hay una madreselva vieja, en la cual se quedaría una enredada sin poder valerse. Pero deje vuecencia: ¿tiene vuecencia una herramienta?

—Sí, un puñal.

—Pues démelo, vuecencia.

—¿Y qué vas á hacer con él?

—Malo será que yo con la herramienta no pueda abrir por la parte de adentro la cerradura del postigo.

Rosario dió el puñal á Mariquilla.

—Ea, pues hágase cuenta vuecencia de que ya está dentro del jardín. Pero sería bueno ver antes si en el jardín hay alguien, aunque se tarde más.

—Sí, sí, reconoce el jardín,—dijo Rosario.

Mariquilla se avalanzó á la tapia, trepó por ella con la misma facilidad que la noche anterior, y se perdió por entre las copas de los árboles.

Avanzó rápidamente desplegando una actividad mucho mayor que la noche anterior.

Al fin llegó á la misma cruz del árbol desde la cual había observado anteriormente.

El jardín estaba desierto.

A lo menos en su claro no se veía nadie absolutamente.

Mariquillla se dejó caer á lo largo del árbol, llegó al terreno del jardín, y luego, sin causar el más leve ruido al pasar por entre las malezas, llegó al postigo y tanteó la cerradura

Era vieja y estaba mohosa y corroida

Mariquilla metió sus pequeños dedos por sus huecos, logró coger el muelle, y con la otra mano impulsó el fiador.

Ella había aprendido á hacer esto cuando su padre alguna vez la había encerrado para irse tranquilo.

¿Qué no inventan las mujeres cuando son traviesas?

¿Qué no consiguen?

El puñal la habia sido de todo punto inútil.

Mariquilla descorrió el mohoso cerrojo, y el postigo se abrió.

Inmediatamente entró Rosario.

—Pues señora, —dijo,—nosotras no podemos atravesar el jardín por lo descubierto porque pueden vernos; daremos la vuelta por este senderito que va entre la maleza á lo largo de la tapia.

—Dices bien, —contestó Rosario, que estaba muy agitada,

—Pero cuide mucho vuecencia de no hacer ruido al pasar junto á las ramas; y para eso es menester ir despacio.

Mariquila volvió á cerrar el postigo echando el cerrojo y corriendo de nuevo el fiador de la cerradura, para que si Piruétano daba una escapada para ir á verla, no notase novedad en el postigo.

—Ahora,—exclamó Mariquilla,—Dios nos asista, seño-

ra, porque estamos encerradas; y si tenemos que escapar no tendré yo tiempo para hacer la maniobra del postigo.

—Es que yo no pienso escapar,—dijo Rosario,—yo estoy en mi casa cuando estoy en casa de mi marido. -Dame el puñal y tú vete.

—¡Qué me vaya, señora! ¿y quién va á cerrar el postigo si yo le abro para salir? Bien es verdad que yo me puedo escapar por los árboles y por la tapia, pero ¿quién va á abrir á vuecencia cuando vuecencia tenga que salir?

—Es que ya no saldré; vete, necesito que te vayas; es preciso que Piruétano te encuentre en tu casa cuando vaya á buscarte á la media noche; que te encuentre allí también si da una escapada; vete te digo.

Mariquilla se aterró.

Le parecía que la cosa se ponía demasiado séria.

Pero de tal manera la miraba Rosario, que no se atrevió á desobedecer.

—Por supuesto,—dijo Rosario,—cuidado con que digas ni una sola palabra de lo que sabes á Piruétano cuando vaya á verte, porque te podría costar muy caro, y sobre todo, no te casarías con él.

—Descuide vuecencia, señora,—se apresuró á decir Mariquilla.

—Vete, vete,—repitió impaciente Rosario.

Mariquilla trepó por un árbol, y luego, por las ramas, ganó la tapia, saltó, y se fué asustada á su casa.

CAPÍTULO LV

En que por consecuencia de lo que ve y lo que oye Rosario, encuentra un medio muy cómodo de vengarse sin llegar á la sangre.

Rosario tenía verdaderamente el corazón puesto en su sitio: esto es, nada, ni aun los rabiosos celos que sentía, ni aun la indignación de que estaba poseída, bastaban para alterar su serenidad, su calma.

Así son todos los valientes, y Rosario había heredado entera la sangre de su padre.

Otra mujer se hubiera apresurado á buscar á Milagros.

Rosario se ocultó entre los árboles, y esperó.

¿Estaba dentro de la casa su marido?

No era prudente hacer un reconocimiento para averiguarlo.

Si no lo estaba, debía sobrevenir pronto; si lo estaba, debía salir entre once y doce; si no llegaba pronto, si entre once y doce no salía, era señal clara de que no había ido.

Don Miguelito no faltaba nunca á su casa á la hora de costumbre.

¿No podía ser muy bien que la Mariquilla hubiese sido comprada y aleccionada por alguien que tuviese interés en turbar la buena armonía que existía entre su marido y ella?

Sin embargo, Mariquilla había hablado con ese indudable sabor de sinceridad y de verdad que no puede desconocerse.

A Rosario se la hacía durísimo creer que don Miguelito la hiciese traición, y, por esto. hacía deducciones inverosímiles; se defendía de aquella verdad que la desgarraba el alma, y cuando su razón la decía que Mariquilla no la había engañado, horribles pensamientos, espantosos proyectos pasaban por su imaginación.

Había pasado algún tiempo desde que se había quedado sola.

Rosario luchaba con su impaciencia.

Ya era hora de que su marido, si es que iba á aquella casa, hubiese entrado, y la perspectiva de cuatro horas largas de espera, la desesperaba.

Sin embargo, se contenía y permanecía escondida entre los arboles.

De improviso sintió en la parte opuesta á aquella donde se encontraba el roce de un traje de mujer entre la espesura.

A Rosario la latió de una manera terrible el corazón.

Sintió el frio de la fiebre, se la nublaron los ojos, una agonía espantosa pasó por ella; y estas sensaciones penosas llegaron á una exacerbación infinita cuando vió á la luz de la luna aparecer y recostarse sobre el fondo oscuro del ra-

maje una forma blanca y excesivamente gallarda; la forma de una mujer.

Empezaba á comprobarse la revelación de la Mariquilla.

Rosario no conocia á Milagros, no la había visto nunca; pero, como sabemos, tenía noticias de ella, y noticias bien tristes, puesto que sabía se había acusado del rapto de la hija del conde ds los Cabrales á su marido.

Para Rosario era indudable, como sabemos, que don Miguelito había sido el autor de aquel rapto; pero tal había sido después la conducta de don Miguelito, que Rosario había llegado á creer que sus amores con Milagros no habían sido más que un capricho, y que una vez satisfecho este capricho, la había abandonado.

Pero de improviso se la hacia una revelación, acometia audazmente la empresa de averiguar por sí misma lo que en aquella revelación hubiese de verdad, y al fin, comprobando esta verdad, se la presentaba aquella rival aborrecida, aquella otra esposa de su marido, segun la había dicho la Mariquilla.

Milagros avanzó lentamente distraida, con la cabeza inclinada sobre el pecho, y fué á sentarse á su banco de costumbre.

Antes de que se sentase, y cuaudo estuvo á cierta distancia, Rosario, merced á la luz de la luna, que era clarísima, pudo contemplarla perfectamente.

La hermosura de Milagros la desesperó; comprendió, porque no la cegaba el amor propio, que don Miguelito la amase; era, por lo menos, tan hermosa como ella, y tenía sobre ella la ventaja de ser blanca, blanquísima, y rubia como el oro.

Las bellezas blancas y rubias representan el lujo de

la hermosura; parecen mujeres de nácar coronadas de oro.

Por regla general, una blanca y rubia y de ojos azules, envidia á una morena pelinegra; y ojos negros; y de la misma manera, esta morena envidia á la rubia.

La envidia no tenía cabida en el gran corazón de Rosario, ni su razón se perturbaba fácilmente.

Comprendía, repetimos, que don Miguelito amase á Milagros, ó que, por lo menos, estuviese fascinado por ella.

Esta disculpa era ya una especie de principio de perdón para don Miguelito por parte de Rosario; pero Rosario era demasiado terrible para poder vivir tranquila, sabiendo que su marido amaba á otra.

La idea de exterminar á Milagros se aferró más y más en el pensamiento desesperado de Rosario.

Ninguna mejor ocasión: Milagros estaba sola cerca de Rosario, muy cerca, porque Rosario se apoyaba en el tronco del árbol que estaba inmediatamente después del banco en que se había sentado Milagros.

El ramaje que brotaba al pié de los árboles ocultaba á Rosario; pero ésta sentía, no solamente la agitada respiracion de Milagros, sino que aspiraba el delicado perfume de sus cabellos, que agitaba el viento.

Pero Rosario necesitaba saber, antes de herir, si era necesario herir, segun fuese el amor que don Miguelito sintiese por Milagros; era necesario saber si, en efecto, se había casado con ella.

Esto podía ser una exageracion ó un error de Mariquilla.

En fin, Rosario necesitaba averiguarlo todo, saberlo todo, y aunque podía herir de muerte con solo extender el brazo á Milagros, permanecía inmóvil y contenía el aliento para que Milagros no la sintiese.

Al fin se oyó en la callejuela un leve silbido.

Milagros se levantó de una manera nerviosa, y con una precipitacion que manifestaba la impaciencia de su amor, corrió al postigo.

Poco despues aparecieron en el claro, y fueron á sentarse en el mismo banco don Miguelito y Milagros.

Don Miguelito se había acercado asiendo una mano de Milagros, y rodeándola con el otro brazo la cintura.

Al mismo tiempo la miraba con ánsia, y la hablaba con un extraordinario interés, con ese interés con que habla un hombre con la mujer que le apasiona.

Don Miguelito era para ella su amigo, su amante, su hermano, su esposo, su padre, su hijo, un universo infinito.

Para Rosario no existía por ante el amor más hombre en el mundo que su marido, ni jamás había amado á nadie hasta que le amó.

Rosario se creía con derecho, y le tenía en efecto, de ser amada de la misma manera, con la misma abnegación, con el mismo exclusivismo.

A tal punto llegaba el amor de Rosario por don Miguelito, que si la hubieran dado á elegir entre la muerte de su hijo y la de don Miguelito, hubiera optado por la muerte de su hijo, de la misma manera que no había sido impedimento para que continuase su ciego amor por don Miguelito, la certidumbre de que él había causado la muerte de su padre.

Por eso hemos dicho que don Miguelito era para Rosario el padre, el hijo, el hermano, el amante; todo.

Lo demás, aún ese amor inmenso de la maternidad, estaba en un lugar secundario, respecto á don Miguelito, en el corazón de Rosario.

Aquello era el delirio, la locura del amor, una enfermedad.

Muy pronto debía saber Rosario que Milagros amaba de la misma manera que ella á don Miguelito; y que don Miguelito enloquecía, como por ella, por Milagros.

No parecía sino que eran tres séres refundidos en uno mismo.

¿Pero, cómo refundir á dos mujeres que aman de tal manera á un mismo hombre?

Bien al contrario; estas dos mujeres, si se encuentran, si se conocen, se destruyen; y tanto más, cuando estas dos mujeres tienen el alma tan decidida, tan enérgica, tan terrible como la tenían Milagros y Rosario.

Desde el momento en que se sentaron, empezó una apasionada conversación.

—Eres incorregible, Miguel,—dijo Milagros con un acento de celoso reproche.—Ayer te impidieron venir á buena hora tus cofrades de la Hermandad de los Abogados, ¿quién te ha detenido esta noche? Eres cruel; tú no sabes la impaciencia con que yo te espero después de una larga noche y de un largo día sin verte. Habla, discúlpate, no te sonrías de esa manera, porque me irritas.

—¡Ah, bah!—dijo don Miguelito.—Me he encontrado al viejo conde de Castrofuerte, que me ha hablado de los disgustos que le da su hija menor, que se ha empeñado en casarse, ¿con quién dirás? Con su cocinero.

—Déjame en paz, Miguel,—exclamó Milagros,—tú eludes la cuestión; tú quieres entretenerme con un cuento; tú amas á otra, tú tienes enredos, por lo menos.

—¿Volvemos, pues, á lo de anoche?—dijo dulcemente don Miguelito.—Yo creí que te habías convencido, vida

mía, y veo que estamos lo mismo. ¿Por qué tus celos? ¿Crees tú que teniéndote á tí puedo yo amar á otra?

Apelamos á las mujeres casadas que nos lean, y que quieran á su marido, para que juzguen lo que en aquel momento debió pasar por el alma de Rosario, y para que admiren la fuerza de voluntad de ésta, que, á pesar de todo, en vez de presentarse airada á su marido, permaneció inmóvil, conteniendo aun su aliento para no ser sentida, luchando con el vértigo que se apoderaba de ella.

—¡Oh, sí, sí! yo creo que tú me amas con toda tu alma, —dijo Milagros;—no puedo dudarlo; pero, qué quieres, Miguel, me devoran, me martirizan, me matan unos celos instintivos; no sé por qué, creo que amas á otra mujer como me amas á mí, y esto es un resultado de la violencia de mi amor; yo creo que todas deben amarte como yo te amo, y que, entre tantas, es imposible no hayas encontrado una mujer que te haga sentir lo que por mí sientes.

—¿Acaso se tiene más que un amor?—dijo don Miguelito.

—Si consulto á mi corazón,—contestó Milagros,—no hay más que un amor para toda la vida, para toda la eternidad; pero los hombres están muy mal educados, hijo mío, y, además de esto, teneis el derecho de solicitar: la sociedad es muy benigna para con vosotros, como que vosotros sois los que haceis las leyes. Si una mujer ama ó favorece á más de un hombre, la sociedad no tiene palabras bastante duras, bastante infamantes para zaherirla; pero vosotros podeis amar impunemente, y á un tiempo, á dos, á tres, á ciento; vuestra honra no se perjudica por esto más que ante ciertas personas severas, como mi padre, y que ya no están de moda ¡Pobre padre mío! La desgracia que yo le he he-

cho sufrir, le matará, de seguro. Yo te lo he sacrificado todo, todo, hasta mi conciencia, y he prescindido por tí de todo, hasta de mi padre, y si llegase una situación terrible, prescindiría por tí hasta del hijo que llevo en mis entrañas.

¿Qué más podía oir Rosario?

El amor de Milagros por don Miguelito era igual al suyo por él.

Rosario se sentía morir, á punto de perder el conocimiento, y, sin embargo, continuaba escuchando.

—Esto terminará muy pronto,—dijo don Miguelito;—me ocupo en los preparativos de nuestro viaje, y cuando estemos fuera de España, entonces no dudarás.

—¡Oh! Sí, sí,—exclamó Milagros;—en primer lugar, con tranquilidad, porque en el extranjero no puede perseguirte la justicia; y, sobre todo, querido mío, porque yo quiero, como es muy natural y muy justo, hacer vida común con mi marido, ir á todas partes con él, estar separada de él lo menos posible. ¡Oh! Yo no podría resistir mucho tiempo la vida que tenemos aquí; se me acaba el valor y me asesina el sobresalto. Cuando tardas, creo que te han preso, que estás perdido, y esta creencia, aunque luego se desvanece, me causa malos sueños, horribles. ¡Ah! Yo he soñado que te veía pendiente de la horca...

La revelación no podía ser más completa.

Milagros sabía, como Rosario, que su marido era un bandido terrible, un malvado, y, sin embargo, le amaba con la misma intensidad que le amaba Rosario.

Volvió á sentir ésta un nuevo impulso de odio y de desprecio hacia don Miguelito, y hubo un momento en que echó mano al culatín de una pistola para hacer fuego sobre

Caparrota; pero aquella terrible situación pasó, dominada por la pasión de Rosario.

No, no era el culpable el que debía morir, sino la inocente.

Rosario heriría en la sombra; y después diría á don Miguelito: maté á tu primera mujer, y de la misma manera he matado á tu tercera mujer; mátame ó redúcete á mí, porque yo encontraré siempre un medio de destruir á la mujer á quien ames.

—¿Sabes, Milagros,—dijo don Miquelito,—que la noche está demasiado fresca y este lugar húmedo? A más, tengo apetito y me gustan mucho esos extraños guisados que hace Piruétano. Vámonos.

Don Miguelito y Milagros se levantaron, atravesaron el claro, y desaparecieron.

Rosario permaneció inmóvil, aturdida durante algunos segundos, la parecía un sueño lo que había oido, lo que había visto, y fermentaba en ella una cólera sorda, una cólera de leona.

Sentía además ese dolor insoportable que podría llamarse el vacío del alma, la amargura del sentimiento, la desesperación de un condenado.

¿Qué hacer? La situacion era insoluble.

¿Matar á Milagros? ¿Y con qué razon?

A esto respondía la conciencia de Rosario: con la misma razon que mataste á Patrocinio.

El recuerdo de Patrocinio fué una inspiración para Rosario.

¿Por qué no probar el enamorar á Milagros como había enamorado á Patrocinio? ¿Por qué no perderse como había estado perdida todo el tiempo que trascurrió desde la

muerte de su padre hasta la muerte de Patrocinio? ¿Por qué no procurar un momento en que poder decir á don Miguelito: mira, ésta te ha engañado como aquella; ésta te ha afrentado por mí, como te afrentó Patrocinio. Es inút l: tú podrás tener todos los amores que quieras; yo te los iré quitando; yo te iré demostrando cada vez más que valgo más que tú.

Esta idea halagó á Rosario, la pareció la mejor venganza que podía tomar.

¿Para qué matar á Milagros? ¡No era mejor enamorarla, apasionarla, desesperarla, y decirla un día «has engañado á tu Miguel, le has olvidado, le has despreciado por su esposa legítima, por su única esposa, porque tú no puedes ser su esposa mientras yo viva; él te ha engañado á ti, y tú por mí le has engañado á él; tú eres una miserable, que no has llegado á la consumación del adulterio, porque era imposible; pero tienes el alma de adúltera.» ¡Ah! sí, sí. eso es; es necesario curarle de sus locuras. ¡Ah! no, no la ama como me ama á mí. ¡Ah! no, como me ama á mí no ha amado á ninguna; yo soy su vida y su alma. Cuando esta noche vaya y no me encuentre, ¡oh! su desesperacion... Cuando me busque y no me halle, y pase un día, y otro, y otro, sin saber de mí... Tengo los bolsillos llenos de oro, oro bastante para sostener por mucho tiempo una magnífica intriga. Es necesario que vea apagarse en esa mujer el amor que le tiene. ¡Oh! sí, sí, esa mujer no sabe fingir. Cuando yo la haya enloquecido de amor, él lo conocerá. ¡Pero. Dios mio! ¿Y si ella tuviese el alma tan firme como yo le amo...? Pero no, no, Patrocinio tenía tambien el alma fuerte, le adoraba, y sin embargo, él se le hizo enojoso por mí. Sí, sí, eso es, ¿por qué matar á esa mujer? Vale

más emponzoñarla el corazón, y despues desesperarla; no se puede dar otra venganza mayor y una venganza probada ya, experimentada y segura. Yo no sé, pero me siento tranquila de todo punto, porque tengo la seguridad de vengarme, y de desengañar, y de humillar una vez más á Miguel. Las nueve; tres horas se pasan pronto; no, dos horas y media; él cuidará de volver á casa antes de las doce. ¡Oh, y cuando no me encuentre! Qué sufra, que se desespere como yo.

En efecto, una vez decidida á lo que debía hacer, Rosario se tranquilizó, se envolvió en su capa, y se sentó al pié de un árbol.

CAPITULO LVI

De cómo don Miguelito saltó de unos horribles celos para dar en una ansiedad más horrible aún.

Dieron al fin las once de la noche.

Poco después Rosario oyó pasos en el jardín, se incorporó, y por entre una de las aberturas del ramaje, vió que Milagros y don Miguelito, asidos de las manos, atravesaban el claro del jardin y se metían luego por entre la espesura en dirección al postigo.

Algunos minutos después volvió á aparecer Milagros, atravesó el jardín, revelando en su aire, en su manera de andar, en su actitud, que estaba tranquila y aun contenta, y desapareció por el costado opuesto en dirección á la casa.

Rosario permaneció en su lugar.

Aún no era tiempo, aún estaba en la casa Piruétano.

Algún tiempo después, poco antes de las doce, Piruétado apareció por el mismo punto por donde había desaparecido Milagros, y se dirigió al postigo.

Rosario, que escuchaba con toda su atención, sintió el rechinamiento del postigo al abrirse y volverse á cerrar, y

luego los pasos de Piruétano, que se alejaba á lo largo del callejón.

Entonces, Rosario se levantó y se dirigió á la casa.

Entretanto, Piruétano llegó á casa de la Mariquilla.

Esta le esperaba.

Su tía se habia emborrachado como de costumbre; ó por mejor decir, estaba sumida en su borrachera perpétua, y dormía profundamente.

Era feliz: ni aun soñaba que un día podía ser presa de la combustión expontánea.

Era verdaderamente extraño que la combustión no se hubiese presentado ya, porque la vieja gitana estaba completamente saturada de alcohol.

Piruétano entraba, pues, sin recelo ninguno en casa de la Mariquilla como si hubiera sido su marido, sin cuidarse absolutamente de si los vecinos le veían entrar ó salir.

Desde el momento en que don Miguelito se iba de la casa del Duende y se recogía Milagros, Piruétano se iba á pasar la noche hasta el amanecer con la Mariquilla, y empezaba por cenar opiparamente con ella, porque la gitanilla era rica y cuidaba grandemente á Piruétano.

Aquella noche Piruétano encontró algo de extraño en el semblante de la Mariquilla, y le extrañó mucho más el que la Mariquilla, que siempre tenia un magnífico apetito, se negase á cenar á pretexto de que no tenia gana.

Acometió un aluvión de celos á Piruétano.

¿Por qué la Mariquilla estaba triste y preocupada? ¿por qué no tenía ganas? ¿había tropezado con algún nuevo amor? ¿Quién podía disgustar á la Mariquilla, cuando quitando la disputa del casorio, que nunca la había entristecide, Piruétano no la daba el más leve motivo de disgusto?

Los celos, pues, de Piruétano eran muy naturales.

Siendo rica la Mariquilla y libre como el aire, y no dándola él motivo de disgusto, debía disgustarla otro; y como una mujer puesta en las circunstancia en que se encontraba la Mariquilla no podía tener disgustos más que por el amor, y él no se los daba, claro era que la Mariquilla amaba á otro

Tanto se aferró esta idea en la imaginación de Piruétano, que al fin los celos se sobrepusieron en él á todo, sintió un impulso de cólera y dijo á Mariquilla:

—Me parece á mí que te voy á enseñar como se trata á un hombre como yo.

—¿Y á qué viene eso? -exclamó no de muy buena manera la muchacha.

—Viene,—dijo más irritado Piruétano por la mala salida de la Mariquilla,—á que tú quieres dármela á mí, y á mí no ha nacido quien me la dé.

—Vamos,—dijo la Mariquilla acreciendo en mal humor, cuando un tunante se vuelve tonto, es más gila que santa Gila.

—Pues mira no te ponga yo la mano en los morros, cariño,—dijo Piruétano que veía una confirmación en sus sospechas en las malas respuestas de la Mariquilla.

—Mira,—dijo ésta,—otras veces te he dejado que me menees el bulto; pero lo que es ahora no te lo consiento, porque no tienes razón y no soy yo ningún trapo viejo para que por cualquier cosa me estés sacudiendo siempre.

Piruétano cegó y levantó la mano.

La Mariquilla dió un salto atrás, echó mano á la faltriquera, sacó una navajilla que en ella tenía, la abrió, y dijo á Piruétano:

—Si no te estás quieto, te meto el brazo y se lo vas á contar á mi padre, que tendrá ganas de que le lleven memorias mías.

Tan en veinte uñas se había puesto la Mariquilla, que Piruétano comprendió que para acercarse ella y darla una repasata, necesitaba antes asegurarla con un golpe, y como la quería tanto, que cegaba por ella, la dijo:

—A ver si te guardas la navaja y te sientas y cenas; y vamos templando la cosa, Mariquilla, y tengamos la fiesta en paz, que yo no quiero lastimarte.

—Que cene el toro de San Lúcas,—exclamó la Mariquilla, que yo no tengo gana y estoy que me ahogo.

—¿Y se puede saber por qué está usted que se ahoga, señorita?—preguntó cambiando su cólera en una calma irritante Piruétano.

—No te guasees conmigo, niño,—dijo la Mariquilla,—porque te advierto para tu gobierno que vamos á salir muy mal. Si tú me hubieras dejado con mi mal humor no tendriamos esta cuestión, y sería mejor. Conque así, hazte cargo de que no la hemos tenido, y cena, y á dormir, y en paz.

—¡Y por qué has de estar tú de mal humor?

—Porque me duele la cabeza.

—A tí que te ha de doler la cabeza, si á tí nunca te duele nada,—dijo Piruétano.

—¡Hombre, pues, me gusta!—dijo Mariquilla.—¡Conque á mí, no me duele nunca nada?

—Si alguna vez te ha dolido no te ha vuelto á doler, que yo sepa, y á quien le duele bien la cabeza es á mí, y á mí el dolor de cabeza me vuelve loco, y más cuando es por el querer de una mujer que no lo merece.

—Va a usted mucho con Dios, hombre, y no sea usted

pendón, ni en broma. ¿Conque yo no merezco que usted me quiera? Vaya, la culpa me la tengo yo, porque no he debido nunca quererle á usted.

—Tú quieres á otro, Mariquilla,—dijo con el acento de la cólera concentrada próxima á estallar, Piruétano.

Mariquilla se mantenía á distancia con su navajilla empuñada puesta en guardia.

Estaba mal templada, arrepentida de lo que había hecho, y no tenía humor, ni para estar amable con Piruétano, ni para dejarse solfear por él; pero cuando Piruétano la indicó que por el amor de otro estaba de mal humor con él la Mariquilla no pudo sufrir más, se sublevó toda la delicadeza de su amor; no quería que su niño, ni por sueños, creyese que ella podía querer á otro.

—Poco á poco,—le dijo cerrando su navajilla y metiéndosela en el bolsillo;—si tú crees que yo á tí te falto, pruébamelo, y si me lo pruebas, mátame como á una mala mujer que yo me estaré quieta. ¡Hombre, pues no faltaba más que yo te hiciese una mala partida, y me estoy muriendo por tí, indino, que me tienes sin sentido, y mareada, y que no sé dónde estoy! y tú tienes la culpa de que yo esté de mal humor, y de lo que pase, que puede ser mucho, tú también tendrás la culpa.

—¿Y qué es eso que tiene que pasar?—dijo con cuidado Piruétano.

—Mira, yo no puedo resistir más, y voy á reventar, y te lo voy á decir todo; pero no seas bárbaro, Angelillo, que si ha pasado algo malo tú tienes la culpa.

—¿Y qué es lo que ha pasado? ¿Qué es lo que tiene que pasar?—exclamó Piruétano, á quien se le puso frío el estómago.

—Mira, Piruétano, que no hagas ninguna atrocidad, porque si no me das palabra de no hacerme nada, yo no hablo.

—Vaya, con tal de que tú no quieras á otro...

—¿No oyes que eso no puede ser, *chavó*, que todo el corazón que yo tenía me lo has comido tú, y más que hubiera sido? Y por eso, por eso, porque es toy loca por tí, ha sucedido lo que sucede.

—¿Pero qué es lo que sucede!—dijo Piruétano, que ya casi agonizaba.

—Júrame, por mi salucita, niño mio,—exclamó la gitana,—que no me harás nada si te digo lo que pasa.

—Con tal de que no haya otro hombre en la cosa, yo te doy mi palabra,—contestó enfáticamente Piruétano, poniéndose la mano en el pecho con los dedos muy abiertos.

—Pues mira, si hay otro hombre en la cosa es tu amo.

—¿Qué anda mi amo en la cosa?—exclamó Piruétano, rugiendo como un tigre.—Pues aunque sea mi amo le mato, y á tí también.

—Es que yo no tengo nada que ver con la cosa en que anda tu amo,—dijo la Mariquilla.

—Pues entonces, ¿qué cosa es esa?

—Esas cosas son tus dos amas.

—¿Mis dos amas?—exclamó Piruétano, cambiando bruscamente de situación moral.—¿Qué es eso que dices tú de mis dos amas? ¿Cuáles son mis dos amas! Acaba de reventar.

—¡Pues la señorita Rosario y la señorita Milagros!

—¿Y quién te ha dicho á tí que yo tengo una señorita que se llama Milagros.

—Esto y esto,—dijo Mariquilla, señalándose á los ojos y á un oido

—¡Hombre! ¡bueno! ¡me parece bien!—exclamó Piruétano.—¿Conque tú has visto y has oido? No sé como no te mato. ¿Conque tú sabes que anda por el mundo una señorita que se llama Milagros?

—Sí, señor, una señorita blanca y rubia, más hermosa que un sol, y sé también que hay dos marquesas de Casa-Vaquera.

—¡Jesucristo!—exclamó Piruétano;—esta mujer me ha perdido á mí. Confiésate, Mariquilla.

—Mira, Angelillo, que tú me has prometido no ser bárbaro.

—Bueno, corriente, está bien; usted tiene mucha razón, señora. Con tal de que usted no quiera á otro, todo lo demás, aunque medio cielo se me caiga encima, por encima cae.

—¡Si tu tienes la culpa, *chavó* si tú tienes la culpa!—exclamó con una extraordinaria vehemencia la Mariquilla.—¡Si yo tenía que tener celos! ¡si no querías llevarme ni á los montañeses, ni á los toros, ni á la comedia, ni á ninguna parte! ¡si de día vienes siempre de escapadilla, y yo decía para mí: «Esto es que tiene una para el día, y á mí me tiene para la noche!» Y yo no te daba celos, porque me los comía, porque me daba vergüenza de dártelos, y como yo no te daba celos, tú te estabas muy confiado, hasta que un día no pude más, y te seguí, y ví donde te metías.

—¡María Santísima!—exclamó Piruétano.—¿Y qué hiciste tú entonces?

La Mariquilla contó á Piruétano todo lo que había hecho á causa de sus celos, y que ya conocen nuestros lectores.

Apenas Piruétano supo que Rosario se había quedado

en el jardín, cuando, sin oir más, rompiendo por todo, y arrollando á la Mariquilla, que había querido contenerle, ganó la puerta y escapó; pero, á poca distancia de la casa de Mariquilla, se detuvo.

—¿Y á dónde voy yo? —dijo.—¿Qué adelanto yo con ir á la casa del Duende, si esto ya no tiene remedio? El que hace falta allí, si es que llega á tiempo, es el amo. ¡Bonitas tripas tiene la señorita Rosario! ¡Pues no digo nada la señorita Milagros! Sabe Dios lo que ha pasado allí. Otro hombre huiría el bulto, se escurriría, se perdería; pero yo no puedo hacer eso, no, señor; lo que yo quiero más en el mundo, más que la Mariquilla y más que mis amas, es á mi capitán. ¡Qué! si, á la fuerza, la una se ha comido ya á la otra, ó la otra se ha comido ya á la una. ¡Válgame Dios, Dios mío, y por qué no se lo habré contado yo todo á mi Mariquilla! ¡Vaya si me quiere la niña! ¿Y la pobre qué había de hacer si tenía celos? Tiene razón la pobrecita: yo, yo soy quien tiene la culpa.

Y Piruétano, hecho un basilisco contra sí mismo, se arrimó dos furiosos cachetes.

Enseguida salió de pies, y llegó jadeando á casa de Caparrota.

La encontró revuelta.

Caparrota estaba terrible; no había encontrado á Rosario.

Los criados no la habían visto salir.

Caparrota lo había revuelto todo, y se había encontrado con que de un armario faltaba un traje de hombre, de Rosario, y la llave del postigo del jardín.

Caparrota había revuelto de nuevo la casa.

¿A dónde podía haber ido Rosario?

Ni aun se le ocurrió la idea de que Rosario hubiese descubierto que él tenía escondida en el barrio de la Macarena, en la casa del Duende á Milagros.

Había salido, había dado una gran vuelta, á la ventura, por las calles, y se había venido á su casa desesperado.

¿Cuál era el objeto que podía haber impulsado á Rosario á aquella fuga?

¿Para qué se había vestido Rosario de hombre?

¿Se habría enamorado Rosario de otro?

La sospecha de esto enfurecía á Caparrota.

Y cuando su deseo y su amor propio decían «no puede ser», se le presentaba el espectro de Patrocinio llevando de la mano á Vicente Canoso; esto es, á Rosario disfrazada de hombre.

Por Patrocinio hubiera jurado también Caparrota que era incapaz de engañarle, de dejar de amarle para amar á otro. Sin embargo, Patrocinio había amado á Rosario creyéndola hombre.

—Verdad es,—decía don Miguelito,—que Rosario vestida de hombre era irresistible; ¿pero no puede haber un hombre que sea irresistible como Rosario? Sevilla es la tierra de los buenos mozos. ¡Oh, si eso es, ay de ella! ¡ay de él! ¿Y qué ha de ser? ¿Por qué sino por otro amor, me había de abandonar Rosario?

Cuando don Miguelito se encontraba más irritado, más furioso, más sin saber que hacerse, se le presentó Piruétano.

El semblante descompuesto de éste, su mirada torva é inquieta, el miedo de que se sentía poseido, que dejaba ver claramente, fueron un rayo de luz sombría para don Miguelito, y al mismo tiempo un extraño consuelo. Rosario

no le había abandonado; pero este consuelo, mejor dicho, esta inmensa satisfacción de su alma, tenía un fondo terriblemente amargo; una duda, una ansiedad insoportable, oprimían el corazón de don Miguelito.

—¿Qué sucede por allá?—exclamó Caparrota.

—Máteme vuecencia,—exclamó Piruétano,—porque, sin quererlo, yo he tenido la culpa: la señora marquesa está en la casa del Duende, y yo no sé lo que allí ha podido suceder.

Don Miguelito no esperó á oir más.

—¡Volando!—dijo;—¡allá!

Y don Miguelito y Piruétano escaparon.

CAPITULO LVII

De como por una extraña carambola, la denuncia de Mariquilla fué á dar donde mejor podia dar.

Cuando empieza un hundimiento, este hundimiento se hace á cada momento más grave, más terrible.

Piruétano había sido, por su conducta respecto á la Mariquilla la primera piedra que se había desprendido del funesto edificio de la vida de Caparrota

El hundimiento había ido creciendo en progresión.

Mariquilla había ido de imprudencia en imprudencia, de audacia en audacia; había acabado por aturdirse, y el miedo, un miedo formidable, la había vuelto loca.

Cuando salió Piruétano, Mariquilla se quedó aterrada.

—¡Pues!—dijo.—Allí en la casa habrá pasado Dios sabe lo qué; se enterará el marqués, porque no tendrá otro remedio más que enterarse, y como si lo viera, la pega con mi Angelillo y me lo mata. Pues bueno, es menester que el marqués no pueda matar á Angelillo. Cuando el marqués haya

ido á su casa y se haya encontrado sin la señorita Rosario, la habrá buscado, y no pudiendo encontrarla, puede ser que se le haya ocurrido ir á buscarla en la casa del Duende. No, pues no, suceda lo que quiera, que la pague el marqués; que le prendan: prenderán á Piruétano, pero más vale que le prendan que no que le entierren, y en teniendo que yo tenga en la cárcel á mi Angelillo, ¿para qué me ha dado Dios los millones que yo tengo? Me gasto lo que sea menester, y le saco, que nunca se han ahorcado los millones; y en quedándonos para una cortecita, con nuestro cariño, ¿á qué queremos más? Vaya, si señor, sí; en sabiendo el marqués que sus dos mujeres se han encontrado y se han comido la una á la otra, se come él á Piruétano, y yo no quiero que se lo coma.

Y sin encomendarse á Dios ni al diablo, Mariquilla se puso la mantellina, se salió de su casa; y se fué casa del alcalde de barrio, que era un solterón recalcitrante y rico, que había andado tras la gitana, sin conseguir de ella más que sofiones y desprecios, y burlas y enormidades.

Apesar de que el alcalde de barrio era rico, vivía solo en una pequeña y alegre casita dentro de un jardín.

Una vecina iba por la mañana, hacía la compra, arreglaba la casa, y al oscurecer se iba

Don Torcuato era muy receloso: temía que le robasen, y por lo mismo no quería que nadie más que él se quedase en su casa de noche; se recogía al oscurecer, cuando se iba la vecina, soltaba dos enormes perros mastines en el jardín, y echaba la tranca y las barras á las puertas y á las ventanas, después de lo cual, y de haber puesto una escopeta cargada junto á la cama, se dormía tranquilo, sin temor á los ladrones.

La Mariquilla tiró de una cuerda que hacía sonar una campanilla con honores de campana, que estaba en el interior de la casa; porque el alcalde de barrio tenía necesidad de oir los llamamientos para cumplir con su obligación cuando se le necesitaba á altas horas de la noche.

Mariquilla, que sabía que don Torcuato se quedaba solo y tenía el sueño pesado, apretó la mano al tirar de la cuerda de la campanilla, y necesitó tirar cinco ó seis veces y armar un verdadero estruendo para que al fin se abriese una ventana, y para que la voz soñolienta y disgustada de don Torcuato exclamase.

—¿Quién es? ¿qué hace falta?

Soy yo, la Mariquilla la gitanilla,—contestó la muchacha;—abra usted, don Torcuato, que tengo que decirle á usted una cosa muy importante.

Don Torcuato, que reconoció la voz de la Mariquilla, vió el cielo abierto, y se hizo una ilusión seductora por la llegada de Mariquilla á tales horas, que era ya más de la una y media de la madrugada.

Tal vez la Mariquilla había hecho una trastada, y venía á ampararse de él.

La idea de ser el protector de una belleza que le había vuelto loco, embriagó en un solo punto al pobre alcalde de barrio.

—Espera, espera, hija mía, que allá voy,—contestó con la voz melíflua y acariciadora.

Y cerró la ventana, se metió á escape los pantalones se puso una chaqueta, y con el gorro de dormir, que aumentaba la caricatura de su semblante, salió apresuradamente, sin tomar más tiempo que el necesario para encender en la mariposa un pequeñísimo velón.

Pero, al llegar á las escaleras, dijo deteniéndose.

—No seamos imprudentes; Mariquilla sabe que yo tengo el juicio vuelto por ella, y, aunque es rica, puede haberla seducido algún tuno, y que pretenda prevalerse del cariño que yo la tengo; no está demás el llevar la escopeta.

Y volvió por el arma.

Una vez armado descendió, dejó el velón en el suelo, arrimó la escopeta á la pared, quitó la tranca y la barra, descorrió el cerrojo, desechó la llave, y, sólo después de esta maniobra, abrió la puerta.

Hacía una luna clarísima, como sabemos, y para nada necesitaba la luz del velón.

Llamó desde la puerta á los dos perros, los encerró en un cuarto del piso bajo, y salió al jardín, le atravesó llegó á la puerta, y miró por la rejilla.

—¿Vienes sola, hija mía?—la preguntó.

—¿Y con quién he de venir yo, don Torcuato, á buscar á usted tan tarde?—respondió la chica.

—Ciertos son los toros,—exclamó don Torcuato para su coleto:—esta chiquilla se ha enamorado de mí: ¡qué felicidad!

Y como se cercioró por la rejilla del postigo de que la hermosa *gachí* estaba sola, abrió tranquilamente la puerta.

—Vaya, muchas gracias, don Torcuato,—dijo Mariquilla;—pero podía usted haberse venido sin escopeta, porque nadie iba á comérselo a usted.

—Calla, hija mía, calla,—exclamó don Torcuato; que los tiempos están muy malos, y como hay mucha gente perdida que sabe que yo te tengo ley, podían haberte sorprendido, y violentado, y atemorizado para hacerte servir de cebo.

—¡Pues no es cosa lo sospechoso y lo mal pensado que es usted, don Torcuato!

—Pero, hija,—exclamó don Torcuato reparando en la agitación que dominaba á la gitana,—¿qué es lo que te pasa? ¡Has hecho tú alguna haratada, chiquilla?

—No, señor, que yo no me meto con nadie.

—¿Se ha metido álguien contigo, niña?

—No señor, que yo no dejo que nadie se meta conmigo.

—Pues, entonces, ¿qué te sucede?

—Mire usted, don Torcuato, lo primero que me sucede, —dijo Mariquilla deteniéndose al pie de la primera grada de tres, por las cuales se ascendía á la puerta de la casa,—es que no paso de aqui, porque usted no es seguro. porque usted está loco por mí, y porque usted tiene una escopeta y dos perros, que los estoy oyendo gruñir ahí dentro.

—Pero, muchacha, tú no has venido á buscarme á mí?

—Mucho que sí; pero es porque usted es de justicia.

—Hombre! ¿y para cosas de justicia has venido tú á buscarme?—exclamó contrariado don Torcuato.

—¿Pues á qué había yo de venir á buscar á usted si usted no fuera alcalde de barrio?—respondió Mariquilla.—Conque así, abra usted muchísimo las orejas, y prepárese usted á recibir el premio que le van á dar á usted de resultas de los que yo le voy á decir.

—Chica, chica, tú me estás mareando; pero, suéltala, mujer, suéltala.

—¿Usted ha oído hablar de los invisibles?

—¡Chiquilla!—exclamó admirándose don Torcuato y abriendo enormemente la boca y los ojos;—¿qué dices tú de los invisibles?

—Qne el capitán de los invisibles lo tengo yo.

—¿Que tienes tú al capitán de los invisibles?—exclamó mucho más sobresaltado don Torcuato.

—Cabalito.

—¿Y quién es el capitán de la invisibles, muchacha?

—El marqués de Casa- Vaquera.

—¡Ah, bah!—exclamó don Torcuato.—Ya se dijo eso, y se le formó causa al señor marqués; pero resultó inocente de la causa.

—Pues le digo á usted, don Torcuato, que el marqués de Casa-Vaquera es el capitán de los invisibles, y que está casado con dos mujeres á un tiempo, y que la una de las dos, que es una rubia más hermosa que el sol, vive en la casa del Duende.

—Vaya, chiquilla, tú estás loca, ó tu has soñado y me vienes á contar el sueño: en la casa del Duende no vive más que el Duende.

—Pues yo le digo á usted que en ella vive una de las dos marquesas de Casa-Vaquera, la rubia, porque la otra es morena, y la morena ha sabido que su esposo el marqués de Casa- Vaqnera tiene en la casa del Duende otra marquesa, y allá se ha metido, y á estas horas, ó la marquesa morena, que se ha metido en la casa del Duende, vestida de hombre, con una charpa de pistolas que mete miedo, ha matado á la marquesa rubia, ó la marquesa rubía, que yo no sé si dentro tendrá armas, ha matado á la marquesa morena; y como yo estoy segura de que el marqués acudirá ó habrá acudido ya, vengo á darle á usted parte para que despierte usted á algunos vecinos honrados, y se vaya usted á ver lo que ha sucedido en la casa del Duende, y prenda usted al marqués de Casa-Vaquera.

—Me has dejado hecho una estátua, Mariquilla,—dijo e

alcalde;—¿me juras tú que lo que me has dicho es verdad?

—Con mi alma, y con mi vida, y con mi salvación,—contestó Mariquilla;—y si esto no fuera verdad, ¿me vería usted tan así como me está usted viendo, que de sofocada que estoy no puedo echar el resuello?

—¿Y á tí que te importa nada de eso?—exclamó con acento celoso don Torcuato.—¿Tienes tú algo que ver con el marqués de Casa-Vaquera? ¿Eres tú su mujer número tres?

—No, señor, no,—contestó Mariquilla,—que si eso fuera yo no le descubriría.

—Calla, mujer, que los celos ciegan á las mujeres y las hacen hacer atrocidades.

Pues yo no tengo celos, es que soy muy amante de la justicia y no quiero que un pícaro tan grande como el marqués de Casa Vaquera se quede sin castigo, y si estoy así es porque tengo miedo de que el señor marqués de Casa-Vaquera sepa que yo le he dado á usted parte y se vengue de mí y me pase una desgracia.

—Calla, mujer, que yo no tengo necesidad de decirle á nadie que tú has venido á darme parte de eso; como si se lo hubieras contado á una esquina, como si lo hubieras echado en un pozo.

—Sí, señor, sí, diga usted que le han escrito á usted un *anónimo* en que le han dado á usted parte de todo: usted mismo lo puede escribir de manera que no se le conozca la letra.

—Deja, mujer, que sin eso ya encontraré yo medio de no comprometerte. ¿Pero cuándo me vas tú á querer, chiquilla? Mira que yo te busco con buen fin.

—No se entretenga usted, don Torcuato,—dijo Mariqui-

lla eludiendo la respuesta,—porque mire usted que se le va á usted á escapar el marqués.

—Vaya, mujer, bueno; pero dame palabra de que hablaremos otro día.

—Pues por supuesto que sí, don Torcuato,—dijo la Mariquilla;—ahora écheme usted á la calle.

—Vamos, mujer, vamos,—contestó don Torcuato poniéndose en marcha hacia la puerta exterior;—pero ya que me encuentras tan propicio para no comprometerte, ve pensando en quererme.

—Que es ya muy tarde, don Torcuato, y he dejado á mi pobrecita tía sola, y está muy malita.

—Todo sea por Dios, mujer,—dijo don Torcuato, llegando á la puerta y descorriendo el cerrojo;—pero repíteme que hablaremos.

—¡Ya lo creo!—exclamó Mariquilla,—hablaremos más que los loros.

Y como en aquel momento hubiese abierto la puerta don Torcuato, Mariquilla escapó.

—¡Diablo de muchacha!—exclamó don Torcuato lanzando un grandísimo suspiro al cerrar la puerta.—¡Pues no me ha dado mal chasco! En fin, paciencia, veremos. ¿Y qué hago yo ahora? Ella me ha jurado que en la casa del Duende tiene el marqués escondida una de sus dos mujeres. ¡Bígamo! Esto es ya un delito gravísimo, que ningún buen cristiano, ningún hombre de bien puede sufrir ni encubrir, y mucho menos siendo autoridad. Además, dice ella, que el marqués de Casa-Vaquera es el capitán de aquellos malvados invisibles que tantas atrocidades cometieron en Sevilla. Pues, puede ser que sea verdad; ella estaba que no le salía el habla del cuerpo. Si hay indicios de que, en efecto, el

marqués de Casa-Vaquera sea el capitán de esos invisibles, auto en favor para que yo me vea obligado á averiguar lo que haya en esto. ¡Válgame Dios, y qué caro cuesta el honor de ser alcalde de barrio! En fin, paciencia: vístase usted ahora, deje usted su casa sola y vaya usted á buscar una docena de vecinos para ir á averiguar si es verdad lo que la Mariquilla dice; pero, señor, señor,—añadió de improviso el alcalde de barrio como iluminado por una súbita inspiración.—Cuando los hombres se enamoran se ciegan: la Mariquilla ha venido sola, es verdad; eso no tiene duda, yo lo he visto; pero no le hace, la Mariquilla, seducida por algún bribón, me ha venido con el cuento de la casa del Duende, que, bien mirado, no tiene atadero, sin duda, para que yo me deje la casa sola, y, entre tanto, robarme. ¡Jesús, Jesús, y qué torpes nos pone el amor! No, no, el que ha aconsejado á la Mariquilla no es tonto; al suponer que se encontrará al marqués de Casa-Vaquera en la casa del Duende sabe lo que se ha hecho. Yo no le temo á los duendes, porque soy un hombre ilustrado, y sé que los duendes no existen más que en las imaginaciones supersticiosas; pero, vaya usted á decirles á los estúpidos vecinos del barrio de la Macarena: «Vengan ustedes conmigo, que vamos á prender un hombre que está en la casa del Duende» No hay uno, ni medio, en todo el barrio que quiera venir; será menester ir de casa en casa y emplear todo lo que queda de noche y parte del día: bien pensado lo tienen los ladrones; quieren entretenerme bien para robarme sin mucha prisa. Pues no voy; la tunanta de la Mariquilla se fastidia, no me hace caer en el garlito la muy bribona.

A punto estuvo don Miguelito de salvarse por las pru-

dentes reflexiones de don Torcuato, que no puede menos de confesarse que eran muy acertadas.

Don Torcuato había dicho su soliloquio inmediatamente pegado á la puerta, y, en el momento de ir á cumplir su propósito de retirarse, desestimando la denuncia de la Mariquilla, se irguió y prestó atención.

Por la callejuela, á donde daba la puerta exterior de su casa, avanzaba un ruido acompasado de pasos.

Eran, sin disputa, ó un ronda ó una patrulla.

Don Torcuato se avispó.

—Hé aquí,—dijo,—que no tengo que darme el trabajo de buscar á los vecinos, ni cometer la imprudencia de dejar abandonada mi casa.

Y don Torcuato abrió violentamente la puerta, de tal manera, que dos alguaciles que iban delante de la ronda, y pasaban en aquel momento por delante de la casa, se detuvieron sorprendidos.

—No hay que asustarse, ministros,—exclamó don Torcuato,—que yo soy el alcalde de barrio.

—Por muchos años, señor alcalde,—dijo uno de los alguaciles.

—¿Quién es la autoridad que viene algo detrás de ustedes de ronda?—dijo don Torcuato.

—El señor alcalde mayor,—replicó uno de los alguaciles.

En aquel momento la autoridad superior de Sevilla en lo civil, militar y administrativo, el asistente, ó lo que es lo mismo, el alcalde mayor llegó á los dos alguaciles, que estaban hablando con don Torcuato á la puerta de la casa de éste.

El alcalde mayor nuevo, era un señor alto, seco, que parecía severísimo y apretado.

—Beso á usía la mano, señor alcalde mayor,—dijo don Torcuato, quitándose su gorro de dormir y dejando ver la calva más bruñida que podía darse, y en la cual produjo mates destellos la luz de la luna.

—¿Y quién es él?—dijo el alcalde mayor.

—Señor, contestó humildemente don Torcuato,—yo soy el alcalde de la Macarena, servidor de usía.

—Estimando, contestó el alcalde mayor.

—Y usía me viene, -añadió don Torcuato,—como llovido del cielo.

—¿A propósito de qué, alcalde?—contestó el alcalde mayor á alguna distancia del cual se agrupaba como una veintena de alguaciles.

—Apropósito, señor,—dijo don Torcuato,—de que yo, que cuido cuanto me es posible mi jurisdicción, he reparado en que á estas horas y hasta el amanecer entran y salen por el postigo del jardín en la casa llamada del Duende, algunos bultos sospechosos, que á veces son hombres, á veces mujeres, y esta noche me había dado á mí la inspiración de que si iba á la casa del Duende, y la cercaba y me metía por el postigo y reconocía la casa, había de encontrar en ella algo cuyo descubrimiento fuese muy conveniente á la justicia.

—¿Y por qué no me ha dado usted parte, alcalde,—dijo severamente el alcalde mayor,—de esas observaciones que usted ha hecho?

—Porque para no incomodar á usía, —contestó algo turbado y tembloroso don Torcuato,—quería yo reconocer antes...

—Yo no me incomodo nunca,—contestó el alcalde mayor,—cuando se trata de servir á la justicia.

—Perdone usía,—dijo humildemente don Torcuato;—yo había creido acertar.

—Perdonado está; pero dígame: ¿Como es que le encuentro en la puerta de su casa á medio vestir?

—Es que, señor,—dijo don Torcuato,—yo estaba esperando á que pasase una ronda ó una patrulla para que me sacasen de apuro.

—Pues, ¿y en qué apuro se encuentra usted? ¿Acaso no tiene usted su ronda de vecinos?

—Sí, sí señor; pero yo tengo la seguridad de que ningun vecino querría venir si sabía que íbamos á reconocer la casa del Duende.

—Pues se les lleva atados,—exclamó el alcalde mayor,—porque todo el mundo tiene obligación de ayudar á la justicia.

—¿Y quién los ata, señor? y sobre todo; si dentro hay malhechores, ¿de qué podían servirme los vecinos atados?

—Veo en esto algo que no me explico,—dijo el alcalde mayor. En fin, no importa: usted no es necesario para nada, después que yo tengo conocimiento de que en esa llamada casa del Duende hay gente sospechosa; quédese usted, alcalde; por supuesto, si hay alguno entre los alguaciles que sepa dónde está esa casa.

—Todos sabemos, señor,—dijo uno de los alguaciles.

—Pues quede con Dios, alcalde,—dijo el alcalde mayor;—buenas noches.

—Buenas noches tenga usía,—dijo don Torcuato, que se retiró muy satisfecho, cerrando su puerta cuando pasó el alcalde mayor, y añadiendo para sí:—Anda, si lo que se había propuesto la Mariquilla, como es muy probable, era que yo dejase mi casa sola para robarme, se ha llevado un

chasco como para ella sola. ¡Cómo está el mundo, señor! Gitana al fin. Ello será muy posible que el señor alcalde mayor, no encuentre más que tabiques caídos en la Casa del Duende: pero ¿y á mí qué? Eso no querrá decir más para el señor alcalde mayor que los contrabandistas, ó los manederos falsos, ó los diablos, no han ido esta noche á la casa del Duende. Vamos, vamos á soltar los perros, y luego á esperar con mucha paciencia detrás de la ventana entornada, y escopeta en mano á que se presenten los ladrones; no he tenido mala suerte: en haciendo un escarmiento, lo ménos en diez años no vuelve á pensar nadie en robarme.

Y don Torcuato se metió muy satisfecho en su casa.

CAPITULO LVIII

Del horrendo drama que tuvo lugar en la casa del Duende

Entretanto, el alcalde mayor avanzaba rápidamente guiado por dos alguaciles hacia la casa del Duende.

Esta casa estaba de todo punto aislada.

El alcalde mayor la cercó.

La justicia es como los clérigos: no teme á los duendes, porque respecto á los duendes, los unos y la otra saben bien á qué atenerse.

Encontró la puerta principal tapiada, lo que demostraba que para entrar ó salir en la casa, había que buscar otra puerta.

Se recurrió, pues, á la del jardín.

Uno de los alguaciles la reconoció.

—Indudablemente, señor,—dijo el alguacil,—esta puerta está en uso.

—Pues bien, llamad,—dijo el alcalde mayor á los alguaciles.

Aun no había acabado de decir estas palabras, cuando en el interior resonó la detonación de un arma de fuego.

¡Quién tal oyó! El alcalde mayor se apresuró á exclamar:

—Forzad la puerta.

Una descarga de los retacos de cuatro alguaciles hizo saltar la cerradura; pero la puerta no se abrió, quedaba el cerrojo

Tantearon, encontraron el remache de las armellas, y otra segunda descarga hizo saltar el cerrojo, y el postigo se abrió.

Apenas se había abierto el postigo, cuando sonó un trabucazo, y dos de los alguaciles rodaron por tierra.

Un hombre se abrió paso y escapó como alma que lleva el diablo por la callejuela, desapareciendo en un cerrar y abrir de ojos.

Algunos alguaciles dispararon sobre él; pero inútilmente.

Dos le siguieron; pero aquel hombre los contuvo de un segundo trabucazo, hiriéndolos á los dos.

Se perdió al fin.

Los alguaciles heridos volvieron clamoreando á donde estaban sus compañeros.

El alcalde mayor, que no había podido evitar la fuga de aquel hombre, se preparó para que la fuga de otros fuese imposible.

Puso cuatro alguaciles en el postigo, y con otros cuatro avanzó bravamente por el jardín.

Los restantes alguaciles ménos los dos muertos y los dos heridos, se quedaron rodeando la casa.

Los heridos lo habian sido ligeramente, y se habian ido á buscar por sí mismos auxilio.

Veamos lo que había sucedido en el interior de la casa.

Retrocedamos á la media noche, al momento en que habiendo salido de la casa Piruétano, Rosario tuvo la seguridad de que Milagros se había quedado sola.

Se metió por un sendero que se perdía entre la espesura, por el mismo donde habian aparecido don Miguelito y Milagros, por donde Milagros se había perdido despues de la salida de don Miguelito, por donde poco despues había aparecido Piruétano para salir de la casa.

A los treinta pasos Rosario encontró una puerta abierta, ruinosa, carcomida, sombría, en cuya parte superior había una espesa reja.

Aquello parecia la entrada siniestra de una cárcel de la inquisición.

La puerta estaba simplemente entornada.

Rosario la empujó y pasó.

Se encontró en un espacio completamente tenebroso y avanzó con precaución, no adelantando un pié sino despues de haber tanteado el terreno, y con las manos extendidas por delante.

Tocó al fin un muro húmedo y viscoso, corroido, en un estado deplorable.

Continuó palpando, y llegó á una puerta.

Entró por ella.

Un olor fuerte a un condimento aromático que rebelaba un adobillo de carnero, la demostró que estaba en una cocina.

A más de esto, entre la oscuridad brillaba un punto rojo.

Era, sin duda, el fuego de una hornilla donde tal vez se conservaba al calor, el guiso cuyo olor había aspirado y aspiraba Rosario.

Se acercó, tropezó con el fogón, palpó, y sintió una cazuela caliente.

La apartó y descubrió un fuego opaco.

—Pues aquí,—dijo Rosario,—debe haber conque hacer luz.

Y buscando la pared, siguió palpando.

Tropezó en un esportillo colgado de la pared.

Metió la mano.

Alli no había más que cabezas de ajo.

Siguió y dió con una mesa; encontró lo que se encuentra en los cajones de las mesas de las cocinas, una multitud de adminículos; pero nada que se pareciese á avíos de encender.

Rosario se desesperaba; la parecia difícil aventurarse por aquel caserón, que parecia inmenso, á oscuras.

Siguió tentando, y al fin dió con los vasares.

Estos vasares tenían cubiertas de papel.

—Por fin, exclamó Rosario,—ya tengo luz.

Tomó uno de aquellos papeles, hizo con él un tubo largo y apretado, se fué á la hornilla, buscó las tenazas, que encontró con facilidad, tomó un áscua de la hornilla, la sopló hasta hacerla producir una pequeña llama, y en aquella llama encendió su tubo de papel.

Merced á esta luz, que, aunque débilmente, alumbró la inmensa cocina, que más que nada parecía la de un convento, vió un velón mediano colgado de la campana de la chimenea, encendió la torcida de uno de sus mecheros, levantó la cubierta, y vió que estaba provisto de aceite.

Era cuanto necesitaba.

Tomó el velón, salió de la cocina, y vió que el espacio por donde anteriormente había andado era extenso.

Al frente de la puerta de entrada, y á la derecha de la cocina, se abría una ancha escalera, una escalera antigua, con una magnífica balaustrada de mármol, pero cuyos peldaños, de mármol también, estaban descantillados en muchos lugares.

Todo representaba señales del abandono, de la decrepitud, de la desolación, porque también se puede llamar decrépitos y desolados los viejos edificios abandonados.

En el muro, á una grande altura sobre el descanso de las escaleras, se veía medio borrado, un grande escudón pintado en la pared, lo que demostraba que aquello había sido la casa solar de una noble familia.

Cuando Rosario subió al segundo tramo de la escalera, se encontró en una galería abierta, sostenida por columnas, que daba al jardín.

Por aquella galería penetraban las ramas de los árboles.

Su pavimento de mármol estaba desquebrajado, su artesonado roto y rehundido en algunos lugares.

A lo largo del muro, á un lado y otro de la escalera se abrían respectivamente dos grandes puertas ornamentadas según el estilo del renacimiento, y á uno y otro extremo de la galería se veían dos puertas ornamentadas del mismo modo.

Esta galería, en sus buenos tiempos, debió haber sido magnífica; pero se encontraba en estado de ruina.

Rosario se sintió indecisa: ¿por cuál de aquellas seis puertas debía tomar?

Indudablemente por la del extremo de la derecha, que se veía entornada.

Las otras cinco estaban cerradas y con señales de no haberse abierto en mucho tiempo.

Rosario se dirigió á aquella puerta, y entró.

Se encontró en una gran antecámara, de cuyas paredes pendían girones de la vieja tapicería, polvorienta, cuarteada, en estado también de ruina, pero que, como las otras partes por donde había pasado Rosario hasta llegar allí, revelaba un palacio que en otro tiempo debia haber sido magnífico.

Rosario se detuvo en medio de la antecámara.

Había visto á través de una puerta entreabierta el reflejo de una luz.

Dejó, pues, el velón en el suelo, porque en aquella antecámara no había muebles de ninguna especie, y se dirigió á la puerta entreabierta, asomó por la abertura la cabeza, y examinó el interior.

Era otro vasto aposento cuadrado, cuyas viejas tapicerías descoloridas y apolilladas, pendían también en muchas partes.

La ensambladura era de gran lujo, y aparecía bastante bien conservada.

Había allí algunos muebles: un catre, una media docena de sillas y una mesa.

Sobre la mesa había una lámpara de noche.

En el catre, una mujer dormida, con la cabellera rubia, desordenada, fuera de las ropas del lecho.

Era Milagros.

Su semblante estaba vuelto hacia la luz, y la candente mirada de Rosario abarcaba perfectamente, detalle por detalle, la magnífica, tranquila y sonriente expresión de Milagros; porque Milagros sonreía á su sueño.

Don Miguelito la había prometido seriamente que al otro día partirían, y en efecto, don Miguelito se había pro-

puesto, para evitar la situación que veía próxima, á pretextar la necesidad de una ausencia para con Rosario, llevarse á Milagros á Francia, dejarla en Bayona, alegando otro pretexto, y volver por Rosario.

Sucediese lo que sucediese después, don Miguelito, por los celos de ambas, no podía verse complicado con la justicia, puesto que él no había cometido crimen alguno en Francia, y entre Francia y España, ni aun se soñaba entonces en la convención de un tratado de extradición.

Por lo tanto, Milagros estaba tranquila, confiada; soñaba que vivía completamente al lado de su Miguel, siendo su esposa, á la luz del sol, y sonreía á su hermoso sueño.

La mirada que Rosario fijaba en Milagros representaba el odio, la rabia, la venganza, y una venganza á muerte.

Milagros era demasiado hermosa; sin que se pudiera decir que era más hermosa que Patrocinio, ni tanto como Rosario, había un no sé qué de celeste en su hermosura que atraía, que seducía, que persuadía, que deleitaba, que bastaba para determinar una pasión ciega.

Rosario comprendió estremeciéndose, que podía muy bien estar su Miguel tan apasionado de Milagros, que al fin y al cabo se decidiese á abandonarla á ella.

Rosario la juzgó mucho más peligrosa que Patrocinio, y la idea de que por aquella mujer podía abandonarla Caparrota, forzó más y más sus celos, los ennegreció, los sublimó hasta llevarlos al sentimiento y á la sed del exterminio.

Rosario podía matar á mansalva á Milagros; y no era el horror á la traición y al asesinato lo que contenía á Rosario; esto no la había detenido respecto á Patrocinio; se había valido contra ella de artes infames, y había diri-

gido sagazmente la horrible intriga que había dado por resultado el envenenamiento de Patrocinio; no, lo que detenía á Rosario era la insuficiencia de la muerte de Milagros, para satisfacer su odio, su venganza, sus celos.

Volvió á su pensamiento.

La muerte no.

La pasión de Caparrota por Milagros podía sobrevenirla; era necesario que Caparrota despreciase á Milagros como había despreciado á Patrocinio, que la sintiese enamorada de otro, olvidada de él.

El proyecto de Rosario era eventualísimo en sus resultados: á causa de la falta de tiempo, se necesitaba en un breve espacio impresionar á Milagros, excitarla, impulsarla á que huyese con ella, creyéndola hombre, y esto era muy difícil de conseguir tratándose de una mujer enamorada, por grande que fuese la influencia que á primera vista Rosario ejerciese sobre Milagros.

Rosario tardó muy poco en decidirse, empujó la puerta silenciosamente, entró, tomó una silla, la colocó junto al lecho de manera que la luz de la mariposa iluminase de lleno su semblante, y se puso á contemplar de una manera candente á Milagros.

Entonces en el semblante de Rosario no aparecía nada malévolo; era el suyo el rostro de un arcángel tentador; fluía de sus ojos un amor dulce, candente.

Quien, al ver aquella mirada de Rosario fija en el dormido semblante de Milagros, hubiera conocido la situación de su alma, habría podido comprender lo que puede fiarse en la mirada de amor de una mujer.

Ellas tienen el alma extraordinariamente móvil, una gran maestría para el fingimiento; los ojos, la sonrisa son

su alma; la palabra meditada y astuta, la entonación conmovida, insinuante y voluptuosa de su voz, el complemento de su fuerza.

Se necesita una gran experiencia, un gran entendimiento, una grande atención para descubrir, a la larga, en un descuido, en una entonación, en una vacilación de la mirada de una mujer, que pretende engañarnos, haciéndoos creer que la sois indiferente, un amor inmenso, contrariado, contenido en una sola mirada, en un leve destello de amor; mirada y destello que os cuentan en un segundo toda una historia del corazón.

¡Bienaventurado el que cifra su esperanza y su vida en el amor de una mujer, que aparece indiferente, si uno de estos destellos le dicen que es adorado!

La verdad se revela siempre y de una manera indudable; pero es necesario tener ojos y sentimiento para apercibirse de esta verdad, que aparece en un fugaz relámpago.

¿Por qué no había despertado Rosario á Milagros?

Esto hubiera sido una torpeza; Milagros se hubiera sobrecogido, indudablemente, y hubiera despertado en muy malas condiciones.

Rosario sabía demasiado que cuando se duerme bajo la impresión de sensaciones candentes, cuando halagan el sueño imágenes enloquecedoras, este sueño no es el sueño tranquilo de las circunstancias normales de la vida; es el insomnio de la fiebre, es la inquietud; quien duerme de tal manera, despierta de tiempo en tiempo para volver á recaer en el insomnio; pero si al despertar á medias y momentáneamente, encuentra un objeto bello, dulce, embriagador, en armonía con su sueño, se adhiere á él creyéndole una continuación del sueño, hasta que sobreviene la lucidez de la vigilia.

Rosario no se engañó: hubo un momento en que se movió Milagros, en que abrió momentáneamente los ojos, saturados del placer de su hermoso sueño.

Por un momento, los ojos de Milagros dejaron ver una expresión vaga que se fué fijando, hasta que al fin se encontró con el bellísimo, encantador é irresistible semblante de Rosario.

Se había evitado el sobresalto.

Milagros se creía aun soñando; no podía explicar, ni pretendía explicárselo, cemo estaba abarcándola en una mirada enamorada é infinita, un joven tan hermoso.

Milagros, presa aún del engaño, como si no hubiese despertado, se incorporó sin cuidarse de cubrir la desnudez de su garganta, de sus hombros y de su seno.

Obraba de una manera que podía haberse llamado magnética.

Rosario vió entonces hasta qué punto era enloquecedora, irresistible, la hermosura de Milagros.

La asió las manos, la atrajo á sí, la estrechó entre sus brazos, y la besó suspirando en la boca.

Milagros, aun no bien despierta, contestó con un beso de fuego á Rosario.

—¡Oh! ¡mía!—exclamó con un acento de delirante alegría Rosario.

Aquella exclamación despertó completamente á Milagros; vió que no soñaba, que un hombre la tenía entre sus brazos y la cubría de caricias; gimió, pugnó por desasirse de Rosario, y no lográndolo gritó desesperada.

—¡Ah!—murmuró con una amargura infinita Rosario, —¡ésta no es como Patrocinio! ¡ésta le ama como le amo yo! ¡todo es inútil!

Ya Milagros no solo gritaba, sino que pugnando por desasirse de Rosario, llamaba á voces desesperadas á Piruétano.

Piruétano no podía oirla, no podía acudir.

Rosario conoció al fin la inutilidad del medio de que había usado y soltó á Milagros.

Esta se cubrió apresuradamente; estaba pálida, trémula, desencajada; pero no aterrada, sino irritada.

—¡Oh! ¿y qué es esto?—exclamó;—¿quién es usted? ¿cómo ha entrado usted aquí?

Y al mismo tiempo tomaba su traje, que estaba en una silla junto al lecho, se lo echaba sobre la cabeza, y saltando del lecho se ponía de pie.

Estaba ya en situación de defensa.

Su lánguida hermosura había tomado la terrible expresión de la leona irritada.

Rosario comprendió que tenía delante de sí una rival.

—¡Pues mejor!—dijo;—mejor.

Y se apresuró á cubrir la puerta por donde pretendía escaparse Milagros.

—Estás solas aquí conmigo,—dijo Rosario.

—¡Sola!—exclamó Milagros.

—Si, sola y en mi poder,—dijo Rosario,—yo te amo desde hace mucho tiempo, yo tenía y tengo celos; mis celos son terribles, mis celos exterminan. Ya ves: llamas á Piruétano y Piruétano no viene; los muertos son sordos.

—¡Muerto!—exclamó Milagros.

—Si muerto. Cuando se pretende llegar hasta un tesoro, se mata al perro que le guarda.

—¡Oh!—exclamó Milagros;—pero él vendrá, sí, él vendrá, vendrá al amanecer.

—¡Al amanecer!—exclamó Rosario.—Debíais emprender al amanecer vuestro viaje, ¿no es verdad? Tu Miguel ha emprendido el viaje mucho más temprano dejándote aquí; un viaje largo, muy largo, tan largo, que no volverá.

—¡Muerto!—exclamó Milagros con un acento indescribible, infinito.—¡Muerto!

Y temblaba toda, y sus ojos relampagueaban, amenazaban, aparecía pintado en ellos el exterminio; se contraía en la actitud de la pantera que se preparaba á lanzarse sobre su presa.

—¡Muerto!—repitió con voz rugiente y cavernosa.

—¡Sí, muerto!—contestó con voz sombría y sonriendo sarcásticamente Rosario;—¡muerto, sí! ¡mis celos matan!

En aquel momento, Milagros se lanzó hácia Rosario.

Rosario dió dos pasos atrás, se arrancó un pistolete del cinto y cubrió á Milagros.

Esta por un necesario espíritu de conservación, se detuvo.

Rosario no había provisto esto, no quería tan pronto una lucha y la evitaba, se obstinaba en probar el rapto de Milagros.

Lo que más le importaba era quitársela á don Miguelito.

—¡Miserable asesino!—exclamó Milagros;—¡cobarde que te vales de un arma de fuego contra una mujer! ¡No, tú no has matado á mi marido! ¡á mi marido no puedes matarle tú, y si le has matado habrá sido á traición!

—Yo no quiero una lucha contigo,—dijo Rosario;—yo no he hecho más que contenerle, ¿qué culpa tienes tú de lo que ha sucedido? No, no es culpa tuya el que yo te ame de tal manera, que mi amor celoso haya matado; pero frente á frente, en duelo, como mata un hombre de honor. ¿Ves

tú en mis ojos, en mi semblante, en mi sér, nada que revele al cobarde?

Hubo una transición de sentimiento lo más natural del mundo en Milagros; comprendió que tenía delante de sí un ser terrible; creyó que, en efecto, había matado á su Miguel, y se sintió herida por un dolor agudísimo, insoportable, vacilaron sus piernas, se dejó caer sobre ellas, y rompió á llorar, desconsolada, desesperada.

Aquel llanto irritaba más y más á Rosario, que acariciaba indecisa el culatín del pistolete que había vuelto á engancharse.

¿Por qué no exterminar á aquella mujer á la cual no podía reducir á nada?

Y no vacilaba porque la repugnase el asesinato, lo repetimos, sino porque esperaba aún.

—¿Tanto le amas?—exclamó Rosario.

Milagros no contestó, sino que acreció en su llanto y en sus sollozos.

—El era un miserable,—exclamó Rosario,—él estaba casado con otra; casado antes que contigo; tú no eras su mujer, no podías serlo; él el infame te había engañado; tú eras su querida.

—¡Casado! ¡casado con otra!—exclamó Milagros saltando sobre sus piernas, como si hubiera dispuesto de la fuerza de los tendones de una leona.—¡Casado con otra! Eso es mentira. Sí, sí, mentira, y es mentira también que tú le hayas matado. No, tú eres un miserable que has comprado, sin duda, á Piruétano; tú has querido sorprenderme. Mientes, mientes; yo te desprecio: tú puedes matarme, pero no puedes engañarme.

—¡Que te mate yo, y te adoro!—exclamó Rosario—¿Que

miento yo? ¿Que no estaba casado con otra ese á quien tú creías tu marido? ¿Por qué, pues, no venía más que rápidamente, durante el día; luego á las primeras horas de la noche, y no todas las noches, y se retiraba indefectiblemente entre once y doce? Porque le esperaba la excelentísima señora María del Rosario del Fresno, marquesa de Casa Vaquera, su mujer legítima; porque era hipócrita y no quería dar escándalo; porque cuidaba de conservar la buena reputación que tenía en Sevilla; porque necesitaba engañar á su buena esposa.

Milagros escuchaba con una atención profunda, con la atención de la ansiedad y de la agonía.

Las palabras de aquel sér que tenia delante, respondían, como sabemos á sus celos.

—Y, si eso es verdad,—exclamó Milagros alentando apenas,—¿por qué él estaba dispuesto á partir al amanecer conmigo?

—¡Ah!—exclamó sonriendo sarcásticamente Rosario.—Porque su situación se hacía ya insostenible y peligrosa, porque tú tenías celos, como no puedes menos de tenerlos; porque tú sabías lo que él era: el capitán de los misteriosos invisibles, el capitán de los caballistas, que eran, no ha mucho, el terror de la sierra y de la campiña; porque tú eres fiera y terrible, y él veía que los celos te enloquecían, te hacían capaz de todo. El hubiera engañado á su esposa con un pretexto; hubiera dicho, por ejemplo, que necesitaba ir á sus posesiones de Extremadura. Una vez en el extranjero, te hubiera adandonado, porque á quien él amó con toda su alma, con todo su sér, es á Rosario. Y tú tienes la prueba; él no ha querido que su Rosario tenga ni el menor indicio de que amaba á otra, y por eso no permanecía á tu lado

más que las horas en que su Rosario podía creerle acá y allá entre sus amigos, visitando á sus relaciones. ¡Oh! no, no; él era un miserable, él no te amaba, porque no se pueden tener dos amores á un tiempo; tú eras su juguete, su entretenimiento, su vicio; y yo, que te he vengado; yo, que te amo; yo, que te adoro; yo, que no puedo culparte; yo, que tengo en tí mi vida, mi alma, mi eternidad, te he vengado, matándole.

Milagros se encontraba combatida por un torbellino de opuestas pasiones.

Eran necesarias toda la crueldad, toda la saña de los celos y del odio para martirizar de tal manera á aquella pobre criatura.

Milagros se retorcía, agonizaba, un infierno se revolvía en su alma, el dolor y la cólera, el amor y el odio, la amargura y la venganza, creía las palabras de Rosario, porque aquellas palabras estaban en armonía con los celos que la habían atormentado.

—¿Y dices,—exclamó Milagros,—dices que Miguel estaba públicamente casado?

—¿Quieres ver á su esposa?—exclamó Rosario, alentando la esperanza de llegar al fin al rapto de Milagros.

—Sí, sí, quiero verla,—exclamó ésta;—llévame, llévame casa de Miguel, que yo vea la verdad, que yo pueda alegrarme de la muerte que le has dado.

—Pues bien, sígueme,—dijo Rosario.

Pero el exceso de la alegría la vendió.

Milagros se rehizo inmediatamente.

—No, no,—exclamó;—yo no salgo de aquí, tú mientes, Miguel no es casado, Miguel no ha muerto. Yo no se dónde tú me has conocido, yo no se cómo tú has penetrado aquí;

pero tú quieres arrebatarme de aquí, y eso me prueba que Miguel no ha muerto, que tú temes que sobrevenga. ¡Ah! no, no, yo no saldré de aquí; Miguel vendrá; mátame en buen hora; Miguel me encontrará muerta, fiel á su amor. ¡Oh! tú creías que me aterrarías, que me engañarías; no, ni me aterras ni me engañas. Todo, todo, hasta la perdición de mi alma, antes de que Miguel pueda creer que yo le he hecho traición. Pero guárdate, guárdate, porque Miguel es terrible: Miguel tiene muchos más medios que la justicia para descubrirlo todo, y Miguel te encontrará, y para vengarme te dará una muerte horrible.

La pobre Milagros se defendía como podía; pretendía inspirar terror á Rosario, y no hacía otra cosa que irritarla más y más.

Rosario, combatida por una lucha horrible, había escuchado, palpitante, sombría, amenazadora, á Milagros.

—¿Es decir que no quieres seguirme?—exclamó Rosario.

—¡No!—repitió con una firmeza extraordinaria Milagros.

—¿Es decir que no quieres conocer á la verdadera marquesa de Casa-Vaquera?

—La marquesa de Casa Vaquera soy yo,—exclamó Milagros, con una despreciativa altivez.

—Tú eres la querida del ladrón Caparrota,—exclamó Rosario, acreciendo en altivez y desprecio.

—¡Mientes!—exclamó Milagros;—tú eres un cobarde, un infame, un impostor.

—Yo soy la marquesa de Casa-Vaquera,—exclamó Rosario arrojando el sombrero, quitándose el pañuelo, sacudiendo su magnífica cabellera, arrollándose las patillas, cuya pegadura estaba fresca aún, y descubriéndose la garganta y los hombros.

Estaba magnífica, hermosa, hasta lo imponderable, y extraña; mitad hombre, mitad mujer en la apariencia.

En la garganta tenía un collar de gruesas perlas, del que pendía un medallón que se había puesto exprofeso; previendo la situación.

Aquel medallón, guarnecido de brillantes, representaba en el anverso, en esmalte, el retrato de Caparrota, con esta leyenda alrededor: «A su adorada Rosario, su esposo.»

En el reverso el medallón representaba el escudo de armas á treinta y dos cuarteles del título de Casa Vaquera.

Aquella era una de las alhajas del regalo de bodas de Caparrota á Rosario.

Milagros había retrocedido espantada, agonizante.

La verdad, la terrible verdad aparecía de improviso á sus ojos; no podía dudar de la verdad palpitante que fluía de todo el sér de Rosario.

Y como si esto no hubiera sido bastante, Rosario avanzó hacia Milagros, que retrocedió.

Y este movimiento de avance de la una, y de retroceso de la otra, lento, terrible, duró hasta que Milagros llegó á la pared, y no pudo retroceder más.

—Mira, —exclamó Rosario, desprendiéndose el collar;—mira y lee.

—Milagros ni podía mirar ni leer; tenía la vista espantada, fija en los terribles ojos de Rosario; y Rosario, implacable, levantaba hasta los ojos de Milagros el medallón por la parte del retrato.

De improviso le arrojó.

—¿Para qué esto?—dijo.—Tú tienes la seguridad de que yo soy la esposa de tu amante.

—Mátame, y no me martirices más,—exclamó Milagros.

—No, no,—dijo Rosario;—yo no quiero matarte; yo quiero que salgas de aquí, que me sigas; yo, á pesar de mis celos y de mi odio, no puedo culparte, no; tú eres inocente, tú has sido engañada; sígueme, reconoce mi derecho.

—No hay derecho en amor,—exclamó Milagros;—no hay más que amor.

—¡Sígueme!—exclamó con voz rugiente Rosario—Necesito que él se crea abandonado por tí, humillado por tí, ¿oyes? Yo necesito vengarme ¡Oh! él debe amarte como á su alma: tú eres hermosa, hermosísima; si yo fuera hombre, me enamoraría de ti hasta la locura, hasta el crímen. ¡Sígueme!

—No,—exclamó Milagros, sonriendo de una manera terrible, como gozándose en los celos y en la desesperación que revelaban la mirada, el semblante descompuesto, el acento trémulo y cavernoso de Rosario.

Se comprendía que desconfiaba de la influencia que pudiera tener su hermosura sobre don Miguelito; que creía superior la hermosura de Milagros; que creía que don Miguelito amaba á Milagros con el alma y con los sentidos de una manera completa, y que á ella sola la amaba con los sentidos, de una manera grosera, de una manera humillante.

Don Miguelito la había hablado, preparándola, de una partida, de una ausencia por corto tiempo.

Para Rosario era indudable que su marido pretendía abandonarla por Milagros.

Todo esto avivaba, excitaba, aguijoneaba la cólera y el ódio, contra Milagros, de Rosario.

Hasta entonces Rosario no había pasado de las manifestaciones de su cólera, no había tocado á Milagros; pero

la negativa de esta la irritó, ó mejor dicho, acabó de exasperar su irritación.

—¡Conque no me quieres seguir!—exclamó.

—¡No!—dijo Milagros.—¡Mátame! ¡yo no daré lugar á que Miguel crea que yo le he abandonado! ¡No! ¡antes la muerte y la perdición del alma!

—¡Sígueme!—gritó Rosario, y al mismo tiempo asió con un furor terrible uno de los delicados brazos de Milagros, la sacudió violentamente, y tiró de ella.

Milagros dió un grito y se doblegó.

Tenía la fuerza del alma, una fuerza incontrastable; pero no tenía la fuerza del cuerpo, la fuerza de la lucha material: era extraordinariamente delicada.

Por el contrario, y sin que esto perjudicase á la excesiva delicadeza de su hermosura, Rosario era fuerte y alcanzaba á un grande vigor: se había criado en el pueblo, y su padre, el terrible don Timorato, la había educado á su manera, habia ejercitado sus fuerzas.

Rosario estaba acostumbrada á montar á caballo, á dominar los animales mas díscolos; tiraba á la barra, corría, saltaba, se había empleado para educarla una especie de gimnasia, y se había robustecido de una manera extraordinaria; así es que en el momento en que asió á Milagros, la doblegó, la abatió, la hizo experimentar un agudo dolor en el brazo, á causa de la violencia brutal de que había sido objeto, y al tirar de ella para arrastrarla fuera, perdió el equilibrio, y cayó gimiendo. Aquel fué un accidente fatal.

Rosario estaba ébria, frenética, enloquecida.

Se arrojó sobre Milagros, y la golpeó el rostro, el pecho, la puso las rodillas sobre el vientre, y creciendo su furor, la echó las manos á la garganta.

—¡Ah, por Dios!—exclamó con voz desfallecida Milagros.

Pero ya no era tiempo: Rosario se había convertido ya en la fiera, y como si esto no bastase, había oido una voz lejana que parecía provenir del jardín, que gritaba de una manera desesperada:

—¡Milagros! ¡Rosario!

Era don Miguelito.

Continuaba llamándolas, y sus voces se sentian más próximas.

Esto excitó á Rosario, y continuó en su horrenda obra de extrangulación.

Se abrió de improviso la puerta, ó mejor dicho, un violento empuje la forzó, porque Rosario había cerrado aquella puerta por dentro.

Apareció don Miguelito.

Rosario se había puesto de pié y aparecía inmóvil, terrible, fatídica, teniendo á sus piés á Milagros, agonizante, palpitante.

—¡Ah!—exclamó don Miguelito al ver en aquel estado á Milagros.—¡Alma mía!

No había visto á Rosario, porque al arrojar su mirada al interior del aposento, su mirada había encontrado á Milagros: no había podido separarse de ella.

Milagros le atraía, y de tal manera, que sobre ella se avalanzó rujiendo de dolor, pretendiendo reanimarla.

¿Era que la mujer á quien más había amado don Miguelito era Milagros? ¿Era que en aquella situación terrible no existía nada para don Miguelito más que Milagros espirante?

No lo sabemos; tal vez si Rosario hubiera estado en la situación de Milagros, la desesperación de Caparrota hu-

biera sido igual; pero en Caparrota el dolor no traía el paroxismo, el enervamiento, sino la exasperación del furor.

Al ver la desesperada situación en que Milagros se encontraba, al convencerse de que todo era inútil, don Miguelito alzó la cabeza y su mirada de fiera buscó algo que exterminar en torno suyo.

Entonces vió á Rosario, inmóvil, muda, terrible.

—¡Ah, maldita seas, —exclamó, —mala hija de mal padre!

Rosario no contestó, se inmutó, llegando hasta la palidez del cadáver; dió dos pasos atrás y echó mano á su cintura.

Su mano estaba armada de un pistolete.

Su brazo se extendió hácia don Míguelito, y le cubrió con la puntería de la pistola.

Todas las pasiones más terribles del corazón humano, los celos, la rabia, la vanidad, el amor, se revolvian como un infierno en el alma de Rosario.

Piruétano apareció en aquel momento en la puerta, en el mismo punto en que Rosario apuntó á don Miguelito.

Nada más feroz, nada más amenazador en aquel momento que Caparrota.

No había tenido tiempo de rehacerse.

La influencia de Rosario no había podido aun hacerse sentir en él.

—¡Oh! ¿Qué va á hacer vuecencia, señora?—exclamó Piruétano

Rosario lanzó un grito y exclamó con acento sobrenatural.

—¡No! ¡él no!

Y retirando la mano, en un movimiento tan rápido que

le fué imposible á Piruétano, que estaba más sereno, impedir la acción, se puso la pistola debajo de la barba, y disparó.

Cayó inmediatamente, como si la hubiera faltado tierra de debajo de los pies.

Don Miguelito lanzó un grito inarticulado, espantoso; y luego una carcajada de loco.

Piruétano se había quedado inmóvil, helado.

Sucedió un silencio terrible.

Entonces se oyó á lo lejos el ruido de unos violentos golpes dados en el postigo del jardín.

Nosotros sabemos quién era quien daba los golpes: la justicia.

Piruétano lo presumió; se apoderó de él un terrible pánico, huyó, y, sin saber cómo, se encontró en su aposento.

A pesar de que estaba á oscuras, le reconoció, porque al volver en sí, vacilante, buscando un apoyo, tropezó en una mesa.

Cuando un hombre valiente, y Piruétano lo era, acaba de pasar por el pánico, recobra toda su serenidad con creces, sublimada.

Piruétano comprendió perfectamente la situación.

Vió, entre las tinieblas, con una luz lívida creada por su imaginación, la horca, y pendientes de la horca dos cadáveres con hopalandas rojas: el de su amo y el suyo.

El instinto de conservación se sobrepuso en él á todo.

Buscó á tientas su cama, y en la pared un trabuco que allí tenía colgado, le cogió y escapó hacia la salida probando el último medio de salvación.

Ya sabemos lo que había sucedido.

Al forzar los alguaciles la puerta, al entrar en el jardín, habían recibido un trabucazo, y dos de ellos habían muerto.

El hombre que había escapado, cargando de nuevo su arma, porque había cuidado de llevarse también consigo su bolsa de municiones, había sido Piruétano.

CAPITULO LIX

—

De como don Miguelito cayó en poder de la justicia

Don Miguelito permanecía de pié, agitado por una convulsión poderosa entre los dos cadáveres, y se reía, se reía sin cesar de una manera horrible.

Estaba en aquellos momentos loco.

Su vista erraba de Milagros á Rosario, y se reía, se reía.

Su vista se detenía también en un punto entre aquellos dos cadáveres.

Era que para don Miguelito no había dos cadáveres, sino tres.

Tal era la exasperación de sus nervios, que entre aquellos dos pobres cadáveres, que habían quedado por casualidad paralelos, veía otro cadáver; el de Patrocinio, y Patrocinio asía con la mano izquierda la mano derecha de Milagros, y con la derecha la mano izquierda de Rosario.

Aquello en realidad era fantástico; pero existía para la perturbada imaginación de Caparrota.

Allí, delante de sí, inmóvil, destruido, sangriento, lívido, horrible, tenía todo lo que había amado, su historia entera, y continuaba soltando de una manera intermitente sus horribles carcajadas.

—¡Ah! ¡Las tres! ¡las tres!—exclamaba.—¡Las tres devoradas las unas por las otras! ¡Ah, las tengo á las tres! ¡Sí, sí, ya no nos separaremos más! ¡Oh, qué felicidad tan grande!

Y se reía, se reía, estaba de todo punto loco.

Para él tenía la misma intensidad que Milagros y Rosario, presentes allí, Patrocinio, que no lo estaba; él veía su semblante lívido por el veneno, y Patrocinio le sonreía amante; y cuando miraba á Milagros, veía en ella una sonrisa igualmente amante, y una sonrisa del mismo género veía en Rosario cuando la miraba.

El maldito, herido por la mano de Dios, se creía feliz en su locura.

De improviso, don Miguelito perdió esta fascinación, volvió á la vida real, y se sacudió como un león.

Habían entrado de improviso los alguaciles en el aposento, le habían acometido por detrás, y le habían sujetado.

El esfuerzo de león de Caparrota no le había bastado para desprenderse de los brazos que habían cogido los suyos.

Inmediatamente, don Miguelito fué atado codo con codo.

A pesar de esto, los alguaciles continuaban sujetándole.

—Puede usía entrar cuando guste, señor alcalde mayor, —dijo el cabo de la ronda, jayan forzudo que continuaba agarrado á don Miguelito.

Este había recobrado el exacto conocimiento de la situación, y no resistía ya.

Conocía la inutilidad de sus esfuerzos.

—¡Oh! ¡esto es horrible! ¡horrible!—exclamó.—¿Para qué quiero yo vivir? ¡Mi Rosario!

Rosario triunfaba.

La mirada de don Miguelito había dejado de ser feroz para tornarse débil y desesperada.

El mar de sangre sobre el cual yacía Rosario le ahogaaa.

El alcalde mayor entró. Al entrar, no pudo ménos de sobresaltarse y dar un paso atrás.

El espectáculo que se había presentado á sus ojos no podía ser más imponente, más conmovedor.

Sin embargo, se veía obligado á cumplir con su deber, y se rehizo.

—¿Quién es usted?—preguntó con la voz trémula, á causa de la emoción, que no había podido dominar aún.

Don Miguelito hizo un movimiento de decisión, y contestó:

Yo soy Caparrota, el jefe de los invisibles, el capitán de los muchachos que há poco aterraban la sierra y el llano.

Don Miguelito estaba desesperado; la vida le pesaba, lo afrontaba todo y se impacientaba; hubiera querido ya estar al pié de la horca.

—Caparrota no es un nombre,—dijo el alcalde mayor.

—Yo soy,—exclamó con voz sarcástica y ronca Caparrota,—el excelentísimo señor don Miguel de Villegas y Pontevedra, marqués de Casa-Vaquera, grande de España de primera clase.

Y la voz de don Miguelito era horrible al pronunciar estas palabras; hacía daño.

—¿Vuecencia,—dijo el alcalde mayor,—insiste en declararse ese Caparrota sobre el cual pesa la responsabilidad de tantos horribles crímenes?

—Abreviemos, señor alcalde mayor,—dijo Caparrota.—¿No comprende usted que estoy desesperado, y que lo que quiero es morir?

—A más de los crímenes, cuya responsabilidad pesa sobre usted—dijo el alcalde mayor,—¿se confiesa usted culpable ó no de las dos muertes de esas mujeres?

—Diga usted de las dos marquesas de Casa-Vaquera,—contestó don Miguelito.—Sí; yo estaba casado con las dos. Y bien, sí, yo las he matado.

—Usted se perjudica,—dijo el alcalde mayor;—yo veo en uno de esos cadáveres señales de suicidio.

—Yo he sido la causa de ese suicidio; por consecuencia, yo la he matado; yo he sido la causa de que ella matara á la otra también. ¿Y á qué cansarse, señor alcalde mayor? Yo asumo la responsabilidad de todos los asesinatos, de todos los incendios, de todos los robos cometidos por los invisibles y por los muchachos del capitán Oreja y Media, que era mi segundo. ¿Qué más necesita usted para dictar sentencia, y para elevarla á la chancillería á fin de que acaben pronto?

—Usted esta desesperado,—exclamó el alcalde mayor.—y no basta que usted se acuse; es necesario que usted pruebe su acusación.

—¡Ah!—exclamó don Miguelito lanzando una carcajada histérica.—Seria muy original que yo no pudiese probar mis crímenes y se me absolviese de mi propia acusación.

—¡Ah!—exclamó el alcalde mayor.—Se tendrá la prueba, y se hará justicia.

—Pero esa prueba entretendrá tiempo,—exclamó don Miguelito,—y yo quiero acabar pronto.

Acabaremos cuanto antes,—dijo el alcalde mayor, que estaba horrorizado.—Precisemos esta primera indaga-

toria. ¿Quién ha matado á esas dos mujeres, ó á esas dos señoras?

—La una ha matado á la otra, y despues se ha suicidado —contestó Caparrota, —y como yo he causado esas dos horribles desgracias, resulta que yo soy el culpable.

—¿Ha podido usted impedir esas dos desgracias?

—¡Oh, si yo hubiera podido impedirlas!—exclamó don Miguelito.

—Refiérame usted lo que sepa acerca de estas desgracias.

—Cuando yo entré, Milagros acababa de ser muerta por Rosario; poco despues Rosario se suicidaba.

—¿Estaba usted, anteriormente que esas desgraciadas, en la casa?

—No, señor, había recibido aviso de que la una de mis esposa se había introducido aquí buscando á mi otra esposa.

—¿Quién dió á usted ese aviso?

—Mi criado Angel Garrido, álias, Piruétano, que servia á Milagros, á quien yo tenía escondida aquí.

—¿Es, pues ese Piruétano el hombre que ha huido arrollando á una ronda, matando á dos de sus alguaciles é hiriendo á otros dos?

—No, señor,—dijo don Miguelito corrigiendo su inadvertencia,—Piruétano es un hombre de bien, no ha venido conmigo, por consecuencia, él no ha podido hacer eso que usted dice.

—¿Quién ha sido, pues, el hombre que ha escapado merced á esos crimenes?

—Lo ignoro, ese hombre debió venir acompañando á Rosario.

—Está visto,—dijo el alcalde mayor,—que usted quiere morir solo sin comprometer á ninguno de sus bandidos.

—Todos mis bandidos están á salvo en Portugal,—respondió don Miguelito.—Antes, esos bandidos mios estaban en inmediatas relaciones conmigo, hasta el punto de que mi servidumbre se componía de ellos; despues cuando me retiré cubierto por la sentencia absolutoria de la Chancillería de Granada, renové mi servidumbre con hombres honrados; todos mis bandidos los invisibles de Sevilla y los muchachos de la partida, han pasado ricos á Portugal; no tengo, pues, á quien comprometer; bien es verdad que yo no comprometería á nadie: necesito morir; pero no tengo necesidad alguna de que muera ninguno de ellos; me han servido bien y me han sido leales.

—Esa desesperación de usted representa el remordimiento, la reacción de la conciencia: es necesario que usted considere hasta qué punto se ha perdido usted en el abismo del crimen; es necesario que considere usted que la sociedad ofendida necesita una reparación; que es forzoso que usted piense en la justicia de Dios, y que no niegue usted á la justicia de la tierra la satisfacción de la vindicta pública; ya que no le queda á usted otra cosa que salvar que el alma; sálvela usted.

—Yo no tengo alma,—contestó Caparrota,—yo no creo en nada, yo quiero ser aniquilado cuanto antes, para acabar cuanto antes de sufrir.

—¿Se obstina usted en no querer declarar los nombres de sus cómplices? ¿Insiste usted en que ese Piruétano es inocente?

—Sí, sí, señor,—contestó Caparrota,—y todo es inútil, yo no diré ni una palabra más.

—A ver, cabo,—dijo el alcalde mayor,—lleve usted con cuatro alguaciles á la cárcel á este hombre, que le aseguren

bien; que se tenga en cuenta que es posible pretenda suicidarse, que no se le deje solo, que se le sujete en su lecho de manera que no pueda atentar á su vida.

—Yo no he sido nunca cobarde, - exclamó con desprecio don Miguelito: —ahora, dejadme que yo me acerque á ellas, que me despida de ellas, que las vea por la última vez.

—Lleváoslo,—exclamó el alcalde mayor.

Don Miguelito fué arrastrado fuera.

—¿Qué dice usted á esto, señor Céspedes?—exclamó el alcalde mayor dirigiéndose á su escribano, que dejó la pluma, respirando fuerte, como quien descansa, y se limpió el sudor que corría en abundancia por su rostro.

—Digo, señor alcalde mayor,—contestó el escribano,—que estoy contentísimo. ¡Gracias á Dios que al fin se nos ha entregado esa fiera que hemos buscado tanto! Y, en cuanto á esas dos mujeres, estoy seguro de que son dos bribonas, con cuya muerte ha ganado mucho la humanidad.

—Pues yo estoy horrorizado, señor Céspedes; la tragedia, cuyo resultado tenemos ante los ojos, no puede ser más terrible. Descanse usted, descanse usted, y luego, procedamos al reconocimiento y al levantamiento de los cadáveres. A ver, uno: inmediatamente al hospital para que traigan dos camillas.

Partió un alguacil.

—Pues yo he descansado ya señor alcalde mayor,—dijo el escribano.

—Procedamos á la fé de libores; veamos si realmente son cadáveres los que tenemos delante.

—Sí, señor alcalde mayor, cadáveres completamente difuntos,—dijo sin perder su aplomo y su sangre fría al escribano.

Como todos las de su oficio, había perdido el sentimiento de lo horrible y de lo lamentable.

—Por las señas de esta desventurada y por sus nombres,—dijo el alcalde mayor refiriéndose á Milagros,—esta debe ser la hija del pobre conde de los Cabrales, la novicia robada del convento de las Dueñas del Espíritu-Santo, y que tan inútilmente hemos buscado. Esta otra señora, no ofrece duda alguna, todos la conocemos: es la marquesa de Casa-Vaquera.

—Una de las marquesas,—dijo el escribano,—si hemos de atenernos á la declaración del marqués.

—¡Bígamo! ¡Y con qué dos mujeres, santo Dios! irrita el pensar la buena vida que se dan estos protervos.

Después de esto, el señor Céspedes se ocupó de la posición de los dos cadáveres, midió la distancia á que estaban de las respectivas paredes, después de haber escrito una pesada descripción, en estilo perverso, de la estancia, midió luego la que separaba los cadáveres; después de esto se ocupó de los trajes; procedió después al examen de las lesiones y de las heridas, y encontró en Milagros grandes contusiones, y aparentes señales de extrangulación; en Rosario dos heridas, una debajo de la barba, y otra que constituía una voladura de la parte superior del cráneo.

En el registro se encontró solamente un pañuelo á Milagros, á Rosario una fuerte cantidad de oro en los bolsillos, en la cintura una canana corrida llena de cartuchos, tres pistolas enganchadas, y un ancho cuchillo-bayoneta; en la mano crispada tenía la pistola con que se había suicidado.

Un alguacil había encontrado en un ángulo el magnífico collar de perlas con el medallón.

A no ser por la inscripción, la justicia se hubiera equivocado: hubiera atribuído aquel collar á Milagros, porque no era de presumir que, habiéndose vestido de hombre Rosario, hubiese llevado aquel collar.

Al ver la riqueza de la alhaja, se le habían encandilado al señor Céspedes los ojos, como se le encandilaron mientras sacaba las onzas de oro de los bolsillos de Rosario.

Mientras se evacuaba esta diligencia, llegaron las camillas del hospital, y se procedió al definitivo levantamiento de los cadáveres; se les puso en las camillas, y éstas partieron para el hospital.

El alcalde mayor dejó en la casa del Duende dos alguaciles de guardia, é inmediatamente salió de aquella casa con el corazón oprimido, sintiendo algo de fiebre; pero á pesar de esto, y cuidadoso de cumplir con su deber, se trasladó en el acto á la casa de Caparrota.

Se hizo abrir la puerta, y procedió (la justicia era en aquellos tiempos terrible) á la detención preventiva de todos los criados que encontró en la casa, y al embargo de ésta y de lo que contenía.

Despues de esto, y siendo ya la madrugada, y habiéndose evacuado ya las primeras y principales diligencias del sumario, se retiró á su casa.

CAPITULO LX

—

De cómo la justicia pudo al fin dictar sentencia conta Caparrota.

Caparrota no estaba en un estado de enagenación mental, como podía deducirse á causa de las terribles emociones que había soportado.

Caparrota no se había encontrado nunca en tan cabal estado de salud; lo que sentia era hastío de la vida.

Caparrota era un sér doble, mejor dicho, un sér múltiple, en que el sentimiento de lo bueno y de lo digno entraba por muy poco, pero existia en él. Impresionable, violento, voraz, arrastrado y seducido por lo terrible, y á más de esto, avaro, había consagrado un culto al crímen.

Lo terrible del crimen satisfacia las funestas, las terribles propensiones de su alma, y los resultados del crímen satisfacian su avaricia.

Sensual y avaro de placeres, no había encontrado en la mujer, hasta que tropezó con su mujer triple, esto es, con Patrocinio, con Milagros, y con Rosario, más que un en-

tretenimiento pasajero, en el cual el hastío había sucedido inmediatamente á la victoria.

Aurorilla su primera esposa secreta, tan secreta que nadie se la había conocido, había sido en el alma de Caparrota más que el amor, una preparación para el amor.

Patrocinio y Milagros empezaron á determinar la gran pasión de su vida, sublimada después por Rosario.

Estas tres mujeres lo habían dominado en el todo, le habían trasformado, habían llegado hasta el punto de retirarle del crímen; pero muy tarde, cuando ya las consecuencias del crímen le tenían cogido de tal manera que no podía escapar de ellas.

La terrible catástrofe de aquellas tres mujeres, devoradas las unas por las otras, había establecido un vacío de muerte en el corazón de don Miguelito.

La Providencia había hecho su obra; esa Providencia misteriosa que no deja sin castigo ningún crímen, por más que á veces se crea por las apariencias que un criminal ha escapado del castigo muriendo tranquilamente rodeado de la consideración de todos y de los beneficios de una gran fortuna.

¿Quién sabe el misterioso castigo que la Providencia inflije á estos criminales que se cree han escapado impunes? Esto sin contar con que es necesario haber perdido completamente la fe en lo eterno para creer en la impunidad del crímen: los que tienen fé saben demasiado que aquel que parece haber escapado de la justicia humana, es el más castigado por la justicia divina.

Don Miguelito estaba en la cárcel tratado como una fiera, se le mantenía sobre una gran cama con cinco colchones, atado á ella de piés y manos y sujeto por la cintura

merced á cuerdas que atravesaban los colchones; se había inventado una cosa muy semejante en sus efectos á la camisola de fuerza; mejor dicho, no se había inventado; aquello era un remedo del lecho de cuero que se usaba en las prisiones de estado de Francia para sujetar é imposibilitar de matarse á sí mismos á los reos de gran consideración, especialmente á los regicidas.

En estos lechos de cuero el preso estaba sujeto por medio de correas por el cuello, por las articulaciones de los brazos, por las muñecas, por la cintura, por las rodillas, por los piés.

Podían extremecerse todo cuanto quisieran; pero no podían moverse absolutamente.

En una situación semejante estaba don Miguelito.

A más de esto, tenía cuatro guardias de vista.

Todo se creía insuficiente.

La guardia de la cárcel se había reforzado por una compañía de infantería y con una guardia inmediata de migueletes, que se daba á la misma puerta del calabozo.

Tal terror causaba Caparrota.

Se temía que sus invisibles, sus caballistas, su ejército, en fin, de criminales, acudiese á salvarle.

La consigna, por lo tanto, era muy rigorosa, y para evitar una intentona, que no se sabía si podía llegar á un resultado, desde el principio se había hecho correr la voz de que las gentes que guardaban á Caparrota tenían la consigna de matarle en el momento en que la cárcel fuese acometida ó se notase la más leve señal de intento de evasión.

El alcaide de la cárcel nada tenía que ver con el preso; las gentes que le guardaban recibían inmediatamente la consigna del alcalde mayor.

Caparrota estaba completamente á disposición de esta autoridad, y por su parte, el alcalde mayor, temiendo prudentemente ser víctima de un audaz golpe de mano, había protegido su casa con una fuerte guardía, y no salía á la calle sino escoltado por una brava ronda de alguaciles.

Tal era el terror que don Miguelito inspiraba. Y no en balde porque apenas se extendió por Sevilla, causando un grande escándalo, la noticia de la catástrofe, y de la prisión del marqués de Casa-Vaquera, y de sus explícitas confesiones, más de tres de sus bandidos invisibles se reunieron en conciliábulo pretendiendo salvarle.

A más de esto, el valiente Piruétano no había perdido el tiempo: en vez de aprovecharle para sí mismo, ganando la sierra para deslizarse hácia Portugal, se fué á casa de Mariquilla, y la dijo:

— Si no quieres que yo te degüelle, dame dinero, mucho dinero, para pagar gente y salvar al capitán.

Mariquilla, que adoraba á Piruétano, puso á su disposición toda su fortuna, y con estos elementos, y disfrazándose de una manera admirable para no ser conocido, Piruétano se puso en campaña.

Todo esto sucedió durante las primeras horas después de la prisión de Caparrota.

El alcalde mayor, apenas tomó algun descanso, registró escrupulosamente, no sólo la casa del marqués en Sevilla, sino tambien la quinta de los Prados, en lo cual invirtió muchas horas; pero no encontró un solo papel, un solo indicio que por sí mismo comprometiese á Caparrota.

Era necesario atenerse á la confesión de éste, y esta confesión, no probada, de nada servía no estando apoyada en nada absolutamente.

El único crímen, ó por mejor decir, delito, que podía probarse á Caparrota, era la bigamia.

Se había encontrado en la casa del Duende la partida de desposorios del marqués de Casa-Vaquera con Milagros, se había interrogado al cura párroco del pueblo, que había celebrado los desposorios, y éste se había descargado presentando el mandamiento cerrado de la vicaría.

Aquel documento había sido declarado falso, pero al par habían declarado tambien los calígrafos que la fasificación era de tal manera excelente, que debía suponerse que el cura que había celebrado los desposorios obró de buena fé.

Había además un inconveniente: la consulta sentencia de la Chancillería de Granada, por la cual se exculpaba completamente al marqués de Casa-Vaquera de los crímenes que se le habían atribuido.

Esta sentencia había causado ejecutoria, se le había absuelto libremente y sin contradecir la ejecutoria, no podía culparse de nada á Caparrota.

Desde la fecha de la ejecutoria, ningún crímen se había cometido del cual Caparrota pudiese ser, ni remotamente, responsable.

Podía suponerse muy bien que el marqués de Casa Vaquera, desesperado hasta un grado excesivo, aprovechase aquellas acusaciones pasadas para suicidarse de una manera terrible.

Esto parecía inverosímil y absurdo; pero sin embargo, lo absurdo y lo inverosímil caben en la pasión.

No podía absolutamente culparse á Caparrota ni de la muerte de Milagros ni de la de Rosario.

Se probaba por la declaración medical, que Milagros había sido extrangulada por manos de mujer, y en Rosario

habían quedado las pruebas clarísimas de un suicidio.

Se podía aprovechar un solo cabo: los alguaciles muertos y heridos por el trabucazo de un hombre que indudablemente acompañaba al marqués de Casa-Vaquera.

Aquel hombre podía haber recibido la orden de su amo de atropellar á toda la ronda, y en tal caso, el marqués de Casa-Vaquera resultaba cómplice de la muerte y de las heridas de los alguaciles, y por consecuencia, de resistencia á la justicia.

A este cabo se agarró el alcalde mayor.

Por un descuido de don Miguelito, la justicia, por más que éste hubiese querido luego arreglarlo, sabía que aquel hombre se llamaba Angel Garrido, álias Piruétano.

Se interrogó á la servidumbre del marqués, y ésta declaró unánime que Angel Piruétano había sido el ayuda de cámara de más confianza del marqués de Casa-Vaquera; pero añadían también que hacía tres meses que Piruétano había desaparecido, y que todos habían creido le había despedido el amo.

Este era un nuevo esclarecimiento para la justicia.

Caparrota había usado de Piruétano para que sirviese y guardase á la desgraciada Milagros.

Se buscaron informes acerca de Piruétano, pero nada desfavorable se averiguó acerca de él; lo más que decían los nuevos criados, era que Piruétano tenía muy mal génio, y se hacía temer.

Por parte de doña Mercedes, la viuda de don Timorato, se tuvo más luz; por ella se supo que don Miguelito era un hombre doble, de mala conducta en secreto, y que doña Mercedes creía que la muerte de su marido había sido ocasionada por los amores del marqués y de su hija, y que la

desgraciada muerte de su hija había sido un castigo de Dios; pero doña Mercedes calló respecto á todo lo demás.

Se tomaron informes acerca del difunto don Timorato, y se supo que había sido indultado de crímenes de bandidaje.

Una vez empezada una pista, el hábil alcalde mayor descubrió la escursión de don Miguelito con don Timorato á la sierra, y llegó á tener la certidumbre de que en efecto don Miguelito no se calumniaba cuando se confesaba reo de la jefatura de aquellos terribles bandidos.

El alcalde mayor pudo llegar á una investigación completa acerca de Caparrota y de sus caballistas; pero como á esto no podía tocarse jurídicamente, porque estaba cubierto por una ejecutoria, al alcalde mayor le bastó con la certidumbre de que el marqués de Casa Vaquera no se calumniaba, sino que desesperado confesaba la verdad.

El alcalde mayor hobía interrogado también á Serafina y á Isidro, y obtuvo datos luminosos acerca de la muerte de don Timorato.

Pero aquello estaba cubierto también por ejecutorias, adquirió la convicción del envenenamiento de Patrocinio, del alcalde mayor, marqués viudo de la Pampanera, y del andadero de las monjas; pretendió interrogar á Agustina la Corralera y á la gitana Mariquilla; pero no las encontró; se habían perdido como gota de agua en el mar.

Agustina había enviudado, y la gitana Agujetas, tía de la Mariquilla, había amanecido un día carbonizada á causa de una combustión expontánea.

El alcalde mayor se alegró de la desaparición de aquellas dos hembras.

La una, la Agustina, había sido querida del marqnés; la otra era querida de Piruétano.

Lo que se pierde se encuentra si se busca bien, y el alcalde mayor desplegó todos los medios de investigación que tenía, que eran poderosos.

El punto de ataque contra Casa Vaquera, era su complicidad en la muerte de los alguaciles y en las heridas de otros dos.

El alcalde mayor no daba gran importancia á la bigamia; la pena de este delito era únicamente de presidio; pero la complicidad de resistencia á la justicia, con muertes y heridas subsiguientes de ministros de justicia, tenía pena de la vida.

Don Miguelito confesaba este crímen que no había cometido, como sabemos; pero no bastaba que lo confesase; era necesario comprobarlo, y para ello echar mano á Piruétano.

Piruétano había sido puesto en claro como un bandido terrible por las investigaciones del alcalde mayor. Pero, ¿dónde estaba Piruétano? ¿dónde estaban la Agustina y la Mariquilla?

El misterio acerca de ellos continuaba.

Toda la policía de Sevilla no había logrado ni aun descubrir su rastro.

Pasaba el tiempo y el sumario no podía terminarse; no se llegaba á otra prueba que á la de la bigamia: la cuestión capital continuaba embrollada.

El alcalde mayor había hecho se espiase á Isidro.

Había que suponer, que obligado grandemente Isidro al marqués de Casa-Vaquera, trabajase en su favor pero por más que se seguía á Isidro, por más que cautamente se vigilaba su casa, nada se descubría.

El alcalde mayor tenía también un gravísimo interés,

como hombre recto, en castigar el asesinato del alcalde de Guillena, acerca del cual, no tenía duda le había cometido Isidro.

Aburrido el alcalde, viendo que por el espionaje nada se obtenía, se arrojó á una tentativa á la aventura, y casi á un atropello legal: comisionó á un alguacil ladino que se llamaba Chichisveo, le hizo que se disfrazase, y le dió la comisión que conoceremos un poco más adelante.

Serafina continuaba siendo devota, y había hecho también devoto á Isidro.

Los dos esposos se adoraban y no sabían separarse.

Donde estaba Serafina, allí estaba Isidro.

Una noche, Chichisveo esperó á Serafina y á Piruétano á la salida de los ejercicios penitenciales de la Orden Tercera.

Chichisveo iba armado de una carta falsificada por otra indudable de Piruétano, que se había encontrado entre los papeles del marqués de Casa-Vaquera.

La justicia se ve obligada á veces á tomar la forma del crímen para castigar á los criminales; el diamante no se labra más que con el diamante. Esto no se dice, porque parecería inmoral, pero se hace: la justicia hace desaparecer después el artificio.

En cuanto á nosotros, no sabemos si admitir ó reprochar estos medios; pero creemos que es lícito todo lo que puede llevar á la prueba de un crímen; y que en este caso puede aceptarse el axioma maquiavélico: «El fin justifica los medios.» Pero bien mirado esto, no puede defenderse, porque si esto se erigiese en sistema, sería abrir á la justicia el camino del error y dar ocasión á grandes y trascendentales inconvenientes.

La justicia no puede dejar de ser augusta, y lo augusto no puede servirse del crimen ni aun para combatir el crímen.

Sin embargo, el celo de los jueces los ha llevado con mucha frecuencia á este abuso.

El alcalde mayor de Sevilla, desesperado, dió en él

Chichisveo, que iba vestido de mojigato, con la cara compungida y mezquina, en cuanto salieron Serafina é Isidro de los ejercicios de la Orden Tercera, se agarró á ellos, y les dijo:

—Señores míos, yo acabo de salir y todavía estoy temblando.

En efecto, el infame alguacil temblaba, tenía sobrealiento, parecía terriblemente asustado

—¿Pues qué le ha sucedído á usted, buen hombre? —dijo Isidro tragando el anzuelo.

—Que al salir,—dijo Chichisveo,—se me ha echado encima un hombre de muy mala traza, un lobo, que me ha dicho con los ojos encarnizados:

—»Tú vienes todos los viernes por la noche á los ejercicios, y debes conocer á una señora blanca, ojínegra, pelinegra, muy buena moza, que viene con su marido, que es tambien un buen mozo y viste de corto; ella viste como una gran señora y lleva siempre una gargantilla de corales porque la sientan muy bien; no puedes equivocarte, no han salido todavía: dales esta carta, y cuenta con que no se la dés, porque mueres; y la prueba de que no habrás dado la carta, será el que no acudan á la cita que se les dá. Y me dejó esta carta y se fué. Yo no quiero morir de mala muerte, y por eso he esperado á ustedes, y por eso les doy esta carta.

Y Chichisveo entregó la carta á Isidro.

—Vaya, pues queden ustedes con Dios,—dijo,—porque yo estoy muy malito del susto que he pasado, y me voy á mi casa.

Y Chíchisveo se escurrió.

—¿Qué te parece de esto, Serafina?—le preguntó Isidro dando vueltas á la carta.

—Esto debe ser cosa de los otros,—dijo Serafina casi con seguridad.

El alcalde mayor había sido perspicaz.

Serafina é Isidro tenían parte en una conspiración para salvar á don Miguelito.

El alcalde mayor había contado tambien con coger fácilmente en aquel lazo á Serafina é Isidro, que no tenía mucho de Salomón.

—¿Y á qué me habían de haber escrito,—dijo Isidro,—cuando pueden vernos siempre que quieran?

—¡Sabe Dios lo que sucede, Isidro, sabe Dios! Acuérdate de lo mucho que debemos á don Miguel, y que es necesario ser agradecidos.

—Anda, anda, mujer,—dijo Isidro;—ahí más allá hay un nicho de un Ecce-Homo con luz, y podré leer la carta.

Llegaron, en efecto, á aquel nicho.

Isidro abrió la carta, y vió que decía lo siguiente:

«Señor don Isidro: sucede una cosa tan grave y tan urgente, que para llevar á cabo el rapto de la cárcel de mi amo, es necesario no perder ni un momento; yo no puedo moverme del lugar en que estoy, que es en la casa número 11 de la calle de Placentines. Envio esta carta con una persona de confianza. Se necesitan mil duros en oro; no se detenga usted, tome usted esos mil duros, y véngase usted al

momento. Su humilde criado, ANGEL GARRIDO, alias *Pirue-tano*.»

—Pues no hay más, no hay más,—dijo Serafina, á quien Isidro había leido la carta en voz baja,—á casa á tomar los mil duros en onzas de oro; nos los repartiremos, y enseguida á la calle de Placentines.

Lo hicieron como lo habían dicho.

Una hora despues, llevando sobre sí Isidro la carta falsificada, y entre él y Serafina mil duros en onzas de oro, llamaban á la puerta de la casa número 11 de la calle de Placentines, una casa desalquilada que había ocupado la justicia.

Se abrió la puerta, y apenas entraron, los alguaciles se apoderaron de ellos.

Los ataron inmediatamente, los condujeron á la cárcel, los encerraron en distinto calabozo, y á la puerta de cada uno de estos calabozos se quedaron dos alguaciles de guardia.

La trampa de lobo había estado bien armada, y las piezas habian caido en ella.

Inmediatamente el alcalde mayor se trasladó á la cárcel acompañado de una mujer, que debía servir para el registro de Serafina.

El alcalde mayor entró el primero con su escribano y un alguacil en el calabozo donde estaba Isidro.

Registrado que fué, se le encontró la carta y diez mil reales en oro.

—¿Conque es decir,—le preguntó el alcalde mayor,—que usted, agradecido al servicio que le hizo el marqués de Casa Vaquera, cubriendo por medio de la venalidad de un escribano el asesinato que usted cometió contra su tío don

Timorato del Fresno, forma usted parte de una conspiración contra la justicia para librar del castigo á que se ha hecho acreedor por sus innumerables y horrendos crímenes el malvado marqués de Casa-Vaquera?

Isidro se aturdió, barbotó algunas escusas; pero se sentia cogido y cantó de plano.

No solamente en su turbación se confesó el asesino de don Timorato, sino que reveló el lugar á donde concurrian Piruétano, Agustina, Mariquilla, y otros diez ó doce bandidos.

Aquel lugar era una taberna de la plaza de la Encarnación, cerca de la iglesia de Regina angelorum y de la calle del Coliseo.

Todos iban disfrazados.

La Mariquilla y la Agustina, de hombre, con traje de grumetes.

Iban el uno despues del otro, y celebraban sus conciliábulos en el sótano de la taberna, protegidos por el tabernero.

Despues de esta magnífica declaración, el alcalde mayor para llenar todas las formalidades, entró en el calabozo donde estaba Serafina, acompañado de la mujer que debía registrarla.

Se encontró á Serafina una cantidad de diez mil reales en oro

Se la leyó la declaración de su marido y se echó á llorar, se hincó de rodilllas y se desmayó.

Se hizo constar esto por diligencia, y el alcalde mayor abandonó la cárcel para proseguir sus pesquisas.

Destacó algunos polizontes hábiles á la plaza de la Encarnación para observar la taberna denunciada.

Los polizontes se emboscaron entre los puestos de los vendedores, y á poco vieron entrar en la taberna dos indivíduos que les parecieron sospechosos.

Continuaron entrando algunos otros individuos, sospechosos también.

Por último, llegaron otros cuatro indivíduos; dos de ellos parecian dos grumetes de la marina mercante.

Inmediatamente fué expedido un polizonte para dar aviso al alcalde mayor, y éste, con una fuerte ronda de alguaciles y una mitad de migueletes, que rodeó á la carrera la manzana donde estaba la taberna, hizo irrupción en ella, deteniendo á las pocas personas que había en el despacho, y prendiendo al tabernero.

Este se aterró.

—Inmediatamente,—llévame al sótano,—dijo el alcalde mayor.

El tabernero, cogido sin escape, inclinó la cabeza, precedió al alcalde mayor, y en una habitación interior abrió una compuerta.

El alcalde mayor hizo que bajasen primero dos alguaciles, luego el tabernero, en seguida bajó él, seguido de diez alguaciles más y de diez migueletes.

Se sorprendió á doce personas, todas las cuales tenían una facha del diablo, menos los dos grumetes, que eran hermosos.

Sobre la mesa que esta gente rodeaba, había algunas botellas y algunos vasos.

—¿Quién es de vosotros Angel Garrido, alias Piruétano? —preguntó el alcalde mayor.

Piruétano comprendió que era inútil toda negativa, y respondió.

—Yo soy.

—Atadlos á todos,—dijo el alcalde mayor,—y conducidlos á la cárcel.

Todos, inclusos los bebedores que estaban en el despacho, que nada tenían que ver con aquello, aunque no parecían buena gente, fueron atados codo con codo; ni aun escaparon la mujer del tabernero y la criada.

Aquello fué un copo completo.

Se dejaron cuatro alguaciles guardando la taberna, y los presos fueron conducidos á la cárcel.

Inmediatamente que llegaron, el alcalde mayor llevó á Piruétano al calabozo de don Miguelito para carearle con él.

—¿Conoce usted á este hombre?—preguntó á don Miguelito el alcalde mayor.

—Sí, señor, le conozco,—respondió Caparrota,—es un antiguo criado mío; pero hace más de tres meses salió de mi casa.

—Es inútil,—dijo el alcalde mayor,—está suficientemente probado que Angel Garrido, álias Piruétano, estaba sirviendo en la casa del Duende á la difunta doña Milagros, le ha denunciado su querida, la gitana Mariquilla.

Mentía el alcalde mayor; pero esta mentira produjo un efecto terrible.

Sobrecogido é irritado Piruétano, exclamó:

—¡Maldita sea la primera mujer que Dios ha echado al mundo!

Por una afortunada casualidad, acontecía que Piruétano estaba celoso sobre si andaba más ó ménos comunicativa la Mariquilla con uno de los pícaros que andaban en el complot, que se llamaba Galápago.

Creyó, pues, que la Mariquilla, teniéndole miedo, se había propuesto librarse de él por medio de la justicia.

Los celos, la rabia, porque estaba perdidamente enamorado de la gitana, le hicieron cometer una imprudencia.

Las pasiones, las vacilaciones, las dudas, los desfallecimientos de los criminales, son grandes elementos que ayudan á la justicia, que se vería embarazada y casi impotente, si todos los criminales fueran impasibles é imperturbables.

Rara vez podría llegarse á una prueba y sería necesario hacer justicia por inducción, lo cual no es ni puede ser admisible.

—Piruétano miente,—dijo don Miguelito, traduciendo la explicación de Piruétano.

—Piruétano estará muy pronto convicto de haber vivido tres meses en la casa del Duende, en compañía de la difunta Milagros,—dijo el alcalde mayor;—estará también convicto de que, en la noche del crímen fué á buscar á usted á su casa y salió con usted armado. Esto lo han visto los criados, y han declarado; por el careo con los alguaciles que me acompañaban aquella noche, se probará también que él fué el que disparó los trabucazos, el primero de los cuales mató á dos alguaciles, y el segundo hirió á otros dos.

—Pues bien,—exclamo Piruétano, que creía que solamente á él se le hacía cargo;—¿á mí qué más me dá? Yo fuí.

—Por orden é instigación de tu amo,—dijo el alcalde.

—No, no, señor,—gritó Piruétano;—mi amo no tiene que ver nada en eso, mi amo tenía, desgraciadamente, bastante en qué ocuparse con lo que encontró allí: yo, señor alcalde mayor, no llevaba más armas que mi navaja y cuando ví que llamaban al postigo del jardín, fuí á mi cuarto, tomé el trabuco y la bolsa de municiones, porque con el

corte solo yo no podía hacerme paso. Hice mal: tuve miedo; abandoné á mi amo; si yo hubiera estado allí, no pasaría esto; porque ni mi amo ni yo teníamos la culpa de lo que había pasado allí.

—No mientas por salvarme, Piruétano,—dijo don Miguelito:—yo no quiero salvarme, yo quiero morir: siento mucho que tú te hayas vendido, pero ya que lo has hecho, dí toda la verdad: acuérdate de lo que yo te dije: «Anda tú, yo voy detrás de tí; tira á matar; espántalos.»

—No, no,—gritó aterrado Piruétano, dando muestras de la mayor lealtad del mundo;—usted no me dijo nada de eso; usted estaba atravesado de dolor, muerto, delante de los cuerpos de las dos señoras.

—Señor alcalde mayor,—dijo Caparrota;—Piruétano es un hombre leal, y quiere sacrificarse por mí; lo que yo digo es la verdad, y esto se comprende; yo he oido también los golpes, y no es verosímil, atendido mi carácter y lo que yo he hecho en este mundo, esperase inerme á que llegase la justicia y me prendiese; verdad es que la justicia me encontró entre aquellos dos pobres cadáveres; pero era porque yo, conociendo bien á Piruétano, que es una fiera, supuse que había espantado á la justicia; usted y su ronda fueron más bravos de lo que yo creía, y esto les honra; y por esta equivocación mía, me prendió usted; de otra manera, no me hubiera preso usted: como Piruétano arrolló á la ronda, la hubiera yo arrollado. En fin, me canso, me fatigo, señor alcalde mayor; yo soy Caparrota; yo estoy cubierto de crímenes hasta cien varas por encima de la cabeza, y últimamente, he hecho resistencia á la justicia, de la que han resultado muertos y heridos. Venga la sentencia de horca, ejecútese, y se me hará un favor.

—¡Maldita sea la primera mujer que ha venido al mundo!—repitió Piruétano.

Y se compungió, y sin poder contenerse, rompió á llorar.

Se veía claro que lloraba por su capitán.

—Gracias, Piruétano,—dijo Caparrota,—pero, créeme, para mí la muerte es un favor, y morirías conmigo; yo no te pido que mientas; á la justicia no se la debe engañar; hay que reconocer la mano de Dios, que cae inexorable sobre nosotros; yo ya he sufrido mi pena: mi ejecución ha sido verlas á las tres muertas delante de mí. Habla, habla, dí la verdad, Piruétano.

Aquello era un mandato.

Piruétano veía además que su amo no mentía, que ansiaba morir, que la muerte le era una felicidad.

—Pues bien, sí,—dijo;—yo obedecí á usted, señor, usted me mandó disparar sobre la ronda, arrollarla, y lo hice.

Bastaba con esto.

Sin embargo, el alcalde mayor quiso ampliar más la prueba.

Sacó del calabozo á Piruétano, y en la sala de presos le careó con los alguaciles que le acompañaban la noche del funesto suceso.

Pero antes careó con ellos á otro de los que habían sido presos en la taberna.

Cuando aparecía uno de los que habían de ser careados, el alcalde mayor le hacía poner en un extremo de la sala y le mandaba corriese al otro extremo, como quien huye.

Luego le hacía examinar por los alguaciles.

Con cinco presos se hizo esta prueba, y los alguaciles dijeron unánimemente:

—Ese no es el de aquella noche.

Pero apenas entró, y hubo corrido Piruétano, todos exclamaron:

—Ese es.

Y adelantando uno de los alguaciles que había sido herido levemente, y que se resentía de su herida, dijo:

—Sí, sí, él es; él tiró sobre mí y sobre Golfillo á quemarropa; le daba la luna en la cara. Si no estuviese tan grave Golfillo, diría lo mismo que digo yo.

—Cuando Golfillo se mejore, se le careará con él,—dijo el alcalde mayor.

Y envió á su calabozo á Piruétano.

Después tomó declaraciones á los que habían sido presos en la taberna.

Por la primera vez todos dijeron lo que dicen los criminales de monta: «A callar y á morir por Dios».

Pero algunos dias despues, la incomunicación, el frio, los malos alimentos, el miedo, esa fiebre que se apodera del preso por un delito grave, acabaron por hacerles hablar.

Se comprobó por las declaraciones de todas aquellas gentes, antiguos bandidos y coadjutores de don Miguelito, que él era el capitan Caparrota.

Todo se puso en claro.

Se probó, suficientemente, primero, la bigamia de don Miguelito; segundo, la resistencia armada de don Miguelito contra la justicia, con muertes y heridas subsiguientes de ministros de justicia; tercero, que todos los presos en la taberna del Gato de Cinco Patas, sita en la plaza de la Encarnación, se ocupaban en buscar los medios para arrebatar á la justicia la persona del marqués de Casa-Vaquera, llamado por sus bandidos don Miguelito Caparrota; cuarto,

por la declaración de Agustina la Corralera, y subsiguiente prisión del escribano don Sinforoso, la responsabilidad del asesinato del alcalde de Guillena, de su sobrino don Isidro del Fresno.

En cuanto á los crímenes anteriores de don Míguelito, cubiertos por la consulta sentencia ejecutoria de libre absolución de don Miguelito, no podia tocarse á ello sin desprestigiar la ejecutoria de la sentencia y sin faltar á las leyes.

Pero se obtuvo la convicción de la responsabilidad de Caparrota acerca de los crímenes de que había sido acusado.

Así, pues, habiéndose formado pieza separada acerca del marqués de Casa-Vaquera álias don Miguelito Caparrota, y de Angel Garrido álias Piruétano, acusado el primero de delito de bigamia, probado, y los dos de mancomunidad, complicidad en el crímen de resistencia á la justicia, con subsiguientes muertes y heridas de alguaciles, el alcalde mayor sentenció por el delito de bigamia á don Miguelito Caparrota á diez años de presidio y retención en uno de los presidios mayores; y al mismo Caparrota y á Piruétano á la pena de muerte en horca, y á todas las costas del proceso.

Este pasó á la chancillería de Granada, que confirmó en todas sus partes la sentencia del alcalde mayor.

Cuando se notificó la sentencia á don Miguelito, exclamó:

—¡Gracias á Dios que se ha acabado este largo martirio: dentro de tres dias todo habrá concluido!

CAPITULO LXI

Como se arregló lo de Caparrota

Cuando el pueblo de Sevilla supo que Caparrota, esto es el noble y reputadísimo marqués de Casa-Vaquera, había sido sentenciado y estaba en capilla, lo cual no podía dudarse porque las campanillas de los Hermanos de la Caridad lo iban diciendo por todas partes, se miraban las gentes las unas á las otras, y no querían creer lo que sucedía.

Desde el momento en que don Miguelto fué preso, todo el mundo, á pesar de la enormidad de la desgracia que había sucedido, y que había causado una profunda emoción, decía:

—¡Bah! esto se arreglará como lo otro.

Y nadie daba importancia á lo de don Miguelito, por más que la trágica muerte de Milagros y de Rosario, y la noticia de que el marqués estaba casado con las dos, hubiese conmovido á todo el mundo, hasta hacer llorar á los que eran más blandos de corazón.

Una multitud inmensa había acudido á ver los cadáveres de las dos desventuradas, y el horror y el odio al marqués de Casa-Vaquera habían cundido por todas partes.

Sin embargo, todos decían:

—Esto se arreglará, ya se verá que no le ahorcan, y que se encuentra medio para que salga de la cárcel más bonrado que antes de haber entrado en ella.

Estas son las funestas consecuencias de una grave falta de justicia.

Los pueblos se descorazonan y pierden la fé en el poder social.

Corrió muy pronto otra lamentable noticia.

El conde de los Cabrales, al saber la desgracia de su hija, ya bastante quebrantado y acabado, cayó como herido por un rayo.

Se aumentó el odio y el horror hácia don Miguelito.

Y sin embargo, se decía por todas partes:

—Ya se arreglará esto; ya se verá que no le ahorcan, ni siquiera le echan á presidio

Otra noticia, también conmovedora, cayó sobre el público.

La hermosa marquesa viuda de Casariegos, que se había accidentado al saber la noticia de la prisión de don Miguelito y de las desgracias que habían tenido lugar, no había salido de su largo y peligroso accidente sino definitivamente loca.

Era otra víctima del marqués de Casa-Vaquera.

Creció la indignación contra él.

Pero se decía siempre:

—De seguro, no va á la horca; ya lo arreglarán.

Se conoció la sentencia.

Se supo que don Miguelito y Piruétano estaban en capilla, y todavía decía la gente:

—¡Bah! Esto se arreglará: si no hemos de ver ahorcar á nadie hasta que ahorquen al marqués de Casa-Vaquera, no volveremos á ver más ahorcados: vendrá el indulto; cambiarán la pena de muerte en presidio, y luego le dejarán escapar ó le indultarán por completo: todavía no se han ahorcado los millones.

La justicia, entre tanto, seguía impasible su camino, y el mismo día de la notificación de la sentencia llenaba un deber doloroso; nombraba tutor al huérfano del marqués de Casa-Vaquera y de Rosario, tutor en cuanto á los bienes, que era lo único que el desdichado huérfano heredaba, porque la sentencia definitiva de la Chancillería de Granada, después de la parte principal, tenía un otrosí, por el cual se casaba, anulaba y extinguía el título infamado de Casa-Vaquera, se declaraban libres los bienes vinculados, y se mandaba se borrase el nombre del sentenciado marqués del libro de la nobleza, ordenándose además la degradación.

Un segundo otrosí condenaba al pago de fuertes cantidades á título de indemnizaciones á don Miguelito.

Y tal había apretado en esto la mano la justicia, que aquello había equivalido casi á una confiscación.

Cuando se invitó á hacer testamento á don Miguelito, se le arrasaron los ojos de lágrimas, se le oprimió el corazón, y exclamó:

—¿Para qué testamento? La justicia le dará lo que sobre, y si le da poco, mejor; esa será su herencia natural, lo que hubiera heredado si su padre no hubiera incurrido en el crimen. ¿Para qué títulos y blasones? Ellos no libran como se han visto en mí, de caer en la infamia.

Cuando le invitaron á que, por lo menos, nombrase tutor á su hijo, respondió:

—No, yo no me atrevo; mi elección podría ser funesta: ¿quién conoce á los hombres? Yo podría darle un tutor tan nocivo como el que me dieron á mí; que la justicia le nombre tutor.

Le preguntaron caritativamente si quería verle.

Y Caparrota, rompiendo á llorar, exclamó:

—No, sería de mal agüero que mi hijo entrase en la capilla de los ajusticiados, y, luego, se parece á Rosario. Si yo le viera, no llegaría al patíbulo, moriría, y yo quiero expiar completamente mis crímenes.

Cuando cundió por Sevilla la noticia de este agudo arrepentimiento de que daba muestras Caparrota, decían:

—¡Que si quieres! ¡arrepentirse él! eso es que saben que no le ahorcan: la cosa estará ya arreglada: ¿á que nos vienen con camelos?

Pero llegó al fin el tercer día, y apareció la horca alzada en la plaza de San Francisco.

—Esto es bueno,—decían los que veían la horca;—¿á qué vendrá esto? Vaya una *guasa*: para el tonto que se venga aquí á estar de plantón para verle ahorcar.

Llegó el medio día.

Se abrió la puerta de la cárcel.

Salió de ella la lúgubre comitiva.

Se oyó el golpe lento y espantoso del tambor destemplado.

Se pregonó la sentencia en los sitios de costumbre, y todos los que veían de cerca á Caparrota y á Piruétano, decían:

—¡Vaya unas caras de hombres que llevan á ahorcar!

¡no les falta más que reirse! ¡ahorcaban! ¡no lo veremos!

El vulgo no comprendía que aquella era la fácil serenidad con que afrontaban la muerte dos hombres tan bravos como Caparrota y Piruétano.

Llegaron los sentenciados al pie de la horca.

Subió el primero, como ménos culpable, Piruétano.

Y mientras subía, decía la multitud:

—¡Que si quieres! mucho ojo, y atención: en cuanto llegue á lo alto ese pícaro, veremos el pañuelo blanco y oiremos los gritos de «¡perdón, perdón!» Vamos, esto es burlarse de todo el mundo. ¡Como que la cosa no estará ya arreglada!

Pero llegó Piruétano á lo alto de la escalera, siguiendo al verdugo, seguido por un fraile capuchino que le hacía besar un Crucifijo y le exhortaba á grandes voces á que muriese en el arrepentimiento y en la fé de Jesucristo.

—Dichoso tú, hijo mío, —decía,—que vas á despertar de este penoso sueño de la vida en el seno de Dios.

Y la tenaz muchedumbre murmuraba.

—Andandito: ya habrá llovido cuando ese galopo caiga en el seno de Dios.

Y atisbaban por ver si veían flotar por alguna parte un pañuelo blanco, y aguzaban los oidos esperando de un momento á otro escuchar la palabra perdón.

Pero llegó el momento supremo.

El verdugo lanzó al reo y cayó sobre él á horcajadas.

Un rugido sordo, un rumor indescribible, sombrío, salió de todos los pechos de la multitud.

La cosa iba de veras.

Sin embargo, se rehicieron inmediatamente, y todos murmuraron, como por un impulso magnético, un pensamiento que podía traducirse en estas palabras:

—El último mono se ahoga; la soga rompe por lo más delgado: no ahorcarán al otro.

Hubo un largo intervalo de ansiedad.

Un silencio profundo.

Parecia que todos tenian empeño de salirse con la suya y que esperaban, no por piedad á Caparrota, sino por amor propio, que los gritos de perdón resonasen.

Así es la multitud.

Así es la opinión pública.

Cuando ella sentencia no hay medio de convencerla de su error.

Rechaza hasta la misma evidencia.

Pero ahorcaron á don Miguelito.

Entonces el ligero pueblo sevillano, convencido de la verdad, produjo esa frase proverbial que ha llegado hasta nosotros: *se arregló lo de Caparrota y le ahorcaron.*

EPÍLOGO

Suponemos que nuestros lectores se quedarán descontentos sino les decimos lo que fué de los otros presos.

Isidro había quedado completamente en blanco delante de la justicia: sobraban las pruebas.

Isidro fué ahorcado.

El resto de la gente presa, fueron condenados á cárcel las mujeres, á presidio los hombres por más ó menos años; pero fueron muy pocos los que escaparon de diez años y retención.

Parece extraño que debiéndolo todo, como lo debían, á don Miguelito, Oreja y Media, su mujer y los otros bandidos que estaban en Portugal, no hubiesen hecho poderosos esfuerzos para salvar á don Miguelito.

Oreja y Media, Carmen y los otros, cuando supieron lo que acontecía, pensaron, sí en salvar á don Miguelito, y se

reunieron los principales y hablaron mucho de ello y hablando bebieron mucho; pero no pasaron de hablar, porque todos estaban ricos, y se habian hecho labradores y hombres de bien en Portugal, es decir, no se metían con nadie porque no les convenía.

Oreja y Media, Carmen y los otros se dolieron mucho de la mala suerte de su capitán; pensaron y hablaron mucho acerca de salvarle; pero nada hicieron, nada más que mandar decir misas por su alma, cuando supieron que le habían ahorcado.

Todos ellos continuaron pacíficamente en la labranza de sus tierras y en la crianza de sus hijos.

Pero la Providencia no duerme jamás: todos ellos murieron de mala muerte, y sería curioso, si nosotros tuviéramos paciencia para escribirle, y nuestros lectores para leerle, el relato de las múltiples historias que produjo la expiación de cada uno de estos malvados.

Digamos, sin embargo, algunas palabras acerca de Oreja y Media y de la Carmen, del cabo Torralva y de Mariquita del Monte, que han sido los que más han destacado en nuestra historia.

Oreja y Media había acabado, al fin, como sucede á la generalidad de los maridos, por perder lo candente de su amor respecto á Carmen; pero no la tendencia á otras mujeres.

Una cortijera vecina de Oreja y Media tenía una hija admirable.

Oreja y Media y la muchacha llegaron á entenderse, y no se entendieron tan secretamente que no lo oliese Carmen para la cual no había pasado la vehemencia del amor respecto á su marido.

Carmen, que, como sabemos, era una fiera, no pudo llevar con paciencia la traición de Oreja y Media, se la ennegreció el alma, y un día, en una riberilla, donde se citaban la muchacha y Oreja y Media, apareció de repente.

Ver á su marido al lado de la otra y tirarse la escopeta á la cara, fué para Carmen cosa de un momento.

El cráneo de la portuguesa voló hecho pedazos.

Oreja y Media, que era terrible, y que estaba en el período furioso del amor por la sacrificada, desconoció á su mujer y se fué para ella de la manera más lúgubre y más amenazadora del mundo, cuchillo en mano, y con intenciones muy poco problemáticas.

Carmen no era manca; estaba furiosa, los celos la enloquecían, y el olor de la sangre acabó de extraviarla.

Esperó á Oreja Media, y cuando éste fué á meter el brazo para herirla le dió, usando de la escopeta como de una maza, un terrible golpe en la cabeza.

La llave rompió una sien á Oreja y Media, que cayó rodando.

Al verle muerto Carmen, se arrepintió tarde, se desesperó, y á tal punto llegó su desesperación, de tal manera se la puso el alma negra y aborreció la vida, que cuando

la justicia fué al cortijo á averiguar la causa de aquel doble asesinato, encontró á Carmen ahorcada de una viga.

En cuanto al cabo Torralva y á Mariquita del Monte, la cuestión fué un error causado por la exageración del amor que Torralva la tenía.

La Mariquita del Monte era muy piadosa, y todo lo que olía á santuario, fraile ó clérigo, la impresionaba de una manera vehemente.

Había dado en ir á pedir limosna al cortijo un donado pezuño de un inmediato convento de Capuchinos.

Este donado era extraordinariamente buen mozo, y tenía una tal monita seráfica, que Torralva, que era un pillo y que no confiaba gran cosa en la virtud de las mujeres, empezó á concebir recelos, y de los recelos pasó á unos celos dignos de Otelo.

Disimuló, sin embargo, para no espantar la caza, y se puso en observación.

La Mariquita del Monte, por la propensión que tenía á todo lo que olía á Iglesia, y que solo consistía en su piedad, porque ya sabemos que cuando una persona eclesiástica pretendía de ella lo que no era lícito, hacía con ella lo que ya sabemos hizo con aquel beneficiado de marras, trataba admirablemente al donado capuchino, porque éste, aunque había puesto la mira en la hermosa Mariquita del Monte, disimulaba profundamente sus malos intentos, esperando una ocasión de obrar á lo fraile.

Torralva, que estaba ya muy cargado de esteras, le procuró intencionada é imprudentemente esta ocasión pretextando una ausencia, á causa de la feria de un pueblo vecino.

Montó á caballo un jueves, con las alforjas bien prevenidas, y apenas anduvo un cuarto de legua, se metió en una arboleda y esperó.

El viernes era el día que el donado acostumbraba ir á pedir limosna al cortijo de Torralva.

Este le acechó y le siguió, armado de su escopeta y de sus pistolas.

La accidentación del terreno le protegía.

El donado entró en el cortijo, y un cuarto de hora después salió acompañado de Mariquita del Monte.

Los celos estallaron en el corazón y en la cabeza de Torralva.

Por desgracia para Mariquita, Torralva perdió completamente la sangre fría, se le amontonó, como vulgarmente se dice, el juicio, y como el donado y su mujer tenían que pasar cerca del lugar donde estaba emboscado, en cuanto los tuvo á tiro seguro, se echó á la cara la escopeta y disparó.

Mariquita, herida en la frente, cayó sin tener tiempo para apercibirse de su muerte, y el donado, en cuanto vió esto, se levantó el hábito y dió á correr como alma que lleva el diablo; pero no le valió; Torralva corría como un

caballo y el furor redoblaba su esfuerzo; arrojó la escopeta, se desenganchó una pistola y dió á correr tras del capuchino, le alcanzó á los pocos minutos y le deshizo la cabeza de un tiro.

Después lanzó una carcajada espantosa.

Se había vuelto loco.

Si hubiera tenido más calma, si hubiera seguido detrás de ellos, en vez de sobrevenir aquella espantosa tragedia, hubiera sobrevenido una paliza como para él sólo al capuchino, porque en el momento en que, llevando engañada á pretexto de una visita caritativa á una pobre anciana enferma, á Mariquita del Monte, la hubiera dejado ver al llegar á un lugar oportuno sus malas intenciones. Mariquita del Monte, para la cual no había en el mundo más hombre que su marido, hubiera desengañado sabrosísimamente á éste, empezando la paliza contra el donado; pero no sucedió así, Mariquita murió, murió el donado, y Torralva, loco, se dejó coger por la justicia y le ahorcaron.

Los otros la pagaron de extrañas maneras, y puede decirse que diez años después de la justicia de don Miguelito, la Providencia había hecho justicia en todos sus cómplices.

Así fué como se arreglaron los negocios de don Miguelito Caparrota y de su gente.

FIN.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS QUE CONTIENE EL TOMO SEGUNDO

Págs.

CAPÍTULO XXV

CAPÍTULO XXVI

CAPÍTULO XXVII

CAPÍTULO XXVIII

CAPÍTULO XXIX

CAPÍTULO XXX

CAPÍTULO XXXI

CAPÍTULO XXXII

CAPÍTULO XXXIII

CAPÍTULO XXXIV

PLANTILLA

PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS

TOMO PRIMERO

TOMO SEGUNDO

GUÍA

DEL

MÉDICO PRÁCTICO

RESUMEN GENERAL

DE PATOLOGÍA INTERNA Y DE TERAPÉUTICA

APLICADAS POR

F. L. I. VALLEIX

QUINTA EDICION

REVISADA Y AUMENTADA

POR

EL DOCTOR P. LORAIN

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

D. J. MONTERO RÍOS, D. R. CASAS DE BATISTA
Y D. MAXIMINO TEIJEIRO

PROSPECTO

La obra que anunciamos al público, aun cuando calcada sobre la importantisima del Dr. Valleix, es una completa enciclopedia en la que han cooperado los médicos más distinguidos, habiendo resultado la *Patología interna y la Terapéutica* más adelantadas de la época presente, conteniendo todos los conocimientos é inventos de la medicina contemporánea, conservando el carácter práctico que dió á su obra el eminente médico del *Hospital de la Piedad* de París. Háse variado el método de exposición para establecer más orden y armonía en la descripción de la multitud de enfermedades tratadas en tan interesante libro, y se ha cambiado, en su consecuencia, la clasificación que había seguido Valleix, con el fin de ponerla en consonancia con el actual estado de la ciencia.

Resalta en la obra que anunciamos la mayor claridad para formular un diagnóstico y diferenciar entre sí todas las morbosidades y comprender la anatomía patológica de todas ellas.

En las ediciones anteriores se hallaban dispersas multitud de enfermedades que deben estar reunidas por su analogía, como en efecto, se ha hecho en la quinta, que anunciamos hoy al público. Tal sucede con las fiebres y enfermedades pestilenciales, que se las ha agrupado con las eruptivas, las intermitentes, el cólera, etc., y con las constitucionales, como la gota, el reumatismo, la sífilis, las escrófulas, la anémia, la clorósis, la lucocitemia, el escorbuto, la glucosuria, etc. Por manera que resulta ahora más metódica y práctica la obra del Dr. Valleix.

Como en cada una de las secciones en que se divide han colaborado los especialistas más distinguidos, no ha podido menos de resultar la *Patología Interna* más completa y acabada que hoy se conoce. Así, por ejemplo, el Dr. Fernet ha revisado y adicionado las *enfermedades generales y constitucionales*, volviendo á sostener la antigua doctrina, de que el reumatismo provoca numerosas y variadas manifestaciones viscerales, consignando además las recientes investigaciones sobre las alteraciones de la sangre y de la orina en los gotosos; lo mismo que al tratar de la diabétes se describen los trastornos de la visión, enfermedades cutáneas y accidentes gangrenosos que se desenvuelven en el curso de aquella dolencia.

La sífilis y la vacuna han sido estudiadas por Lorain de una manera tan completa y práctica que no dejan nada que desear los capítulos que se ocupan de estas materias.

El Dr. A. Motet, ha tenido á su cargo las *Neuroses*, que ha reducido á cuatro grupos, perfectamente definidos, estudiando con elevado sentido práctico las *neuroses complexas*, las de la *inteligencia*, el *corea*, la *histéria* y la *epilesia*, ocupándose igualmente de la catalepsia, el éxtasis y el sonambulismo. El Dr. Cordieu ha revisado las *neuroses de sensibilidad;* M. V. Magnan la *paralisis general;* Le Roy de Mericout el artículo del *mareo;* y el Dr. Fernet el concerniente á la *angina de pecho.*

El Dr. Laborde ha redactado los artículos que se ocupan de la paralisis de la infancia, de las hemorragias de las meninges cerebrales, de las congestiones y reblandecimientos del encéfalo, de los trastornos de la inteligencia y de los que aparecen en la emisión de la palabra.

El profesor M. Leplat ha desenvuelto el Tratado de las enfermedades del aparato respiratorio, y Mr. Fernet, el de las del corazón, en las que se han introducido numerosas adiciones que contienen lo consignado en las obras más modernas, y en las discusiones académicas. *Las enfermedades de los vasos* han sido estudiadas y revisadas por el Dr. Villemin, quien ha tratado con notable acierto de la *arteritis*, de la *flebitis*, de la *flegmasia alba dolens*, de las *embolias*, y de la *melanemia.*

Los Drs. Corlies y Lorain estuvieron encargados de las enfermedados de las vías digestivas; Pellagot de las del hígado, y Mr. Arnould de las de los anejos de dicho aparato y de las enfermedades del genito-urinario.

El Dr. Vienois ha prestado su concurso con sus conocimientos prácticos á la descripción del importante libro de esta obra, que se ocupa de las *enfermedades véneras*; como igualmente el Dr. Larcher ha revisado y ampliado el libro de Valleix, que trata de las enfermedades de las mujeres, y el de las enfermedades de la piel, presentando doctrinas dermatológicas y clasificaciones que facilitan el diagnóstico de la lesión elemental y la naturaleza de la enfermedad cutánea. También ha concurrido el Dr. Villemin á dar gran desarrollo al estudio de las enfermedades del aparato locomotor y del tejido conjuntivo. Las de los órganos de los sentídos han sido ampliadas por Leplat y Lorain, y el estudio de las intoxicaciones por Mr. Le Roy de Mericourt, conteniendo esta parte importantísimos capítulos sobre las intoxicaciones por las ponzoñas, por los virus y por los venenos de origen animal, vegetal y mineral, con extensos trabajos acerca de lo que estos asuntos han sido modificados con el descubrimiento de los parásitos animales y vegetales, y el papel que desempeñan en multitud de enfermedades.

En la quinta edición de la Patología Interna, del Dr. Valleix, no se olvida, como ha podido verse por estas ligeras indicaciones, ninguna cuestión, y se hallan en ella resueltos todos los problemas. que conciernen á esta rama de la medicina, con la escrupulosidad más exquisita. Aun cuando el texto fundamental es la obra del célebre médico, que se ha hecho clásica en todas las naciones cultas, ha sufrido tantos aumentos y revisiones, que bien puede decirse constituye un libro nuevo, en el que se ha conservado todo lo verdadero y útil que dejó Valleix en su *Guía del Médico Práctico*, adicionado con cuanto la ciencia ha adelantado hasta hoy, colaborando en su confección los médicos más notables de Francia y del extranjero; tales como Ballarger, Belhomme, C. Bernard, Bouchut, Brown-Sequard, Calmein, Charcot, Colin, Diday, Falret, Folin, Fonsagrives, Gosselin, Gubler, Ysambert, Jaccoud, Lancereaux, Lebert, Luys, Marcé, Peter, Pidoux, M. Robert, Tardieu, Topinard, Wecker, Yvaren, Hughes, Bennett, Brinton, Budd, Flectwood, Frerichs, Graves, Stoks, Virchow, y otra multitud de profesores, catedráticos de varias Universidades y autores de publicaciones importantes, cuyos trabajos están reasumidos en la quinta edición de la obra *Guía del Médico Práctico*, que haciendo grandes esfuerzos y sacrificios hemos dado á luz, para que los médicos españoles puedan tener á su disposición el más completo y selecto que se conoce acerca de la *Patología interna*.

El nombre de los traductores españoles es otra garantía del acier-

to y exactitud con que la versión ha sido hecha á nuestro idioma Y como en el cuerpo médico se sentía la necesidad de una obra tan completa como lo es la *quinta edición* de la GUÍA DEL MÉDICO PRÁCTICO, del Dr. Valleix, no hemos vacilado en emprender su publicación, seguros de que nos lo agradecerán los amantes del progreso médico y de la difusión de las buenas doctrinas, esencialmente útiles para la práctica de su profesión.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION

Esta obra se publica por tomos en cuarto, encuadernados á la rústica, al precio de

CINCO PESETAS CADA TOMO

en rústica en toda España y ocho reales más encuadernados en pasta En América fijarán los precios los señores Corresponsales.

Se manda esta obra directamente al que así lo desee, bien completa, ó bien por tomos, siempre que por adelantado remita su importe en libranza, letra de fácil cobro ó sellos de franqueo, pero en este último caso certificando la carta, para evitar su extravío.

La obra se halla terminada ya, y comprende cinco tomos que contienen: el 1.° 1228 páginas; el 2.° 1046; el 3.° 980, el 4.° 1012; y el 5.° ó sea el último, 1316.

La obra va ilustrada con grabados intercalados en el texto.

OBRAS DEL DOCTOR A. GARCÍA LÓPEZ

HIDROLOGIA MÉDICA.—Obra premiada por la Real Academia de Medicina; con medalla de oro, en la Exposición universal de Barcelona; y con otras distinciones en varios certámenes científicos. *Segunda edición*: 2 volúmenes en 4.° elegantemente encuadernados.—Precio: 22 pesetas en Madrid y 23 para provincias.

GUIA DEL BAÑISTA.—Obra escrita para que los enfermos puedan saber las aguas minerales que les son más convenientes, con la descripción y noticias de todos los establecimientos de España y principales del extranjero. *Segunda edición*: un volumen en 8.°—Precio: 3 pesetas en Madrid y 3'50 para provincias.

MONOGRAFIA DE LAS AGUAS MINERALES DE LEDESMA.—Un volumen á 4 pesetas para toda España.

CARTAS CRITICAS SOBRE LA MEDICINA Y LOS MEDICOS.—Un volumen en 4.°.—Precio: 3 pesetas para toda España.

LECCIONES DE MEDICINA HOMEOPATICA.—Un volumen en 4.°. —Precio: 7'50 pesetas para toda España.

CONFERENCIAS SOBRE COSMOLOGIA, ANTROPOLOGIA Y SOCIOLOGIA.—Bajo el criterio espiritualista científico —Un volumen en 8.°—Precio: 3 pesetas en Madrid y 3'50 para provincias.

CATALOGO

DE LAS OBRAS QUE TIENE ESTA CASA Y EN VENTA

POR D. ANTONIO PIRALA	Pesetas
Historia de la Guerra civil con la Regencia de Espartero tres tomos	68,00
POR D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ	
El Cid Campeador, tres tomos	15,00
El Rey del Puñal	20,25
El Rey Maldito	25,00
José María el Tempranillo	27,00
La Reina Gitana	17,50
El Corregidor de Almagro	22,00
El señor Juan Caballero	12,50
Rey de Sierra Morena	23,25
POR CERVANTES	
El ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha	27,25
POR VICTOR HUGO	
Los miserables, tres tomos	24,00

Pesetas.

POR D. ANTONIO HIDALGO DE MOBELLAN

Pedro de Alvarado	20,00

POR D. RAMÓN ORTEGA Y FRÍAS

Un Reinado de Maldades, dos tomos	8,00
El Duende de la Corte, dos tomos	21,00

POR A. DE LAMARTINE

Cristobal Colón	31,00

POR D. FLORENCIO LUIS PARREÑO

El Héroe y el César, dos tomos	13,25
La Inquisición, el Rey y el Nuevo Mundo	19.50
Los Invencibles, el Monarca y la Hoguera	16,00
Jaime Alfonso el Barbudo, dos tomos	15,00
El Cáncer de la Vida	22,00

POR DON JULIÁN CASTELLANOS

La Bruja	17,50